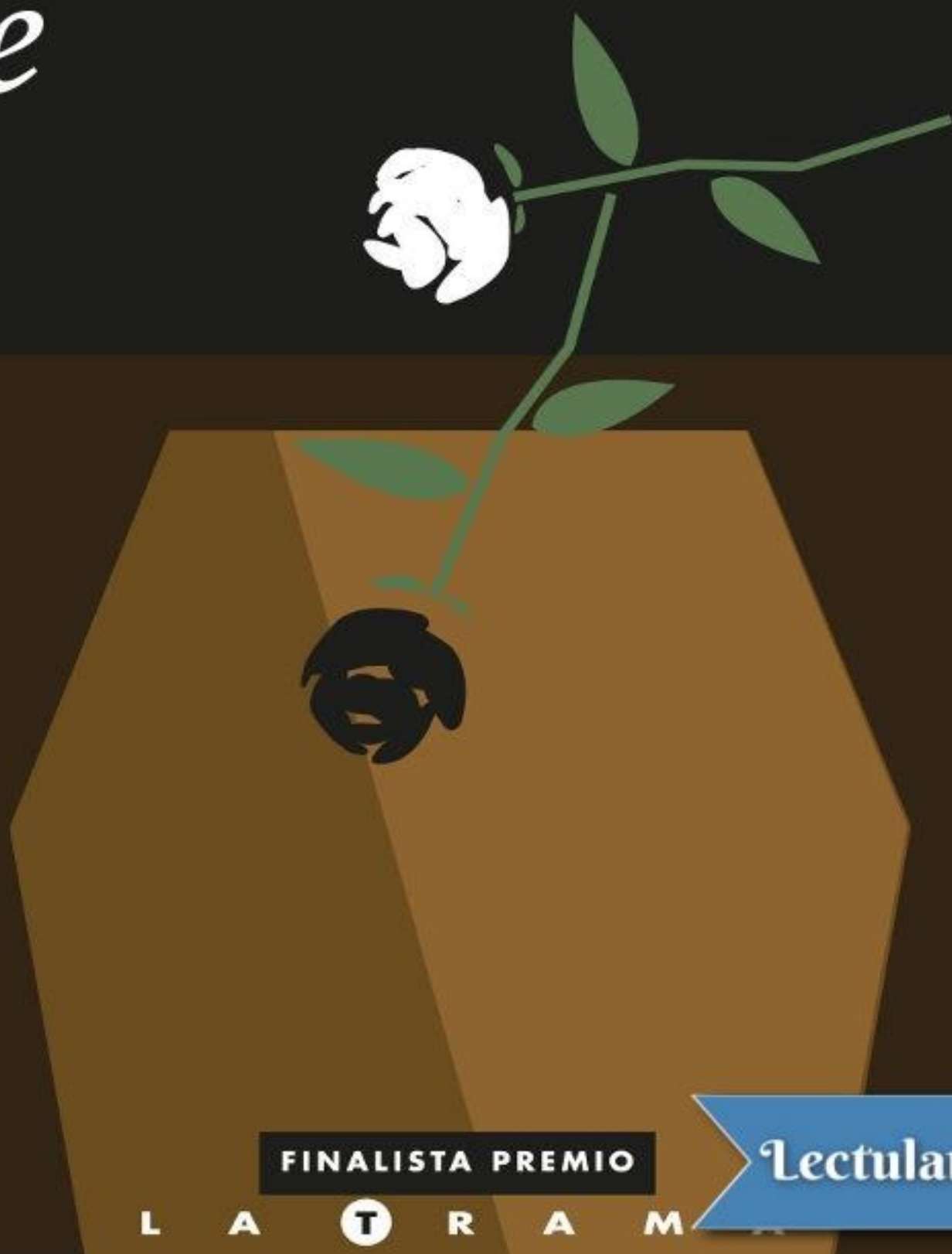


UNA ROSA BLANCA UNA ROSA NEGRA

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

se



FINALISTA PREMIO

Lectulandia

L A T R A M

Costa cantábrica, 1970. Después de tres días desaparecida, el cuerpo de Alma Mateo, de trece años, aparece en la orilla del mar a los pies de un acantilado. Aún llevaba puesto el uniforme del internado El Bosque donde cursaba sus estudios de verano. Sobre su tumba, Leonora, la directora del pabellón femenino deposita un par de ramos; uno de rosas blancas y otro de rosas negras. La investigación oficial llevada a cabo por la Guardia Civil, establece en su informe final que la causa de la muerte pudo deberse o bien a un suicidio, o a un mero accidente al caer al vacío. Sin embargo, a pesar del informe oficial, todo apunta a que las causas reales fueron otras bien distintas.

Madrid, 1986. Aparecen en las calles de la capital los cadáveres de tres individuos sin aparente relación entre ellos. A simple vista, parecen meros suicidios, excepto para Rocío Prados, primera mujer en España que llega al cargo de subinspectora de policía. Sobre el cuerpo sin vida de cada uno de los fallecidos, hallan una rosa blanca y una rosa negra. De nuevo, la policía se encuentra con las manos atadas. Las altas instancias políticas, desean a toda costa interrumpir la investigación y dar el caso por cerrado. Rocío Prados no está por la labor, convencida de que las rosas no están ahí por casualidad, no parará hasta descubrir una relación directa entre el supuesto suicidio de Alma y los cadáveres aparecidos dieciséis años después. Abandonar no pasa por su cabeza.

Lectulandia

Federico Correa Gil de Biedma

Una rosa blanca, una rosa negra

ePub r1.0
Titivillus 11.11.17

Título original: *Una rosa blanca, una rosa negra*
Federico Correa Gil de Biedma, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, por su inspiración
Allá dónde esté.

A Esther Pintama

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi familia y a mis amigos, por su constante apoyo desde el momento en que comenzamos esta novela, con más énfasis, si cabe, a aquellos que dedicaron su tiempo a leer el manuscrito y me ofrecieron sus más que acertadas críticas: Mis hermanas; Isabel y Paz Correa. Mis amigos; Esther Pintama, Ana Barrón, Isabel Ripoll, Lali Valls, Paloma Prados, Natalia Rovira, José Miguel Pascual, Nieves Gallardo, Faustino Cuadrado, Geraldine Valdivia.

A Alicia González Sterling, de la agencia literaria BookBank, por confiar en mí, por su apoyo y trabajo para que esta novela viera la luz.

Al jurado del Premio La Trama, por haber otorgado a *Una rosa blanca. Una rosa negra* la condición de finalista y a Ilu Vilchez editora de Ediciones B, por su confianza y hacer realidad la publicación.

A ti, lector, por disponerte a comenzar a leer esta novela. Mi deseo no es otro que conseguir que disfrutes de ella las horas que te lleve leerla. Sin ti, nada de esto tendría sentido. Gracias.

Prólogo

Quizá el cuerpo lo arrastró la corriente hasta la orilla o quizá cayera por el acantilado y al bajar la marea hubiera quedado a la vista. Cualquiera de las dos opciones era factible, pero poco o nada importaban en ese momento. Boca arriba, con los brazos en cruz y las piernas entrelazadas como si quisieran interpretar un extraño paso de baile, se balanceaba al compás de las pequeñas olas que rompían en la orilla. Aún llevaba puesto el uniforme del internado. La falda tan subida que le tapaba la cara como si quisiera ocultarse del mundo que le rodeaba.

Su cuerpo vestido de algas, arropándola.

Unas horas antes corría y corría sin mirar atrás. En su rostro una enorme sonrisa. Sabía lo que tenía que hacer.

Nadie se lo iba a impedir.

Llevaba tres días desaparecida.

Era una mañana de fina pero constante lluvia. A lo lejos, la mar estaba picada. Infinidad de menudos puntos de espuma cubrían el océano. La arena de la pequeña playa permanecía virgen, excepto por las sutiles huellas de las gaviotas que en esos momentos volaban en círculos sobre la orilla. Amanecía, no hacía frío, pero sí mucha humedad. Las olas se alejaban perezosamente hacia el interior, despidiéndose con un hasta luego, acariciando en su retirada el cuerpo inerte.

El internado de verano estaba a punto de concluir. No era ese el lugar en el que hubiera deseado pasar sus vacaciones estivales. Ni el momento ni la forma en la que nunca hubiera imaginado que su corta vida llegaría a su fin.

Murió sola, completamente sola.

Alejada de su mejor y reciente amiga, de sus compañeras de clase, de su tío Javier, el único familiar que le quedaba.

No, no murió a los pies del imponente acantilado, frontera natural entre el internado y el mar Cantábrico. No, ella murió unos días antes, cuando sucedió todo aquello. Cuando todo dejó de tener sentido.

Y ya nada importa.

De fondo, gritos.

Su mejor amiga y su hermano se acercan corriendo.

Esther cae de rodillas junto al cuerpo de Alma. De la boca de Fran parte un grito inhumano, cruel, desgarrador.

Un grito de dolor, de culpa.

Un grito de venganza.

1

Internado El Bosque

Costa Cantábrica 1970

ALMA

Todo comenzó unos días antes.

De madrugada.

El año 1970 Alma lo habría grabado como el peor de su corta vida, si hubiese tenido tiempo para hacerlo. Sus padres fallecieron en un accidente de tráfico en los primeros días de enero. Era hija única. Las primeras semanas estuvo a cargo del Estado, poco tiempo después localizaron a un familiar al que la niña no conocía, ni recordaba haber oído hablar.

El tío Javier.

Llegó a su nuevo hogar envuelta en una extraña mezcla de nuevas sensaciones. Estaba asustada, muy asustada, pero no perdía la esperanza, sabía que era algo que no podría compartir con nadie. Sí, había asistido al entierro de sus padres, a su funeral, pero lo observaba todo como ausente, como si no fuera con ella, como si se tratara de los padres de una amiga, o mejor, de una total desconocida. No tenía sentido que un día se despidiera de ellos y ahora le dijese que estaban en el interior de esos dos ataúdes cerrados, frente a ella, y que parecían custodiar el altar.

Con el paso de los días se comportaba como si hubiera olvidado todo lo que rodea a un velatorio y aguardara expectante verles aparecer de nuevo en el momento menos esperado. Quizá en su nueva casa. O quizá mamá fuese a recogerla a su nuevo colegio, porque ellos sabían que había cambiado de cole.

«¿O no lo sabían?».

Los primeros meses con su recién estrenado tío le sirvieron para ir borrando de su asustada mente toda esperanza de ver a sus padres otra vez junto a ella, comiendo, riendo o simplemente regañándola. Nunca creyó que pudiera echar de menos sus severas reprimendas cuando no se portaba bien.

Poco a poco fue soltando su acusada timidez y profunda tristeza. En su lugar, aún en pequeñas dosis, esa innata curiosidad por todo lo que la rodeaba. Se veía a sí misma como una chica romántica, introvertida y muy soñadora.

«Demasiado soñadora para mamá».

Ese aire de rebelde intelectual que le proporcionaban sus gafas y sus trenzas recogidas, le generaba entre los chicos comentarios de todo tipo. No pasaba desapercibida, no. O causaba admiración o rechazo. A nadie le era indiferente. A ella no parecía importarle. Se sentía plena con sus trenzas, sin ellas algo le faltaba.

Alma no podía saber en esos momentos que estaba a punto de comenzar el último

verano de su vida. Su peor año. En pocos meses se concentraron las peores experiencias que una chiquilla puede vivir.

Una; La muerte de sus padres.

Otra; No, su propia muerte no fue otra de sus peores experiencias, lo peor fueron las últimas horas vividas. Morir supuso una liberación. Si de ella hubiese dependido habría puesto punto y final a su vida antes. Mucho antes.

Sin dudarlo.

La vuelta al colegio le sirvió de bálsamo, necesitaba su rutina del día a día para dejar de soñar las veinticuatro horas. No es que tuviera alguna queja, al revés, hacía mucho tiempo que nadie la regañaba, parecía como si de repente lo hiciera todo bien. Su vida con el tío Javier era muy diferente.

Quizá lo de vivir con él era mucho decir. Apenas pasaba unos pocos fines de semana en casa y cuando lo hacía no eran muchas las horas que compartía con su sobrina. No por falta de interés, sino porque las veces que lo había intentado los silencios ocuparon la mayor parte del tiempo que permanecían juntos. Silencios que le hacía sentirse mal, muy mal.

Javier se consideraba una persona abierta, con facilidad de palabra y convincente, como así lo demostraba su alto cargo en la empresa aeronáutica donde trabajaba. Sin embargo, se sentía incapaz de hilar un par de frases que pudieran ser de interés para esa extraña niña que había entrado de repente en su cómoda existencia.

En las pocas ocasiones que lo había conseguido se sorprendió así mismo, tumbado en la cama, pensando y sonriendo ante lo mucho que había disfrutado con ella. No era la chica difícil, de mirada huidiza que le impresionó en cuanto sus ojos se cruzaron por primera vez. Su mente se había encargado, veloz, de buscar a su sobrina una etiqueta que la identificara. De esta manera todo estaría controlado y sabría qué tipo de persona había entrado en su vida sin haberlo deseado.

Su mente científica no le había facilitado, en absoluto, su convivencia con Alma. Ni sus largas ausencias ayudaban a que se repitieran con mayor asiduidad esos momentos de complicidad, que comenzaba a echar de menos en cuanto permanecía un par de días fuera de casa. Incluso había llegado a comentarlo con Duli, la mujer que cuidaba que en la casa todo estuviera en orden y que había heredado de su madre.

—Javier, me alegra oír lo que me estás contando —le tuteaba porque le había llevado en brazos nada más nacer, cincuenta y cuatro años atrás—. No sabes cómo anima la casa con sus risas.

—¿Risas? Conmigo no sonrío a menudo.

—Cuando tú no estás, ríe. Habla de todo lo que le ha pasado en el colegio, pero luego se encierra en sí misma, como si una enorme tristeza se hubiera apoderado de ella, así, de repente. —Duli echaba una mirada experta al pisto, plato favorito de Javier, sin olvidar acompañarlo de arroz blanco y huevo frito, con puntilla.

«Sin puntilla ni es huevo frito, ni es nada» solía repetir.

—Javier, Alma necesita ayuda —afirmó con una expresión entre severa y

preocupada.

«¿Ayuda?».

Levantó las cejas y los hombros cómo si no tuviera la más mínima idea de lo que se refería Duli.

—Sí, no me mires así —señaló mientras se dirigía a abrir dos de las ventanas de la cocina y otra en el office—. Necesita tu ayuda. ¿Te has parado a pensar que tu vida ha cambiado? No puedes hacer como si todo siguiera igual. Hace solo unos pocos meses que sus padres han muerto. Alma es... esa chiquilla es especial. Muy especial.

La conversación con Duli se fue repitiendo en su cabeza una y otra vez durante los siguientes días y semanas. Pasó de la incredulidad inicial, al considerar que ya estaba haciendo bastante por ella. ¿O no le pago el colegio, la ropa, la mantengo? ¿Le falta algo?, a entender que efectivamente su vida había dado un giro completo a pesar de que él no hubiese querido verlo. Tenía una responsabilidad. No había tenido hijos, ni falta que le hacían. Sin embargo, en esa conversación con Duli, frente a la cazuela repleta de pisto, había formulado una corta frase a modo de despedida, cuando desapareció camino del office, que se le quedó grabada muy muy dentro:

—Alma es ahora tu hija, Javier.

Esa corta frase, tan cargada de sentido, la recibió como si alguien le hubiera lanzado un cubo de agua helada en pleno rostro y despertara de un sueño que no quería abandonar.

«¿Mi hija?».

No podía negar que la presencia de Alma en su casa, en su vida, debería acompañar algunos cambios en su rutina diaria. Aunque no se había ofrecido voluntario para encargarse de su educación, una vez aceptado, lo siguiente era contribuir a que la vida de su sobrina fuera lo más normal posible. Algo de lo que no se había preocupado en los últimos meses, más que en contadas ocasiones. El resto de los días había traspasado su responsabilidad a Duli.

«Como mujer, ella sabe mejor que yo lo que Alma necesita».

Se acercaba el verano, tendría que ir pensando en qué hacer con su sobrina. No se le ocurría nada que incluyera dos o tres meses con una niña de trece años pululando a su alrededor. El mundo se le venía encima. No se trataba solo de él, sino de su capacidad para ejercer, con un mínimo de dignidad, su papel de tutor, de padre, como le insistía su ama de llaves. Tres meses implican demasiadas cosas, la educación es una de ellas. Enfrentarse a sus necesidades, a sus amigas, a sus gustos.

Lo peor de todo no estaba relacionado con el tiempo de ocio del que dispondrían para ocupar, no, lo que más le aterraba era tener que ser ejemplo para una niña. Si se tratara de un chico seguro que esas cosas serían muy diferentes.

En ocasiones los acontecimientos se precipitan.

La buena de Duli tuvo que regresar al pueblo para cuidar de su hermana. Una complicada operación la iba a mantener en cama durante bastante tiempo. Había quedado con él en que hablarían por teléfono sobre las vacaciones de verano que

tanto le preocupaban.

—Si Alma quiere, que se venga al pueblo con nosotras, estaremos encantadas de tenerla en casa —aseguró convencida.

Él lo interpretó como una frase hecha.

Interpretación de la que se arrepentiría durante toda su vida.

A la tarde siguiente de su partida llegaría la solución a los problemas de Javier. Una llamada de teléfono le facilitó la salida que esperaba. Su amigo César iba a enviar a un campamento de verano a su hijo. Un chico que necesitaba una atención especial debido a problemas de comportamiento. Le costaba relacionarse y en ocasiones se alteraba sin sentido alguno. Tras investigar averiguó que el lugar no era un campamento sino que se trataba de un internado. Mejor así, su sobrina continuaría con su educación. Al menos durante los dos próximos meses no tendría que pensar lo que haría con ella.

«Es lo mejor para todos».

Cuando la vio marcharse en el tren junto con otros chicos no pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad en el pecho. Su saludo agitando la mano, acompañado de una sonrisa forzada, le mostró lo que su conciencia le imploraba a gritos. Había optado por la primera opción, la más fácil, la más cómoda. Los ojos de ella reflejaban de nuevo aquella tristeza de la primera vez que los vio.

Los primeros días no resultaron como había pensado. La casa le resultaba extrañamente vacía, sin Duli, sin Alma. No contaba con que en los pocos meses que su sobrina vivió con él, fuera a notar su ausencia de esa manera tan... tan aguda. Para animarse, se repetía que esa amarga sensación apenas duraría unos pocos días, que sería la primera impresión luego volvería a sentirse otra vez a cargo de su vida.

Se equivocó.

Alma iba sentada en el asiento de la ventana del tren, apenas retiraba la mirada del paisaje. Pegado a su pecho sostenía uno de los libros de la colección de Los Cinco que su madre le había regalado las pasadas Navidades. Otros dos más en su maleta y el resto en su habitación, en casa del tío Javier. En esos momentos en los que se encontraba sola, le venían a su mente imágenes de la playa con sus padres, en el cine con sus padres, estudiando con su madre, jugando al fútbol con su padre y siempre terminaba con una en el funeral de sus padres.

—¿Estás llorando? —le sorprendió una voz suave a su izquierda.

—¿Eh? No, no. Algo se me habrá metido en los ojos.

—Me llamo Esther. ¿Tú cómo te llamas? —quiso saber sonriente.

Su media melena clara y rizada le otorgaba una imagen que a Alma le resultó familiar, como si la conociera de toda la vida. Algo tenía esa chica que le caía bien. Se relajó.

—Alma.

—Tienes un nombre muy bonito, nunca lo había oído antes.

—Gracias —dijo tímidamente.

—¿Sabes? Me gustan tus trenzas. He venido con mi hermano, es ese chulo de ahí —señaló a un grupo en el que varios chicos, de los que las nuevas amigas llamarían «mayores», charlaban animadamente.

—¡Venga sentaos bien, niños! —una mujer embutida en un traje negro cerrado hasta el cuello daba palmas recorriendo el pasillo.

—Es la señorita Leonora, la directora de nuestro pabellón.

Alma la miró con ganas de que le contara más cosas. De reojo no perdía detalle del grupo de chicos «mayores», había uno que la miraba y sonreía.

«Es guapo».

—¿Has pasado más veranos en el campamento?

Su nueva amiga abrió los ojos todo lo que daban de sí.

—No es un campamento, vamos a un internado. Nos envían internas todo el verano —exclamó vuelta hacia ella— ¿tus padres no te lo han dicho?

Alma se quedó con la boca a medio cerrar. No era capaz de que partiera palabra alguna y menos aún una respuesta convincente. No tengo padres, podía haber dicho, y haber zanjado el asunto de una forma rápida, pero no, no era eso lo que pensaba. En su cabeza se iban amontonando un sinfín de preguntas, todas dirigidas hacia la misma persona, su tío Javier. No era rabia lo que sentía en ese momento, ni pena al recordar a sus padres. No, su estado anímico se podría describir como decepción, una profunda decepción.

«¿Por qué no me ha dicho nada?».

Durante los últimos días había llegado a creer que su tío, al fin, se alegraba de tenerla en su casa. A la vuelta del campamento empezarían juntos una nueva vida. Eso le había prometido.

«¡Mentiroso!».

—Alma... ¿Me oyes? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Esther pasó la palma de su mano frente a los ojos de su nueva amiga como si limpiara un imaginario cristal.

—Sí, sí, perdona... solo pensaba. Nada importante. ¿Me decías que no es la primera vez que vienes? —la pregunta le salió sin apenas poner atención a lo que decía.

—No, no. Es el primer verano y espero que sea el último. Si lo dices por la señorita Leonora acabo de conocerla un poco antes de subir al tren. Como tú casi lo pierdes...

Sí, casi lo pierde.

El trayecto en coche a la estación no fue muy animado, pero lo achacó a no saber cómo comportarse ninguno de los dos. Ella esperaba alguna indicación o gesto por parte de su tío que le mostrara cómo actuar. La verdad es que le estaba cogiendo cariño, la trataba muy bien y la compraba muchas cosas. Se había hecho muy amiga de Duli. En varias de las conversaciones que habían mantenido le había pedido paciencia con su tío, siempre había sido soltero y no era fácil acostumbrarse a actuar como un padre de familia.

—Verás como congeniáis los dos. Está muy contento contigo, lo único que le pasa es que no quiere hacer mal las cosas —calló unos segundos— entre nosotras te diré que es muy tímido con las mujeres, aunque creo que él no lo sabe —pasó la mano por la cabeza de Alma y la besó en la frente, apagó la luz y salió del dormitorio.

La niña cerró los ojos con una suave sonrisa en su rostro.

El paisaje a través de la ventana fue cambiando sus tonos ocres por un verde intenso conforme se iban acercando a su destino en la costa cantábrica. Tras ponerse al día con la vida de cada una y ser informada de todos los mayores que componían el grupo en el que se encontraba el hermano de Esther, y ese chico que seguía sonriéndola, Alma se refugió en su novela. La nueva aventura de Los Cinco la trasladó lejos del tren.

Muy lejos.

Tanto, que se sobresaltó cuando la cabeza de su amiga chocó contra su hombro. La miró. No pudo evitar esbozar una ligera sonrisa al comprobar que el golpe no le había despertado. Cerró el libro y observó el paisaje, tan diferente al que ella había conocido con sus padres. Las nubes negras amenazaban con descargar en cualquier momento. Alma no las veía, miraba más allá. Miraba con su mente y en ella veía a su tío.

«¿Un internado?».

«¿Por qué me ha mentado?».

Al llegar a la estación de destino les fue a recoger un autobús. En la última fila tomaron asiento los chicos mayores que habían formado un pequeño grupo. Delante de ellos se sentaron las dos nuevas amigas.

—¿Se acaban de conocer? —quiso saber Alma.

—Los dos que están con mi hermano van a la misma clase. Los demás no los conozco.

Cerca de una hora tardaron en entrar en el recinto. Para acceder al internado había que traspasar una verja, sobre la cual se podían leer unas letras en semicírculo que decían El Bosque, forjadas en hierro y apoyadas sobre dos columnas que delimitaban el muro de piedra que bordeaba la institución. Era noche cerrada, conforme el autobús se aproximaba a la verja esta comenzó a abrirse emitiendo un agudo y largo quejido. A través de los cristales apenas se podía ver nada, excepto unas luces al final del camino. El ladrido grave de varios perros provocó que el silencio se adueñara de los alumnos.

Al cabo de unos segundos la señorita Leonora se puso en pie.

—No os preocupéis por los perros, Félix, nuestro jardinero, se encarga de soltarlos algunas noches para que corran un poco.

—¿Y si nos ven? —preguntó una asustada voz de niño.

—¡Gallina! —vociferaron varios desde los últimos asientos.

—¡Silencio! —Leonora gritó con todas sus fuerzas—. Cuando los suelta vosotros estáis durmiendo.

Poco a poco fueron abandonando el autobús entre risas nerviosas. Don Cosme Díaz, el director, les recibió en el comedor. Justo antes de la cena tomó la palabra. Fue un escueto y claro discurso.

—Recordad que no habéis venido aquí a divertirnos —exclamó en medio de la sala— cada uno de vosotros se encuentra aquí por diferentes motivos. Espero que sepáis comportaros y estéis a la altura de esta prestigiosa institución.

—Pues yo pienso divertirme... —dijo un alumno, generando las risas de los demás.

—Pues empecemos la fiesta, jovencito —hizo una seña a dos bedeles que parecían más guardaespaldas que instructores—. Ya nos contarás a todos lo bien que lo has pasado esta noche en el cuarto oscuro y mañana con los puercos.

A don Cosme no le alegraba especialmente enviar a los listillos al denominado cuarto oscuro. Se trataba de una habitación sin ventanas, sin luz, desde la que se oían todo tipo de ruidos. Cada pabellón contaba con una. Si no imponía algo de disciplina se le acababan subiendo a las barbas. Aunque, sin duda, lo más efectivo era la visita a la granja, a los cochinos concretamente.

—Habéis venido a aprender educación y a estudiar —exclamó firme como un general hablando a sus tropas antes de la batalla, mientras se llevaban al chico— si cumplís, os prometo que vuestra estancia aquí será placentera. No quiero que vuestros padres me digan que han tirado su dinero. Me pagan por educaros y eso es lo que voy a hacer.

Los primeros días transcurrieron lentamente. El tiempo no acompañó, las constantes lluvias los tenían retenidos en sus habitaciones o en las clases y tenían prohibido salir más allá del límite de internado. Al otro lado de la muralla los perros campaban de noche a sus anchas, motivo más que suficiente para que los alumnos se lo pensarán dos veces antes de salir.

Al menos durante las primeras semanas.

Poco a poco los chicos mayores fueron cogiendo confianza al comprobar que en el fondo la institución no era lo que parecía en un principio. Una noche, un pequeño grupo decidió abandonar sus habitaciones con la idea de cruzar el jardín y colarse en el pabellón de las chicas. Si la señorita Leonora les pillaba podían darse por expulsados.

Cambiaron de planes.

—Mirad allí —murmuró Fran, el hermano de Esther— es Félix.

El jardinero abría en ese momento la portezuela del almacén.

—¿Dónde irá?

Solo había una forma de averiguarlo.

En fila y a resguardo de las sombras de los árboles cruzaron el jardín rumbo al almacén. Despacio, abrieron la puerta y, uno a uno, asomaron sus cabezas. El crujido de otra puerta frente a ellos y la tenue luz proveniente del exterior, les indicó el lugar por donde Félix salía. La noche despejada y la luna en pleno apogeo iluminaban cada

rincón del internado casi como si fuera de día. De repente, unos feroces ladridos les hicieron detenerse como estatuas.

Apenas respiraban.

La puerta por la que habían entrado se cerró y quedaron totalmente a oscuras, inmóviles, sin saber qué hacer. El miedo se apoderó de ellos.

—Volvamos... —susurró uno.

—¡Chist! Cállate o los perros nos oirán.

No solo les oían sino que hasta ellos llegaba el olor del miedo de cada uno de los chicos. Sebas el gordo, comenzó a sentir como un líquido caliente descendía entre sus piernas.

No eran los ladridos lo que más les atemorizaba, sino el sonido constante de las pezuñas rascando nerviosas la puerta por la que el jardinero había salido segundos antes.

—¡Vamos, vamos!... —exclamaba Félix.

Las pezuñas continuaban con su frenético ris, ras, ris, ras.

—Vale, vale, está bien, venga, vamos que se hace tarde...

El tiempo parecía haberse detenido. Los mayores sudaban como no recordaban haberlo hecho nunca.

—¡Mira! ¿A dónde irán? —dijo Alma a Esther señalando hacia el jardín desde la ventana de su dormitorio—. ¿No es ese tu hermano?

—Se meterán en un lío. Son idiotas —apuntó sin mucho interés.

Alma se puso la bata y se encaminó hacia la puerta.

—Quiero saber qué es lo que hacen.

—¿Estás loca? ¿Y si nos descubren? —murmuró Esther como si temiera que la oyeran.

—No lo harán.

Más tarde tendría que tragarse sus palabras.

Apagaron la luz, lentamente bajaron el picaporte y asomaron la cabeza. No se oía ni un ruido, la escasa luminosidad provenía de unas lámparas situadas en los extremos del pasillo. De la mano recorrieron los pocos metros que les separaban de las escaleras y comenzaron a bajar despacio, atentas al mínimo ruido que pudiera delatarlas. En lugar de salir por la entrada principal lo hicieron por una pequeña puerta situada junto a la cocina. No llevaban más de un minuto fuera del pabellón cuando comenzaron a oír los ladridos de los perros. Todas las noches durante unos pocos minutos se les oía, pero los ladridos de hoy eran diferentes. Sonaban más intensos, graves, como histéricos.

—Volvamos, tengo miedo.

—Algo pasa, ¿no oyes cómo ladran?

—Me dan mucho miedo los perros, Alma.

Sin soltarse de la mano avanzaron siguiendo la procedencia de los insistentes ladridos, al llegar a la puerta del almacén pegaron la oreja a la madera.

—Ahí dentro no están los perros, Esther, no tengas miedo.

Félix no conseguía que los animales le hicieran caso, si seguían arañando con ese ímpetu terminarían por tirar la puerta abajo. Agarró las correas con fuerza y empujó la hoja.

—¿Hay alguien ahí?

En el mismo momento en que el jardinero ponía la mano en el pomo. Alma hacia lo propio en la otra puerta. Ambas se abrieron casi a la vez. Los chicos, quietos, sin mover un solo músculo pasaron en décimas de segundo de un intenso pavor, al ver como la luz de la luna se colaba por la puerta recortando las figuras de Félix y de al menos tres perros, a la sorpresa más absoluta al comprobar que la otra también se abría.

No se lo pensaron dos veces.

No había terminado Alma de abrir cuando tres de los chicos se lanzaron sobre ella corriendo despavoridos. Tras ellos, Fran y al que apodaban el Indio, que al ver a las chicas contuvieron la carrera.

—¡Cierra! Los perros... —acertó a decir el hermano de Esther antes de imitar a sus amigos.

Félix apenas alcanzó a ver como salían huyendo, pudo reconocer a varios de ellos pero no tenía fuerzas para perseguirles. En general no eran malos chicos los que llegaban cada año al internado. Con un poco de paciencia podías enseñarles la granja, los alrededores, en su mayoría querían aprender. Pero otros años, no sabía cuál podría ser el motivo, se juntaban varios chavales que eran malos. Sí, sin lugar a dudas, se les podía catalogar como malas personas.

Y este curso era uno de esos.

Lo descubrió semanas más tarde.

Cierto que habían tardado más de lo habitual en comportarse de esa manera pero lo habían hecho a conciencia. Estaba convencido que uno de los perros que apareció muerto se lo habían envenenado esos hijos de mala madre. ¡Qué decir de las gallinas que habían desaparecido! A saber qué habían hecho con ellas. Actuaban como auténticos cobardes que eran. Menos mal que en unas semanas este maldito curso se habría terminado.

—¿Se puede saber qué se os ha perdido por aquí, jovencitas?

Alma y Esther se volvieron lentamente, la voz de la señorita Leonora a punto estuvo de helarles la sangre. Intercambiaron miradas sin saber qué decir. Unos metros más adelante estaban escondidos el Indio y Fran tras un árbol, atentos a lo que sucedía.

—Tu hermanita y su amiga no se chivarán ¿verdad? —escupió las palabras junto al oído de su amigo, mientras le apretaba fuertemente el cuello—. Cómo digan algo... —dejó el final de la frase en el aire mientras se ponía en pie de vuelta al pabellón.

Fran sabía que su hermana no se chivaría. Lo mismo pensaba de Alma. Esa chica

le gustaba un montón, con esas trenzas y esas gafas que se ponía para leer, pero ya le había advertido Esther que no era él el elegido sino su amigo, el Indio. Sobre el particular las dos amigas tuvieron bastantes conversaciones durante todo el verano. Después de casi dos meses juntas y las experiencias acumuladas se habían hecho inseparables.

—¿Cómo te puede gustar ese chico? ¿Eh? —exclamó con los brazos en jarras una mañana de domingo después de misa—. ¿No te das cuenta que le gustan todas?

—No sé, hay algo en él que me encanta. Además nunca he tenido novio.

—¿Y qué prisa tienes? Si se puede saber.

Alma parecía no escuchar, buscaba con la mirada a los chicos mayores que salían del pabellón.

El sol apretaba con fuerza, contaban con unas horas libres durante las cuales, siempre en domingo, se podían reunir con los chicos, bajo vigilancia estrecha de bedeles y monjas voluntarias.

El Indio era el típico chico de los llamados malos, admirado por las chicas a pesar de ser tal y como a ellas no les gustaba que fueran. No hacía caso a ninguna y estaba a su vez con todas. Salía con unas, las dejaba y siempre había en la cola otra dispuesta a vivir la misma experiencia que las anteriores. Experiencia que no se cansaban de repetir a aquellas que quisieran oírlas. De poco valía ponerlas sobre aviso. El proceso se repetía una y otra vez.

A Fran le atraía la vena aventurera de su amigo, ir contra las normas establecidas era divertido. Pero no entendía por qué las chicas iban detrás de él. Ciertamente que gracias a eso algunas se quedaban con los amigos y eso les facilitaba las cosas. No obstante, en esta ocasión se trataba de algo diferente. Los pinchazos que sentía en el pecho cuando veía a Alma, o hablaba un rato con ella, no los había sentido antes, a pesar de que la conversación solía girar en torno al Indio. A Esther le alegraba que Alma no estuviera por Fran, sería horroroso que su mejor amiga saliera con su hermano, que no dejaba de ser otro chulito creído.

La escapada de aquella noche les valió a las amigas un severo escarmiento que consistió en tres días encerradas en su habitación con deberes y lavando platos después de las comidas. Sin embargo, el peor castigo les fue impuesto pocos días antes del fin de curso. Tras los días de reclusión al fin llegó el permiso para abandonar su dormitorio.

—¿Podemos salir? —exclamaron casi al unísono en la tercera mañana de encierro.

—Sí, seguir a la hermana, ella os indicará —Leonora señaló con el brazo estirado y el rictus serio a la monja que aguardaba junto a la puerta.

De camino, Esther se armó de valor.

—¿Dónde vamos, hermana Luz?

—Ahora lo verás. Es un lugar donde aprenderéis muchas cosas.

Ambas se miraron entre sí, sin comprender a qué sitio se podía referir.

Unos minutos después no les quedaba ninguna duda.

—¿Porqueriza ha dicho la monja esa que se llama esto? —exclamó Esther mirando a los cerdos—. ¡Esto es una maldita pocilga! ¡Qué asco!

—Siento haberte metido en esto —confesó Alma sin poder evitar un rictus de repugnancia al caminar entre los puercos que las observaban curiosos.

—No es culpa tuya, soy mayorcita para tomar mis propias decisiones. Pude haberme quedado en la habitación, pero no lo hice.

Las dos primeras horas se les hicieron eternas.

—Nosotros ya hemos pasado por eso, el olor no te lo quitas ni en días —una voz conocida, detrás de ellas, hizo sonreír a Alma.

Ahí estaba el Indio, con su largo y abundante pelo negro, a veces suelto, otras, recogido en una coleta. Sus ojos oscuros, algo rasgados y esa pose como desganada con un pie casi siempre en alto, bien sobre una silla, o con la pierna recogida y la planta del pie contra la pared, o como ahora, apoyado sobre un tronco con los brazos cruzados sobre su rodilla, le daba esa imagen de dejadez que tan atractiva les resultaba a las chicas.

Observaba a Alma con una media sonrisa dibujada en su rostro. Esta, azorada, llevaba su vista de los ojos de él a sus propios pantalones mientras hacía esfuerzos por comprobar, de la forma más disimulada posible, si las palabras que acababa de oír eran ciertas. Fingiendo retirar unas invisibles gotas de sudor de su frente aprovechaba para oler la manga de su blusa, sin poder asegurar si el olor procedía de ella o de los gorrinos que las miraban abriendo y cerrando sus alargadas y chatas narices.

—¡Chist! ¡Eh! —Esther reclamaba la atención de su amiga para que retirara de su cara el estúpido gesto que se había adueñado de ella desde que había llegado el grupo de los mayores. Seis pares de ojos las observaban divertidos—. ¿No tenéis nada qué hacer? —preguntó mirando a su hermano. No le hacía ninguna gracia que Alma se interesase por un chico como aquel, que había tenido ya tres novias ese verano.

«¿Cómo es posible que no se dé cuenta?».

En esos momentos, Esther hubiese reconocido que prefería que Alma se decidiera por su hermano. Sí, era un chulín pero porque gustaba a sus amigas, pero en el fondo era muy tímido. Ella le conocía bien y no podía engañarle con esas muecas y ese comportamiento de niño estúpido.

«Es un buen chico».

—Este sábado vamos a organizar una fiesta —soltó el Indio como si hablara del tiempo— estáis invitadas.

Esther se volvió palo en mano.

—No vamos a ir, ya podéis ir buscando otras tontas.

—Yo, sí voy —dijo Alma en un tono suave, con una ligera sonrisa, hipnotizada con su mirada y feliz por haber sido invitada.

—Ya os avisaremos —el Indio guiñó un ojo a la chica de las trenzas mientras giraba sobre sí mismo.

Las dos amigas observaban como se marchaban los mayores. Una enfadada, la otra ilusionada.

—No te conviene.

—¿No estarás celosa? —Alma le dio la espalda, de nuevo inmersa en la desagradable tarea que aún les quedaba por delante.

Esther la miró con los ojos como platos.

«No me gusta nada esa fiesta... nada».

No se equivocaba. De haber siquiera sospechado mínimamente lo que iba a suceder aquella noche hubiera atado a su amiga a la pata de la cama.

Pero no lo hizo.

Y Alma desapareció.

El director del internado y su brazo derecho la señorita Leonora, responsable del módulo femenino, habían guardado silencio ante las autoridades, como siempre hacían cuando sucedía un hecho similar. Guardar silencio ante los padres era tarea sencilla, en su mayoría nada querían saber de sus hijos, al menos durante los tres meses de verano. Con Alma resultaba todo más sencillo, su única familia era su tío Javier Mateo que se había visto obligado a ocuparse de la niña por imperativo legal al fallecer sus padres y no tener otros parientes que se hicieran cargo de ella. Tres eran los días que llevaban sin tener noticias de ella.

Tres días era demasiado tiempo. Incluso para el internado.

No era la primera vez que un alumno se ausentaba. En ocasiones escapaban en grupo, pero pocas horas después estaban de vuelta, los que no se perdían. En torno a los dos módulos que componían El Bosque, se levantaba una gruesa muralla de piedra, y más allá lo que daba nombre al internado, árboles, vegetación, montaña y tres riachuelos, detrás, el mar Cantábrico.

El director definía el lugar como una casa de verano para alumnos que necesitaban una atención extra. Para cualquier interno el centro era como una cárcel en la que tenían prohibida la salida, la mayor parte del día la dedicaban a estudiar y a realizar labores propias de mantenimiento del internado. Contaban con una pequeña granja, un gallinero y un almacén con los utensilios necesarios para reparar todo aquello que necesitara ser arreglado, como un techo, una valla, puertas, pupitres.

—Alma no está... —Leonora hizo su entrada en el despacho del director visiblemente afectada, aún así conseguía mantener ese porte recto y gesto afligido que cada año imitaban las alumnas entre risas.

Don Cosme levantó la vista de las hojas que tenía sobre la mesa, mirando por encima de sus estrechas gafas la fijó en la cara de la mujer, que pese a tener los cincuenta cumplidos, aparentaba sobrepasar con creces los sesenta. Su moño alto y los vestidos oscuros, que habitualmente llevaba cerrados desde el cuello hasta los pies, no ayudaban a rejuvenecer su apariencia.

—¿Cómo qué no está? —preguntó entre cansado y molesto al verse de nuevo en una situación que se repetía demasiadas veces.

La señorita Leonora, como así le gustaba que la llamaran o simplemente señorita, no sabía qué hacer con sus manos, cruzaba los dedos, luego los brazos, se ajustaba el moño, cruzaba los dedos, luego los brazos...

—¡Cálmese! O conseguirá ponerme nervioso a mí también.

—No está en su habitación, ni en el comedor, ni en la biblioteca. He mirado por el jardín y tampoco está —logró soltar casi de corrillo.

—Verá como aparece. Siempre lo hacen.

La señorita bajó la cabeza.

—Siempre no, don Cosme, siempre no... recuerde...

El director se la quedó mirando como si no supiera a qué se refería. Bien lo sabía, aunque el caso de Vicentín fue un accidente, un auténtico caso de mala suerte.

—Ese niño no hacía más que dar problemas y se veía venir —no había mucha seguridad en las palabras que salían de su boca.

Se trataba del típico suceso que una institución como El Bosque quería evitar. No porque desapareciera un alumno, no. El problema con Vicentín fue que nunca se supo de él, jamás se cerró el caso. La imagen del internado quedó en entredicho y don Cosme no iba a permitir que volviera a ocupar las primeras páginas de los periódicos.

Esta vez, no.

—Verá como esa chica vuelve pronto, Leonora, no se agobie —volvió la vista de nuevo a sus hojas dando por terminada la conversación. Al comprobar que la mujer no se retiraba, se quitó las gafas y la miró fijamente.

—¿Y bien?

—Alma es una buena chica, está aquí porque su tío no quiere hacerse cargo de ella y...

—¿Cuántas veces le tengo que decir que los cotilleos de las familias no me interesan? ¡Dejan a sus hijos en nuestras manos porque confían en nuestro buen hacer para enderezarlos! —puesto en pie con los puños clavados sobre la mesa repetía un argumento que ya había escupido en muchas ocasiones.

Demasiadas, a su parecer.

—Lo sé, don Cosme, pero está niña no es revoltosa, sino todo lo contrario, es obediente. Por eso me extraña que no esté en su habitación.

—Con más razón entonces. Verá como en unos minutos regresa de dónde quiera que se encuentre y da usted el asunto por zanjado. Descanse, Leonora.

Alma no apareció esa noche. Ni la siguiente.

Lo hizo al tercer día.

Dos días después se repetía la misma escena, para desesperación del director.

—¡No me mire así, Leonora! Ya sé que aún no ha aparecido esa chiquilla. ¿Pero qué más quiere que haga?

—Avisar a la policía, don Cosme —dijo con los ojos fijos en un lugar cercano a la punta de sus zapatos.

El director la fusiló con su mirada. Había dado por zanjado el tema de la policía,

o al menos eso creía. Si por algo se caracterizaba la institución que dirigía desde hacía más de veinticinco años era por su discreción a la hora de resolver cualquier asunto que aconteciera entre sus cuatro paredes.

«La policía...».

—¿No le ha quedado claro ese tema? —exclamó lentamente, en un tono que hizo estremecer a la mujer.

—Sí, sí, pero pasan ya tres días y...

Un alboroto procedente del pasillo atrajo la atención de ambos. La puerta se abrió de repente. Quién quiera que fuese ya podría tener un buen motivo para proceder de esa manera. Entrar sin llamar en el despacho y más aún, con ese ímpetu era sinónimo de un duro castigo. Nada sacaba más de sus casillas a don Cosme que no sentirse respetado por todos y cada uno de los habitantes de El Bosque.

Si fuese temido, mejor.

El director y la señorita miraban de hito en hito a Félix, el jardinero, que llevaba en la institución los mismos años que su jefe. Tras él varias cabezas asomaban expectantes bajo el dintel.

—¡Cierre Félix, por Dios! Confío en que tenga un buen motivo que justifique su comportamiento.

—La niña... —aguardó unos segundos para recuperar el aliento y continuar—... la niña... ha aparecido.

El director esbozó una enorme sonrisa de satisfacción a la vez que se hinchaba orgulloso y miraba a Leonora como diciendo, «ve como tenía razón».

—Muerta... don Cosme —murmuró Félix embutido en su mono de trabajo y con la gorra entre sus nerviosas manos.

«¿Muerta?».

Tan rápido como esbozó la sonrisa, esta desapareció de su cara, dejando en su lugar una fina línea formada por sus apretados labios. Ojos más abiertos de lo habitual, hombros caídos.

—¿Muerta? —acertó a decir en voz alta—. ¿Está seguro, Félix?

El jardinero asintió.

Leonora se moría de ganas por zarandear al director y salir corriendo a socorrer a la niña aunque ya no hubiera nada que hacer por ella. Pero en lugar de eso llevó la mano a la boca de la que apenas partió un grito ahogado.

—Dios mío... —siseó.

—La encontraron los chicos, en la playa.

Don Cosme Díaz no pudo evitar que la policía hiciera su trabajo. Bastaron unas horas para confirmar el fatal accidente de la pequeña Alma de trece años recién cumplidos. En el informe se detallaban los últimos pasos dados por la joven tras abandonar el recinto de El Bosque, hecho que todos los alumnos sabían que tenían terminantemente prohibido. Se asomó al borde del acantilado, quizá para observar el horizonte, con tan mala fortuna que perdió el equilibrio precipitándose al vacío.

El tío de Alma no pudo ser localizado.

La enterraron en el pequeño camposanto al otro lado de la muralla, frente al mar. Al improvisado funeral en la capilla del internado asistieron parte de los alumnos. Frente al féretro depositaron unos ramos de rosas blancas, como recuerdo, dijo Leonora, junto con otros de rosas negras, como señal de respeto en su funeral.

—Es la costumbre —aseguró.

Dos cosas se pasaron por alto en la investigación. Una; Las gafas que usaba Alma para ver a corta distancia. Si se hubiera acercado al precipicio para disfrutar del horizonte no las llevaría puestas y hubieran aparecido en la funda. La segunda; Nadie reparó en que las dos largas trenzas pelirrojas que siempre llevaba estaban deshechas. Ella nunca hubiera salido así de su habitación.

¿Nadie...?

Alguien, sí lo hizo.

Madrid 1986

Dieciséis años después

El comisario Antonio Rovira entró con paso decidido en su despacho. Antes de cerrar la puerta de un golpe seco, le dio tiempo a vocear el nombre de su subordinada.

—¡Prados!

Rocío Prados formaba parte de la primera promoción de mujeres policía. A pesar del escaso apoyo recibido por parte de sus compañeros y superiores, logró ser nombrada subinspectora en un tiempo récord. Su rápido ascenso fue la comidilla de la comisaría durante los primeros meses. Su facilidad para meterse en la cama de quién le convenía y no otras cualidades profesionales, era el único argumento comprensible, para algunos de sus compañeros, que justificara su nombramiento antes que otros policías más curtidos.

A la subinspectora Prados poco le importaba.

Poco, era mucho decir.

Con el paso de los meses, Rocío fue haciéndose un hueco en la comisaría. Era más bien menuda, de reflejos ágiles y buena puntería, sin embargo, su punto fuerte era una aparente facilidad para atar los cabos sueltos de la investigación más deshilachada.

—Comisario...

—Cierre la puerta y tome asiento.

Cada vez resultaba menos chocante que Antonio Rovira requiriese la opinión de la subinspectora. Incluso había llegado a vetar su traslado a otra comisaría a sus espaldas. No quería deshacerse de ella, al menos mientras no contara con alguien de su talento, fuese hombre o mujer. Lo único que le importaba era solucionar los casos que se le presentasen y para ello, Prados, le resultaba de vital importancia.

—Lea este informe, por favor, tómese su tiempo. Como observará es secreto y no podrá compartir con nadie su contenido. ¿Entendido?

Rocío cogió entre sus manos el *dossier* disponiéndose a abandonar el despacho rumbo a su mesa de trabajo.

—No, no. Léalo aquí. Sin prisas.

La menuda mujer no pudo disimular su extrañeza ante tal inusual petición. Un informe secreto no era algo que se pudiera leer todos los días. Obedeciendo al brazo extendido del comisario tomó asiento en la pequeña mesa de reuniones y abrió el expediente. Durante los siguientes veinte minutos no levantó la vista de los papeles. En un par de hojas aparte fue tomando notas, que como Antonio sabía, iban a servirle

de apoyo a la hora de exponer sus conclusiones.

Conclusiones que el comisario quería oír ya.

Le bastaron unas pocas líneas para darse cuenta de que el *dossier* que tenía entre manos venía de arriba, de muy arriba. Tan arriba, que no se le ocurría a nadie situado más encima de la persona que se nombraba en el informe, en mayúsculas y rodeado con un grueso rotulador rojo. El asunto era serio y ella no tenía ni idea de por dónde empezar. Sentía como le sudaban las manos.

—Prados...

Levantó la vista y fijó su mirada en el comisario, que con el brazo extendido le ofrecía un par de folios mecanografiados junto con una foto grapada en cada uno de ellos.

Minutos después la subinspectora buscó a Rovira con la mirada. Estaba de espaldas, con las manos detrás mirando por la ventana el soleado día con que Madrid se había despertado.

La subinspectora se sentía agradecida por el trato recibido por su jefe, por su ayuda y predisposición a enseñarla todo lo que su complicada profesión requería. Era un gran profesional, le admiraba y no se veía con la capacidad necesaria para ocupar algún día su puesto. Mucha presión, muchos intereses en juego. Política.

—Comisario...

Rovira giró ansioso sobre sí mismo. A diario aparentaba ser una persona firme y serena, pero esa mañana se encontraba especialmente alterado.

—¿Cree qué están relacionados, verdad? —Rocío blandía un *dossier* en cada mano.

—Si no fuese así, sería demasiada coincidencia ¿no le parece?

La subinspectora Prados asintió.

Eso era lo preocupante. Dos casos, tres para ser exactos, donde los cadáveres aparecidos no guardaban, *a priori*, relación alguna entre ellos. Al menos no con el cuerpo encontrado al que se refería el segundo expediente.

—El hijo y el sobrino del Presidente del Tribunal Constitucional... —murmuró Rocío.

—¿Qué coño tendrán que ver con este desgraciado?! —exclamó Antonio golpeando con sus dedos la foto grapada en uno de los folios. Su mirada le pedía a Prados que compartiera sus conclusiones iniciales.

—¿Sabemos si se trata de un suicidio, como los dos primeros?

—Le encontraron al pie del Puente de Segovia, tiene todas las papeletas para ser considerado así. Estoy esperando el informe —dicho esto, el comisario abrió la puerta de su despacho—. ¡Mendía, Romero! ¿Les falta mucho?

Unos segundos después los aludidos inspectores se reunieron con Rovira y Prados.

—Jefe, es un suicidio no hay duda, lleva varios días muerto. Según el forense unos cinco más o menos, confirmará el dato a lo largo de la mañana. Al caer en un

contenedor de basura ha permanecido oculto —intervino Mendía.

—¿Cayó en el contenedor? —preguntó para sí Rocío.

—Así es. ¿Qué problema hay?

La subinspectora lamentó que se hubiera oído su reflexión. No quería que pensarán que le había llamado la atención algo que a ellos se les había pasado por alto.

—Subinspectora Prados... —nada le importaban las habladurías al comisario. En su tono mostraba cierta impaciencia por escuchar lo que fuese que se le pasara por la cabeza a su subordinada.

—¿Dónde estaba el contenedor?

Mendía y Romero se miraron sin comprender el alcance de la pregunta. Ante la concentrada mirada del comisario en ambos, optaron por buscar en el informe el dato que su compañera les había requerido.

Los dos inspectores habían mantenido enfrentamientos verbales con otros policías para salir al paso de los chistes y comentarios vertidos sobre Rocío Prados. Defendían, que a pesar de que resultaba extraño tener como compañero a una mujer, tenían el mismo derecho que ellos a llevar la placa y además las había, como la subinspectora Prados, con una capacidad que nada debía envidiar al mejor de los allí presentes.

—Imagino que también os incluís —apuntó Cortizo, uno de los más veteranos y molestos por la presencia femenina en la comisaría.

—Por supuesto —afirmaron al unísono.

El comisario puso los codos sobre la mesa y miró a la subinspectora. Un leve gesto con las cejas le invitó a continuar.

—Seguramente no tiene importancia, pero me preguntaba cuántos de los cuerpos que se han lanzado por el Puente de Segovia a lo largo de los años, han caído en algún contenedor o sobre algo que no fuera el asfalto. Es decir, suelen caer más o menos en el centro ¿no?

Un movimiento de folios atrajo la atención de Rovira y Prados.

—Aquí está, jefe —con el brazo extendido Mendía le ofrecía la carpeta abierta.

—El contenedor se encontraba en la acera, junto a unas obras que se están realizando —intervino Romero.

Tras unos instantes de silencio, el comisario levantó la vista de la carpeta, agradeció el informe a los dos inspectores y les ordenó que examinaran el escenario de nuevo por si encontraban algo que se les hubiera pasado por alto. Antonio y Rocío se quedaron estudiando las fotos que él había esparcido sobre la mesa. Los dos parecían haber llegado a la misma conclusión. El caso del hijo y del sobrino del Presidente del Constitucional había quedado resuelto como un extraño suicidio compartido. Las órdenes recibidas en la comisaría eran claras. Nada debía trascender del asunto y menos aún a la prensa.

Pero el suicidio del Puente de Segovia lo había cambiado todo.

¿Suicidio? El comisario ya no lo tenía tan claro.

—¿Qué opina, Prados?

—Creo que habría que investigar los dos casos juntos, no por separado. Es posible que encontremos puntos en común. No puede ser una coincidencia —aseguró convencida con una foto en cada mano—... comisario, juraría que los tres hombres han sido asesinados.

Rovira tomó de nuevo las fotografías entre sus manos. No por haber llegado a la misma conclusión que la subinspectora le inquietaron menos sus palabras. Frente a ellos se presentaba un caso de esos que nadie quiere en su comisaría.

Política.

La presión sobre el propio comisario y sus subordinados podría llegar a ser insoportable. Qué decir de la prensa. ¿Qué pasaría cuando se enterasen que junto a los cadáveres de los dos primos y al cuerpo encontrado en el contenedor, bajo el Puente de Segovia, hallaron una rosa blanca y una rosa negra?

Seis en total.

Dos rosas por cada cuerpo.

Con el paso de las horas la tensión iba en aumento en la comisaría. Excepto el comisario y la subinspectora nadie contaba con el grueso de la información. Rovira no abandonó el despacho ni a la hora de comer. Su habitual mesa reservada en el bar de la esquina quedó vacía. Para los policías que allí trabajaban resultaba excesivo el hermetismo por un suicidio en el Puente de Segovia. Lamentablemente eran demasiados los suicidas que habían elegido ese lugar para acabar con sus días. El hecho de que hubiera caído en el interior de un contenedor no justificaba el encierro de su jefe. Algo pasaba y querían saberlo. Todos miraban a la subinspectora Prados en busca de alguna respuesta a sus mudas preguntas.

Rocío era consciente de ello.

—Dejadla tranquila. Cuando quieran que sepamos algo nos lo comunicarán —Mendía se quedó mirando a Cortizo, el veterano policía que amenazaba con enfrentarse a Prados ante la pasividad de sus compañeros. Había regresado del Puente de Segovia y ni él ni Romero encontraron nada digno de interés.

—¿Qué pasa contigo, Mendía? ¿Te la quieres tirar? —dijo con media sonrisa garabateada en su rostro.

Romero se interpuso entre ambos. Su altura y corpulencia fue argumento suficiente para que Cortizo volviera sobre sí mismo con gesto triunfador, colocara un pitillo en su boca y regresara a su mesa mientras intentaba introducir la camisa entre el pantalón y su oronda barriga.

—Algún día te romperé esa boca —amenazó Mendía.

—Cuando quieras, gilipollas —soltó al aire, sin mirar a ningún lado en concreto, en un tono que resultó poco convincente.

La puerta del despacho del comisario se abrió de improviso.

—¿Señores, qué coño pasa aquí? —exclamó mirando a Mendía y Cortizo—. No

estamos para tonterías.

Tras pasar la mano por su espeso y descolado pelo, miró a todos los que allí se encontraban.

—Al que no le guste esta comisaría, puede largarse. Solo quiero policías comprometidos que quieran hacer bien su trabajo ¿entendido? —advirtió mirando a Cortizo que desvió sus ojos en cuanto notó que los del comisario se posaban en él más tiempo del deseado.

—Comisario...

—Ahora no, Mendía. Tengo algo que contarles.

Antonio Rovira se apoyó en el extremo de una mesa y respiró profundamente antes de continuar. Con gesto mecánico extrajo un Ducados de un paquete que había junto a su pierna y del bolsillo del pantalón un mechero Bic. Encendió el cigarro, apuró dos profundas caladas y comenzó a hablar.

—Les imagino al tanto del cadáver hallado bajo el Puente de Segovia... —otra calada, más con ánimo de demorar su exposición que por expreso deseo de fumar.

Algunas cabezas asintieron.

—Verán, hace días aparecieron los cuerpos sin vida del hijo y del sobrino del Presidente de Tribunal Constitucional. Recibí órdenes directas de dar carpetazo al asunto.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Romero.

—En un principio todo apuntaba a un inexplicable suicidio y ahí quedó la cosa. Sin embargo...

Los cortos y continuos silencios de Rovira contenían más información que sus propias palabras. Con ellos había conseguido que todos y cada uno de los que le escuchaban mantuvieran sus ojos fijos en él sin apenas pestañear, por temor a perderse algo. Ni los más veteranos recordaban una situación parecida. Antonio Rovira escogiendo las palabras que iba a pronunciar.

Inaudito.

Algo muy importante sucedía, de eso no les cabía la menor duda.

—... sin embargo —repitió— todo apunta a que pueden haber sido asesinados.

Otro silencio.

—Jefe, no sería la primera vez que una investigación cambia de rumbo —intervino Cortizo seguro de sí.

El comisario le miró con gesto cansado, apuró la última calada y mientras aplastaba el cigarro contra el cenicero giró su cabeza en dirección a su subordinado.

—Lleva razón, pero es la primera vez en esta comisaría, al menos desde que yo soy el comisario, que dos familiares directos de un alto cargo de este país son asesinados en mi jurisdicción. Sí, ya sé —alzó las manos para impedir que Cortizo tomara la palabra— que una investigación puede variar. Pero ni la prensa ni ustedes sabían del caso y para la familia había quedado enterrado. Ahora me veo en la obligación de llamar al Presidente del Constitucional y confesarle que es más que

probable que estemos ante un asesino en serie. ¿Le parece motivo suficiente para preocuparme?

Cortizo continuaba con la boca medio abierta sin pronunciar palabra.

—¿Qué pruebas se han encontrado para ese giro en la investigación, comisario? —se interesó Romero.

Antonio Rovira les hizo un amplio resumen del caso. Desde la aparición de los cadáveres de los primos, uno de ellos padre de familia, el otro un feliz soltero de oro, hasta la localización del tercer cuerpo en un contenedor.

—¿Qué tienen en común?

—Mírelo usted mismo, Mendía —el comisario le ofreció las fotos que acababa de recoger de su mesa.

Las instantáneas fueron pasando de mano en mano. Justo era reconocer que no todos los presentes contaban con la agilidad visual necesaria para descubrir en segundos los puntos en común que compartían las fotografías. Incluso al veterano y curtido en mil batallas, Cortizo, hubo que señalarle las rosas blancas y negras que se repetían en ambos escenarios.

—No me jodas que por estas putas rosas... —murmuró al oído de su compañero justo en el momento en que se hizo un profundo silencio en la sala donde se agrupaban las mesas de los inspectores.

Decididamente su jefe, Rovira, estaba perdiendo facultades.

—Sí, Cortizo, esas putas rosas, como usted dice, son las causantes de que este caso haya pasado de suicidio a asesinato —el comisario le fulminó con la mirada.

«A ver si se jubila de una puñetera vez».

De nuevo otro silencio, este más largo que los anteriores. Los inspectores se miraban entre sí esperando que alguien aportara algún comentario, por escueto que fuera, que diera algo de sentido al caso. O los casos, según se mire. Varios pares de ojos se posaron en Rocío Prados, que permanecía en silencio, sin aparentar la más mínima intención de mediar en la conversación.

La intervención del comisario supuso un largo respiro para ella. Si no hubiera salido del despacho para compartir con todos los compañeros sus impresiones sobre el caso, alguno de ellos la hubiera presionado hasta que soltara todo lo que sabía.

No lo hubiese permitido.

—Lo siento, comisario. Me pareció que unas pocas flores no eran pruebas suficientes para este jaleo. Se pueden encontrar en muchos sitios y cualquiera pudo haberlas dejado allí.

—Cualquiera no, Cortizo, cualquiera no.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Mendía, Romero y Prados acompañenme. Los demás continúen con su trabajo. ¡Ah! No olviden que no debe salir de comisaría ni una sola palabra de lo que acabo de exponerles —señaló Rovira camino de su despacho.

—Niñata... —susurró Cortizo al cuello de su camisa, viendo como Rocío cerraba

la puerta tras de sí— solo es una maldita subinspectora y mírala...

Media hora después, Antonio se quedó a solas en su despacho. Había repartido tareas y acababa de colgar el teléfono. La conversación con el Presidente del Constitucional había sido más plácida de lo que esperado. Tras una lógica sorpresa inicial al exponerle sus sospechas, su interlocutor le había rogado que llevara la investigación de la forma más discreta posible.

—Sí, señor, haré lo que esté en mi mano.

—Confío en su buen hacer, Rovira. Manténgame informado, se lo ruego.

Definitivamente el día de hoy no era el más indicado para dejar de fumar. Desde el pasado fin de semana no había cogido un pitillo hasta unos minutos antes cuando se dirigió a su personal. Con el Bic en una mano y un Ducados en la otra se acercó a la ventana. Encendió con parsimonia su pitillo. Las volutas de humo se estrellaban contra el cristal enrollándose sobre sí mismas, formando extrañas figuras.

En cuanto colgó el teléfono la expresión de su rostro tornó grave. No le gustaba faltar a su palabra, aunque para ser justos en esta ocasión no dependía de él. La investigación se iba a llevar a cabo con cautela, pondría la mano en el fuego por su gente o por casi todos...

Chascó los labios.

Cuando terminó la frase, en su cabeza se formó la imagen de Cortizo.

No, no sería una investigación que pudiera mantenerse al margen de la prensa. En cuanto alguno de los sabuesos periodistas llegara a la misma conclusión que ellos, el caso ocuparía las cabeceras de los periódicos y de los informativos de la televisión.

«¡Mierda!».

Había puesto a sus mejores hombres, Romero y Mendía, en el caso. En esta ocasión había incluido a Prados. Esa joven podía ser de gran ayuda a la investigación. Siempre aportaba un punto de vista diferente que servía para desatascar casos que parecían no tener salida. Formaban un buen equipo de trabajo, de eso no le cabía la menor duda.

Solo les pidió una cosa.

—Para ustedes, en estos momentos no hay más caso que este. Céntrense en él y les prometo unos días de vacaciones cuando lo solucionen. ¿Entendido?

Cuando el comisario les decía esto, lo que realmente les estaba comunicando era que no habría días libres, ni nada que se le pareciera, hasta que no lo resolvieran.

Como siempre, fue el último de su turno en salir de comisaría rumbo a su casa. Se apeó del taxi dos manzanas antes de llegar a su destino y continuó a pie. En el siguiente cruce, bajando la calle, se encontraba el bar en el que pasó muchas horas acodado en la barra, bebiendo y lamentándose.

Demasiadas horas.

Cerca estuvo de costarle el puesto y la expulsión del cuerpo, pero supo reponerse a tiempo. Nadie está preparado para cambiar las sonrisas de su pequeño y el cariñoso recibimiento de su mujer al llegar a casa, por un profundo y terrorífico silencio. El

contraste es doloroso.

Muy doloroso.

Pocos meses faltaban para que se cumplieran dos años desde que se prometió a sí mismo, mejor dicho, desde que juró a su mujer y a su hijo, dónde quisiera que estuviesen, que no volvería a probar una gota de alcohol. No fueron pocas las ocasiones en las que había decidido vender el piso de Atocha y largarse a cualquier otro lugar. Pero eso sería como dejarles atrás para siempre. Empezar una nueva vida.

—Eso es justo lo que tiene que hacer —le aconsejó su psicólogo en una de sus innumerables sesiones.

—No estoy preparado, ni quiero estarlo. Lo superaré sin abandonarles... bueno... sin abandonar nuestra casa... mi casa. —Antonio rectificaba a cada mirada del psicólogo.

Lo había logrado, casi dos años después seguía sin beber y en la misma casa. No, continuaba sin estar preparado para salir de allí. Quizá después del verano o de la próxima Navidad, pensó mientras apagaba la luz de la mesilla de noche. Ese era el peor momento del día, esos instantes en los que cerraba los ojos y podía oír nítidamente a Eva, su mujer, gritando frenéticamente.

—¡¡Antonio!! ¡¡Cuidado!!

Rovira había girado la cabeza, apenas unas décimas de segundo hacia el asiento trasero, para ver el nuevo yo-yo que su hijo le mostraba con la mejor de sus sonrisas dibujada en su pequeño rostro. Debería tener no menos de veinte modelos repartidos por todos los cajones de su dormitorio. Era pequeño para manejarlo, pero por alguna extraña razón, que Antonio no acertaba a comprender, su hijo los adoraba.

—¡Papá! —el grito se unió al de Eva. Con el brazo estirado y el pánico dibujado en su cara, Raúl señalaba dos focos que venían de frente a toda velocidad.

—¡Dios mío!

Fueron las últimas palabras que oyó de su mujer junto con el continuo grito de pánico de Raúl antes de sentir el tremendo impacto contra el coche que venía de frente, adelantando.

«Tenía prisa» afirmó en el juicio. «Un segundo más y lo hubiera conseguido si ese tío —señaló a Antonio— no hubiera acelerado».

Hicieron falta los brazos de varios compañeros para separarle del acusado y sacarle de la sala. Había tomado asiento dos filas más atrás, las sorteó en décimas de segundo en cuanto oyó la estúpida y falsa conclusión del niñato, para abalanzarse sobre él y estrellar su puño una y otra y otra y otra vez sobre la cara del asesino de su familia.

Fueron muchas las noches que al apagar la luz la volvía encender presa de una enorme ansiedad. Con el paso de los meses fue controlando esos fatídicos segundos. No había conseguido eliminar de su mente las caras de pánico del pequeño Raúl y de Eva, acompañadas de sus angustiosos gritos, pero sí que había comenzado a saber vivir con ellas. Solo eran unos pocos segundos al apagar la luz. Solo eso.

Los peores segundos de cada día de su vida.

Desde aquella noche.

Rocío Prados llegó a su casa feliz. Su ascenso a subinspectora no había sido nada fácil, en parte se lo debía al comisario, que bien podía haber optado por otros compañeros. Sin embargo, hasta la fecha, no había sido requerida para participar en un caso como el que habían tratado a lo largo del día. Ciertamente que no era la responsable directa, ni pretendía serlo en estos instantes, para ello estaban Romero y Mendía. Lo que realmente le importaba era que habían contado con ella por su capacidad de «ver lo que a otros nos cuesta» le había asegurado Rovira.

—Sé que los tres harán un excelente equipo de trabajo. ¿Alguna duda...? —iba a añadir lo de caballeros pero se contuvo a tiempo ante la presencia de la subinspectora —. ¿Todos de acuerdo?

Mendía y Romero se miraron entre sí. Les bastaba un corto vistazo para saber lo que pensaba el otro. Más de diez años como compañeros daban para eso y más.

—Me parece muy bien comisario —respondió Mendía.

Romero asintió.

Para Rocío era muy importante haber dado con compañeros así, a los que la presencia de una mujer en su equipo no les hiciera sentir mal, como hubiera sucedido con Cortizo, que ve a la mujer en la cocina, y nada más que en la cocina.

Tras acordar en comisaría los pasos a seguir, la subinspectora se marchó a su casa. Ojalá que la noticia que le iba a dar a Carlos, su marido, le hiciera recapacitar o al menos le sirviese para aceptar de una vez su ingreso en el cuerpo de policía. Cuando le conoció parecía un hombre amable, sencillo y trabajador. Regentaba un par de concesionarios de coches. Todo iba bien hasta que se decidió por ser mujer policía.

—¿Lo haces por llamar la atención, verdad? ¿No te vale con ser ama de casa o trabajar en cualquier otra cosa, como todas las mujeres? ¿O de secretaria en el concesionario?

—¿Qué tiene de malo ser policía?

—Nada tienen de malo los policías, al revés, son necesarios para que haya orden, pero es un trabajo de hombres ¡¿No te das cuenta?! Seré el hazmerreír de todos.

Rocío le daba la razón en parte. Siempre que había una reunión con amigos o familiares, las bromas iban en el mismo sentido. Qué si debía tener cuidado con un policía en casa, qué ya podía llegar pronto o ella le arrestaría, qué... Tonterías que a su marido no le hacían ninguna gracia.

—¡Mamá! —exclamó feliz Patricia al verla entrar mostrándole en su enorme sonrisa la reciente visita del ratoncito Pérez.

—¿Cómo estás, cielo? —la pequeña subió de un salto a los brazos de su madre, juntas giraron en círculos sin dejar de reír.

—¿Ya has vuelto, hija? —su madre, Berta, recogía a Patricia en el colegio y le preparaba el baño casi todos los días. Sentía una callada admiración por su hija, por

su valentía y decisión, pero ella había recibido una educación diferente a estos tiempos tan modernos y no podía evitar pensar que Carlos, su yerno tenía algo de razón. Las mujeres como mejor podían ayudar en el matrimonio era dando una buena educación a los hijos y atendiendo a sus maridos cuando regresaran a casa cansados de trabajar. Podía llegar a comprender a aquellas que decidieron tener un empleo y estudiar una carrera, los tiempos estaban cambiando y podía entenderlo.

«Pero ¿policía? ¿Cuándo se ha visto en este país una mujer policía y encima subinspectora?».

—Hola cariño. ¿Qué tal tu día? —susurró en el oído de su marido sin poder disimular la emoción que le acompañaba desde que abandonó la comisaría.

Carlos la observaba con el ceño fruncido. Muy a su pesar admiraba a su mujer. No hubiera apostado ni un duro por que superara las pruebas de ingreso en el cuerpo y menos aún para que aguantase el día a día, aunque debía reconocer, eso sí a solas con sus pensamientos, que Rocío le había sorprendido. Esto no significaba en absoluto que fuese a dar su brazo a torcer, por ese motivo no le devolvía la pregunta interesándose a su vez por cómo le había ido en el trabajo. No, no estaba preparado para oír batallitas de polis y malos.

«No de mí mujer».

—¿Qué te pasa, hija? Parece como si te hubiera tocado la lotería con esa cara que me traes —la abuela había captado el desaire de su yerno y quería dar la oportunidad a su hija de resarcirse.

Rocío tomó en brazos a Patricia y la sentó en sus rodillas.

—Me han incorporado a un grupo de trabajo para investigar el caso más importante que la comisaría lleva en estos momentos —soltó de corrido, sonriente.

—¿Qué me dices? —Berta no podía ocultar su emoción. Con las palmas de las manos juntas miraba de reojo a su yerno, que con la cabeza oculta tras El País, se esforzaba por parecer ausente—. ¿De qué va ese caso? ¿Qué tienes que hacer? ¿Tendrás cuidado, eh?

—Pues investigar, colaborar para que se resuelva cuanto antes.

Ante la insistente mirada de su madre, con ese gesto que bien conocía implorándola a que le diera detalles, Rocío tomó las manos de Berta entre las suyas.

—Me gustaría hablarte del caso, mamá, poder contarte todo lo que quieres saber, pero nos han hecho prometer que no lo hablaríamos con nadie. Es secreto, o lo será mientras la prensa no se entere. ¿Lo entiendes, verdad?

—¿Ni conmigo que soy tu madre? ¡Pero hija...!

A pesar de todo, Berta miraba feliz a Rocío. No solo porque estuviera trabajando en algo secreto sino porque en cuanto dio por terminada la conversación, poniéndose en pie para recoger la chaqueta y regresar a su casa, había captado una mirada furtiva de Carlos en la que juraría haber visto un destello de sorpresa en sus ojos. ¿De admiración? Posiblemente. Aunque Berta creyó distinguir algo más que en aquellos momentos no logró interpretar.

La cena no dio para más. Carlos luchaba por adoptar su habitual mueca de reproche, manteniendo un incómodo silencio que su mujer abandonó con la excusa de recoger la mesa. En su interior la llama de la felicidad prendía alegre.

—¡Adiós Mamá!

—Hasta luego, Patricia, pórtate bien, ¿eh?

Le suponía un enorme esfuerzo dejar a su hija en el colegio. Sí, era mujer policía, pero no le impedía sentir como madre. Esos segundos en los que la veía partir con sus amigas al interior del patio, sonriente, se le hacían duros. No había logrado acostumbrarse a que no hubiera ningún miembro de la familia vigilando a su pequeña. Era como si Patricia tuviera la responsabilidad sobre ella misma hasta que la abuela pasara a recogerla por la tarde.

—No le va a suceder nada —apuntó Carlos arrancando el coche de nuevo.

—Lo sé.

La sensación intensa, casi de abandono, le duraba unos pocos minutos, menos mal, los justos para volver a centrarse en su trabajo. Tras un cruce de frases recurrentes con su marido, en las que ambos evitaron referirse al caso, llegaron a la comisaría.

—Hasta la tarde, Carlos.

En ocasiones se quedaba unos segundos mirando la fachada del edificio. Como hoy. Le vino a la mente unas fotocopias que le cambiaron la vida. Unos pocos años atrás un amigo le pasó unos apuntes en los que hablaban del poder y la influencia de nuestros pensamientos en lo que nos sucede a cada uno en la vida. Poder psicotrónico creía recordar que lo llamaban. Insistían en que podemos ser lo que queramos ser, por mucho que a nosotros y sobre todo a nuestro entorno le parezca imposible que lo consigamos. El resumen era sencillo; decide qué quieres ser en tu vida, cree que es posible y ponte en camino. Ese poder hará el resto. Sí, ser mujer policía era, sin duda, la mejor decisión que había tomado jamás. Solo ella elegía cómo vivir su propia vida, nadie volvería a decidir en su lugar.

Mientras esperaba que el comisario les fuera llamando para la distribución de tareas o para que se le informase de los avances de casa caso, si los hubiera, Rocío se sumergió en sus pensamientos. Tarea sencilla, ya que no había dejado de darle vueltas a ninguno de los dos expedientes que le entregaron el día anterior.

No conseguía quitarse de la cabeza las rosas blancas y negras que aparecieron juntos a los cuerpos. ¿Coincidencia? Estaba de acuerdo con el comisario Rovira. Lo más probable era que las rosas hubieran pasado desapercibidas si el cuerpo encontrado en el contenedor bajo el Puente de Segovia no hubiese aparecido. Hubiera bastado con que alguien recogiera las dos flores del pecho del cadáver o simplemente las hubiese retirado. Dándose estas circunstancias, las rosas no habrían aparecido en la foto que ayer le confiaron, de esta manera el suicidio de los dos primos continuaría en el anonimato junto con los dos pares de rosas que se encontraron junto a ellos. Podían haber llegado allí de diferentes maneras. Bien, colocadas por alguien que

presenciara lo sucedido o bien, esta vez sí, su aparición junto a los cuerpos fuese fruto de una coincidencia.

El cadáver del Puente de Segovia lo cambiaba todo.

El ambiente en la comisaría era el de los grandes casos. Unos inspectores continuaban con los suyos propios, otros, con la estrella del momento. Para tipos como Cortizo no dejaba de ser un marrón si la cosa no salía bien, y no saldría bien con una mujer en un asunto que parecía ser tan importante. Para Rocío, haber sido llamada para trabajar junto con Mendía y Romero era una responsabilidad añadida a la propia del día a día.

—Me están presionando para que terminemos con esta investigación cuanto antes —confesó el comisario Rovira a sus tres inspectores.

—Jefe, pero si acaban de dárnoslo como quien dice —intervino Mendía, que solía ser el que llevaba la voz cantante a pesar de medir una cabeza menos que su compañero.

—Esto es una cadena en la que, como sabéis, nosotros somos los que menos tenemos que decir. Nos pagan, no solo por trabajar, sino para resolver cada caso que llega a esta comisaría.

—Todo eso lo entendemos, pero de nada vale que le presionen a usted. Los casos llevan su tiempo y creo que el comisario principal podría...

—Déjeme a mí la política, Mendía. Vayamos a lo nuestro —cortó Antonio pasando la mano por su frondoso cabello al que parecía resistirse la llegada de las canas—. ¿Y bien?

—Hemos hablado con los oficiales que se personaron en el escenario donde fueron encontrados los dos primos, por si recordaban algo que en su momento se les pudiera haber pasado por alto —intervino Romero—. Uno de ellos nos dijo que daba la impresión de que las rosas las habían colocado, que no cayeron de ninguna terraza.

Rovira sostenía entre sus manos un par de instantáneas de los cadáveres.

—¿En qué se basa ese oficial para afirmar eso? —Antonio le mostró las fotografías—. Más bien parece que las rosas están colocadas al azar. Es más, me atrevería a decir que no me extrañaría que pasaran desapercibidas a los de científica.

Romero meneó la cabeza.

—Según los dos oficiales con los que hablé, cuando llegaron al escenario, y fueron los primeros en hacerlo, encontraron dos cadáveres con dos rosas cada uno, una blanca y otra negra. En cuanto identificaron los cuerpos les enviaron de regreso a comisaría con orden de no comentar con nadie lo que hubieran visto. —Romero echó un vistazo a su bloc de notas, sin levantar la vista continuó—. Les aseguraron que seguramente eran homosexuales, se trataría de un suicidio por amor.

—¿Quién era el oficial al mando?

—Pues verá comisario, ese es otro de los puntos que les resultó extraño. A los pocos minutos de identificar los cuerpos llegó su jefe, el comisario principal.

Antonio Rovira se puso en pie y salió del despacho. Unos pocos minutos después

regresó cariacontecido, sin mediar palabra se dirigió hacia la ventana donde adoptó su postura habitual; manos atrás y mirada en algún lugar perdido de Madrid. Si no se encontrara acompañado, de su boca hubieran partido todo tipo de impropiedades dedicado a su jefe y a la vida en general. Cuando tu superior te esconde información las cosas solo pueden ir a peor.

—Comisario... —Rocío Prados tomó la palabra.

La mente de Rovira aún no había regresado a su despacho. Divagaba de un lugar a otro. Le daban ganas de llamar al comisario principal para cagarse en él, primero, y pedirle amablemente explicaciones, después. No le gustaba nada el olor que desprendía el caso.

Nada.

—Comisario...

—Sí, discúlpeme subinspectora. Dígame.

Antes de comenzar a hablar, Prados miró a sus compañeros.

—Quizá no sea la más indicada para exponer alguna conclusión inicial —con una pierna sobre otra, Rocío miraba sus notas, apenas tres líneas— pero me parece muy extraño que el comisario principal o alguien en su presencia altere el escenario.

Rovira asintió.

—Quizá se trataba de un suicidio evidente y las rosas pudieron caer de alguna maceta, sino ¿por qué iba a hacer eso su jefe? —quiso saber Mendía, con la vista fija en el comisario.

—Nunca he visto un rosal de rosas negras en ninguna terraza... —la voz de Rocío casi un murmullo.

—Cierto, yo tampoco —apuntó Mendía volviéndose hacia su compañera.

—Alguien nos está complicando la vida ¿no cree, comisario?

Antonio Rovira volvió los ojos hacia Romero. Rodeó de nuevo su mesa y tomó asiento en el viejo sillón de cuero.

—No me cabe duda que algo se nos oculta pero lo achaco a la identificación de los cadáveres, sin más motivo. Imagino que cuando el Presidente del Constitucional recibió la noticia, lo único que se le pasó por la cabeza fue que los cadáveres de su hijo y de su sobrino no ocuparan las portadas de los diarios.

—¿Y por qué alterar las posibles pruebas? Quizá habría que dar la razón a Cortizo y pensar que se trata solo de unas putas rosas —la frase partió de Mendía en un tono que pretendía ser jocoso. La mirada del comisario le hizo borrar la sonrisa de su boca.

—Si fue así, quiero decir, si como apunta mi compañero, alguien manipuló las pruebas, o movió los cuerpos, es probable que la presencia de esas rosas le dijera algo que a mí de momento se me escapa —Rocío aguardó unos segundos antes de continuar—. Comisario, si no voy muy desencaminada, ese alguien al que me refería sabe que no fue un suicidio.

Unos suaves golpes en la puerta atrajeron la atención de los reunidos. La secretaria de Rovira entró portando un gran sobre con el brazo estirado en dirección a

Antonio.

—Comisario, acaba de llegar lo que me pidió.

—Gracias, María.

Durante los siguientes minutos reinó el silencio en el despacho. Los tres compañeros seguían con la mirada los gestos de su jefe mientras vaciaba el contenido y lo esparcía sobre la mesa. A su derecha ordenó diferentes instantáneas. En sus manos, una carpeta de la que extrajo unas hojas.

—En seguida estoy con ustedes —aseguró con la vista fija en el *dossier*.

Mendía no apartaba los ojos de su jefe. Rocío y Romero repasaban sus notas. El tiempo parecía avanzar más lentamente de lo habitual. Tuvieron que transcurrir diez minutos para que el comisario apartara la vista del informe y lo dejase sobre la mesa.

—He escuchado atentamente sus primeras impresiones sobre este caso. En mis manos tengo el informe realizado el día de autos. En él se afirma que no se encontró en el interior del ático, ni en la gran terraza desde la que se supone saltaron, nada que desmienta la teoría de un suicidio.

—¿Ese informe no es el que tenemos nosotros?

—No, Mendía. Se lo he pedido a la oficina del comisario principal.

—¡Joder comisario, así no se puede trabajar!

—Cálmese, ya le he dicho que deje la política en mis manos. Tampoco me gustan este tipo de situaciones, pero me debo saber manejar entre ellas. ¿Lo entiende o quiere que le releve del caso? Está en su derecho.

—Discúlpeme.

—Bien. Como les decía, no se ha encontrado ninguna evidencia que sugiera que en la vivienda del hijo de Presidente del Constitucional, se haya producido algún tipo de altercado o violencia alguna.

—¿Huellas?

—Las de los primos, familiares y amigos de los difuntos que han sido interrogados sin encontrar nada extraño en sus coartadas, Prados.

—¿Entonces, nos creemos que ha sido un suicidio de homosexuales por amor, o por cualquier otro motivo?

—De acuerdo con las declaraciones que mencionaba —continuó el comisario— la relación entre los primos era de amistad desde niños. Fermín, el hijo de Presidente, estaba separado y era padre de un niño. El otro, Sandro el sobrino, era soltero y amigo de las juergas. Nada apunta a que entre ellos existiera algún tipo de relación diferente.

—¿Qué informe nos tenemos que creer, comisario?

El malestar de Mendía, comprensible para Rovira, le comenzaba a alterar. No podía negar que estaba de acuerdo con todo lo que decía, pero su experiencia le aconsejaba huir de ese estado de ánimo en una investigación. Era partidario de cuestionarlo todo, pero no de que el resentimiento o cabreo puntual reinase entre los suyos.

—Créase todo y cuestione todo, Mendía.

La ambigua respuesta sugería que debían leer entre líneas. Desde su posición, Rovira no podía desmerecer el informe recibido de la oficina del comisario principal. Jamás hubiera permitido que se sublevaran contra las órdenes o información recibida de un superior, a pesar de que internamente estuviera del lado de los suyos.

Debía dar ejemplo.

Romero se aclaró la garganta.

—Comisario, si descartamos que fue un asesinato solo queda la versión del suicidio. De acuerdo con el informe que le han facilitado, el único motivo de la presencia de su jefe en el escenario se debía a dar carpetazo al asunto lo más rápido posible —Romero hablaba lentamente, seleccionando las palabras para no reflejar su estado de ánimo respecto al *dossier*— ¿estoy en lo cierto?

Antonio Rovira asintió.

—Entonces solo se me ocurre una pregunta para que cerremos los dos casos a la vez, el de los primos y el del Puente de Segovia.

Rocío y Mendía miraban atentamente a Romero. No hablaba mucho pero cuando tomaba la palabra conseguía que se le prestara atención.

Un gesto del comisario le animó a continuar.

—¿Qué le dijo el Presidente del Constitucional cuando le comunicó que había aparecido otro cuerpo con las mismas rosas?

Rovira permaneció unos instantes con la vista fija en el inspector. Sopesaba si lo que daba vueltas en su cabeza, desde que colgó el teléfono después de hablar con el Presidente, debía compartirlo con ellos en ese momento o dejarlo para más adelante según avanzara la investigación.

Entre los suyos eran bien conocidos esos segundos de silencio que se tomaba a la hora de abordar cierto tipo de respuestas. De una cosa estaban seguros; Romero había dado en el clavo con su pregunta. De la respuesta dependerían muchos de los pasos a seguir en la investigación. Si es que continuaba. Lo absurdo sería que ambos casos se llevaran por separado.

A veces lo absurdo se impone.

Antonio Rovira apoyó los codos sobre la mesa, juntó las palmas de las manos y cruzó los dedos, señal inequívoca de que comenzaría a explicarse en breves segundos. Romero puesto en pie, permanecía con la espalda apoyada en la pared. Mendía, con una pierna sobre la rodilla, inmóvil, excepto los ojos, que iban de su compañero a Rocío que tranquilamente escribía en su bloc de notas.

—Como saben, mantuve una corta pero intensa conversación con el Presidente del Constitucional sobre este incómodo asunto —le costaba transmitir información con la que no comulgaba—. Le hice partícipe de los nuevos datos que teníamos y le confesé que posiblemente podíamos estar ante un caso de asesinato.

—¿Qué le respondió? —Mendía no podía disimular su ansiedad.

—A eso iba. Me pidió discreción y que le mantuviera informado de nuestros

avances.

Los tres inspectores permanecieron en silencio, atentos a las palabras que pudieran salir de la boca de su jefe, de la que no brotó ni una sola sílaba en el siguiente eterno minuto.

Mendía no estaba para misterios.

—¿Eso es todo jefe? Me tiene en vilo.

—Eso es todo y...

—... y eso es precisamente lo que le preocupa, perdón por cortarle comisario — señaló algo turbada la subinspectora.

Eran este tipo de intervenciones las que le habían valido a Prados para formar parte del equipo y su meteórico ascenso. Su rapidez y facilidad para separar el polvo de la paja le hacían ser diferente a sus compañeros.

Medía miraba Romero, luego a Rocío, al comisario. No se tenía por un policía al que le costara entender las cosas pero en ocasiones se sentía perdido y esa sensación era lo que más podía llegar a odiar en el mundo. Frunció levemente los labios mientras levantaba la barbilla repetidas veces en dirección a su compañero. Romero le respondió con un leve movimiento de hombros. Se quedó tranquilo, al menos Romero tampoco tenía ni idea de lo que querían decir.

—Así es, subinspectora. Por eso les pedí a ustedes su opinión —Rovira apoyó la espalda en su mullida butaca.

—Explíquese por favor, me empieza a entrar un tremendo complejo de gilipollas.

Antonio no pudo evitar esbozar una sonrisa mientras de reojo miraba su paquete de Ducados. «Cuando acabe este caso dejaré de fumar» se prometió. Extrajo un cigarro de la cajetilla, tras encenderlo lentamente le dio las primeras caladas.

—Verá, Mendía. La actitud del Presidente apenas varió cuando le confesé nuestras conclusiones. Su hijo y sobrino podían haber sido asesinados, quizá por un asesino en serie y su mayor preocupación era que el caso saliera a la luz.

—Quiere decir que pareció no sorprenderle lo que usted le estaba diciendo, como si contara con ello.

El teléfono del comisario comenzó a sonar.

—Dígame, María.

—El comisario principal desea hablar con usted.

—Páseme la llamada.

Los tres compañeros hicieron ademán de levantarse, pero su jefe se lo impidió con un gesto.

—Comisario principal, me alegro...

—Rovira, no tengo tiempo para formulismos. Hace unos minutos he hablado con el Presidente del Constitucional y me ha dicho que usted le ha llamado para decirle que su hijo y su sobrino han sido asesinados y que...

—Verá, señor, yo...

Una larga calada le evitó decir lo que sentía en esos instantes.

—... no solo eso sino que pueden haber sido víctimas de un supuesto asesino en serie que va dejando rosas por ahí.

Rovira se revolvió inquieto en su sillón mientras escuchaba en silencio, calada tras calada, a su jefe directo. Prados, Mendía y Romero hacían esfuerzos por captar alguna frase, hasta el momento había sido misión imposible.

—... ¡la única conexión son unas putas rosas, Rovira! No busque fantasmas dónde no los hay ¿me ha entendido?

—Señor, verá...

Antonio dejó de hablar al oír el consabido clic que le avisaba del fin de la conversación. No había duda. Su interlocutor le había colgado el teléfono sin darle la más mínima opción a que se explicara. Su superior no se caracterizaba por ser una persona comunicativa, ni era conocido por su buen talante, pero solía guardar las formas. El gesto de sorpresa del comisario mirando el auricular como si este pudiera decirle algo, llamó la atención a los que allí se encontraban.

Cada minuto que transcurría le gustaba menos todo aquello. No estaban siendo sinceros con él, si había algo que no podía soportar era la mala educación y que le tomaran por imbécil. Algo iba mal. Muy mal.

Tanto, que se estaba empezando a cabrear.

Aplastó contra el cenicero lo único que le quedaba del cigarro, el filtro.

Un pocos segundos después de colgar y tras dos respiraciones largas y profundas, Rovira retomó de nuevo el pulso a la situación. Se debía a las órdenes recibidas, eso no iba a cambiar, sin embargo, nadie le iba a decir cómo debía tratar los casos que llegaban a su comisaría. Si ocupaba el puesto de comisario se debía a su buen hacer y no pensaba cambiar ni un ápice su forma de actuar. No.

Ni por el comisario principal.

Ni por el Presidente de lo que sea.

—Señores... discúlpeme Prados. Sé que me llevará algún tiempo acostumbrarme, son más de treinta años diciendo señores y la verdad aún no sé por cual palabrita cambiarlo.

Rocío le dedicó una tímida sonrisa.

—Si se siente mejor, quizá bastaría con no decir señores, eliminarla sin más en lugar de cambiarla por otra, aunque por mi parte no hay problema, comisario.

—Bien, entonces iré directamente al grano. Como ya saben, la llamada que acabo de recibir era del comisario principal... —con los codos sobre la mesa y recorriendo con su mirada la cara de sus subordinados, Rovira evitaba mostrar el enorme enfado que sentía—... para quien el fallecimiento de los dos primos es un caso claro de suicidio y el del Puente de Segovia es independiente. Las rosas no...

—Unas putas rosas no son suficientes para relacionarlos. ¿No es eso, comisario? —intervino Mendía con la sonrisa dibujada en su rostro—. Al final resulta que Cortizo tiene perfil de comisario principal y nosotros sin saberlo.

Rovira no pudo disimular una sonrisa ladeada.

—Mendía, haga el favor.

—Comisario, será difícil que podamos realizar un buen trabajo si nuestros superiores no quieren que lo hagamos —Romero aún continuaba de pie—. Es más, si la muerte de los dos primos es considerada suicidio, caso cerrado ¿no es así? Solamente nos queda el del Puente de Segovia para investigar.

—A no ser que encontremos una conexión entre ambos casos que vaya más allá de las rosas. Lo que quiero decir es que si investigamos el caso que nos queda, quizá podamos relacionarlo con el de los primos y...

—... y si lo conseguimos, ni el comisario principal, ni el del constitucional ese, nos podrían impedir que llegáramos hasta el final ¿no es eso compañera? —Mendía miraba sonriente a Rocío.

—Sí, eso es lo que quise decir.

«¿Compañera?». Eso sí que sonaba muy pero que muy bien.

A Antonio Rovira le habían quitado un peso de encima. No podía siquiera insinuar que iba a desobedecer una orden abriendo un caso que, en principio, estaba cerrado. Para poder investigar el supuesto suicidio de los primos, eso era para todos ellos, *un supuesto suicidio*, la investigación del otro debería conducirles al primero. De esta forma tendrían todo el derecho a indagar lo que sucedió en aquella azotea, no solo eso, sino también averiguar los motivos por los que el Presidente de Constitucional y su jefe directo les quieren apartar de la investigación.

—Les diré lo que vamos a hacer. Mendía y Romero vayan de nuevo al Puente de Segovia. Con la información que disponemos comiencen de nuevo a analizar el escenario. Hablen con los vecinos por si alguien pudo ver u oír algo —Rovira se había puesto en pie para impartir las últimas órdenes—. Entérense de si el contenedor ocupa el lugar original donde apareció el cadáver o bien lo introdujeron en su interior para retrasar su localización.

—Está bien, jefe —exclamó Mendía camino de la puerta.

—Subinspectora, siéntese, por favor.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Rocío Prados fue que lo siguiente que saliera de la boca del comisario sería para agradecerle su trabajo y devolverla de nuevo a sus anteriores ocupaciones.

Nada más lejos de la realidad.

—Sabemos que no podemos investigar el suicidio de los primos y no lo haremos. Sin embargo, quiero que *estudiemos* —omitió conscientemente el término investigar— su pasado. Quiero saber quiénes son, que ha sido de su vida hasta el momento de su muerte. Quiero saberlo todo.

Las dudas sobre su continuidad en el equipo de trabajo se habían disipado por completo. Adoptó una postura más cómoda y se relajó.

—Así adelantamos el trabajo y podemos ayudar a mis compañeros a encontrar esa conexión que andamos buscando —apuntó convencida.

—A eso me refiero. No tengo que decirle que esto sí que no debe salir de este

despacho. Excepto Romero y Mendía nadie más debe enterarse. Si alguien le pide explicaciones sobre sus actividades dígame que hable conmigo. ¿De acuerdo?

—Sí, comisario, cuente con mi total discreción.

Rocío abandonó el despacho del comisario con una sensación contradictoria. Feliz, porque sus temores iniciales no se confirmasen, y nerviosa, sí, no podía negar que le temblaba todo el cuerpo. Recorrió con la mirada las mesas de sus compañeros evitando elevar la vista y encontrarse con sus ojos escrutadores. Los folios que portaba, pegados al pecho, le servían de excusa para llevar la cabeza gacha. Sentía como no menos de ocho pares de ojos seguían sus movimientos. Se esforzó en disimular su estado. Dos pasos más y se encontraría a salvo en su mesa.

No dejaba de ser absurdo pensar que una vez acomodada en la silla dejaría de ser el centro de atención, bastaba con levantar la cabeza para comprobar que todo seguía igual.

Eso hizo. Sonrió.

Eran menos pares de ojos, de los que pensaba, los que aún estaban pendientes de ella. No quería, pero una estúpida fuerza interna la empujó a girar el cuello hacia su derecha.

Más a la derecha.

Le vio.

Quiso desviar la mirada pero no fue capaz, ahí seguía, como un imán, con sus ojos fijos en Cortizo. A su cara blanda y boba, Rocío le dedicó un gesto inexpresivo, de falta de interés. Le habían enseñado a no mostrar miedo ante la presencia de nadie, ni siquiera incomodidad.

Achacó su actitud a algo aprendido, inconsciente y bajó de nuevo la vista a su carpeta. Era hora de comenzar con su trabajo. El comisario se estaba arriesgando al investigar, aunque no fuese de forma directa, un caso que oficialmente estaba cerrado.

Suicidio.

«Asesinato» murmuró para sí, convencida.

—¿Asesinato has dicho? —Rocío no sabía si lo primero que había llegado a su mente y que le avisaba de la presencia de Cortizo con los puños en su mesa e inclinado hacia ella, fue su voz o su asqueroso aliento. El empalagoso tufo dulzón de la habitual copa de anís de cada mañana, junto con el olor concentrado a tabaco que emanaba de su boca, le impedían respirar con normalidad.

Si continuaba acercándose no podría aguantar las arcadas.

—¿Perdona?

El inspector no modificaba su postura, amenazaba con inclinarse más.

—¿Qué os ha dicho? —quiso saber. Con el puño recogido y el pulgar estirado señalaba en dirección al despacho del comisario.

Rocío se puso en pie, era la única forma de que la distancia con su compañero aumentara un par de palmos.

—Ya lo oíste cuando nos lo explicó a todos esta mañana.

Cortizo podía ser cualquier cosa, mal compañero, sucio, vago, pero sabía oler cuando no estaban siendo sinceros con él. La experiencia debería servir para algo. La mirada que le dedicó a la subinspectora llevaba todo el rencor que un tipo como él podía almacenar.

—¡No me mientas, come pollas!

La fortuna no estaba en esos momentos de lado del inspector. En el preciso instante que salían las palabras de su boca, se hizo el silencio, otra vez, en la sala sin motivo aparente. Todos pudieron oír el exabrupto de Cortizo y ver como sus ojos amenazaban con salir de sus órbitas. A él también le sorprendió ese súbito silencio. Relajó sus músculos, recompuso la figura y permaneció unos disimulados segundos mirando a Rocío.

—Lo último que me ha dicho es que si alguien me hacía alguna pregunta sobre la investigación le dijera que hablara con él. ¿Responde esto a tu pregunta?

Sin esperar respuesta, la subinspectora tomó asiento de nuevo. El inspector la miraba con la boca a medio cerrar. Con una mano en la cabeza, quizá colocando su escaso y sudoroso pelo y la otra en el bolsillo, parecía pensar los pasos a seguir. Miró disimuladamente a su compañero. Con leve gesto le dijo que regresara a su mesa. Lo que Cortizo sopesaba en esos instantes respondía solamente a una cuestión de orgullo. No podía quedar por debajo de una mujer, no en presencia de sus compañeros. Bastante tenía con lo aguantó a su parienta, que se le subiera a las barbas cada noche, como para que en su propio lugar de trabajo, una puta, porque eso es lo que era esta para haber ascendido de esa manera, le ponga en ridículo delante de todos.

—Esto no va a quedar así...

—¿Qué no va a quedar así, Cortizo? —la grave voz del comisario se dejó oír justo en el momento que abría la puerta de su despacho.

El gesto amenazador desapareció de su rostro al instante. Sus ojos volvieron a su posición inicial, pero lo que el inspector no pudo esconder fue su aliento. Que después de comer se tome un chupito, pase, pero por la mañana no podía consentirlo. Menos aún cuando el inspector ya estaba avisado.

—Haga el favor de entrar en mi oficina.

Antes de sumergirse en el *dossier* de los primos, Rocío siguió con la mirada los pasos de su compañero. Cuando cerró la puerta tras el comisario vio a María que sonriente la guiñaba un ojo.

Por fin pudo dedicarse a lo que más le divertía de su trabajo, investigar. Tomó la primera hoja del expediente y leyó el titular: *Fermín Saiz de la Puebla y Sandro Cobriña*. Debajo en negrita y en letra más pequeña decía; causa del fallecimiento: *suicidio*.

«Asesinato».

La fiesta

Pasaron lentos, pero gracias a Dios, los días de castigo llegaron a su fin. Era sábado. El día elegido por los mayores para la fiesta. Esa noche; el momento esperado por Alma desde que los chicos las visitaron en la porqueriza. De nada sirvieron los consejos, ni las interminables conversaciones que ambas amigas mantuvieron acerca de la dichosa fiesta, en palabras de Esther. Fueron tantas las discusiones que el sábado a medio día dejaron de hablarse. Incluso fue a buscar a su hermano Fran para que convenciese a Alma de que no podía ir, que no estaba invitada. El motivo era lo de menos, bastaba con que dijera que era pequeña, que solo era una fiesta para mayores, cualquier excusa era válida con tal de que su amiga no pusiera un pie en el pabellón de los chicos.

No hubo manera.

—No puedo, Esther, si se entera el Indio me mata —confesó cabizbajo, mirando de reojo a la figura de pelo negro que se escondía tras la puerta.

—¿Le tienes miedo a ese niñato? ¡Es un gilipollas!

—¡No hables así de mi amigo!

—¡Vete a la mierda, Fran! —exclamó dándose la vuelta— el Indio ese no es amigo tuyo ni de nadie. No te fíes de él.

Mejor no le fue con Alma esa mañana de sábado.

—Podrías no ser tan testaruda y venir a la fiesta —convino Alma mientras buscaba en el armario algo que ponerse—. Lo pasaremos bien.

—¿Si nos descubren, qué? ¿Eh? —su propia pregunta le pareció una estupidez, igual que a su amiga.

—¿Qué más da? El Inter se acaba el miércoles. ¿Qué nos van a hacer? —Alma se había decantado por un vestido que llevaría debajo del uniforme.

—Una cosa es ir a la fiesta y otra encima ponerte un vestido. ¿Cuándo te quites el uniforme lo vas a llevar debajo del brazo toda la noche?

Alma miró a su amiga unos instantes.

—Vale, llevas razón.

Los siguientes minutos los pasaron en silencio. En breve bajarían a la biblioteca a estudiar. ¡Menuda chorrada! En eso estaban de acuerdo las dos. O estudiaban en su cuarto o no lo hacían.

De vuelta a sus habitaciones Esther lo volvió a intentar.

—No vayas por favor...

Alma comenzaba a cansarse de oír siempre lo mismo desde que recibieron la invitación.

—Si tú no te quieres divertir, no vengas, pero no seas pesada ¿de acuerdo? — exclamó tirando los libros al suelo y lanzándose sobre su cama.

—Al Indio no le gustas, solo quiere aprovecharse de ti, como de las otras.

—¡Déjame en paz!

Llegó la hora de la fiesta.

Alma abandonó la habitación dirigiendo una rápida mirada a su amiga. En cuanto cerró la puerta, Esther, saltó de la cama, apagó la luz y se asomó lentamente al pasillo justo a tiempo para ver a su mejor amiga perderse escaleras abajo junto con otras internas.

«¿Mejor amiga?». Sí, a pesar de todo seguía considerándola así.

Cerró la puerta del dormitorio, escondida tras la cortina esperaba a que aparecieran en su ángulo de visión. Seguramente rodearían el jardín para que ni el director, ni las monjas, ni Leonora, pudieran verlas. Con el paso de los días habían averiguado cual de la multitud de ventanas, del módulo de los chicos, correspondían a sus dormitorios. Frente a ella, a lo lejos se podía ver una luz, don Cosme seguía despierto aunque no por mucho tiempo.

Efectivamente, puntual como un reloj, apagó la luz a las doce de la noche. Poco a poco fueron siguiendo el mismo camino todas las ventanas que permanecían iluminadas. Hasta la habitación del Indio, la de su hermano, la de Fermín y las de otros de los que no recordaba su nombre.

«¿Qué hago?».

Resguardada tras la pared miraba en diagonal hacia el lugar por el que creía que sus amigas debían aparecer. Varias semanas atrás ella había hecho ese mismo recorrido para espiar a los chicos. Más que nada para devolverles su visita de días atrás, para que supieran que ellas eran tan valientes o más que ellos aunque fuesen mayores.

«¡Qué estupidez!».

Serán mayores, sí, eso no lo dudaba, pero se comportaban como críos. Siempre peleándose delante de ellas, fumando a escondidas. A dos de ellos les habían echado del Inter. No se les ocurrió otra cosa que colarse en la cocina, robar tres botellas de vino y beberse las allí mismo. Se quedaron dormidos hasta que los gritos de Herminia, la cocinera, les despertaron de su borrachera. Imaginar la cara de bobo que debieron poner al ver entrar a Leonora, a don Cosme, y a las monjas que esperaban el desayuno, le provocaba una incontrolable carcajada.

«Por idiotas».

Sí, por idiotas. Aunque al recordar el incidente se le nublaba el gesto. Uno de esos chicos era el que le gustaba, pero se empeñó en que quería demostrar a todos lo valiente que era entrando de noche en la cocina y robar algo. Esther sabía que lo

hacía para hacerse el hombre delante ella. ¿Por qué no podía entender que le gustaba así, sin más? Con sus gafas y esa cara de despistado que no podía con ella.

No, tuvo que entrar en la cocina y emborracharse. Al día siguiente confesó que era la primera vez que bebía vino, que como estaban en silencio para que no les oyeran, le entró mucho sueño y se quedó dormido hasta que los gritos de Herminia, los mismos que daba cuando veía una cucaracha o una rata, les despertaron. Dijo que no sabía dónde se encontraba, que abrió los ojos asustado por el estridente alarido que amenazaba con romperle los tímpanos. Recuerda que se llevó las manos a la cabeza, le dolía horrores. Solo un susurro partía de su boca entre grito y grito de la cocinera:

—Baje la voz, por favor... no grite más... por favor...

Esther se quitó el camisón y se puso el uniforme. No podía quedarse a esperar a Alma. Los nervios no la dejarían dormir. Ni los nervios, ni ese cosquilleo que se le había agarrado al estómago desde que los chicos las invitaron a la fiesta. Abandonó su habitación, con el corazón latiendo más rápido de lo normal fue bajando los escalones, uno a uno, con la espalda pegada a la pared, atenta a cualquier ruido.

Un conocido y suave clic le hizo detenerse de improviso.

El chasquido de una puerta al abrirse lentamente.

Permaneció unos eternos segundos, inmóvil, aguantando la respiración, hasta que vio pasar a escasos metros de donde se encontraba a un pequeño grupo de chicas, que se alejaban entre disimuladas risas, camino de la puerta de salida.

Bajó los pocos escalones que la separaban de la planta baja. No podía entender cómo eran tan ruidosas. Asomó la cabeza. Lo que vio le aceleró el pulso, se echó hacia atrás y en silencio comenzó a subir de nuevo la ancha escalera hacia su habitación.

«¡Idiotas!».

El grupo de chicas no pretendía abandonar el pabellón si no abrir la puerta para que entraran unos chicos. Parece que esa noche no iba a ver solo una fiesta. Rápido, sin meter ruido, llegó hasta su dormitorio justo a tiempo para ver, por la rendija de la puerta, al ruidoso grupo perdiéndose pasillo abajo.

Decidió dejar pasar los minutos tumbada en la cama. Esperaba oír la voz de Leonora fuera de sí con la visita de los internos al pabellón de las chicas. Visita, que ellos y ellas, sabían que estaban terminantemente prohibidas, y que en caso de desobedecer acarrearía la expulsión inmediata. Eso fue lo que les dijo don Cosme el día que llegaron. Tumbada, esperando que en pocos minutos se armara un revuelo. Se quedó dormida.

Profundamente dormida.

Justo lo que no deseaba.

Abrió los ojos. Durante unos segundos permaneció con la vista fija en el techo, como si intentara recordar lo que debía estar haciendo en esos momentos. La luz del sol le daba de lleno en la cara.

Recordó...

Su cabeza buscó instintivamente la cama de Alma. Estaba vacía.

«¡Mierda!».

Miró la hora en el reloj de la mesilla. Faltaban diez minutos para que Leonora llamara a la puerta de su habitación. Media hora más tarde deberían estar todas en el comedor.

«¿Dónde estás, Alma?».

No le quedaba mucho tiempo, apenas unos minutos.

Al menos estaba vestida y tenía la cama hecha. Tras enjuagarse la boca y ponerse los zapatos salió al pasillo. Unos metros más allá de las escaleras se encontraban las habitaciones de las amigas que vio partir con Alma rumbo al pabellón de los chicos la noche anterior. Algo tenían que saber. Ojalá se hubiera quedado a dormir con ellas. No se iba a librar de la bronca que le tenía preparada, de eso estaba segura, podía haber avisado que no dormirían juntas.

«Quizá lo hizo y me vio dormida».

El reloj del pasillo marcaba las siete menos cinco. Esos eran los minutos con los que contaba para asomarse a las dos habitaciones y salir de dudas. Al llegar a su primer objetivo llamó con los nudillos.

Silencio.

Esther empujó la puerta y asomó la cabeza.

—Aún nos quedan cinco minutos, señorita Leonora —oyó que murmuraba Cristina con la cabeza escondida bajo la almohada.

Una vez dentro cerró la puerta.

—No soy Leonora. ¿Sabéis dónde está Alma?

Las dos chicas se revolvieron en sus camas. Con los ojos medio cerrados intentaban enfocar a su visitante.

—¿Esther...?

—¿Lo sabéis o no?

Se miraron entre sí, quizá esperando que la otra tuviera una información de la que una carecía o quizá intentarían recordar por qué iban ellas a saber dónde estaba Alma.

—La fiesta... —murmuró Cristina con la mano en la cabeza—. Sí, la dejamos con los chicos ¿no ha vuelto?

Esther abandonó la habitación sin decir nada.

—¡Vamos chicas, son las siete de la mañana!

La voz de Leonora se dejaba oír al otro extremo del pasillo. En unos segundos aparecía delante de ella, doblando la esquina. No lo pensó dos veces, regresó por donde había venido. Bajó la persiana y deshizo ambas camas, con las dos almohadas bajo la sábana de Alma esperó el aviso de la directora.

—¡Venga chicas, arriba!

Con la oreja pegada a la puerta aguardó el tiempo que creyó que necesitaría la directora para recorrer el pasillo hasta el final y doblar a la derecha para continuar con su tarea de despertador. Segundos después se encontraba en la habitación de las

otras internas que fueron con Alma a la fiesta.

—¿No ha dormido aquí? —exclamó sorprendida una de ellas.

—No, ¿sabéis dónde puede estar? Estoy asustada.

Las dos chicas sonreían de una manera que a Esther no le hacía maldita la gracia.

—¿Qué pasa? ¿De qué os reís?

—Eres una cría —soltó la que llevaba la voz cantante—. Si no ha venido a dormir... piensa un poquito, hija.

No eran precisamente las amigas preferidas de Esther, no le gustaba ese aire de saberlo todo, de estar por encima de las demás independientemente del tema que se tratase.

—La vi entrar en una habitación, y si no ha venido pues ya sabes donde ha pasado la noche —concluyó dedicándole una sonrisa cómplice a su compañera.

—Qué seas una aburrida y no te no hayas querido apuntar, no quiere decir que Alma tuviera que hacer lo mismo que tú.

Esther abandonó la habitación entre las risas de las dos amigas.

«¿Aburrida yo?».

«Las muy estúpidas se creen muy mayores por que van a cumplir quince años».

Una cosa estaba clara, parecía que nadie más había reparado en ello. En cuanto bajaran a desayunar, si Alma no estaba en el comedor, se iba a montar una buena. Lo de las fiestas de ayer dejaría de ser un secreto y los últimos días en el Inter iban a ser insoportables. Según se acercaba a la mesa su corazón amenazaba con salirse del pecho. Confiaba verla tras la siguiente columna que tenía que rodear antes de llegar a su sitio en el comedor. En esos momentos poco le importaba que no se hablaran desde el día anterior, le bastaba con verla ahí sentada, frente a su tazón de leche, sonriente o seria, le daba igual. Esther asomó su cabeza tras la columna. Una tremenda angustia comenzó a apoderarse de ella. Alma no estaba en su sitio.

Apareció tres días después.

Al pie del acantilado.

El desayuno comenzó como el de cualquier otro día. Sobre el ruido de los platos se elevaba el bullicio de las internas, nerviosas, porque vislumbraban el final de su estancia en El Bosque. Para muchas de ellas regresar con sus familias significaba ingresar en otra suerte de internado, este más estricto, sin amigas con las que compartir confidencias, ni alegrías, ni penas. La mayor parte de los días serían similares. Del colegio a casa donde les esperaba un profesor particular, más tarde deberes y vuelta a empezar. Las que tenían más suerte, los fines de semana podrían ir con sus amigas al cine.

Alma no hubiera pertenecido ni un grupo ni al otro. Tras la muerte de sus padres perdió el contacto con sus compañeras del colegio. Esther era la primera de sus nuevas amigas y la mejor. Por eso cuando salió de su habitación la noche anterior, sin despedirse de ella excepto con una mal disimulada mirada, le invadió una sensación agri dulce. Le dolía que llevaran tantas horas sin hablarse. Al día siguiente en el

desayuno, o esa misma noche, si no estaba dormida cuando regresara de la fiesta hablaría con ella. Lo único que pretendía era divertirse un poco. No había nada de malo en ello. Alma no se reconocía en su actitud, meses atrás hubiese sido incapaz de hacer algo así. A pesar de las semanas transcurridas desde que comenzó el internado, aún no había digerido el engaño del tío Javier.

«Si no me hubiese mentado».

—¿Esther, dónde está Alma? —susurró Leonora en su oído. Se habían sentado todas a la mesa y la directora permanecía al acecho del único sitio que permanecía libre en el comedor.

Ese era el instante que no quería que llegara. Si había pasado la noche fuera, y lo decía, todas las odiarían por chivata. Su hermano también dejaría de hablarla. Levantó la vista y vio sobre ella los ojos de todas las chicas que acompañaron a Alma la noche anterior. Lo más seguro es que tuvieran razón y se quedase dormida en el pabellón de los chicos.

«Quizá está buscando la manera de entrar en el comedor».

Animada por la idea recorrió con la mirada la estancia en busca de su amiga. No, de la fiesta no podía decir nada, seguro que aparecería de un momento a otro y todo se aclararía.

—No se encontraba bien, señorita —su voz apenas un balbuceo.

—¿Quieres decir que se ha quedado en la cama?

—No lo sé, me dijo que bajara yo, ahora vendrá ella.

Leonora recuperó su porte estirado, consultó su reloj y sin dirigirse más que a ella misma, murmuró.

—Dejaremos que pasen diez minutos.

«¡Diez minutos!».

Ese era el tiempo con el que contaba para que se le ocurriese algo convincente. Tan enfrascada estaba en sus pensamientos que no reparó en que una mano tiraba de la manga de su camisa.

—Ni se te ocurra decir nada de ayer ¿eh? —susurró una de las chicas a su derecha.

—Como te chives nos castigaran a todas —apuntó otra.

—¡Menos hablar y a desayunar! —con dos secas palmadas Leonora puso fin a los molestos cuchicheos.

El último de los diez minutos concedidos por la directora coincidió con la campana que avisaba del fin del desayuno. Todas las chicas que se encontraban en la mesa de Esther se levantaron como si de repente les quemara el asiento. Querían encerrarse en la biblioteca a estudiar o a lo que sea. Cuanto más alejadas de la directora mejor.

Esther tenía otros planes.

Antes de ponerlos en práctica regresó a su habitación confiando en encontrarla allí. Le caería una buena, pero por lo menos dejaría de preocuparse. Con el corazón

en un puño subió corriendo las dos plantas que le separaban de su dormitorio. Aceleró todo lo que pudo cuando llegó al pasillo y corrió todo lo rápido que sus trece años le permitían. Los últimos metros se deslizó sobre el suelo. Si la señorita le viera haciendo eso...

Empujó la puerta y entró. Nada.

«Algo tengo que hacer».

Asomada a la ventana recordó que era domingo, después de misa a los chicos y a las chicas se les permitía estar juntos en el jardín. Solo le quedaba aguardar a que pasara la hora de estudio en la biblioteca y luego la misa. Resignada, decidió esperar y volver con las demás. Con un par de libros en la mano se dispuso a abandonar la habitación. Abrió la puerta, la sorpresa al ver a la directora le hizo emitir un grito nervioso. La expresión que vio en Leonora la paralizó. Los libros se le cayeron al suelo. Mientras los recogía, un sudor frío comenzó a recorrerle el cuerpo. Como le sucedía cuando los nervios se apoderaban de ella, temía tartamudear cuando abriese la boca.

—Dile a tu compañera que salga —ordenó con los labios fruncidos.

Esther con la mirada baja y los libros pegados al pecho se esforzaba en responder pero nada salía de su boca.

—¿No me has oído?

—No..., no está —consiguió soltar al fin.

—¿Dónde está? ¡Mírame cuando te hablo, jovencita! —Leonora no disfrutaba de ese papel, menos con esas dos alumnas, pero debía guardar las apariencias. De las habitaciones salían internas camino de la biblioteca.

—Nos hemos enfadado, no sé dónde se ha ido —dijo torpemente echándose a un lado al sentir el leve contacto de la mano de la directora en su hombro.

—Ve a estudiar, ya hablaremos tú y yo más tarde.

Esther no se lo pensó dos veces. Sin separar los libros de su pecho abandonó la habitación. Al levantar la vista del frío suelo del pasillo, pudo comprobar como varios pares de ojos la observaban. Unas internas con la cabeza asomada tras la puerta de sus dormitorios, otras, vuelta hacia ella, escrutándola con la mirada.

—¿Has dicho algo? —oyó al pasar junto a una de ellas.

—¡Dejadme en paz! —de un leve empujón se la quitó de encima.

Con razón le daba muy mala espina esa maldita fiesta, ni siquiera en el peor de sus sueños hubiera imaginado que Alma no regresara en toda la noche. Podía llegar tarde, o incluso muy tarde, borracha, vale. Pero quedarse a dormir en el pabellón de los chicos...

No, eso nunca.

Pasó toda la hora de estudio en la biblioteca enfadada con ella misma por haber pensado que esa estupidez podía explicar la ausencia de su amiga.

«Si no ha pasado la noche allí...».

«¿Dónde estás Alma?».

«¡Tengo que hablar con mi hermano, ya!».

El estado de nervios de Esther iba en aumento conforme pasaban los minutos. No era capaz de imaginar qué explicación podría ofrecer su amiga a una falta tan grave como aquella. Solo se le ocurría que lo de ir a la fiesta fuese una excusa para abandonar el internado. Una vez en el pabellón de los chicos, volviera a salir y se marchara. No faltaba nada en su armario, ni en la mesa de estudio. Incluso sus libros de Los Cinco estaban sobre la repisa.

La imagen de Alma probándose el vestido le hizo torcer el gesto. Un velo de tristeza se apoderó de su rostro. Quizá con su comentario había disuadido a su amiga de que se llevara algo de ropa aunque fuese puesta.

«No, no, me habría dado cuenta de lo que iba a hacer». Dedujo para sí con menor convencimiento del que le hubiera gustado.

Por fin, en misa, llegó al ansiado momento. «Podéis ir en paz», eran las palabras que estaba esperando, ansiosa. Su hermano se encontraba unas filas detrás al otro lado del pasillo central donde se colocaban los chicos. Había algo en su expresión que la intranquilizó. Cuando sus miradas se cruzaron, en lugar de devolverle una sonrisa, bajó la vista, serio. Estaba solo, no en el banco, eso sería imposible, sus amigos el Indio, Fermín, Andrés y otros dos más se habían sentado en la última fila.

Como siempre hacían.

No podían juntarse con los chicos en el interior de la iglesia, y menos aún hablar, así que esperó pacientemente a que la corriente de compañeras la fuera arrastrando hasta la salida bajo la atenta mirada de las monjas, de la señorita Leonora, que parecía que no tenía a nadie más a quien mirar, y de don Cosme, el director, que en esos momentos aprovechaba para subir los dos escalones sobre los que se elevaba el altar, para desde ahí, junto con el sacerdote, observar a sus internos. Ambos con porte similar, la barbilla levantada, labios apretados, manos atrás, gesto de fingida afección y mirada de permanente censura dirigida a cada alumno que reparaba en ellos, les hacía sentir el sabor del poder absoluto en ese pequeño mundo llamado El Bosque.

—No he visto a Alma —susurró Leonora al oído de Esther, que a un gesto suyo había abandonado la fila.

—¿No...? —balbuceó mirando en torno.

—¿Cuántas veces tengo que recordaros que no debéis contestar con una pregunta? Anda, ve fuera que luego hablaré contigo.

Esther salió al jardín. No sin grandes esfuerzos logró reprimir el deseo de salir corriendo hacia el grupo de amigos de Fran. A medida que se acercaba sentía que su corazón aceleraba sus pulsaciones. Más aún cuando no localizó a su hermano. No estaba con ellos.

«Qué raro...».

Con los pies clavados en medio del jardín giraba la cabeza de un lado a otro deteniendo su mirada en cada grupo, en cada chico. Una mano que se posaba lentamente sobre su hombro la sobresaltó.

—Parece que buscas a alguien —la voz que venía detrás de ella era la que menos quería oír en esos momentos.

—No vuelvas a tocarme —exclamó con los dientes apretados.

El Indio recogió su brazo, como si hubiera recibido un inesperado calambre, sin abandonar su pose habitual; media sonrisa ladeada y sus pequeños ojos vivos y rasgados que recorrían el cuerpo de ellas de arriba abajo, lentamente. Se esforzaba en dar una imagen de control de la situación que en muchas ocasiones conseguía. No siempre.

Esther no se iba a dejar amedrentar.

No en aquellos momentos.

Al volver su cara, lo vio. Fueron unas décimas de segundo, las suficientes para reconocer a Fran que había doblado la esquina de la Iglesia camino del pabellón de los chicos. Sin prestar atención al Indio se encaminó en dirección contraria. Paró unos segundos junto a un grupo de amigas para decirles que si preguntaban por ella había ido al baño, pero al llegar a la altura de un par de frondosos árboles, giró a la derecha. Tomaría el mismo camino que utilizaron aquel día que visitaron a los mayores y que en la noche de ayer vio seguir a Alma.

Ahí estaba.

—Fran... ¡Chist! —agitando los brazos en el aire quería llamar la atención de su hermano sin que nadie más se diera cuenta— Fran...

En la habitación del Indio todo eran risas. Faltaban pocas horas para la fiesta y se palpaba en el ambiente el nerviosismo y la excitación que generaba la espera. Los escasos momentos que podían compartir con ellas daban para mucho. Casi todos los que allí se encontraban confiaban en ver a una chica en particular, unos porque sabían que la chica en cuestión compartía su interés, otros porque les bastaba con verla en la fiesta y hablar con ella.

Fran no pedía más.

Ese nerviosismo, al imaginar que sus ojos estarían pendientes de él, le mantuvo despierto durante toda la noche. Era como un sueño. Sí, solo un sueño, porque Fran sabía que esos ojos no le mirarían a él. Apenas un saludo por ser el hermano de su amiga. Nada más. Los ojos de Alma solo estarían pendientes de su amigo el Indio, como los de otras que seguramente también asistirían esa noche. Esther se lo había dejado claro, su amiga estaba ilusionada con ese chico. El último día que habló con ella le dijo que por favor, que aunque le costara, cuidara de Alma, había sufrido mucho y estaba un poco despistada.

Las había fallado.

A las dos.

Sin que respondiera a ningún plan preestablecido, se organizaron fiestas en ambos pabellones. Llamarlo fiesta sería muy ambicioso, bastaría con denominarlo reuniones con alcohol, que algunos de ellos habían traído en sus mochilas, más el obtenido en algunas visitas al almacén de la cocina y algo de música, eso sí, a un volumen tan

bajo que fue la causa de las primeras discusiones de la noche.

—Hola, Fran ¿cómo estás? —con un beso en cada mejilla, y las manos apoyadas suavemente en su pecho, Alma generó, sin proponérselo, una corriente que recorrió el cuerpo del chico como una exhalación para concentrarse en el estómago. Nunca antes había sentido algo así con la presencia de una chica. Lo que más le costaba entender era que le gustara tanto una niña tan pequeña.

«Si es una cría».

Se llevaban tres años.

—Hola... yo bien ¿y tú? —sentía como sus mejillas comenzaban a arderle. Agradeció la penumbra de la sala de estudio donde se encontraban.

Pocos segundos le duró la maravillosa sensación de los labios y las manos de ella sobre él. Tras el saludo, Alma barrió con su mirada la estancia. De repente Fran vio como cambiaba la expresión de su cara, como abría sus ojos y su boca esbozó una suave sonrisa.

—Luego te veo. ¡Ah! Esther no ha querido venir.

Ya lo sabía.

A Fran le pareció vislumbrar en su expresión un atisbo de culpabilidad que desapareció tan rápidamente como había llegado. Siguió la dirección de los pasos de Alma. Ahí estaba el Indio con otras dos chicas. A punto de unirse la tercera.

Alguien trajo unos vasos de plástico y comenzaron a verter en ellos un chorro de esta botella, otro de esa, otro de aquella. Los más ansiosos bebían a morro. Como siempre, el Indio era el centro de cada reunión, junto a él su primo Fermín, de aspecto tan diferente, con el pelo muy corto, pero tan parecidos los dos. Distribuían, entre los elegidos a esa fiesta, Ducados, Fetén y una marca que nadie había visto, More, recuerdo de los viajes de ambos a Estados Unidos, que fue la estrella de la noche.

Fran apuró un par de tragos de un líquido oscuro que apenas tardó unos segundos en deslizarse ardiendo por su tráquea, generar en su cuerpo una ola de calor, y terminar en su cabeza como una explosión. Otro trago más, y otro, hasta que su vista comenzó a tener dificultades para enfocar a los allí presentes. Un último sorbo antes de abandonar esa sala que a cada minuto que pasaba se le antojaba más pequeña. Tenía que salir de allí.

Cuanto antes.

Levantó la cabeza al llegar junto a la puerta. Alma, con un vaso en una mano y un pitillo en la otra reía tímidamente en un pequeño grupo. Al salir, creyó que sus miradas se habían cruzado. Seguramente no era a él a quién miraba. Entre ellos un par deorros de chicos y chicas que comenzaban a despedirse. Habían tenido suficiente con la escapada y ya iba siendo hora de regresar. Durante el invierno tendrían algo que contar a sus amigas y amigos que no dudarían en alabar su valentía y dibujar un rictus de envidia en sus asombrados rostros. Con unas dosis de exageración en los pequeños detalles, como el número de asistentes, la bebida, el continuo ladrar de los perros recorriendo los jardines que rodean el internado, las

peripecias que pasaron para volver a sus habitaciones, se conseguiría el efecto buscado.

A Fran no le hacía falta exagerar lo que aquella maldita noche vieron sus ojos. Lo iba a recordar cada día y cada noche del resto de su existencia. Nada iba a ser igual. Habría un antes y un después desde el instante en que abrió esa puerta y lo vio. Con sus pies pegados al suelo y su mano, como soldada al picaporte, fue incapaz de reaccionar.

—Fran... —Esther agitaba los brazos sin dejar de mirar a cada lado, agazapada tras un árbol.

Antes de entrar en el pabellón su hermano giró la cabeza. Sabía que la había visto pero hizo como si nada. Esa reacción le generó una sensación de ansiedad más intensa que la que esa misma mañana se apoderó de ella en cuanto abrió los ojos, si es que era posible soportar una angustia aún mayor. Decidida, recorrió sin mirar atrás los escasos metros que le separaban de la entrada y se coló. El contraste entre el soleado día y la oscuridad del interior le hizo detenerse hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra reinante. Menos mal que no parecía haber nadie. Su corazón amenazaba con salirse otra vez del pecho.

Pasos a su izquierda.

¡Ahí estaba! Su hermano se encontraba próximo a las escaleras por las que se perdería si no se daba prisa. No era momento para gritos, tenía prohibida su presencia en ese lugar y lo sabía. Esther corrió procurando que sus pies mantuvieran el mínimo contacto con el frío suelo de piedra. La figura a la que perseguía acababa de desaparecer por el hueco de escalera.

—¡Chist, Fran! —susurró alcanzándole la manga. Se giró sorprendido, no contaba con que el descaro de su hermana llegara a esos extremos.

—¿Estás loca? ¿Qué haces aquí? —buscaba con la mirada cualquier señal de presencia en el corredor. No parecía haber nadie, sin duda estaban todos fuera aprovechando el buen tiempo y que era domingo—. ¿Qué quieres?

—Alma no ha regresado —dijo sin soltar la manga de la camisa de su hermano.

«¿Cómo qué no ha regresado?».

La expresión de su cara no pasó desapercibida para Esther. Fran esperaba que su hermana le pidiera explicaciones por lo sucedido ayer, le había rogado que cuidara de ella. Cualquier cosa menos esa. En lugar de mostrarse extrañado por la pregunta, lo primero que le salió fue intentar desembarazarse de su hermana pequeña.

—¿Y yo qué quieres que haga? —exclamó acercando su cabeza a la de ella mientras elevaba su brazo en un rápido gesto para soltarse de su mano.

Unos pasos que provenían de la planta superior le obligó a pensar rápido. Si les pillaban ahí, podían darse por expulsados. No quería oír los lamentos de sus padres, después de haber sacado las peores notas de su vida, al verles regresar a casa antes de tiempo.

Bajó los pocos escalones que había subido. Con su hermana agarrada de la mano

recorrieron en silencio la distancia que les separaba de la puerta de los comedores. Ese era un sitio en el que no habría nadie hasta unas horas después.

Una vez dentro se volvió hacia ella.

—¡No puedes estar aquí! —exclamó sin soltar su mano camino de una puerta lateral que utilizaba a menudo Félix y por la que ellos entraban y salían sin ser vistos.

—¡¿No te das cuenta lo que intento decirte?!

—¡Chist! No grites.

Esther se paró en seco soltándose bruscamente de la mano de Fran. Conocía cada gesto de su hermano como para no darse cuenta de que algo escondía. Sus ojos estaban más abiertos de lo normal, se le veía nervioso. Pero sobre todo, lo que más le llamaba la atención fue que se marchara cabizbajo de su grupo de amigos el mismo día que Alma había desaparecido. Su hermano sabía algo y estaba dispuesta a averiguarlo.

—No ha vuelto... —murmuró—. Algo le ha pasado, Fran. No aparece por ningún lado —Esther no pudo reprimir unas lágrimas que rápidamente secó con la manga de su uniforme.

—Ayer se fueron todas casi a la vez. Pregunta a tus amigas. Yo... yo me fui a mi cuarto —dijo entre balbuceos.

—¿Se enrolló con el Indio?

Fran se armó de valor de nuevo. De valor y de rabia.

De mucha rabia.

Notaba como le hervía la sangre al recordar esa imagen al abrir aquella puerta. Cogió de nuevo a su hermana de la mano y salieron del pabellón. Al llegar al resguardo de un par de árboles se detuvieron de nuevo.

—No vi cuando se fue, tienes que creerme —dijo casi rogando mientras zarandeaba a su hermana—. ¡Tienes que creerme!

Esther movía su delgado cuerpo al son de las sacudidas de Fran. Poco o nada parecía importarle sus bruscos movimientos, asustada observaba la cara de pánico de su hermano.

—Me haces daño... —logró advertir entre vaivén y vaivén.

—Tienes que creerme... —su voz apenas un susurro—. Tienes que...

Lentamente fue disminuyendo el balanceo de sus manos en los hombros de Esther, que sentía como las lágrimas volvían a resbalar de sus ojos.

—Mirad a los dos hermanitos —Fermín y otro de los chicos, Andrés, les observaban sonrientes. No se habían dado cuenta de que la hora de jardín se había terminado y regresaban a sus habitaciones.

Fran soltó a su hermana. Se la quedó mirando unos instantes en silencio. Su gesto de súplica la dejó sumida en una profunda congoja.

—Me fui a mi cuarto, yo no estuve con ella. Yo no... —dejó la frase sin terminar y regresó corriendo a su pabellón.

Esther le siguió con la mirada. Con sus dedos secó unas pocas lágrimas que se

habían quedado a medio camino, instaladas en sus mofletes. De regreso a su habitación algo le decía que no iba a encontrar a su amiga al llegar. Estuviera metida en el lío que fuera, la ayudaría. Quería decirle que podía contar con ella para lo que fuera. Que eran amigas.

Las mejores amigas.

«¡Alma no está!».

Fran regresaba cabizbajo a su habitación. Debía recoger los libros que fuese a utilizar en la hora de estudio. No encontraba ningún argumento que ayudara a explicar su desaparición. No tenía ningún sentido que unos días antes de volver a su casa, Alma decidiera escaparse. Menos aún después de lo que vio anoche al abrir esa maldita puerta. Al levantarse esa mañana pensó que el internado estaría revolucionado por lo sucedido. Se imaginaba en presencia de don Cosme como testigo a pesar de que no había dicho a nadie lo que vio.

Al recordar de nuevo ese instante, se le heló la sangre. Unas risas nerviosas junto con unos sonidos forzados le animaron a abrir aquella puerta. Lo hizo lentamente, eran varios los que se encontraban en el interior, parecía que nadie había reparado en él. Sentado en la cama de su dormitorio con la cabeza entre las manos, y los ojos cerrados con firmeza por la angustia que sentía en esos momentos, se esforzaba en recordar.

«¿Vio alguien que yo estaba mirando?».

Sí, dos personas le habían visto. Una, el que hacía fotos que giró su cara, apenas un instante para no perder detalle. La otra... jamás olvidaría el momento en que sus miradas se cruzaron.

Si le habían visto debería estar alerta, pero de todas formas tenía que preguntarles si sabían algo de ella. No quería parecer un estúpido delante de sus amigos al preocuparse por una chica que estaba pendiente de otro. Dirían que estaba celoso.

¡¿Cómo no iba a estarlo?!

Pero eso no era asunto de nadie.

«¡Claro!» podía decir que su hermana le había preguntado si sabía algo de ella, que no había regresado a dormir. Fran no iba chivarse, más que querer, *necesitaba* saber donde estaba Alma, aunque el día que la viera ella no quisiera mirarle a la cara.

Con razón.

Por cobarde.

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no reparó en que estaba siendo observado por varios pares de ojos. Junto a la puerta de su habitación se encontraban sus amigos; el Indio, Fermín, Andrés, Sebas, alias el gordo, y Héctor, el más bruto de todos.

—Vas a venir ¿o no?

Fran levantó la cabeza como si de repente hubiera sufrido un calambre. Durante unos instantes se quedó mirando, hasta los que pocas horas antes consideraba sus amigos, sin decir nada. Asustado, observaba como Héctor, bajo el dintel de la puerta,

movía su cabeza de izquierda a derecha asegurándose de que no venía nadie. Segundos después entraron todos en la habitación. El grandullón cerró la puerta y permaneció apoyado en ella.

—Sí, sí, ahora voy. Estaba haciendo tiempo. No me apetece una mierda estudiar —soltó a trompicones dibujando una forzada sonrisa en su rostro.

El Indio tomó asiento a su lado pasándole el brazo por los hombros.

—Cuéntanos qué coño te pasa.

El momento que Fran esperaba había llegado. No era la situación más idónea para hacerse el héroe, pero *necesitaba* saber si ellos tenían alguna información sobre el paradero de Alma. Le bastaría con mirar sus expresiones cuando les soltara la noticia que hasta ese momento solo era una sospecha.

—La señorita Leonora pregunta por Alma. Esta noche no ha dormido en su habitación.

Sintió como la mano de su amigo se aferraba a su hombro con más fuerza aún. Fermín y Andrés se miraron entre ellos.

—¿Alma? ¿Qué es eso de Alma? —preguntó Sebas a nadie en particular, mostrando una boba sonrisa en su grasiento rostro. La mirada de sus amigos le hizo caer en la cuenta de quién se trataba— ¡Ah! ¿Alma es un nombre? ¿Qué nos importa a nosotros dónde duerma?

Quizá no fuera el momento de sacar a relucir el papel de héroe, pero algo debía hacer. La imagen de ayer noche saltó a su mente como un *flash*. Se levantó desembarazándose del Indio y empujó a Sebas con tal violencia que su cuerpo fue a estrellarse contra Héctor que permanecía como ausente apoyado en la puerta. Ausente hasta que sintió el contacto de Sebas contra su pecho. Su reacción instintiva fue quitárselo de encima como si de un rival en uno de sus partidos de rugby se tratara. El empujón le hizo estrellarse contra la mesilla de noche. Antes de caer al suelo su cabeza chocó contra la pared, produciéndole un pequeño corte en la ceja.

Se hizo el silencio. En parte por la sorpresa ante la inesperada reacción de Fran, y en parte por el estruendo provocado al volcar la mesilla de noche junto con el golpe seco de la cabeza del gordo contra la pared. Héctor abrió la puerta lentamente y se asomó. No había nadie.

—¡Estoy sangrando! —exclamó Sebas mirando asustado su mano tras llevársela a la ceja. Permanecía sentado en el suelo, aún aturdido—. ¿Estás loco? ¿Qué coño te pasa, gilipollas?

El Indio y Fermín miraban en silencio a Fran. No habían pasado por alto lo que consideraban una exagerada reacción de su amigo por una chica que nada tenía que ver con él excepto que era una amiga de su hermana pequeña.

—¡Ha desaparecido!

—¡Muy bien! y. ¿Qué cojones tenemos que ver nosotros con su desaparición? ¡¿Eh?! —preguntó Sebas mientras hacía visibles esfuerzos por ponerse en pie.

Un extraño silencio se apoderó del grupo de amigos. Cruces de miradas

preguntándose cómo proceder. Solo uno buscaba información en cada gesto. Fran estaba a punto de convencerse que de una u otra forma no sabían nada del paradero de Alma.

No se equivocaba.

En sus miradas también pudo captar extrañeza en su reacción. El gordo no tenía por qué saber cómo se llamaba esa chica. A no ser que Fran supiera algo que ellos ignoraban. Sebas les sacó a todos de dudas.

—Ahora recuerdo... —murmuró una vez en pie con la mano en la pared, manteniendo el equilibrio—. Tú eras el que abrió la puerta ¿verdad? Con el pedo que llevaba me había olvidado.

Las palabras del gordo provocaron una pesadez en el ambiente difícil de respirar. Fran, puesto en pie, se sentía el centro de todas las miradas. Comenzó a sudar. Hasta ese momento había dado por hecho que ellos sabían que lo había visto todo y por ese motivo se habían presentado en su habitación. Pensaba que buscaban asegurarse que no había hablado con nadie.

—¿Es verdad lo que dice? —el aliento del Indio en su oreja le erizó el vello.

Antes de responder Fran se retiró unos pasos.

—No soy un chivato —el sabor amargo de sus propias palabras a punto estuvo de hacerle vomitar. Sentía un inmenso asco por sí mismo.

«Alma...».

Unos golpes en la puerta cortaron en seco la tensión. Alguien intentaba entrar. Héctor se echó a un lado tapando la visión a los demás con su enorme cuerpo a pesar de contar solo con dieciséis años, como todos lo que había allí, excepto el gordo que tenía quince.

—Vamos chicos, es hora de bajar a la sala de estudio, don Cosme ya está allí —la voz de Félix se dejó oír al otro lado de la puerta.

—En un minuto vamos... —soltó Fermín.

—No hay minutos ¡Ahora! —exclamó el jardinero, firme, a quien no le gustaban las funciones de bedel que tan a menudo le encargaban.

Apostado en la puerta vio como salía el grupo de chicos, uno a uno, pasillo arriba. Reparó en la ceja de Sebas. No pudo evitar una sonrisa interna. Ese chico se merecía que alguien le cantara las cuarenta, como a los que iban con él.

—Espera —dijo Félix al gordo poniendo una mano sobre su hombro—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Eh? Nada, he resbalado —indicó cruzando una mirada con Fran que era el último en salir, justo detrás de él.

—Si tú lo dices.

«Cuando alimañas como esas se pelean entre sí algo malo va a pasar, si no ha pasado ya».

«Al menos en unos días se habrá acabado todo».

Justo lo contrario. En unos días todo iba a cambiar.

Incluso su propia vida.

Los primos

Después de comer, Rocío Prados se encerró de una de las salas de la comisaría equipada con todo que necesitaba es ese momento. Expedientes, una botella de agua, sus dotes de investigadora y tranquilidad. Quería hacerse una idea de lo que podían haber sido las últimas horas de Fermín y Sandro. No contaba con descubrir al asesino, ni siquiera las motivaciones que pudo tener, pero sí trazar a grandes rasgos los detalles que caracterizaran su estilo de vida. En ocasiones este tipo de estudios, sin salir de comisaría, resultaban más efectivos que patear la calle en busca de información. No obstante, no podía hacer otra cosa. Las órdenes del comisario principal habían sido claras: caso cerrado. Tan claras como las que recibió de Antonio Rovira, nadie del entorno de los dos fallecidos debía ser molestado.

Durante las siguientes horas, la subinspectora se sumergió en cada carpeta que contuviera alguna mención sobre cualquiera de los dos sujetos investigados. No le resultó complicado hacerse una idea aproximada de la personalidad de los primos. Ambos contaban con antecedentes policiales. Le llamó la atención que varios de esos expedientes llevaran el sello de *oficial y secreto* grabado en la portada. Imaginó que Rovira habría movido sus hilos para hacerse con ellos.

Por lo que pudo averiguar, los dos primos habían tenido una vida de las llamadas fáciles y con una considerable ficha policial para ser ciudadanos de buena familia tal y como aparecía remarcado en trazo grueso.

«¿Cómo habría sido su último día...?».

—¡Por fin aterrizaste, primo! —Sandro abrió sus brazos de par en par envolviendo con ellos a Fermín.

—¡Una hora encerrados en el avión! Diez minutos más y la azafata no se me escapa —exclamó sonriente.

No se trataba de una bravuconada, Fermín era capaz de eso y más. Sandro no le quedaba a la zaga. Ambos habían protagonizado situaciones que encajarían mejor en guiones de películas baratas que en experiencias de la vida real.

Fermín como siempre, con su pelo corto y su perfecta raya a un lado. Sus ojos claros no habían perdido ese brillo que siendo niño le valía para que pensarán al verle que era un trasto, pero que con los treinta cumplidos, invitaba a la desconfianza. Sandro, con el paso de los años, había abandonado la coleta dejando una melena que junto con su elegancia informal le daba un aspecto de inconformista que resultaba muy atractivo a las mujeres de su entorno.

«Separado».

Rocío había alfombrado la enorme mesa de la sala de reuniones con los expedientes de los primos. Durante la tarde le habían hecho llegar más carpetas según las iba pidiendo al comisario. Informes de trabajos, seguridad social, universidad, entradas y salidas del país, colegios...

El chasquido de la puerta al abrirse la sobresaltó.

—Subinspectora... —Rovira hizo su aparición acompañado de su inseparable Ducados—. ¿Tiene algún dato que nos aporte alguna pista de la personalidad de estos dos individuos?

—Aún es pronto para sacar conclusiones, comisario. Voy tomando notas de las características más sobresalientes de cada uno de ellos. He empezado por el hijo de Presidente del Constitucional.

Antonio Rovira tomó asiento frente a Rocío, apuró un par de largas caladas y se dispuso a escuchar lo que tuviera que decirle.

—Sé que es prematuro sacar conclusiones, Prados. Cuénteme lo que tenga, soy todo oídos.

Rocío se acomodó en su silla, tomó un par de folios entre sus manos y antes de comenzar su exposición refrescó su garganta con un trago de agua.

—Ambos están fichados. Fermín Saiz de la Puebla actualmente cuenta con treinta y dos años. Regresó un día antes de su asesi... de su suicido —se felicitó mentalmente por la corrección, de paso aprovechó para hacer lo propio en la hoja.

—No se preocupe. Los dos sabemos lo que quiere usted decir.

—Casado y separado desde hace cinco.

—¿Hijos?

—Sí, comisario, Fermín, como su padre. De once años de edad.

La mente de Rovira elaboró una rápida imagen de su pequeño Raúl. Un fugaz cosquilleo recorrió todo su cuerpo.

—¿Once años? ¿Está segura?

Rocío se permitió unos instantes para contestar. En el momento que tomó las notas estaba segura que así era, pero ante las dudas del comisario decidió repasar sus datos.

—Sí, comisario...

—Dígame. ¿Qué le preocupa? —Antonio extrajo otro Ducados de su arrugado paquete. El pitillo entre dos dedos mientras daba suaves golpes con el encendedor Bic en el dorso de su mano, como si quisiera retrasar el momento de encender otro cigarrillo.

—El hijo nació siete meses después de la boda. Puede ser sietemesino el pobre crío pero...

—Siendo tan jóvenes lo más probable es que se tratara de una boda obligada, de penalti, vamos.

—Imagínese cómo se lo pudieron tomar en una familia como esa, de ese nivel. El enlace salió en varias revistas. Mire.

Rovira cogió el ¡Hola! En el interior se podían ver un par de fotos y un breve comentario de la boda. En el ABC era aún menor el espacio dedicado.

—¿No le resulta extraño? —Rocío miraba al comisario como si su pregunta no necesitara explicación alguna.

«A veces me pierdo con esta mujer» pensó para sí.

—¿A qué se refiere?

—No entiendo mucho de este tipo de prensa, ni vengo de una familia como la de los Saiz de la Puebla, ni mucho menos, pero me hubiera parecido más lógico encontrar un reportaje mayor ¿no cree?

Antonio permaneció unos instantes en silencio, momento que aprovechó para encender el pitillo y darle varias caladas.

—Se refiere a que no han querido darle el bombo habitual. De sietemesino nada. Un escándalo como este no sería una buena imagen para la familia del Presidente del Constitucional.

—Mire aquí —Rocío le acercó unas hojas en las que señalaba un punto concreto.

—Salen de España cuarenta y ocho horas después de la boda, regresan al cabo de quince días —murmuraba el comisario leyendo el informe— para marcharse de nuevo, tres semanas más tarde, rumbo a Estados Unidos.

—No regresaron en los siguientes dos años y medio. Volvieron a marcharse juntos. Pero solo regresó su mujer con el niño.

—¿Cómo van los negocios? —quiso saber Sandro. Hacía casi un año que no veía a su primo y amigo, desde que el pasado verano le visitó en Washington.

—No me puedo quejar. Mejor pregúntale a mi padre, es el que se encarga de todo. Estoy hasta los cojones de ir al despacho —apuntó con el rictus serio—. Voy a mandar todo a la mierda. Me iré a la costa, construiré algún hotelito y a disfrutar de las turistas —señaló con la mejor de sus sonrisas.

—¡Me voy contigo!

Se encaminaron hacia el *parking* donde Sandro tenía aparcado su flamante Porsche último modelo.

—¿Cómo te va a ti? ¿Qué pasó con...? ¿Cómo se llamaba...? A ver déjame que recuerde... —Fermín hacía exagerados gestos que provocaban la risa cómplice de su primo—. ¿Adriana?

—¿Adriana? ¿Quién coño es Adriana?

Las risas de ambos llenaron el habitáculo del coche rumbo al centro de Madrid donde Fermín conservaba un espectacular ático, con una no menos espectacular terraza que en ocasiones utilizaba su primo.

—¿Y el otro individuo?

—Sandro Cobriña —Rocío dejó sus notas sobre Fermín y cogió las que se referían a su primo—. Soltero. No se le conocen hijos... ha sido detenido en varias ocasiones por alteración del orden público, peleas, borracheras.

—¿Su familia? —preguntó el comisario mirando de reojo el paquete de Ducados.

—No tiene nada que envidiar a la de su primo. Proviene de Galicia. Puedo decirle, de momento, que su padre y su tío son dueños de varias de las empresas más prósperas de la comunidad gallega. Algunas con expansión internacional... —Rocío guardó silencio unos instantes e hizo lo que siempre hace cuando algo no entiende o no le encaja. Ese algo que Antonio Rovira había aprendido a observar y que ejercía en él un efecto de ligera ansiedad. Ver a la subinspectora con un par de dedos en su pelo, tras la oreja, haciendo pequeños bucles y con la vista perdida en sus apuntes, le indicaba que algo iba a salir de aquella boca. Algo interesante.

No se equivocaba.

—Viendo los informes, es como si no existieran ninguno de los dos antes de abril de 1975, cuando fueron detenidos el día que se licenciaron en la mili.

—¿La hicieron juntos?

—Sí, comisario. La policía fue al hotel donde se alojaban con otros dos compañeros. El director les llamó la atención debido al exceso de ruidos. Cuando llegaron, se encontraron con la habitación destrozada y con tres mujeres con la cara ensangrentada.

—¿Mujeres?

—Prostitutas... —aclaró la subinspectora—. Pero mire esto, comisario, todos esos expedientes llevan el sello de *Oficial*.

—Lo sé, me ha costado cobrarme algunos favores para que nos los dejaran —señaló Rovira con gesto ausente.

Quizá tuviera que obedecer, sin más, las órdenes del comisario principal y sacar las narices de todo este embrollo. Sería la decisión más inteligente para él y para toda la comisaría. Si llegaba a oídos de sus superiores que estaba husmeando en este caso posiblemente sus días como comisario en activo estarían contados. Pero Antonio no se había hecho policía por amor al escalafón y a la obediencia ciega. Asumía que le costaba acatar según que órdenes, pero desde el momento en que había aceptado el puesto de comisario era consciente que debía dar una imagen entre sus subordinados, de obediencia a los superiores.

Pero esto... esto era diferente.

Sentía un regusto amargo.

Le estaban impidiendo que investigara un más que posible doble asesinato, triple si añadía el cadáver aparecido bajo el Puente de Segovia. No, definitivamente no se había hecho policía para mirar para otro lado cuando sus superiores así se lo ordenasen. Menos aún cuando todo parecía apuntar a intereses particulares. Iba a continuar con su trabajo discretamente, si le descubrían rodarían cabezas.

La suya, la primera.

—Comisario... —murmuraba Rocío con miedo a despertar a su jefe del trance en el que parecía haber entrado—. Comisario, yo...

—¿Eh? Sí, Prados. Está haciendo un buen trabajo, muy buen trabajo —soltó de corrido intentando disimular su malestar interno.

—Me preguntaba... ¿Por qué dos sujetos como Fermín y Sandro cuentan con archivos de este tipo? No son terroristas, ni parece que haya ningún cargo contra ellos que sugiera que puedan convertirse en un peligro para la sociedad.

«Eso me pregunto yo también».

—No sabría decirle. Lo que sí parece claro es que algo esconden. Faltan datos sobre su vida anteriores a estos expedientes que tenemos aquí. Averigüe los motivos alegados para su separación matrimonial.

—Con todo mi respeto, comisario, creo que no quieren que usted resuelva estos presuntos suicidios —Rocío estaba sorprendida por su descaro, pero tenía que soltarlo— y como policía no encuentro un motivo que lo justifique.

«A mí se me ocurren unos cuantos».

—Ahora entiende por qué insisto en que debemos llevar con el mayor sigilo la investigación.

—¿He de llegar hasta final?

—Ese es nuestro trabajo, subinspectora.

A Rocío Prados no le hacía falta oír nada más. Sí, ese y no otro era el objetivo de su trabajo. Algo le decía que en su vida profesional habría un antes y un después de este caso.

No le faltaba razón.

Los dos primos fueron a desayunar a su restaurante favorito. Unas horas después tras ponerse al día de las noticias de antiguos amigos y ligues fueron a casa de Fermín. Harían algo de tiempo antes de salir a comer.

—¿Sabe tu padre que estás en España? —quiso saber Sandro.

Sentado en el sofá del salón principal del ático, con una cerveza fría en una mano y con la otra echándose su media melena hacia atrás, miraba a su primo y mejor amigo. No le gustaba el rictus que se escondía tras la forzada sonrisa con la que había tomado tierra y de la que, hasta el momento, no se había desprendido.

—¿Por qué lo dices? ¿Habéis hablado?

—No, no. Desde que volví de Washington no he vuelto hablar con él. Lo decía porque te estás arriesgando mucho con tu escapada —cruzó las piernas sobre la mesa y apuró un largo trago de cerveza— y lo sabes.

Fermín cogió su paquete de Marlboro junto con el Zippo en un lento ritual, como si pensara que podía permanecer en silencio hasta que le diera la primera calada.

Ese momento llegó.

A su pesar.

No, su padre no sabía que se había tomado unos días libres para cruzar el charco. Contaba con que su nombre no apareciera en ningún registro que le alertara de su entrada en España. De ser así no tardaría en tener noticias suyas de una u otra manera.

No andaba muy desencaminado.

A pesar de que no existía ese registro.

Fermín se recostó en el amplio y cómodo sofá. Colocó el cenicero sobre la hebilla de su pantalón y miró hacia la ventana de la terraza. Los visillos avisaban que se había levantado una suave brisa. Al fondo se divisaba la sierra de Madrid. La escasa decoración del ático lo hacía aún más grande de lo que era, a ojos de las visitas que había recibido. No fueron pocas.

—Mi padre no sabe que he venido. No quiero que nadie se entere, por eso te avisé ayer de mi llegada. No, no me mires así, sabes que confío en ti, pero no quería arriesgarme lo más mínimo.

Dos caladas más y apuró el pitillo.

Sandro observaba a su primo con disimulado interés. Quizá porque era la primera vez que le veía preocupado por cuestiones que, en su opinión, no eran para tanto. Siempre había sido un poco melodramático, había que reconocer que le había funcionado desde que eran pequeños. Las chicas sacaban esa vena maternal que deben desarrollar desde que nacen, cuando escuchaban los temores de Fermín, lo incomprendido que se sentía con sus padres.

Sin embargo, en esta ocasión, Sandro veía un brillo diferente en sus cínicos ojos. No había duda, estaba preocupado. O mucho había trabajado su faceta de víctima de la sociedad o algo serio sucedía. Si estaba en lo cierto el motivo del viaje no era el placer, como así le aseguró ayer cuando le sorprendió con la noticia de su llegada. Ni recordar de nuevo los viejos tiempos.

«¿Entonces...?».

—¿Qué sucede, Fermín? ¿Tengo que esperar a que te fumes el paquete entero antes de que me digas qué coño está pasando? ¿Has vuelto a cagarla? ¿Has venido a por tu mujer o a por tu hijo? Recuerda que no puedes acercarte a ellos a no ser que... —hizo esta pregunta casi en un susurro, con miedo a la respuesta.

—No la he cagado solo yo... —dejó la frase en el aire mientras, puesto en pie, metía la mano en el bolsillo interior de su americana colgada en el perchero junto a la puerta.

Sandro supo leer entre líneas. Habían tenido cuentas pendientes con la ley, pero siempre salieron airosos. El mérito, como bien sabían ambos, no era de ellos, sino de sus familias. Sobre todo de las influencias del padre de Fermín que hubiese hecho todo lo que estuviera en su mano para que no le arruinase su carrera judicial.

Años atrás se lo avisó.

—¡¡Cómo vuelvas a ponerme en ridículo haré todo lo que sea necesario para que desaparezcas de mi vida para siempre!! —exclamó furioso el futuro Presidente del Tribunal Constitucional— ¡No permitiré que tu continua insensatez afecte a mi reputación! ¿Lo has entendido?

—Sí, papá, yo...

—Deja de gimotear, que eres padre de familia, coño —exclamó con un deje de desprecio en su voz—. Recuérdalo, Fermín; es la última vez. La última.

—Váyase a casa, subinspectora —la voz del comisario le hizo dar un leve

respingo. No había oído el familiar clic de la puerta al abrirse— atiende a su familia y mañana continua.

Rocío Prados regresó aquella noche a su casa con la cabeza tan cargada de información que apenas le cabía ningún dato nuevo más. Necesitaba levantar la vista de los informes y desconectar unas horas. Llegaría a tiempo para dar las buenas noches a Patricia y escuchar los reproches de su marido.

—Otro día más que tu hija no tiene a su madre para atenderla —fue lo primero que escuchó al entrar en su casa a modo de saludo—. Tu madre acaba de irse, la ha dejado durmiendo.

«¡Mierda!».

Miró su reloj. Estaba parado. Levantó la vista buscando el de pared.

—Lo siento, se ha parado y...

—Ya, ya...

Había llegado casi una hora más tarde de lo que esperaba. Por eso el comisario le dijo que se marchara. Podría parecer algo sin importancia pero no podía terminar el día sin ver a su hija, su sonrisa, agarrada a su peluche y darle muchos besos antes de desearle felices sueños. Abrió la puerta de su cuarto, despacio, muy despacio. Le valía con verla dormir aunque fuesen unos pocos segundos.

Sonrió. Patricia se estaba haciendo la dormida con las manos en su carita, mirando a través de los dedos, aguantándose la risa.

De vuelta al salón, relajada, después de despedirse de la pequeña y tomar un bocado se sentó en su sillón preferido dispuesta a pasar esos minutos de silencio con que Carlos la obsequiaría como reproche por su retraso. Rocío tenía la mente lejos, en otro lugar, en una sala con sus papeles desperdigados por la mesa. Su cabeza no descansaba, presentía que no iba a dormir mucho hasta que ese caso no hubiera quedado resuelto.

A la mañana siguiente, tras dejar a Patricia en el colegio, regresó a la comisaría. Había logrado conciliar el sueño las horas suficientes para sentirse de nuevo con la energía necesaria para afrontar un día que esperaba largo y duro. En su reunión matinal con el comisario acordaron que continuaría revisando todo los expedientes que tenían sobre los dos primos. Mendía y Romero se habían marchado a interrogar a la familia y allegados del fallecido del Puente de Segovia.

Rocío esperaba un informe que solicitó la noche anterior antes de irse a su casa. El comisario le aseguró que haría lo posible para conseguirlo. Armada con su taza de café se encerró en la sala y se acomodó en la silla. Lo primero que hizo fue repartir por fechas los expedientes que ya había ojeado. Media hora después y con cada informe ocupando el lugar que le correspondía, dio un último trago y se levantó a por otro café. Sentía que iba a necesitar alguno más. Cuando se disponía a salir de la sala, dos suaves golpes le avisaban de que alguien entraba.

—Sí, pase por favor —no se acostumbraba a esos formulismos con ella.

—Rocío, el comisario me ha entregado este *dossier* para ti —al ver la taza vacía

continuó—. ¿Era largo de café con leche fría, verdad?

—¿Eh? Sí, sí, pero ¿Cómo lo sabes? —apuntó sorprendida viendo como María le cogía su taza de la mano.

Por respuesta, la secretaria de Rovira le dedicó un ligero levantamiento de cejas y hombros, solo le faltó añadir «¿Ah?».

«Esta chica está en todo».

Motivos no le faltaban...

Antes de llegar esa mañana a la comisaría había decidido ahondar en los argumentos esgrimidos en la separación de Fermín y su mujer, Marta. Argumentos que debieron ser lo suficientemente importantes para hacerlos desaparecer de su expediente del mismo modo que tampoco constaba ninguna información sobre sus diversas detenciones.

«Sobreseído».

Esa era la conclusión de todos los asuntos que Fermín tenía pendientes con la justicia y sobre los que constaba algún dato. Menos mal que el comisario tenía sus contactos, sin ellos este caso quedaría como estaba.

Suicidio.

La marcha del joven matrimonio con la mujer embarazada a Washington se explicaba por sí misma. Sus padres no querían que nadie, y menos aún la prensa, siguiera el embarazo de Marta. Gracias a la INTERPOL había conseguido averiguar que en 1976 Fermín entró a trabajar en la cadena de Hoteles Four Seasons. Apenas unas pocas semanas después de que la joven pareja partiera de Madrid como marido y mujer.

«La excusa perfecta».

Hasta ese momento la actitud de ambas familias entraba dentro de lo normal. La chica se queda embarazada y los padres deciden que la joven pareja contraiga matrimonio.

Sin embargo...

—¡Aquí está! —Rocío sonreía ante el hallazgo— sus contactos no llegan hasta Estados Unidos. ¿Verdad, señor Saiz de la Puebla? —musitó.

Fermín había sido detenido en varias ocasiones por alborotos en discotecas y algún restaurante, pero el dato que le había hecho saltar de la silla a la subinspectora decía así.

«... tras personarnos en su domicilio pudimos comprobar que la mujer presentaba varios golpes en el rostro a consecuencia de los cuales sangraban el labio y una ceja. Posteriormente, encontramos en la basura de la cocina gasas con las que el acusado había intentado eliminar de la cara de la víctima las huellas de los golpes recibidos...».

—Hijo de p... —Rocío respiró profundamente para no involucrarse como algo personal en el caso. Era una de las primeras reglas que le enseñaron.

«... después de ofrecer a la supuesta víctima toda la defensa legal necesaria,

cambió su versión de los hechos...».

—¡Marta! Yo te quiero. ¿Por qué me haces esto? Diles la verdad... ¡dísela! —exclamaba Fermín mientras era conducido por dos agentes al interior del coche patrulla.

Marta le miraba aún con el miedo reflejado en su rostro. Sentado en el regazo, el pequeño Fermín reclamaba su atención entre lloros, asustado por los gritos de su padre y toda esa gente extraña que iba de un lado para otro.

—¡Diles que te caíste por las escaleras!

Fue lo último que oyó de boca de su marido. Miraba sin ver como se lo llevaban. Nunca más volvió a saber de él. No porque le impidiera las visitas a su hijo, que le hubiera permitido en según qué condiciones, sino porque Fermín no regresó a Madrid.

Hasta el día anterior a su muerte.

Rocío se frotaba los ojos. Los malos tratos era algo que le revolvió el estómago. El abuso, cualquier abuso, ya sea por la fuerza física o por cargo profesional o por ascendente familiar. Por el motivo que sea, qué más daba.

La mañana estaba siendo productiva. Ya contaba con la información necesaria para explicar las causas que determinaron el fin del matrimonio. Podía hacerse una idea de la personalidad del hijo de p..., bueno, del sujeto que estaba investigando. Eso era lo que el comisario le había pedido.

«¿Tendrá algo que ver con el caso que nos ocupa lo que hizo en España y que fue borrado de su expediente?». Si no es así, Marta, su mujer, podría ser sospechosa «¿Sabía ella que había regresado?». Imaginarse a esa chica tirando por la terraza a los dos primos no le entraba en la cabeza. Había aprendido a no descartar nada por absurdo que pareciese. Agachó la cabeza, la escondió entre sus brazos y cerró los ojos.

La puerta de la sala se abrió de golpe.

—¿Qué sucede, Prados? —quiso saber el comisario—. La veo preocupada.

De la americana, Fermín extrajo un abultado sobre. Cuando lo recibió en su casa de Washington lo primero que le vino a la cabeza fue una fugaz excitación al recordar el momento que le mostraban las fotos que fue sacando de su interior.

«Menuda noche... —murmuró para sí con una bobalicona sonrisa dibujada en su rostro».

Debería tratarse de alguna broma de los que fueron sus amigos, sin duda. Hacía muchos años que solamente tenía relación con su primo, Sandro Cobriña. Volcó el contenido del sobre. Cinco fotos y un papel doblado por la mitad. Estaba convencido de que en esa hoja hallaría la identidad del remitente. Sandro, no podía ser otro, nadie más sabía su dirección.

Al menos nadie que él supiera.

Dio dos largos tragos al tercer whisky de la tarde y encendió otro Marlboro. Tumbado en el sofá con los pies cruzados sobre la mesa de cristal comenzó a

desdoblar la hoja. Sabía que aquel día alguien había hecho unas fotos con una Kodak, pero...

La estúpida sonrisa fue desapareciendo de su rostro poco a poco. Su nublada mente a causa de los vapores del whisky hacía enormes esfuerzos por recordar detalles. Sí, no se equivocaba al pensar que se habían hecho fotos, pero la cámara se quemó en el incendio del pabellón.

«¿No?».

Un sudor frío comenzó a recorrer su abotargado cuerpo. Si se trataba de una broma, no tenía maldita la gracia. Bajó los pies de la mesa, apuró varias y profundas caladas y lanzó el cigarro hacia la terraza. Desdobló la hoja del todo y comenzó a leer.

Sus manos a sudar.

Sandro se estaba impacientando. Con el brazo estirado en dirección a Fermín hacía repetidos gestos con la mano para que le entregara el puñetero sobre. Esparció el contenido sobre la mesa dando la vuelta a las fotos que fueron cayendo. Ahí estaba él, sonriente, su primo, y algunos más de los que no recordaba el nombre. La sensación inicial, al ver las instantáneas, fue similar a la que sintió Fermín. La diferencia radicaba en que de entrada sabía que no se trataba de una broma. Tan rápido como le llegó la excitación, le abandonó. No, no se trataba de una puta broma. Esto iba en serio.

Muy en serio.

—¿De dónde coño han salido? —exclamó furioso mientras desdoblaba la hoja que acompaña las fotos.

Fermín, con un nuevo cigarro en su boca, observaba las reacciones de su primo. Le conocía mejor de lo que él pensaba. Rascando un poco esa imagen de chico duro, salía la inseguridad que ambos llevaban dentro. Ciertamente que el paso de los años les había hecho ser más prudentes pero no menos cierto que sin la inestimable ayuda de sus respectivas familias estarían pudriéndose en la cárcel.

«Te preguntarás cómo es posible que después de 16 años estas fotos hayan salido a la luz. No son la única copia que existe, ni la primera. Aquella la entregamos a la policía...».

—¿Entregamos... a la policía? —murmuró Sandro volviendo la cabeza hacia Fermín—. ¿Quién coño son?

«... dile a tu primo que dentro de tres días llegaran copias a la prensa y a vuestras familias. Tranquilos, no queremos que confeséis, ya no es necesario. Nos vale con que sufráis la misma vergüenza, la misma culpabilidad pero sobre todo queremos que experimentéis el mismo terror que sintió Alma aquella noche...».

—¡Qué cojones quieren estos hijos de puta! —gritó fuera de sí, nervioso como nunca antes le había visto Fermín.

—Sigue leyendo, Sandro —las palabras que salían de su boca apenas un balbuceo.

Al terminar la lectura se incorporó de un salto, estrujó la carta y la arrojó contra dos laureles y lo que en su día fue un pequeño estanque con cascada en un extremo de la terraza. Durante unos eternos segundos ambos primos rehusaron mirarse. Sandro se movía de un lado a otro del amplio salón resoplando como un búfalo. Fermín permanecía sentado, mirando la sierra de Madrid a través del amplio ventanal que daba a la azotea. Apagó el pitillo y encendió otro.

La camaradería y bromas iniciales habían dejado paso a la angustia. En el aire se respiraba tensión. Olía a sudor, un sudor provocado por el miedo, por un profundo e incontrolado miedo.

—Sabía que esto no había terminado —exclamó Fermín entre calada y calada—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Eh?

Sandro había salido a la terraza, necesitaba pensar, y pensar rápido. El tiempo se les acababa. Tres días habían dicho...

«¿Tres...? ¡Joder!».

Entró como una exhalación con el rostro desencajado. Fermín se encontraba de pie junto a la puerta de la terraza mirando a su primo, confiando en que se le ocurriera algo para salir de esa situación.

—¡Hoy se cumplen los tres días! —gritó a escasos centímetros de su cara salpicándole con finas gotas de saliva—. ¿Por qué coño has venido, hijo de puta?

El puñetazo le pilló a Fermín desprevenido, se dobló sobre sí mismo ahogando un grito de dolor. No era la primera vez que se peleaban, pero de eso hacía ya muchos años. Desde el suelo le miraba como si no entendiera su reacción. Despacio, se fue levantando, sin separar la mano del estómago tomó asiento frente a su primo.

A ninguno de los dos les preocupaban las fotos, estaban convencidos de que sus familias podrían sacarles, otra vez, de ese maldito embrollo. No, lo que les preocupaba era la reacción de sus padres. Ambos habían sido avisados de que ya no les sacarían las castañas del fuego. Un escándalo más y serían eliminados cada cual de su herencia. Bloquearían la más que generosa asignación mensual y les dejarían a su suerte. Si es que se podía llamar suerte a ser repudiado por familias con el poder que aglutinaban las suyas. El que les despidieran de sus puestos de trabajo, conseguidos por contactos de sus padres, resultaba insignificante.

No era el pánico a las fotos lo que les mantenía paralizados, ni el miedo a la reacción de la sociedad, ni tampoco a ser el centro de las noticias durante los próximos meses, si no años, ni siquiera el miedo a la cárcel y lo que allí les pudiera esperar. Era miedo, más que miedo, pánico a no ser nadie, a verse fuera de su nivel de vida, sin ingresos y sin forma de conseguirlos. En definitiva, terror a convertirse en unos parias. Antes morir que enfrentarse a sus familias, amigos, conocidos. No se les pasaba por la cabeza asumir ninguna responsabilidad. Sin el poder de sus familias no eran nadie.

Sin ser nadie no merece la pena vivir.

Eso lo sabía quién escribió la nota.

—Sí, hoy es el tercer día, Sandro. He venido porque de todas formas irían a buscarte. Con escribirte otra carta a ti y a tus padres... —señaló Fermín con la cabeza entre sus brazos— hoy enviarán las fotos y la carta a la policía y a...

—¡Me toca los cojones la puta policía! ¡¿Es qué no lo entiendes?! ¡Se acabó todo, todo! —exclamó Sandro con los ojos desorbitados y los dedos buceando entre su enmarañada melena.

Bien que lo entendía Fermín.

Bien que lo entendía el Indio.

—Perdone, no le oí llegar —señaló Rocío sobresaltada al ver como la puerta de la sala se abría de improviso.

—Discúlpeme usted, vengo con las manos ocupadas y solo podía abrir con el pie. ¿Ha averiguado algo? —quiso saber Rovira. En cada mano llevaba un vaso de cartón humeante—. María me ha dado este café para usted.

—Gracias comisario, me hacía falta aunque ya llevo unos cuantos —dio un corto trago y tomó entre sus manos las notas que había recogido.

La expresión concentrada de la subinspectora llamó la atención de Antonio. Sentado frente a ella paladeaba su café. También él llevaba unos cuantos más de lo aconsejados. La noche anterior no había sido plácida. Los fantasmas del pasado volvieron, sin saber porqué. Tuvo que optar por dormir con la luz de la mesilla encendida. Quizá tuviera que replantearse su vuelta al psicólogo del cuerpo de policía. Lo cierto era que esas agudas crisis se reproducían cada vez más espaciadas. La voz de la subinspectora le hizo volver al presente.

—En los expedientes de INTERPOL viene recogido el motivo de la separación. Mejor dicho, el motivo que yo creo fue el que generó el regreso de la mujer de Fermín Saiz de la Puebla y su hijo a España.

Durante la siguiente media hora Rocío Prados compartió con el comisario toda la información que había recopilado hasta el momento. A pesar de que no tenía en su poder una copia de la separación, bastaba con mostrarle al comisario las declaraciones de Marta cuando arrestaron a su marido solo unos días antes de su regreso a España con el pequeño Fermín.

—¿Era la primera vez que lo denunciaba? —Antonio había olvidado de forma definitiva su intención de dejar el tabaco y encendió el quinto de la mañana.

—No, pero siempre retiraba las denuncias. En dos de ellas la policía permitió que se tramitaran —Rocío extendió un fino expediente ante a Rovira— mire, aquí detallan que el acusado ha sido advertido de que si no cambia de actitud, tomarán las medidas oportunas...

—Prados...

La subinspectora alzó la vista de los papeles y la fijo en él.

—¿Sí...?

—He pedido que nos tradujesen los expedientes. Lo único que veo, dónde usted señala, son garabatos y letras que bien podrían tratarse de chino. ¿Me entiende usted?

—Sí, por supuesto, discúlpeme —dijo situando de nuevo el *dossier* frente a ella— yo tampoco sé mucho inglés, apenas unas pocas palabras que...

—Subinspectora, no se esfuerce, he leído su expediente. Por favor, continúe — Antonio Rovira se dedicó una ligera sonrisa mientras observaba como Rocío se sumergía entre diferentes montones de archivos. No la interrumpió, ni se mostró impaciente.

—Discúlpeme... —murmuró mientras se decantaba por un par de hojas— verá... antes le decía que creo saber el motivo de la separación de la víctima y su mujer. Me pregunto, dando por hecho que dicho motivo sea los malos tratos, si la causa de que parte de la documentación de los dos primos haya sido eliminada es por circunstancias similares.

—Eso nos daría algún fundamento para que alguien se hubiera tomado la justicia por su mano. Lo que sí parece claro es que la teoría del suicidio de dos homosexuales no se sostiene.

Rocío continuaba repasando sus notas, como ausente.

—¿Qué le preocupa?

Un suave repiqueteo de golpes precedieron a la entrada de María con un par de vasos de cartón. En silencio dejó los cafés sobre la mesa y se llevó los vasos vacíos. Aprovechó para cambiar el cenicero del comisario mientras dedicaba una sonrisa cómplice a Rocío. No obstante pasaba por ser el espejo de las pocas mujeres que trabajaban en la comisaría.

—Gracias, María —dijo Rovira sin apartar la mirada de su subordinada.

—Hay algo que me escapa. Si fuese una venganza por algo que sucedió y que debería venir reflejado en esos archivos eliminados, quiere decir que sucedió antes de casarse ¿no?

—Así es.

—¿Por qué esperar tanto tiempo? A no ser qué...

—Que sea la propia mujer o su entono los responsables. ¿Esa es la línea de investigación que quiere desarrollar, Prados? —quiso saber el comisario.

—No, señor.

Rovira llevó a la boca otro Ducados, ya sin número. Tras una profunda calada se dispuso a escuchar a Rocío. Cada día le sorprendía más esa menuda mujer. Pensaba que tenían el caso bastante encauzado.

Nada más lejos de la realidad.

Bastó una mirada para que la subinspectora continuase con su argumentación. El comisario era todo oídos.

—Si no contáramos con el cadáver del Puente de Segovia, la mujer de Fermín bien podría ser considerada como sospechosa...

De haber estado solo, Rovira se habría dado con la palma de la mano un fuerte golpe en la frente, por imbécil. Casi se le olvidaban las rosas. Siempre las rosas.

—... no creo que una mujer maltratada que regresa a su país, y comienza una

nueva vida con su hijo, lo eche todo a perder de esta forma ¿no cree? —Rocío continuó sin esperar respuesta— además ¿por qué matar a Sandro Cobriña? No solo eso, comisario, me pregunto cómo sabría ella que Fermín llegaba precisamente ese día.

Rovira hacía no pocos esfuerzos para evitar que los músculos de su cara se relajaran, dejando entrever lo estúpido que se sentía.

—Coincido con usted —fue lo primero que acertó a decir— continúe con su fenomenal trabajo, Prados. Por otro lado, si encontramos algún vínculo con esa mujer y el cadáver del Puente de Segovia el caso tomaría un cariz diferente ¿no le parece?

La subinspectora se limitó a asentir mientras seguía buscando algún apunte que debería tener por algún lado.

Antonio cogió su arrugado paquete de tabaco, el Bic y se encaminó en dirección a la puerta.

«¡Aquí está!».

—Comisario...

—Dígame.

Rocío tomó una hoja entre sus manos.

—La fecha de entrada de Fermín Saiz de la Puebla, es del día anterior a la de su fallecimiento, pero si comprobamos el horario, resulta que llegó a primera hora y falleció esa misma noche de madrugada.

—¿A dónde quiere llegar?

—Creo que alguien estaba al tanto de su llegada. Si me permite, sé que no tengo pruebas que apoyen lo que pienso, diría que *algo* le hizo tomar ese avión. Y ese *algo* es el motivo de su asesinato, comisario. No creo que Fermín Saiz de la Puebla después de lo sucedido, informase a su mujer de su regreso —Rocío se quedó mirando la hoja dispuesta a escuchar una retahíla de lecciones acerca de las fases a tener en cuenta para una correcta investigación, de la necesidad de pruebas, de...

—¿Le esperaría su primo? —preguntó Antonio con la mano en el pomo de la puerta.

Rocío levantó de nuevo la vista.

—Recuerde que el expediente de Fermín Saiz de la Puebla no es el único que ha desaparecido, ambos tienen muchas cosas en común.

El comisario asintió y abandonó, en silencio, la sala.

«Al expediente de Sandro Cobriña también le faltaban unos años».

La subinspectora permaneció unos instantes mirando la puerta. Llevó el café a sus labios, apenas un corto sorbo para dejarlo de nuevo sobre la mesa. Estaba frío, demasiado frío para su gusto. Se levantó a por otro, pero cuando estaba a punto de abandonar la sala regresó a su asiento. Dejaría pasar alguna hora antes de tomar más café.

«¿Qué pasó ese día?».

Sería más exacto decir, esa noche. Si no les impidieran hacer su trabajo, podrían

contar con información que les ayudara a averiguar lo sucedido.

«¿Cayeron a la vez?».

Si contaran con fotos de los cadáveres podrían deducir ese punto. La autopsia hubiese dado algo luz acerca de los últimos momentos de la vida de los primos.

«¿Hubo pelea?».

Si al menos pudieran investigar a los vecinos.

Si...

Rocío Prados ignoraba los detalles de lo sucedido, sin embargo, su incansable instinto iba elaborando una película del último día de la vida de Fermín y Sandro. Estaba claro que en algún momento, desde que aterrizó el avión, ambos se encontraron. Llegaron hasta el ático y en las primeras horas de la madrugada cayeron por la terraza. Si no los tiraron, decidieron saltar.

Prados se inclinaba por la segunda opción.

Saltaron.

Lo que no acertaba a entender era cómo dos personas con la vida resuelta habían decidido quitarse de en medio, a la vez. En esas últimas horas el pánico debió apoderarse de ambos, hasta tal punto que no encontraron otra salida más que acabar con sus vidas. Sea lo que fuere lo que les impulsara a lanzarse al vacío, les visitó cuando sus cuerpos yacían en el frío asfalto. Sobre ellos dejó su firma.

Una rosa blanca. Una rosa negra.

Para cada uno de ellos.

El cadáver del Puente de Segovia

A la mañana siguiente, Rocío Prados se levantó animada, sin un motivo aparente que justificara esa energía a tan temprana hora. Saltó de la cama antes de lo habitual. Quería tomarse con calma el desayuno de la pequeña Patricia y llevarla al colegio sin las prisas habituales. Esta semana su marido pasaría unos días fuera de casa en un congreso que se celebraba en Alicante. Ese breve alejamiento aliviaría, sin duda, la tensión que se respiraba en la pareja, acrecentada desde que trabajaba en este caso.

Carlos llevaba razón, pasaba demasiadas horas al día fuera de casa y demasiados días a la semana. A la queja solía añadir que no les hacía falta su dinero para ser una familia feliz.

—¡Yo soy feliz, Carlos! Con Patricia, y lo sería contigo si no estuvieras todo el día con la misma cantinela y colaboraras para hacer todo más llevadero.

Una vuelta a la hoja del periódico acompañada de una queja ininteligible y un posterior bufido ponía fin a una discusión que se estaba convirtiendo en algo tan habitual como lavarse los dientes. Segundos después, la misma reacción, la misma frase al ponerse en pie doblando el periódico a golpes como si entre sus hojas estuviera aplastando algún asqueroso bicho.

—¡No me casé con un policía!

Rocío le observaba mientras abandonaba el salón. Triste, sí, pero a la vez sentía algo de pena por él. Le costaba entender cómo no era capaz de darse cuenta que lo tenían todo para ser felices. Dos personas con un trabajo del que disfrutaban y una hija a la que querían con locura.

«¿Qué más se puede pedir?».

Había aprovechado que le sobraba un poco de tiempo para tomar unas notas sobre la investigación y los pasos a seguir. Propondría al comisario hacer una visita al ático de Fermín. Seguro que algo podrían encontrar. No creía que hubiera sufrido un minucioso análisis por parte de sus compañeros por motivos obvios.

Se lo habrían impedido.

Mientras se preparaba para vestir a Pati, su cabeza daba vueltas a su relación con Carlos. No se trataba de que trabajara, no. Durante algo menos de dos años había sido agente de Avón. Organizaba en casa reuniones con amigas suyas y de su madre, o con algunas vecinas, y su marido nunca puso mala cara. No pudo evitar esbozar una enorme sonrisa al recordar que fue lo que le impulsó dar el paso y convertirse en policía.

—¿De qué te ríes, mamá? —quiso saber Pati frotándose los ojos mientras

negociaba unos segundos más de cama.

—Me acordaba de la abuela.

—¿La abuelita Berta?

Sí, de la abuelita Berta. Un mañana de domingo, mientras ponía la mesa, su madre se acercó con el periódico doblado por una página en la que se podía leer una sorprendente noticia.

—Mira hija —expuso abriendo el Ya frente a Rocío— en unos meses se va a convocar la primera promoción de mujeres policía. ¿Qué mujer va a querer ser policía? —preguntó mientras buceaba en busca de más información hoja tras hoja.

«¿Mujer policía?».

Rocío se había quedado pensativa con los cubiertos en la mano sin mirar a ningún punto en concreto. No sabía por qué, pero la noticia de su madre le había provocado una motivación por su vida que no había sentido antes.

«¿Mujer policía?». Una pícaro sonrisa se había apoderado de su rostro.

—... hija ¿me estás escuchando? Rocío por Dios, me preocupas.

—Sí, sí, te escucho, perdona, estaba pensando.

Unas pocas semanas después, Rocío Prados comenzaba su instrucción. Ciertamente que Carlos se sorprendió con el cambio de trabajo de su mujer, pero pensó que sus funciones serían las típicas de la secretaria que tenía en su despacho. La tensión comenzó cuando la carrera de Rocío comenzó a tomar otros derroteros. Su rápido ascenso, siendo la primera mujer que obtenía el grado de subinspectora en lugar de generarle orgullo, le fue agriando el carácter.

«Quizá con el tiempo...».

Rocío no perdía la esperanza.

Dejó a Patricia en el colegio y se encaminó hacia el kiosco para comprar el periódico, tarea de la que se encargaba cada día su marido pero en su ausencia no quería dejar de echar un vistazo a las noticias. Según se acercaba pudo leer el titular del Ya.

«¡No es posible...!».

«... El hijo y sobrino del Presidente del Tribunal Constitucional aparecen muertos, todo apunta a un posible asesino en serie...».

De regreso al coche, con el periódico en sus temblorosas manos, la subinspectora echó un rápido vistazo a la noticia.

«... la aparición del cuerpo de un supuesto suicida bajo el Puente de Segovia puso sobre aviso a la policía...».

—¿Cómo han podido conseguir esta información? —se preguntaba con la mano sobre el contacto sin dejar de leer el diario abierto sobre el asiento del copiloto.

«... ambos casos hubieran pasado por sendos suicidios si no se hubiera encontrado un elemento común junto a los cuerpos. Unas extrañas rosas blancas y negras traen en jaque a la policía...» «... ¿coincidencia? ¿O tendremos que dar crédito a la hipótesis del asesino en serie?...» «... fuentes cercanas a la investigación

informan que...».

—¿Fuentes cercanas a la investigación?! —exclamó Rocío mientras arrancaba el coche—. Me cago en...

El tráfico en Madrid era capaz de convertir a una persona tranquila y relajada en otra nerviosa y mezquina. Rocío quería continuar lo más calmada posible, tras un par de bocinazos y un «mujer tenías que ser», optó por volver a su estado anterior a la compra del Ya. Sería la única forma de que el caos y el estrés que esperaba encontrarse en la comisaría no cayeran sobre ella como una enorme ola y la aplastaran dejándola sin respiración.

Imaginaba la cadena de reproches que se habría originado esa mañana. Comenzando con una llamada del Presidente de Tribunal Constitucional al comisario principal, de este a Antonio Rovira, amenazándole con cualquier cosa, al no haber sido capaz de mantener en secreto el fallecimiento de los dos primos y su absurda vinculación con otro caso por unas puñeteras rosas.

No se equivocaba.

—¿Ha leído la maldita prensa?! ¿En qué coño está pensando, Rovira?! Le dije que era un caso cerrado ¡Cerrado! —bramó al teléfono con tanto énfasis que obligó a su interlocutor a separar el auricular del oído.

—Sinceramente, estoy tan sorprendido como usted y el señor Saiz de la Puebla y le...

—¿A qué se refiere el artículo con *fuentes cercanas a la investigación*? O, mejor dicho, ¿a quién? Póngase en contacto con el periódico y solúcelo cuanto antes.

Era la segunda vez que le colgaba el teléfono en los últimos días. No era una actitud típica en él, solo cuando los casos le sobrepasaban, algo que no ocurría con facilidad. Lo extraño de todo radicaba en que de las numerosas parrafadas que le había echado su superior ninguna de ellas iba encaminada a que resolviese el asunto cuanto antes. No, al revés. No querían que investigara ninguno de los dos suicidios. Si al final decidía abrir una investigación, esta debía centrarse exclusivamente en el cadáver encontrado bajo el Puente de Segovia, sin mencionar las rosas.

Dos suaves golpes en la puerta de su despacho cortaron su parloteo mental.

—¡Pase!

—Buenos días, comisario —saludaron al unísono Mendía y Romero— el fiambre se llama Andrés Rodrigo, un sujeto de cuidado —señaló el primero de ellos mirando sus apuntes.

—Se refiere al cadáver del Puente de Segovia —intervino su compañero ante el gesto de extrañeza de Rovira que aún tenía fresca en su memoria la reciente conversación telefónica.

Sobre la mesa del comisario dos periódicos abiertos mostrando la misma noticia atrajeron la atención de los inspectores.

—¡Coño! Al final esas puñeteras rosas, como decía Cortizo, nos van a complicar la vida —convino Mendía que había dado la vuelta a uno de los diarios tras

murmurar; «con su permiso comisario».

—¿Cortizo? —masculló para sí, Rovira—. Háganle pasar, por favor.

Los dos compañeros se miraron con un atisbo de preocupación en sus rostros. Todos conocían el carácter y la forma de desenvolverse del inspector Cortizo. Duro con aquellos que arrestaba, mujeriego, eso sí, pagando o cobrándose favores. De humor hiriente, siempre que no fuera con él la causa de las risas. Con una especial fobia a cualquier tipo de deporte reflejada en su generoso abdomen. Sin embargo, a Mendía y a Romero les costaba imaginar a su compañero como un chivato, pasando información a la prensa que perjudicaría al cuerpo, en general y a los que trabajaban en esa comisaría, en particular. Romero abrió la puerta. Miró en dirección a Cortizo y con un gesto le pidió que se acercara.

Rocío llegó a la comisaría a tiempo de observar a su fornido compañero bajo el dintel de la puerta del despacho del comisario con el brazo levantado llamando la atención de alguien. Miró a su derecha y ahí estaba Cortizo señalándose el pecho mientras sus labios decían «¿Es a mí?».

La subinspectora observó el gesto que intercambiaron Cortizo y su compañero mientras aquel se ponía en pie. En la recepción había un ejemplar del *Ya* abierto por la noticia del día. Sin duda, todos sus compañeros estaban al tanto del artículo. Al llegar junto al inspector le dejó pasar, aún quedaba un malestar profundo en su mirada. Rocío había aprendido con el día a día a no sentir nada ante sus muestras de odio.

—Buenos días, Cortizo —saludó con un ligero movimiento de cabeza.

Como respuesta recibió algo parecido a un gruñido junto con un aroma a alcohol difícil de soportar a esas horas de la mañana. Él juraba que no bebía hasta después de comer, solo un anís con el café. Lo que hiciera al llegar a su casa no era asunto de nadie. La única explicación posible a su desagradable aliento matinal pasaba por añadir a su fobia a cualquier tipo de deporte, otra como era la fobia a lavarse los dientes.

La fina masa de color indefinido junto a las encías avalaba esa tesis.

—¡Prados! —vociferó el comisario al reconocer a la subinspectora entre el escaso espacio que le dejaba Romero, firme, con el picaporte en la mano.

Cortizo no pudo evitar girarse y dedicar un gesto torcido a su compañera.

Tras los saludos pertinentes, y reiterar Rovira que nadie saliera del despacho, tomaron asiento a excepción de Romero que ocupó su habitual espacio, a la izquierda de la mesa de comisario, con la espalda apoyada en la pared.

En el ambiente flotaban las palabras de Mendía unos pocos minutos antes. Palabras que habían generado en la mente de Antonio Rovira una conexión, no deseada, con la frase que había marcado en círculo rojo en el periódico y que coincidía con la pregunta, casi acusación, que el comisario principal acababa de hacerle; «¿A qué se refiere el artículo con *fuentes cercanas a la investigación...*?».

El comisario contaba con la suficiente experiencia como para saber que no todo lo

que se publicaba en la prensa había que tomarlo como un hecho cierto y comprobado. No sería la primera vez que se nombraba a una posible fuente *cercana* a la investigación en curso con el objeto de ofrecer una mayor credibilidad a sus lectores. Sin embargo, la noticia de hoy le dejó un sabor amargo. La aparición del cuerpo del Puente de Segovia, las rosas y el posterior artículo se sucedieron en el tiempo con rapidez.

Demasiada rapidez para ser un asunto secreto.

«¿Cortizo...?».

—Les supongo informados sobre la noticia que ha aparecido el día de hoy en estos periódicos —apuntó señalando los ejemplares girados frente a los inspectores. Rovira reparó en que sobre las rodillas de la subinspectora había otro ejemplar del Ya.

Todos asintieron.

Todos, no. Cortizo parecía esforzarse en leer la noticia.

Durante los siguientes minutos, el comisario les hizo un resumen de la situación incluyendo la conversación mantenida con su superior directo y haciendo especial énfasis en su preocupación porque alguien de la comisaría fuera la fuente a la que se refería el artículo.

Para los que se encontraban en el despacho del comisario, excepto el propio interesado, advirtieron que la presencia de Cortizo en esa reunión que mantenían a diario estaba fuera de lugar, ya que no participaba en la resolución de ninguno de los dos casos. Su presencia solo podía responder a un motivo.

—¿Alguien de los aquí presentes tiene alguna teoría que explique esto? —quiso saber Rovira golpeando con el índice el titular del periódico.

Si hiciera caso a su instinto hubiera acusado directamente a Cortizo de filtrar a la prensa la información que recogían los diarios. Prefería que fuera el propio inspector quien se delatase así mismo.

—Yo no sé nada, comisario, no estoy en ninguno de los casos —señaló Cortizo leyendo la noticia.

Nadie tenía al inspector por imbécil aunque a veces su actitud se empeñara en demostrar que podía serlo, y mucho. Antonio Rovira se estaba empezando a cabrear. El día no había comenzado bien y todo apuntaba a que seguiría por los mismos derroteros o peor.

—¿De verdad cree usted qué le hecho llamar para que nos instruya sobre alguno de los dos casos que nos ocupan?

Cortizo levantó los ojos del periódico, su seriedad inicial al fijar la vista en el diario dio paso a un extraño semblante, casi sereno. Al ser requerido al despacho del comisario sospechó que se le iba a encargar un nuevo asunto, sospecha que descartó en cuanto comprobó que su compañero no le seguía. Al ver los periódicos sobre la mesa y tras escuchar lo expuesto por Rovira solo le quedaba una explicación válida; necesitaban un policía de su experiencia. Al fin se habían dado cuenta de lo absurdo

que había sido, desde el principio, contar con una novata en el equipo de investigación. No, Cortizo no pensaba que era sospechoso de filtrar la información a la prensa. Había leído la noticia y su nombre no aparecía.

Le prometieron anonimato.

Habían cumplido.

—No, comisario, por eso le decía que no estoy al tanto de la investigación, y que sería mejor que se lo preguntase a mis compañeros —el inspector sudaba. En su camisa comenzaban a formarse dos manchas húmedas sobre el pecho. Un botón abierto de su camisa dejaba al descubierto un profundo ombligo. La corbata salpicada en diferentes puntos, como recuerdo de sus últimas comidas, se perdía bajo el brazo.

A Cortizo le faltaba poco para jubilarse. Nunca hubiera sido elegido como policía del año, ni siquiera del mes, pero había resuelto algún caso importante que siempre se encargaba de recordar a quién quisiera escucharle compartiendo unas cervezas. Aunque de esos días de gloria hacia ya mucho tiempo. Tanto, como el que llevaba asumiendo casos menores debido a su falta de profesionalidad y sobre todo a su dejadez.

Antonio Rovira lanzó un órdago.

—He hablado con el director del Ya exigiéndole que me revele la fuente a la que se refiere el artículo —el comisario dio un par de suaves golpes con el índice sobre la noticia—. Me debe algún favor.

—Sabe usted que las fuentes no se revelan —intervino Cortizo en tono didáctico.

—A mí, sí, Cortizo. A mí, sí.

El inspector aludido se revolvió en la silla. Dudaba entre cruzar una pierna o mantener los dos pies en el suelo. Llevó la mano a la cabeza aplastando un rizo rebelde en su despejada coronilla.

—Por eso les he reunido a todos, aquí y ahora —aseguró con gesto preocupado— la persona que ha filtrado la información a la prensa se encuentra sentado en este despacho.

Esa afirmación excluía a Romero.

Rocío era nueva en esos menesteres. Su tímida mirada buscaba en los ojos del comisario algún gesto, por leve que fuera, que le indicara que recelaba de ella. Se notaba nerviosa.

«¿No sospechará que soy capaz...?».

De repente se dio cuenta del propósito del comisario. Si su amigo el director del periódico le había dado el nombre, no sería el suyo puesto que ella no tenía nada que ver con el asunto. Romero no era, y de Mendía no dudaba.

Solo quedaba uno.

Rovira aguardó unos instantes para que calara su mensaje. Bajó la vista y simuló tomar unas notas. Desde su posición pudo comprobar cómo la cabeza de Cortizo, sentado frente a él, se movía de un lado a otro.

—Si la persona a la que me refiero toma la palabra y confiesa, tengo algo que

proponerle, satisfactorio para ambas partes. Si no, será despedida del cuerpo, con lo que ello supone para su futura jubilación.

Cortizo reparó en su botón suelto y lo abrochó con torpeza. Cogió su corbata por el extremo y la extendió sobre su tripa.

—Comisario, yo... —balbuceó.

Podía haberse portado como un imbécil, pero no jugaría con su jubilación. No podía permitírselo. Pensar que estaba convencido de que sospecharían, sin lugar a la dudas, de la trepa de Prados.

«¡Imbécil, soy un maldito imbécil!».

—Le escucho. ¿No permiten unos minutos? —pidió mirando a los demás inspectores.

El órdago le permitió a Rovira controlar el puñetero asunto de la prensa. Le hizo prometer al inspector que no hablaría con el periodista sobre nada relacionado con revelar su fuente. Los motivos eran obvios. Por otro lado, y en estos dos puntos radicaba la fortaleza de su estrategia, se aseguraba manejar a su antojo la información que Cortizo iba a *filtrar* a la prensa a partir de ahora. El segundo punto estaba relacionado con el comisario principal y por extensión con el señor Saiz de la Puebla, Presidente del Tribunal Constitucional, para los que el asunto del chivato de su comisaría quedaría zanjado, o le daban un nombre o no permitiría que se dudara de sus subordinados.

Faltaría más.

La reunión con Cortizo se acercaba a la hora cuando tocó a su fin. Durante ese tiempo en la sala contigua al despacho del comisario, donde estaban las mesas de los inspectores, reinó un absoluto silencio, roto en ocasiones por las llamadas de teléfono. Esperaban oír los gritos del comisario y ver a Cortizo abandonar la comisaría o detenido.

Ni una cosa, ni la otra.

Ni gritos, ni detenciones.

Cortizo abandonó el despacho del comisario con la sensación de que en el fondo contaban con él, no obstante le habían encargado ser el responsable de la información que recibiría la prensa sobre los casos de las putas rosas. Eso es lo que eran, unas putas rosas de mierda. Se había jugado la jubilación y a partir de ese momento se esforzaría en pasar lo más desapercibido posible.

Rocío, Mendía y Romero se habían encerrado en la sala donde la subinspectora trabajaba en su caso. Durante los siguientes minutos aprovecharon para ponerse al día de sus investigaciones.

—Estoy de acuerdo con tu planteamiento, Prados. El motivo que hizo regresar a Fermín de Estados Unidos fue el mismo que les obligó a saltar, o les hizo saltar, por la terraza de su ático —intervino Romero ojeando las notas y los informes de Rocío.

—Conociendo al comisario no creo que te deje ir a echar...

—¿Que deje ir a quién a dónde...? —Rovira acababa de hacer acto de presencia

en la sala con una taza de café en una mano y varias carpetas en la otra. Se le veía más relajado que cuando le dejaron en su despacho una pocas horas atrás.

—Verá, comisario. Nos gustaría saber en qué situación estamos después de sus conversaciones con el comisario principal. Al decir estamos, me refiero a ambos casos —Mendía apuraba un trago de su café mientras esperaba respuesta a la cuestión planteada.

—Todo sigue igual. Si encontramos algo que relacione el suyo con el del ático, abriré el caso de nuevo. Mientras tanto tomémonos un respiro y sigamos avanzando extraoficialmente —Rovira dejó la taza sobre la mesa de reuniones y tomó asiento—. Cuéntenme qué sabemos del cuerpo del Puente de Segovia.

Mendía seleccionó varias de las hojas que había sobre la mesa.

—Estamos ante un cliente habitual de las comisarías. Ha sido arrestado en varias ocasiones por diferentes motivos. Estafa, abusos, intentos de robo. Digo intentos porque en todos los que consta, que son concretamente... —echó un vistazo a unas notas que tenía junto a la taza de café y continuó—... cinco, comisario. En todos ellos fue arrestado. Ninguno le salió bien —concluyó con una leve sonrisa en su rostro.

—Como bien dice, Mendía, en los que consta. Desconocemos si ha tenido éxito en otras empresas.

—Así es, comisario. La sospecha de Prados se ha confirmado. Alguien trasladó el cuerpo desde el lugar del impacto al contenedor donde le encontramos. Llevaba esto consigo —de una bolsa extrajo un par de mecheros un paquete de tabaco de la marca Rex y veinte mil pesetas— quizá, como dice usted, este dinero sea fruto de un robo nada más salir.

—¿Sabemos algo más? ¿Si ese dinero le pertenecía y se lo devolvieron cuando abandonó la cárcel?

—No consta nada. Lo que sí sabemos es que pagaron la fianza, pero no hemos podido averiguar quién lo hizo —Mendía señaló con el dedo al final de la hoja que leía el comisario—. Lo curioso es que la dirección que aportó correspondía a una floristería cercana al Puente de Segovia. Allí no saben nada de este individuo.

Antonio Rovira estaba convencido de que todo correspondía a un plan organizado de antemano. Con el dato de la floristería les estaban dejando muy claro que las rosas halladas junto al cadáver de Andrés Rodrigo se encontraban en ese lugar por expreso deseo de alguien. Según avanzaba la investigación su mente de policía se negaba a abandonar ninguno de los dos casos. No le habían preparado para encubrir los asesinatos de nadie. Se preguntaba por qué no les dejaban hacer su trabajo.

«Llegaré hasta el fondo de todo esto».

Querer no siempre es poder.

—Comisario... creemos haber descubierto una conexión con el caso que lleva nuestra compañera —Romero había tomado la palabra. Buscaba entre los papeles los expedientes en los que apoyar su comentario.

«Compañera» el término hizo sonreír a Rocío.

Antonio Rovira, Bic en mano, extrajo un pitillo del paquete que estiró parsimoniosamente antes de encenderlo.

—Aquí están —frente al comisario dispuso tres juegos de informes—. Prados nos ha comentado que parecía que los dos primos habían surgido de la nada, sin referencias hasta su época en la universidad.

Rovira fue directamente al *dossier* de Andrés Rodrigo. Pasó varias hojas antes de encontrar lo que andaba buscando. Los tres inspectores aguardaban en silencio las conclusiones del comisario. Mendía aprovechó para encender un Fortuna.

—No, no, gracias, el tabaco y yo no nos llevamos nada bien —en las contadas ocasiones que Rocío se animó a fumar un pitillo no había tenido buenas experiencias. Los mareos y el estómago revuelto la animaron a desistir de futuros intentos.

—Coincido con ustedes —indicó Rovira con un gesto en el que dejaba entrever un atisbo de satisfacción. Comedida, sí, pero al fin y al cabo se trataba de satisfacción. Después de cómo había empezado el día era una sensación más que gratificante.

—¿Podemos abrir el caso de Prados y relacionar ambos para...?

—No tan rápido, Mendía, no tan rápido. Díganme que más sabemos del tal Rodrigo. ¿Han averiguado algo de sus últimas horas de vida?

Andrés Rodrigo era hijo de un comandante de la Guardia Civil y nieto de un general de brigada. El mayor de cuatro hermanos a quien su padre había elegido para dar ejemplo a los más pequeños de la familia.

Elección equivocada.

Como ni su actitud, ni sus capacidades, eran las más indicadas para ejercer de modelo a sus otros tres vástagos, el comandante optó por enviar a su primogénito de internado en internado privándole de todo aquello que un chico de su edad pudiera desear. El objetivo; que sus hermanos vieran lo que les esperaba si seguían sus pasos.

Sencillo y didáctico.

Tras ser expulsado de varios colegios, el padre de Andrés le había dado por perdido, a no ser que la providencia le trajera a alguien que a base de férrea disciplina le enderezase. Si al menos le servía para mostrar a sus otros hijos lo que no deben hacer con sus vidas, daría por buena esa pérdida.

—Si es un buen chico, lo que pasa es que...

—¡Es un vago de mierda y un mal ejemplo para sus hermanos y su familia! ¡No permitiré que manche el buen nombre de mi padre! ¡Ni el mío! —bramó enfurecido el comandante. No soportaba que su mujer no quisiera admitir que si su hijo les había salido mal, no podían hacer nada.

La gota que colmó el rebosado vaso de la paciencia del comandante llegó en forma de orden directa. Fue después del verano de 1970. Vía telegrama, el comandante fue convocado con carácter de urgencia, sin explicar el motivo del requerimiento, ante la presencia de un teniente general de la Guardia Civil,

acompañado de su propio padre. Al salir de la reunión, encolerizado, encrespado y sobre todas esas sensaciones, humillado y avergonzado, solo le quedaba una cosa por hacer; obedecer las órdenes tajantes que acababa de recibir. Órdenes que le liberaban, muy a su pesar, de tomar sus propias decisiones.

Andrés no abrió la boca mientras su padre le echaba la mayor bronca en sus dieciséis años de vida. Dos veces le cruzó la cara dejándole una copia exacta del sello que lucía en el dedo anular, grabado en la mejilla. El siguiente destino, un internado en Murcia. Al terminar el curso ingresaría en el ejército.

—¡Ahí te enseñaran modales y disciplina! No lo dudes. ¡Recuerda no acercarte a esos amigos tuyos en tu puta vida y no hablar jamás, nunca, con nadie de este puñetero asunto! ¡¿Lo tienes claro?! —el comandante acariciaba los nudillos de su puño después de estrellarlos en la cara de Andrés.

Sí, lo tenía muy claro. Pasaría el siguiente año encerrado entre cuatro paredes en una mierda de internado, pero si le obligaban a entrar en el ejército saldría a la menor ocasión. No fue exactamente a la menor ocasión pero sí que salió, una década después, expulsado tras protagonizar una serie de incidentes que le obligaron a pasar más tiempo entre calabozos y cárceles militares que de permiso. Ni su padre ni su abuelo quisieron verle desde su expulsión. Se ganaba la vida con trabajos esporádicos, como vigilante o de portero en alguna discoteca de barrio. No tardó mucho en volver a las andadas. Robos, tráfico de drogas a pequeña escala, malos tratos, alteración del orden público. Todo continuaba por los mismos derroteros, el único cambio significativo fue la prisión militar por la civil.

Su última detención se debió a la mala suerte. Andrés se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Se declaró insolvente para hacerse cargo de la fianza que le impuso el juez. Hasta que un día alguien la pagó por él. Alguien que no conocía. Solo una condición, debería recoger un sobre.

Un sobre con una carta.

Y unas fotos.

Su abogado, tan desconocido como su benefactor, había sido muy insistente en ese punto. Si antes de las tres de la madrugada del día siguiente a su liberación no había recogido el sobre en el punto convenido, iniciarían las oportunas gestiones para que reingresara de nuevo en prisión. Para ello, bastaba con entregar en cualquier comisaría su contenido, con copia a su padre el hoy general Rodrigo. Junto con el pago de la fianza, Andrés recibió cien mil pesetas.

De nuevo en libertad, de espaldas a la cárcel, respiró profundamente. La vida le sonreía otra vez. Un juicio más y probablemente tardaría muchos años en salir de prisión.

Si es que salía.

No, no pensaba volver. Había llegado el momento de cambiar de vida. Se conocía muchas de las cárceles de España a las que había vuelto una y otra vez con el único objetivo de humillar a su padre y a su abuelo. Pero eso se había terminado. Ya no

podía andarse con gilipolleces, si volvía a meter la pata su vida se habría terminado. Estaba sopesando jugar a ser el chico bueno y agachar la cabeza ante su familia, pedir perdón, llorar un poco y prometer que nunca más volvería a hacer nada de lo que pudieran sentirse ofendidos. Acababa de cumplir los treinta y cuatro y podía volver a empezar.

«No me queda otra».

Antes de que llegara ese momento tenía otros planes.

Metió la mano en el bolsillo y sonrió al familiar contacto de los billetes. Hoy se daría una buena comida y llamaría a un par de amigas.

Eso hizo.

Tumbado en la cama del hostel, con una mujer a cada lado, fumaba plácidamente. Aún le quedaba bastante dinero para darse alguna juerga más antes de tener que tomar una decisión sobre cómo abordar a su padre. Su madre era el eslabón más débil, quizá si...

De repente lo recordó.

«¡Joder!». Como un *flash* su mente le había repetido una de sus últimas frases.

«¿Bastante dinero?».

«¡Me cago en todo!».

—¡Largaos! —exclamó fuera de sí empujando a sus compañeras de cama.

Acababa de recordar el puto sobre que tenía que recoger. Sin saber por qué se sintió incómodo. Apagó el pitillo y encendió otro. El abogado había sido muy claro en sus indicaciones.

«¿Qué cojones querrán de mi?».

Miró el reloj. Las dos de la tarde. Aún le quedaba mucho tiempo para ir a por ese maldito sobre. Seguro que se trataba de algún trabajito. Si fuese así, sería el último que pensaba aceptar. Abrió la papelina y preparó dos generosas rayas sobre el cristal de una pequeña mesa a los pies de la cama. Eufórico y satisfecho bajó al bar y se dio un homenaje por su buena fortuna con un par de buenos solomillos. Como postre, compró una botella de whisky y una bolsa de hielo. Regresó a la habitación. Una siesta y varias copas después volvió a mirar la hora.

Las diez.

«Echaré otra cabezada».

De repente se incorporó. Sentado sobre la cama, sudando, miraba de un lado a otro intentando acordarse dónde se encontraba. Un tanga colgado del respaldo de la silla, una botella de whisky, a la que le quedaba poca vida, junto con los restos de una papelina sobre la mesa le ayudaron a recordar. Asustado miró la hora. Las dos y diez de la madrugada.

«¡Mierda!».

Otras dos rayas y un largo trago a la botella después, abandonó la habitación. Al salir tuvo que pagar ese día y el siguiente. El recepcionista no se fiaba que su cliente regresara, como así le había jurado insistentemente, partiendo a aquellas horas y

apestando a alcohol.

—Son las normas de la casa, señor —el veterano empleado del hostel, fijo del turno de noche, no iba a ceder ni un ápice.

En otras circunstancias, y por mucho menos, Andrés Rodrigo hubiera dejado muestras de su paso. Al larguirucho de ojos pequeños y gesto de fingida seriedad le hubiera aplastado su ahuevada cabeza contra la mesa. Hoy no podía permitirse esos lujos, ni en lo sucesivo, si quería que su vida cambiase definitivamente de rumbo. Metió la mano en el bolsillo, separó diez mil pesetas y las lanzó sobre la mesa.

—Aguarde un momento que le preparo la factura —pidió el conserje tomando asiento. Al no obtener ningún tipo de contestación levantó la vista. Su cliente había desaparecido.

Con el cuello de la gabardina levantado hasta las orejas, las manos en los bolsillos y un pitillo casi apagado entre sus labios debido a la copiosa lluvia que no había dejado de caer durante toda la tarde, Rodrigo caminaba en busca de un taxi.

Quizá lo de caminar fuese mucho decir.

La lluvia no conseguía despejar la nebulosa que se había adueñado de su cabeza. Tanto tiempo sin beber y sin un puñetera raya le había afectado más de lo que hubiera reconocido. Le explotaba la cabeza y sentía que sus pasos eran inseguros, no tanto por evitar los charcos sino por su falta de equilibrio.

«Maldito tiempo».

—¡Taxi! ¡Taxi!

O no le vio, o no quiso recogerle. No bastó el pequeño salto que dio hacia atrás para evitar que las ruedas del vehículo le enviaran el agua suficiente para calarle hasta los huesos.

—¡Hijoputa! —exclamó con el dedo corazón levantado en dirección al taxi que se alejaba calle arriba.

Al doblar la esquina tuvo más suerte. Había dos taxis en una parada. No le separaban más de veinte metros. La escasa luz de las farolas reflejada en los abundantes charcos le permitió dibujar mentalmente el camino más seguro sin poner en riesgo su integridad física. Cada vez se encontraba más mareado y sus caminar era más torpe.

—Lléveme a esta dirección —dijo arrastrando cada sílaba mientras mostraba un recorte de papel al taxista.

—Eso está sobre el Puente de Segovia.

«A mí, qué cojones me importa».

—Comisario, según la autopsia Rodrigo llevaba cinco días muerto —intervino Romero—. Por esas fechas llovió mucho en Madrid. Si hubieran trasladado el cuerpo de día, alguien tendría que haber visto algo.

—Del impacto del desgraciado contra el suelo, tampoco había grandes restos sobre el asfalto —apuntó Mendía.

Antonio Rovira escuchaba con atención a los inspectores. Apuró un par de

caladas antes de apagar el pitillo. María les había traído otro café, lo que suponía fumar otro cigarro. La unión cafeína nicotina le resultaba imposible deshacer. El día que dejase de fumar seguramente debería decir adiós al café, o al menos a los litros que consumía a diario.

El teléfono de Romero comenzó a sonar.

—¿Sí? Sí, soy yo... dígame... ¿Qué le habían encargado entregar el qué?... ¿Un sobre?... —la cara del inspector era imposible de interpretar debido al continuo cambio de expresiones mientras tomaba notas. Al colgar, una fina sonrisa en su rostro indicaba que la conversación había sido productiva.

—¿Sobre el caso qué nos ocupa, Romero?

—Sí, comisario —respondió al gesto de Rovira señalando el móvil— viene para aquí a que le tomemos declaración. Estuvimos preguntando a los vecinos y propietarios de comercios de la zona por si habían visto algo. Ayer dejamos nuestra tarjeta en un par de locales nocturnos y unas fotocopias del rostro de Rodrigo por si alguien recordaba haberle visto.

Rocío prestaba atención sin perder el más mínimo detalle a la exposición de su compañero. Se le había quedado grabado el gesto de extrañeza de Romero al repetir las palabras de su interlocutor «¿un sobre?».

—... era el dueño del Camaleón Rojo, que ayer no estaba. Ha pasado esta mañana por su local para atender los pedidos de bebida y se ha encontrado con la tarjeta y la fotocopia.

—¿Ha dicho algo que nos pueda ser de utilidad? —quiso saber el comisario mientras daba el último trago a su café.

—Dice que está convencido que el hombre de la fotografía fue a su local a recoger un sobre que habían dejado para él.

—¿Le dijeron quién iba a ir exactamente a recogerlo?

—No, solo que alguien preguntaría por ese sobre. Me ha dicho que le pagaron bien y que no pensaba hablar con nadie del asunto, pero que al aparecer un cadáver la cosa cambiaba. No quiere líos con la policía.

A Rocío le estaba costando respirar en condiciones normales. No se acostumbraba a los ambientes tan llenos de humo como el de esa sala, que sin ser pequeña, no resultaba difícil que tres personas fumando hicieran irrespirable el ambiente. De vez en cuando echaba furtivas miradas a la ventana, por si algunos de los allí presentes se daba por aludido.

Sin el menor éxito.

—Les traigo un poco más de café —María entró en la sala con una jarra humeante y leche—. No sé cómo pueden respirar con este humo —dijo para sí.

Rovira pareció sorprendido.

—¿Está muy cargado, María?

—Con su permiso, comisario, no es que esté cargado es que el humo se podría cortar con un cuchillo.

A Rovira le gustaba el descaro de su joven secretaria. Eran ya tres los años que trabajaba en la comisaría aportando otro punto de vista a las situaciones cotidianas.

—Ventile entonces, por favor.

María guiñó un ojo a Rocío mientras se encaminaba a cumplir la orden del comisario. Vació el cenicero y salió de la sala dejando en el ambiente un ligero olor a su perfume. Muy ligero. No era fácil competir en aquellas circunstancias con el humo de los cigarrillos.

«Siguen con la investigación de las rosas. Bien» sonrió cerrando la puerta.

—¿Te han dicho algo acerca de quién le encargó que entregara ese sobre? —se interesó Rocío.

—Un hombre mayor de pelo blanco, con buena planta —respondió Romero repasando sus notas.

—¿Algo más?

—Dijo que se asomó desde la ventana de su oficina cuando el hombre se marchó de su local y que le pareció que en el coche le esperaba una mujer, pero que no podría asegurarlo.

—Una mujer... —susurró Rocío, mientras apuntaba algo en su bloc.

—... llegó borracho y se tomó varias copas antes de irse —concluyó Romero.

Andrés Rodrigo se apeó del taxi frente al Camaleón Rojo. Los constantes truenos y rayos que le acompañaron durante el trayecto no presagiaban un rápido cambio de tiempo. Al bajar metió el pie, tobillo incluido, en la corriente de agua que descendía pegada a la acera rumbo a la alcantarilla.

—¡Me cago en la puta! —miró con odio al taxista como si este hubiera planeado el lugar exacto donde su cliente introduciría el zapato.

«¿Qué cojones hago aquí?». Se preguntaba resguardado bajo el saliente de un balcón estrecho, pero que le ofrecía el cobijo suficiente para sacudirse la ropa. La respuesta a su pregunta le llegó rápido. Debía hacerse con el contenido de ese puto sobre. Después ya decidiría los pasos a seguir. Seguro que cuando mañana se levantara vería las cosas con más claridad.

No vería el próximo amanecer.

Este era un detalle que Rodrigo desconocía.

—El Camaleón Rojo... —balbuceó para sí parado frente a la entrada del local. Había visitado muchos garitos como ese a lo largo de su ajetreada vida.

Sonrió.

Penumbra, humo y risas apagadas le recibieron en cuanto asomó la cabeza. La moqueta de color indefinido, el mismo que el de la tapicería de las sillas y butacas. Como siempre que entraba en un local de ese tipo, se encaminó hacia la barra. Hoy con mayor motivo.

—Whisky.

El cabreo que se agarró al meter el pie en el agua junto con el nerviosismo que le producía la situación, le hizo olvidarse del nivel de alcohol que llevaba alojado en su

cuerpo. Consultó el reloj.

Faltaban quince minutos para las tres.

La familiaridad del ambiente que reinaba en el Camaleón Rojo, chicas, humo y tíos con ganas de ambas cosas, le invitó a pasar por el baño para ponerse una par de rayas más.

Las últimas de su vida.

Ese detalle también lo desconocía.

Satisfecho con el rápido subidón que le proporcionó la coca regresó de nuevo a la barra. Un largo trago mientras echaba un disimulado vistazo a cada cara que había en el garito. Seguro que quién le pagó la fianza estaría por ahí sentado. Iba a apurar hasta las tres en punto para hablar con el camarero y pedirle el sobre.

«A mí me van a venir con amenazas».

—Otro whisky.

Faltaban tres minutos para la hora convenida.

—¿Me invitas a una copa, guapo? —una voz pastosa, junto a su oído, le sobresaltó. Dejó de observar el reloj situado sobre la barra y desvió la vista hacia su izquierda.

—Estás más borracha que yo —balbuceó—. Ahora déjame solo.

La chica giró sobre misma sin soltar la mano del pequeño respaldo de la silla, con la otra le dedicó a Andrés un gesto a modo de saludo. Al menos así lo entendió él, que dudaba con el movimiento de los dedos de la mujer, no podría jurar si era el dedo corazón el que disimuladamente se izaba sobre sus compañeros apuntando al techo del local.

—Zorra... —murmuró por si acaso.

Con un gesto atrajo la atención del camarero.

—¿Han dejado un sobre para mí?

Andrés vio como el individuo se alejaba y cuchicheaba algo al oído de un hombre situado junto a la caja registradora. De un cajón extrajo lo que parecía ser su encargo.

—Tres mil doscientas pesetas, caballero.

—¿El puto sobre vale eso?

—No señor, los dos whiskys que le he puesto.

Con la mirada fija en los ojos del camarero y sin perder de vista la manaza que cubría la carta que descansaba sobre la barra, Rodrigo hacía notables esfuerzos para no estrellarle el vaso en su estúpida cabeza. No era el mejor momento para iniciar una pelea por un sobre de mierda que desconocía lo que pudiera contener.

«Mi último trabajito, seguro...».

Llevó la mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes. Dejó el importe exacto sobre la mesa. Esperó a que el camarero se marchara y tomó el sobre entre sus manos. Antes de abrirlo dio un largo trago a su copa. Rasgó el borde y lo ahuecó para mirar en su interior.

«Una carta y... ¿esto qué es?».

—Fotografías... de... —musitó para sí.

Solo vio las dos primeras, no le hacía falta más para saber de qué se trataba. Había conseguido borrar de su mente aquella fiesta de la adolescencia. No, no fue la única vez que se divirtió de aquella manera pero sí la primera y la última en la que todo se complicó por una niñata que quería jugar a ser mayor.

Las fotos le despertaron del letargo en el que llevaba inmerso desde que esa misma mañana llegó al hostel. Metió dos dedos en el sobre y lentamente, como si temiera romperlo, tiró del papel doblado. Su corazón comenzó a latir desbocado mientras desdoblaba la hoja.

Comenzó a leer.

Sus manos a sudar.

«... este es el motivo por el que hemos pagado tu fianza, no creemos que pasar el resto de tu vida en la cárcel sea la solución a tus problemas. ¿Pensabas que lo que sucedió hace 16 años quedaría impune?...».

«¿Creemos...? ¿Pero quién coño son estos cabronazos?».

«... piensa lo que sucederá si llegan estas fotos a la prensa, a tu padre y a tu abuelo...».

—Hijos de puta... —siseó mordiéndose el labio; tanto, que no reparó en ello hasta que una gota de sangre salpicó la carta.

Por el cuerpo de Andrés navegaban sensaciones dispares. Furia, y ganas de hacer daño, de matar, de romperlo todo junto con otras aún más poderosas; miedo, pánico, pavor. Terror a volver a la cárcel para el resto de sus días. No quería pasar los próximos treinta años encerrado y menos por un asunto como aquel.

Continuó leyendo

«... no queremos que te entregues, ni que confieses nada, nos vale con que experimentes aunque sea mínimamente la vergüenza, el dolor y el miedo que sufrió Alma aquella noche...».

—¿Alma? ¿Quién cojones es Alma? —extrajo las fotos del sobre y las miró una a una. Una inmensa rabia recorrió su cuerpo. Apenas reconocía a la chica que gritaba entre las risas de los que fueron sus amigos.

Imaginaba la cara que pondrían sus padres al ver esas fotos cuando la prensa dijera que se trataba del hijo del general Rodrigo y nieto de otro general ya retirado.

«¡Qué se jodan!».

Agarró las fotos, la carta y el sobre y las guardó en el bolsillo de su gabardina. Durante unos minutos permaneció como ausente, con la vista fija en un punto indeterminado de la barra. Pidió otro whisky que apuró de un par de tragos y abandonó el Camaleón Rojo.

—... ¿Dice usted, que del sobre extrajo un carta y algo más? —Rovira junto con sus inspectores tomaba declaración al propietario del Camaleón Rojo.

—Así es. Pidió otro whisky, lo bebió de un solo trago y se largó.

—¿Sabría usted decirnos qué podría ser ese algo más que sacó del sobre?

—Si tuviera que apostar diría que, seguramente, se trataba de fotografías, pero no me hagan mucho caso. Quizá solo fuera algún tipo de tarjeta o notas.

—¿Puede añadir algún dato más que nos pueda servir para la investigación?

El dueño del local se quedó pensativo unos instantes antes de responder a la pregunta del comisario. Frunció el entrecejo y continuó.

—Mi empleado me dijo que llevaba un buen fajo de billetes. No parecía un hombre de dinero.

—¿Vio usted si se marchó con prisa? —intervino Rocío pidiendo disculpas con un gesto a su jefe por la interrupción. Mendía y Romero se miraron entre sí, sin entender el alcance de su pregunta.

Si se sorprendió cuando entró en la sala al ver a una mujer policía, no dio muestras de ello, pero cuando la subinspectora le hizo la pregunta no pudo disimular su sorpresa. Antes de responder miró a los policías buscando en su expresión algo que le aclarara cómo era posible que una mujer le interrogase aunque fuera como testigo.

—Responda a la subinspectora, por favor —pidió Rovira sin mover un músculo. «Encima subinspectora. Manda cojones. ¿A dónde vamos a ir a parar?».

Dio un trago a un vaso de agua y miró al comisario.

—Ahora que lo preguntan, recuerdo que mi empleado y yo comentamos los cambios de humor de ese individuo. Al entrar, seguro de sí mismo, después, a ratos con la mirada perdida sobre todo desde que leyó lo que hubiera en ese sobre.

Cuando el dueño del Camaleón Rojo abandonó la comisaría. Rocío explicó por qué le interesaba si Andrés Rodrigo se había marchado con prisa.

—No creo que alguien que unos minutos después piensa tirarse por el Puente de Segovia tenga prisa por salir del local.

—¿Estás diciendo qué sabía que iba a morir aquella noche? —quiso saber Mendía.

—Algo así. Es posible que la primera lectura de esa carta le enfureciera, pero después, no sé, pero creo que no fue capaz de encontrar otra salida.

—Supongamos que se suicidó. ¿Cómo llegó el cuerpo al contenedor? ¡Ah! ¿Y las rosas?

—No lo sé, la verdad. Si pudiéramos hacernos con ese sobre... —indicó Rocío—. Si fueran unas fotos a lo que se refería el testigo, quizá lo expliquen todo. ¿Y si estamos ante la conexión entre ambos casos?

Los tres hombres permanecieron en silencio, mirándola.

Rocío respiró hondo y lo soltó.

—Comisario, sé que no es lo que dice el reglamento, pero como este caso es especial, me preguntaba si nos permite ir a echar un vistazo al ático de los primos.

La lluvia arreciaba con más intensidad que cuando bajó del taxi una hora antes. Se cobijó bajo el saliente de una cafetería y sacó la carta del bolsillo. La leyó de nuevo.

«... *basta con que ponga fin y nos ahorremos...*».

«Estos hijos de puta llevan razón».

Esta vez llegó a una conclusión diferente. De nada le valía que su familia se jodiera cuando la prensa lo publicase. Pasado un tiempo se olvidarían de todo mientras él se pudriría en la cárcel hasta el fin de su puñetera vida.

No, no pensaba volver.

Frente a él, a escasos metros se encontraba el Puente de Segovia, llamándole. A un lado de la calle, desde el interior de un coche, varios pares de ojos le observaban. Andrés guardó la carta en su bolsillo y miró al oscuro cielo.

«No puedo regresar a la cárcel».

«Ni escapar».

Permaneció unos instantes bajo la lluvia, quizá esperando a que las gruesas gotas llenaran el enorme vacío que sentía dentro de sí. Vacío que le indicaba que había llegado al final de su accidentada existencia.

Parado en el borde del Puente la vio.

En el asiento de atrás de un monovolumen, estaba ella, una chica pelirroja con trenzas y con gafas, le miraba fijamente.

Abrió los ojos como platos.

Dos personas bajaron del coche.

La búsqueda

En las primeras horas que siguieron a la desaparición de Alma reinó en el internado una tensa espera. La mayoría de los que allí se encontraban desconocían que una compañera suya no había regresado la noche anterior. El grupo de los mayores continuaba con su actividad ese domingo. Seguramente la chica se habría largado. Opción que a todos les parecía la más adecuada.

Aunque por motivos diferentes.

Unos, por quitarse un peso de encima, y Fran, porque no se consideraba capaz de poder mirarla algún día a la cara. Con el paso de las horas cada uno de ellos fue relajando sus nervios iniciales. Lo mejor para todos era que hubiese decidido largarse del Inter.

Después de la hora de estudio Esther regresó a su dormitorio, contaba con algo de tiempo antes de la comida. De dos en dos fue subiendo los escalones hasta la planta en la que se encontraba su habitación.

—Jovencita, vuelve a bajar los escaleras y a subir como Dios manda —ordenó una de las tres monjas con las que se topó al llegar al rellano.

—Pero hermana...

—Ni peros, ni nada. Una señorita debe aprender modales —las compañeras de la que había tomado la palabra asintieron.

Esther sabía que poco o nada se podía hacer. Deseaba llegar a su habitación por si había alguna nota o algo que le avisara de la presencia de Alma.

—Eso ya es otra cosa —apuntó la monja con exagerado gesto severo al ver regresar a la interna. La barbilla mirando al cielo, labios apretados y cejas ligeramente levantadas obtenían el efecto deseado a la hora de corregir cualquier actitud considerada indigna de una jovencita.

Esther pasó a su lado asintiendo levemente con la cabeza, aceleró el paso tanto, que a punto estuvo de ponerse a correr.

—Señorita, vigile esos andares... —oyó la voz de otra monja.

Llegó a la puerta de su dormitorio con el corazón golpeándole el pecho. Se trataba más de un deseo, de una ilusión, que de algo que realmente esperase. No fue ninguna sorpresa que Alma no estuviera, ni que no encontrase ninguna nota ni nada que reflejara que había pasado por allí. Todo seguía igual. Su ropa, su carpeta, sus libros. Sentada en la cama con la cabeza entre las manos comenzó a llorar.

Leonora no había perdido de vista a Esther ni a sus amigas durante toda la mañana. Excepto su compañera de habitación las demás chicas parecían no estar preocupadas por Alma. Después de misa había observado pequeños grupos de internas en el jardín, se aproximaban mucho para hablar entre ellas, como si temieran que sus cuchicheos pudieran oírse, para separarse poco después entre risas nerviosas.

Perdió de vista a Esther durante unos minutos. Abandonó su puesto de vigilancia no sin antes dejar a una hermana en su lugar y se encaminó a la habitación de las dos amigas. Por el trayecto iba maldiciéndose por su escasa autoridad entre las alumnas. Seguro que las encontraba riéndose, sentadas en la cama como si nada hubiera pasado. Le habían dado un susto de muerte y eso no podía quedar sin un severo castigo. Mientras pensaba cual sería el método más apropiado para sancionar semejante actitud se detuvo frente a la puerta. Con la oreja pegada a la hoja y conteniendo la respiración, intentaba captar esas risas que su desconcertada mente le había grabado y repetido una y otra vez durante los últimos minutos.

Nada. No se oía nada.

Miró hacia el suelo, unos pequeños puntos oscuros formaban un pequeño reguero de cualquier cosa que las chicas hubiesen llevado a la habitación a pesar de que sabían que estaba terminante prohibido.

Abrió la puerta lentamente. Con la cabeza asomada comprobó que todo parecía seguir como de costumbre. Sobre la mesa de Alma sus libros y cuadernos de trabajo. Se coló en la habitación y cerró. Despacio, sintiéndose una intrusa se encaminó hacia el armario. Ahí seguía toda su ropa. Esa chica no se había fugado. No tenía dónde ir. Apesadumbrada miró por la ventana justo a tiempo de ver a Esther que regresaba de donde quiera que hubiese ido.

«¿De dónde vendrá?».

Durante la hora de estudio la vio distraída, mirando por la ventana a pesar de los continuos reproches de las monjas. Esa chica parecía tan preocupada como ella misma. Algo estaba pasando y ninguna de la dos sabía de qué se trataba. Se prometió que cuando terminara la hora que tenían programada para estudiar hablaría con ella.

Leonora fue la última en abandonar la sala de estudio, como siempre. Aún les quedaban unos minutos para la hora de la comida. Se asomó al jardín y al no verla entró de nuevo en el pabellón rumbo al dormitorio de Alma y de Esther.

«¿Qué has hecho chiquilla? Sea lo que sea vuelve...».

Llegó a la habitación y repitió la misma acción que apenas una hora antes. Con la oreja pegada a la puerta escuchó. Sorprendida abrió los ojos todo lo que daban de sí.

«¡Juraría que alguien está llorando...!».

Lentamente empujó la puerta. Esther, con la cabeza entre las manos no había reparado en la presencia de la directora. Solo el clic del pestillo al caer de nuevo le hizo levantar su mirada.

«¿Qué sucede, pequeña?».

La compañía de la señorita Leonora no era lo que necesitaba en ese instante. No

tenía cuerpo para broncas, ni para lecciones de modales, ni de comportamiento. Solo quería que la dejaran en paz y que apareciera Alma.

Solo eso.

La directora del pabellón de las chicas era consciente de su papel a desempeñar ante las internas. Su firmeza inicial, la seriedad de su enjuto rostro afirmada con un peinado apropiado a la imagen que deseaba transmitir; una tirante y fina capa de pelo recogida en un moño no menos tenso, junto con sus oscuros vestidos y su andar recto, hacían que las internas no pensarán en ella como en alguien a quién se pudiera eludir fácilmente y menos aún la podían considerar como una persona cercana.

—Perdón, señorita, ya voy al comedor —convino Esther deslizándose con un rápido gesto las manos sobre su rostro en un vano intento de eliminar las lágrimas que no dejaban de caer.

—Tenemos tiempo. ¿No sabes dónde está, verdad?

El tono cercano de la señorita Leonora le resultó extraño. Pocas horas antes se había sentido amenazada por sus comentarios. Pero ahora no parecía molesta por sus mentiras.

—Ni se encontraba mal ni tampoco había ido al baño. No sabes nada de ella. ¿Verdad? —insistía Leonora, aún de pie junto a la puerta. Quería acercarse a esa chica asustada y que le contase todo lo que sabía. No iba a ser fácil, pero debía intentarlo.

—No es la primera chica, ni en el primer chico que desaparece del internado —continuó.

Esther se sentía desconcertada. Al levantar la vista y verla allí delante había desempolvado su coraza interna, activada con un veloz muelle mental, dispuesta a enfrentarse a lo que quiera que fuese a suceder.

Siguió en silencio.

Observando.

—No, cada año algún alumno decide volver a su casa o simplemente escaparse. Los buscamos, avisamos a sus padres, a la policía. Tarde o temprano aparecen —Leonora evitó incluir *casi aparecen* acordándose de Vicentín, que nunca regresó, ni se supo nada de él.

—Alma no se ha ido —murmuró mientras sorbía la nariz y recuperaba el compás de su respiración.

—Lo sé.

Esther frunció el ceño.

—¿Lo sabe?

Leonora había tomado asiento en una de las dos sillas de las que disponían en la habitación. Poco a poco se fue aproximando y manteniendo ese tono tranquilo y cercano que tanto le sorprendía a la interna.

—¿Si tú te fueras, dejarías todo aquí? —apuntó señalando el armario y los libros de Alma sobre la mesa—. Estoy tan preocupada como tú.

Esther agachó la cabeza escondiéndola de nuevo entre sus manos. Abandonó su coraza y dejó escapar en forma de intensas lágrimas el miedo que la invadía desde que se convenció que su amiga no había desaparecido por su propia voluntad.

Leonora decidió que era el momento de acercarse. Lentamente se puso en pie. En silencio tomó asiento junto a ella y la atrajo hacia su hombro.

—Pequeña... —siseó—... pequeña.

Los siguientes minutos los pasaron en silencio, solo roto por los continuos sollozos de la niña. La directora miraba a través de la ventana el cielo que se iba cubriendo de nubes, pedía en su fuero interno que apareciera esa chica. Pero algo le decía que no iba a suceder. Como nunca antes, hubiera dado todo lo que fuera por equivocarse.

Esther abrió el cajón de la mesilla y sacó un pañuelo.

—¿Hay algo que yo debiera saber? Me refiero a algo que nos ayude a localizar a Alma. Eso es lo único que importa ahora ¿no te parece?

Con el pañuelo tapándole la cara, alargó lo que pudo el sonarse la nariz.

«¡Pues claro que había cosas que la señorita no sabía!».

La fiesta, mejor dicho las fiestas que se organizaron la noche de ayer. También le podría decir que estaba segura que su hermano escondía algo. Que no le gustaban los amigos de Fran. Pero por su culpa no iban a expulsar a todas las que fueron a la fiesta. Tampoco sabían dónde estaba Alma.

Como respuesta levantó los hombros.

Miró a Leonora esperando que de una u otra forma mostrase su malestar por su actitud. Pero en lugar de eso, le dio un beso en la cabeza antes de ponerse en pie de nuevo. Esther permaneció sentada, con las rodillas juntas y las manos sobre las piernas sujetando el pañuelo.

—Voy a comunicar a don Cosme la ausencia de Alma —se obligó a no utilizar la palabra desaparición— confío en que se tomen las medidas oportunas para localizarla cuanto antes. Piensa en todo aquello que nos pueda ayudar a encontrarla.

Con la mano en el picaporte, se volvió hacia la interna.

—¿Lo harás?

Esther asintió.

—Es hora de comer. Quédate unos minutos aquí si quieres y luego baja con las demás —dijo antes de abandonar la habitación.

Leonora respiró profundamente cuando cerró la puerta. Permaneció unos instantes con la mirada baja, sin soltar el picaporte. Creía no haber dejado transmitir su estado de ánimo en presencia de Esther. Frotó sus manos sudorosas antes de encaminarse hacia el despacho de don Cosme. La ausencia de Alma no se podía comparar con ninguna de las acaecidas anteriormente. Tenía muy claro este punto. Nadie se había escapado a tan pocos días del fin del curso de verano y sin llevarse ninguna de sus pertenencias. Por si fuera poco, aquellas no fueron fugas que les hubieran sorprendido. Respondían al perfil de preadolescente rebelde. La mayoría de

ellos regresaron por su propio pie al día siguiente, otros llegaron hasta sus casas, y los menos, fueron detenidos por la Guardia Civil.

«Alma no es así...».

«Esa chica es especial».

De camino al despacho del director un enorme vacío se iba apoderando de su asustado cuerpo. Se notaba especialmente nerviosa. No le gustaba nada esa amarga sensación de certeza, de que algo horrible había sucedido. Los ojos de Esther le decían que ambas pensaban lo mismo. Imaginaba que las próximas horas iban a ser muy duras. La angustiada espera debido a ese fino rayo de ilusión, de esperanza, que se cuele entre los presagios más oscuros de aquellos que aguardan noticias, alimentada por una tremenda sensación de impotencia, de brazos cruzados.

«Aún es pronto para alarmarse».

«No es la primera vez que sucede, tenga calma».

Esa era la conversación y las conclusiones que Leonora no quería mantener con don Cosme. Exactamente fue lo que sucedió. Abatida abandonó su despacho. No fue capaz de transmitirle sus temores, de hacerle ver que se trataba de un caso diferente.

«Verá como aparece».

El único plan era dejar pasar el tiempo. Nada de avisar a la Guardia Civil, porque el prestigio de la institución se podía poner en entredicho.

—Tenemos una reputación, señorita Leonora, que no nos conviene que se vea mancillada porque una interna haya decidido darse una vuelta o largarse a su casa. ¿Lo entiende, verdad?

No, no lo entendía.

No en este caso.

—Sé lo de la reputación, don Cosme. Coincido con usted en que en el pasado todos los casos, excepto el de Valentín, se resolvieron por sí solos. Pero este es diferente. Alma no es así...

—No sea ilusa ¿cree usted qué conoce a esas chicas por haberlas tratado superficialmente durante unos pocos meses? —indicó sin levantar la vista del dominical—. Relájese y vigile a sus alumnas. ¡Ah! Por favor, sea discreta y no me alarme al personal, ni a las hermanas sin motivo.

«¿Sin motivo...?».

Haciendo esfuerzos por mantener su porte erguido y sin olvidar cuál era su posición en el internado, Leonora abandonó el despacho. Al llegar al comedor se asomó. Allí estaba Esther, mirando por la ventana, en silencio, ajena a las risas de sus compañeras de mesa. Tras dar unas precisas instrucciones a las cuidadoras, salió al jardín.

Levantó la vista.

El tiempo tan cambiante como siempre. Las nubes que a punto estuvieron de cubrir el cielo en su totalidad, parecía que se lo habían pensado mejor, dejando en su huida una tarde despejada y calurosa, al menos de momento. Leonora sabía que en

pocas horas eran capaces de regresar en mayor número que antes y descargar tanta agua que parecía imposible que se pudiera concentrar en esas cantidades sobre su cabeza.

Hubiera preferido una lluvia torrencial en esos momentos. La intensa lluvia le ayudaba a relajarse, a limpiar su cuerpo de cualquier forma de angustia. Cuando cesaba el chaparrón, quedaba ese olor a tierra y a hierba mojada, momento en el que recordaba la voz de su madre.

—¿Ves, Leo? Todo ha pasado ya. No hay nada de qué preocuparse.

Pero no había llovido, ni descargado ninguna tormenta. Brillaba el sol y su congoja le decía que había mucho de lo que preocuparse. Su lealtad a la institución, su extremada capacidad para actuar conforme a lo que se esperaba de una mujer de su posición y su desarrollada disciplina pugnaban en su interior contra una vocecilla, nueva para ella, que le animaba a hacer algo, lo que fuese, por encontrar a Alma.

Pegada a la pared del pabellón de las chicas caminaba cabizbaja a la espera de conocer quién ganaría la partida. No estaba educada para desobedecer, ni para que la desobedecieran, pero...

«No me puedo quedar de brazos cruzados».

—¿Se encuentra bien señorita Leonora?

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que se sobresaltó al escuchar la voz de Félix, el jardinero, que azada en mano se encaminaba a su ronda habitual en la huerta y el vivero.

—¿Eh? Sí, sí, me encuentro bien, Félix —soltó de improviso mientras recolocaba un imaginario mechón de pelo en su moño.

«¡No, no estoy bien! ¿Cómo iba a estarlo?».

Durante unos segundos se quedó mirando al jardinero. Su habitual rictus serio había dejado paso a un rostro afligido. Su porte recto, a hombros caídos. Su mirada intensa a ojos brillantes y cargados.

«No, no puedo hacer como si no pasara nada..., no puedo».

Hacía casi una década que se conocían. Entre ellos había respeto y una disimulada complicidad, alimentada por los escasos momentos en los que coincidieron a la hora de comentar ciertos hechos acontecidos en el internado.

«Es la única persona con la que puedo contar».

—Voy a dar una repaso a la huerta y...

—No, no, aguarde Félix... por favor —rogó posando su mano en el antebrazo del jardinero— quiero comentarle algo.

Al hombre no se le escapaba el esfuerzo que hacía su interlocutora por guardar la compostura. Nunca la había visto en ese estado, ni siquiera durante sus breves confidencias. Siempre mantenía un escrupuloso aspecto. No se podría decir que fuera una mujer femenina. Aquella anticuada forma de vestir impedía vislumbrar el cuerpo de mujer escondido bajo esos amplios vestidos. No, no se la podía imaginar de otra manera que no fuese con un absoluto control de sus emociones, tomando el mando

cuando la situación lo requería. La señorita Leonora le estaba pidiendo ayuda.

«¿Qué puede necesitar de un simple jardinero como yo?».

Leonora le puso al tanto de sus sospechas. Dejó salir sus temores en forma de alguna lágrima que no consiguió evitar. La breve e improductiva reunión que acababa de mantener con don Cosme fue parte importante de la charla que mantuvieron camino del vivero para no levantar sospechas. Ella sabía que Félix y el director habían coincidido al entrar a trabajar en El Bosque, quizá ese hecho les otorgaba una amistad que ella desconocía. Tenía que arriesgarse.

Nada más lejos de la realidad.

—¿Está segura que no se ha ido por su propia voluntad? —quiso saber, parado frente a ella con las manos apoyadas sobre el azadón.

Leonora asintió.

—Tenemos que buscarla —convino el jardinero—. No queda otra.

Esas eran las palabras que quería oír.

—Gracias... —murmuró.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por creer en mí, Félix —contestó secando las lágrimas con un minúsculo pañuelo que había extraído de la bocamanga, lugar al que regresó una vez cumplido su cometido.

—Ojalá esté usted equivocada y don Cosme tenga razón por una vez.

Al ser domingo por la tarde podrían contar con mayor tranquilidad que cualquier otro día. Don Cosme se tomaba la tarde libre y no abandonaba su habitación hasta la hora de la cena.

Félix consultó su reloj.

—Tenemos una hora antes de que salgan del comedor. ¿Qué le parece si damos una vuelta por el pabellón de las chicas? La biblioteca, sala de estudio, habitaciones vacías.

—¡Claro! Si no se ha ido tendrá que estar en algún sitio. Esas habitaciones serían un buen lugar para esconderse —convino sonriente mientras se ponían en marcha buscando una entrada junto a la carbonera.

—Debería sonreír más a menudo.

—¿Cómo?

—Su sonrisa, digo. Debería enseñarla más a menudo. Tiene una bonita sonrisa, si me permite decírselo.

—Qué cosas tiene, Félix. Quite, quite —dijo ruborizándose mientras agitaba una mano en el aire como si disipara una calada molesta.

Una vez en el interior del pabellón decidieron ir de abajo a arriba, evitando la zona del comedor y la cocina. Abrieron todas las puertas que encontraron a su paso, con idéntico resultado.

No había nadie.

—¿Qué sucede? —murmuró el jardinero.

—Mire —Leonora señalaba en el interior de una habitación los interminables juegos de llaves colgados de unos ganchos—. Soy tan tonta que me había olvidado que esas habitaciones estarán cerradas con llave.

—Pensándolo bien eso nos podría ayudar. Solo tenemos que averiguar si falta alguna llave de los dormitorios que no están ocupados.

Se encontraban casi a oscuras. Sería tan imprudente descorrer alguna cortina para dejar entrar la luz en una habitación que por costumbre las tiene siempre echadas, como que les encontrarán allí. Les llevó bastantes minutos confirmar que no faltaba ninguna llave.

—Al menos no perderemos el tiempo recorriendo los pasillos ¿no le parece? —Sostuvo el jardinero.

—Usted siempre viendo el lado amable de las cosas. Nada como ser realistas, Félix. Casi siempre las cosas son como son y no hay vuelta de hoja. Espere... ¿Qué es eso?

El jardinero vio como Leonora se agachaba a los pies de un enorme aparador que años antes había decorado la recepción hasta que unos energúmenos rompieron la balda que caía a modo de mesa.

—Es una máquina de fotos... —murmuró extrañada—. ¿Qué hará ahí tirada?

—Seguramente alguna hermana se la haya encontrado y la trasladó a este lugar.

—¿Por qué aquí?

Como respuesta Félix solo pudo levantar los hombros.

La puerta se abrió de golpe. El corpachón de Héctor apareció bajo el dintel. Parecía agitado.

—¡Vámonos! Alguien viene.

Los demás chicos se miraron entre sí. A un gesto de uno de ellos se encaminaron hacia la puerta. Uno, dando pequeños saltos mientras se subía los pantalones con una estúpida sonrisa marcada en su rostro. Los demás corriendo, intentando no meter ruido.

—Ni una palabra a nadie de esto. ¿No querrás que piensen que eres una puta, verdad? —susurró el Indio junto al oído de Alma.

Hacía una eternidad que de su boca no partía ni un grito, ni siquiera una mínima queja. Había dejado de luchar, no por falta de fuerzas, aún se veía con las suficientes como para darle a alguno de esos desgraciados otra buena patada en los cojones. Había recibido algún golpe por ello.

—¡Déjala! ¡La próxima vez ten más cuidado y no la sueltes, gilipollas!

Cuando la sorpresa y el dolor inicial fueron desapareciendo, su rabia dejó paso a la entrega total. Con la vista fija en un punto del techo se mecía al son de los embistes del que tuviera encima. De sus ojos partía de vez en cuando alguna lágrima. No, no era daño lo que sentía, ya no, porque su cuerpo estaba entumecido, como cuando una pierna se le quedaba dormida. Solo un cosquilleo, no había nada más. Esas lágrimas eran por ella, por no haber escuchado a Esther. Por haberse dejado llevar por el Indio

a pesar de que todas sabían que era un auténtico cerdo, pero allí iba, como boba, pensando que con ella sería diferente.

«¿Cómo iba a imaginar que...?».

Hubo un momento que le pareció que la puerta se abría y que el hermano de su amiga asomaba la cabeza, pero ya dudaba si pertenecía a una imagen real o su atormentada mente le estaba jugando una mala pasada.

«Fran...».

Cuando hablaba con él Alma pudo ver en sus ojos que le gustaba, pero no le hizo caso. Por lo menos era diferente a los demás. Seguro que a Esther le gustaría saberlo.

«Esther...».

Pensar en su amiga le generaba una gran tristeza. Una enorme vergüenza se adueñaba de ella al imaginar tenerla delante. ¿Qué podría decirle cuando le preguntase por la fiesta y cómo se lo había pasado?

«¡¡Imbécil!!» gritó sin que saliera ni un suave sonido de su boca.

A pesar del ímpetu con que Héctor abrió la puerta y la rapidez con la que abandonaron la habitación Alma permaneció inmóvil los siguientes minutos, tumbada, con las piernas separadas y los brazos en cruz.

Inmóvil y con la vista fija más allá de la pared.

Poco a poco fue recuperando la consciencia de sus extremidades. Sentía un tremendo ardor y como si se hubiera hecho pis. Instintivamente bajó la mano y palpó. No parecía pis, sino algo más espeso. Llevó las manos ante sus ojos y ahogó un grito.

«¡Sangre!».

Ver la mancha rojiza resbalar entre sus dedos fue como un *shock*. Velozmente pasaron por su cabeza rápidas y sucesivas imágenes de todos ellos, riendo, hablando, nerviosos y felices. Ahora sí que se encontraba sin fuerzas, seguía tumbada. Su mente había cambiado esas imágenes por otras diferentes pero no menos aterradoras. Enfrentarse al director, a la señorita Leonora, al tío Javier, a Esther, a las demás amigas.

«¿Cómo voy a explicar esto?».

Ahora sí que lloró a conciencia, todas las lágrimas que no habían salido en la última hora lo hicieron a la vez, como si las compuertas de sus escocidos lacrimales se hubieran abierto sin previo aviso.

En cuanto pudo retomar la respiración se fue incorporando poco a poco. Miró entre sus piernas, finos y pastosos regueros oscuros le recordaron las caras de todos y cada uno de los chicos que salieron huyendo apenas unos minutos antes. Caras que nunca olvidaría.

Apretó los ojos. Su mente se empeñaba en mostrarle imágenes.

Algo había entre cara y cara. Entre imagen e imagen.

Algo que le molestaba y que le hacía cerrar los ojos. Era como una luz, como si se encendiera y se apagara una luz rápidamente. No una luz normal, era intensa, muy intensa. Recordaba sus gritos, su incapacidad para moverse y ese... ese...

«¡Fogonazo!».

Volvió a apretar los ojos. Lo vio.

¡Era un *flash!* ¡El flash de una cámara!

Barrió con su mirada la habitación. Lentamente se incorporó y avanzó arrastrando los pies, encogida por el inmenso dolor que iba sustituyendo a su, hasta ahora, entumecido cuerpo. A tientas localizó sus gafas, una patilla doblada pero aún le servían. Sus ojos se enfocaron en un punto concreto, a no más de un metro de dónde se encontraba.

Frunció el ceño.

Había algo en el suelo que le recordaba a un regalo que le había hecho su tío meses atrás. Era casi cuadrado y gris. Entrecerró los ojos y lo vio. Estiró la mano hasta alcanzar la goma y la levantó en el aire mientras miraba como la Kodak se balanceaba.

—¡Cabrones! —dijo para sí.

Buscó su ropa interior. Nada.

Quería salir cuanto antes de aquella habitación. Sentía que le faltaba el aire. Pero sobre todo no estaba preparada para que sus violadores regresaran y volver a pasar por lo mismo. Abrió la puerta evitando el más mínimo ruido. Con la cabeza asomada pudo comprobar que no había nadie en el pasillo, todo parecía en silencio. No sabía por qué pero algo le decía que se llevara la cámara consigo. Se desharía del carrete y así nadie sabría lo que había pasado.

«¿Nadie?».

«¡Tonta!».

Siempre, durante toda su vida, habría varias personas que podrían contar lo que había hecho. A nadie le importaría su versión, no la creerían, ni su tío, ni don Cosme, ni Esther. Esas fotos eran la única prueba de que la habían violado una y otra vez. No sabía qué le producía más vergüenza, si que ellos hablaran de lo que habían hecho o que todo el mundo viera las fotos.

Entró de nuevo en la habitación y sin saber por qué se echó la cámara al hombro. Pegada a la pared y arrastrando los pies recorrió el pasillo que le llevaría hasta la puerta por la que había entrado unas horas antes. Su mente en blanco la protegía de sí misma. Se sentía sucia, dolorida, humillada e impotente, pero sobre todas esas sensaciones reinaba la culpabilidad. Una profunda sensación de culpabilidad se había apoderado de ella.

«Me lo merezco, por idiota».

Su única intención al asistir a la fiesta era ver al Indio y averiguar si ella le gustaba. Quería tener novio y ese chico le atraía un montón. Pero se comportó como una tonta, haciéndose la mayor.

Luego...

Luego no pudo pararle ni a él ni a los que entraron en la habitación.

«¿Por qué hacéis esto?». Gritaba una y otra vez con los ojos fuera de sus órbitas,

cuando alguien le quitó de un tirón la ropa interior y le levantaba la falda. No entendía las risas, ni esas caras.

Salió al jardín.

Estaba a oscuras y en silencio. En su pabellón vio luz que se filtraba a través de rendijas en el dormitorio de unas amigas suyas. Sabía que habían quedado con unos chicos. No estarían solas.

«No como yo, que me alejé de las demás».

Se coló por la puerta de la cocina. Aguantándose el dolor recorrió el primer pasillo hasta el final. A partir de ahí escalón a escalón, primero hasta la planta principal y luego, una más. A la derecha, seis puertas más allá, se encontraba su habitación. Con cada paso que daba, en su cabeza se iba consolidando una férrea sensación.

«¿Qué me pasa?».

A pesar de los esfuerzos que realizaban un par lámparas por iluminar el corredor, las paredes parecía que se juntaban a su paso, se echaban sobre ella. Se estaba agobiando y comenzaba a sudar. Llegó a su dormitorio. Al fin se encontraría a salvo.

«¿A salvo?».

Apoyó la mano en el picaporte y lentamente fue bajándolo. Abrió lo justo para ver a Esther tumbada sobre la cama, parecía dormida. Sentía como un líquido templado resbalaba entre sus piernas hasta caer al suelo. Una oleada de calor fue apoderándose de ella. Le faltaba el aire.

«¡¡No!!».

Cerró la puerta y regresó por donde había venido. No, no podía ver a nadie. ¿En qué estaría pensando cuando decidió ir a su dormitorio? No podría mirar a su mejor amiga a la cara.

Ruidos...

«¿Una puerta?».

Resguardada por la penumbra del pasillo pegó su cuerpo a la pared, con sus ojos aparatosamente abiertos. De Alma se había apoderado un profundo terror a ser descubierta. A que alguien, daba igual quién, se cruzara con ella. Tal era la vergüenza que la invadía, que necesitaba salir de allí sin ser vista. Por más que huyera, por más se escondiera, llevaba con ella su conciencia, su mala conciencia. Ojalá hubiera podido sentir vergüenza ante la presencia de alguien en concreto, bastaría con no mostrarse ante esa persona, pero cuando tú te has declarado culpable, la vergüenza ante uno mismo es la peor de todas.

Solo resta acatar la sentencia.

No hay piedad.

Aguantando la respiración observaba como tres chicos salían de una de las habitaciones camino de la escalera. Por un instante pensó que uno de ellos la había descubierto. No tenían tiempo que perder y se marcharon. Alma permaneció quieta durante un lago rato, como si formara parte del decorado. Su cuerpo no respondía a

las órdenes que su cerebro enviaba. Quería obligar a sus piernas a salir corriendo, a esconderse en cualquier sitio, lejos de todos ellos. Si alguien la observara en esos momentos, hubiera visto a una chiquilla con una extraña mueca en su rostro. Los ojos con un profundo miedo reflejado en ellos, la boca a medio cerrar, las palmas de las manos contra la pared, al igual que su espalda. Hubiera pensado que esa chica había visto algo que la había atemorizado.

Posiblemente ese espectador se hubiera equivocado. Ciertamente que Alma estaba atemorizada, que su estómago se retorció sobre sí mismo, que cada poro de su cuerpo sudaba. Hubieran bastado unos segundos más, mientras Alma recuperaba la respiración, para darse cuenta que su expresión se relajaba. No, no había dejado de sentir pavor, no. Otra sensación se iba apoderando de ella, muy parecida a la que le invadió a los pocos días de la muerte de sus padres. Ya nada podía hacer, porque nada había en su vida que le importara. En aquellos días, los servicios sociales pensaron por ella. Hoy, en estos momentos nadie iba hacerlo. Solo estaba ella, y ella no tenía por lo que luchar.

Ni por sí misma.

«¿A dónde voy?».

A cualquier sitio dónde no hubiera nadie. Ni nadie pudiera encontrarla. Bajó las escaleras sin tener decidido el camino a seguir. No era fácil salir del internado. En el sótano se encontraba la cocina, cuartos de utensilios de limpieza, almacén. Andaba a tientas por el pasillo, sorbía la nariz y a ratos lloraba. Sentía su pelo revuelto, las trenzas, que tanto le gusta llevar, desechas.

De repente un portazo.

Voces.

Se introdujo en la primera habitación que vio. Escondida tras la puerta pudo oír como en la cocina comenzaba la actividad del día. A través de la ventana, con las cortinas a medio cerrar, las primeras luces de la mañana bañaron su cuerpo. Acurrucada tras un antiguo aparador comenzó a llorar. No dejó de hacerlo hasta que de sus ojos escocidos no cayó una lágrima más. Se quedó dormida.

Profundamente dormida.

Cuando abrió los ojos un constante cosquilleo recorría su cuerpo, como si de miles y miles de hormigas se tratara. A cada movimiento sus músculos respondían con agudos y afilados pinchazos. Medio recostada sobre una antigua y gruesa cortina, Alma respiraba lentamente. Su profundo temor al abrir los ojos ya no era tal. En su lugar una abismal relajación. La certeza de que no había nadie con quien pudiera hablar, peor aún, nadie con quien quisiera hablar.

El cuerpo reacciona cuando el cerebro le avisa.

El chirriar de las bisagras al abrirse la puerta puso a Alma, de nuevo, en tensión.

—Mire, Félix...

«¡La directora!».

Alma se escondió como pudo entre la cortina y el aparador recogiendo las piernas

contra su pecho. En su rostro otra vez el miedo. En su cuerpo, sudor. Las manos le temblaban, como los dientes que de seguir así la delatarían.

«¿Juegos de llaves de habitaciones vacías?» repitió para sí.

—... espere, Félix. ¿Qué es eso?

«¿A qué se referirá?».

La interna escuchaba, horrorizada, como Leonora se acercaba hacia ella.

La vio.

«¡La cámara!».

Frente a sus ojos podía ver la goma y parte de la Kodak a los pies del aparador.

«No, por favor... no...».

Cerró los ojos con todas sus fuerzas, esperando oír los gritos de la directora. No le costó imaginar el revuelo que en breves segundos se organizaría. Su aspecto, sucia, manchada de sangre, de polvo. Sin ropa interior, despeinada.

—Es una cámara de fotos.

Oyó a Félix hablar.

Segundos después el clic de la puerta al cerrarse.

Sin dejar de apretar los ojos, sin apenas respirar, se maldecía por su ineptitud. La señorita Leonora se había llevado la cámara de fotos.

«¡¿Ahora qué?!».

Ahora nada. Ya nada.

Abrazada a sus piernas permaneció con la mente en blanco mientras aguardaba a que las idas y venidas a la cocina cesaran. Aprovecharía el descanso de la tarde para coger una de esas llaves y encerrarse en una habitación. Volvió a quedarse dormida hasta que la despertó el profundo silencio que precedió al ruido de platos, risas, voces y pasos de arriba a abajo.

Atenta a cualquier posible ruido, Alma notaba una extraña calma en su interior. El pánico, el profundo terror había dejado paso a un tremendo agotamiento. Sus músculos apenas mantenían la tensión mínima necesaria para ayudarla a incorporarse. Lentamente logró ponerse en pie. Vencida, sin ganas de luchar por nada, ni por nadie, ni siquiera por ella misma cogió una de las llaves del último piso y salió de la habitación.

De un carrito de bandejas sin recoger, se hizo con media barra de pan y un par rodajas de melón que envolvió en una servilleta. De una jarra dio un largo trago de agua. No tenía hambre, su estómago, como si un enorme puño lo estuviera apretando, impedía el acceso a cualquier tipo de alimento.

«¿Ya para qué?».

El peligro la aguardaría en los tres primeros pisos. Entre el cansancio, los interminables escalones y los sustos que se llevó al escuchar como se abrían y cerraban varias puertas entre siseos de internas, a Alma se le antojaron eternos los escasos diez minutos que tardó en recorrer la distancia que le separaba de la habitación elegida como escondite.

Al fin llegó.

Dio cuenta del melón con más ansia de la que hubiera esperado. Desde esa ventana podía ver el mar más allá de la muralla que rodeaba la institución. Sin saber el motivo, sonrió. A sus padres les encantaba la playa y mirar las olas. Se acordó de ellos, sintiéndolos tan cerca como nunca antes en estos diez meses que llevaban separados. Una sonrisa nostálgica se dibujó en su rostro.

«Lo siento... lo siento mucho...».

«Yo...».

De sus ojos no partió ninguna lágrima más, las había consumido todas. Cerró los ojos y sintió el abrazo de su madre, tan real, que la hizo estremecerse.

«Pequeña..., ven».

La vida había perdido el interés desde el instante en que la directora se había llevado la Kodak. En pocos días con las fotos en su poder, sería el hazmerreír de todo el mundo. Pero eso no iba a suceder, no iba a dejar que pasara. Levantó la cabeza y sus ojos le mostraron el intenso azul del cielo. Con cuidado, se colocó de tal forma que pudiera ver el mar, otra vez. No era suficiente, necesitaba sentirlo más cerca, mucho más. Sí, eso era lo que deseaba en esos momentos. No a través de una muralla, quería abarcar con su mirada el ancho y profundo Cantábrico, hasta el horizonte.

Sonrió.

«Mamá... papá...».

De su cara no se desvanecería esa sonrisa que la mantenía ajena a todo lo que había experimentado en las últimas horas. Por su cabeza ni una sola imagen de la noche anterior. Apenas sentía su cuerpo. Había encontrado una salida para todo aquello.

La mano que sus padres le tendían...

La comida había tocado a su fin. Los mayores regresaban a sus habitaciones. La tarde del domingo la tenían libre de estudio, pero debían echar la siesta antes de disponer de permiso para reunirse, nunca más de cuatro, en una habitación. Eran cinco los que poco a poco fueron llegando a la del Indio a requerimiento de este.

—¿Fran?

Sus compañeros se miraron entre sí. Nadie sabía nada.

—¿No le habéis avisado? —exclamó furioso.

—Yo se lo he dicho —intervino Sebas el gordo— pero no me ha hecho caso, como si no me oyera.

—Ya vendrá —apuntó uno.

—Sí, seguro, es de los nuestro ¿no?

—Lo es, Héctor —intervino Fermín no muy convencido.

Sebas, en pie, daba vueltas por la habitación. De su rostro no había desaparecido la bobalicona sonrisa con la que miraba a Alma la noche anterior mientras esperaba a que le llegara su turno haciendo fotos.

«¡Coño, la puta cámara!».

Ahora sí, su sonrisa desapareció como si hubiera tenido la peor de las visiones. Andrés Rodrigo reparó en ello.

—A ti. ¿Qué cojones te pasa? Ni que hubieras visto un fantasma.

El gordo les miraba con la boca a medio cerrar. La sangre había abandonado su cara, el habitual color rosado de sus facciones sustituido por un tono blanquecino, preocupantemente pálido.

—La cámara... —balbuceó— me la he dejado en la habitación. Ayer...

Al recibir un empujón de Héctor, Sebas pareció despertar y salió del dormitorio como alma que lleva el diablo.

—¡Será gilipollas el hijoputa este! —exclamó el Indio llevándose las manos a la cabeza. No recordaba una resaca como aquella.

Los paseos a esas horas estaban prohibidos, más aún las carreras. Mirando a todos los lados aceleró el paso mientras su mente repasaba la noche anterior. A pesar del estado de nervios en el que había entrado, no tuvo ninguna dificultad para excitarse con el recuerdo. Fue idea suya lo de las fotos. Al principio solo debía salir la chica, ninguna cara de sus amigos. Se las enseñarían por si decidía irse de la boca. Pero después bajaron la guardia, hasta tal punto que todos salían en ellas, riendo, bebiendo, violando a Alma.

«¿Todos?».

Sebas se detuvo unos instantes. Necesitaba tomar aire, no, necesitaba algo más.

Pensar.

Había alcanzado la zona de la biblioteca, unas puertas más allá se encontraba la habitación donde sucedió todo. Antes de entrar aguardó unos instantes. Necesitaba recordar si a parte de él alguien más había hecho fotos. Solo contaban con una cámara, la suya. De eso no le cabía la menor duda. Sin embargo, no lograba recordar en qué momento la soltó en algún sitio y si alguien aprovechó para sacar alguna.

La cabeza le dolía horrores. Los pinchazos sobre ambas sienes se acentuaban cuando se esforzaba en recordar. Sí, pasó la goma que sujeta la cámara por la cabeza cuando la Kodak se interponía entre él y esa chica. La dejó caer detrás de él. Poco después la cara asustada de Héctor, abriendo la puerta, diciéndoles que tenían que largarse, alguien venía. Sebas esbozó una sonrisa ladeada. Él era el único que no salía en las fotos. Aunque no las tenía todas consigo, había la posibilidad de que alguien hubiese tomado su relevo cuando le llegó el turno.

«¿Quién?».

Quizá nadie, pero ¿y si...?

Cogió una llave del pequeño almacén y entró en la habitación. Los restos del fin de fiesta de ayer, un intenso olor a tabaco frío y a alcohol mezclado con algo más que no supo distinguir le recibieron entre penumbras. Unas pocas mesas desordenadas, destinadas a aquellos que expulsaban de la biblioteca, sillas y algunos libros en una pequeña estantería. Una mancha oscura sobre la mesa situada al fondo, otras más en

el suelo junto a una pata, le ayudaron a recordar.

Fue directamente hacia el lugar dónde su abotargada mente le indicaba que había dejado caer su cámara. De rodillas, buscó removiendo todo lo que encontraban sus manos. Nada. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—¡Joder! —exclamó al darse con el borde de una mesa al levantar la cabeza. Un cubilete repleto de lápices y bolígrafos cayó al suelo. Una botella de vodka rodó hasta hacerse añicos al estrellarse contra la fría piedra.

Fran salió de su dormitorio. En esos momentos sus amigos deberían estar reunidos en la habitación del Indio. No pasaría mucho tiempo antes de que alguno de ellos se acercara a la suya y no quería ver a nadie. Posiblemente esa fuera la excusa para arriesgarse a andar por los pasillos de su pabellón.

Solo posiblemente.

El motivo era otro bien distinto. No podía negarlo.

Alma.

Tumbado en la cama recordó que la habitación donde la vio por última vez, rodeada de sus amigos, solía estar cerrada con llave. Notó como sus músculos abandonaban el letargo en el que llevaban inmersos desde que hablara con Esther esa misma mañana. Cabía la posibilidad de que no hubiese aparecido porque no podía salir de allí. La imagen de Alma asustada, sin querer llamar la atención para no ser descubierta le impulsó como un resorte de la cama.

«Soy un maldito cobarde».

Si al menos pudiera sacarla de allí. Se había jurado así mismo, justo sería añadir que mentalmente también se lo había prometido a su hermana, que si ellas querían, diría lo que había visto. No valdría de mucho pero al menos...

«¡Mierda!».

No, no valdría absolutamente de nada. Era ayer el momento de actuar y no ahora. Todos los argumentos que su mente le fabricaba iban dirigidos a lavar su maltrecha conciencia. Fran lo sabía.

Logró evitar la ronda inicial de un par de bedeles y entró en el almacén. «¡No está la llave!».

Si la habían encerrado subiría a la habitación del Indio y les obligaría a que la dejaran salir. Notaba como, por fin, se estaba cabreando y mucho. Aunque no tenía muy claro si era contra él mismo, contra sus amigos o contra ese puto verano. Antes de subir y de enfrentarse a ellos, decidió comprobar si la puerta estaba cerrada. Cruzó el pasillo, con su corazón latiendo descontroladamente posó su mano sobre el frío picaporte.

Ruidos. Apoyó la oreja sobre la hoja de la puerta.

«Cristales rotos. Hay alguien dentro. ¿Alma? Ojalá...».

Abrió pensando en qué decir en cuanto la viera. Frunció el ceño. No parecía haber nadie. La habitación estaba sumida en la totalidad de la gama de grises. Desde el negro profundo al blanco intenso, reflejo de un estrecho haz de luz que provenía de la

ventana y recorría el suelo y la pared, dividiendo el espacio en dos zonas claramente diferenciadas. Una, donde él se encontraba, era la única en la que podía distinguir lo que sus ojos se esforzaban en mostrarle. Otra, al otro lado del fino chorro de luz, la que mantenía a salvo a Sebas que desde su posición, solo podía ver las piernas de la persona que acababa de entrar.

«Tiene que ser ella».

—¿Alma? —murmuró—. ¿Alma?

«¿Alma?» repitió para sí el gordo. Ese era el nombre de la tía de ayer, pero esa voz. Se incorporó dándose de nuevo con la cabeza en el borde de la mesa.

—¡Me cago en la puta!

Fran se quedó helado. Por un momento se había creído su propia fantasía. Encontrarla allí hubiera supuesto poner punto y final a todo. Rápidamente su mente le hizo rectificar. Hubiera sido el comienzo de algo que no acertaba a definir, pero que afectaría a muchos de ellos. A él sin duda.

Los amigos se miraron en silencio. Fran con la boca a medio abrir. No era la situación que había imaginado encontrarse tras la puerta. Sebas, relajado y dolorido con la mano rascándose la cabeza, pensó que le iban a pillar.

—¡¿Qué coño haces tú, aquí?!

No estaba preparado para esa situación. El hermano de Esther era incapaz de articular palabra. Una cosa estaba clara; Alma no se encontraba ahí. En su lugar; el gordo. A su cabeza llegó un *flash* de la fofa sonrisa de Sebas con la cámara en la mano y su cabeza girada hacía él. Los ojos de Alma eran la viva expresión del pánico. Él...

Él se fue...

—He oído ruido de cristales y he entrado por si pasaba algo —apuntó mirando los restos de la botella esparcidos por el suelo.

—Ya. ¿A dónde ibas?

—No me apetecía estar en la habitación —Fran notaba que se estaba alterando al tener que dar tantas explicaciones al gilipollas ese—. ¿Y tú qué haces aquí escondido?

—No estoy escondido.

Sebas continuó con el objetivo de la visita a esa pequeña sala. Daba vueltas sobre sí mismo, buscando debajo de las mesas, tras las sillas, en la estantería.

—¡Me cago en diez! No está. Alguien se ha llevado la puta cámara —exclamó más asustado que enfadado.

—¿Tu cámara de fotos? —Fran volvió a recordar ese momento. Una profunda rabia se apoderó de él.

—Seguro que ha sido la puta esa —dijo escupiendo cada sílaba que partía de su boca.

«¿La puta esa...?».

No pudo contenerse más.

Con dos zancadas se puso a su altura. El puñetazo le pilló de sorpresa. No lo vio venir tan absorto como estaba en su propio enfado. El impacto, de lleno en el pómulo, lo envió contra la mesa en la que unas horas antes una chica gritaba histérica pidiendo una ayuda que nadie le ofreció. La patada en el estómago le dejó sin respiración. El pie de Fran se hundió en su grasienta tripa hasta el tobillo.

Vomitó.

No fueron más que unos pocos segundos. Los suficientes para que ambos dejaran claras sus posturas. El gordo se recuperaba poco a poco. Por su aturdida cabeza una idea iba tomando cuerpo.

—Tú...

Fran le miraba desconcertado por el efecto de su reacción. Era la primera vez en su vida que había pegado a alguien de esa manera. Nunca había sentido un arrebato como ese. En otras ocasiones se esforzaba por separar a sus amigos cuando se organizaba alguna pelea. Pero hoy, algo le obligaba a apretar sus puños hasta sentir como los nudillos se le ponían blancos. Sus ojos aún destilaban una intensa rabia, un profundo odio mientras miraba como Sebas pasaba el dorso de su mano por la boca limpiándose los restos del vómito.

—Tú... —repitió puesto en pie—. ¡Tú o la zorra de tu amiga os habéis llevado mi cámara! —gritó abalanzándose contra Fran.

Con la cabeza del gordo clavada en su tripa retrocedió hasta chocar contra la pared, junto a la entrada. Ambos rodaron. La presión en la boca del estómago le dejó sin aire. La patada en las costillas, del que era su amigo hasta ese momento, le hizo retorcerse de dolor. Desde el suelo clavó sus pies en el estómago de Sebas. Sentados, doloridos, ambos se miraban retándose a otro intercambio de golpes.

Una rápida sucesión de sombras se reflejó en la ventana. Alguien venía.

Se pusieron rápidamente en pie.

—Esto no va a quedar así, gilipollas —murmuró el gordo al pasar junto a Fran— si tanto te gustaba esa tía ¿por qué no hiciste nada ayer? ¡¿Eh?!

Sebas salió corriendo pasillo arriba. Fran detrás, caminando como distraído. «Me jode, pero lleva razón».

Al llegar a la escalera, se giró.

Félix y la señorita Leonora venían de frente.

Con la cámara cruzada sobre el pecho la directora abandonó el cuarto de las llaves seguida del jardinero. Sin mucho ánimo revisaron cada estancia del pabellón femenino. No tendría sentido que Alma se escondiera tras una puerta o bajo una cama. ¿Por qué motivo iba a hacer algo así?

—Si lo que quiere es fugarse tendrá que buscar el momento ¿no le parece?

—Sí, Félix, coincido con usted, pero me pregunto por qué una niña iba fugarse cuando a finales de esta semana termina el curso de verano y regresará a su casa. Esta noche durante la cena lo haré público. Las chicas tienen que enterarse, quizá tengamos suerte y nos den alguna pista.

La siguiente hora la invirtieron en recorrer las diferentes dependencias de El Bosque. Almacén, cuarto de herramientas, gimnasio. Incluso buscaron en la granja, las porquerizas y en la huerta.

Nada. Ni rastro.

La ansiedad comenzaba a apoderarse de Leonora. De regreso a su pabellón levantó la cabeza y vio a Esther asomada a la ventana de su dormitorio. Con un gesto le preguntó si había alguna novedad. Cabizbaja giró sobre sí misma. El jardinero miraba en dirección al pabellón de los chicos.

—¿En qué piensa, Félix?

—Hemos dado por terminada la búsqueda ¿no?

La directora asintió.

—Sin embargo, nos falta la mitad del internado.

Leonora puso gesto de no entender a dónde quería ir a parar.

—Si esa chica se ha escondido a la espera de largarse de aquí o por cualquier otro motivo, el pabellón de los chicos sería el lugar perfecto, donde nadie miraría ¿no le parece? —convino—... si no se ha ido ya.

Leonora se le quedó mirando unos instantes.

«¿Por qué no?».

Hacia allí fueron. A propuesta del jardinero decidieron entrar por la puerta menos transitada. También había libres una serie de habitaciones en la última planta y nada perdían por comprobar si las llaves estaban en su sitio.

—¿Ha oído eso? Me ha parecido como cristales —preguntó Félix.

—No, la verdad es que no he oído nada. Pero no me haga caso, creo que estoy perdiendo oído con los años.

—Seguramente no será nada. Algún vaso que se ha caído.

Hasta ellos llegó un golpe seco, primero. Después, como si alguien corriera unos muebles, seguido de unos gritos ahogados.

—Eso sí lo he oído —afirmó mirando una ventana frente a ella— juraría que vino de ahí.

Aceleraron el paso hasta alcanzar la estrecha puerta por la que pensaban acceder al edificio. Félix hundió la mano en el amplio bolsillo trasero de su pantalón del que extrajo una cuerda. En el aire se balanceaba un voluminoso juego de llaves. Le llevó unos segundos dar con la correcta.

Entraron.

Ruidos de pasos alejándose precipitadamente.

Recorrieron un pequeño pasillo, doblaron a la derecha y vieron una puerta abierta.

—Debería estar cerrada —apuntó Félix.

Al otro lado se encontraba la habitación de las llaves. No, no faltaba ninguna, excepto la de la pequeña sala que permanecía abierta.

Parados bajo el dintel observaban los restos de colillas, cristales rotos que alfombraban el suelo. Un olor ácido les impregnó la nariz. Leonora no pudo aguantar

varios estornudos seguidos.

—Ahora recuerdo... —murmuró Félix.

—¿Algo que tenga que ver con este caos? ¡No quiero ni imaginar la reacción de don Cosme cuando se entere!

—No lo sé, pero verá. Ayer por la noche, desde mi dormitorio —Félix vivía en una pequeña casa junto a la iglesia— me pareció ver luz en esta sala. La verdad que no solo aquí, también en la biblioteca.

—¿No fue a decírselo a don Cosme?

—No. Era demasiado tarde. Pero me acerqué, quizá se la habían dejado encendida. Accedí por la misma puerta que hemos entrado ahora, me asomé al pasillo y todo estaba en silencio.

—Pues ya ve lo que estaban haciendo esos vándalos.

—Al salir comprobé que la luz de las farolas se reflejaba en los cristales —señaló las ventanas de la sala—. Hubiera jurado que la luz de este cuarto estaba encendida.

Félix entró. Leonora permaneció bajo el dintel. No pensaba poner un pie en semejante desastre. Vio como el jardinero se agachaba tras la puerta a recoger algo. Con gesto afligido se lo entregó a Leonora.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose una mano a la boca. Con la otra sujetaba una pequeña tela que parecían los restos de unas braguitas desgarradas.

Ambos se quedaron en silencio observando la mano en alto de la directora y lo que de sus dedos colgaba. Sus mentes trataban de buscar una rápida y sencilla explicación al hallazgo. Estaban preparados para encontrar cualquier cosa, restos de porros, papel de fumar, colillas, botellas de alcohol, revistas. Tanto ellas como ellos sabían que estaba terminante prohibido visitar los pabellones que no fueran los suyos, excepto con autorización explícita. Si desobedecían, su expulsión sería inmediata.

Fueron varias las veces que se vieron obligados a tomar una decisión de esa índole, sin embargo, esas braguitas estaban fuera de lugar. Por su estado resultaba evidente que no llevaban demasiado tiempo allí, es más, parecía como si las acabaran de dejar caer tras la puerta.

—Sabemos que muchas veces se han reunido en uno u otro pabellón —Félix rompió el incómodo silencio— pero me cuesta entender que una interna se deje su ropa interior olvidada.

Leonora seguía sin apartar la vista de su mano.

—¿Y si solo se trataba de un juego?

La directora le miró sorprendida.

—Sí, me refiero a cosa de chicos. Quizá la hayan encontrado por ahí, o en la lavandería y hayan decidido imaginar no sé... quizás... —Félix, con la mirada en el suelo, sentía que se estaba metiendo en un callejón sin salida. Sus palabras partían de su boca como si alguien las empujara.

—¿Un juego? No se me ocurre a qué pueden jugar unos chicos con unas bragas, Félix —las analizó de cerca— si al menos la hubieran dado patadas como si fuera una

pelota. Esto es muy serio —concluyó firme.

—¿Quiere que vayamos a ver a don Cosme?

—¿En su tarde libre? Nos dará cualquier explicación para que nos olvidemos del asunto al menos hasta mañana —dobló con mimo la pequeña tela y la deslizó en su bolsillo—. Sigamos buscando.

No faltaban llaves, por tanto no tenía sentido recorrer el pabellón masculino en busca de Alma. No se les ocurría dónde mirar.

—Supongamos que ha logrado salir y no ande lejos pensando como entrar otra vez.

Leonora le miró sopesando su propuesta. Nada perdían por intentarlo.

Alma miraba embelesada a lo lejos, más allá del muro donde el cielo se fundía con el mar. Nada ocupaba sus pensamientos excepto la necesidad de atender la llamada que insistentemente se repetía en su cabeza. Nada le dolía, ni su castigado cuerpo, ni siquiera su maltrecho corazón.

Una fina sonrisa se dibujaba en su rostro.

Todo está bien. No temas.

De Alma se había apoderado una profunda e intensa calma. Sus ojos captaron la presencia de la señorita Leonora y de Félix que atravesaban el jardín. Les siguió con la mirada sin saber porqué. Alguien ajeno a ella guiaba su mirada, sus manos, sus emociones. El mismo que le envió una señal de alerta cuando vio que tras perderse por una estrecha puerta que daba a un pequeño distribuidor junto a la cocina, la pareja había aparecido al otro lado del muro.

«¡Ahora!». «Es tu oportunidad».

Alma se puso de puntillas para mirar. Se asomó demasiado.

Alguien la vio.

Rápidamente salió del dormitorio guiada por quién quiera que hubiera tomado el mando de su voluntad. Iba confiada con esa guía. En su boca persistía, firme, esa suave sonrisa. Nadie en el pasillo. Bajó los escalones que la llevarían a la segunda planta. Ningún ruido. Continuó con su lenta pero segura marcha.

Todo está bien. No temas.

Al llegar a la planta de la cocina, ruidos lejanos de cacharros, movimiento de carros. Ruidos que una hora antes la hubieran sobresaltado aconsejándola volver sobre sus pasos o esconderse en cualquier sitio, ahora no iban con ella. Siguió su camino. Al final del pasillo, a la derecha un pequeño descansillo al que daban varias puertas. Despensas, un cuarto donde se guardaban utensilios de cocina, otro almacén. Un acceso al jardín y otro a la libertad.

Empujó la puerta.

La libertad...

Con una mano a la altura de la oreja sujetando sus gafas, corrió y corrió. A cada paso sentía como su cuerpo se recargaba. Corría feliz, sonriente. Rodeó la muralla de El Bosque, sus piernas la llevaban en dirección al ancho mar. Cruzó el camposanto y

siguió con su loca y dichosa carrera. Parecía que nunca alcanzaría su objetivo de tan ansiosa que estaba por llegar. Exhausta, con el corazón bombeando al máximo de su capacidad, al fin lo alcanzó. El ruido de las olas al romper al pie del acantilado, la suave brisa que susurraba su nombre al oído...

Alma...

... el sabor a sal de las finas gotas que golpeaban su cara, la inmensidad del Cantábrico... sobre todas esas sensaciones reinaba un olor, un profundo olor a libertad.

«Papá... mamá...».

Los brazos en cruz, la mirada al cielo, los pies en el borde del acantilado.

La sonrisa en su rostro.

Todo está bien. No temas.

Voló.

A Fran no se le había pasado por alto la goma que cruzada el pecho de la señorita Leonora, ni lo que sujetaba; la cámara de Sebas. Escaleras arriba se planteaba la posibilidad de echarlo todo a perder. Bastaba con regresar y hacerse con la cámara tirando de ella. Extraería el carrete y se la devolvería. Sin más explicaciones.

No quería que nadie viera a Alma como él la vio. Quizá ella se lo agradecería. Optó por continuar rumbo a su dormitorio sin dejar de dar vueltas a la cabeza. Se preguntaba qué sería mejor, si destruir el carrete y que nadie tuviera acceso a las fotos, por tanto sus amigos no serían castigados, o que todo el mundo pudiera ver la humillación y el horror sufrido por Alma, pero con sus amigos detenidos por la policía.

Le dolían las costillas y los nudillos. Sabía que no tardarían mucho en ir a buscarle a su habitación después de la pelea con el gordo. Le echarían la culpa a él o a Alma de la desaparición de la cámara. O a los dos. Era sencillo imaginar sus caras cuando se enteraran que la directora la llevaba encima, a la vista de todos. Tardaron menos de lo que pensaba.

Golpes secos en la puerta.

Una contraseña conocida.

Fran volvió la cabeza sin aparente interés. Miraba por la ventana. Necesitaba tomar una decisión. No era fácil sin contar con ella. Sí, se había portado mal, muy mal...

«Como un maldito cobarde».

... pero no quería empeorar aún más las cosas. ¿Debería buscar a la señorita Leonora y decirle lo que guardaba la cámara de fotos? Sin olvidar ofrecer alguna respuesta convincente que justificara cómo había conseguido esa información. ¿O sería mejor esperar a que Alma diera señales de vida y que fuera ella, junto con su propio testimonio, la que los denunciara?

—¡¡Alma!! —gritó para sí. De su boca no partió ni el más leve sonido.

La contraseña se repitió en la puerta.

—¡¡Alma!! —Con la boca a medio cerrar, los ojos abiertos todo lo que daban de sí, Fran juraría que la estaba viendo en la última planta del pabellón de las chicas.

«¿Qué está mirando?».

Daba la sensación de que se estaba esforzando por ver algo. Fran siguió la dirección de su mirada. Félix y Leonora se perdían por la puerta que daba a la cocina. Una fría corriente le subió por los pies haciéndole temblar.

De nuevo el repiqueteo en la puerta.

«¡Largaos de una puta vez!» gritó mentalmente.

Volvió a asomarse. Alma había desaparecido.

—Mierda —esta vez sí que se oyó maldecir.

Quizá ella también se había dado cuenta de que la directora llevaba la cámara colgada. Esperó unos segundos, los suficientes para comprobar que no habría más golpecitos en su puerta y abrió. Con la cabeza asomada pudo comprobar que el pasillo estaba vacío.

Corrió.

Los últimos metros antes de llegar a las escaleras los salvó deslizándose sobre el frío suelo. De dos en dos fue bajando los escalones intentando hacer el menor ruido posible. No pensaba detenerse ni aunque le llamaran a gritos. La prudencia le hizo bordear el jardín para que no le vieran desde las habitaciones. Una vez en el pabellón de mujeres se encaminó hacia el dormitorio de su hermana. Alma debería encontrarse en el piso de arriba. Con la boca seca, las manos sudorosas y el corazón sacudiéndole frenéticamente en el pecho golpeó con los nudillos en la puerta.

—Esther... —murmuró con la boca pegada a la hoja.

Nada.

—Esther... soy yo, Fran.

Respiró aliviado, al otro lado alguien se movía.

La puerta se abrió lentamente. Su hermana le miraba sorprendida.

—¿Pero qué haces aquí? Cómo te vean... —expuso dejándole pasar mientras escrutaba con preocupación el pálido rostro de su hermano—. ¿Qué te pasa?

—Alma...

—¡¿Ha aparecido?! —exclamó emocionada.

—Creo que está arriba, la acabo de ver desde mi habitación.

Esther no recordaba haber visto a su hermano en ese estado de nervios. No podía ser solo por su amiga. Algo más sucedía y estaba dispuesta a averiguarlo.

—¿Estás seguro? —quiso saber mientras se calzaba. Sin esperar respuesta añadió —: Vamos.

Fueron directamente a la habitación donde Fran creyó verla. Estaba cerrada. Esther le miró decepcionada. Fran probó con la siguiente. Cerrada. La otra... bajó el picaporte y la puerta cedió a su impulso.

—Alma... —siseó Esther mientras barría la estancia con la mirada.

La gruesa colcha de invierno guardaba la forma de alguien sentado sobre ella.

Restos de rodajas de melón y pan sobre la mesa. Los dos hermanos se miraron.

—Llevas razón ;Ha estado encima de mi cabeza todo el rato y no he sido capaz ni de imaginarlo! —se lamentaba con los ojos cargados.

—No tenías por qué saberlo.

Fran le dijo que Alma miraba a la directora y a Félix que habían entrado en el pabellón.

—¿Por qué saldría de su escondite?

Otra vez la cabeza del hermano mayor se debatía entre confiarle a su hermana lo que sabía o dejar que fuera su amiga la que se lo comentara cuando la encontrasen. Tener la certeza de que había estado allí unos minutos antes les otorgaba la tranquilidad de que todo había llegado a su fin y Alma aparecería pronto, quizá en pocos minutos.

La noche llegó sin noticias.

Las mismas que al despertar del día siguiente. Ninguna.

—Tengo que hablar contigo —le susurró Fran a su hermana al terminar el desayuno. Las oscuras ojeras delataban las noches en blanco que llevaba. Esther reparó en su mala cara. El cetrino tono de su rostro.

—Soy un cobarde, lo vi todo —balbuceaba con la vista fija más allá de la grava del suelo—. A Alma la vio...

—¿Es de alguno de ustedes esta cámara? —Leonora balanceaba en el aire la Kodak de Sebas.

—No, no es mía, no... —Fran giró sobre sí mismo y se alejó a paso rápido. No quería que su hermana viera la cara de pánico que se había apoderado de él.

La directora y Esther le observaron alejarse.

—Tampoco es mía —acertó a decir—. ¿Se sabe algo?

Leonora negó levemente con la cabeza.

—La estamos buscando. No te preocupes, aparecerá antes de lo que pensamos —afirmó con escaso convencimiento—. Si hay algo que debiera saber, este es el momento.

Esther agachó la cabeza y negó.

Los dos hermanos mantenían un pulso mental entre lo correcto y lo que dictaba su corazón. Ambos mostraban, a su manera, fidelidad a Alma. Esther, manteniendo oculta su escapada a la fiesta. Él, dejando que fuese Alma la que decidiera cómo deseaba actuar. Le bastaba con rogarle a la directora que revelara el carrete de una puñetera vez, le faltaba el valor suficiente para decidir por ella.

Sin haber hablado entre ellos coincidieron en dejar pasar ese día. Si continuaba sin haber noticias de su paradero, Fran hablaría con su hermana y juntos se lo contarían todo a Leonora, después irían al despacho de don Cosme. Esther le diría a su hermano que iba a chivarse a la directora de la fiesta del sábado. Confiaba en que Fran lo entendiera. Lo hacía por Alma.

No les dio tiempo a llevar a cabo sus planes.

Los acontecimientos se precipitaron.

Héctor

Dos días fue el tiempo que le llevó al comisario aceptar, a regañadientes, que Mendía, Romero y Prados hicieran una visita al ático de Fermín. Una cosa era investigar por su cuenta desde la comisaría y otra muy distinta hacerlo en el propio escenario. En un primer momento rechazó la propuesta de la subinspectora. No quería hablar más de ello. Sin embargo, antes de abandonar la sala se volvió.

—Déjenme que lo piense.

Romero miraba sorprendido a su compañera. No sabía si era fruto de la poca experiencia en trabajos de campo o simplemente descaro, lo que le llevó a Rocío plantear su propuesta.

—Lo que me sorprende es que haya dicho que se lo va a pensar —apuntó Mendía rascándose la cabeza—. Tiene prohibido investigar ese caso. Bastante se arriesga con que metamos las narices extraoficialmente.

—Si los que quieren que abandonemos han pasado ya por el ático no encontraremos nada —murmuró Rocío consultando sus notas— pero merece la pena comprobarlo.

—¿Crees qué por órdenes del Presidente del Constitucional o del comisario principal pueden haber eliminado pruebas?

Como respuesta Rocío levantó los hombros.

No iba a ser ella la que pusiera en tela de juicio el proceder de aquellos, todo apuntaba a que algo extraño sucede cuando se impide que la policía investigue unas extrañas muertes. Lo que se consigue con ello, es que los implicados comiencen a dudar y elucubren teorías en las que las acciones de los poderes a quienes debían rendir pleitesía, dejen cierto tufillo en el ambiente.

Ella estaba para colaborar con sus compañeros y ofrecer su punto de vista en la investigación y no para discrepar públicamente de sus superiores. Pero si pudiera responder en voz alta y clara, con franqueza, la respuesta sería, sí. Sí que estaba convencida que había gato encerrado y sí, que alguien había dado órdenes concretas para que se eliminasen pruebas del lugar donde sucedieron los hechos.

Sin ninguna duda.

Un oficial entró con un par de abultados sobres para los inspectores.

—Gracias, Ramón —Mendía se hizo cargo de ellos y rápidamente extendió el contenido sobre la mesa.

—Todo este asunto no huele nada bien, precisamente por ello debemos andarnos con pies de plomo —indicó Romero mirando a su compañera.

—Tenemos que conseguir vincular ambos asesinatos —intervino Mendía dando una larga calada a su Fortuna—. No encuentro ninguna relación entre los tres individuos. El único punto en común es la edad. Mes arriba o abajo rondan los treinta y tres.

—Cierto.

—¡Mirad! Aquí hay un dato más antiguo que los tenemos sobre Fermín y Sandro Cobriña.

Mendía les mostró uno de los informes que les acababan de llegar.

—Ingresó en el ejército a los diecisiete años —murmuró Romero—. Saiz de la Puebla hizo la mili repartida entre varios veranos y seis meses continuados, mientras estaba en la universidad. Cobriña... veamos...

—Ahí —señaló Mendía—. Cobriña se alistó con veinte años. ¡Mierda! No coincidieron en el ejército. A ver este expediente de Andrés Romero...

—Ni tampoco en colegios. Los dos primos solo fueron juntos a PREU, después cada cual siguió su camino hasta unos días atrás en que fallecen a la vez —Rocío consultaba diferentes informes mientras recitaba en voz alta sus pensamientos—. Creo que hay que averiguar qué pasó durante ese curso y si los tres coincidieron en algún sitio o sucedió algo con todos ellos.

—... hijo y nieto de generales de la Guardia Civil. Tendremos que ir a hablar con su familia... Pero antes se lo comunicaré al comisario.

—Vámonos —con paso decidido Romero se encaminó hacia la puerta.

Rocío permaneció en la sala revisando el nuevo material que le acaban de entregar, del que Mendía había obtenido el dato de la familia del presunto suicida del Puente de Segovia. Aprovechó para ventilar la habitación. Con la ventana abierta inspiró varias veces llenando sus pulmones de aire menos viciado del que llevaba respirando toda la mañana. Nubes de diferentes tonos y formas cubrían el cielo. Cruzó los brazos. Una repentina brisa fresca le hizo frotar sus antebrazos. Observaba a la gente caminar ajena a lo que les podía acechar en cada esquina, en cada relación. Por eso se hizo policía. Quería ayudar a los demás a resolver circunstancias que por sí mismos, quizá por falta de medios o de valor, no podrían hacerlo. Por eso no entendía como había superiores capaces de impedir una investigación.

Ella no se había hecho policía para eso.

—Es una investigación en curso. Vayan a interrogar al general Venancio Rodrigo. Ya saben, las condolencias primero —aconsejó el comisario.

Los inspectores aparcaron el coche junto a la Avenida de Bruselas en el Parque de la Avenidas. Se trataba de un conjunto de edificaciones que a principios de los sesenta limitaba al casco urbano de Madrid por el noroeste, en el primer kilómetro de la carretera de Barcelona.

—El general les está esperando —la criada señalaba con una mano en dirección al *hall*—. Esperen aquí un momento, por favor —dijo antes de perderse por una doble puerta de cristal esmerilado que apenas dejaba interpretar unas sombras al otro lado.

Mendía y Romero miraban con interés las fotos colgadas en la pared. En una aparecía el general. En otra el que debía ser el abuelo del fallecido, también general. Otras estampas familiares con los hijos ya crecidos.

—¿Le ves en alguna?

Una voz grave, a espaldas de ellos, contestó a la pregunta de Mendía.

—Si buscan a mi hijo no le encontrarán en esos marcos —un hombre alto de porte recto y orgulloso les miraba fijamente.

—Venancio, por favor... —tras él surgió como de la nada un elevado y elaborado moño en cuya base una mujer menuda con los ojos enrojecidos les miraba compasivamente.

—Se enteraran de todos modos. Más vale ser francos desde el inicio. ¿No lo creen así, caballeros?

Ambos inspectores asistían a la escena como meros espectadores. Un par de miradas furtivas entre ellos les convenció que lo mejor en esas circunstancias era presentarse y mostrar sus condolencias.

—Inspector Romero —dijo extendiendo su mano— mi compañero el inspector Mendía. Queremos presentarles nuestras condo...

—Al grano, por favor. En unos minutos tengo una reunión con el ministro —cortó el general sin invitarles a pasar al salón.

—Gracias... —balbuceó la mujer mientras deslizaba el extremo de un pequeño pañuelo por sus escocidos ojos—. Pasen, por favor.

A ninguno de los dos inspectores se les escapó la firme mirada que le dedicó el general a su esposa. Sin darse por aludida insistió:

—Por aquí, por favor.

Dos minutos después tomaban asiento en el salón en torno a una mesa baja de cristal. Tras asegurar, que no convencer, que para los anfitriones sería un placer que aceptasen una taza de café, Mendía y Romero formularon sus primeras preguntas.

—¿Insinúa que pudieron asesinar a mi hijo? —exclamó con las manos en la cara la mujer de general.

—No lo sabemos con certeza, señora, pero es una línea de investigación.

Venancio Rodrigo lanzaba no pocas miradas a su reloj.

—¿Quién iba a querer matar a un desgraciado como él? —escupió el general—. Les agradezco su visita. Mi hijo decidió llevar su propia vida tiempo atrás y nada sabemos de sus andanzas en los últimos años —expuso el general poniéndose en pie—. Lamento no poder ser de más utilidad. Con su permiso, me espera el ministro. Querida ¿te importaría atender a los inspectores como merecen?

Mendía pensaba que ese tipo de individuos ya no existían. Esa absurda formalidad, esa falsa modestia, eran de otra época. No le gustó la actitud del guardia civil. Tenía su derecho a no mantener una buena relación con su hijo Andrés, pero estaba firmemente convencido de que debería haber guardado las formas ante dos extraños como ellos. Al despedirse y continuar con las preguntas, el inspector

luchaba por dar un calificativo a la mirada del general. ¿Enfado? No, no era eso. Se trataba del algo menos definido, como si al hablarles su mirada estuviera más allá. ¿Recelo? Sí, podría ser recelo, y algo de... ¿Temor?

«Podría ser, pero... ¿temor a qué?».

Sin que los dos inspectores repararan en ello, Venancio Rodrigo se llevó el índice a la frente repetidamente mientras miraba a su esposa. Era su forma de avisarla que tuviera cuidado.

—No lo tengan en cuenta —intervino la mujer del general— nunca ha podido superar que nuestro hijo mayor no haya seguido sus pasos, como él siguió los de su padre. Menos aún que no fuese un espejo en el que pudieran mirarse sus hermanos pequeños.

—¿Sospecha de alguien que quisiera mal a su hijo?

La mujer se quedó mirando a Romero unos segundos en silencio antes de contestar. Como bien había comentado su marido, no habían tenido muchas noticias de él en los últimos tiempos. Poco les podría aportar.

«De aquello han transcurrido ya muchos años...».

—Él no lo sabe —levantó levemente la cabeza en dirección a la puerta por la que instantes antes su marido había abandonado el salón— pero recibí una carta de Andrés y...

—¿Qué sucede? —quiso saber Mendía al observar que la señora parecía estar lejos de allí.

—No me dijo que fuera a salir de cárcel. Ha llevado una vida muy difícil el pobre ¿sabe usted? No era mal chico, un poco alocado. En eso no le puedo quitar la razón a su padre, pero me pregunto si saben ustedes lo que hacía en el Puente de Segovia.

—Salió de la cárcel la mañana anterior.

—¿Se escapó entonces? —preguntó levantando las cejas.

—No, señora. Alguien pagó su fianza.

La mujer aguardó en silencio, esperando que añadieran algo más de información.

—Nosotros no fuimos, si eso es lo que les preocupa.

—Lo sabemos. Alguien le quería ver en la calle. Confiábamos en que usted nos pudiera dar alguna explicación al respecto.

A la mujer del general le resultaba imposible disimular que había algo que le asustaba. No compartía con ellos todo lo que sabía. Su mirada, a ratos perdida, la dejaba en evidencia.

—Ojalá pudiera ser de más ayuda. En esa carta no me decía nada de su puesta en libertad. Hace ya varios meses que la escribió. ¿Ustedes creen qué le mataron?

—No lo sabemos, pero no se nos ocurre ningún motivo por el que alguien que acaba de salir de la cárcel se suicide a las pocas horas. ¿Y a usted?

—No, no tiene sentido —apuntó con un hilo de voz.

Mendíaapuró su café y extrajo un Fortuna.

—¿Le importa?

—No, no, por favor. Seguro que es más agradable que los enormes puros que se fuma mi marido —señaló con una media sonrisa que a Romero le pareció próxima a la melancolía.

—Andrés llevaba en su poder bastante dinero, quiero que me responda con franqueza. ¿Fue usted quién pagó la fianza y le hizo entrega de cien mil pesetas?

La expresión temerosa de la mujer, la mano en su boca medio abierta, su tartamudeo al intentar iniciar una respuesta, les pareció verídica a los inspectores.

—Yo... no... no hubiese podido aunque lo hubiera deseado.

—Tiene idea de quién pudo ser.

La madre de Andrés negó. Escondió la cabeza entre las manos. Repentinamente y rápidas convulsiones comenzaron a agitar su cuerpo.

Los dos inspectores intercambiaron miradas. En otra situación hubiesen optado por salir de la casa dejando el interrogatorio para más adelante. Los labios apretados de Mendía y su ceño fruncido le decían a Romero que su compañero opinaba como él. Esa mujer escondía algo, si podían contar con alguna ocasión en la que la presencia de abogados y marido brillara por su ausencia era precisamente esta.

No se equivocaban.

—¿Quiere un poco de agua?

La señora levantó la cabeza y asintió. Romero miró en torno.

—Espere —cogió una pequeña campana. Al agitarla, el metálico sonido vino acompañado de la presencia de la mujer que atendía la casa. Un par de pequeños tragos después parecía que lo peor había pasado.

—¿Se encuentra mejor? —Mendía comenzaba a impacientarse. No le gustaban nada las escenas de lágrimas cuando sospechaba que la persona que interrogaba escondía algo. Sobre la mujer que frente a él bebía a lentos sorbos no tenía ninguna duda. Tendría que andarse con cuidado, no convenía que llegara una queja a comisaría tal y como estaban las cosas.

—Sí, gracias. Discúlpenme, solo soy una vieja sentimental —apuntó con gesto afligido.

«¿Qué esconde?».

—Le dicen algo las rosas blancas y las rosas negras —Mendía decidió soltarlo sin más. Si tenían algún significado importante para ella sus gestos la delatarían.

—¿Rosas negras? Nunca he visto una rosa de ese color. ¿Por qué me lo pregunta?

Romero había aprovechado para servirse otro café. Si hacían bien su trabajo no podrían marcharse de esa casa sin alguna información concerniente al caso. Lo primero era desviar la atención sobre las rosas.

Puesto que resultaba evidente que habían desaparecido datos de Andrés Rodrigo, de la misma manera que faltaban del caso de los primos, y como ese parecía ser el único nexo de unión entre ambos, lo soltó sin más.

—¿Señora puede decirme que pasó hace ya muchos años con su hijo Andrés? —dejó la pregunta en el aire, como si no la diera importancia— quizá nos sirva para

aclarar su fallecimiento.

Esta vez sí que la mujer no pudo disimular el efecto que la pregunta tuvo en su dolorida conciencia, tan enseñada a olvidar y tan incapaz de aprender. Un rápido fotograma llegó y desapareció de su mente como un latigazo. En él su marido la hacía un gesto antes de irse.

«Piensa lo que vas a decir».

Después de tanto tiempo no iba a empezar ahora a ensuciar aún más el nombre de su familia. Ningún bien le haría a nadie. Algo había pasado aquel verano, pero su marido no quiso compartirlo con ella.

«Será mejor que no lo sepas. No podrías soportarlo».

—A veces es mejor no saber... —Su voz apenas un susurro.

—¿Cómo dice?

La mujer abrió y cerró los ojos varias veces como si despertara de un extraño sueño y dudase del lugar en el que se encontraba. No podía hablar de lo sucedido, porque lo desconocía. Seguro que esos inspectores no la creerían y sería darles, además, un motivo de sospecha.

«Pensándolo bien...».

—No supo elegir bien a sus amigos —movió lentamente la cabeza mirando sus dedos entrelazados—. Ni de pequeño, ni en aquella época. Su mejor amigo, Héctor, le llevaba por el mal camino. Yo se lo decía...

Los inspectores se miraron entre sí

—... ese chico no te conviene hijo, ten cuidado...

—¿Héctor, dice usted? —quiso saber Mendía con la libreta en una mano y el Bic en la otra.

—... le avisé una y otra vez —la mujer seguía con la vista fija en sus manos— pero no hubo manera. Ya saben ustedes como son los chicos... —al fin levantó la cabeza—... a una madre nunca se le hace caso y además...

—Señora, *discúlpeme* —Mendía elevó ligeramente el tono de voz. La paciencia se le estaba agotando—. ¿Decía usted que el amigo de su hijo Andrés se llamaba Héctor?

—... una madre... ¿Eh? Sí, sí, Héctor era el que hacía con mi Andrés lo que le venía en gana y...

—¿Sabe su apellido?

La mujer frunció el ceño.

—¿Héctor...? ¿Héctor...? —mascullaba con los puños apretados intentando recordar— era un apellido común, Martillo o Morcillo, algo así. Su familia era italiana y el chico más bien bruto.

—¿Qué quiere decir con bruto?

—Para su edad estaba muy desarrollado, era alto y fuerte. Una mala compañía, inspector, un chico muy consentido.

—¿Podría indicarnos dónde localizarle? —Romero tomaba notas de las

declaraciones de la mujer.

De nuevo otro incómodo silencio.

De nuevo la mujer con la vista perdida.

Minutos después pareció volver en sí. Dio un corto sorbo a su café solo y sin azúcar, pasó una diminuta servilleta por la comisura de los labios, con sus ojos fijos en los inspectores, continuó.

—Apenas he tenido contacto con mi hijo, poco o nada les puedo añadir de su amigo. Aunque ahora que recuerdo... —la mujer desvió la mirada a un punto lejano — juraría que su familia regresó a Italia.

—Si recuerda algo más, su apellido o lo que sea comuníquenoslo —Mendía le dejó su tarjeta— quizá este individuo pueda haber tenido algo que ver en la muerte de su hijo.

El inspector no barajaba ninguna posible conexión entre Héctor y Andrés. Al menos no había nada que indicase que pudiera tener alguna implicación en la muerte de su amigo. Sin embargo, decidió jugarse una última bala, aunque fuese de fogeo. A la mujer del general parecía satisfacerle pensar en la total inocencia de su hijo a pesar de su extenso historial delictivo. Se limitó a ofrecerle una salida mental.

—Inspector ¿usted cree qué Héctor puede estar implicado? —la mujer optó por aceptar el cable tendido por Mendía—... ahora que recuerdo; su padre era embajador de Italia.

La señora se puso en pie. No había olvidado la pregunta que Romero le había formulado unos minutos antes.

—No le puedo responder a su pregunta inspector. Pero puedo decirle que algo sucedió hace tiempo. Desde entonces esta familia se descompuso, nada volvió a ser igual —a paso lento les acompañaba hasta la puerta—. Pregunten a Héctor y a su familia, seguramente se volvieron a Italia por ese asunto sino... ¿Por qué regresaron tan rápido?

Héctor aguardaba en una sala contigua al despacho de su padre. La última semana había sido la peor de su vida. Todo se les había ido de las manos desde aquella maldita fiesta. Lo único que querían era divertirse, beber un poco, fumar. Recordaba como el Indio llevaba chocolate y se hicieron unos canutos. La mayoría nunca había fumado y la novedad les empujó a probarlo. Se rieron mucho con las chicas. Pero cuando parecía que la fiesta había tocado a su fin, el Indio les reunió a todos.

—¿Habéis violado alguna vez a una tía? —soltó sin más, en el mismo tono que unas pocas horas antes les preguntó si se habían fumado un porro.

Ante las miradas de extrañeza de unos y de interés de otros continuó.

—A ellas les gusta. Es su fantasía aunque no lo reconozcan en público.

Héctor no podía negar que en esos momentos la excitación le impedía pensar en otra cosa. Todo iba bien hasta que apareció muerta.

«¡Mierda!».

Con la cabeza entre las manos se maldecía por su mala suerte.

«¡Y encima la puta cámara!».

Unos leves golpes en la puerta le devolvieron a la realidad.

—El embajador le espera en su despacho.

Héctor comenzó a sudar copiosamente. Su corazón a golpearle el pecho como si acabara de terminar uno de sus habituales partidos de rugby. Remetió la camisa por el pantalón y se dispuso a seguir al bedel.

Su padre ojeaba una carpeta mientras él permanecía en pie a un par de pasos de la puerta por la que acababa de entrar al amplio despacho. Le había llamado a primera hora para que fuese a verle de inmediato. No recordaba haberle visto tan enfadado en los últimos años.

Enfadado, sí.

Pero no histérico.

Aún así no pensaba dejar que le cargaran con la muerte de la tía esa. Él no había tenido nada que ver. Se había suicidado, asunto concluido. Avanzó un par zancadas con fingida seguridad.

—Papá no he tenido nada que ver con la muerte de la tía esa, dijeron que se había suicidado y yo...

—¡Cállate!

Héctor pudo observar los ojos de su padre por encima de las gafas, fijos en él. Su mirada helada y el rictus amargo, duro, como tallado en piedra le hicieron frenar en seco.

El embajador se puso en pie, dejó las gafas sobre la carpeta y rodeó la mesa. Su andar pausado contrastaba con la expresión de su rostro.

—Te juro que yo... —entre tartamudeos intentó enlazar una frase. El rápido movimiento del dorso de la mano derecha de su padre se lo impidió. Sorprendido por el impacto, tropezó dando con sus huesos en el suelo.

—No sé qué debo hacer contigo —el embajador se encaminó hacia el gran ventanal que daba acceso a una espectacular terraza. Desde allí, con la mirada en algún lugar del horizonte, continuó—: volverás a Italia, en cuanto mi relevo sea efectivo me reuniré con vosotros.

—Si es por la muerte de esa chica...

—¿Sabes que la policía española ha venido a verme? ¡A mí! —dijo con la cabeza girada en dirección a Héctor que aturdido se incorporaba—. No, no te acusan de asesinato. Ni a ti ni a ninguno de tus impresentables amigos.

—¿Entonces a qué viene esto?

El embajador recorrió enfurecido los escasos metros que le separaban de su hijo. Cierto que la policía había ido a verle por orden del ministro, pero no menos cierto que le habían rogado que abandonara su puesto. Varios jóvenes estaban involucrados, miembros de familias distinguidas, le dijeron. No querían que el asunto pasase a dominio público. Solo pedían que los implicados no volvieran a tener relación entre ellos y que en su caso concreto regresara a su país.

—¿Qué hicisteis a esa chiquilla?! ¡Por Dios, solo tenía trece años! ¿En qué coño estabais pensando? —gritó a pocos centímetros de la cara de su hijo.

—Nos divertimos un poco sí, pero no creo que...

—No quiero oírte... —le cortó— eres la vergüenza de esta familia. He tenido que pedir perdón en tu nombre y presentar mi dimisión como embajador en España.

—Mi dispiace...

—¿Dé qué vale ahora que lo sientas? ¡Lárgate!

Héctor comenzó a gimotear. Sus hombros se movían al compás de cortos y repetidos temblores.

—No me hagas numeritos, sabes que no me gustan. Sécate las lágrimas y compórtate como un hombre... aunque no lo seas. Recuerda no hablar nunca con nadie de ese internado. ¿Me he explicado bien?

El chico asintió. La cabeza del embajador apuntando de nuevo en dirección a la carpeta daba por concluida la reunión sin posibilidad de extenderla ni un segundo más.

No había nada que añadir.

Héctor lo sabía.

Al llegar a la calle hurgó en sus bolsillos. Necesitaba monedas. Unos metros más allá se encontraba lo que andaba buscando. Aceleró el paso y se introdujo en la cabina de teléfonos. Aún le sudaban las manos. Tras frotarlas en su pantalón marcó un número.

—¡Putra fiesta! —exclamó dando un puñetazo en la pequeña repisa, bajo el teléfono, mientras escuchaba el tono de llamada.

—Nos dijo que el apellido le sonaba como Martillo o Morcillo... —Mendía repasaba los nombres de los embajadores italianos en España durante los últimos años—. ¿Hasta cuando me remonto?

—Hasta que encontremos un apellido similar al que os dijo la mujer del general —intervino Rocío—. Quizá nos dé una idea del año en que el hijo del embajador o su familia regresaron a Italia.

—Es posible que esa fecha coincida con el año en que sucedió no sabemos qué, pero lo suficientemente importante para que se suiciden tres personas.

—Tres, por el momento...

La entrevista que mantuvieron los inspectores con la señora de Rodrigo había salpicado la investigación de unos minúsculos puntos de luz. Seguían sin saber qué era lo que había motivado las muertes, ni siquiera si se trataba de suicidios o asesinatos, sin embargo, la mujer les había mostrado un camino con el objeto de exculpar a su hijo de lo que pudieran encontrar. La creyeron cuando aseguró que no sabía lo que había acontecido pero que a partir de ese momento su familia se descompuso.

—¡Aquí! —Mendía señala un nombre del listado— Marco Martello, embajador italiano, marzo de 1980 a abril de 1981. Se parece mucho a Martillo y a Morcillo.

¿No os parece?

—¿No creéis qué es un período de tiempo demasiado corto?

Romero asintió mirando a su compañera.

—Nos vamos a la hemeroteca, allí podremos investigar con tranquilidad a ese embajador.

—Acordaos que tenemos que hacer una visita al ático de los primos —les recordó la subinspectora.

Prados repasaba cada línea de la declaración del dueño del Camaleón Rojo. Quería forjarse una idea de lo que pudo pasar por la cabeza de Rodrigo antes de caer por el Puente de Segovia.

—Una mujer le esperaba en un coche... —murmuró recordando—. ¿Qué interés podía tener esa pareja en alguien como Andrés Rodrigo?

Mendía y Romero llegaron a la hemeroteca. No se identificaron como policías. Cuantas menos pistas dejaran sobre su presencia, mejor. No dudaban de los largos tentáculos del Presidente del Tribunal Constitucional y del comisario principal. Tentáculos que podían alcanzarles cuando menos se lo esperaran.

Tentáculos, que les iban a alcanzar antes de lo que podían imaginar.

Unos pocos días.

Fueron directamente a la fecha que les interesaba. Diez de marzo de 1980 «... *el nuevo embajador de Italia, el excelentísimo señor don Marco Martello, saluda a su Alteza Real el Rey don Juan Carlos...*».

—Mira aquí —Mendía señaló un párrafo al final de la hoja. Nada más leerlo, Romero fue a buscar el periódico de diciembre de 1970.

«... *se trata de su segundo destino en nuestro país...*».

El inspector regresó con un grueso volumen que abrió sobre la mesa. Fue pasando las hojas hasta dar con la fecha de la noticia que buscaban.

«... *el embajador de Italia don Marco Martello ha presentado su dimisión alegando motivos familiares que requerían su presencia inmediata en su país. Su hermetismo al respecto ha generado una serie de rumores que apuntan en diferentes direcciones. La más plausible tendría a su mujer doña Antonella en el origen de su renuncia. El embajador se ha negado a dar más información alegando que ha presentado sus argumentos a quién corresponde...*».

—Busca abril de 1981. Resulta extraño que durase tan poco tiempo su segunda etapa como embajador —Romero seguía ojeando su volumen de primeros de los setenta y Mendía el suyo hasta dar con la fecha indicada por su compañero.

«... *un nueva desgracia se ceba sobre la familia del embajador de Italia. Un accidente de moto acaba con la vida de su hijo, Héctor. Una pareja alertó a la Guardia Civil del fatal accidente...*».

—¡Joder! Para una pista que teníamos.

—¿Y si no fue un accidente? —insinuó Romero.

Tomaron nota de las fechas y abandonaron la hemeroteca. Sentados en el coche

trataban de buscar alguna conexión entre los datos aportados por la esposa del general y la investigación en curso.

—Lástima que la mujer de Rodrigo no haya querido darnos más información. Estoy seguro de que sabe más de lo que dice, aunque afirme que la mantuvieron al margen de lo que fuese que sucedió.

—Coincido contigo —Romero se enderezó en el asiento— pero no olvides que gracias a ella disponemos del único hilo del que podemos tirar. Es tan fino que se puede romper en cualquier momento pero no tenemos otra cosa.

Una vez en comisaría se reunieron con el comisario Rovira y con la subinspectora Prados.

—Al menos contamos con un año concreto en el que debió suceder algo que implicaba a Fermín Saiz de la Puebla, Sandro Cobriña, Andrés Rodrigo y Héctor Martello —intervino Rocío— las rosas nos muestran que entre los tres primeros hay algo en común. Si conseguimos acceso al atestado de la Guardia Civil sobre el accidente de moto...

—Podríamos averiguar si encontraron una rosa blanca y otra negra junto al cuerpo —apuntó Romero.

Los tres miraron a Rovira.

—Pueden proceder con la investigación. Nadie nos ha impedido que recabemos información del embajador italiano, ni de su hijo —convino Antonio Rovira poniéndose en pie camino de la puerta—. Aunque me temo que no tardarán mucho en hacerlo —concluyó antes de salir.

Sus temores no eran infundados.

Las últimas palabras del comisario flotaron en el ambiente durante unos eternos segundos, generando un profundo silencio en la sala, durante los cuales Mendía aprovechó para encenderse un Ducados. Le gustaba combinar tabaco rubio y negro. Habanos y Marlboro eran sus favoritos. En esos momentos solo disponía de Fortuna y del paquete que el comisario se había dejado sobre la mesa. Romero se sirvió un café, Prados miraba a sus compañeros de hito en hito esperando algún comentario a las palabras de Rovira. Como no abrían la boca decidió intervenir.

—¿Es algo habitual?

Ante los gestos de extrañeza de sus compañeros continuó.

—Quiero decir que si las altas esferas suelen poner trabas al comisario en las investigaciones —aguardaba respuesta mientras removía su café.

—No diría que sea algo habitual —Romero tomó la palabra al ver que su compañero se mordía la lengua— pero en ocasiones sucede que...

Mendía dio dos largas caladas a su pitillo antes de aplastarlo contra el cenicero, como si le culpaba de lo que iba a decir a continuación, con tal ímpetu que a punto estuvo tirarlo al suelo.

—Sí, Prados, es mucho más habitual de lo que te dice Romero —nervioso, se pasó el dorso de la mano por la boca. Era un tema que le sacaba de sus casillas—.

Cuando la investigación se acerca a algún político o a sus familiares o a un alto cargo de lo que sea que cuente con contactos, comienzan a utilizar sus influencias para que no sigamos adelante. ¡Estoy hasta los cojones!

Romero le miraba como si su comentario le pareciese exagerado.

—No me mires así. ¿Recuerdas al sobrino del ministro? ¿A la mujer del alcalde? ¿Y qué me dices de los robos de esas urbanizaciones cuando descubrimos que los ladrones eran los propios vecinos, hijos de un militar, varios empresarios, el teniente de alcalde...? ¿Lo recuerdas?

Romero asintió.

Del último caso al que se refería su compañero habían transcurrido un par de años. Los demás fueron anteriores. En todos ellos les apartaron de la investigación. Nunca supieron como terminaron, aunque las sonrisas de algunos de los implicados al cruzarse con ellos, como en el caso de los robos a los que se refirió Mendía, no necesitaban más explicación. Sus padres asumirían los gastos ocasionados y caso cerrado.

Que no olvidado.

No para los inspectores.

—¡Me toca los cojones volver a encontrarnos en un asunto parecido!

—Cálmate, tampoco creo que al comisario le haga ninguna gracia, como a mí, pero mientras podamos seguir investigando lo haremos.

Rocío asistía entre decepcionada, por lo que oía de boca de Mendía, y animada por lo que acababa de decir Romero.

—Quizá sea el momento de ir a visitar el ático ¿no os parece? Antes de que nos prohíban investigar cualquier muerte que se relacione con rosas blancas y negras.

Los dos inspectores intercambiaron unas miradas cómplices. El estado de ánimo de Mendía le empujaba a aprobar la propuesta de su compañera sin perder un minuto. Romero, más cauto, hubiera apostado por seguir los cauces legales. Si las cosas sucedían como el comisario había apuntado no les quedaba mucho tiempo para echar un vistazo a ese lugar.

«¿Qué habría de malo en ello?».

—Solo un vistazo ¿eh? —convino con la vista fija en Rocío que asentía sonriente.

—¡Este es mi compañero! —soltó Mendía dándole una palmada en la espalda.

Comunica.

Mira a su alrededor y vuelve a intentarlo.

—¡Cuelga el teléfono, joder! ¡Cuélgalo! —Héctor golpeaba la repisa de la cabina insistentemente. Dos mujeres, que esperaban su turno, le observaban recelosas.

Lo primero que le pasó por su aturdida mente fue mandarlas a la mierda y gritar qué coño miraban, pero no era el momento para iniciar ninguna bronca. Necesitaba calmarse. Abandonó la cabina y se encendió un pitillo. Cabizbajo comenzó a pasear por la Castellana. Nunca se había podido imaginar que su vida fuera a ponerse patas arribas de aquella manera.

«Esa niñata se lo buscó».

El Indio les había jurado que la chica se lo pidió. Todos lo pasaron bien ¿o no? Quizá su muerte se debiera a un maldito resbalón. ¿Qué culpa iba a tener él? ¿Qué hacía fuera del internado si tenían prohibido salir?

Levantó la vista del suelo para cruzar la calle. Tiró el pitillo y encendió otro. En la siguiente esquina otra cabina de teléfono atrajo su atención.

Lanzó el pitillo contra una farola antes de entrar. Nervioso, buscaba monedas en su pantalón. Al sacar la mano se le cayeron unos duros al suelo.

—¡Mierda!

Cuando al fin consiguió marcar respiró aliviado. El familiar sonido de aviso de llamada le aceleró el pulso.

—Cógelo, cógelo... —murmuró.

Dos tonos más y contestaron.

—Ahora le aviso —afirmó la criada.

Los segundos de espera se le antojaron como minutos.

—¿Héctor...? —la voz apagada de su amigo le confirmó que sus padres habían tenido una conversación similar con él—... te he llamado a tu casa pero me han dicho que no estabas.

—Mi padre me quería ver en la embajada. ¿Ya lo te lo han contado, no?

La mejilla de Andrés aún guardaba el calor del golpe que el entonces coronel le había propinado minutos antes. Como recuerdo pasó la palma de su mano por el pómulo que continuaba hinchándose.

—Sí. Imagino que me han dicho lo mismo que a ti.

—¿¡Quién coño se ha chivado?! Si la chica esa está muerta. ¡Solamente se trataba de una puta fiesta, joder!

—La violamos entre todos. No sé por qué lo hicimos, pero la cagamos, Héctor.

—El Indio dijo que ella quería...

—¿Ahora qué importa lo que dijera, tío? La tía está muerta, alguien tiene que pagar.

A Héctor comenzaba a oprimirle el pecho. Encendió otro cigarro.

—¿Qué vas a hacer?

—Mi padre me acaba de decir que voy a un internado en Murcia, luego esperan que me aliste en el ejército. Tu llamada me ha librado de la segunda bronca. ¿Tú qué planes tienes?

—Vuelvo a Italia. Mi padre tiene un cabreo de narices. Ha presentado la dimisión.

—¿Ha dimitido? La cosa está fea, sí. ¿Te han dicho que no podemos hablar entre nosotros y con nadie del Inter?

—¡Qué les den por el culo! —exclamó Héctor en un intento de reflejar una confianza en sí mismo que estaba muy lejos de sentir.

—Oye, Héctor...

—... ¿Héctor...? ¿Con quién coño estás hablando? —una voz conocida se coló

por el auricular, el hijo de Marco Martello se quedó con la boca a medio cerrar—. *¿Héctor?* —repitió esa voz— ...*¿el hijo del embajador?*

—No papá, es... es... —un golpe seco al otro lado de la línea— un amigo que...

—... *¿No te ha quedado claro lo que te acabo de decir, eh? Llamaré ahora mismo al padre del imbécil de tu amigo* —un doble golpe, un gemido ahogado y un clic pusieron fin a la comunicación.

Héctor Martello salió de la cabina con el miedo reflejado en su rostro.

—Cómo el hijo de puta ese llame a mi padre... ¡Me cago en él!

Hacía varios años que conocía a Andrés durante los cuales no había llegado a congeniar ni con la cursi de su madre, ni con el bruto de su padre, que todo lo quería resolver a golpes o a gritos. O ambas cosas a la vez. Cuando les enviaron juntos al internado el pasado verano, hicieron como si la idea les desagradara. Comparado con el verano familiar que les esperaba, de vacaciones para todos menos para ellos, El Bosque era una opción extraordinaria. Les permitía estar juntos y correrse alguna juega. Los dos estaban hartos de los últimos veraneos. A las ocho arriba. Clase hasta la hora de comer viendo el mar desde el mirador que hacía las veces de sala de estudio. Por la tarde a terminar los ejercicios que les habían puesto por la mañana. Así un día y otro día.

El Bosque era la solución a su verano.

El Bosque fue el inicio del final de sus vidas.

Dos días después abandonó Madrid camino de Florencia, donde permaneció unos meses hasta que su padre fue destinado a Buenos Aires. Tanto desde Italia, como más tarde desde Argentina, trató de comunicar con Andrés. Las pocas veces que lo intentó siempre respondía a la llamada la criada con la misma estúpida frase:

—Residencia de los señores de Rodrigo...

«¿Residencia?». «¡Pero si es un puto piso! ¿Cómo llamaría esta al palacio que mis abuelos tienen en Florencia o a la casa de Roma?».

El período argentino tocó a su fin. De allí a Chile para terminar de nuevo en Italia durante unos meses.

Mientras duraron los destinos de Marco Martello en América del sur, su hijo no causó mayores problemas excepto un par de denuncias por alguna fiesta ruidosa o alguna llamada de un director de colegio. Todo terminó cuando comenzó sus estudios de economía. Al fin había logrado enderezar a Héctor. No fue tarea fácil. Una mezcla de ejemplo, disciplina y saber estar habían surtido el efecto buscado. La ayuda de Antonella, su mujer, había resultado fundamental para lograrlo. Ignoraba lo sucedido en el verano de 1970 en España. Al menos lo relativo a la muerte de la chiquilla esa.

«Lástima».

Para su mujer todo se debió al exceso de unos adolescentes en una fiesta prohibida para celebrar el fin de curso. El director les había pillado infraganti con la consiguiente expulsión. Nada más.

«¿Para qué contarle más?».

El embajador Martello se encontraba eufórico, feliz, radiante. Cualquier calificativo, incluso la suma de todos ellos, se quedaba corto para definir su estado de ánimo. Le acababan de comunicar la posibilidad de regresar a la embajada de Madrid. El PSOE acababa de ganar las elecciones y habían contado con él como cabeza visible de Italia en una España en transición y grandes cambios.

—«... don Marco Martello regresa a Madrid como embajador de Italia...» «... después de su paso por Argentina y Chile, su vuelta a España le llena de satisfacción, como apuntó a este periódico en el día de ayer...».

La familia Martello estaba contenta.

Alguien más. Alguien que tenía un sobre para Héctor.

Entrega en mano.

El hijo del embajador respiró profundamente. Le gustaba Madrid. Tras un frustrado matrimonio en Chile volvía a ser dueño de su vida. De pie, frente a la embajada veía pasar los coches. En la ciudad reinaban aires de cambio. La gente parecía más abierta que doce años antes cuando tuvo que marcharse precipitadamente.

Con las manos en los bolsillos comenzó a andar. Dobló la esquina y subió por la calle Velázquez en dirección a los primeros números. Daría un paseo por el Retiro. Recordaba haber hecho ese trayecto con su madre en numerosas ocasiones, en alguna otra, pocas, su padre les había acompañado.

Llevaba un par de semanas en Madrid. A primeros de año comenzaría a trabajar en una empresa de exportación-importación italiana con sede en la capital española. Hasta entonces disfrutaría del ambiente nocturno de la ciudad. Desde su anterior partida, a excepción de los primeros meses, no se había vuelto a acordar de su estancia en El Bosque. Formaba parte de una etapa de su vida que le parecía ajena a él. Sin embargo, llevaba unos días acordándose de Andrés Rodrigo.

«¿Qué habrá sido de él?».

La última conversación que mantuvieron desde una cabina de teléfonos, la voz del general, los ruidos que parecían golpes en la cara de su amigo y el clic que puso fin a la conversación le llegó hasta su cabeza como si acabara de vivirlo.

«Quieren que me aliste en el ejército» la frase de Andrés le animó a buscar un teléfono. Mientras sacaba una pequeña libreta de su cartera recordó las palabras de su padre. No debían hablar nunca, jamás, con nadie de aquel internado de verano.

«¿Nunca? ¿Jamás?».

Habían pasado doce años. Llegó a la conclusión de que nadie se acordaría de él. Mejor daría otro nombre si no contestaba su amigo. Al primer intento la misma frase que años atrás pero con otra voz.

—Residencia de los señores de Rodrigo, dígame...

Colgó.

Una par de horas después volvió a intentarlo. Esta vez decidió preguntar por su amigo a quién contestase, excepto si se trataba del bruto de su padre.

Otra cabina.

—¿Está Andrés? —sintió como su corazón se aceleraba ante la posibilidad de poder escuchar de nuevo a su antiguo compañero de fechorías.

—¿Andrés? —Héctor notó cierta extrañeza en la voz de mujer al otro lado del hilo telefónico—. ¿Desea hablar con el general don Andrés Rodrigo?

«General». Parece que al bruto de su padre le han ido bien las cosas.

—No, con el hijo, Andrés.

Breve silencio.

—Discúlpeme, llevé cuatro años en la casa y no he tenido la oportunidad de verle, salvo en fotos de la señora. ¿Quiere qué le pase con ella y que...?

Colgó.

No le hacía falta oír más.

Después de su reparador paseo por el Retiro regresó a la embajada.

—¿Cenas con nosotros, Héctor?

—No, mamá. He quedado con unos amigos —miró a su padre— y con el hijo del presidente de XPORTA.

—Bien. Espero que congeniéis. Su familia es de las más influyentes de Italia.

—Lo sé, lo sé.

«Cómo para olvidarlo, siempre con la misma cantinela».

Aquella noche Héctor salió de la embajada, vivo, por última vez.

La siguiente salida sería en dirección al cementerio.

Arrancó la moto y puso rumbo a la calle Orense. Tomarían algo antes de ir a *Nubes*, *Verde y Plata*, *Milos Pub*, sin olvidarse de *Cerebro*, en la calle de Serrano su lugar favorito, su última parada. Eran las cuatro de la mañana cuando abandonó la discoteca. No quería regresar muy tarde porque estaban a martes y a pesar de que se encontraba de vacaciones no era cuestión de salir todos los días. Bien pensado ayer lunes a la una estaba en casa.

Sonrió.

Se despidió del portero con una palmadita en el hombro, tras darle una propina por vigilar su moto. Encendió su habitual Marlboro y a paso lento, el alcohol no le permitía demasiadas florituras, se encaminó hacia su BMW aparcada en la acera. Desde donde se encontraba creyó distinguir algo sobre el asiento de su moto. Se giró en dirección a *Cerebro* por si el portero le hacía alguna seña. Al verle, levantó su mano, una dentadura blanca en contraste con su oscura piel, le sonrió.

Parado frente a la moto miraba un pequeño plástico oscuro pegado al asiento por una cinta del mismo color. Con el cigarro entre los labios y entrecerrando los ojos para evitar el humo, despegó lentamente la tira adhesiva. De vez en cuando lanzaba furtivas miradas por si estaba siendo objeto de una broma. No había mucha gente por la calle, algunos coches, taxis y algún que otro adicto a la fiesta como él. La noche fresca le animó a subir la cremallera de su cazadora de cuero.

El pequeño plástico resultó ser una bolsa. En su interior un abultado sobre le

esperaba. Quizá fuera la mezcla de lo que su cuerpo había ingerido en las últimas horas o simplemente el ligero cosquilleo que atenazaba su estómago lo que le invitaba a realizar lentos movimientos.

—Héctor... —murmuró al leer su nombre escrito a mano.

Volvió a mirar en torno.

Volvió a sonreír.

Seguro que se trataba de alguna broma de sus amigos. Respiró tranquilo convencido de que así sería. Aplastó el pitillo con la puntera zapato y tiró de una esquina blanca de lo que parecía ser un papel doblado.

Leyó los dos primeros renglones.

«Héctor, han pasado doce años desde que violaste a Alma ¿lo recuerdas? No te preocupes, no queremos que confieses, ya no. Nos vale con que sientas el miedo que ella...».

Asustado, levantó la cabeza. Sus manos temblaban. Un frío sudor se había apoderado de su cuerpo. Aún no había reparado en ello, pero por su izquierda un coche bajaba por la calle Serrano, lentamente.

Muy lentamente.

Siguió leyendo.

«... decide cómo lo quieres hacer, tienes hasta mañana por la noche para poner fin a tu vida o si no estas fotos llegaran a tus padres, a todas las embajadas y a la prensa, pasado mañana...».

—¿Fotos?... —balbuceó.

El coche se aproximaba.

Apenas treinta metros los separaban.

La primera fotografía que sus entumecidos ojos le mostraron le dejó helado. De repente todos los vapores etílicos de su nublada cabeza se disiparon. En su lugar una sucesión de imágenes comenzaron a formarse en su cabeza golpeándole con inusitada dureza. Risas y excitación en las caras de sus amigos. Gritos y forcejeo, primero y calma, después, en la chica.

Extrajo otra foto.

Y otra. Otra más.

Ahí estaban todos. Se vio así mismo riendo mientras la agarraba de un brazo. En otra, sin dejar de sonreír, con su miembro en la mano, del que siempre se sintió muy orgulloso apuntando a la vagina de la chica.

Recordó la última conversación mantenida con Andrés, doce años atrás.

«La violamos entre todos. No sé por qué lo hicimos, pero la cagamos Héctor. Alguien tiene que pagar».

—¿Por qué yo...? —comenzó a gimotear mientras guardaba las fotos junto con la carta en el sobre que introdujo en el bolsillo interior de su cazadora.

—¿Por qué yo?

No podía quitarse la imagen de la chica de su cabeza.

Héctor subió a la moto y comenzó a llorar. Buscaba alguna forma de salir de esa situación. Si sus padres recibían el mismo sobre, y la prensa...

—¿Quién coño sois?! —gritó presa del pánico.

«¿Por qué ahora?».

El coche llegaba a su altura.

Héctor giró su cabeza sin motivo aparente.

La vio.

Sentada en el asiento trasero una chica con trenzas pelirrojas y gafas le miraba fijamente.

—No es posible... —balbuceó—... estás muerta...

Un profundo miedo se apoderó de su cuerpo y arrancó la moto. Metió primera, segunda, tercera y aceleró a fondo. El coche le siguió en su loca carrera. Llegó a la intersección con la calle Goya y la cruzó sin mirar. Siguió por Serrano hasta alcanzar la Plaza de la Independencia, donde a punto estuvo de irse al suelo al derrapar para tomar la curva. Giró a la derecha por la calle Alcalá, se saltó el primer semáforo en rojo. Por su cabeza no pasaba nada más que dar gas y huir.

Huir de todo.

Gas a fondo.

Era imposible, pero la imagen de esa chica se había grabado a fuego en su cabeza. De sus ojos brotaban lágrimas frías que apenas le dejaban ver. Poco o nada importaba. Solo huir.

Huir...

No lo vio. Sí pudo escuchar su grave claxon, pero ya era tarde.

Por la izquierda, justo al llegar al Paseo de la Castellana, un camión de la basura que terminaba su turno cruzaba la Plaza de Cibeles confiando en que la moto que venía por su derecha parase en el semáforo.

Pero no lo hizo.

El impacto fue brutal.

El vehículo arrastró al motorista y a su BMW durante cincuenta metros. Después fueron engullidos por las gruesas ruedas del camión. Héctor estaba tumbado en el asfalto, su cuerpo dibujaba una extraña figura como si quisiera levantarse y seguir huyendo a grandes zancadas.

Huir...

Una pareja bajó de un coche.

—Gracias, María.

Eran algo más de las siete de la tarde cuando la secretaria de Rovira entró en la sala con una copia del atestado de la muerte de Héctor Martello que entregó al inspector Romero.

—He hecho tres copias —apuntó sonriente— si no aireamos un poco este lugar la subinspectora dejará de respirar de un momento a otro.

Rocío se lo agradeció con una amplia sonrisa.

—¿Seguro que no le has dicho a María que entre de vez en cuando a ventilar? — quiso saber Mendía cuando la secretaria salió de la sala.

—No, no, es cosa de ella.

—No, si me parece bien. Mi mujer se pasa el día ventilando. Yo no me entero de si está o no cargado el ambiente —concluyó mientras sacaba del bolsillo delantero de la camisa un paquete de Habanos.

Romero permanecía en silencio buceando en el informe. A ratos asentía con la cabeza y continuaba leyendo. Durante los siguientes minutos nadie dijo una palabra. Rocío, fiel a su costumbre tomaba notas en un folio aparte. Mendía con los pies en una esquina de la mesa, leía concentrado. De vez en cuando se oía un leve murmullo.

Un suave repiqueteo seguido de un clic al abrirse la puerta.

—Buenas tardes, señores... y subinspectora —Rovira entró con paso decidido, en una mano una carpeta, en la otra una vaso de agua—. María me ha entregado una copia del atestado de la Guardia Civil sobre Héctor Martello. ¿Qué tienen que contarme?

El comisario tomó asiento en una esquina de la mesa. Abrió la carpeta que contenía el informe y llevó un Ducados a su boca.

—¿Podemos relacionar este caso con el que nos ocupa? —insistió mientras metía su mano en el bolsillo de la chaqueta buscando el Bic—. ¿Romero?

—Verá, comisario, se trata de un accidente en la Plaza de Cibeles. Martello viajaba en una moto BMW a toda velocidad, se salta un semáforo y un camión de la basura que venía desde Atocha lo arrastra varios metros.

—¿Testigos?

—Aparte de los operarios que viajaban en el camión se detuvieron varios coches que socorrieron a la víctima y al conductor, que entró en estado de *shock*, mientras llegaba la Benemérita.

—¿Alguna foto que nos muestre las rosas?

—No son de buena calidad, comisario —Mendía repartió por la mesa las instantáneas—. Sería difícil interpretar esto de aquí como flores —señaló un par de suaves manchas junto al cuerpo de Héctor— pero mire, en esta no aparecen.

Rovira observaba la otra foto a la que se refería el inspector, tomada desde otro punto de vista. Situó una junto a la otra, comparándolas.

—Fuese lo que fuese, ya no está cuando tomaron esta otra.

—O quizá fuese al revés, comisario —intervino Rocío sin levantar la vista del informe.

Sus compañeros ya se habían acostumbrado a sus intervenciones que casi siempre reflejaban un punto de vista diferente o simplemente algo que se les había pasado por alto, como en este caso.

—Explíquese, Prados.

Rocío se ajustó un pasador sobre unos mechones rebeldes antes de contestar.

—He estado leyendo las declaraciones de los testigos. En líneas generales dan

una visión similar del accidente. La verdad que la mayoría parece que llegan una vez que ya ha tenido lugar el atropello.

—Sí, apenas me he encontrado con tres testimonios que realmente lo vieran —apuntó Mendía—. Dos afirman que la moto se saltó el semáforo, y otro, que desde su posición, al otro lado de la Castellana, solo pudo asegurar que el camión de la basura cruzaba el suyo en verde.

—Lo que quise decir antes, es que quizá las fotos las estamos interpretando al revés. Puede que esas manchas que vemos en esta sean posteriores a esta otra donde ya no se aprecian —Rocío señalaba en uno y otro punto.

Rovira asistía a la explicación fumando y en silencio.

—Este testigo afirma que le llamó la atención algo que le emocionó. Por lo visto cree que alguien tuvo el detalle de poner unas flores sobre el cuerpo del motorista. Flores que más tarde habrían retirado para llevarse el cuerpo.

—¿Rosas blancas y negras?

—No lo aclara, comisario. Pero sería mucha coincidencia que un ciudadano llevara consigo unas flores y las depositara sobre el cuerpo, y más extraño aún a esas horas de la madrugada.

—Si es como apunta, Prados, tenemos la conexión que nos faltaba.

Rocío apuró un trago de agua.

—En el informe que recoge el posterior juicio se destaca el exceso de alcohol en el cuerpo de la víctima. Concluyeron que se trató de un accidente. Me pregunto... —Rocío aguardó unos instantes antes de continuar—... si la muerte de Héctor Martello está relacionada con las otras tres. ¿Por qué no se suicidó como los demás?

—Quizá porque aún no le habían entregado el sobre —dijo Romero.

—Puede ser, sí, pero entonces ¿qué hacían las rosas, suponiendo que las flores a las que se refiere el testigo fueran rosas, sobre el cuerpo? ¿Coincidencia?

Romero y Mendía se miraron entre sí.

—Estaba huyendo.

—Eso creo, comisario. Por ese motivo se encontraban cerca del accidente. La moto, según los testigos y el atestado, bajaba desde la Plaza de la Independencia a unos 150 km por hora.

—¿Miedo? —Rovira apagó el pitillo en el atiborrado cenicero.

—Pánico, comisario —Rocío seleccionó una de las hojas del informe—. No llevaba nada fuera de lo normal en los bolsillos. Su identificación, llaves y quince mil pesetas. No había ningún sobre entre sus pertenencias.

—Es como si hubieran tenido más cuidado con los primos y Andrés Rodrigo. No les vale que mueran sino que lo que quieren es que se suiciden —expuso Romero, puesto en pie con la espalda apoyada en la pared junto a la ventana.

—¿Qué les puede llevar a hombres de más de treinta años, con vidas tan diferentes a suicidarse sin más? No creo que Rodrigo, antes de que le entregaran el sobre en el Camaleón Rojo, tuviera intención de quitarse la vida —mientras hablaba,

Rocío repasaba sus notas—. Estoy convencida de que el mismo sobre que le entregaron a Rodrigo junto al Puente de Segovia, les llegó a los primos y a Martello.

Durante unos segundos reinó el silencio en la sala, solo roto por el suave repiquetear de las yemas de los dedos de Romero sobre la pared.

—Los cuatro estuvieron en algún lugar...

—En 1970 —cortó Romero al comisario— fue a finales de ese año, cuando el embajador dio por terminada su primera presencia en España por motivos familiares. También es el año en el que desaparecen los expedientes de los cuatro.

Antonio Rovira se puso en pie.

—Váyanse a casa y descansen.

Rocío miró a sus compañeros levantando las cejas en dirección al comisario. Era el momento de pedir permiso.

—¿Ha tomado alguna decisión sobre la petición que le hizo Prados? —preguntó Romero.

Sí, sí que había pensado en ello. Antes de que estudiaran el caso de Héctor Martello lo habría pospuesto para cuando encontrasen más pruebas. A medida que iba avanzando la investigación resultaba más evidente que por mucho que le pesara al señor Saiz de la Puebla y al comisario principal, los fallecimientos de Fermín y Sandro no podían explicarse como un suicidio voluntario.

Rovira encendió otro pitillo.

—Como saben, nos han prohibido investigar ese caso. Antes de reunirme con ustedes he recibido la habitual llamada de mi superior para interesarse por nuestra labor policial —no pudo disimular lo poco que le gustaban esas llamadas. Dos largas caladas y continuó con su exposición—. Está muy interesado en que comprendamos lo absurdo de dedicar más tiempo y recursos, y por tanto el dinero de los contribuyentes, al asunto de los primos y lo demos por zanjado.

Antonio apuró otra calada con la vista fija en los papeles que había sobre la mesa.

—Pero... —intervino Romero al que le unía una larga amistad con el comisario. No en vano era el que más años y casos lleva bajo sus órdenes.

—Después de esta reunión ustedes y yo tenemos claro que no estamos ante sucesos aislados. Son suicidios inducidos... —apagó el cigarro—... quiero saber qué es lo que sucede. Ahora váyanse a descansar. Buenas noches.

Con la mano en la cabeza intentando recolocar su espesa mata de pelo, abandonó la sala.

La subinspectora se quedó mirando la puerta por la que acababa de salir Rovira. Echó un rápido vistazo a las expresiones de sus compañeros para averiguar qué significaba lo que habían oído.

—¿Y bien?

—Ha sido bastante claro, compañera. Ha dicho que quiere saber lo que sucede ¿no? —Mendía recogía sus papeles.

Rocío asintió.

—Si para averiguar lo que sucede hay que echar un ojo a ese ático, habrá que hacerlo.

—Lo que el comisario no nos va a decir es que tenemos el visto bueno para investigar un caso que le han ordenado que abandone. Pero no nos va a impedir que hagamos nuestro trabajo. Mañana haremos esa visita —con la puerta abierta y la mano en el picaporte, Romero esperaba a que sus compañeros salieran—. Ya habéis oído lo que ha dicho: a descansar.

—Romero, Mendía... ¿a descansar?

—Ya va siendo hora, Cortizo —convino el más grande de los inspectores.

Rocío salió en ese momento con los informes pegados a su pecho. Había oído como se saludaban, por eso se entretuvo unos segundos de más, recogiendo.

—¡Hombre, la subinspectora más famosa del cuerpo de policía! —exclamó al ver a Prados en el umbral de la puerta.

—Cortizo...

—¿Es mentira lo que digo, Mendía?

Rocío le rodeó.

—Hasta mañana —dijo a nadie en particular.

Cortizo la agarró ofendido porque le ignorara.

—No te consiento que...

La subinspectora tiró de su brazo enérgicamente.

—Nada tienes que consentirme, puesto que no eres quién para hacerlo —Rocío le miraba fijamente—. Que sea la última vez que me pones la mano encima.

Cortizo se la quedó mirando mientras se alejaba.

—Mírala como habla. ¿Qué se habrá creído esa tía?

Mendía se colocó a su altura.

—Apesta a alcohol —le escupió a escasos centímetros de su cara— entiendo que tu estúpido comportamiento se debe a eso. Haznos a todos un favor y olvídate de nosotros y de ella también. ¿Ha quedado claro?

—¿Me estás amenazando?

—No, mi compañero no te amenaza, soy testigo de eso, Cortizo. Solo te comunica que no se te va a pasar ni una más —Romero agachaba la cabeza para mirarle fijamente a sus vidriosos ojos.

—¿Qué vais a hacer?

—Ponnos a prueba y te enterarás. Cuando lo hagas procura no haber bebido, no pego a borrachos —Mendía le dio la espalda alejándose.

—¡Hijo de puta! —vociferó Cortizo avanzando hacia su compañero.

Varios agentes se acercaron al oír los gritos.

Cortizo le agarró de la chaqueta tirando de él.

—Ni se te ocurra —murmuró Romero en su oído.

De vuelta a casa, Rocío repasaba la larga e intensa jornada recién terminada. Habían avanzado bastante con la investigación. No es que tuvieran ningún

sospechoso, ni arma homicida, ni siquiera un motivo, pero al menos habían logrado conectar lo que en principio parecían ser tres fallecimientos por suicidio con una cuarta muerte por accidente. Se preguntaba si tendrían que aparecer más cadáveres o si en el pasado hubo otros a los que se atribuyó como causa de muerte el suicido, sin que lo fueran.

«¿Qué sucedió en 1970?».

«¿Por qué ahora? ¿Es una venganza después de tanto tiempo?».

Mientras aparcaba se sorprendió sentirse tan relajada al caer en la cuenta que Carlos continuaba en Alicante, en la convención. Aún le quería, pero su falta de apoyo la había decepcionado. No podía contar con él para algo tan importante como era su vida profesional. Sentía como sus caminos tomaban rumbos diferentes. No, no iba a agachar la cabeza como en otras ocasiones y volver al redil. Tampoco iba a adoptar ninguna postura en contra de su marido. Se limitaría a seguir con su vida y a disfrutar de su pequeña Patricia.

Mientras buscaba las llaves de casa en el bolso, su cabeza daba vueltas a las flores que un testigo afirmó haber visto sobre el cuerpo del difunto.

—¿Serían rosas blancas y negras? —murmuró al fin con las llaves en la mano.

Abrió la puerta. Dejó los problemas del trabajo, rosas incluidas, en el perchero mental de la entrada junto a su chaqueta. Respiró hondo. En el aire flotaba un reconfortante y familiar olor. Olía a baño recién puesto. A Nenuco.

A Patricia.

Sonrió.

—¡Mamá! —la pequeña agitaba feliz su mano subida en los brazos de la abuela Berta.

Antonio Rovira abandonó la comisaría con su maletín en la mano derecha y un pitillo en la izquierda. Caminó varias manzanas meditabundo. Durante el día su estado de ánimo era el de siempre, activo, eficaz, resolutivo. Cuando el despertador interrumpía su sueño, todos sus miedos y temores quedaban atrás. Daba igual que no hubiese pegado ojo en toda la noche. Sabía que lo siguiente era afeitarse, una ducha reparadora y un café antes de salir. Lo demás lo dictaría el minuto a minuto de la comisaría.

Al terminar la jornada, de vuelta a casa, era diferente. Las tareas no estaban tan delimitadas. Una no sucedía a otra. Podía tumbarse en el sofá con una cerveza y ver la tele. O podría ir al bar de Julio, debajo de su casa y tomarse cualquier plato que su encantadora mujer le preparase, entre una conversación sin pretensiones. O como ahora, podía deambular calle abajo sin prisas por llegar a ningún lado.

Pero hoy era un día diferente. A todo lo que le suponía la puesta de sol y el regreso a casa, le añadía las continuas llamadas del comisario principal. Entendió las primeras. La familia del Presidente del Constitucional quería dejar zanjado cuanto antes el doloroso asunto del fallecimiento de dos miembros de su familia.

Lógico.

En cuanto apareció el cadáver de Andrés Rodrigo en un contenedor bajo el Puente de Segovia, el tono conciliador de su jefe tornó autoritario. Hubiera valido una simple respuesta a su sugerencia en el sentido de que podía haber una correlación entre ambos sucesos.

«¿Por unas puñeteras rosas? Le creía más inteligente Antonio».

—¡Taxi!

Su aturdida cabeza le había ofrecido la posibilidad de cenar algo lejos de casa. No le apetecía hablar con nadie, así que optó por Marea Cántabra, un acogedor mesón que le aseguraba la tranquilidad necesaria para continuar con sus pensamientos.

Pidió una tostada de pastel de Cabracho y una tortilla de gambas, de beber una copa de vino blanco. Tendría que tomarse unas vacaciones y regresar a Cantabria. Tan lejano le pareció ese momento que su cabeza continuó con su mayor preocupación. No era la resolución de los casos, ya que confiaba que tarde o temprano sus hombres... y Prados, lograrían resolverlo. Le preocupaba la actitud del comisario principal. Una persona con su poder podía convertirse en alguien peligroso cuando antepone los intereses personales, de amigos, de familiares o simplemente de gente cercana con poder, a los intereses de la sociedad.

Con el café encendió un Ducados. Vacilaba en compartir con su jefe el avance de la investigación. No quería ni imaginar lo que pudiera decir cuando le asegurara que ya no eran tres, sino cuatro, los cadáveres relacionados entre sí.

«¿Por unas puñeteras rosas?».

Seguro que llegaría a la misma conclusión.

La fresca noche le sentaba bien. La gente volvía a sus casas sin aparentes problemas. Una pareja agarrada de la mano le precedía. En su cara se dibujó una nostálgica sonrisa.

—No, no... está bien, está bien... —susurró para sí.

Cuando entró en su piso dejó la chaqueta en la butaca, se aflojó el nudo de la corbata y con un vaso en la mano se encaminó hacia el frigorífico. Cuatro cubitos de hielo serían suficientes. En el mueble bar del salón le esperaba su whisky preferido.

Sentado en el sofá con los pies sobre la mesa, meditaba sobre la decisión que había tomado desde que salió de Marea Cántabra. Pensándolo bien, lo único que había hecho era confirmarla, puesto que había dado el visto bueno a que los inspectores hicieran una visita al ático. Podía haberse negado y obedecer las órdenes del comisario principal, pero no lo hizo.

No se arrepentía.

Tras saborear un par de largos tragos llegó a la conclusión de que se debe obedecer en jerarquía, pero hay ocasiones en que la moral y los valores que definen el trabajo no pueden pisarse.

Te lo mande quién te lo mande.

Puso la tele y rellenó el vaso. No por necesidad de beber sino por retrasar el momento de meterse en la cama. Si se quedaba dormido en el sofá, mejor.

Seguramente amanecería dolorido pero al menos no despertaría sudando a media noche.

—Es el estrés —le aseguró su psicólogo en la última sesión a la que asistió.

Las últimas noches supusieron una vuelta atrás en su recuperación sin saber porqué. Apagaba la luz, cerraba los ojos y minutos después se incorporaba sudando con el corazón golpeándole el pecho como si quisiera despertarle de la pesadilla.

La misma imagen, los mismos gritos.

Apenas duraba unos segundos. Al rato apagaba de nuevo la luz. Posiblemente las lágrimas no le dejaran soñar y terminara durmiéndose de puro cansancio. Hoy no tenía fuerzas, ni ganas para meterse en la cama. Al menos por el momento. Intuía que la presión en la comisaría iba a alcanzar cotas insospechadas en los próximos días. Lo mejor de todo es que no le importaba.

Con la tele puesta cerró los ojos.

—Eva, mi amor... Raúl... —susurró antes de quedarse profundamente dormido.

A la mañana siguiente del fallecimiento de Héctor Martello, un coche llegaba a la embajada italiana. Una mujer con un paquete en la mano se acercó a la puerta.

—Para el embajador don Marco Martello y su mujer. Lo están esperando —sin esperar respuesta dejó el alargado paquete en manos del sorprendido vigilante.

La prensa aún no se había hecho eco del accidente de moto de la pasada noche. El cadáver se encontraba en el anatómico forense. La familia del fallecido, reunida en uno de los salones de la embajada, lloraba amargamente su pérdida.

—Disculpe que le importune, señor embajador. Una mujer ha traído este paquete. Me ha asegurado que los señores lo están esperando —soltó con la voz entrecortada el secretario del embajador—. Me he permitido traérselo en persona.

—Grazie, Carlo.

El embajador lo dejó sobre la mesa, sin darle importancia. Su hija se apoderó de él. Abrió el paquete. En su interior una caja alargada que colocó entre sus piernas. Un lazo rojo en el centro. Tiró de uno de los extremos y levantó la tapa.

—Mamá... —su voz apenas un balbuceo— Mamá...

La mujer desvió la mirada hacia el lugar donde le indicaba su hija. Abrió los ojos exageradamente. En el interior de la caja había dos espectaculares rosas. Una blanca y una negra. Junto a ellas una pequeña tarjeta. Estiró el brazo y la alcanzó.

—Marco...

El embajador puesto en pie miraba por la ventana. Recordaba como por culpa de Héctor tuvo que dimitir años atrás, pero al menos solucionaron el desagradable asunto de aquel internado. En varias ocasiones su hijo se había visto envuelto de nuevo en problemas, pero confiaba en que ya hubiera sentado la cabeza. En enero iba a empezar a trabajar en XPORTA y...

—Marco... —la voz de Antonella como un susurro.

Su mujer se había acercado hasta él. En una mano, las rosas, con finas gotas sobres sus brillantes pétalos. En la otra, la nota. En ambas, el temblor se había

apoderado de ellas.

El embajador miró el interior de la caja y frunció el ceño.

—¿Cómo se han podido enterar? ¿Quién lo envía?

—Lee.

Martello tomó entre sus manos la pequeña tarjeta.

«Una rosa blanca en su memoria...

Una rosa negra por su funeral...».

—¿En memoria de Héctor? ¿Pero quién...?

A un gesto de su mujer dio la vuelta a la tarjeta.

Solo cuatro letras.

«Alma».

El Bosque

Verano de 1970

Una rosa blanca. Una rosa negra

Se cumplía la tercera mañana sin Alma. Entre los alumnos eran mayoría los que apostaban por una desaparición voluntaria. Sus amigas no lo tenían tan claro. Ninguna de ellas se hubiera fugado sin sus cosas.

—Además, yo lo hubiera sabido —apuntó Esther sentada en su cama con las piernas cruzadas. En su cara se reflejaba el dolor que le producía no solo la ausencia de su amiga, sino el carecer de noticias de su paradero.

—Si yo me quisiera escapar no creo que lo hiciera sola.

—Ni yo —convino una de las acompañantes de Alma a la fiesta.

Habían decidido reunirse en su dormitorio antes de la cena. En sus jóvenes rostros se apreciaba el peso de la incertidumbre por el destino de su amiga. Si no se había escapado por su propia voluntad, como así presuponían, aunque se guardaban de decirlo en voz alta, estaba claro que algo pasaba en el Inter.

—¿Y si se la han llevado? —propuso Marimar. Tenía la cabeza apoyada sobre las palmas de las manos casi cubiertas por las mangas de su blusa.

Las cuatro internas se miraban entre sí sopesando la posibilidad de que pudiera ser cierto. Durante unos largos segundos ninguna abrió la boca.

—¿Y si la han encerrado en algún lugar?

Esther las había puesto al día de la última vez que su hermano Fran aseguraba haberla visto. Justo encima de donde se encontraban en esos momentos, en la habitación de la última planta. Habían hecho una corta excursión al piso de arriba para comprobar por sí mismas el relato que acaban de escuchar. Los restos de melón y de pan parecieron afectarlas tanto como si hubieran hallado sangre o algo peor.

—Si era ella ¿por qué se iba marchar de la habitación? —quiso saber la pecosa Olivia con la voz entrecortada.

—¿A dónde iba a ir? ¿Dónde se podría esconder?

Por la cabeza de las asustadas internas pasaban todo tipo de explicaciones. Todas ellas dignas de los mejores guiones de películas de terror. Estuvieron cerca de convencerse de la existencia de un misterioso ser que vivía en algún lugar del Inter o peor aún, que podía entrar y salir por unos pasadizos secretos que daban directamente al bosque que rodeaba la institución.

—Dejaos de tonterías —cortó Esther—. Alma ha desaparecido y no se la ha llevado ningún monstruo, ni nada parecido.

Marimar comenzó a llorar.

Olivia la imitó.

Aún era de día aunque faltaran unos minutos para bajar a cenar. En la habitación se había hecho el silencio. Cada una de ellas buscaba una explicación más plausible que la del hombre que se llevaba chicas al bosque o la del monstruo, pero no encontraban ninguna. Una cuestión estaba clara, su amiga no se hallaba con ellas y no se habría largado sin sus cosas.

Algo pasaba.

Ese algo les provocaba un intenso pavor.

Para las chicas que no habían mantenido una relación directa con Alma, su ausencia no era el tema principal a tratar. La proximidad del fin del curso de verano, los proyectos para el siguiente y lo intrépidas que habían sido al organizar encuentros con chicos en sus habitaciones, unas, y en las de ellos, otras, ocupaba el grueso de las conversaciones.

Hasta esa cena.

Leonora había conseguido que a cambio de no llamar a la policía, don Cosme permitiera que un grupo de voluntarios salieran después de desayunar, acompañados por bedeles y hermanas, a reconocer los alrededores de El Bosque.

—Si se queda más tranquila, señorita Leonora, por mí de acuerdo. Pero solo mañana. Recuerde que a finales de semana el curso toca a su fin y no quiero contratiempos —el director deslizó la punta de la servilleta, que llevaba enganchada a su cuello, por la comisura de los labios para eliminar los restos de unas rebeldes gotas de gazpacho.

La directora no se lo pensó dos veces. Mejor era eso que nada.

—... bien señoritas, ya lo saben —Leonora caminaba más recta de lo habitual entre las mesas del comedor satisfecha del efecto que sus palabras habían tenido entre las internas— necesitamos quince voluntarias.

Con los otros quince chicos que reclutaría Félix en nombre de don Cosme, serían suficientes para formar al menos cuatro grupos y dividirse el perímetro del internado.

—¿Y bien...? Cuento ocho manos. ¿Alguna más? —la directora temía haber sido demasiado vehemente en su exposición. La caras de las alumnas reflejaban tensión, incomodidad.

Y miedo.

—¿Ninguna más? —no podía obligarlas. Si no se ofrecían de forma voluntaria no habría nada que hacer.

Esther se puso en pie. Barrió con la mirada los rostros de sus compañeras. Casi ninguna quería cruzar sus ojos con los de ella, los mantenían fijos en los platos o sobre las rodillas.

—¿Qué os gustaría que hiciésemos las demás si fueras tú la que ha desaparecido? —señaló una chica al azar— ¿o tú? —con el índice apuntó a otra. ¡¿O tú?! ¡¿O tú?! ¡¿Eh?!— poco a poco fue levando el tono de su voz hasta terminar gritando.

Permaneció en pie, quieta, con los ojos cargados.

—¡Os odio! —exclamó antes de sentarse y esconder la cabeza entre sus brazos. Su cuerpo se agitaba con continuos espasmos.

—Tranquila —murmuró Olivia posando la mano sobre su espalda.

Unos segundos de silencio.

—¿Once? Gracias chicas —Leonora evitaba a toda costa hacer pública su congoja por la reacción de Esther—. ¡Trece! ¿Alguna más?

Se miraban unas a otras.

—No os preocupéis. Nos organizaremos.

A la hora convenida partieron en grupos mixtos. Félix se encargó de organizarlos junto a cuatro de las hermanas voluntarias. Unos batirían la zona de entrada, siguiendo el camino hasta el desvío a la carretera. Otros, el camposanto y todo el límite del bosque junto al acantilado. El jardinero descendería por el sendero hasta la costa.

Fran fue el único de su grupo que se presentó voluntario. Los demás entre nerviosas risas y una poco o nada creíble falta de interés prefirieron quedarse en la biblioteca estudiando. Al unirse a la pequeña expedición, el hermano de Esther miró a sus amigos asomados a la ventana. En sus ojos creyó adivinar desconfianza y algo que dedujo mientras se formaban los grupos en el jardín:

Traición.

No era uno de ellos.

Unos minutos antes, cuando terminaron el desayuno, le rodearon junto a la puerta del comedor. El Indio y Fermín se mantuvieron detrás, con Héctor y Andrés. Fue Sebas el que, crecido por sentirse apoyado, le agarró del cuello.

—O tú o la zorra de tu amiga me devolvéis la cámara de fotos o...

No pudo acabar la frase.

Sin saber de dónde sacó el valor necesario, Fran le empujó con todas sus fuerzas. Con una mano en la cara y otra en el pecho le envió contra los que se encontraban detrás de él.

—¡No tengo tu puta cámara! —exclamó furioso.

La imagen de Leonora mostrándole la Kodak a él y a su hermana en la tarde de ayer, le vino a la cabeza. No les iba decir que estaba en poder de la directora, lo más probable es que pensarán que había sido él quien se la entregara.

Desde el suelo, Sebas le miraba con los ojos inyectados de odio. Un fino reguero de sangre partía de su nariz. Fran quedó expectante ante la posible reacción de los demás. Imaginaba que le darían la mayor paliza de su vida.

No se equivocaba, pero no sería en ese momento.

Era septiembre. El cielo amaneció cubierto de nubes, una fina lluvia, a la que los lugareños se referían como calabobos, les acompañó durante la búsqueda más allá del internado. Al fondo, el claro horizonte avisaba de una tarde despejada.

Entre los voluntarios reinaban distintas sensaciones. Unos, excitados por la

aventura. No todos los días se podía participar en la búsqueda de alguien. Su mayor preocupación era lo que harían si se encontraban con su cadáver, nunca habían visto uno. Otros, con el estómago encogido y el nerviosismo a flor de piel rezaban por no encontrarla. Rogaban a quién quisiera escucharlas que apareciera por su propio pie saliendo de algún lugar del bosque gritando que todo era una broma, o que su familia llamara diciendo que no sabían cómo, pero que había llegado a casa.

Sana y salva.

A veces parece que los rezos no los escucha nadie.

—¡Allí! ¡Allí! —uno de los chicos de la partida señalaba junto al pie del acantilado.

Fran y Esther se miraron entre sí. De un salto bajaron a la arena y corrieron en la dirección apuntada. El corazón de ambos golpeaba con fuerza en sus asustados cuerpos. Las lágrimas dificultaban la visión de Esther, que no necesitaba acercarse más para confirmar que la melena pelirroja que se balanceaba al compás de las suaves olas correspondía con las desechas trenzas de su amiga.

A dos metros de ella frenaron su histérica carrera. Unas algas cubrían, como por pudor la espalda de la chica. Esther se arrodilló junto a su amiga y comenzó a llorar. Fran se colocó a su lado, elevó la vista al cielo. De su garganta partió un alarido que heló la sangre de los que allí se encontraban. Nadie podía siquiera imaginar lo que pasaba por la mente de ese chico atormentado que lloraba junto a su hermana.

Excepto una persona.

Alma.

Félix y una de las hermanas regresaron al internado seguidos por las voces nerviosas de los chicos y chicas del grupo de búsqueda. En su camino informaban del hallazgo a todo aquel con quien se cruzaban.

—Lo ha visto él —señalaba uno a su amigo—. Está muerta.

Cuando el jardinero y la religiosa llegaron junto al despacho de don Cosme varios alumnos se encontraban agolpados en la puerta. A Félix le costaba respirar. No era el primer cadáver que veía en su vida, pero sí el de una interna. Por su cabeza pasaban multitud de preguntas para las que no tenía respuesta. Abrió la puerta del despacho, ahí estaba Leonora con la misma cara compungida de los últimos días hablando con el director.

Félix conocía bien las expresiones de don Cosme. Pese a querer aparentar un cierta normalidad desde el instante en que Leonora le comunicó la desaparición de la pequeña, a él no podía engañarle. Ni cuando le recriminó su entrada en el despacho sin más que un leve repiqueteo, del que no esperó respuesta.

—La niña ha aparecido...

No, tampoco su expresión de falsa confianza le pareció verosímil. Esa mirada triunfal a Leonora, henchido de un estúpido orgullo. Era cruel sí, pero tuvo que reconocer que no quería perderse su reacción ante lo que iba a comunicarle. Dejó pasar unos breves segundos sin dejar de observar su rostro. Se hubiera lanzado a su

cuello allí mismo, aunque lo más probable es que de nada hubiera servido haber avisado a la policía cuando la directora se lo rogó.

—Muerta... don Cosme.

Sí, esta vez no había en sus ojos nada falso ni fingido. Félix vio sorpresa, primero, y abatimiento después. Solo una estúpida pregunta partió de su boca, como si esa mínima y ridícula esperanza le hubiese dado el valor necesario para plantearla.

—¿Muerta? ¿Está seguro... Félix?

Una noticia así no se da sin más. Claro que estaba seguro, pero si le quedaba alguna duda bastaba con que levantase de su mullido sillón.

—Los chicos acaban de encontrarla. Si quiere puedo acompañarle hasta el lugar donde Alma...

—No me toque las narices, Félix.

Había utilizado el nombre de la pequeña a propósito, para que fuera más cercano. No una alumna más, una interna más.

Alma.

La tarde anterior había mantenido una conversación con Don Cosme. El director le ofreció una serie de argumentos por los cuales no sería apropiado poner en conocimiento de las autoridades la desaparición de la interna.

—Su sueldo y el mío están en peligro, Félix. ¡Qué decir de la reputación de El Bosque!

El jardinero asentía en silencio. No se esperaba de él, en este asunto, que diese su opinión sino que se limitara a escuchar.

—Ya sabe que no es la primera, ni será la última vez que un interno opta por escaparse. Al final todos vuelven al redil. No se apure, Félix, no se apure —concluyó dándole una par de suaves palmadas en el hombro.

No podía quedarse callado.

Esta vez no.

—Don Cosme, lleva razón. Casi todos volvieron al cabo de unas horas, menos Vicentín.

El director torció el gesto.

—Pero nunca antes habíamos encontrado restos de una fiesta, ni tampoco unas bragas —insistió envalentonado.

Con las manos fuertemente unidas a su espalda y sus nerviosos ojos mirando la punta de su zapato, don Cosme abandonó su aparente calma.

—Veo que la señorita Leonora y usted han estado maquinando a mis espaldas —respiró profundamente— los participantes de esa fiesta ya han sido sancionados, Félix. ¡Se les ha abierto expediente y sus padres tendrán puntual conocimiento del comportamiento de sus hijos! ¡¿No le parece suficiente?!

El rostro afectado del jardinero era su mejor respuesta.

—Además, ¡unas malditas bragas! ¿Por qué iban a ser de la chica desaparecida? —el director dio media vuelta.

—Su compañera podría identificarlas.

—¡Ni una palabra, Félix, ni una palabra! ¡¿Me oye?! —exclamó apuntándole con el índice mientras se alejaba.

Leonora cruzó un brazo sobre su cuerpo, en el que apoyó el codo del otro. Con la mano se tapaba la cara. De sus ojos partieron las lágrimas que las últimas horas pugnaban por salir. Se había propuesto evitarlo, hasta que perdiera toda esperanza.

Ese momento había llegado.

En silencio, como si pretendiera no molestar con su llanto, la directora había girado sobre sí misma, situándose frente a la librería, de espaldas a don Cosme. Solo el incontrolable movimiento de sus hombros era mudo testigo de su dolor, de su profunda congoja.

Estas últimas horas, a solas en su habitación, imaginaba que se reprendía a sí misma por no haber sabido controlar sus emociones durante la espera del regreso de Alma. Sí, regreso, porque se sorprendía sonriente al verla sentada en su cama, hablando con Esther.

—Señorita, lo siento, yo...

—Ya hablaremos usted y yo, jovencita.

Sonreía al imaginar una situación así.

«¡Estúpida!».

Félix acababa de darle la noticia que no por esperada resultó menos dolorosa. Sentía como sus fuerzas la abandonaban con cada lágrima. Lloraba de rabia, de impotencia. Lloraba también por ella misma, por no haber cumplido con su deber. ¿Cómo le iba a decir a su tío que su sobrina había fallecido estando bajo su custodia?

—Señorita Leonora, por favor —rogó don Cosme— todos estamos afectados, pero creo que ya es suficiente. Contrólese por fa...

La directora no le escuchaba. No oía nada, ni su propio llanto, ni sus pensamientos. Nada. De repente le pareció que la librería se elevaba como por arte de magia.

Un golpe sordo. Todo se volvió oscuro.

Media hora más tarde una pareja de la Guardia Civil se personó en el internado. Con toda la autoridad que generaba su sola presencia se hicieron cargo de la situación ajenos al sentir de los más afectados por el incidente.

Accidente o incidente era las palabras más recurridas por los agentes, para los que el caso no requería mayor atención que la que le habían dedicado. Bastó un reconocimiento visual para entender que la chica había muerto ahogada. Ciertamente que barajaban dos posibilidades.

Una, que se hubiera querido dar un baño y la fuerza de la resaca le hubiera arrastrado mar adentro y no hubiese sido capaz de volver. Las heridas que presentaba el cuerpo y su deformado cráneo se achacaban al fuerte oleaje de los últimos días y su reiterado impacto contra las rocas próximas al lugar del hallazgo.

—¿Ustedes creen que una niña se va a dar un baño con ese oleaje, vestida y sin

braguitas? —apuntó Leonora, ya más recuperada.

—Señorita, por favor, deje que la Benemérita haga su trabajo —intervino don Cosme, feliz por cómo se iban desarrollando los acontecimientos.

Dos, que la víctima se hubiera acercado al borde del precipicio, jugando posiblemente, con tan mala fortuna que un inesperado resbalón la precipitara al vacío.

Caso resuelto.

—No me diga usted que iba sin bragas, señora. Lo más verosímil es que las perdiera con el oleaje —apuntó uno de los agentes al que le hizo muy poca gracia la anterior intervención de la directora.

Era el momento que Félix y Leonora esperaban. Su presencia en el despacho del director, a requerimiento de los agentes, les daba cierto peso en su exposición. Ambos miraban de hito en hito a don Cosme, aguardando a que le dijera al agente que las braguitas no se las había quitado la mar.

—Si no hay nada más. Regresamos al cuartel a redactar el informe. Nuestros compañeros se encargarán de traslado del cuerpo. ¿Han avisado a la familia?

—No hemos podido contactar con ningún miembro —don Cosme se había puesto en pie, evitando las acusadoras miradas del jardinero y de la directora— seguiremos intentándolo. Les acompaño.

—Señor... —Félix daba vueltas a su gorra de tela entre las manos. La presencia de la Guardia Civil le imponía entre miedo y respeto a partes iguales.

—Luego, Félix, luego.

—Señor... —insistió—... creo que a los señores agentes les podría interesar, para su informe, saber que se encontraron unas bragas en la sala de estudio del pabellón de...

—¡Félix, por favor! Ya hemos hablado de ello —esbozó una nerviosa sonrisa en dirección a los agentes— no sería la primera vez que estos maleducados chicos organizan una reunión en sus habitaciones con alguna pelandusca dispuesta, que siempre hay —concluyó señalando amablemente la puerta a los agentes.

Tras cederles el paso dedicó una fría mirada al jardinero. Félix se sorprendió así mismo sin bajar la vista. Era consciente de que en esa reunión era un simple empleado, que su presencia en ese despacho junto con las autoridades de la comarca y de El Bosque, se debía a que su grupo había localizado el cuerpo de la pequeña Alma. De nada valdría insistir. Sin embargo, la mirada que cruzó con Leonora le confirmó que no iba a quedar así.

—¿Cómo se atreve a contradecirme en presencia de la Guardia Civil? —exclamó furioso don Cosme a su regreso—. ¿Quieren los dos que nos cierren el colegio? ¿Eh? ¿Eso es lo que quieren? —de pie tras su mesa, con los nudillos clavados sobre la tarima, miraba con los ojos exageradamente abiertos a sus dos subordinados.

—Lo único que queremos, don Cosme, es que se investigue si la chica no murió por accidente —apuntó.

—¿Quiere decir qué se suicidó? ¿Qué cambiaría eso? ¡Nada! —el director tomó

asiento—. Deje la investigación a los profesionales, Félix. Tráiganme algo más que unas puñeteras bragas para que contradiga el informe de los agentes. Leonora haga el favor de poner orden en el pasillo. Ahora si me permiten, voy a llamar al tío de la difunta.

Don Cosme aguardó unos minutos antes de marcar el número del tío Javier. Coincidió con ellos en que no era habitual que aparecieran unas bragas en la sala de lectura, ni en ningún otro lado. Aunque fueran de la chica, nada aportaban a la posible investigación. Debía velar por el buen funcionamiento de la institución que presidía. El Gobernador Civil no era persona a la que se le pudiese crear problemas. No quería ni pensar lo que le podría decir si le aseguraba que había encontrado unas sospechosas bragas en una habitación del internado.

—Seamos serios, Cosme. Tráigame una prueba concluyente que demuestre que ha sucedido algo en su internado y no dude de que lo investigaré a fondo.

No podría quitarle la razón. En su lugar hubiera actuado igual. Con responsabilidad. A falta de otros argumentos, contactaría con el familiar de la chica fallecida.

«Alma» recordó la voz de Félix.

Esther asistía compungida a los lamentos de su hermano. A Fran le gustaba su amiga de las trenzas pelirrojas, como ya le confesó en una ocasión, pero no podía pasar por alto su reacción, ahí de rodillas, junta a ella. Su grito le había llegado hasta lo más recóndito de su ser. Le pasó una mano por el hombro, dejaron transcurrir los minutos llorando. Los demás integrantes del grupo se habían marchado con Félix para dar la noticia a don Cosme.

Nunca había visto a su hermano tan afectado. Alma no le había hecho mucho caso. Recordar su felicidad cuando ella prefirió al Indio le hizo sentirse aún peor. Se pusieron en pie y juntos tiraron de los brazos de su amiga para sacarla del agua. Con mimo, en silencio y sin dejar de llorar, limpiaron su cuerpo de las algas que la cubrían.

Algo extraño sucedía con su hermano. No la miraba y cuando sus ojos se cruzaban bajaba o desviaba la vista, dejando un velo de misterio en su cara.

«¿Vergüenza? ¿Pena?».

De repente Fran comenzó a respirar agitadamente, abrió los ojos todo lo que pudo y gritó al cielo:

—¡Hijos de puta!

Esther le miraba sin comprender. Posó su mano en el hombro.

—Yo lo vi... yo lo vi —soltó a trompicones— la violaron. ¡Ellos la violaron! —dijo señalando el cuerpo inerte de Alma.

—¡¿Qué dices?! ¡¿Quién?! —Esther miraba a su amiga horrorizada, luego a su hermano, de nuevo a su amiga.

—¡¿Quién?! —insistió.

—El Indio, Fermín, Andrés, Sebas, Héctor... yo lo vi y no hice nada ¡Nada!

¿Entiendes ahora? ¡No hice nada! —gritó fuera de sí con el horror reflejado en su rostro.

Esther se quedó en blanco. De su garganta querían partir multitud de preguntas, de insultos, de consuelos para su amiga, pero fue incapaz de articular una simple sílaba. Con la boca a medio abrir vio como su hermano se daba la vuelta y corría como alma que lleva en diablo. Esa imagen, la de Fran de espaldas alejándose a toda velocidad, sería la que iba a guardar en su mente el resto de su vida.

La última imagen de su hermano con vida.

El corazón de Fran latía como nunca antes. Abandonó la playa empujado por una extraña fuerza que le impulsaba a volar en cada ocasión que necesitaba esquivar cualquier piedra, tronco o desnivel del suelo. Corría sin dejar de llorar. De su cuerpo se había apoderado una incontenible furia que le apremiaba a correr más y más rápido. Subió por el sendero flotando sobre las piedras y el barro. Al fondo, distinguió varios coches de la Guardia Civil. De la puerta principal salían un par de agentes acompañados de don Cosme, camino de una patrulla.

Aminoró el paso.

Al llegar a la Iglesia la rodeó encaminándose en dirección al pabellón de los chicos. Consultó su reloj. A estas horas deberían estar todos reunidos en la habitación de alguno.

«La del Indio, seguro».

Mejor así, los tendría a todos juntos. Sabía que lo que iba a hacer era una locura. Una locura por Alma, se lo debía aunque ya de nada sirviera. Nunca antes en su vida había estado tan seguro de algo, como en este momento. Podía haberse dirigido al despacho del director y soltarlo todo.

Ahora ya era tarde.

No había tiempo para nada más.

Subió las escaleras de dos en dos seguido por las miradas incrédulas de algunos internos que a su paso se pegaban contra la pared. La suave humedad que reinaba en el ambiente, junto con la incontrolada furia que se había apoderado de él, había empapado su camisa. Sus manos dejan una leve huella en las barandillas donde se impulsaba para subir más rápido. La mirada fría, desprovista de emociones le abría paso entre aquellos alumnos que se cruzaban en su camino generando entre ellos murmullos apenas audibles.

Dos puertas más y alcanzaría su objetivo. Su corazón comenzó a latir más y más. Tiró del picaporte con rabia y empujó la puerta dispuesto a enfrentarse con todos los que allí se encontraran.

Nada de palabras.

Nada quedaba por hablar.

—¡Sois unos hijos de...!! —no llegó a terminar la frase. En esa habitación no había nadie.

«¡Joder!».

Agarró del cuello al primero que pasaba por el pasillo.

—¿Has visto al Indio?!

—No, no...

Le soltó. Un poco más adelante se encontraba su dormitorio. Al pasar junto a él se le ocurrió entrar por si acaso le aguardaban dentro. Nadie.

De nuevo en el pasillo lo volvió a intentar.

—¿Habéis visto al Indio? —exclamó. Su fría mirada advirtió que no estaba para bromas.

—Les he visto bajar.

Fran asintió.

Mientras saltaba los tramos de escaleras, sentía como su cuerpo se cargaba otra vez de energía. A esas horas solo había un sitio donde se pudiesen encontrar. Una habitación, que hacía las funciones de almacén, junto a la sala de estudio donde violaron a Alma.

«¡Hijos de puta!».

En ocasiones se habían escondido allí para poder fumar algún canuto y cigarros. No solía ser frecuentada por nadie en concreto. En su interior se guardaban cortinas, sábanas, mantas, pequeñas lámparas, algunas mesillas rotas, escritorios. Era un sitio seguro a salvo de curiosos con un olor característico. Una intensa bocanada de humedad les recibía en cuanto abrían la puerta.

Los últimos metros decidió recorrerlos andando. Con los puños apretados y los nudillos blancos avanzaba directamente hacia su propio suicidio.

«Como Alma...».

Al doblar la esquina vio al primero de ellos. Sebas avanzaba en su dirección seguro de sí mismo. En su rostro una sonrisa ladeada.

—¡EH! Mirad quien está aquí —gritó—. ¿Vienes a traerme mi cámara? —algo debió ver en los encendidos ojos de Fran que dio un paso atrás—. ¿Qué...?

No pudo decir más.

El puño le entró directamente por la boca del estómago hasta el codo. La grasienta tripa de Sebas se agarró a su brazo como si no quisiera soltarlo. El siguiente puñetazo se estrelló en la sien. Con las manos en la pared miraba entre desconcertado y asustado a su agresor.

—¿Pero qué coño te pasa... joder...? —cada sílaba partía de su boca a trompicones, en un leve susurro.

—¡Está muerta! ¿Lo oyes? ¡Muerta hijo de puta!

—¿Quién...?

«¡¿Quién?!».

Uno, dos, tres puñetazos en una rápida sucesión se estrellaron en la cara de Sebas el Gordo. Un rodillazo en pleno rostro le envió contra la pared y de ahí al suelo. Con los ojos abiertos todo lo que podían dar de sí, miraba horrorizado a través de sus brazos, mientras se protegía la cara, al que fuera su amigo. Fran volvió a la carga. Su

cara reflejaba un odio y una determinación que nunca antes le había conocido. Fue lo último que vio antes de que la punta de su zapato le impactara de lleno en la cabeza.

—¿Qué cojones haces?!

La voz vino de su derecha. Alarmados por los gritos de Sebas y el impacto de su cuerpo al golpear contra el suelo, aparecieron el resto de sus compañeros por la puerta que segundos antes pensaba tirar abajo.

De pie, con la camisa salpicada de sangre, los brazos estirados a lo largo del cuerpo y con los puños apretados, Fran les desafiaba con la mirada. El indio dio un paso al frente. Sabía que contaba con el poder suficiente en el grupo para hacerse cargo de la situación.

Fran avanzó hacia él.

El Indio vio algo nuevo para él en los ojos de su amigo que se acercaba seguro de sí. Decidió que sería mejor que entraran todos. A un gesto suyo Héctor fue a por Sebas que aún permanecía inconsciente.

—A ver ¿qué cojones te pasa? —exclamó el Indio con una aparente valentía que estaba muy lejos de sentir. Los ojos de loco, de ido, inyectados en sangre de Fran se le clavaban como estacas.

—Está muerta... —dijo con los labios apretados. Se habían terminado los gritos. Solo restaba acabar con todo aquello cuanto antes.

Ahora.

Le pareció vislumbrar una ligera sonrisa de desdén dibujada en la cara del Indio. Con un rápido movimiento estalló su puño derecho en la cara del que era su líder hasta unos pocos días atrás, lanzándolo contra la pared. Los demás se quedaron como estatuas, no salían de su asombro. Fran comenzó a patear el cuerpo acurrucado en el suelo una y otra vez. De su boca partía con cada golpe un alarido histérico, profundo.

Se giró rápido.

Con el dorso de la mano envió a Fermín contra la mesa. En su caída arrastró un cenicero, con sus cigarrillos humeantes, un par de botellas de whisky que se hicieron añicos al chocar contra la pared y el Zippo que aún mantenía encendido mientras miraba impávido la rápida sucesión de golpes que recibía el Indio. El manotazo pareció despertarle mientras aterrizaba sobre la mesa.

Fran avanzó un paso. Recogió su brazo dispuesto a estrellarlo sobre Andrés cuando un golpe seco en la cabeza, lo derribó. Tras él, Héctor aguantaba la pata de una mesa manchada con restos de sangre y pelos de la cabeza de Fran. Una lluvia de puñetazos y patadas impactaron en su inconsciente cuerpo. Hasta que alguien dio la voz de alarma.

—¡¡Fuego!! ¡¡Fuego!!

Intensas llamaradas reptaban por una de las cortinas, como si tuvieran prisa por tocar el techo. En pocos segundos las mantas, cortinas y sábanas fueron presa del fuego, avivado por la madera de mesillas y escritorios. El alcohol de las botellas actuó como acelerante, convirtiendo el almacén en un infierno.

Héctor arrastraba al Indio cogido de la cintura y con un brazo alrededor de su cuello. Sebas, aún aturdido, avanzaba guiado por Andrés y Fermín.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaban unos y otros.

Las llamaradas salían de la habitación desplazándose por el techo del pasillo como pies de fuego avanzando sin pausa. Una intensa nube de humo negro hacía irrespirable el ambiente.

—¡Más deprisa! —gritó Fermín, que cerraba el grupo junto con el Gordo.

Alcanzaron la planta principal sin que nadie más se hubiera percatado de lo que sucedía. Un par de internos salían de la biblioteca ajenos al incendio.

—Salgamos fuera... —acertó a decir el Indio, mientras escupía sangre.

Eso hicieron.

Rodearon el pabellón dispuestos a dejar en manos de otros el aviso de alarma de fuego. No querían que nadie pudiera relacionarlos con el suceso.

Fran abrió los ojos en cuanto las llamas alcanzaron el pasillo. Trató de incorporarse, no pudo. Abrió la boca buscando un poco de oxígeno. Tosió. De su boca partieron coágulos de sangre. Un insoportable dolor en el pecho, como si miles de agujas los atravesaran, le impedía respirar. Consiguió arrastrarse unos pocos centímetros sobre los codos. Con la boca dramáticamente abierta y los pulmones a punto de estallarle, aún buscaba un hilo de aire al que agarrarse. Otra bocanada y cayó al suelo. Antes de perder el conocimiento dos nombres retumbaron en su interior:

«Alma... Esther...».

Y un murmullo:

«Lo siento...».

Sus últimas lágrimas recorrieron su inexpresiva cara apenas unos pocos centímetros. Antes de que pudieran caer al suelo el intenso calor las había evaporado.

En la cabeza de Esther aún retumbaban las palabras de Fran.

«¡La han violado, el Indio, Héctor, Fermín...!».

De rodillas junto al cadáver de su amiga lloraba por el sufrimiento que debió pasar durante sus últimas horas.

«¿Por qué no viniste a mí?».

Lloraba por no haber sido capaz de convencerla para que no fuera a esa maldita fiesta. Pero también lloraba por ella misma y por su hermano. Lentamente se puso en pie. Al levantar la vista vio como Fran desaparecía, a lo lejos, camino arriba rumbo al internado. Marchó tras él convencida de que le daría alcance en el despacho de don Cosme.

Las escasas fuerzas que aún le quedaban, después de no haber pegado ojo las últimas noches, casi se las dejó en el primer tramo de arena. A Fran le había visto correr con enorme facilidad. A partir de ahí un estrecho y empinado camino ascendía entre frondosos árboles. Al llegar arriba le esperaba una alfombrada pendiente que la conduciría hasta el internado. Con los pulmones a punto de estallar llegó a la puerta

por la que Alma había salido para reunirse con sus padres. Atravesó el jardín y siguió corriendo. Al llegar frente al despacho de don Cosme tomó aire y entró decidida.

Al abrir se encontró con el director, Leonora y Félix que la observaban de hito en hito. La directora acercó un brazo en su dirección invitándola a pasar.

—¿Quién te has creído que eres para irrumpir de ese modo en mi despacho? —exclamó don Cosme poniéndose en pie.

—¡La han violado! ¡A Alma la han violado! —gritó con todas sus fuerzas—. ¿Fran? ¿No está aquí? —miraba asustada de un lado a otro.

—¿Qué dices? ¿Cómo sabes eso? ¿Quién la ha violado? —de la boca de Leonora partían atropelladas todas las preguntas mientras agarraba a Esther por los brazos—. ¡Dime!

—¡Me lo ha dicho Fran! Él lo vio... el Indio, Héctor, Andrés, Fermín, Sebas... —murmuró con las manos en la cabeza—. Si mi hermano no está aquí, entonces... ¡Dios mío! —exclamó atemorizada al descubrir lo que podría significar la ausencia de Fran en el despacho del director.

—¿Qué pasa con tu hermano? —preguntó Leonora presa de los nervios.

—¡Fran! —de su boca partió un alarido tal que se agarró al estómago de los que allí se encontraban. La cara de pánico de la interna no pasó inadvertida para nadie.

Esther se soltó de Leonora y salió corriendo. De sus ojos aún partían torrentes de lágrimas. Los mocos la impedían respirar.

«No, Fran, no...».

Tras ella la directora y Félix.

Al salir al jardín, el caos de había apoderado de unos y otros.

—¡Fuego! ¡Fuego!

—¡Fran! —gritaba Esther camino del pabellón de los chicos.

—No puedes pasar —un brazo la agarró de la cintura, elevándola en el aire y depositándola en el suelo—. ¡¡Fran!! —chilló mientras daba golpes al agente de la Guardia Civil para que la soltase.

—¡Quieta!

—¡Mi hermano está ahí! —dijo señalando el edificio al que poco a poco iban devorando las llamas. Por la puerta principal salían los últimos internos.

—No queda nadie en las habitaciones —apuntó un asustado bedel, doblado sobre sí mismo con las manos en las rodillas haciendo esfuerzos para respirar.

—¡Atrás! ¡Vamos!

Varios agentes de la Benemérita ordenaban a todos los que rodeaban el pabellón que retrocedieran.

—¡Déjeme pasar! ¡Mi hermano no ha salido! —gritaba histérica—. Mi hermano... —a su derecha, escondidos entre el resto de internos, los vio. Tras soltarse de agente corrió en dirección al grupo que avanzaba cabizbajo.

—¿Habéis visto a Fran? —exclamó tirando de la manga de la camisa de Indio—. ¿Le habéis visto?

El Indio levantó su brazo para deshacerse de ella.

—Déjame en paz...

Esther percibió algo extraño en todos ellos. Su altanería había desaparecido. Les prestó mayor atención. Sebas con la cara amoratada. El indio medio encogido sobre mismo. Fermín con un ojo morado...

—¿Qué le habéis hecho? —gritó mientras empujaba al Indio que a punto estuvo de perder el equilibrio. Agarrado a Héctor la propinó un manotazo en el hombro haciéndola tropezar y caer al suelo.

—Te he dicho que me dejes en paz ¡Estúpida!

Sentada sobre la gravilla, rodeada de los que fueron compañeros de su hermano, Esther les miraba con un profundo odio reflejado en su descompuesto rostro. Con el dorso de la mano se limpió los mocos que continuaban dificultando su respiración.

—Lo sé todo —dijo escupiendo las palabras—. Fran me lo ha contado ¡La violasteis!

—¿Qué tonterías dices, niñata? —soltó el Indio inclinándose sobre ella—. Porque estamos en el jardín que si no...

—¿Si no, qué? —intervino Félix que acompañado a Leonora acaba de llegar junto a los chicos.

Los cinco amigos se miraron entre sí. Dieron media vuelta y se encaminaron en dirección al resto de internos, que partían al otro lado de la muralla de piedra que rodeaba El Bosque. La fina lluvia con la que había despertado la mañana, dejó paso a un cielo despejado como si quisiera permitir que el pabellón de los chicos cayera reducido a cenizas.

—¡La violasteis! —gritó enfurecida antes de esconder la cabeza entre sus manos y comenzar a llorar.

De repente recordó el motivo de su loca carrera desde la playa. Se incorporó. Los agentes continuaban ordenando a todos los que aún no habían abandonado el recinto que lo hicieran cuanto antes.

—Fran no está... —dijo señalando hacia el fuego— no está... —giraba sobre sí misma mirando de un lado a otro con la esperanza de verle en algún lugar.

—Ya verás como aparece, seguro que se ha puesto a salvo —Leonora pasaba sus manos sobre el revuelto pelo de la pequeña—. Toma —le dio su pañuelo que había sacado de la bocamanga.

La sirena que avisaba de la inminente llegada de los bomberos coincidió con el desalojo total del internado. Monjas, bedeles y profesores luchaban por mantener lo más agrupados posibles a los internos. No querían más sorpresas. Esther recorría cada grupo que encontraba a su paso buscando inútilmente a Fran. Nadie le había visto.

Nadie le volvería a ver.

Sería media tarde cuando los bomberos dieron por controlado el fuego, que no extinguido. El viejo edificio corría riesgo de derrumbarse. Cuando ardió la última tabla de madera, la estructura aguantó de pie, como si quisiera mostrar su orgullo, sus

mejores galas en los peores momentos. O quizá como mudo testigo no quería caer hasta que el cadáver de Fran no fuera rescatado del pequeño almacén dónde guardaba sepultura.

Leonora y Félix abordaron a don Cosme que hablaba con el sargento de la Guardia Civil al mando del operativo. A un gesto de la directora y tras disculparse por la interrupción se reunió con ellos.

—Estaba hablando con...

Félix no le dejó terminar.

—¿Qué va a hacer con la denuncia de la niña? —dijo mientras hacía un leve gesto en dirección a Esther que permanecía sentada en el suelo rodeada de un par de amigas.

—¿Qué denuncia? —al ver la expresión de sus interlocutores decidió que sería mejor no andarse con rodeos—. ¿Lo de la violación? Son chismes de críos. ¿No van a tomar en serio cualquier cosa que nos digan, verdad?

—Su hermano no ha aparecido —apuntó Félix visiblemente molesto con su jefe—. ¿No le parece extraño, don Cosme?

El director pareció dudar.

—Ahora que lo dice, sí que resulta extraño. Seguramente eso explicará la actitud de su hermana. ¿No será que ha tenido algo que ver con todo este desagradable asunto?

Leonora estaba a punto de echar por la borda la estricta educación recibida.

—Perdone, don Cosme, ¿se refiere al suicidio de la alumna y a la desaparición de un interno como un desagradable asunto? —la directora le miraba atónita.

—¿Suicidio? ¿Quién habla de suicidio? La Guardia Civil ha concluido que se trata de un lamentable accidente. En cuanto al chico verá como aparece. Ahora si me disculpan tengo asuntos que atender.

Félix y Leonora observaban estupefactos como el director les daba de nuevo la espalda. Podían entender que diera como buena e irrefutable la conclusión de muerte accidental, sin embargo, resultaba incluso doloroso, que ni siquiera se hubiera planteado la posibilidad de escuchar la versión completa de Esther. Al menos la de Fran, cuando apareciese.

—Si es que aparece... —musitó Leonora en un tono apenas audible, aún con la vista fija en la espalda de don Cosme de apacible charla con el sargento.

—¿Decía usted?

La directora pareció despertar de un incómodo sueño.

—¿Eh? No, nada, Félix, solo me preguntaba por qué a una chiquilla de trece años, que acaba de perder a su amiga, no se le permite exponer sus sospechas y ni se le presta atención cuando quiere interponer una denuncia de ese tipo. —Leonora buscaba con la mirada a Esther.

—Estoy de acuerdo. No me ha gustado como don Cosme se la ha quitado de encima de esa manera. Le importa más que lo dicho por la niña sea mentira, que

descubrir la verdad. Solo falta esperar a que su hermano regrese de dónde esté.

—¿Y si no lo hace? No me haga caso Félix, no me haga caso —rogó Leonora, con el codo apoyado sobre un brazo escondía la cara tras su mano.

Cuando los bomberos dieron por terminado su trabajo se permitió a las alumnas regresar a su pabellón. Varios de los internos fueron realojados en las habitaciones vacías de la última planta. El resto lo hicieron en un colegio mayor de la comarca, que en esas fechas contaba con espacio suficiente para unos pocos días.

Después de la cena, Leonora se acercó a Esther.

—Don Cosme quiere hablar contigo.

—¿De mi hermano?

La directora asintió.

A Leonora le había cautivado la personalidad de esa chiquilla. Su valor y determinación para defender a los suyos. No se lo había pensado dos veces para enfrentarse a un grupo de chicos mayores que ella.

Al entrar en el despacho, Esther observó que el director la miraba con el ceño fruncido. No le gustaba nada la expresión de su cara.

—Voy a ir directamente al grano. Hemos encontrado en una de las habitaciones donde hemos realojado a tus compañeros restos recientes de comida que indican la presencia, hace poco tiempo, de alguien en ella —afirmó en tono categórico—. ¿Sabes a quién me refiero?

Esther asintió.

«¡Por fin van a escucharme!».

—Sí, a Alma. Ella estuvo en esa habitación, fue Fran el que...

—¿Volvemos a lo mismo? ¿Me estás diciendo que la chica fallecida es la que estuvo comiendo allí? —don Cosme se había incorporado velozmente—... y después se tiró por el desfiladero ¿no es eso?

Leonora había pasado su brazo por el hombro de Esther atrayéndola hacia sí. Cuando fue a buscarla a la salida del comedor, después de una breve conversación con el director, pensó que esta vez sus argumentos parecían válidos.

Hasta que escuchó la versión de Esther.

—No lo sé. Mi hermano la vio asomada a la ventana cuando la señorita Leonora y Félix cruzaron el jardín. Salió corriendo de su habitación... y... y... me vino a buscar —soltó entre tartamudeos— cuando subimos ya no estaba, pero encontramos restos de melón.

—Qué imaginación tiene esta chiquilla —indicó mirando a la directora—. Te diré lo que ha pasado. ¡Tu hermano se ha escondido en esa habitación! Habrá aprovechado el follón que se ha organizado para más tarde escabullirse y huir. ¿No es así?

—¡No! ¡Era Alma, era ella...! —exclamó con los ojos cargados.

—Me pregunto quién es el culpable del incendio. Ahora lo veo todo claro, pequeña mentirosa.

Leonora acompañó a Esther a su habitación, entre sollozos juraba que lo que había dicho era cierto, que ella no era una mentirosa. No, no sabía dónde podía estar su hermano y estaba convencida de que sus amigos sí lo sabían.

—Don Cosme ¿no le parece extraño que Esther supiera de qué eran los restos de comida que se encontraron en la habitación? —quiso saber, una vez de regreso al despacho del director.

El aludido levantó la vista sobre sus gafas.

—No me diga que se ha dejado convencer. Le voy a dar una sencilla explicación a su pregunta —tomó una de las patillas de las gafas entre sus dedos haciéndola girar lentamente—. Esa chica seguramente estaba con su hermano.

—Yo creo que dice la verdad.

—Algo esconden, Leonora, se lo digo yo, hágame caso. Por cierto no he conseguido contactar con su familia. El sargento de la Guardia Civil me ha comentado que si mañana no lo logramos podemos dar cristiana sepultura a la niña en el camposanto —apuntó solemne—. Más tarde ya tramitarán la documentación necesaria para su traslado al cementerio que deseen sus familiares.

Leonora, asintió. Su cabeza estaba con Esther y su sufrimiento.

—Mañana por la tarde será el entierro.

Javier Mateo pasaba sus vacaciones de verano en Mallorca. Cada año aprovechaba la última semana para desplazarse hasta Santander. Ese verano estaba siendo diferente. Actuaba como si nada hubiera cambiado en su vida cuando la realidad era bien distinta.

«Alma es tu hija». Las palabras de Duli se reproducían constantemente en su cabeza. Quizá tuviera razón. Precisamente porque la buena de Duli pudiera tener razón, cada vez que le preguntaban en Mallorca sobre Alma, se veía a sí mismo buscando las palabras justas que no reflejaran la amarga sensación que le invadía desde que la vio partir en el tren.

«Alma es especial. Necesita tu ayuda».

No es que huyera de sus responsabilidades con su sobrina. Se trataba de algo que le paralizaba solo de pensarlo. Sus conocimientos sobre la educación era escasos y más aún si se referían a una niña preadolescente.

«Si al menos fuera un chico, todo sería mucho más fácil».

Encontraba, en cada ocasión que le daba vueltas y vueltas al asunto, circunstancia que se iba repitiendo cada día con mayor asiduidad, infinidad de temas que no sabría cómo abordar con ella.

—No te atormentes por eso —le dijo Duli una tarde que la llamó al pueblo para interesarse por la salud de su hermana—. Alma es una chica muy lista, Javier. Verás como todo sale de forma natural. ¿Por qué no le das una sorpresa y la vas a recoger? Debe faltar poco para que termine ese curso de verano.

Dicho y hecho.

Desde el mismo instante que tomó la decisión de ir a buscar a su sobrina, sintió

como si se hubiera quitado un peso de encima. No le quedaba lejos de Santander y podrían pasar unos días recorriendo la costa. Tomó el primer avión a Madrid, de allí otro vuelo a Santander donde llegó de noche. Necesitaba mover un poco las piernas antes de cenar en el hotel. Sus ciento noventa centímetros de altura le resultaban poco prácticos a la hora de subirse a un avión en clase turista. No había otras plazas libres para el recorrido que había hecho. Podría haberlo dejado para mañana, pero no quiso esperar ni un segundo más.

—Disfruta de ella, Javier —propuso Duli a modo de despedida.

Después de desayunar alquiló un Mercedes. Por el camino, mejor dicho desde que partió de Mallorca, había buscado planes que le pudieran resultar atractivos a una chica de trece años.

—Una cosa que no falla, es que la lleves de compras. Imagino que en su maleta no llevaría mucha ropa para salir en ese campamento.

—Al final resultó que se trataba de un internado.

—¿Un internado? Pero Javier ¿cómo pudiste?

—No había tiempo para otras opciones, Duli. Todo fue muy rápido, y me habían hablado bien de ese lugar. Está cerca de Santander y...

—Vale, vale, no me des más explicaciones, recuerda ir de compras. No olvides un par de bañadores, porque iréis a la playa ¿no?

Bien. Después de recogerla se acercaría esa misma tarde a Oviedo. Un paseo por la ciudad, una buena cena y le preguntaría si había algo que la apeteciera hacer.

No.

Eso después.

Lo primero sería pedirle disculpas por no haber tenido el valor suficiente para planear un verano en su compañía. Confiaba en que supiera entenderlo. No volvería a ocurrir.

—Te lo prometo, Alma —susurró para sí.

Consultó el plano antes de salir de hotel. Debería abandonar la carretera a Oviedo y continuar por la comarcal, para después tomar algo que parecía poco más que un serpenteante camino hasta El Bosque. A medida que iba recorriendo los kilómetros el cielo se iba cubriendo de grises nubes que de vez en cuando dejaban caer una fina capa de lluvia.

Javier conducía animado, feliz por haber hecho caso a Duli. Confiaba en que la sorpresa le agradara a su sobrina, si no tanto como a él bastaría con que la animara a pasar unos días juntos. Abandonó la carretera general y tomó el desvío, al mismo tiempo su corazón elevó la frecuencia de sus latidos.

—¿Te apetece acompañarme a recoger a mi sobrina?

—Me encantaría, Javier, pero creo que es algo que debéis resolver vosotros —apuntó Claudia—. Si me pongo en su lugar, no creo que pudiera soportar ver aparecer a mi tío, qué sin saber porqué me ha enviado a un lugar como ese, con una mujer que no conozco de nada.

—Visto así —señaló con la vista perdida en unas pequeñas migas sobre el mantel que habían sobrevivido a la limpieza, pala en mano, del camarero.

—Estoy convencida que en vez de ayudar con mi presencia sería un obstáculo. Duli lleva razón, como siempre, llévatela de compras, cuando regreséis a Madrid la llevaré yo.

«Quizá esté en lo cierto» pensaba al recordar la conversación con Claudia, en su última noche en Mallorca. Tenían planes de vivir juntos, aunque no sería fácil. Ella estaba asentada en la isla y él en Madrid. Además esperaba contar con la opinión de Alma.

«Campamento El Bosque» rezaba un cartel unos metros delante señalando a la derecha. Una sensación de euforia se fue apoderando de él. Tenía ganas de abrazar a esa chiquilla.

Sonrió.

Después de unos días por la costa, pasarían por Mallorca, si la convivencia había resultado como esperaba. Le apetecía recorrer la isla con Alma y con Claudia. No tenía mucha confianza en su propia capacidad para hacer de padre o de tío, o de tutor. ¿Qué diferencia había? ¿O simplemente debía intentar ser su amigo? Pensándolo bien un amigo no tiene la responsabilidad de educar a nadie. De todas formas no debería abandonar una mínima autoridad.

Mientras su cabeza daba vueltas una y otra vez a la educación de su sobrina, en lo alto apareció un edificio de tres plantas rodeado de una muralla de piedra. Dos columnas daban acceso al recinto. La enorme puerta de forja se encontraba abierta.

Desde que tomó el desvío del camino el olor a humedad, a fresco, se había ido diluyendo. Su lugar, a medida que se acercaba, había sido reemplazado por algo que recordaba a una hoguera o una chimenea.

«O a una quema de matojos».

Probablemente sería la leña o el carbón con la que prepararían las comidas y calentaban el agua. Los frondosos árboles le impedían ver en su totalidad el recinto. El camino dibujó una suave ese antes de enderezarse de nuevo en dirección al internado. Mientras el coche trazaba la curva, Javier observaba el pabellón de las internas, a la derecha, la iglesia a la izquierda. Al enderezarse de nuevo el camino, lo vio.

Sobre los restos de un edificio similar al primero que había visto, unos finos hilos de humo se elevaban hacia el cielo, como si quisieran negarse a que el incendio formara parte del pasado. El jardín parecía desierto. Varias fueron las familias que ya se habían acercado a recoger a sus hijos.

Un bedel le salió al paso.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó señalando el pabellón de los chicos. Sin saber por qué sentía como una profunda congoja se había apoderado de su cuerpo.

—Un incendio lo ha destruido. A los internos los han dividido entre el pabellón femenino y un colegio mayor. A los que aún no han venido a recoger los podrá

encontrará en el camposanto —el bedel indicó una puerta abierta en el muro.

Frunció el ceño.

Javier se sentía fuera de lugar, como si se hubiera colado en una celebración que nada tuviera que ver con él. Salió por la puerta que le indicó el bedel. Unos metros más allá una pequeña muralla de irregulares piedras rodeaba lo que parecía un pequeño cementerio. Según se acercaba pudo ver un grupo de gente de espaldas a él y un sacerdote de frente. Entre ellos unos operarios daban las últimas paladas en la tierra.

Frente a él y de espaldas, una mujer vestida de negro, de porte recto, consolaba a una chiquilla a la que rodeaba con su brazo. Por su derecha se aproximaba un hombre vestido con un mono azul oscuro. En su brazo, como si estuviera meciendo un bebé, llevaba lo que parecían ser unos ramos de flores. Al pasar junto a Javier, Félix le dedicó una leve inclinación de cabeza.

«Rosas blancas y rosas negras».

Un leve estremecimiento recorrió el cuerpo del tío de Alma.

La mañana no había sido nada fácil para Esther. La tendría grabada en su memoria para el resto de su vida. No solo esa mañana sino la de dos días atrás cuando apareció Alma al pie del acantilado. Solamente una cosa salió como había deseado. Sus padres se encontraban recorriendo Europa y no había sido fácil localizarlos. Por nada del mundo se hubiera perdido acompañar a Alma en su funeral.

En esos momentos no podía saberlo pero sí que hubo algo más que salió mejor de lo que pensaba. Aunque no mucho mejor. Esa mañana se encontraba con la mirada perdida observando el horizonte desde la ventana de su dormitorio cuando vio cruzar el jardín a Félix, visiblemente enfadado. Minutos después hizo el recorrido inverso acompañado de don Cosme y de Leonora. No podía oír lo que decía el jardinero pero era fácil interpretar sus aspavientos dirigidos al director, a quien señalaba en dirección al pabellón de los chicos. Esther no les perdía de vista. Se habían parado frente a la entrada principal. Félix tiraba del hombro de don Cosme para que entrase.

Al fin lo consiguió.

Varios minutos más tarde salían de nuevo. La señorita Leonora parecía presa de un ataque de nervios, se tapaba la cara con las manos. Félix continuaba con sus airados gestos. Don Cosme giró sobre sí mismo regresando por donde había venido. Delante, el director con las manos a la espalda, detrás Leonora consolada por el jardinero, atravesaron el jardín hasta perderse en el interior del edificio.

Sin saber el motivo, un escalofrío recorrió el cuerpo de Esther cuando la directora levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Apenas sería un segundo, pero fue suficiente para haber captado el semblante derrotado de Leonora. Una hora después bajó al comedor con las pocas compañeras que aún quedaban en el internado y los chicos del piso de arriba. En su cabeza se mantenía firme la expresión de la cara de la directora. No podía deberse al incendio. El pabellón quedó bastante dañado, pero había oído comentar a un bombero que el edificio no se caería y que se podría

rehabilitar.

«¿Entonces?».

Ensimismada en sus pensamientos y con la mirada fija en el jardín, no reparó en la presencia de Leonora junto a ella. En la mesa donde se había sentado a desayunar permanecían dos chicas que tomaban sus cereales en silencio.

—¿No tienes hambre?

Esther se giró sobresaltada. Miró a la señorita y después a su vaso de leche intacto y las galletas sobre el plato rodeando el vaso, tal y como las había dispuesto cuando se sentó.

—Sí, bueno... ahora cogeré una.

Mecánicamente mojó una galleta en la leche y la llevó a la boca. Levantó la cabeza buscando la aprobación de Leonora. Los ojos de la directora miraban al jardín. Esther siguió la dirección de su mirada. Varias personas, entre ellos varios Guardias Civiles se encaminaban hacia el pabellón de los chicos.

De nuevo en la cara de la directora el mismo rostro que había visto esa mañana desde la ventana de su dormitorio.

De nuevo el mismo escalofrió recorriendo su pequeño cuerpo.

—¿Qué pasa, señorita?

—Quédate aquí. Ahora mismo vuelvo.

Varias alumnas subieron a un poyete que había al pie de las ventanas, para ver mejor. Se miraban unas a otras preguntándose si alguna sabía qué estaba pasando. Segundos después vieron a Leonora sumarse al grupo, seguida de don Cosme y varios bedeles y hermanas.

Al salir del comedor, Esther y sus compañeras se sentaron en la hierba lo más cerca que el policía les dejó acercarse. Mucha gente iba y venía pero nadie les contaba nada. Una cosa sí que tenían todas ellas muy clara. Algo pasaba y ese algo era muy importante. De repente, la gente que había frente al pabellón de los chicos comenzó a moverse, como si dejaran pasar a alguien. Esther se puso en pie. Desde su posición pudo ver como Leonora escondía la cabeza en el hombro de Félix y lloraba desconsoladamente al paso de un pequeño grupo de personas que unos metros después giraban hacia su derecha, en dirección a un furgón de la Benemérita aparcado junto a la puerta del internado.

Esther quiso gritar, pero no pudo.

Era incapaz de emitir sonido alguno.

Una rápida sucesión de imágenes barrieron su cabeza. El grupo llevaba una camilla. En un principio no acertó a identificar qué era lo que había sobre ella. Algo que emitía leves reflejos del sol, como si fuera plástico.

Una gran bolsa de plástico.

Miró al jardinero. Este le hizo una señal a Leonora. Los tres miraron al pequeño grupo. Había algo dentro de esa bolsa.

De repente lo entendió.

Su respiración comenzó a agitarse más y más.

—¡¡No!! ¡¡Fran!! ¡¡Fran!! —de su boca partió un grito desgarrador.

Corrió lo más rápido que pudo. Las lágrimas le impedían una visión clara, aún así pudo esquivar a dos agentes que intentaron impedirla el paso.

—¡¡Fran!!

No la separaban más que unos pocos metros de la trasera del furgón cuando unas fuertes manos la agarraron por la cintura.

—Pequeña, será mejor que no le veas.

Esther hacía esfuerzos por soltarse, pero no podía. Con el horror reflejado en su rostro y los brazos extendidos en dirección al cadáver de su hermano vio como cerraban la puerta.

—Debió perder el conocimiento con el humo. No sufrió —apuntó Leonora, abrazándola.

Permaneció unos minutos así, agarrada a la directora con sus puños apretados tanto como los ojos, sin dejar de llorar.

—Sargento...

Oyó que alguien se dirigía a un Guardia Civil.

Abrió los ojos.

—Señor... —su voz apenas un susurro— señor...

El sargento se volvió.

—Dime, pequeña.

—Señor, era mi hermano el que iba en esa bolsa —sorbió la nariz y pasó las mangas de su blusa por los ojos antes de continuar— me dijo un poco antes de desaparecer que cinco chicos violaron a mi amiga Alma, la chica que encontramos muerta en la playa.

El sargento miró a Félix y luego a Leonora, ambos asintieron, para después prestar atención a Esther.

—¿Sabes quiénes son esos chicos? ¿Sus nombres?

Esther movió su cabeza lentamente, asintiendo.

—Sabes que es una acusación muy grave ¿verdad?

—Sí...

—¿Podemos continuar esta conversación en otro sitio, señora?

Leonora le hizo una indicación con la mano. Unos minutos más tarde se encontraban los cuatro, se había unido un agente, en el despacho de la directora.

—Cuando encontramos a mi amiga, mi hermano se puso a llorar —expuso Esther a la pregunta del sargento— fue cuando me dijo que la habían violado —su voz salía a trompicones, entre sollozos.

—Continúa.

—Se fue corriendo, yo pensé que había ido a decírselo a don Cosme y fui detrás de él. Pero cuando llegué al despacho me dijeron que no estaba —afirmó mirando a Leonora, que corroboró su historia con un leve gesto de su cabeza.

—¿A dónde había ido?

La pregunta pareció molestarle a la niña que miraba al sargento y a la directora como si no entendiera que desconociesen la respuesta.

—¿A dónde? Pues a enfrentarse a sus amigos y a decirles que les iba a denunciar. ¡Se pelearon! —exclamó.

El sargento ocupaba la butaca de Leonora desde donde contemplaba las expresiones de Esther, que en breves minutos habían pasado de la desesperación a sentirse molesta. Sin embargo, sus ojos le decían que su historia deberían tenerla en cuenta.

Muy en cuenta.

—¿Cómo sabes eso? ¿Les viste?

—¡He visto las caras de esos imbéciles! Alguno tiene el ojo morado —concluyó con los labios apretados y el ceño fruncido.

—Verás, pequeña, vamos a hacer una cosa —el sargento se había puesto en pie, frente a él Leonora con sus manos apoyadas sobre los hombros de Esther—. Voy a comprobar todo lo que me has dicho, hablaré con esos chicos.

—Son unos mentirosos... —dijo mirando al sargento mientras sorbía la nariz.

Los Guardias Civiles se encaminaron hacia la puerta cuando esta se abrió.

—Señorita Leo..., disculpen —don Cosme se detuvo en seco ante la presencia de los agentes.

—Ahora mismo iba a buscarle —señaló el sargento Matamala— necesito que localice a unos cuantos chicos.

De la libreta de su ayudante arrancó una hoja y se la entregó al director.

—Avíseme en cuanto los haya reunido.

Don Cosme miró la lista.

—Dos de ellos se han ido ya y...

—Es igual, me vale con los demás. Me vale con que uno confiese —concluyó antes de abandonar el despacho.

El director se echó a un lado solícitamente permitiéndoles el paso. Su semblante servil había dado paso a su versión más agria. Con sus ojos clavados en Leonora y Esther avanzó un par de pasos.

—¿Qué es lo que tienen que confesar? ¿Qué le has dicho al sargento? —quiso saber, mirando fijamente a la niña.

—La verdad... —musitó. Su voz apenas un susurro.

—Don Cosme...

—Veo que está usted de su parte —dijo señalando con el índice a la directora—. ¿Pero quién está de parte del colegio? ¿Eh? ¿Quiere qué lo cierren?

—Don Cosme, no es momento para hablar de eso. La niña acaba de perder a su hermano y a su mejor amiga y...

—Sí, sí, lo sé y lo lamento, de veras —señaló en todo conciliador— pero ¿Por qué cuesta tanto entender que en ocasiones las desgracias suceden?

Esther bajó de la silla de un salto. Se fue hacia la puerta que permanecía abierta. Con la mano en el picaporte se giró.

—¡¡Le odio!! ¡¡Le odio!! —gritó dando un sonoro portazo.

Al salir casi se choca con Félix que no había perdido detalle de la conversación.

—Esta tarde se enterrará a la interna en el camposanto. No podemos esperar más tiempo —convino don Cosme. Acto seguido abandonó el despacho de la señorita Leonora.

Taciturno, se encerró tras su escritorio durante el resto de la mañana. No quería ver a nadie. A regañadientes cumplió con la orden del sargento y citó a Sebas, Andrés y Héctor siguiendo las precisas instrucciones recibidas. No debían estar juntos, ni sospechar el motivo por el cual se les requería, para ello bastaba con decirles que se trataba de entregarles un informe de El Bosque y sus calificaciones.

Don Cosme mandó llamar a Félix, quería que él, y no un bedel, fuese a buscar a Sebas y Andrés a sus habitaciones. Héctor vendría desde el colegio mayor donde había sido realojado.

Se sentía solo, como si sus subordinados le hubieran dado la espalda en un momento tan complicado para la institución. Maldecía su mala suerte, más aún cuando el curso de verano estaba tocando a su fin. ¿Qué hacía esa niña loca fuera del recinto junto al acantilado? Y si eso no fuera suficiente, un maldito incendio casi destruye el pabellón de los chicos.

—Menos mal que se puede reconstruir... —refunfuñó mientras aplastaba con saña el tercer pitillo de la última media hora.

A medio día, el sargento se había hecho cargo de la situación. Sus hombres, acompañados de varios bedeles para no llamar la atención, vigilaban que todo saliera tal y como lo habían planeado. Decidieron contarles que en un acto de confianza, por tratarse de los internos del curso más avanzado, querían contar con su opinión respecto al fallecimiento de la chica y el incendio. El objetivo era localizar entre los tres amigos el eslabón más débil.

Sebas fue el elegido.

Le pidieron que escribiera en una hoja los nombres de aquellos que él creyera que no habían tenido nada que ver con el incendio, que como habían asegurado los bomberos, fue provocado.

—¿Estos son todos? —preguntó el sargento—. ¿Nadie más?

Sebas dudó unos segundos antes de responder.

—No, señor, de los demás no sé nada. No estaba con ellos.

—Ya... permíteme que te de un consejo ¿de acuerdo? —sin esperar respuesta, continuó—. Que no se te pase por la cabeza mentirme. ¿Y Francisco Lasa, al que llamáis Fran?

El interno comenzó a balbucear, de su boca partían palabras inconexas. Su respiración comenzó a agitarse.

—Fran, no sé... últimamente estaba muy callado.

Matamala se puso en pie, clavó los puños en la mesa y dobló su robusto cuerpo en dirección a un atemorizado Sebas.

—Como me mientas, volveré y acabaré contigo —advirtió lentamente.

Sus pequeños y fríos ojos se clavaron en el chico, que apartó la mirada y la fijó en un punto más allá de la pared.

«¡Lo sabe todo! ¡Lo sabe todo!».

«Seguro que tienen la puta cámara».

El sargento abandonó la sala. Con paso cansino recorría el pasillo mientras repasaba sus notas.

—Creo que la niña tiene razón —apuntó con mirada sombría en dirección a su ayudante—. Esos chicos esconden algo. Vamos a hablar con los otros dos, y luego apretaré las clavijas a este —señaló con la cabeza hacia atrás— hasta que confiese.

Matamala se sorprendió cuando primero Andrés y luego Héctor, nombraron a los demás amigos sin referirse a Fran, cuando les preguntó quienes eran los que estaban en la habitación de Sebas en el momento en que se incendió el pabellón.

Era un truco muy fácil, en el que, sin embargo, cayeron los dos.

—Era en el dormitorio de Sebastián ¿verdad? —quiso saber mientras simulaba buscar el dato entre sus notas— sí, aquí está.

—Sí, ahí estábamos todos.

—¿Todos? ¿También se encontraba Francisco Lasa con vosotros?

Andrés frotó nerviosamente sus manos antes de continuar.

—No, no, él no estaba.

Cuando le llegó el turno a Héctor las dudas fueron mayores.

—No me acuerdo. A veces estábamos todos y otras no. ¿Qué importancia tiene? —preguntó con cierto deje chulesco apoyado en el respaldo de la silla y una pierna cruzada sobre la otra.

El sargento, de pie a su lado, le dio un certero puñetazo en el muslo que le convenció que bajar la pierna al suelo sería la mejor opción. Con un puño en la mesa y su boca pegada al oído del interno le habló:

—Aquí soy yo el único que hace preguntas. ¿Lo has entendido, niñato? No tengo ningún problema en enviarte al cuartelillo antes del juicio.

Héctor se retrepó nervioso en la silla.

—¿Qué juicio?

—Lee. Tu amigo Sebas nos ha dado este papelito —afirmó con sorna.

El sargento Matamala le mostró la hoja primero a Andrés Rodrigo y a continuación a Héctor Martello como prueba de confesión de su amigo Sebastián. En esa hoja estaban los nombres de los que habían asesinado a Francisco Lasa y violado a Alma Mateo.

Los ojos del sospechoso se abrieron a punto de estallar.

Los dos Guardias Civiles abandonaron la sala, en ambos interrogatorios, sin esperar a que reaccionaran.

Regresaron junto a Sebas.

Tras los primeros minutos de preguntas, Matamala se acomodó en la butaca. Jugando con los aros que formaba con cada calada, que distraídamente estrellaba en la cara del interno, el sargento daba tiempo con un estudiado silencio, a que añadiera algo más.

—Entonces afirmas que os encontrabais en la habitación de... —buscó entre sus notas, sin olvidar echar otra larga calada en dirección a Sebas—... Fermín y un tal Indio. ¿Sandro era, no?

—Sí, Sandro, era su habitación —la camisa de Sebas el gordo iba mostrando en forma de círculos de sudor el estado de nervios en el que se encontraba.

—¿Fumas? —preguntó con una enorme y falsa sonrisa mientras le ofrecía un pitillo con el brazo estirado—. No te preocupes no se lo voy a decir nadie.

Sebas encendió torpemente el cigarro.

—Hay algo que no entiendo. Tu *amigo* Andrés Rodrigo afirma que estabais en tu habitación.

—¿En mi habitación...? —balbuceó.

Dejó pasar unos eternos segundos mientras se entretenía con las volutas.

—El asunto se está poniendo muy feo para ti. Después de lo que nos han contado tus *amigos* —miró a su ayudante con gesto grave— nada te libraré de cargar con las culpas. Lo que voy a decirte ahora se lo diré a ellos después, siempre y cuando a ti no te interese mi oferta.

Las empapadas manos de Sebas no dejaban de temblar, tanto como su labio inferior. Levantó la vista de la mesa y miró al sargento.

—Basta con que me digas qué pasó. De lo demás ya me encargó yo. Te prometo que no volverás a verles.

El gordo se tomó unos segundos antes de contestar.

—¿Mis padres?

—Quedará entre nosotros.

Mintió.

Con el testimonio de Sebas en la mano, salió al jardín. Dejaría pasar unas horas antes de sentarse con los otros dos chicos y mostrarles la confesión de su compañero. El sargento Matamala se incorporó a la pequeña fila que caminaba rumbo al camposanto. El funeral de Alma Mateo comenzaría en unos minutos, quería decirle a la niña que horas antes le había pedido, llorando, que no dejara escapar a los chicos que violaron a su amiga y mataron a su hermano, que habían confesado.

El sargento torció el gesto.

Sabía que eso no era suficiente.

Sin embargo, poco o nada más podía hacer. Había tenido acceso al historial de los chicos y sabía que la mayoría de ellos pertenecían a familias influyentes y que sería muy complicado que se les pudiera llevar a juicio. No, no le podría comentar nada de esto a la chiquilla.

—¿Ha averiguado algo?

Matamala se volvió.

Leonora le miraba aún con los ojos cargados. Unas oscuras y profundas ojeras eran la viva muestra de la congoja vivida durante los últimos días. Dos cadáveres en el internado superaban, con mucho, su capacidad de comprensión.

Pronto sumarían tres.

El sargento vacilaba en confiar a esa mujer sus sospechas. No quería que corriese la voz y debido a su estado anímico dudaba que fuera capaz de mantenerlo en secreto.

Optó por una verdad a medias.

La peor de las mentiras.

—Puedo asegurarle que hemos hecho grandes progresos. Como decía la pequeña...

—Esther —apuntó la directora—. Esther Lasa.

—Han admitido que hubo una pelea en la habitación dónde se encontró el cadáver de su hermano. Se prendieron unas cortinas y salieron despavoridos sin mirar atrás.

El sargento desvió sus ojos de la afectada mirada de Leonora.

—Sobre Alma Mateo... ¿Han reconocido algo?

Matamala tomó del brazo a la directora alejándose unos metros de la fila.

—Hubo una fiesta, fumaron unos porros y todos se animaron. No se preocupe, serán juzgados por consumo de drogas y por provocar un incendio que pudo ser mucho peor.

—Ha hablado ya con sus padres ¿verdad? —sostuvo Leonora. Bajó la vista y se alejó del sargento. Con los brazos cruzados sobre el pecho se encaminó hacia Esther que salía del pabellón acompañada de un par de amigas.

De momento no iba a comentar nada con ella. Debería esperar el desarrollo de los acontecimientos. Hubiese jurado que el sargento no le estaba contando la verdad. Su mirada huidiza, la forma con la que escogía las palabras, incluso la expresión afectada de su cara no se correspondían con una persona de su carácter.

La directora compartió durante unos segundos sus sospechas con Félix, que asistió en silencio a las breves explicaciones de Leonora acerca de su conversación con el sargento. No había tiempo para más, Esther y sus amigas se acercaban y deseaba acompañarlas durante el funeral.

El jardinero las vio cruzar bajo el dintel de la pequeña puerta que daba acceso al camposanto. Cuando iba a salir vio que don Cosme entraba en el comedor de las chicas.

«¡Qué extraño!».

Antes de dar media vuelta para averiguar cuáles podrían ser los motivos que le llevaban al director a encaminarse en esa dirección, decidió poner en práctica algo que le iba rondando por la cabeza desde el momento en que Leonora le confió su breve conversación con el sargento.

Cruzó la puerta y se asomó.

Matamala se encontraba a la derecha junto con otro Guardia Civil, parapetado tras uno de los numerosos y frondosos árboles que rodean la institución. Félix le conocía de toda la vida, no obstante su padre y él eran amigos. Algunos domingos echaban la partida después de comer en el bar del pueblo. Se acercó lentamente con las manos en los bolsillos. No necesitaba una contestación directa de la no menos directa pregunta que iba a formular. Le bastaba con fijarse en los ojos del sargento para conocer la respuesta. Al acercarse junto a ellos pudo escuchar lo que parecía el fin de una conversación.

—Apenas era una chiquilla, y esos niños de papá...

Situado a menos de un metro de ambos agentes, lo soltó.

—¿Han confesado esos hijos de mala madre? —el tono era más propio de una afirmación que de una consulta.

Matamala se giró sorprendido. Al reconocer a Félix, bajó la mirada y volvió a concentrarse en el frente.

—¿Me equivoco si pienso que la *justicia* no podrá hacer nada? —escupió con rabia cada palabra. Nada tenía contra el sargento, pero en esos momentos era el representante de la ley y no había nadie más con quien desahogarse.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Voy a presentar mi informe al coronel, será mejor que él sepa lo sucedido antes de que una denuncia llegue a sus oídos. De momento no he terminado mi trabajo, tengo que interrogar a dos de los chicos que...

—Que no se te escapen los dos primos que ya no están aquí. Fermín y el tal Indio son los cabecillas.

Matamala continuaba con la vista al frente. No le gustaba el aspecto que iba tomando la investigación. Si se confirmaba lo expuesto por Sebastián, y conseguía que sus dos compañeros corroboraran la confesión, el caso llegaría hasta el ministro.

—No te preocupes, si tienen algo que ver con alguno de los dos sucesos les incluiré en mi informe.

Ante la ausencia de más comentarios, el sargento se volvió. Félix se alejaba cruzando el jardín del instituto. Le siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista cuando el jardinero se coló en el interior.

Félix salió de nuevo al exterior por la misma puerta que días antes lo había hecho acompañado de Leonora. La misma que utilizó Alma en su última y loca carrera. Inmóvil, con los brazos en las caderas barría con la mirada cada recodo confiando en ver a don Cosme en algún lugar. Se acercó junto al acantilado, recordó que en otras ocasiones le había sorprendido sentado en un banco de piedra, junto a un pequeño monolito. Desde allí todo lo que se alcanzaba con la vista era mar y nada más que mar. A mitad de camino con el horizonte leves estelas de espuma rompían la postal en dos. Unos barcos de pescadores cruzaban el Cantábrico de regreso a sus puertos de origen.

—El funeral va a comenzar, don Cosme.

El director se volvió sobresaltado.

—¡Qué manía tiene usted de aparecer sin previo aviso!

Félix aguardó en silencio algún comentario. Con los brazos cruzados miraba la nuca del director que se había girado de nuevo en dirección a la espectacular vista.

—Han llegado los padres de algunos internos...

—Ahora voy Félix, ahora voy, no me agobie —dijo poniéndose torpemente en pie.

—¿Les dirá que fue un accidente?

El director le miró con los ojos inyectados en sangre.

—¡Eso es lo que fue! ¿Cómo se lo tengo que decir? ¿Quiere que por una niña que no ha visto nada nos cierren El Bosque? ¿Eh? ¿Eso es lo que quiere? —exclamó acercándose al jardinero que no se había movido ni un ápice de su posición—. Al menos la Guardia Civil dará su informe y todo concluido.

Félix le miró a los ojos.

—Han confesado... —soltó pendiente de su reacción.

—¿Cómo? ¿Que han confesado? —la cara del director era el fiel reflejo del pánico de quien lo ha perdido todo—. ¿Qué coño han confesado?

—No se preocupe por el internado. Según el sargento *la justicia* lo dejará correr. ¿Eso es lo que quería verdad?

Don Cosme no pudo evitar una ligera sonrisa. A Félix le pareció que emitía un suave suspiro a la vez que la tensión en sus hombros disminuía levemente.

De nuevo, vuelto hacia el imponente Cantábrico, el director se relajó. Con las manos a la espalda avanzó unos metros hasta el mismo borde del despeñadero. El run run de las olas rompiendo unos metros bajo sus pies, le hacía sentirse pleno. Infló los pulmones todo lo que daban de sí y expulsó el aire sonora y profundamente varias veces.

Don Cosme se dejó ver por el funeral cuando este tocaba a su fin. En su cabeza solo rondaba un objetivo; comprobar si lo que le había comentado Félix se ajustaba a la realidad. Al terminar buscó a Matamala que para su desesperación estaba interrogando a Héctor Martello y a Andrés Rodrigo. Con la ansiedad reflejada en su rostro aguardaba noticias frente a las clases que se habían habilitado a tal efecto. En cuanto el clic de la puerta golpeó en su cabeza se giró rápidamente. Con un fingido gesto de preocupación se acercó al sargento.

—¿Y bien? —en su voz un tono de nerviosismo que llamó la atención de Matamala.

—Han picado el anzuelo. Tengo una confesión de los tres internos que incluye a otros dos, Fermín Saiz de la Puebla y Sandro Cobriña —dijo sin dejar de andar camino de la puerta de salida—. Le ruego la mayor discreción. Mis superiores no quieren que se le dé la menor publicidad al asunto.

—Por supuesto, sargento. Cuento con mi total reserva al respecto y la de mis fieles subordinados. Pongo mi mano en el fuego por ellos.

Félix regresó al funeral, en sus manos llevaba el encargo de Leonora. Dos ramos

de rosas. Unas blancas y otras negras fruto de un injerto a petición de la directora. Fue depositando una a una sobre la tumba de Alma. Levantó la vista, Leonora le dedicaba una suave sonrisa de agradecimiento, a su derecha, pegada a su cuerpo, Esther lloraba desconsolada.

Javier, tras ellas, estaba mudo, miraba absorto el ir y venir de unos y otros. Se sintió sobrecogido mientras observaba el lento disponer de las rosas sobre la tumba de quién quiera que yaciera unos metros delante de él.

Al terminar el entierro, Leonora y Esther permanecieron unos minutos sin apartar la vista de la modesta tumba. La niña miró hacia atrás sin un motivo concreto. La sorpresa le hizo apretar con más fuerza la mano de la directora. En su cabeza resonaban unas palabras de Alma:

—Mi tío es muy alto y muy guapo para su edad. ¿Sabes que tiene un mechón blanco sobre la oreja derecha? —confesó riéndose divertida.

Esther tiró de la manga de Leonora.

—Es él, es el tío de Alma... —su voz a penas un susurro.

—¿Cómo dices?

—Ese señor de ahí... —le señaló descaradamente.

Leonora le miró a los ojos. Pasó una mano por el hombro de la niña, juntas se encaminaron hacia él.

Javier las vio acercarse. No supo cómo interpretar los rostros de la mujer y de la niña que avanzaban en su dirección. Supuso que la seriedad se debería a lugar en el que se encontraban. Sin embargo, en sus ojos había algo más que no acertaba a interpretar.

Poco iba a tardar en comprender.

—¿Es usted el tío Javier? —preguntó Esther con un hilo de voz.

Javier sonrió.

—Sí, soy el tío de Alma. ¿Sabes dónde está?

Se hizo un doloroso silencio. Frente a ellos la tumba en la que descansaba su mejor amiga. Esther no pudo callar más.

—¡Está muerta! ¡Alma, está muerta! —chilló con la cara desencajada señalando la tumba.

Tres días después el director se encontraba de nuevo disfrutando de la vista junto al monolito. Siguiendo su rutina habitual, se acercó junto al borde del acantilado e inspiró profunda y ruidosamente varias veces.

Por última vez.

Antes de caer y estrellar su cuerpo contra las rocas.

Al día siguiente una rosa blanca y una rosa negra custodiaban su cadáver en la arena.

La justicia

Antonio Rovira se incorporó sobresaltado. El familiar sonido de furiosos disparos le despertó de un profundo sueño. En esta ocasión había sido diferente a las cientos de noches anteriores. Los gritos de Eva, su mujer, y del pequeño Raúl avisándole de unos focos que se acercaban rápida y peligrosamente en su dirección, dieron paso a profundos suspiros y llantos por el susto pasado en cuanto Antonio logró esquivar al coche que amenazaba con echarles de la carretera.

«¿Disparos?».

Le llevó unos segundos comprender que el tiroteo provenía de la televisión, sin saber por qué había elevado su volumen hasta límites insospechados. A su izquierda, sobre el almohadón central de su viejo sofá de tres plazas, descansaba el mando a distancia.

«Tendré que comprar otra tele».

Durante unos minutos permaneció tumbado, sin moverse, mirando la televisión, a la que le había quitado la voz, donde unos vaqueros con estrellas en el pecho, perseguían a caballo a otros que deberían ser los malos de la película.

A su cabeza llegó como un chispazo el momento en que agarrado con todas sus fuerzas al volante de su coche daba un ligero pero rápido volantazo a la derecha, mientras veía pasar junto a ellos a un individuo con una extraña mueca en su cara. No hubiera sabido decir si sonreía o era pánico lo que esta reflejaba.

Bajó los pies de la mesa y llevó las manos a su cabeza. Con los dedos escondidos entre el pelo de su frondosa cabellera, comenzó a agitarlos rápidamente como si quisiera eliminar el rastro de todos los recuerdos que sobre aquella noche continuaban grabados a fuego en su angustiada cabeza.

Se incorporó.

Al menos de esta pesadilla no se había despertado sudando y con el corazón martilleando frenéticamente su pecho. Lo que no variaba era el resultado final. Cierto que en esta nueva modalidad de sueño, su papel se asemejaba al de héroe y no al de villano. Pero no era menos cierto que el dolor por no haber sabido modificar el rumbo de los acontecimientos no disminuía.

Dejó el café haciéndose y se metió en la ducha. Minutos después ponía rumbo a la comisaría. Una ligera pero constante aprensión en el pecho le avisaba de que le esperaba un día largo y complicado.

Muy largo.

Muy muy complicado.

—¡Arriba, dormilona! —Patricia parecía inmune a la luz que entraba por la ventana después de que su madre subiera del todo la persiana—. No te hagas la remolona que te conozco —afirmó sin poder disimular una sonrisa.

Rocío se tumbó junto a su hija acariciándole la cara. Sabía que estaba despierta pero le encantaba jugar a hacerse la dormida. También sabía que no era muy resistente a las cosquillas. Bastaron un par de suaves caricias bajo los brazos para que comenzara a reírse como si acabara de oír el mejor chiste de su vida. Había que aprovechar que Carlos no regresaba hasta la noche. Él siempre se levantaba con prisas. Cuando le tocaba llevarla al cole apenas disponía tiempo para despedirse de Patricia.

Menos aún de jugar a hacerse la dormida.

La subinspectora sacaba todo el jugo que podía a esos minutos que compartía con su pequeña. Con ella en brazos se encaminó a la cocina. Había dejado preparado un zumo de naranja y unos pequeños tazones con fresas, plátanos y leche para las dos. Comer juntas lo mismo y a la vez, era como un juego para su hija, feliz por poder imitar a su madre en todo lo que hacía durante el desayuno.

Una hora después entraba en la comisaría, se dirigió a su mesa y con gesto mecánico recogió unas carpetas y sobres que había sobre ella. Tras saludar a la secretaria de Rovira y servirse un café se encaminó hacia la sala que se había convertido en su despacho en los últimos días. Sonrió al ver las ventanas abiertas. Pocos olores le resultaban tan desagradables como el del tabaco frío. Rodeó la mesa y tomó asiento.

Frunció el ceño.

«¿Qué será?».

Frente a ella, asomaba entre varios sobres blancos, uno amarillo. Dio un sorbo al café. Acercó la pequeña montaña de carpetas y tiró del extremo del sobre. Su nombre estaba escrito a mano.

Subinspectora Rocío Prados.

Cogió el sobre entre sus manos. Era fino. Lo miró desde todos los ángulos posibles como si pudiera decirle algo. No llevaba remitente, ni matasellos. Nada.

Solo su nombre.

Antes de abrirlo se levantó. Con él en la mano se acercó hasta la mesa de María, que como casi siempre, estaba escribiendo a máquina a una velocidad endemoniada mientras hablaba con el teléfono bien encajado entre su hombro y el cuello. Rocío esperó paciente a que terminase.

—Sí, comisario, en unos minutos le llevo el informe.

Colgó.

—¿Sabes quién ha traído este sobre? —con el brazo estirado se lo ofreció.

María realizó los mismos gestos que la subinspectora había llevado a cabo minutos antes. Lo miró por delante, del revés y frunció el ceño.

—Yo te he dejado algunas cartas sobre tu mesa, pero no recuerdo que hubiera

entre ellas un sobre como este —apuntó María con gesto preocupado—. ¿Has preguntado en recepción?

No, no había preguntado.

María observaba con los labios ligeramente fruncidos como Rocío se alejaba camino de la entrada de la comisaría. Un observador curioso hubiera distinguido en su rostro un leve gesto, diferente al rictus habitual de la secretaria...

¿Tensión?

¿Quizá, ansiedad?

Después de que la subinspectora mostrase el sobre a una pareja de compañeros, estos llegaron a la misma conclusión que María. Le dieron a la secretaria de Rovira unas cartas a su nombre para que las dejara encima de su mesa. No recordaban que entre ellas hubiera algún sobre amarillo. Puesto que venía sin remitente ni matasellos, acordaron ponerse en contacto con el turno de noche, por si se lo habían entregado a ellos.

Rocío regresó a la sala. Por el camino se hizo con un abrecartas. No podía negar que el misterio que envolvía a la aparición de ese sobre amarillo sobre su mesa, la tenía intrigada. La primera persona de la que había sospechado que pudiera estar detrás era el inspector Cortizo. De ser así se trataría de algún insulto o alguna estupidez, como la reacción de la noche anterior cuando terminaron su turno y se marchaban a casa. Si no llega a ser por Romero, lo más posible era que Mendía y él hubieran llegado a las manos.

Se puso cómoda, abrecartas en mano lo deslizó por un extremo. Su curiosidad aumentaba por momentos. Escrutó el interior.

Solo dos papeles.

Un repiqueteo en la puerta antes de abrirse.

—¿Qué miras con tanto interés? —preguntó Mendía.

Rocío había apretado levemente el sobre por los extremos para ahuecarlo y así poder ver lo que ocultaba.

—Este sobre estaba sobre mi mesa, a mi nombre y nadie sabe cómo ha llegado —dijo sin apartar la vista del primer papelito que asomaba.

Lentamente, como si temiera hacerle daño, tiró de la esquina. Romero se había sentado a su izquierda, no perdía detalle de las manos de su compañera. Mendía permanecía de pie encendiendo un pitillo.

Dejó el primer papel sobre la mesa y buscó el segundo. Con el mismo ritual lo situó paralelo al anterior. Acto seguido dio suaves golpes en un extremo, por si caía algo más.

Nada.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene esa cara?

Rocío miró a Mendía con la boca abierta. Había echado una rápida lectura a ambos papeles.

—Creo que es una copia del sobre que debieron recibir los dos primos, y esta hoja

de aquí —señaló el papel situado más a su derecha— la que recibió Andrés Rodrigo.

—Lee lo que dice, por favor —pidió Mendía sentándose frente a su compañera.

—¡Buenos días! —Rovira hizo acto de presencia con su inseparable café en la mano. Le llamó la atención el interés de sus tres subordinados sobre lo que parecían ser dos cuartillas sobre la mesa.

—Llega usted a tiempo, comisario —señaló Romero—. Ese sobre que ve ahí lo recibió Prados esta mañana. Nadie sabe cómo ha ido a parar a su mesa. Se disponía a leerlo, a no ser que quiera usted contarnos algo...

—Es sobre el caso de las rosas, comisario —intervino Rocío, antes de que Rovira desviara la conversación a otro tema.

—Continúe, subinspectora.

Rocío leyó la primera cuartilla

—«... dile a tu primo que dentro de tres días llegaran copias a la prensa y a vuestras familias. No os preocupéis, no queremos que confeséis, ya no es necesario. Nos vale con que sufráis la misma vergüenza, la misma culpabilidad pero sobre todo queremos que experimentéis el mismo terror que sintió Alma aquella noche...».

Sin levantar la vista tomó la segunda hoja entre sus manos.

—«Este es el motivo por el que hemos pagado tu fianza, no creemos que pasar el resto de tu vida en la cárcel sea la solución a tus problemas. ¿Pensabas qué lo que sucedió hace 16 años quedaría impune?...» «... no queremos que te entregues ni confieses nada, nos vale con que experimentes aunque sea mínimamente la vergüenza, el dolor y el miedo que sufrió Alma aquella noche...».

Durante los siguientes minutos en la sala solo se escuchó el ruido que hacían Mendía y Rovira cuando expulsaban el humo de sus pulmones. Rocío releía una y otra vez los dos palpes. Con cada lectura parecía encontrarse más satisfecha.

—Alma... —dijo para sí—. Alma.

—¿Nadie sabe cómo ha llegado esa carta a comisaría? —preguntó sorprendido Rovira.

—No, comisario. Estaba sobre mi mesa. Tenemos la conexión entre los dos primeros casos —soltó sonriente la subinspectora—. ¿Ve, señor? Vamos por buen camino.

—Estábamos en lo cierto cuando concluimos que algo había sucedido en mil novecientos setenta y que implicaba a los tres primeros cadáveres aparecidos —Romero se había puesto en pie con las manos atrás apoyado en la pared junto a la ventana— parece que la tal Alma es la clave.

—La misma vergüenza, la misma culpabilidad, pero sobre todo queremos que experimentéis el mismo terror que sintió Alma aquella noche... —Rocío leía en voz alta—... vergüenza, culpabilidad, terror...

La subinspectora levantó la vista de las hojas y miró a sus compañeros. Su cara había abandonado la inicial alegría que aporta una nueva pista, en su lugar un rictus serio y preocupado.

—A esta mujer la violaron... —concluyó convencida.

Mendía aplastó la colilla de su pitillo mientras miraba a Rocío.

—Si tal y como crees estamos en lo cierto y los suicidios son inducidos como decía el comisario, entonces...

—... se suicidó —intervino Romero.

—Más que una mujer lo más probable es que se tratara de una niña. Recordar que fue hace dieciséis años —Rocío consultaba sus notas.

—Averigüen la conexión que existe entre los cadáveres encontrados y esa tal Alma —Rovira se puso en pie—. No olviden comprobar si el hijo del embajador italiano tiene conexión con esa chica.

Antes de cerrar la puerta se volvió.

—Que no salga nada de aquí.

El comisario abandonó la sala con la preocupación instalada en su rostro. Preguntó a su secretaria si sabía algo de ese sobre amarillo.

—No, comisario. Como le dije a la subinspectora podría jurar que no se encontraba entre las cartas que dejé sobre su mesa esta mañana.

—No se preocupe, María, gracias.

Antonio Rovira entró en su despacho. Sentado tras su mesa no podía eliminar la aprensión que esa mañana se había apoderado de él. Coincidió con Prados. Ese sobre significaba un avance en la investigación, un avance importante, sin duda. Sin embargo, no sentía la euforia que acompañaba a la aparición de nuevas pistas, sobre todo en casos embarrados como este. Había observado el rostro satisfecho de la subinspectora cuando terminó de leer las cuartillas.

En su cara se dibujó una fugaz sonrisa.

Para él las buenas noticias aparecidas suponían una mayor presión. Hubiera dado cualquier cosa porque las pruebas hablaran de casos diferentes aunque en todos ellos se encontraran una rosas.

«Unas puñeteras rosas» como puntualizaría el comisario principal.

Sí, esas puñeteras rosas eran el nexo de unión. Quizá no fueran determinantes para el juez, pero el contenido del sobre amarillo era una argumento más a favor de esa unión.

Encendió un Ducados.

No pasaría mucho tiempo antes de que su jefe le llamara para recordarle *el pacto* al que habían llegado respecto al caso de los familiares del Presidente del Constitucional. El razonamiento era muy sencillo.

—Olvídese de las malditas rosas, y verá como todo tiene sentido. Deje a los chicos descansar en paz, Rovira, y a su familia también. Háganos un favor a todos y dedíquese a trabajar en resolver casos importantes para esta ciudad, que son muchos.

«Demasiados».

Pensó que con la aparición del cadáver de Andrés Rodrigo bajo el Puente de Segovia, el comisario principal vería un hilo común entre los supuestos suicidios.

Pero no.

«Olvídese de las rosas, hágame caso...».

Antonio hubiese admitido como normal que aparecieran unas rosas junto a los cadáveres de los primos y renunciar a investigar la posibilidad de asesinato, si el comisario principal, a instancias del Presidente del Constitucional, se lo pidiera. No se trataba de dejar en libertad a un sospechoso, o de mirar para otro lado, sino de no remover un asunto complicado para la familia.

Hasta aquí todo correcto.

«¿Las rosas?».

Las rosas le decían que no estaban siendo sinceros con él ni con su equipo. Era evidente que iba más allá de una simple casualidad que junto a varios cadáveres apareciesen una rosa blanca y otra negra. ¿Qué le dirían si le informaba del sobre recibido y de las dos cartas de su interior?

No logró ofrecerse así mismo una respuesta razonable que pudiera partir de boca del comisario principal. Ignoraba el motivo, pero de algo estaba seguro; por muchas evidencias que fueran surgiendo durante la investigación, no serían suficientes para que le permitieran cumplir con su trabajo.

«Alma...».

También coincidía con Prados. Las notas indicaban que lo que hubiera sucedido años atrás, había contado con la participación de esos individuos y de esa chica. Seguramente la hubieran violado y ella no hubiera visto otra salida que suicidarse.

«Eran otros tiempos».

Rovira pensaba que en la época actual en la que vivía se hubiera prestado más atención a una denuncia de ese tipo.

Hizo un leve gesto, negando, con la cabeza.

«Depende con quién des» su mente le había traído la imagen de Cortizo atendiendo a una mujer como Alma. Seguro que el inspector hubiera procedido enviándola de nuevo a su casa si no traía pruebas.

El familiar *ring ring* le devolvió a la realidad.

—Don Antonio, el comisario principal por la línea uno —indicó María al otro lado del hilo telefónico.

—Entonces tenemos a tres chavales que en mil novecientos setenta rondarían los dieciséis años —expuso Mendía— y una chica que...

—Cuatro. No te olvides del hijo del embajador italiano, Héctor Martello —intervino Rocío— aunque haya fallecido antes que los otros tres estoy convencida que debe ser por el mismo motivo. Fue la madre de Andrés Rodrigo la que nos llevó tras la pista de este chico. La conexión está clara ¿no os parece?

Ambos inspectores asintieron.

—Cuatro chicos y una chica. Suponemos que la violaron y después ella se suicidó —Romero había vuelto a tomar asiento junto a Prados—. Tenemos que encontrar una situación común a estos cuatro individuos. Aparte de que vivían en Madrid —

consultó su libreta— no tenemos nada más.

Tras llamar a la puerta, María hizo su entrada con una jarra de café y otra más pequeña de leche.

—¡Cómo nos tratas! —soltó Rocío agradecida.

—Sé de alguno que como se entere se va a pillar un rebote...

—Sí, Mendía, pero solo cumplo órdenes del comisario —apuntó María con una sonrisa cómplice abandonando la sala.

—Me gustaría ver la cara de Cortizo mirando las jarras que pasan delante de su mesa.

—Volvamos a lo nuestro —Romero estaba especialmente concentrado. Hecho que no había pasado inadvertido ni para Mendía ni para Rocío.

Ambos compañeros se miraron entre sí.

—Si todo es como suponemos, estamos ante una venganza. ¿Pero por qué esperar tanto tiempo? Si a mi hija la violaran y supiera quienes han sido seguramente iría a por ellos —la mirada de Romero se perdió durante unos instantes en un lugar más allá de las cuatro paredes entre las que se encontraban.

Otra vez.

—Si pudiéramos conseguir el apellido de la chica avanzaríamos mucho —Rocío rellenaba los vasos de café dando tiempo a que su compañero se relajara.

Sabían que tenía una hija de doce años a la que unos meses atrás la habían dado un buen susto al salir del colegio. Una pareja la intentó introducir en una furgoneta, pero la niña logró soltarse de la mujer y salir corriendo. Desde aquel día todos los casos en los que alguna niña se veía involucrada suponían para Romero un aporte extra de motivación para resolverlo. Como si pensara que su hija pudiera ser esa víctima de ahí, o esa de allá o la de esta carpeta o la de aquella o...

Una niña. Cualquier niña.

Su hija.

—¿Y si no son cuatro? —Mendía rompió el embarazoso silencio—. Sí, ya sé que es un número más que suficiente, lo que quiero decir es que debemos estar abiertos a que aparezcan más cadáveres con rosas. No tenemos nada que nos diga que estos son todos y que no ha habido alguno más antes o que no vaya aparecer ningún otro —extrajo un Habanos del paquete y lo encendió mecánicamente mientras esperaba un comentario de sus compañeros.

Comentario que no llegaba.

—¿He dicho alguna estupidez?

La subinspectora miraba continuamente los informes y sus notas.

—¡Aquí está! Perdona, he escuchado lo que decías y estoy de acuerdo en todo. Me has dado una idea y estaba buscando entre estas carpetas que...

—Menos mal, creí que se me había ido la olla.

Rocío sonrió.

—Verás, me llamó la atención vuestro informe sobre la visita que hicisteis al

general Venancio Rodrigo y a su mujer. Decís que ella os habló de la mala influencia que ejercía sobre su hijo Andrés, su mejor amigo Héctor. No negó que ocurriera algo en ese año y casi echó la culpa de lo que sucediera a Martello. ¿No es así?

—Así es, efectivamente. ¿Dónde quieres llegar? —Romero volvió a concentrarse en el caso.

—Como apuntáis en el informe, seguramente esa mujer no sepa mucho, pero lo que sí sabía es que de haber un culpable lo más seguro era que fuese ese amigo de su hijo.

—Sí, así es, pero sé más directa —Mendía jugaba con los aros de humo sobre un pequeño cubilete repleto de lápices y bolígrafos.

—Pues eso, que solo habla *del amigo* de su hijo, de *un* amigo ¿entendéis? No dice nada de *los* amigos de su hijo. La mujer del general no sabe nada de los otros implicados.

Rocío permaneció unos instantes observando a sus compañeros que a su vez se miraban entre sí. Estaba convencida que su razonamiento tenía sentido, aunque no tuviera claro lo que pudiera significar en esos momentos.

—Quieres decir que los cuatro, o los que sean en total —se corrigió mirando a Mendía— no eran de un mismo grupo de amigos. Coincidieron en un lugar determinado, pero antes de llegar a ese punto de encuentro no se conocían.

—Sí, algo así.

—Eso lo complica más aún. ¿Dónde podían coincidir estos chicos?

—Una discoteca —indicó Mendía— una fiesta.

—Si fuera una fiesta, querría decir que tenían amigos en común y quizá esa chica también lo fuera de alguno de ellos. Apostaría que de ser así la mujer del general hubiera dejado escapar algún dato —Romero repasaba su propio informe.

—Bien, entonces tenemos que investigar denuncias por violación en mil novecientos setenta y suicidios en esa misma época.

—Eso es compañero. A ver si alguna denuncia coincide con una intervención de la policía junto a una discoteca —Romero se había puesto en pie preparado para bucear entre informes de dieciséis años atrás.

—En cuanto a los suicidios, excluiría aquellos que no hayan sido consecuencia de una caída. Un piso alto, alguna montaña de la sierra. Si estos chicos han saltado por algo será —Rocío bajó la vista de nuevo a sus papeles.

—Bien apuntado —dijo Romero—. Cuando regresemos nos vamos de visita al ático. ¿Estarás aquí?

—Si el comisario no ordena otra cosa, aquí me encontraréis.

Paco Cortizo abandonó la comisaría la noche anterior con una desagradable sensación de acidez trepando por su esófago, quemándolo en todo su recorrido hasta la garganta. Siempre que le tocaban las narices le pasaba lo mismo. La maldita hernia de hiato lo tenía martirizado. Con el paso de los años esas situaciones se daban cada vez más a menudo. La puñetera política acabaría con todo.

Meses atrás llegó a tener cita para la operación, después de una profunda y constante recaída que le impedía dormir tumbado. Como solución, utilizaba el sofá en compañía de sus dos fieles amigos; *DYC* y *Capitán América*. El primero de ellos le acompañaba desde sus primeras copas de adolescente. Con el segundo, no llevaba más de un año compartiendo su vida. Era pequeño, de raza indefinida, con una mancha color café que le recorría la cabeza en dos surcos que se unían en la frente, formando una *A* con sus ojos.

No fue fácil que el pequeño perro se instalara de forma definitiva en casa de Cortizo. Tras dos intentos, en los que su mujer amenazó con dejarle si «ese bicho sigue aquí cuando yo vuelva». *Capitán América* tomó posesión de un mullido y agujereado almohadón propiedad del anterior inquilino; un enorme gato que abandonó la casa junto con su dueña. *Capitán* le ofrecía el cariño y la fidelidad que el inspector no recordaba haber experimentado a lo largo de su vida.

Después de dos semanas con su particular tratamiento para combatir los ardores a base de su más viejo amigo, la capacidad para desempeñar su trabajo con un mínimo de garantías, no solo para él sino también para sus compañeros, fue puesta en entredicho.

—¡El moromierda llevaba una pistola, comisario!

—Cortizo, que sea la última vez que en esta comisaría habla usted en esos términos.

—¡Le juro que iba armado!

El compañero del inspector no pudo corroborar su versión. Segundos antes de que Cortizo disparase contra **Bâhir** Chacur, se encontraba junto con sus colegas investigando un caso de tráfico de hachís. Llegó el día esperado para poner fin a la operación *cortina de humo*. Todos se encontraban en sus posiciones cuando:

—¡Detrás de ti!

Cortizo miró en la dirección que le indicaba su compañero. Le separarían unos veinticinco metros de Chacur, que descendía de su coche ajeno al dispositivo montando por la policía.

El inspector sacó su arma.

—¡Alto, policía!

No podían permitir que **Bâhir** Chacur entrara en el almacén y diera al traste con la operación. Necesitaban unos minutos más para que todos los cabecillas acudieran a la reunión que tenían programada.

El sospechoso miró a Cortizo y comenzó a correr en dirección contraria.

«Me cago en la puta».

Precisamente eso, correr, era lo que menos le podía apetecer en esos momentos. Llevaba varias noches sin pegar ojo. Lograba conciliar el sueño gracias a los vapores etílicos generados por las cuatro o cinco generosas copas de *DYC*. La falta de descanso, el exceso de alcohol junto con el nulo entrenamiento habían convencido a Cortizo que lo que pudiera detener un ¡Alto, policía! O una bala, le ahorraría

absurdas carreras tras moromierdas como ese que se alejaba.

Chacur dobló la esquina, si llegaba hasta el final de la calle podría intentar acceder a la nave por una de las puertas laterales. Esa sería su intención puesto que desconocía que estaba rodeada por los cuatro costados.

Cortizo dio un par de zancadas. Se asomó y vio al sospechoso correr. Puso en marcha su plan. Todo a la vez.

—¡Alto, policía!

Bâhir Chacur, se detuvo en seco. Levantó las manos y dio media vuelta.

El inspector disparó sorprendido por tan rápido efecto de su orden.

Apretó de nuevo el gatillo.

Las dos balas alcanzaron a Chacur. Una, rozándole el corazón, la otra en el muslo. La operación *cortina de humo* se suspendió.

No se encontró ningún arma junto al cuerpo del sospechoso que lentamente se recuperaba en el hospital. Hubiera bastado con que Cortizo hubiese seguido tras él obligándole a desplazarse junto al lugar donde se encontraban sus compañeros, pero para eso tenía que haber corrido unos metros.

—¡Pero vamos a ver! ¿Le he detenido o no? —se defendía furioso ante la mirada de los de asuntos internos.

—¡Ha dado al traste con la operación, inspector!

—¡Únicamente me defendí! ¡Qué cojones! ¿A quién van a creer, a un veterano como yo o a un moromie...?

—Cortizo... —Antonio Rovira ya había oído bastante.

Fue suspendido durante cinco meses. Se le abrió un expediente que se adjuntó a otros, sumados todos ellos daban un perfil del inspector recomendando su rápida jubilación o la expulsión del cuerpo a la mínima queja que se presentara contra él.

Esto lo sabía Paco Cortizo.

También el comisario principal.

El día que el comisario Rovira les pidió discreción, durante una corta charla frente a las mesas de los inspectores, respecto a la investigación de Fermín Saiz de la Puebla y Sandro Cobriña, ese mismo día Cortizo se puso en contacto con su fuente en el diario Ya. A la mañana siguiente salió publicado todo lo que hacía referencia a la investigación de los suicidios y las rosas. El objetivo del inspector era que su compañera Prados fuera la sospechosa de la filtración, no obstante había sido la última en llegar y por tanto la primera que debería ser señalada con el dedo.

Todo le salió mal.

A Rovira no le costó mucho trabajo que confesara su implicación como *fuentes cercana a la investigación*. Con su silencio consiguió asegurarse el concurso de Cortizo a favor del caso y controlar la información que se *filtrara* a la prensa. Sin olvidar ahorrarle una última y definitiva mancha en su currículum.

Otros más pensaron como él.

La mañana en que el diario Ya publicó la noticia, el Presidente del Tribunal

Constitucional, Eladio Saiz de la Puebla estaba sentado en la mesa de su flamante despacho.

—Gracias, Encarna.

Su secretaria le había dejado el juego de café sobre la mesa, frente al sillón, los periódicos a su izquierda extendidos donde debían estar. Desde esa posición podía leer los titulares mientras se quitaba la corbata.

—¿Desea algo más?

—No, está bien así.

Saiz de la Puebla giró su cabeza mientras colgaba la corbata en el perchero junto a su chaqueta.

Su corazón le dio un vuelco.

Se dejó caer en el sillón.

Mientras buscaba la página en la que venía desarrollada la noticia sintió como su pasado galopaba frenético en su busca. Sus pulsaciones se aceleraban por momentos, tanto como su rabia.

«Todo había salido perfecto».

Extendió el Ya abierto sobre la mesa.

«Posible asesino en serie actúa en Madrid».

«... por lo que el presunto suicidio del hijo de Presidente del Tribunal Constitucional, don Fermín Saiz de la Puebla y de su sobrino, don Sandro Cobriña, pueden estar relacionados con el cadáver aparecido bajo el Puente de Segovia. Una rosas blancas y negras podrían ser el nexo de unión...».

«¿Rosas?».

A Eladio no se le escapaba que el fallecimiento de su hijo resultaba extraño. Le había prometido no volver a ver a su primo y le había fallado. Sopesó mover los hilos necesarios para llevar a cabo una investigación criminal, pero tras consultarlo con la almohada primero, y después con su hermana, a la que en su día puso al tanto de las hazañas de su querido Sandro, optó por ofrecerles unas dignas pompas fúnebres.

Asunto concluido.

Hasta hoy.

Recordó como unos pocos años atrás, en una recepción en la embajada italiana en Madrid, la dulce esposa del embajador le habló del fatal accidente de su primogénito Héctor. Un *gin tonic* más tarde le confesó que la misma mañana del accidente recibió una extraña caja con una rosa blanca y otra negra. Olvidó referirse al texto de una escueta carta que las acompañaba.

—¿Ve como todo el mundo se entera de todo, Eladio? Hoy día no hay privacidad, ni nada parecido.

«Rosas...».

Cuando a instancias del Ministro, la policía le informó en su despacho de las

andanzas de Fermín y Sandro durante el verano de mil novecientos setenta, en El Bosque, le aseguraron que no habían sido los únicos que intervinieron en la violación de Alma Mateo y que su actitud insensata había terminado con el fallecimiento uno de sus compañeros internos, Francisco Lasa, en un incendio. Cada familia desconocería la identidad de los demás implicados, con objeto de impedir que el asunto se les fuera de las manos.

A Eladio Saiz de la Puebla las piezas le encajaban. Por mucho que le pesara, la hipótesis que planteaba el artículo del Ya señalaban el camino correcto. Alguien se estaba vengando. No iba a ser precisamente él quien removiera el pasado. Por su parte todo estaba enterrado, como su estúpido hijo y el imbécil de su sobrino.

Pero la noticia no podía quedar así.

Llamó a su buen amigo Néstor, el comisario principal.

—No te preocupes, déjalo en mis manos. Hablaré con el comisario Antonio Rovira y con el periódico. No permitiré que por unas puñeteras rosas abran una investigación que ya debería llevar tiempo cerrada.

Eladio siempre se supo rodear de colaboradores fieles. Su número y su supuesta fidelidad aumentaban conforme lo hacía su poder. Cuanta mayor era su influencia menores eran los requerimientos que necesitaba para que se llevara a cabo cualquier propuesta suya.

Este era el caso del comisario principal.

Nada le había confiado de lo acontecido años atrás. Nada le iba a confiar acerca de las peripecias de su hijo y de su sobrino. La vida le había enseñado que los que hoy te adulan, mañana, cuando las cosas se tuerzan, buscarán cualquier resquicio para alejarse de ti, para hundirte si con ello pueden salvar su propio pellejo. En el mundo en el que se movía había que dar espacio a los más fieles para que no dejaran de sentirse importantes.

Néstor era uno de ellos.

De los más fieles.

Un aspecto diferenciaba a Eladio y a Néstor. Mientras uno se esforzaba en buscar colaboradores apasionados a su causa, que normalmente se encontraban en un escalafón inferior de poder. Otro se alejaba de sus subordinados para servir a sus superiores.

El comisario principal quedó satisfecho con la llamada a Antonio Rovira. Sabía de su capacidad y sobre todo de su respeto a las órdenes. En tiempos no muy lejanos formaron un buen equipo, pero hoy día sus intereses y sus obligaciones se encaminaban a obedecer a sus superiores. En él recaía la responsabilidad de que las decisiones que se tomaran en el nivel más alto de la jerarquía se cumplieran en los escalafones inferiores.

Un trabajo duro.

Néstor se sentía como pez en el agua.

El siguiente paso requería hablar con el director del Ya. Satisfecho, descolgó el

teléfono. Si había algo que disfrutaba, sobre otras cuestiones, de su actual puesto era su capacidad para influir en los demás. Si su cargo no les impresionaba a unos, su proximidad a los más poderosos sí que les afectaba a otros. En este caso no iba a ser necesario. Conocía bien al nuevo director. En el pasado se habían intercambiado favores, hoy iba a cobrarse uno.

—... así que el inspector Paco Cortizo —murmuró mientras tomaba notas en su agenda—. No, no te preocupes, te mantendré al margen.

—Sabes que revelar las fuentes...

—Sí, sí, descuida, quedará entre nosotros.

Colgó.

—Merche, tráigame el historial del inspector Paco o Francisco Cortizo —pidió a su secretaria a voz en grito asomado a la puerta de su despacho.

Mientras esperaba encendió un pequeño puro. Sobre la mesa, el artículo del Ya que tanto preocupaba al Presidente del Constitucional. Lo leyó una vez más con detenimiento. Al concluir dobló el periódico, dejó que su mente de policía buceara en los datos que acaba de recibir. Permaneció unos minutos como absorto, calada tras calada, mirando por la ventana. Tan absorto que no oyó a su secretaria que le llamaba desde la puerta.

—... comisario —Merche, carpeta en mano, aguardaba a que Néstor le permitiese el paso—... comisario...

—Sí, sí, pase, discúlpeme —dijo mientras volvía a ocupar su confortable sillón— estaba pensando...

—Aquí le dejo el historial que me ha pedido.

«Estaba pensando...».

Sí, su mente le mostraba reiteradamente la imagen de unas rosas. No había más nexo de unión entre ambos casos que ese. Pero no podía negar que resultaba, cuando menos, curioso que unas rosas blancas y negras aparecieran en ambos escenarios, tan diferentes entre sí.

«Cosas más extrañas se han dado».

Eladio Saiz de la Puebla le había rogado encarecidamente que pusiera fin a esa investigación y para ello había aludido a la profunda amistad que les unía.

«Por un amigo...».

Al terminar de leer el informe de Paco Cortizo, cerró la carpeta.

Y sonrió.

El inspector no había pasado una buena mañana. Su idea de dejar en mal lugar a la subinspectora Prados no había conseguido el efecto buscado. No solo eso, Rovira le había hecho confesar ser el causante de la filtración a la prensa. Por si eso fuera poco una mujer le había quitado su puesto en uno de los casos que normalmente se encargan a los más veteranos.

«Una mujer, vamos de mal en peor».

Al menos el comisario había atendido sus razones.

—Mi intención era que si alguien había visto algo se pusiera en contacto con nosotros. Sabe usted que en muchas ocasiones la prensa nos ha ayudado a resolver casos y...

—No vuelva a hacerlo sin consultarlo antes conmigo ¿entendido?

El único requisito que le había pedido era que no variase la forma en que a partir de ese momento *filtraría* información sobre el caso al Ya. Debería seguir teniendo el aspecto de extraoficial.

«Luego, el soplapollas de Mendía, si no llega a ser por Romero le...».

Como de costumbre paró a tomar una copa en su bar habitual antes de llegar a casa. A ver si con un poco de suerte podía dormir bien esa noche. Parte del remedio lo tenía en sus manos. Así se lo hizo saber un amigo médico, unos días antes, señalando su copa mientras compartían un whisky.

—No bebas alcohol y verás como mejoras.

Cortizo le dedicó una boba sonrisa.

—Es precisamente el alcohol lo que me permite dormir.

«¡So imbécil!».

Dos suaves ladridos y un incesante meneo de cola le recibieron al llegar a casa. Capitán América se elevaba sobre sus patas buscando las caricias de su dueño.

—¡Hola, Capitán!

Cortizo cogió al perro bajo su brazo y se encaminó a la cocina mientras le acariciaba entre los ojos.

Desde pequeño soñaba con los superhéroes. Dado que no contaba con unas dotes especiales como para formar parte de ellos, optó por ser policía. Era lo más cercano a su papel de héroe que podía alcanzar. Los inicios fueron difíciles. Jamás pensó que fuera tan complicado y arriesgado pasar las pruebas para acceder al cuerpo.

Al fin lo consiguió.

Con la celebración por el objetivo cumplido casi acaba en entre rejas por una absurda discusión. La cosa no pasó a mayores.

Dejó a Capitán en el suelo.

De la pequeña despensa cogió la bolsa de comida para el perro y una lata de calamares para él, una cerveza bien fría de la nevera. Sentado frente al televisor se dispuso a cenar, a su derecha, su fiel amigo devoraba con ansia todo lo que había sobre su plato.

—Mañana te traeré un buen filete.

Capitán levantó la cabeza y se le quedó mirando unos instantes, como recordándole qué no era la primera vez que le prometía algo así.

—Lo sé, llevas razón. De mañana no pasa.

Nada más terminar, se encaramó de un salto al sofá, buscaba la pierna de Cortizo donde apoyar su cabeza y ver la tele. La película había comenzado pero poco les importaba, era de policías y por lo menos en esta ocasión resolverían el caso.

Desde que su mujer le había abandonado, la cocina solo se utilizaba para calentar

aquello que no cupiera en el microondas. No la necesitaba. En el fondo, desde que se marchó, su vida había cambiado a mejor. Podía tumbarse en el sofá, en su sitio preferido, sin tener que echar a su puñetero gato, que era tan grande como un tigre. Había dejado de escuchar su estridente griterío desde cualquier lugar de la casa, avisándole que empezaba su maldita serie de televisión. Por fin había perdido de vista a las amigas de su mujer que venían a su casa a beberse sus cervezas y a comerse sus patatas.

—Zorras... —escupió con gesto torcido.

El teléfono comenzó a sonar.

«¿Quién cojones...?».

Miró la hora. Su reloj digital de muñeca Casio, marcaba las 22.55h.

Mojó un trozo de pan en la salsa y se lo llevó a la boca mientras el teléfono no dejaba de sonar.

—¡Mierda! ¡Tenía que haber calentado la puta lata!

Capitán saltó raudo, desde el suelo se le quedó mirando curioso.

Enfadado consigo mismo, por el descuido, y con el insistente *ring ring* volvió a la cocina a por otra cerveza, la anterior no resistió ni un par de tragos. Puso los calamares al fuego.

—Seguro que llaman de la comisaría ¡Qué les den! ¡Mi jornada ha terminado! Que llamen a la zorra de Prados...

¡Ring! ¡Ring!

—¡Joder!

En dos zancadas llegó hasta el teléfono. Tras un largo trago de cerveza y un potente eructo se llevó el auricular a la oreja.

—¿Quién coño llama a estas horas?!

—¿Inspector Francisco Cortizo? —una voz grave y firme le respondió. Una voz que le resultaba familiar, pero que no supo concretar de quién se trataba. Sin embargo, no se le escapó que esa voz estaba acostumbrada a mandar.

Tragó saliva.

—Sí, soy el inspector Cortizo —convino en el tono más servil que pudo modular, sin conseguir disimular el alcohol que llevaba ingerido.

—Soy el comisario principal Néstor Villega le llamo...

«¡Me cago en la puta!».

—Disculpe, señor, yo no pensé que fuese usted el que llamaba. Había sonado el teléfono varias veces y nadie contestaba y pensé que... —soltó con voz entre cortada poniéndose en pie.

Néstor sonrió.

«Vamos bien».

—No se preocupe. Necesito de su experiencia para un asunto de suma importancia para el cuerpo de policía. Verá...

Ahora fue el inspector quien sonrió.

«Por fin...».

Cuando colgó el teléfono, Cortizo no tuvo más remedio que apurar de un trago la cerveza, levantarse de la butaca y con paso cansino pero sin borrar una sonrisa de satisfacción de su rostro, encaminarse a la cocina. Eligió su mejor vaso, bajo y ancho, para cubrirlo de hielos. Del armario, el whisky para las grandes ocasiones.

Hoy lo era.

Había mucho que celebrar.

—Toma amigo —volcó un chorro en el recipiente del perro.

Sentado de nuevo en el salón, estiró las piernas y las dejó caer lentamente sobre la mesa.

—Ven aquí —golpeó suavemente en el sofá—. Ha llegado mi día. Eres el único que me comprende.

Dos largos tragos más tarde, con los ojos cerrados, el vaso apoyado en su prominente barriga y acariciando a Capitán América, suspiró ruidosamente.

«Por fin...».

El comisario principal le había elegido para llevar a cabo una misión complicada y de enorme responsabilidad. Requería del concurso de un inspector con experiencia y curtido en mil batallas, pero sobre todo de alguien en quien se pudiera confiar.

—Mañana a la hora de la comida hablaremos largo y tendido, inspector, de momento quiero saber si puedo contar con usted para hacer un trabajo de supervisión. Es decir, quiero que me mantenga informado de todo lo que se cuece en su comisaría —Néstor Villega hablaba pausadamente, dando la entonación necesaria a cada sílaba que partía de su boca—. Si tenemos éxito velaré personalmente por su promoción.

Aquella noche Paco Cortizo durmió a pierna suelta. Nada de acidez. La puñetera hernia se había olvidado de él durante unas horas. Descansó tanto que a las nueve de la mañana el sonido del teléfono le despertó.

Miró el reloj de la mesilla.

—¡Joder!

Se sentó en el borde de la cama y cogió el teléfono.

—Inspector Cortizo, soy María, la secretaria del...

—Sé quién eres —señaló con voz pastosa.

«Otra que se cree más lista que nadie».

—El comisario me ha pedido que le llame. Quiere saber si se encuentra bien y...

—Dígale que en media hora estoy allí.

Colgó bruscamente.

Otro día cualquiera hubiera jurado en arameo hasta llegar a la comisaría. Se había olvidado de poner el puto despertador, llegaría tarde, sí, pero no le importaba en absoluto, se sentía fuerte. El recuerdo de su conversación de la noche anterior volvió a dibujar en su cara una sonrisa de triunfo. Esa mañana le llevó más tiempo de lo habitual arreglarse. Eligió una corbata sin manchas. Del armario seleccionó una camisa que hacía semanas que no se ponía. Era la única limpia, y medio planchada,

que aguardaba su momento colgada en la percha. El resto se amontonaban en un cesto junto a la cama.

—¿Qué tal estoy?

El pequeño perro daba vueltas, feliz, alrededor de su amo sin dejar de mover la cola. No recordaba la última vez que le había visto tan contento.

—Esta noche daremos un paseo ¿de acuerdo? —prometió antes de salir de casa.

La mañana fue transcurriendo sin grandes incidentes. Un par de salidas a interrogar a dos personas en relación a unas denuncias presentadas y poco más.

—Te noto, no sé... —apuntó su compañero mirándole detenidamente—... parece como si te hubiera tocado la lotería.

Cortizo mantuvo la vista al frente con las manos en el volante. Cerca estuvo de repetirle, palabra por palabra, la conversación que había mantenido con el comisario principal. Sí, le había llamado a él, a su propia casa. En el último momento una suave lucecilla le iluminó. En su cabeza resonaron las últimas palabras de Néstor Villega:

—«*Ante todo sea discreto, inspector. Nadie debe estar al tanto de nuestra colaboración*».

—Será que hoy he podido dormir a pierna suelta, si hasta se me han pegado las sábanas —respondió con media sonrisa.

Al fin llegó la hora de comer.

—¿Comemos juntos, Paco?

—Hoy no puedo —se dio media vuelta sin decir más.

Tendría que haber preparado una excusa, pero su cabeza no podía pensar en algo que no fuera la comida que tenía con el comisario principal. Ni siquiera miró a los ojos a su compañero al marcharse, seguro que se le quedaría contemplando como si le ocultara algo.

«Me conoce demasiado bien».

Mientras se encontraba en su puesto de trabajo en la comisaría, había visto entrar a Romero y al cretino de Mendía en una de las salas. A María con café, y también al comisario. A Prados no la había visto pero seguro que estaría dentro tocándose las narices.

Él iba a terminar con todo eso.

A pocos metros del restaurante convenido con Néstor Villega, recordó el fin de una conversación que escuchó ayer por la noche, instantes antes de que Mendía saliera en defensa de la subinspectora.

«Vaya, vaya, así que hoy pensaban ir a visitar ese ático».

«¿No le habían prohibido al comisario que continuara con ese caso?».

Paco Cortizo, a pesar de su corbata sin manchas y su camisa limpia, se encontraba como un pulpo en un garaje. Excepto en alguna comida con la familia de su ex o años atrás cuando varios inspectores fueron invitados por el alcalde a comer, junto con sus respectivos comisarios, no recordaba haber entrado en un local como ese. Una mujer rubia, elegantemente vestida, y de agradable sonrisa, le recibió tras un atril con una

fina lámpara en la parte superior.

Cortizo aguantó el tipo como pudo. Su vista le pedía a gritos al menos una rápida mirada que le permitiera contemplar el cuerpo de esa hembra. Una falda ajustada, una blusa blanca, una chaqueta sin mangas que hacía esfuerzos por contener unos más que generosos pechos, le pedían que les prestase atención.

Con una boba sonrisa tallada en su rostro cedió a sus instintos.

—Buenos días, señor.

—Buenos... días —un fugaz, pero provechoso repaso con la mirada, a la rubia de media melena que le sonreía, le hizo sentirse importante.

—¿Desea comer?

«Tan guapa y tan tonta. ¿A qué otra cosa viene la gente a un lugar como este si no es a comer?».

Optó por callar sus pensamientos y en su lugar asentir.

—¿A nombre de quién está hecha la reserva, señor?

La cortina que les separaba se abrió de repente. El estrecho hueco por el que podía observar el interior del restaurante dejó paso a una figura alta, de grueso bigote cano y con gafas negras de concha.

—¿Inspector Cortizo, verdad? —el comisario principal extendió su brazo ante un más que sorprendido Paco Cortizo.

Como recibimiento no había estado nada mal. Quizá volviera en otra ocasión a llevarse a la rubia a dar una vuelta. Creyó haber notado en sus ojos cierta admiración al comprobar su cargo.

La mujer le había calado nada más verle.

«Baboso» fue lo más agradable que pensó en cuanto le vio perderse tras la cortina.

Después de pedir unos entrantes y un par de solomillos, Néstor Villega fue directamente al grano. Al concluir la lectura del expediente del inspector, supo que estaba ante la persona adecuada. Podía manejar, por un lado su currículum, que apuntaba a una expulsión del cuerpo a la primera denuncia que se presentara contra él. Se recomendaba encarecidamente su retirada voluntaria, a lo que Cortizo se negaba. Por otro lado, creyó estar ante una persona que necesitaba un poco de ánimo y de adulación.

Villega sabía que este tipo de individuo era de fiar hasta que las cosas se torcieran, pero cuando llegara ese momento, sin llegaba, le tendría comiendo de su mano.

Paco Cortizo abandonó el restaurante henchido de orgullo y con alguna copa de más. En su nublada mente aún podía ver el brillo en los ojos del comisario principal cuando le informó de la inminente visita de sus compañeros al ático del hijo del Presidente del Tribunal Constitucional. No solo fue ese brillo lo que le convenció de su nuevo papel, sino los puntos en común que compartía con Villega. Le había llegado un chivatazo en el que se decía claramente que el comisario Antonio Rovira

no actuaba en base a las órdenes recibidas. Momento que aprovechó el inspector para dejar en entredicho a su jefe.

—Lo harán esta noche.

Néstor había decidido soltar un órdago. Nada le había llegado de la supuesta actitud desobediente del comisario, pero la reacción de Cortizo le animó a captarlo para sus intereses.

Eladio Saiz de la Puebla se lo agradecería.

Rocío Prados había llamado a su madre para que esa noche se quedara con Patricia. En unas horas regresaba Carlos, su marido, de la convención de concesionarios de automóviles en Alicante, e imaginaba su reacción cuando supiera que esa noche debería salir.

—Apenas serán un par de horas.

—Haz lo que te dé la gana —apuntó escondido tras el periódico—. Me he tirado tres días fuera de casa, trabajando sin parar, para que al volver continuemos con lo mismo.

—¡Vamos al baño, Pati! —la voz de la abuela Berta puso fin a las recriminaciones de Carlos.

Mendía y Romero la esperaban en la puerta de su casa. Les bastó ver su rostro para optar por no formular ninguna pregunta que tuviera relación con su vida privada.

Habían conseguido unas copias de las llaves del ático, que alguien había olvidado devolver junto con las originales esa misma mañana. Olvido que los dos inspectores aprovecharon.

Aparcaron en la acera de enfrente, pero unos metros más alejados del portal de la casa. Rogaban para no cruzarse con nadie mientras accedían al edificio, ni mientras subieran en el ascensor. Llegado el caso podían decir que eran policías pero al carecer de permiso la solución solo sería temporal. Si les delataban, sus carreras y la del comisario podían verse afectadas.

Algo así sucedió.

Rocío quedó impresionada con el tamaño y la distribución del ático. La puerta de entrada, de doble hoja. A su izquierda otra más pequeña que más tarde pudo comprobar que daba a la cocina. Tras bordear un alto y ancho biombo se accedía a un enorme salón con forma redondeada. En el centro, un juego de sofás y sillones en torno a una mesa de forja, con tapa de cristal y con extrañas formas en las cuatro esquinas. A la derecha una mesa redonda con ocho sillas tapizadas a su alrededor.

Los tonos tostados predominaban en las tapicerías, frente a otros que combinaban diversos colores como en uno de los extremos de la estancia, formando un ambiente diferente, al que se accedía tras subir dos escalones.

Delante de ella un enorme ventanal daba paso a la espectacular azotea desde la que se divisaba la sierra de Madrid. Mentalmente concluyó que su piso cabría al menos tres veces en esa planta.

—¿Qué buscamos? —quiso saber Mendía, sin preguntar a nadie en particular,

mientras abría los cajones inferiores de una librería de madera que moría en el techo.

La subinspectora se dio por aludida. Suya había sido la idea de realizar aquella visita, a pesar de ello no contaba con una respuesta concreta como las que le gustaban a su compañero.

—Si los dos primos estuvieron juntos unas horas antes de saltar por esa terraza —dijo señalando al exterior— y su caso está relacionado con los demás, como así lo creo aunque solo sea por las rosas, tienen que haber recibido un sobre con una carta y algo más.

—Esta vivienda es el único escenario que podemos investigar —apuntó Romero desde la barandilla de la planta superior que rodeaba el salón excepto por la pared que daba al amplio ventanal—. Por lo que veo aquí arriba, nadie se ha preocupado de borrar huellas —mostraba una camisa y unos calcetines que acababa de recoger del suelo.

Los tres compañeros se movían ayudados de sus respectivas linternas y de una luz tenue que provenía del pasillo que conducía a la cocina.

—Por aquí está todo como si el dueño fuera a volver en cualquier momento. Parece como si nadie hubiera considerado la posibilidad de que se tratara de un doble homicidio.

—Mendía, puede que uno empujara al otro y luego saltara —señaló Rocío.

Romero se unió a sus compañeros.

—Arriba hay una maleta sin deshacer. He revisado las habitaciones y no he encontrado nada fuera de lugar.

Llevaban ya una hora en el ático y no habían dado con ninguna pista que les sirviera para relacionar los tres casos. Aún permanecían sobre la mesa los restos de las colillas y paquetes de tabaco que debieron fumar Fermín y el Indio en sus últimas horas.

—Qué raro... —murmuró Rocío para sí— es como si sus padres no quisieran tocar nada que tuviera que ver con su hijo. Ya se encargaría la inmobiliaria de limpiar la casa cuando la pusieran en venta.

La subinspectora iba bien encaminada. A la mañana siguiente Eladio Saiz de la Puebla contrataría los servicios de una agencia para que se ocuparan de encontrar un comprador.

—Salgo a la terraza. Hay una buena luna quizá no me haga falta la linterna —Prados deslizó la puerta corredera y accedió a la azotea. Dejó pasar unos segundos para que sus ojos se acostumbrasen a la falta de luz. De pie, barrió con la mirada la barandilla que en forma de media elipse abrazaba a la vivienda. A la izquierda, una hamaca entre dos butacones con una mesa de rafia en el centro.

«Lugar ideal para tomar el sol».

—Comisario, acaba de salir alguien a la azotea —señaló un policía por el transmisor a Néstor Villega.

—Mantenga su posición y hagan fotos.

Al comisario principal le había llevado poco tiempo montar el operativo. Gracias a la información aportada por Cortizo se ganaría la confianza de Eladio Saiz de la Puebla. Con el reportaje fotográfico más su inminente entrada en ático, darían por cerrado definitivamente el caso de las rosas. Lo sentía por Rovira, pero si se hubiese ceñido a obedecer las órdenes nada de esto hubiera sido necesario.

Habían seguido a los tres compañeros desde la casa de la subinspectora hasta el punto donde aparcaron su vehículo. En varias de las azoteas de edificios colindantes sus hombres aguardaban instrucciones. De momento debían fotografiar la vivienda y a quién apareciese delante de su objetivo. En breves instantes ordenaría la entrada en el ático y el posterior arresto de los inspectores del comisario Antonio Rovira.

—¡Coño! —Rocío se tiró al suelo. Una pequeña lucecita roja había recorrido la fachada de la casa deteniéndose sobre su cuerpo. Tenía que avisar a sus compañeros.

Pegada a la pared que rodeaba la terraza y arrastrándose, fue gateando hacia la puerta corredera. A mitad de camino algo llamó su atención junto a lo que parecía ser un pequeño estanque. Dudó entre satisfacer su curiosidad o dirigirse directamente al interior de la vivienda.

«Solo me tengo que desviar unos pocos metros...».

Desde su posición pudo ver como la pequeña luz se desplazaba de un lado a otro buscando su objetivo. Sentía como sus manos comenzaban a sudar. Un poco más y llegaría junto aquello que resaltaba tras unas plantas secas.

«Parece una bola de papel».

Estiró el brazo y se hizo con ella. Desde donde se encontraba, hasta la puerta no le separaban más de seis o siete metros. Reptando fue deslizándose lentamente, en ocasiones le había parecido que la lucecita se detenía sobre ella. Cuando se encontraba a un par de metros escasos de la puerta vio como Romero corría la cortina para acceder a la terraza.

—¡No! ¡Atrás! ¡Nos están apuntando!

A su compañero le llevo unos instantes localizar el lugar de procedencia de lo que sin duda era la voz de Prados.

—¡Atrás! —insistió.

Esta vez Romero miró hacia el suelo de terracota y la vio. No solo a su compañera si no también a una pequeña luz nerviosa que se movía de un lado a otro. Se agachó y tiró de Rocío introduciéndola en el interior.

—¡Apaga la luz! —exclamó dirigiéndose a Mendía.

—No, no, déjala así. Será mejor que crean que no les hemos descubierto —la subinspectora corrió hacia el perchero y lo situó junto a la ventana con las dos chaquetas que había sobre él—. Quizá nos de unos minutos de ventaja.

—¿Quiénes pueden ser?

—No lo sé, Mendía, aunque apuesto a que está relacionado con el caso que investigamos —apuntó Rocío.

El agente que observaba a Prados mantuvo silencio durante los minutos que

perdió de vista la sombra que se desplazaba por la terraza del ático. Al fin respiró tranquilo cuando otra figura, más grande que la anterior, apareció frente al ventanal. Le llevó un valioso tiempo darse cuenta que esa figura no se movía.

—Comisario, no se mueve nadie en la vivienda, parece como si hubiera alguien junto a la ventana que da a la terraza.

—¿Cómo qué parece?!

—Está demasiado estático. Lleva varios minutos sin moverse nada en absoluto.

—¡Imbécil! —bramó al radio transmisor—. ¡Vamos! ¡Hay que entrar!

En breves segundos las estridentes sirenas de la policía terminaron con la calma reinante en la noche. Varios coches patrullas se apostaron frente al portal del edificio. Otro más se situó cerrando el paso al coche en el que habían llegado Prados, Mendía y Romero.

—¡Vamos, vamos! —gritaba un histérico Villega.

No había nada peor para la reputación de un hombre de su posición que montar un operativo de ese tipo y no obtener resultados. Más aún si se contaba con la información adecuada de una de sus fuentes. Prefería llamarlo así, información, el concepto de chivatazo le sonaba extremadamente vulgar.

—Tú y tú, por las escaleras —ordenó a dos policías. Prisa no iban a tener por subir. Si los que habían entrado en el ático bajaban a pie, tarde o temprano se cruzarían con ellos. No habían sido informados de la naturaleza del caso, para todos los agentes involucrados estaban ante un operativo especial.

Sin preguntas.

Llegaron al ático. A los vecinos les había despertado el aullido de las sirenas de los coches patrulla. Asomados a sus ventanas observaban el lugar al que se dirigían. Los que comprendieron que su edificio era el objetivo, salieron a los rellanos con el susto reflejado en el cuerpo.

—¿Han visto bajar a alguien?

—No, no...

—Métanse en casa y cierren la puerta, por favor —pedía planta por planta unos de los agentes que subían por las escaleras.

Villega observaba sonriente la doble puerta de entrada, que permanecía cerrada. No se escuchaba nada en el interior de la vivienda.

«Seguro que están dentro».

Mientras se dirigían hacia el portal nadie había salido. Al llegar hubo que llamar al ascensor, señal inequívoca de que no habían huido por este medio. Forzaron la puerta y entraron. Repartió a sus hombres, unos por arriba y otros dos revisando la planta en la que se encontraban, mientras, pacientemente, aguardaba a que le avisaran de la detención los inspectores de Rovira. Una cosa tenía clara, si daban con ellos no se iban a resistir.

—Disculpen ¿me podría decir qué sucede?

—Nada de qué preocuparse señora, vuelva a la cama —Néstor Villega escuchaba

como uno de sus hombres se deshacía de la típica vecina curiosa.

—¡Despejado! —exclamaron al unísono dos agentes desde la barandilla de la planta superior.

—¡Despejado! —por la cocina aparecía otro de los hombres negando con la cabeza.

—¡Busquen otra vez, tienen que estar aquí!

No había nadie.

—¡Tenemos que irnos! —Romero dejó el perchero en su sitio. Sus compañeros echaron un rápido vistazo por si olvidaban algo.

Rocío Prados guardaba en uno de sus bolsillos el papel arrugado, como si fuera un preciado tesoro. Apagaron las luces y se encaminaron hacia la puerta.

Un sonido de campana les sobresaltó.

Alguien llamaba a la puerta.

Mendía se acercó sigiloso. Volvieron a llamar. El inspector giró levemente el enorme y circular visor.

—Son dos ancianos.

—Abre la puerta, no tenemos nada que perder —propuso Romero.

Efectivamente, se trataba de una pareja que miraba a los policías con la curiosidad reflejada en sus rostros.

—¿Son familia del fallecido? —quiso saber la mujer. Llevaba el pelo recogido en un moño. A pesar de estar en bata, se la veía elegante y segura de sí misma. El hombre, alto y delgado, la cogía del brazo, tirando suavemente de ella.

—Deja a los señores, ya tienen bastante con lo que han pasado. ¿Verdad?

—¿Familiares? —insistió la mujer.

Su expresión dulce y su franca mirada empujaron a Rocío a jugarse todo a una carta. Había observado las nerviosas miradas de su compañero Mendía al hueco de la escalera. No les quedaba apenas tiempo si querían salir de ahí sin ser vistos.

—No, señora, somos policías —le enseñó la placa— investigamos el fallecimiento de Fermín Saiz de la Puebla y de su primo Sandro Cobriña.

La mujer se volvió sonriente a su marido.

—¡Una mujer policía! ¿Ves Ernesto como la policía debería investigar? A nosotros nos pareció que no era normal... —la anciana miraba a Rocío impresionada —... así que es usted policía...

Voces que provenían de algún lugar más abajo.

Rocío volvió a jugársela.

—¿Les importaría que pasáramos a su casa y nos cuentan lo que no les pareció normal? ¿Al día del fallecimiento se refiere, verdad?

—Sí, sí, a esa misma tarde. Me recuerda usted a mi nieta —apuntó sonriente y tan orgullosa como si la subinspectora fuera ella— pasen, por favor.

—¡Policía! Méntanse en casa —oyeron la voz de alguien escaleras abajo.

Romero cerró la puerta de la vivienda de los ancianos segundos antes de que el

ascensor llegara a la planta en la que se hallaban. Por la mirilla pudo ver al comisario principal sonriente, con la vista fija en la puerta del ático que acaban de abandonar.

Ante las miradas que se intercambiaron los inspectores, los rostros de la pareja de ancianos reflejaron cierta extrañeza por la situación. No obstante acaban de oír que alguien se identificaba a un vecino como policía.

—Le prometo que somos policías —apuntó la subinspectora. Acto seguido sus compañeros también mostraron sus placas.

Rocío continuó con su sesión de franqueza.

—Nosotros tres creemos que algo raro sucedió el día del fallecimiento de los dos primos —no pudo evitar sentir cierta ternura al ver como la pareja de ancianos la miraban con sus manos entrelazadas—. Los compañeros que suben, reciben órdenes directas para que no investiguemos.

—¿Sí? —la mujer se incorporó de repente—. Eso no puede ser. Estoy de acuerdo con ustedes; algo sucedió ese día —dijo encaminándose hacia la puerta.

—¿Victoria, a dónde vas? —la voz cansada del hombre no afectó a la decidida mujer.

—Ahora quédense en silencio —pidió sin mirar a nadie—. Usted, échese a un lado.

Romero obedeció.

Abrió la puerta de la casa y salió al rellano decidida.

Frente a ella un policía armado se encontraba parado a la altura de la puerta de su vecino. Junto a las escaleras otro más.

—Disculpen ¿me podría decir qué sucede?

—Nada de qué preocuparse, señora, vuelva a la cama —respondió sin prestar atención a Victoria.

—Si no metieran tanto ruido igual podríamos dormir y si no nos hubiesen despertado no hubiera tenido que salir a preguntar qué es lo que sucede... ¡Señor mío! —concluyó cerrando la puerta con más que disimulado enfado.

Romero la observaba sorprendido mientras regresaba al salón. Sus andares, lentos pero firmes, denotaban seguridad en sí misma.

La vivienda no tenía nada que desmerecer a la de su vecino. La diferencia sustancial radicaba en los muebles; todos ellos antiguos y de madera. Reinaba en el ambiente un suave olor a historia, a roble y a cera para muebles. Había un espray con un paño amarillo sobre la repisa de la chimenea.

—Creo que nos dejen en paz. ¿Un té? ¿Café? ¿Pastas? La receta es de mi abuela —ofreció mirando a todos los allí presentes, incluido a su marido al que acababa de hacer una suave caricia en su rostro—. ¿No pensarán salir ahora verdad? Al menos mientras no se vayan esos de ahí fuera. Además tengo que contarles lo que vimos el otro día ¿verdad, Ernesto?

—Le ayudo con los cafés —solicita Rocío se puso en pie.

—Dígame una cosa, señora, ¿por qué no ha dicho a nuestros compañeros que

estamos aquí? —Mendía no había abierto la boca hasta este momento. Asistía mudo al ir y venir de la encantadora pareja.

—¿Y descubrirles? ¿Cómo iba a hacer eso a la primera mujer policía con la que puedo hablar? ¿Subinspectora es, no? Imagínese —sonrió, agarrada del brazo de Rocío puso su mano sobre la de ella—. Le diré una cosa, no me han gustado nada los dos que había en la puerta.

Victoria y Rocío se alejaban camino de la cocina.

—No se preocupe —dijo señalando a un enorme Mastín que dormía plácidamente — la perra solo tiene tres años y se pasa el día durmiendo.

—Una cosa está clara. Nos han descubierto —Romero regresaba de su puesto de vigía en la puerta.

—No, compañero. Nos estaban esperando, que no es igual.

—Hacía mucho tiempo que no venía nadie a esa casa. De vez en cuando una mujer aparecía para limpiarla —intervino Ernesto embutido en su bata a cuadros—. Vicky, bueno Victoria, habló con ella varias veces. ¿Saben lo extraño? Que no conocía al dueño. No le había visto nunca.

—¿Y ustedes?

—Solo llevamos un par de años viviendo aquí. Heredamos esta casa de... de nuestro hijo... —su voz se bloqueó durante unos instantes—. Murió de una larga enfermedad, al menos ha dejado de sufrir.

Los ojos de Ernesto se humedecieron. Recorrió con la mirada el amplio salón y continuó.

—Nos hizo prometer que viviríamos aquí. Ya ve usted, nosotros en esta casa tan grande...

—Lo lamento.

—No, no. No se preocupen, soy un viejo sentimental —el anciano pareció reponerse—. Aún no he respondido a su pregunta —dijo pasando un pañuelo por sus cansados ojos—. Verá, solo les vimos ese día.

—La verdad es que no sabíamos quienes eran —intervino Victoria que regresaba de la cocina precediendo a Rocío. La subinspectora llevaba una bandeja con tazas y pequeñas jarras—. No fue hasta que reparamos en las fotos del periódico cuando supimos cuál de ellos era el dueño.

—¿Azúcar?

—Sí, una, por favor. —A Mendía le costaba entender como esa pareja se mostraba tan tranquila con el ir y venir de policías en el rellano de su casa.

La mujer pareció leer el pensamiento del inspector.

—No se preocupe no les buscaran aquí.

—No hay nadie comisario.

Era la respuesta a la tercera vez que gritaba que tenían que estar ahí. Solo le quedaba vigilar el coche en el que había llegado la gente de Rovira y comprobar si el reportaje fotográfico resultaba tan evidente como esperaba. Con eso sería suficiente

para que el comisario fuera trasladado a otra comisaría, en el mejor de los casos.

«Él se lo ha buscado».

—Nos vamos —dijo mirando a sus hombres—. Un momento...

Néstor Villega se acercó a la chimenea. Desde su posición pudo ver algo que brillaba bajo unos troncos decorativos. Estiró el brazo y tiró suavemente de lo que parecía un trozo de papel brillante.

«Una foto...».

De la instantánea apenas quedaba la mitad, el resto, cuando Villega la cogió, se deshizo convertido en cenizas. Del bolsillo de su chaqueta extrajo unas gafas de estrechos cristales. Con dos dedos sujetaba una de las esquinas de la foto que habían sobrevivido al fuego, mientras con la otra mano se ponía las gafas. Le llevó unos instantes comprender lo que estaba viendo.

No se apreciaba con claridad. El blanco y negro disimulaba los contornos de las figuras. Se veían varios rostros. Algo en primer plano que podría ser una cabeza, de lado, medio sonriente. Dos más al fondo que parecían agarrar algo.

Frunció el ceño.

Bajo esos dos rostros había otro, lo que en un principio le parecía que se trataba de otra persona más, riendo, los ojos abiertos como platos, le indicaban que quién quiera que fuese estaba gritando.

«Vaya, vaya...».

Decidió estudiarla con más tranquilidad en su casa. No sabía por qué, pero esa foto le había dejado un regusto amargo. Sacó una pequeña carpeta del bolsillo interior de la chaqueta y la guardó. Sin dejar de pensar en ella se introdujo en el ascensor. Si lograba identificar al menos a los dos que mejor se veían, tendría una idea de lo que podría significar que esa fotografía apareciera precisamente en un escenario en el que se había dado la orden de dejarlo todo como estaba y cerrar el caso como un doble suicidio.

Néstor Villega sopesaba dar carpetazo al asunto y deshacerse de la fotografía o investigar lo que significaba. Si optaba por la segunda opción no podría contar con nadie de su equipo. Nada más lejos de su intención que colocarse en una situación similar a la de Antonio Rovira. Había llegado hasta su posición sabiendo cómo interpretar las reglas y sobre todo alejándose de todo aquello que implicara cambiar el mundo, la justicia y estupideces como esa.

La vida no era justa.

Pero ese no era su problema.

El siguiente paso era informar de lo que había sucedido esa noche. Para eso le pagaban, para que cumpliera con lo que se esperaba de él. Al salir del edificio lanzó una última mirada al ático.

—¡Vámonos! Que se quede un coche vigilando el vehículo de los sospechosos.

—¿Toda la noche?

—Lo que haga falta, Méndez.

Acoplado en el asiento de atrás llevó la mano al interior de su americana sobre la pequeña carpeta.

Eladio Saiz de la Puebla le escondía algo.

—Ya se van —Victoria se había acercado hasta la puerta, pudo ver como el que parecía el jefe se introducía en el ascensor.

Romero estaba apostado frente a la ventana, vigilando el acceso al edificio. Un par de agentes montaron en una patrulla, doblaron hacia la derecha, calle arriba.

—Creo que van a vigilar nuestro coche —apuntó.

«¡Mierda!».

El comisario principal se dirigía hacia su vehículo. El inspector pudo ver como giraba sobre sí mismo y elevaba el mentón. Hubiera jurado que sus miradas se habían encontrado durante unos breves instantes. Después le vio partir escoltado por un vehículo policial calle abajo.

Permaneció unos segundos con la mirada perdida en la oscuridad de la noche. Tenía la sensación de que Villega sabía que habían estado ahí. Tal y como minutos antes había apuntado su compañero alguien se había ido de la lengua. Por encima de todos, una persona iba a pagar por ello. Su comisario.

No iba a transcurrir mucho tiempo para eso.

Apenas unas pocas horas.

—Nos podemos ir, pero sin el coche —señaló Romero con gesto preocupado— le han puesto vigilancia.

—Eso no es problema —intervino Victoria—. ¿Verdad que no, Ernesto?

Los ancianos se pusieron en pie, siguiendo su acostumbrado ritual.

Minutos más tarde, los tres compañeros abandonaban la vivienda de la pareja mayor. Un taxi los recogería unas calles más abajo. A la mañana siguiente, a primera hora, Ernesto conduciría el coche de los inspectores hasta un punto convenido. No debería encontrar ninguna dificultad. Nadie le relacionaba con los sospechosos que buscaron esa noche en el ático. Solo habían visto a Victoria en el rellano, de su marido nada sabían.

—¡Despierta! —a la mañana siguiente un joven agente daba un codazo a su compañero.

—¿Qué pasa?

—Mira —señaló elevando ligeramente el mentón. Un hombre mayor se introducía en el vehículo que vigilaban.

—¡Joder! Nos hemos equivocado de coche.

Nerviosos, recompusieron su uniforme, dispuestos a regresar a comisaría. Por el camino deberían elaborar una buena historia.

Buena y creíble.

—¿Has tomado nota de la matrícula? —quiso saber el agente que se encontraba al volante.

—No, ¿para qué? Si no se trataba del nuestro.

Antonio Rovira abrió los ojos sobresaltado. Sentía el pecho empapado en sudor, una vez más la maldita pesadilla. Su teléfono sonaba insistentemente sobre la mesilla, sin dejar de moverse. Miró su reloj; las dos de la mañana. Estiró el brazo y cogió el móvil.

«Romero».

Algo había salido mal, sin duda. Respiró hondo un par de veces antes de contestar. Sentado en el borde de la cama pulsó el botón verde.

—Romero...

—Comisario, disculpe que le moleste a estas horas.

Minutos después Rovira se incorporó lentamente y se encaminó a la cocina. Esas noches de pesadilla le pedían un vaso de leche, como cuando era pequeño. Recordaba a su madre, soñolienta, calentándola en una pequeña cazuela de color tierra.

No le había sorprendido la llamada del inspector. Prefería eso que haber pasado por alto la información que les empujó a realizar una visita a ese ático. Lo que más le había impresionado era la sensación de culpabilidad que tenía una mujer policía, hecha y derecha, como Prados.

«Llegará lejos».

«Si la dejan».

—Es culpa mía, comisario —dijo cuando Romero finalizó el resumen de lo sucedido—. Si no hubiera insistido en...

—No se atormente, Prados. Ha hecho lo correcto. Váyanse a dormir.

Abandonaron la casa de los ancianos de uno en uno. Nadie les esperaba a la salida. En los tres pesaba como una losa la sensación de que habría un antes y un después de esta visita al piso de Fermín Saiz de la Puebla. La primera en descender del taxi fue la subinspectora. Mientras buscaba las llaves de su casa, localizó en el bolsillo de su chaqueta la bola de papel arrugado que horas antes había recogido de la terraza del ático.

«Quizá no esté todo perdido».

Abrió la puerta deseando sentarse unos minutos en el salón para ver lo que contenía ese papel. Quizá fuera solo eso, un simple papel, pero a pesar de contar con esa posibilidad, tenía la certeza de que no llevaba más que unos pocos días en el lugar donde lo encontró. No había ido nadie a la vivienda después del suicidio de los primos. Antes de ese día, la mujer que iba a limpiar lo hubiera recogido.

La puerta del salón estaba entornada. La luz encendida, el olor del tabaco de Carlos impregnaba la estancia. Su corazón se aceleró.

«¡Patricia!».

Sin quitarse la chaqueta entró en el salón. Algo tenía que haber sucedido para que su marido la estuviera esperando. En cuanto sus ojos se cruzaron con los de él comprendió que no se trataba de la pequeña. La expresión seria de su rostro, como la de un padre que aguarda enfadado el regreso de su hija tras rebasar, con mucho, la hora acordada de vuelta a casa.

Pati estaba bien.

Su marido en pijama, las piernas cruzadas y envuelto en su bata. El periódico abierto sobre la mesa. El pitillo sobre sus dedos. El cenicero, fiel reflejo de la ansiedad y del estado de humor de Carlos Sebastián García.

Para los antiguos amigos, Sebas, Sebas el gordo.

Cuando el jefe de policía habló con sus padres. Sebas estrelló su cabeza contra la pared debido a la violencia del revés que su progenitor le propinó. En esta ocasión sí que se encontraba la madre delante mientras eran informados de las andanzas de su hijo y de sus amigos en El Bosque.

—Te dije que le estabas maleducando —escupió entre dientes mirando a su mujer.

La madre de Sebas no daba crédito a lo que escuchaba. Su hijo no era así. Era un buen chico que hacía trastadas, como todos a su edad. Claro que le habían expulsado de clase o de algún colegio, pero no por su culpa. Unos profesores le habían cogido manía, como aseguraba él convencido. La mujer miraba con los ojos cubiertos de lágrimas a Carlos Sebastián. Optaron por el segundo nombre para distinguirlo de su padre que no veía apropiado llamarle Carlitos.

—Porque así nunca se convertirá en Carlos —explicaba.

—Sebastián, entonces —convino su mujer.

Los compañeros de colegio del niño se empeñaron en llevarles la contraria. Sebastián era demasiado largo. Sebas, mejor. Para distinguirlo de otro compañero, bastó con añadir el calificativo final; el gordo.

Todo claro.

La idea inicial de la policía era identificar a uno de los chicos que pudiera ser tratado como chivo expiatorio. Sebas había sido el elegido. Sin embargo, se había optado por una solución *justa* para todos ellos. Si el caso llegaba a la prensa, aumentaban las posibilidades de que algún avezado periodista diera con el hilo que llevaba a los demás adolescentes implicados.

Algo a evitar a toda costa.

Incluso habían esbozado un plan en el que todos ellos acusaran a su compañero Sebas de ser el violador de Alma. Plan que había sido descartado por orden explícita del ministro. Suponiendo que la defensa del imputado se enfocara en desmentir, como así cabría esperar, las declaraciones de los *testigos*, no se evitaría que las familias de estos estuvieran en boca de unos y otros.

Algo más a evitar a toda costa.

La vida del joven Sebas se repartió entre un par de internados y la Facultad, en Barcelona, donde se licenció en Económicas, hasta que su padre falleció víctima de un inesperado infarto. A partir de ese día regresó a casa con su madre. No había vuelto a saber nada de sus compañeros de verano. Ni falta que le hacía. Su vida había transcurrido con relativa calma, lo contrario que su cabeza en los primeros años posteriores a su participación en los sucesos de El Bosque.

Sus recuerdos no eran nítidos. Entre neblinas podía ver la cara de horror de esa chica. Las risas de los que se encontraban en la sala de estudio. El cuerpo caído de Fran cuando todos salieron huyendo del incendio que acabaría con su vida.

Todo eso era historia.

Ahora era un hombre totalmente diferente. No quedaba ni un mínimo vestigio del acobardado adolescente que fue. El pelo le iba abandonando, como sus desarrollados michelines que desaparecieron de su cuerpo con el paso de los años.

El gordo no existía.

Sebas, Carlos para aquellos que le conocieron después de la muerte de su padre, era un hombre hecho a sí mismo. Recuerda como un día importante en su vida, el regreso del cementerio. De pie frente al espejo del cuarto de baño, observaba su reflejo, sonriente. Sus labios formaron por primera vez la palabra que a partir de ese momento expresaría su nombre. Su verdadero nombre.

—Carlos... —dijo lentamente a la imagen que le devolvía el espejo— Carlos... —repitió feliz.

—Sebastián, hijo. ¿Qué te parece si...?

—Olvídate de Sebastián. Desde ahora soy Carlos, mamá. ¡Carlos!

La mujer se llevó la mano a la boca.

—Pero hijo, Carlos era tu padre...

—Tú lo has dicho, era.

Sebas no guardaba ningún recuerdo agradable de su progenitor posterior al verano de mil novecientos setenta. Los que había almacenados en su memoria anterior a esa fecha, los fue eliminando uno a uno, sin prisa, pero sin pausa. Para siempre.

Comenzó a trabajar en una importante compañía automovilística. Los conocimientos adquiridos durante esa etapa le animaron a entrar de lleno en la profesión y adquirió junto con un socio, un concesionario de coches. Al año siguiente añadieron otro más al negocio. Sebas era un tipo feliz, satisfecho con su vida. Más aún desde que conoció en una fiesta de cumpleaños a Rocío Prados. Su experiencia con mujeres era más bien limitada. Alguna que otra novia, pero de corta duración. No se sentía con capacidad para desenvolverse con ellas.

«¿Alma?».

Había dado por terminado todo ese asunto tiempo atrás. Su mente, no. En ocasiones le martirizaba con recuerdos que no venían a cuento. Recuerdos que siempre aparecían en cuanto una chica se cruzaba en su camino. La única forma de desprenderse de ellos era haciendo lo propio con la chica.

Hasta que Rocío llegó a su vida.

Todo sucedió muy rápido. La confirmación de su noviazgo, señalar en el calendario una fecha para la boda, incluso el nacimiento de Patricia días antes de que se cumplieran los nueve meses como marido y mujer. Durante los primeros años fue un tema recurrente en las reuniones de amigos.

—¿Te casaste embarazada, verdad?

—¡Cuántas veces tendré que repetir que no! —insistía Rocío a una de sus amigas.

—Al menos coincidirás conmigo en que no salen las cuentas.

—Para lo que no salen las cuentas es para fijar un día concreto. Acuérdate que esas semanas previas Carlos las pasó viajando.

—Sí, lo sé, pero algún día os visteis.

No había manera de que los creyeran. Seguro que antes de Patricia también habían nacido ochomesinos en el mundo.

—Seguro, pero vuestro médico os aseguró que fue un precioso bebé de nueve meses.

La pareja parecía feliz. Sebas era la envidia de sus amigos. Una mujer menuda pero espectacular, buena madre y que organizaba reuniones de AVON a la que asistían sus propias esposas dejándose parte del sueldo.

Hasta ese día.

«¡Maldita Berta!».

Para él, su suegra fue la causante de que sus vidas comenzaran a derrumbarse. ¿Quién le mandaría leerle a Rocío aquella noticia del periódico?

—Mira hija, aquí dice que van a convocar la primera promoción de mujeres policías. ¿Qué mujer va a querer ser policía?

«¿Quién? Tu hija. ¡Estúpida!».

A partir de ese momento, Carlos Sebastián dejó de ser la envidia de sus amigos para convertirse en el centro de las bromas.

—¿Te ha puesto las esposas? —exclamaba uno entre risas.

—Algún día te llevará detenido a la comisaría como le toques las narices. No tiene carácter ni nada tu mujer.

Al principio lo sobrellevó como pudo, pero los rápidos progresos de Rocío iban haciendo mella en él. Había abandonado la peregrina idea de que su ingreso en el cuerpo de policía fuese algo temporal, fruto de una rebeldía feminista. No, Rocío estaba integrada, y lo peor de todo; se la veía feliz en un trabajo de hombres.

El momento cumbre de su relación lo recuerda con añoranza. No dejaba de ser un momento, puesto que no duró más de un año, el tiempo que transcurrió desde que Pati vino al mundo hasta que su suegra leyó a Rocío aquel maldito anuncio del periódico.

—¿Y qué vamos a hacer con la niña?

—Ya nos arreglaremos, Carlos. No te preocupes, no pienso descuidar mis obligaciones como madre —apuntaba convencida.

—Como madre y esposa...

Sebas era consciente que cuando sacaban el tema de los derechos y obligaciones que les correspondían como marido y mujer, la conversación siempre llegaba a un punto de no retorno. Ella abandonaba el tema como si no le interesase lo más mínimo y se ocupaba con cualquier cosa. La sociedad estaba cambiando, de eso no había ninguna duda. España acababa de entrar en la Comunidad Económica Europea y se

luchaba con fuerza por la igualdad de hombres y mujeres.

—Entiendo que quisieras trabajar, cariño, pero no te hace falta. ¿Con tus reuniones de AVON no tienes bastante? —intentó un acercamiento conciliador con el mejor de sus tonos.

Rocío levantó los ojos de la labor.

—No tiene que ver con el dinero, sino con lo que quiero hacer con mi vida, Carlos. Tú has encontrado una profesión que disfrutas, yo quiero encontrar la mía.

—¿No te vale con ser madre y esposa?

Otra vez la conversación en el mismo punto.

A pesar de que considerara culpable a Berta de que su hija entrase en el cuerpo de policía, Sebas había encontrado en su suegra a la mejor aliada. Durante los primeros años creyó que la presión de ambos obtendría sus frutos. Casi cada tarde hablaban sobre el papel del hombre y la mujer en el matrimonio.

—Estoy de acuerdo contigo. El de policía no es un trabajo para una mujer. Pero como madre no puedo dejar de sentirme orgullosa de ella. Me alegra verla feliz. ¡La primera subinspectora de España! —exclamó radiante.

Ese fue el día en que Sebas dio por perdida su particular batalla. Rocío llegaba tarde a casa muy a menudo, entre cursos, horas de estudio y sobre todo desde que la habían incluido en un equipo de investigación para un caso del que no podía hablar. Aunque lo peor no era el horario de su mujer si no su papel en la pareja tal y como él lo entendía. Había dejado de ser importante en su casa. Ya no era el centro. Antes que él se encontraba el trabajo de su esposa y Patricia.

La mayoría de los días no había tiempo para más.

Al menos esta semana iba a poder disfrutar de él mismo. La convención de Alicante le serviría como pretexto para salir y desconectar. Confiaba en que Rocío le echara de menos en su ausencia.

«¡Una mierda!».

Llamó cada noche durante los días que estuvo fuera, siempre respondía su suegra.

—No, aún no ha vuelto, estará a punto de hacerlo, Carlos.

—¡Mire dónde ha llegado con su anuncio! Ya ni se ocupa de Patricia. Es su hija, Berta, por el amor de Dios. ¿No la puede hacer entrar en razón?

—Últimamente ha estado más ocupada. ¿No llevas tú varios días fuera? —señaló con intención conciliadora. El resultado no fue el deseado.

—No es lo mismo, Berta.

Hoy regresaba a casa. La convención había resultado provechosa para sus intereses y los de su socio. Se sentía especialmente feliz. Esa tarde se lo comentaría a Rocío, seguro que le agradaría saber que su ponencia fue una de las más celebradas...

—¡Cariño! Estoy en casa.

—¡Mira quién ha venido! —Rocío salió de la cocina con la pequeña en brazos— papá.

No le duró mucho la alegría a Carlos. Minutos después discutía de nuevo con su

mujer. Tenía que irse otra vez.

—Apenas un par de horas.

«¿Un par de horas?».

Habían pasado al menos cuatro cuando le despertó el familiar chasquido de la puerta de la casa al abrirse. Unos pasos rápidos y su mujer entró en el salón con gesto angustiado. La recibió con la más fría de sus miradas. Sebas creyó captar en sus ojos como esa angustia inicial se evaporaba al verle a él.

—¿Va a ser así todos los días?

—Espero que no, Carlos. A mí tampoco me hacen ninguna gracia estos horarios, pero a veces el trabajo lo impone —Rocío no tenía ninguna gana de discutir, menos aún con una persona como su marido. Sentía en su chaqueta la bola de papel arrugado, se moría de ganas por ver si contenía algo de interés.

—Tú sigue así y acabarás con este matrimonio —concluyó Sebas con gesto afectado mientras aplastaba con vehemencia su pitillo y abandonaba el salón.

«Quizá sea lo mejor».

La subinspectora se sorprendió al comprobar que le urgía más ventilar el salón y sentarse con el papel, que replicar a la velada amenaza de su marido.

Por su cabeza no pasaba el tener que sentirse mal cada vez que llegara tarde del trabajo. Ella quería un confidente, un amigo como marido. No una pelea constante, ni un ambiente desagradable en su casa.

Tomó asiento en su butaca preferida. Sentía como el corazón se aceleraba al extender el papel sobre una bandeja que había colocado entre sus piernas.

No le costó reconocerlo.

«¡Sí!».

Leyó

«... te preguntarás cómo es posible que después de 16 años estas fotos hayan salido a la luz. No son la única copia que existe, ni la primera. Aquella la entregamos a la policía...».

«¿Fotos?».

Recordó lo que les dijo el dueño del Camaleón Rojo, cuando observó a Andrés Rodrigo extraer lo que había en el interior del sobre que le había entregado.

Siguió leyendo.

«... nos vale con que sufráis la misma vergüenza, la misma culpabilidad pero sobre todo queremos que experimentéis el mismo terror que sintió Alma aquella noche...».

Al levantar la hoja, cayeron unos trozos de papel.

«¿Recortes?».

Estiró los tres papeles, encajando las piezas como pudo.

«Falta una».

Cogió la bandeja entre sus manos y se cambió al sofá. Allí, en el extremo, el cono de luz de la lámpara daba de lleno sobre sus piernas.

—Parecen partes de una fotografía... —murmuró para sí—. A ver...

No sin dificultad logró juntar las piezas. Su mente se resistía a interpretar lo que sus asombrados ojos le mostraban. Los tres pedazos estaban muy arrugados, necesitaba estirarlos lo más posible antes de dar por bueno lo que a primera vista había interpretado. Se hizo con un trapo, del armario cogió la plancha. Dio la vuelta a los tres papeles y comenzó a planchar lentamente, con mimo, como si temiera hacerles daño. La operación no le llevó más que unos pocos minutos. Suficientes para comprobar que su sospecha inicial se confirmaba. Tres rostros, dos de chicos jóvenes y otro de una chiquilla con el pelo revuelto y la boca abierta en lo que se presumía un grito desgarrador.

Después de pegar los trozos con celo, Rocío permaneció unos instantes observando la imagen. Recordó el informe, elaborado por la policía americana, de Fermín Saiz de la Puebla cuando fue detenido por malos tratos.

«La gente no cambia».

Su intuición le decía que estaba en el buen camino. Sin embargo, no acertaba a relacionar qué significaban las rosas junto a los cadáveres que habían ido apareciendo.

«¿Falta alguno más?».

Lo tenía más cerca de lo que imaginaba.

A la mañana siguiente Rocío sentía en su cuerpo la falta de sueño. No por las pocas horas que dispuso para dormir sino por su incapacidad para desconectar de la fotografía que había planchado. Era viernes y en principio le esperaba un fin de semana de relajación en compañía de Patricia. Carlos jugaría su habitual partido de fútbol de los sábados por la mañana y por la tarde seguramente la pasaría de siesta.

Después de dejar a su hija en el colegio se dirigió a comisaría.

Parecía que todo continuaba como cualquier otro día. Sus compañeros de recepción la recibieron sonrientes, seguramente desconocían su aventura de ayer. Al llegar a la sala donde se encontraban las mesas de los inspectores, vio poco movimiento. Quizá debido a que era algo más pronto de lo habitual.

—Buenos días, Rocío —saludó la secretaria del comisario con una forzada sonrisa en su rostro.

—Hola, María. ¿Ha llegado el comisario?

—Sí, os espera en su despacho.

La subinspectora giró su cabeza en dirección a las mesas de sus compañeros.

—El inspector Romero está dentro.

Rocío respiró profundamente un par de veces antes de bajar el picaporte y empujar la puerta. Su insistencia en visitar el ático podría acarrear una serie de problemas a la comisaría que jamás pensó que pudiera llegar a acontecer.

—... creo que como dijo Mendía nos estaban esperando.

—Buenos días, Prados. Tome asiento, por favor. Romero me estaba haciendo un resumen de su visita de ayer —explicó Rovira. Bajo sus ojos, unas bolsas más

pronunciadas de lo habitual.

«Parece que no soy la única que no ha pegado ojo».

Tras Rocío entró Mendía, segundos después lo hizo la secretaria con café para cuatro, que todos agradecieron. Hoy iba a ser una de esas jornadas en las que el número de cafés ingeridos superaría con mucho la media habitual.

—Comisario, ayer encontré una bola de papel arrugado, justo cuando descubrimos que alguien nos estaba apuntando con un rifle de mira telescópica. Cuando llegué a casa, vi que se trataba de un papel en el que había algo escrito y de unos trozos que parecían partes de una fotografía —indicó Rocío dejando sobre la mesa la foto planchada—. Es el mismo tipo de nota que la que encontré sobre mi mesa, comisario. Sospecho que es la original.

—Bien hecho, compañera —intervino feliz, Mendía—. Ahora podremos relacionar los casos, sin nombrar las rosas.

La subinspectora no había perdido de vista la expresión del comisario mientras analizaba la instantánea. Una vez finalizado el examen, Rovira se la ofreció a Romero.

—Si pudiéramos comparar fotos actuales de los dos primos, de Rodrigo y de Martello con los rostros que aparecen, podríamos descartarlos o por el contrario empezar a comprender a qué se debe tanto misterio —la voz de Rocío, suave, iluminó a los que allí se encontraban con una salida que nadie esperaba.

Ni deseaba.

El comisario se revolvió incómodo en su asiento. Si algunos de los rostros correspondían al hijo y al sobrino del Presidente del Tribunal Constitucional, significaba que le habían estado ocultando información para que se apartara del caso, mejor dicho, para que lo diera por cerrado.

Como policía no le habían preparado para eso.

—Comisario, juraría que la imagen que se ve no concuerda con el tipo de papel empleado —indicó Romero— quiero decir que el revelado es bastante posterior al momento en que sacaron esta foto.

Rovira la tomó de nuevo entre sus manos y acto seguido la dio la vuelta.

—Tiene sentido... —murmuró— sabemos que los sospechosos participaron en algún turbio suceso en mil novecientos setenta y que más de una década después comienzan a aparecer cadáveres. Sí, sí, ya sé lo que me va a decir, Prados —cortó sonriente a la subinspectora—. Héctor Martello falleció años antes.

—Habría que averiguar de cuando es este papel fotográfico —Romero se lo entregó a Mendía.

—De momento no debe salir de aquí. Háblenme de su visita al ático —pidió mientras encendía un Ducados.

—Como le comentaba, comisario. Nos libramos por los pelos, gracias a esa buena pareja de vecinos.

—¿Hay algo más que daba saber?

Rocío pasó unas hojas de su cuaderno. Al llegar a la que buscaba dio un trago a su café y tomó la palabra.

—No sé si será importante, comisario. Victoria, la vecina de los primos, nos dijo que el día que fallecieron, por la tarde concretamente, recibieron una visita.

—¿Visita?

—Sí. Se trataba de una pareja mayor, aunque más jóvenes que ellos dijo. Iban acompañados de una chica, le llamó la atención sus trenzas pelirrojas y las gafas.

—¿Vio algo más? ¿Entraron en la casa? —Rovira se había servido otro café. No eran las ocho y media de la mañana y ya había perdido la cuenta de los cafés y los pitillos que llevaba.

—No, no entraron. Permanecieron de pie, serios, mirando la puerta. Lo que sí recuerda es que poco antes de que llegaran se oyeron sirenas de la policía. Cuando Victoria oyó que el ascensor se paraba en su planta, se asomó para ver que sucedía — Rocío consultaba sus notas.

—Poco después escuchó un golpe sordo y fuerte. Segundos más tarde otro — intervino Romero— aunque no supo decir qué los había provocado.

—Como le dije, no entraron —la subinspectora pasaba el índice por un renglón de sus notas— pero la mujer cree que abrieron la puerta y la cerraron de golpe. Comisario... la chica de la foto... ¿Los técnicos podrían averiguar por el tono de blancos y negros si el pelo de esa chica es pelirrojo?

Rocío sentía sobre ella las miradas de los tres hombres.

—No querrá decir que son la misma persona. Han pasado dieciséis años.

—No, no, pero creo que podría guardar relación. Se trata de una idea que da vueltas en mi cabeza y no logro darle sentido. No me haga caso, comisario.

—¿Por cierto, Romero, le devolvieron el coche?

—Sí, esta mañana don Ernesto me lo trajo. Todo salió como habíamos planeado, comisario.

—Todo no... —murmuró con la vista perdida en las volutas de humo del pitillo— todo no...

Los tres compañeros se miraron sin comprender lo que sucedía. Antonio Rovira no era la misma persona. Su rostro más cansado de lo habitual, parecía haber envejecido unos años en las últimas veinticuatro horas.

—¿Sucede algo?

Rovira pareció despertar de un profundo sueño.

—¿Eh? Sí, verán. Me ha llamado el comisario principal. Tengo que presentarme en su despacho a media mañana. Quiere hablarme de mi facilidad para desobedecer las órdenes —apuró dos profundas caladas—. Asegura que cuenta con fotografías que confirman la presencia de ustedes en el famoso ático.

La noticia cayó como una bomba entre los inspectores.

—¡Eso no es posible, comisario! —intervino Mendía visiblemente enfadado—. Nadie nos vio en el interior de la vivienda.

—Recuerda la mira telescópica...

—Sí, Prados, pero a la distancia a la que se encontraban no podían tirar ninguna foto en condiciones. Además ibas con pañuelo, el pelo recogido.

El comisario levantó la mano.

—No me ha dicho que cuente con fotos de uno de ustedes sino de los tres. Sabe que estuvieron allí.

Se hizo un desconcertante silencio en el despacho. Si como apuntaba Mendía nadie les podía haber sacado una fotografía en el interior de la casa y a pesar de ello el comisario principal aseguraba que tenía fotos de los tres, entonces...

—O miente o, como me temo, contamos con un topo entre nosotros —afirmó Mendía con el ceño fruncido.

—No estará usted insinuando que uno de los aquí presentes...

—No, no, comisario —le cortó el inspector—, pongo la mano en el fuego por usted y por mis compañeros. Me refiero en la comisaría. Me pregunto si alguien más conocía nuestra intención de visitar el ático...

—María entró un par de veces en la sala, pero no creo que ella...

—No, no, Romero. Ella no, pero...

De repente Mendía lo vio.

Una nítida imagen se dibujó en su cabeza.

—¡Me cago en su puta madre! —el inspector se dirigió furioso a la puerta—. ¡Me cago en él!

—¡Mendía! —bramó Antonio Rovira puesto en pie—. ¡Mendía! —insistió—. ¡Le ordeno que no salga de este despacho!

Agarrado al picaporte, se detuvo en seco.

La mano de Romero en su hombro, que como siempre permanecía de pie en las reuniones, le generó la calma suficiente para no atravesar la puerta.

La reacción del inspector sirvió para que sus compañeros hicieran un repaso mental a lo sucedido en las últimas horas.

Una imagen:

Romero y Mendía despidiéndose de Prados, la noche anterior, en la sala.

Una cara:

La de Cortizo bajo el umbral de la puerta.

—Comisario, el gilipollas ese de ahí —señaló con el rostro encendido en dirección a la puerta— es el único que puede haberse chivado. Nadie más nos pudo oír. Seguramente fue culpa mía, al decirle a Prados mientras nos despedíamos con la puerta abierta, que haríamos esa visita.

—Cálmese, Mendía.

El sonido del teléfono ayudó a serenar los nervios.

Por el momento.

—Dígame, María.

—El comisario principal pregunta por usted. Quiere saber si ya ha salido.

Rovira miró la hora. Aún le sobraba tiempo para su reunión.

—Dígale que acabo de marcharme.

No tenía ganas de escuchar a Néstor Villega. Sabía lo que en unos minutos le iba a contar, sería más exacto decir que no tenía ninguna duda de qué le iba a acusar. Su carrera como comisario posiblemente habría llegado a su fin, al menos en esa comisaría.

A Rovira no le faltaba razón.

Paco Cortizo tampoco había pasado una buena noche. En esta ocasión no todo fue culpa de su persistente acidez, ni de las cervezas y los whiskys que ingirió antes de intentar conciliar el sueño. A lo ya habitual había que añadir un continuo y nervioso cosquilleo que se había apoderado de su estómago desde que salió del restaurante. La comida con el comisario principal fue productiva, de eso no le cabía la menor duda.

Ahora tocaba esperar.

Su primer trabajo como agente encubierto no podía fallar. La información que le había hecho llegar a Néstor Villega podría resultar vital en el desarrollo de su relación en un futuro próximo. No había pasado por alto como le brillaron los ojos cuando le avisó de la inminente visita al ático de sus compañeros.

«¿Compañeros?».

Después de la comida no tenía muy claro quiénes eran sus compañeros. Para Cortizo, estos son aquellos con los que trabajas, como el inspector con el que compartía cada caso. Pero a partir de hoy, a instancias de un superior como el comisario principal, sus compañeros habían cambiado de nombre. Se sentía más próximo a su nuevo jefe directo que a Romero, Mendía y los demás. Su cabeza buscaba argumentos que justificaran lo que para él hubiera sido una traición si cualquiera de los otros agentes que compartían con él su día a día, hubiera puesto en peligro a su comisario y a tres de sus compañeros, filtrando información al comisario principal.

Él no era un chivato.

Solo hacía su trabajo.

Este nuevo trabajo implicaba una serie de funciones y obediencias diferentes al anterior. Nada más. Era un buen policía, disciplinado y con capacidad para obedecer órdenes de sus superiores.

«No como otros».

Al abrir los ojos esa mañana, sintió un golpe de ansiedad que le oprimía el pecho. Lo que fuera que hubiese sucedido la noche anterior en el puñetero ático, ya habría tenido lugar. Rodó hacia un lado de la cama, con manos temblorosas alcanzó su paquete de Rex y encendió un pitillo. Aspiró profundamente y sonrió por su buena suerte.

«¿Y si no fueron al ático?».

«¿Y si el comisario principal montó el operativo para nada?».

Un sudor frío recorrió su cuerpo. Sentado en la cama apuraba las últimas caladas,

a cada cual más profunda que la anterior.

—¡Mierda! —exclamó al ver como la ceniza caía en las sábanas después de rebotar en su oronda barriga. Sacudió rápidamente con la mano dejando otra muesca grisácea más en la cama.

Dos cortos ladridos reclamaban su atención.

—No pasa nada, Capitán, todo está controlado —aseguró acariciando al perro.

Necesitaba información. Nadie le llamaba para darle la enhorabuena por su trabajo. Esperaba un telefonazo de Villega. Una felicitación. No podía meterse en la cama y aprovechar la hora que le quedaba antes de levantarse. Se encaminó al baño para afeitarse y darse una ducha.

—¿Ducha? —murmuró para sí mirando el reloj.

Levantó ambos brazos, giró su cabeza, primero a un lado, luego al otro y aspiró profundamente. No, aún aguantaba otro día más. Pasaría por su bar favorito para un frugal desayuno consistente en cinco porras, un par de churros, un café y su imperdonable copita de sol y sombra.

Sentado en una pequeña mesa con la ventana a su derecha, podía ver quién entraba y salía de la comisaría. Mientras paladeaba el pequeño puro que previamente había mojado en la copa, vio entrar a Romero. Minutos después le siguieron Prados y Mendía. No pudo evitar dedicarle, mentalmente, ciertos apelativos a la subinspectora cuando la vio aparecer frente a su puesto de observación.

Consultó el reloj del bar.

Aún era pronto. Sin duda, que llegaran antes de lo habitual significaba que algo había sucedido. Decidió esperar un poco más. Ocuparía su puesto a su hora como si no supiera nada.

Como cada mañana, Cortizo llegó a comisaría envuelto entre el olor a la plancha del bar y el sol y sombra o anís. En esta ocasión añadía unas manchas más sobre la corbata y la camisa, culpa de las malditas porras que escupían el café. Con la chaqueta bien abotonada su aspecto mejoraba levemente.

Sentado en su mesa, con el contenido de un par de carpetas desparramado sobre la mesa, observaba de reojo la puerta del despacho del comisario. Había llegado instantes después de los gritos de Mendía.

—Algo pasa ahí dentro —apuntó su compañero señalando con disimulado gesto de cabeza la puerta cerrada al otro lado de la sala— se trata de algo gordo.

—¿Sí? Algún caso que se complica, seguro, ya sabes —murmuró Cortizo con aparente indiferencia. En su interior se dibujaba una radiante sonrisa.

Minutos después la puerta del despacho de Rovira se abría. Tras el comisario, Romero y Prados con el rostro serio. El último, el inspector Mendía. Sus ojos desprendían un frío odio que incluso a Cortizo le llegó a lo más profundo. A pasar junto a él le dedicó un ligero levantamiento de cejas a modo de cínico saludo.

—Como hayas tenido algo que ver...

Cortizo se puso en pie con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Mendía... —Romero se lo llevó del brazo al interior de la sala que los últimos días se había convertido en su despacho.

Antonio Rovira se encaminaba a la reunión con Néstor Villega extrañamente tranquilo. Él era el jefe de su comisaría y pensaba asumir toda la responsabilidad. Sus *chicos* estaban al margen de todo.

—Prados, usted también —dijo para sí, esbozando una leve sonrisa.

El comisario principal le esperaba ansioso en su despacho. Sobre la mesa varios juegos de fotografías en las que se apreciaba sin dificultad a sus tres inspectores en el coche de Romero. Al principio, cuando este va a recoger a Mendía y más tarde cuando ambos hacen lo propio con Prados. No faltaban instantáneas de los tres saliendo del vehículo, accediendo al edificio del ático de Fermín Saiz de la Puebla, dónde tenían prohibido entrar.

En otras imágenes se veía a la subinspectora en la terraza de la vivienda. Cierto que no se la distinguía, pero era la única que llevaba pañuelo.

—Blanco y en botella, Rovira —concluyó sonriente Villega.

—Asumo toda la responsabilidad.

Néstor hizo un gesto con la mano como si espantara una mosca.

—Sí, sí, de eso no me cabe ninguna duda. Quiero que me cuente cual es la información que han obtenido.

—¿A qué caso se refiere?

El gesto del comisario principal se endureció.

—¡Al de las putas rosas, al del ático, me da igual como coño lo llame! ¡¿Qué información tiene?! —exclamó furioso.

—La misma que usted, señor. No tengo información de casos cerrados. A no ser que por algún motivo se abran de nuevo. Imagino que no le gustará a algunos amigos suyos.

—¡¿Me está amenazando?! —gritó poniéndose en pie.

—No estoy en condiciones de hacer algo así. Pero usted sabe bien de lo que le estoy hablando.

—Repito. ¿Cuentan con alguna información que yo deba conocer?

Ambos, comisario y comisario principal tenían en su poder una foto que reflejaba la brutal violación de Alma Mateo.

Ambos, ignoraban que el otro también contaba con una parecida a la suya.

Rovira fue revelado de su puesto.

Villega, premiado.

¿Cortizo? Una comida a modo de felicitación, unas palmadas en la espalda y un par de botellas de Chivas era más que suficiente.

Nada había terminado.

El Bosque

Verano de 1970

Suicidio y accidente

Javier Mateo permaneció con la boca abierta mirando de hito en hito la tumba de su sobrina y a Esther. Leonora puso la mano sobre su antebrazo.

—No, no fue en el incendio —advirtió al ver que el tío de Alma observaba de soslayo una pared del pabellón de los chicos, negra por el fuego—. Vayamos dentro.

La directora llevaba de la mano a Esther que miraba con la amargura estampada en su rostro al hombre alto con el mechón blanco. Cruzaron la pequeña puerta y accedieron al jardín del internado. De frente venían el sargento de la Guardia Civil, Matamala y tras él don Cosme con signos evidentes del esfuerzo que debía realizar para seguirle el paso.

Leonora no iba a dejar pasar la oportunidad de que ambos le dieran una explicación razonable al tío de Alma, si es que podía haber alguna.

—Sargento... —la directora dio un paso en su dirección. Como bien había supuesto, don Cosme seguiría a Matamala.

—Sí, dígame.

—Este señor es Javier Mateo, tío de la chica fallecida —presentó echándose a un lado— me pregunta por los pormenores de lo sucedido. He pensado que lo mejor sería que escuchara su opinión.

—Mis condolencias —ambos estrecharon la mano.

—Es don Cosme —apuntó señalando al director.

—¡Un fatal accidente, señor Mateo! ¡Un fatal accidente! Su imprudente sobrina se escapó, imaginamos que para ver de cerca el mar, con tan mala fortuna que perdió el equilibrio junto al acantilado y cayó —explicó con gesto compungido—. No pudimos localizarle a usted y nos hemos visto obligados a enterrarla en el camposan...

—¡La violaron! —gruñó Esther tirando de la manga de la chaqueta de un desconcertado Mateo.

Si la primera frase que había escuchado en boca de la amiga de Alma, le había dejado en estado de *shock*, la segunda le había sumido en un estado difícil de definir.

«¿Violado? ¿Accidente?».

Javier miró al sargento esperando que aportara algún comentario que aclarase lo que acaba de oír.

—Su sobrina, como ha explicado el director, cayó por el acantilado. Encontramos

su cuerpo en la playa.

—Sí...

—Sobre lo apuntado por la chica, nada le puedo decir. Carecemos de pruebas que avalen esa acusación. Si quiere trasladar el cuerpo de su sobrina, póngase en contacto conmigo en el cuartel del pueblo y aceleraremos los trámites. Buenas tardes, le reitero mis condolencias —Matamala extendió de nuevo su mano y se marchó con su habitual porte erguido.

No era competencia suya opinar sobre las leyes, ni plantearse las órdenes recibidas. Lo suyo era obedecer y velar para que sus subordinados hiciesen lo propio. No obstante, había momentos en los que le hubiera gustado dar una paliza a chicos como estos. Daría cualquier cosa por no encontrarse nunca en el pellejo de Javier Mateo, ni de esa joven que había perdido a su hermano.

Javier apenas podía articular palabra. El sargento le había asegurado que se trataba de un accidente. No tenía porque dudar.

Miró a Esther.

—La violaron, me lo dijo mi hermano... —murmuró.

El tío de Alma no pasó por alto los ojos irritados e hinchados de la pequeña.

—¿Tu hermano? —repitió mirando a Leonora que negó levemente con la cabeza. Reparó en las profundas ojeras de la directora.

—Sí, mi hermano Fran. Murió en el incendio, estoy segura que lo mataron —dijo convencida.

De nuevo su vista iba de la niña a la directora.

De la directora a don Cosme.

De repente la suave brisa dejó paso a un viento que elevaba en remolinos las hojas caídas en el jardín. La temperatura comenzó a descender y el cielo a cubrirse de nubes negras.

—Vamos dentro o nos empaparemos —Leonora señaló el interior del edificio.

Mojarse era la menor de las preocupaciones de Javier en esos momentos. Aún no había asimilado las noticias que había recibido en los últimos quince minutos. Llegó al Bosque preocupado por la reacción de Alma ante su propuesta de pasar unos días juntos e ir de compras. Podía sentir la alegría en su pecho mientras en el coche recorría los últimos kilómetros.

Ahora, minutos después, la realidad era otra bien distinta.

«¡Esta muerta!». «¡La han violado!».

Las palabras de Esther martilleaban su cabeza mientras se cobijaban en la recepción del internado. Miró en torno. Una veintena de chicos y chicas, algunas monjas y varios bedeles charlaban alrededor de diferentes grupos. Todos ellos distintos pero con un punto en común; una vez unos, otra vez otros, se volvían para buscar con la mirada a ese señor alto que decía ser el tío de Alma.

—Venga a mi despacho —rogó el director tirando suavemente del brazo de Javier — acompañeme y se lo explicaré todo.

Antes de acceder miró a Esther. Lo que vio en sus ojos le animó a rechazar la invitación de don Cosme.

—¿No hay otro lugar en el que podamos hablar los cuatro? —preguntó vuelto hacia Leonora.

Entraron en un pequeño salón dispuesto para recibir a los padres que venían a visitar a sus hijos. Un par de sofás, varias butacas de oscura tapicería y una mesa redonda de madera en el centro componían todo el mobiliario. Un cuadro de grandes dimensiones mostraba un sombrío y brumoso paisaje. Durante los siguientes minutos, Javier Mateo escuchó lo que los directores y la pequeña, de melena clara y rizada, narraron de lo sucedido. Sin saber cómo, logró contener las ganas de gritar. Jamás en su vida se había sentido tan impotente como aquella tarde desde que puso un pie en el camposanto.

—Déjela hablar, por favor —rogó al director en un tono que comenzaba a reflejar el profundo malestar que le producía su presencia. Había observado que le incomodaba mirar hacia arriba cuando se dirigían a él.

—¡No toleraré que una niña mentirosa...!

—¡No miento! ¡No miento! ¡Le odio! —gritó Esther con la barbilla levantada en dirección a don Cosme. Giró sobre sí misma y salió corriendo.

—Lo lamento, don Javier —murmuró lacónicamente la directora antes de salir tras la alumna.

—Estas internas son capaces de cualquier cosa por...

«Internas» recordó las palabras de Duli por enviar a Alma a un internado.

—No me ha gustado nada su actitud.

—Pero yo...

El tío de Alma dejó al director con la palabra en la boca y salió del pequeño salón. Con la mirada buscó a la amiga de su sobrina. La localizó al otro extremo de la recepción en compañía de Leonora. En los minutos que escuchó las diferentes versiones de lo sucedido, no se le escaparon las distintas expresiones que reflejaban los rostros de cada uno de ellos.

«Si la cara es el espejo del alma...».

El dolor de Esther le había llegado a impresionar. En dos días había perdido a su mejor amiga y a su hermano. De ambas muertes asumía su parte de responsabilidad. De Alma, por no haberla acompañado a la maldita fiesta y de Fran, por no haber comprendido a dónde se dirigía cuando salió corriendo la mañana que encontraron el cuerpo de su amiga en la orilla. De los dos, por no haber alentado a su hermano en su interés por Alma. Se culpaba de haberla empujado a los brazos del Indio.

De su asesino.

Leonora no habló mucho. Sin duda la presencia del director le impedía expresarse con total claridad. Su cara era viva muestra de lo que su corazón albergaba. Parecía a punto de llorar cada vez que Esther hablaba. Rodeándola con su brazo la atraía hacia ella.

No, la expresión de don Cosme no era de dolor, ni siquiera era capaz de transmitir una convincente tristeza. No se le veía apesadumbrado. Al observarle mientras gritaba a la niña, vio algo en aquellos ojos que le obligó a decantarse por la versión de Esther. El director no quería escuchar lo que oía. No porque se tratase de unas palabras dichas por una chiquilla mentirosa. No, lo que le sorprendió a Javier fueron sus ojos. Destilaban, rabia, miedo. Como si defendiera algo que consideraba suyo.

El Bosque.

Horas después lo confirmaría.

Javier pasó la tarde en el internado. Al finalizar el día aún no era capaz de asimilar el tremendo impacto de la muerte de su sobrina. Lo de la posible violación que tanto había insistido su amiga Esther le producía tanto dolor que hasta el momento ni había intentado procesarlo. Leonora no pudo darle datos concretos sobre la denuncia de la niña. Era la palabra de ella contra la del director y la del sargento Matamala.

—Necesito tomar el aire —indicó a Esther y a la directora.

Los nubarrones descargaron una lluvia tan intensa como rápida. El cielo despejado en su mayor parte, dejó paso a unos tímidos rayos que barrían inclinados la costa y el camposanto. Frente a la tumba de Alma, Javier dejó salir toda la angustia que llevaba acumulada. Con la cabeza agachada y la cara escondida bajo su mano apretaba los ojos con todas sus fuerzas, como si tratara de evitar que las lágrimas cayeran a los pies de la tumba. Por su cabeza pasaban infinidad de decisiones que podía haber tomado para que todo hubiese sido de otra manera.

De cualquier otra manera.

Daba igual.

Era incapaz de mirar de frente el lugar donde reposaba Alma. No encontraba ninguna combinación de palabras que pudiera reflejar, aunque fuese mínimamente, la profunda angustia, el sufrimiento y la enorme pena que sentía por no poder compartir su vida con ella.

«Alma es especial. Ahora es tu hija».

«Duli...».

Ahora ya era tarde. Se sentía como un auténtico cobarde. Su privilegiada vida de soltero se había visto amenazada por la llegada de una chiquilla preadolescente a su casa. Le había fallado. Eso era lo que realmente le martirizaba.

—Lo siento... lo siento —balbuceaba. De sus ojos brotaron las lágrimas que no caían desde que se rompió un brazo de pequeño al precipitarse de un árbol.

—¡Baja de ahí, Javier! Como te caigas te harás daño. ¡Baja! ¿Me oyes? —la preocupada voz de su madre llegaba hasta un orgulloso chaval de siete años sentado en una rama próxima a la copa del pino. Miraba con aire triunfador hacia abajo. Sonreía ante el miedo de su madre.

El chasquido de la rama le borró la sonrisa.

A sus cincuenta y cinco años estaba padeciendo la muerte de una hija que no

había tenido. Una hija a la que no había educado, ni prestado la atención que se merecía.

De repente se sobresaltó.

Una pequeña mano agarraba su brazo.

—Señor... ¿Puedo llorar con usted? Estoy cansada de llorar sola.

Javier logró esbozar una ladeada sonrisa de agradecimiento. Él también necesitaba llorar con alguien. Nada ni nadie podría superar hacerlo en compañía de la mejor amiga de Alma, Esther. Pasó su mano sobre el hombro y la atrajo hacia él. Sin saber por qué le dio un beso en la cabeza.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio hasta que la niña levantó la barbilla.

—Alma estaba enfadada porque pensaba que usted la había engañado. Esto no es un campamento, es un internado —apuntó como si le estuviera reprendiendo por no haberse dado cuenta— pero le gustaba vivir con su tío, deseaba que terminase el verano para volver a Madrid.

—Gracias, necesitaba oír algo así.

El crujir de la grava les hizo volver la cabeza. Dos vehículos de la Guardia Civil hacían maniobras junto a la puerta del pabellón femenino. Varios agentes entraron en el edificio. Javier y Esther se acercaron. Leonora y un señor con mono azul salían al jardín. A pocos metros de juntarse con ellos, Esther tiró con fuerza de la manga del tío de Alma.

—Esos son dos de los mayores... —escupió con el odio impreso en cada sílaba, señalándoles—... faltan tres más. ¡Ellos la violaron y mataron a mi hermano! —gritó enfurecida a escasos metros de distancia.

Andrés Rodrigo y Héctor Martello salían del pabellón junto con dos agentes. Miraron a Esther y al señor alto que estaba con ella. Durante breves segundos aguantaron sus miradas. Los rostros de todos ellos quedarían grabados en sus respectivas cabezas.

Para siempre.

Cuando el primer coche partió, Sebas el gordo hizo su aparición. Su rostro risueño enfureció al hombre del mono azul.

—Hijos de mala madre... —murmuró Félix.

—Ese es otro, faltan dos más —dijo Alma con el dedo índice en dirección a Sebas—. ¡Asesino!

Javier se soltó de la niña y dio un paso al frente.

—Disculpe agente. ¿Dónde les llevan?

—Al cuartel.

—Gracias.

El gordo pudo sentir como la mirada de Javier se clavaba en él. Tener a medio metro de distancia a uno de los violadores de su hija, le revolvía las tripas y le hervía la sangre. Con los puños apretados aguantó las ganas de aplastarle su sebosa cara

contra el suelo. No sin esfuerzo permaneció quieto. Sabía del poder de la Guardia Civil por esas tierras y no era conveniente crearles problemas.

A la mañana siguiente iría al cuartelillo. Aceptaría la invitación del sargento Matamala para solicitar el traslado del cuerpo de Alma y de paso aprovecharía para interesarse sobre los motivos del arresto de los tres jóvenes.

—Seguramente le dirán que no les han arrestado, sino que les han llevado al cuartel a la espera de que vengan sus padres a recogerlos —aseguró Félix.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Javier Mateo regresó al instituto, junto a la puerta de acceso al jardín esperaban Leonora y Félix.

—Buenos días —saludó a la pareja.

—¿Ha podido usted descansar un poco? —se interesó Leonora. Sus ojeras se hacían más pronunciadas con el paso de los días.

Como respuesta la directora recibió una amarga sonrisa.

Javier arrancó.

—¡Esperadme! ¡Esperadme! —de la nada apareció Esther, corría mientras luchaba por ponerse una chaqueta. La señorita Leonora no la dejaría salir sin ella a esas horas.

—¿A dónde te crees que vas?

—¿Puedo ir? —preguntó con las manos apoyadas sobre la ventana bajada, frente a la directora en el asiento del copiloto.

Félix puso la mano en el hombro de Leonora.

—Déjela subir —pidió.

—Mis padres no vienen hasta esta tarde o mañana —aseguró sonriente.

—Sube, pero sin gritos, ni nada parecido ¿de acuerdo?

La niña asintió.

El día amaneció con más nubes que claros. La brisa que se había levantado mecía levemente las copas de los altos árboles que rodeaban El Bosque. Esther, vuelta hacia atrás, observaba como se hacía más pequeño el lugar del que siempre guardaría los peores recuerdos de su vida. Solo conseguía sonreír cuando entre ellos se mezclaba esa chica diferente, pelirroja y en ocasiones con gafas. Esa chica que le llegó muy adentro y que se había convertido en su mejor amiga. Sobre esos recuerdos sonrientes se alzaba el del castigo limpiando la granja y las risas de Alma cuando Esther exclamó enfadada:

—¿Porqueriza ha dicho la monja esa? Esto es una maldita pocilga. ¡Qué asco!

—Así se llama al sitio dónde viven los cerdos. ¿A qué creías que se refería?

—¿Sí?

Los siguientes minutos los pasaron entre ataques de risas y de hipo.

Esther no puede evitar que dos lágrimas recorran su apenada cara mientras ve como el internado desaparece tras la montaña. Se da media vuelta y con la mirada perdida ve sin ver el camino por el que transitan.

Nadie abrió la boca hasta que el coche entró en las primeras calles del pueblo. No

había mucho que decir. Ni siquiera tenían claro a qué iban al cuartelillo. El traslado de los restos de Alma era la excusa de la que todos ellos se habían servido para acompañar al tío Javier. Era momento de asumir lo sucedido. No cabía otra.

Félix observaba disimuladamente el perfil de Esther. Su pelo recogido en una coleta, hecha sin mucho interés. Algunos mechones se habían escapado a la misión de la goma y caían a ambos lados de su cabeza. Las mangas de la chaqueta le cubrían hasta la mitad de la palma de sus manos. A ratos las llevaba a su cara para eliminar las lágrimas que la recorrían. El jardinero se debatía entre la tristeza y la rabia. Tristeza por la cruel experiencia vivida por esa chiquilla en sus pocos años de vida. Rabia, mucha rabia por lo sucedido. En ocasiones había avisado a don Cosme del tipo de internos que llegaban cada año. No se podía mezclar a alumnos con caracteres tan dispares. Algún día iba a suceder algo que lamentarían para el resto de sus vidas.

—No sea tremendista, Félix. Todos hemos sido jóvenes. ¿Quién no guarda algún pecadillo de juventud? —apuntaba condescendiente el director—. No olvide que nuestro trabajo es no plantear más problemas de los que ya tienen a las familias de estos chicos. Para eso nos pagan. Dedíquese a hacer su trabajo y no se preocupe por otras cuestiones.

Eso fue lo que hizo. El director llevaba razón, a él le pagaban por ocuparse del jardín y de otras funciones más típicas de los bedeles. Sin embargo, no podía evitar como una profunda e intensa ira se apoderaba de él. No solo por lo sucedido, ni tampoco por las terribles acusaciones de violación y asesinato que había formulado la chiquilla que viajaba junto a él en el asiento trasero del coche de Javier Mateo. No, lo que le quemaba por dentro era que salieran indemnes de todo aquello.

«¡Habían confesado!».

«¿Qué más querían?».

Félix era consciente de que si no se hacía pública la confesión de nada valdría que él supiera la verdad. Conociendo al sargento no dudaba que su lado civil no andaría muy alejado de su punto de vista, pero el lado militar no dudaría en obedecer las órdenes.

Fueran cuales fueran.

Leonora era incapaz de articular palabra. Su traje negro de cuello alto contrastaba con el pálido color de la piel de su cara y de las manos. No podía desprenderse de su parte de culpa. Ella era la responsable de las internas. Había fallado a ese hombre que conducía con la mirada fija en el frente. Pero sobre todo había fallado a Alma Mateo. Hasta el momento, de la boca de él no había partido ningún reproche, ninguna acusación. Estaba dispuesta a asumir su responsabilidad y cargar con las consecuencias que se derivaran de ella. A Leonora le daba la sensación de que Javier aún estuviera asimilando lo sucedido. Como si esperase despertar de la peor de sus pesadillas.

Con las manos firmemente agarradas al volante conducía como un autómata siguiendo las indicaciones que Félix le iba dando.

—Al salir del camino, a la izquierda.

«Al salir del camino a la izquierda».

Repetía para sí cada frase, como si buscara mantener ocupada su mente con algo concreto. La noche había sido larga y dura, muy dura. Al llegar al hotel lo primero que hizo fue contactar con Duli, que aún permanecía en el pueblo cuidando de su hermana. Durante varios minutos los dos permanecieron, a cada lado del hilo telefónico, en silencio, roto en ocasiones por incontrolables sollozos.

Duli lloraba de pena por Alma, pero se le partía el corazón por Javier. Apenas unos días atrás le había sentido feliz como hacía años que no le veía cuando hablaron de su visita al internado a recoger a la niña para continuar sus vacaciones con ella. Incluso le había llegado a regañar por haberla ingresado en un internado.

Javier no había podido confesar que su amiga decía que la habían violado y que por ese motivo se suicidó.

—La Guardia Civil afirma que se trató de un accidente.

—¿Sabes, Javier? Conociendo a Alma, me cuesta aceptar que se escapara del colegio a ver el mar, sin más. Algún motivo tendría, no lo dudes.

A la mañana siguiente se encargaría del traslado de los restos al panteón familiar en Santander.

Hacia donde se dirigía en estos momentos.

—Bordeando la plaza está el cuartel —apuntó Leonora.

Los cuatro se apearon del coche envueltos en sus propias circunstancias y dolores. El jardinero lideraba el pequeño grupo, tras él, Javier. La directora acompañaba a Esther, unos pocos pasos detrás.

—Buenos días, Félix —saludó el oficial de guardia con gesto afligido.

«Las noticias vuelan».

—Hola, Santos. ¿Está el sargento Matamala?

Aguardaron unos minutos antes de ser llamados al despacho del Guardia Civil. Apenas cruzaron unas palabras. Las cabezas de todos ellos se giraban instintivamente cada vez que oían como se abría una puerta o escuchaban voces. Ninguno lo había confesado, pero los cuatro esperaban volver a ver las caras de Héctor, Andrés y Sebas. Si había uno con mayor interés, si es que eso fuese posible, de que llegara ese momento era Javier. La acusación de la amiga de Alma no había caído en saco roto. Las explicaciones del sargento y su esquiva mirada no le convencieron en absoluto.

—¿Cree usted lo que afirma la chiquilla? —preguntó Javier al jardinero. Se habían adelantado unos metros más antes de entrar en el cuartelillo.

Félix no podía decirle que habían confesado. No en ese momento. Sabía que disponía de información privilegiada. Antes, quería comprobar qué derroteros tomaba la investigación. En su fuero interno aún guardaba una pequeña esperanza de que se hiciera algún tipo de justicia.

Pequeña, muy pequeña esperanza.

Como respuesta asintió levemente, bajó la mirada y le cedió el paso. A Javier no

le hacía falta más. Deseaba encontrarse cara a cara con los tres chavales.

A un gesto de Félix, Leonora y Esther aguardaron fuera del despacho de Matamala. Tras los saludos de rigor el sargento tomó la palabra:

—Me he permitido adelantar los trámites, señor Mateo, y he mandado redactar un documento que agilice el traslado del cadáver de Alma Mateo al cementerio que usted ordene...

«Cadáver de Alma Mateo», repitió Javier en silencio sintiendo sus ojos cargados de nuevo.

—... basta con que rellene estos datos de aquí —señaló con el índice un espacio en la segunda hoja del documento— y podrá iniciar las gestiones.

—Gracias, sargento.

Javier guardó su copia en un porta documentos que había cogido del coche.

—Corre el rumor de que mi sobrina fue salvajemente violada —sostuvo el tío de Alma con el semblante serio—. ¿Qué puede decirme al respecto?

Matamala se revolvió incómodo en su asiento. Una fugaz mirada a Félix le convenció de que él no era el origen de la información.

—Lo sé, señor Mateo, no crea que hacemos oídos sordos a esos rumores, le puedo asegurar que los investigaremos y si resultan ser ciertos llevaremos a los chicos ante la justicia.

El jardinero observaba fijamente al hijo de su compañero de partida.

—¿Qué pasará con los otros dos?

—Si las pruebas nos llevaran a ellos serían incluidos en la investigación —el sargento bajó la cabeza simulando leer unas notas, incapaz de mantener la mirada fija de Javier.

—¿Qué sabe usted del fallecimiento de Francisco Lasa?

—En ese caso poco podemos hacer. Se desató un incendio y todos los chicos salieron despavoridos, entenderá usted que...

—No pudo salir corriendo porque le dieron una paliza, sargento.

—No pongo en duda esa versión, señor Mateo, pero carecemos de pruebas que avalen ese argumento y que podamos presentar en un juicio.

Javier negó con la cabeza lentamente. Se había interesado por Fran en agradecimiento a Esther. Muy a su pesar coincidía con el sargento. Iba a ser muy difícil que se pudieran conseguir pruebas al respecto.

Matamala se levantó de su asiento, gesto que imitaron el jardinero y el tío de Alma. Javier le sacaba casi la cabeza al sargento, estiró su brazo a modo de despedida pero aún le faltaba por añadir algo más.

—¿Puedo ver a los sospechosos?

«Sospechosos, no ¡Culpables!». Félix hacía esfuerzos para no decir todo lo que sabía, pero antes quería hablar con Matamala.

—Me temo que no será posible —apuntó mientras con el brazo les cedía el paso rumbo a la salida—. La ley no nos lo permite.

—¡Vosotros la violasteis! ¡Matasteis a mi hermano!

Una voz conocida por todos ellos llegó desde el exterior. Félix fue el primero en reaccionar, abrió la puerta y salió al pasillo. Frente a él, Esther gritaba desconsolada al paso de Héctor y Andrés. Javier partió detrás. Siguió la mirada de la niña y vio a dos adolescentes con gesto despreocupado. Sus largas piernas le permitieron alcanzarles antes de que abandonaran la sala, se dirigían hacia un par de coches que esperaban fuera.

—Son Héctor y Andrés —murmuró Félix en su oído cuando pasó junto a él.

—¡Eh! Vosotros —la voz de Javier sonó serena, pero autoritaria.

Ambos se volvieron. La fría mirada del hombre que se acercaba les cambió el rictus. Sin saber por qué sus músculos se tensaron.

—Soy el padre de la chica que apareció en la playa... muerta... —mintió a conciencia.

La pareja de Guardias Civiles que les acompañaban se situaron entre Javier y los chicos. Un gesto de Matamala les animó a volver a su posición. Era lo único que el sargento podía hacer por él.

—Quiero que recordéis mi cara. ¿Me estáis viendo, verdad? —Mateo miraba hacia abajo, a los ojos de los asustados adolescentes.

Asintieron.

—Si encuentro la más mínima prueba que confirme lo que está diciendo esta chica, no pararé durante el resto de mi vida hasta terminar con vosotros —susurró a pocos centímetros de las caras de los amigos.

Ninguno de los dos abrió la boca. Sentían como si un puño les apretara el estómago y las manos les sudaban.

Media hora después apareció Sebas el gordo. Bajo los brazos y a lo largo de los botones de su camisa se formaron amplios cercos de sudor. Con el rostro desencajado, después de escuchar desde la habitación donde aguardaba los gritos de Esther, se quedó parado en medio de la sala, junto al agente que le acompañaría rumbo a un coche y de ahí al aeropuerto. Matamala se había preocupado de hacerle saber que en la sala le esperaban la amiga de Alma Mateo y su enfurecido padre.

Javier avanzó en su dirección. No recordaba la última vez que su cuerpo había almacenado tanto odio. Junto al oído de Sebas repitió el mismo mensaje que a sus dos amigos.

—Yo no hice nada se lo juro... —balbuceó casi entre sollozos, mientras el agente tiraba de su brazo.

Al escuchar lo que el tío de Alma le susurró al oído, una idea se formó en la cabeza del gordo. Una idea desesperada, sin duda, como reconocía él mismo, pero conforme a sus nebulosos recuerdos de aquella noche de fiesta, se trataba de un órdago sencillo de ganar, ya que contaba con la mejor jugada.

Eso creía.

Su mente parecía haber despertado cuando el señor del mechón blanco le dijo

algo acerca de unas pruebas. No encontrarían nada que le perjudicase a él, pero sí a los demás. Las fotos eran su única esperanza, a la que pensaba agarrarse como un clavo ardiendo. Si las cosas se ponían feas, le bastaría con decir a quién fuera, que deberían buscar una Kodak, en ella encontrarían las pruebas que andaban buscando. Él hizo las fotos. Como en ellas no salían todos sus amigos a la vez, nadie podría asegurar que hubiera otra persona en aquella habitación que hubiese sacado las fotografías. Pensarían que se turnaron la cámara.

Sonrió por dentro cuando juró que él no había hecho nada.

La sonrisa desapareció en el momento que recordó, camino de su casa una vez aterrizado en Madrid, que era muy posible que su cámara hubiera corrido la misma suerte que el gilipollas de Fran.

«¡El incendio!».

«¡Mierda!».

Contaba con que la localizaran y eso le salvara el pellejo para salirse con la suya. Lo que Sebas desconocía era que en esos momentos su Kodak se estaba cubriendo de polvo en el despacho de la señorita Leonora. Cuanto más pensaba en esa noche, más nervioso se ponía. Sí, él sacó todas las fotografías.

«¿Todas?».

La duda y el miedo le atormentaron durante los siguientes meses, el paso del tiempo fue mitigando su sensación de indefensión. Aunque alguna noche se levantaba sobresaltado con la misma cuestión:

«¿Todas?».

Sus nebulosos recuerdos le mostraban su estúpida sonrisa cuando le llegó el turno. La chica estaba más tranquila, ya no se revolvía como al principio. Era su momento. Se tumbó sobre ella. No se sentía bien, las difusas imágenes que se formaban en su cabeza no le aclaraban nada, de repente una luz rápida, como un chispazo, como un...

«¡Un *flash!*!».

No, no podía ser. La cámara era suya, él hacía las fotos. Sí, pero cuando le llegó el turno...

No era capaz de recordar qué hizo con la puñetera máquina en ese momento. Solo ese maldito *flash* sobre su cuerpo. El lento paso de los años le animó a olvidarse por completo del asunto.

Hasta que llegó su día.

Javier Mateo se acercó a Esther, que con la cara desencajada trataba de desembarazarse de Leonora. En sus ojos se reflejaba todo el odio que en los últimos días se había apoderado de su joven corazón.

—Llegaremos hasta el final... —murmuró sobre su cabeza mientras la apretaba contra sí—... hasta el final.

Solo contaban con las braguitas desgarradas de Alma que la directora encontró en la pequeña sala. Para todos ellos se trataba de una sólida prueba de la violación

sufrida. Excepto Esther, los demás eran plenamente conscientes de que no sería considerada como tal en un juicio. No solo eso, sino que podría ser utilizada como arma para poner en tela de juicio la conducta moral de Alma en aquella fiesta. De víctima, podría pasar a provocadora y su reputación verse mancillada para siempre.

—¿No queremos eso verdad? —preguntó el tío de Alma mientras tomaban café en un bar del pueblo.

—Claro que no. Pero no entiendo por qué no les vale. Yo podría declarar como era Alma y así todos me creerían ¿verdad? —apuntó con una esperanzadora sonrisa en su rostro suavizando el dolor que irradiaban sus ojos escocidos e hinchados.

Leonora dejó caer su mano sobre la de la niña.

—Los abogados de ellos tienen la obligación de defenderles, busquen la forma de que salgan lo mejor parados posible.

—¿Aunque sean culpables? —preguntó con extrañeza, como si le resultara inconcebible que pudiera suceder algo así en un juicio.

—Sí, aunque sean culpables.

En la mesa se hizo un repentino silencio, aprovechado para saborear el café y la Coca-Cola de Esther. *Un Coca-Colo*, como decía ella. A las dos amigas les hacía mucha gracia el término.

A través de la ventana podían ver como Félix conversaba con el sargento Matamala. Leonora le había puesto al corriente de la relación que les unía. No hablaban un Guardia Civil y un jardinero, sino un hombre con el hijo de un buen amigo y compañero de partida.

No fue hasta entrada la tarde cuando Félix aprovechó para comentar con Javier y Leonora la conversación mantenida con el sargento frente al cuartel.

—Señor Mateo...

—Por favor, Félix, insisto, llámeme Javier.

Los padres de Esther habían venido a recogerla antes de la hora de la comida. Por la tarde, acompañados de don Cosme y Leonora cumplieron los trámites para el traslado del cuerpo de Fran a Madrid. Con el informe de la Guardia Civil en sus manos, que hablaba de accidente y mala fortuna, olvidaron lo sucedido en El Bosque y se marcharon para no regresar jamás.

Todos no olvidaron.

Aunque hubiese querido, Esther no hubiera sido capaz de olvidar.

—He prometido a Matamala guardar silencio sobre nuestra conversación... pero no puedo hacerlo —Félix dio un trago a su vaso de vino blanco. Se encontraban cenando, a propuesta de Javier esa misma, noche en un pueblo próximo al internado.

Leonora notó como los ojos del jardinero se cargaban.

—Les pido a los dos que nada de lo que escuchen de mí ahora, salga de esta mesa —miró a sus compañeros de cena a los ojos. Ambos asintieron— el sargento Matamala a instancias de sus superiores ha remitido el caso con sus confesiones, y a partir de...

—¿Confesiones? —Mateo frunció el ceño.

—Sí. Esos tres hijos de mala madre han confesado todo —otro trago de vino, esta vez su mirada permaneció perdida en el fondo del pequeño vaso.

—¿La... violaron? —de la boca de Javier partió la pregunta con miedo a ser formulada.

El jardinero asintió sin apartar la vista del vaso. Leonora ahogó un grito con la mano en su boca. Si antes se sentía culpable por su muerte, la certeza de la violación le había llegado a lo más profundo de su ser.

—No voy a contar los detalles, que de nada ayudarán. Dicen que fue una fiesta que se les escapó de las manos, y que el Indio les aseguró que ella se había ofrecido.

—¿Qué Indio?

—Así llaman a uno de los dos primos que no estaban hoy.

Javier le rogó con un gesto que continuara. Quería saber cuál iba a ser la actuación la Guardia Civil al respecto.

—No pueden hacer nada. El ministro en persona se ha interesado por lo sucedido. Dicen que no hay pruebas... —Félix estaba a punto de estallar el vaso entre sus manos.

—Pero han confesado —recordó Leonora.

—Sí, sí, pero sus familias tienen poder. Hablarán con sus padres para que ellos mismos les castiguen —escupió cada sílaba—. Les importa más lo que piensen de ellos que el hecho de que sus hijos vayan a la cárcel. Pero si fueran a juicio les salpicaría...

—Y eso no pueden permitirlo. Nadie quiere contar con un famoso violador en la familia. Así que no van a hacer nada... —murmuró Javier incrédulo, como todos ellos, por lo que estaba oyendo.

El jardinero les dijo que la muerte de Fran fue debida a intoxicación por humo. Hubo una pelea y cuando comenzó el fuego todos salieron corriendo sin mirar atrás.

—No se preocupe, Félix. Le he prometido no hablar con nadie de lo que nos ha contado. De haber sabido que se trataba de algo así, me lo hubiera pensado antes de comprometerme.

—Lo siento tanto... yo debía haber hecho algo más. Tenía que haber supuesto lo de esa fiesta —reconoció Leonora con su inseparable y pequeño pañuelo bordado entre sus temblorosas manos.

—Usted no tiene culpa alguna de que esos mal nacidos violasen a mi sobrina. Entiendo perfectamente que organizaran algún tipo de fiesta antes del fin del verano, son jóvenes —Javier hablaba con aparente tranquilidad, pero sin poder ocultar la rabia y sobre todo, el miedo que debió pasar Alma—. Por lo que me han contado no fue la única fiesta que se organizó.

—Lo sé, pero yo...

—No se atormente, Leonora, ni usted, ni yo, ni nadie podíamos sospechar que sucedería algo así —señaló Félix.

A la mañana siguiente Javier Mateo regresó al Bosque. Desde allí partiría tras el coche fúnebre rumbo a Santander. Esa noche había sido peor que la anterior. Saber que su sobrina se había suicidado unos pocos días antes de que él llegase, le provocaba una enorme tristeza y una, aún mayor, sensación de culpabilidad. Jamás se perdonaría haberla enviado a ese maldito campamento.

«¡No, un maldito internado!».

El sufrimiento que le producía siquiera imaginar lo que Alma debió sufrir, le impidió pegar ojo. No se suicidó por estar harta de la vida, si es que fue un suicidio, porque bien podían haberla empujado cualquier de ellos, o todos juntos, para eliminar pruebas. Se suicidó porque se encontró sola, sin nadie a quien acudir y seguramente se consideraba responsable. La cabeza de Mateo no paraba de dar vueltas y vueltas a lo que pudo acontecer. Sobre todos aquellos argumentos que se formaban en su mente, dos sobresalían por encima de los demás. Los dos que le perseguirían cada día durante los próximos años.

«Si no la hubiera inscrito en ese internado...».

«Nadie va a hacer nada. Sus padres se encargarán del castigo».

No podía resignarse sin más. Se lo debía a Alma. Pero tampoco podía lanzar una acusación al aire sin pruebas. De la misma manera que esas familias habían logrado que no se investigara lo sucedido, no les sería complicado dejar sin validez su denuncia. Sería su palabra contra la de ellos. Lo peor, como le dijo a Esther, si no conseguían alguna prueba convincente todo se podría volver en contra de Alma.

«Algo tengo que hacer».

Esa mañana en el internado no quedaba ningún alumno. Un reducido número monjas, don Cosme, la directora y el jardinero. Antes de que hicieran el traslado del ataúd al coche fúnebre, el director le entregó a Javier un sobre.

—No, no. Ábralo luego, no corre prisa —señaló con forzada sonrisa. Giró sobre sí mismo y se encaminó al interior del jardín del internado.

Félix y Leonora se miraron disimuladamente. Con un leve movimiento de hombros coincidieron en que no se imaginaban lo que podía contener ese sobre. No dudaban de la extraña moral de don Cosme, ni de sus falsos principios pero no se les ocurría qué podía haber en su interior. Sin duda algo de importancia para el director.

A Javier le sorprendió la mirada esquiva de don Cosme en su presencia. Al principio creyó que era una respuesta natural a que en su internado hubiera acontecido, casi de forma simultánea, la muerte de dos alumnos. Lo podía considerar como un gesto de responsabilidad con la familia de las víctimas.

«Lógico».

Pero con el paso de las horas se empezaba a plantear si actuaba de este modo por otros motivos. ¿Era posible que hubiese sido informado de la confesión de los chicos?

—Espero que no sean las notas de Alma —soltó el jardinero sin pensar en el posible efecto de sus palabras.

—¡Félix! ¿Cómo va a ser eso? —le reprendió Leonora mientras se ajustaba un chal negro sobre los hombros.

—Lo siento, pero últimamente suceden demasiadas cosas extrañas —murmuró mientras veía alejarse al director.

No, no se trataba de las notas de Alma.

Sino de algo más macabro.

Extrañado por el comentario del jardinero, Javier abrió el sobre. Al extender la hoja frunció el ceño.

«¿Una factura?».

El pago de curso de verano lo había realizado directamente por banco, la factura se la debían enviar a su domicilio. Quizá el director había aprovechado para entregársela en mano. No le resultaba el momento más apropiado para hacerlo, pero tampoco le daba mayor importancia.

Hasta que echó un rápido vistazo al papel.

—... por servicios realizados y un ataúd de madera de nogal... —murmuró. No quiso leer más. Sin duda no era el momento para hacerlo. Su sobrina iba a ser trasladada al coche fúnebre y después recibiría cristiana sepultura.

—Disculpe, Javier —Leonora no daba crédito a las palabras que había creído entender de la lectura—. ¿Es una factura?

—Sí.

—¿Por el entierro de... Alma? —preguntó estupefacta.

—Sí. Entiendo que debo correr con los gastos, pero me parece que no es el lugar, ni el momento más adecuado para tratar este asunto.

Una hora después llegó el turno de las despedidas. Las monjas que asistieron al traslado del féretro dieron el pésame a Javier. En ausencia de don Cosme, que ya se había dado por despedido en cuanto le hizo entrega del sobre, le llegó el turno a Félix.

—Si puedo hacer algo por usted, no dude en ponerse en contacto conmigo. Conocí a esos hijos de mala madre y le puedo asegurar que diré, dónde sea necesario, qué tipo de canallas son.

—Gracias por todo su apoyo.

Félix se perdió en el interior del recinto.

—Discúlpeme, ahora mismo vengo. Recojo mi bolsa y me despido de don Cosme —apuntó la directora.

Pasó por su despacho y al no encontrarlo se encaminó al exterior. Seguramente estaría en el pequeño monolito. Si por ella fuera lo hubiese abofeteado hasta que le dolieran las manos, pero debía controlarse y hacer lo que se esperaba de ella en esos momentos; despedirse.

«A veces pienso que lo hubiera matado».

Recordaba con asco su cara de alivio cuando el coche de los padres de Esther se alejaba del internado.

Su cara, y sus palabras:

—Muerto el perro se acabó la rabia...

—¿Cómo dice?

—Que por fin ha terminado todo, pensar que esa chica mentirosa casi da al traste con...

—Le recuerdo que confesaron —cortó Leonora sin disimular la rabia.

—Ya, ya.

Javier y la directora viajarían juntos a Santander. Ante la insistencia de la mujer no fue capaz de negarse, deseaba asistir al entierro de Alma y al funeral que se organizara en su nombre.

—No debe preocuparse por mí, me instalaré en una pensión y regresaré cuando todo haya terminado —aseguró convencida.

La idea de Mateo era salir de ese internado y no volver a poner el pie en él. Sus pensamientos iban a estar ocupados buscando la forma de que se hiciera justicia. Había visitado, acompañado de Félix, la habitación donde creen que había tenido lugar la violación, allí encontraron la ropa interior que Esther aseguraba que pertenecía a su amiga. El fuego lo había devorado todo. Se empeñó en ir, a pesar de la advertencia del jardinero.

—No va a encontrar nada.

Llevaba razón, pero necesitaba comprobarlo por sus propios ojos. Quizá se les hubiera pasado algo por alto. Para poder inculpar a esos chicos necesitaba pruebas. Pruebas irrefutables. Testigos. Algo.

No encontró nada.

Los dos únicos testigos habían fallecido.

Se sentía impotente, pero sobre todo se sentía cabreado con el sistema, siempre al servicio del poder, de la influencia. Por eso quería salir de allí cuanto antes, pasar su duelo y continuar con su vida, si es que eso fuera posible. Cuando Leonora insistió en acompañarle no fue capaz de negarse. En su compungido rostro se reflejaba claramente lo importante que era para ella asistir al sepelio de su sobrina. Era posible que una parte significativa de que hubiese aceptado tuviera que ver con su propio egoísmo. Necesitaba cerca de él a personas que hubieran conocido a Alma y que la quisieran. Leonora cumplía fielmente con el perfil. Sin duda, su amiga Esther, hubiera sido otra firme candidata, pero ella y su familia ya tenían bastante con la pérdida de Fran. De todas formas estaría bien acompañado con la presencia de Duli, que le había asegurado que pensaba asistir, y de la directora.

Vio salir a Leonora del edificio y volver a entrar por una puerta estrecha. Se encaminó hacia su coche y comprobó como cargaban el féretro en el vehículo que le precedería hasta Santander. Serían un par de intensas horas tras Alma.

Don Cosme partió hacia su rincón preferido, el pequeño monolito frente al mar, al borde del acantilado. Menos mal que se había acordado de la factura que acababa de llegar de la funeraria, si no, hubiera sido imposible cobrarla. Seguro que el tío de la

chiquilla no hubiera pagado.

«¿Quién querría pagar algo así?».

Él no lo hubiera hecho, sin duda, pero como director debía vigilar por los intereses de su internado. Había sido un verano muy difícil, pero por fin todo había terminado. En cuanto se llevaran el cuerpo de la chica podría pasar página. A punto había estado de terminar de la peor de las maneras posibles. No quería ni plantearse lo que hubiera sucedido si la confesión de esos imbéciles hubiera llegado a la prensa. Menos mal que nadie tenía pruebas de nada.

Sentado, fumaba tranquilo y relajado por el cercano fin de los acontecimientos. Tendría que hablar con la señorita Leonora y con Félix, no le había gustado que defendieran con esa vehemencia los intereses de las familias de los internos y se olvidaran de los propios del internado, que en definitiva era quién pagaba sus facturas.

«¿O no?».

Sonrió.

Despediría al jardinero dentro de unos días, cuando todo esto hubiera pasado. Su actitud distaba mucho de ser la de un empleado fiel, de conducta ejemplar. No respetaba en absoluto las jerarquías, lo que le llevaba a emplear con alguien como él, no obstante máximo responsable de la afamada institución El Bosque, un tono y unas acusaciones que no estaba dispuesto a tolerar en un futuro próximo.

Lanzó con dos dedos la colilla del pitillo por el acantilado y perezosamente se puso en pie. Miró la hora. Si no se habían marchado estarían a punto de hacerlo. Recorrió los escasos metros que le separaban del borde del desfiladero y como siempre que se encontraba en ese lugar, respiró honda y ruidosamente.

Una vez.

Dos veces.

—Con usted quería hablar —dijo al oír unos pasos que se acercaban. Se volvió en dirección a su visitante, el peso del cuerpo cambió lo suficiente para que la pequeña piedra sobre la que descansaba su pierna derecha cediera.

Don Cosme perdió el equilibrio y giró sobre sí mismo.

Cayó.

—¡Ayúdeme! —imploró agarrado a unos pequeños arbustos que crecían junto al borde—. ¡La mano, deme la mano! ¿A qué coño espera? Me estoy resbalando...

Los ojos del director luchaban por salir de sus órbitas. Las rodillas y las puntas de sus zapatos arañaban la roca desesperadamente buscando un punto de apoyo al que poder asirse.

—¡Eso es! Deme la mano ¡Acérquese más! ¡Más! ¡Me resbalo! —bramó aterrorizado.

El grito fue desgarrador.

El chasquido del cuerpo al chocar contra un saliente de la rocosa pared recordó el crujir de una rama seca. El impacto al estrellarse sobre las rocas fue un sonido grave,

sordo.

Seco.

Javier vio acercarse a Leonora. Salió a su encuentro.

—Deme la bolsa.

—Si no pesa.

—¿Pudo despedirse de don Cosme?

—No, no le he encontrado. Le he dicho a Félix que cuando le vea haga el favor de comunicarle que me he tomado unos días libres.

El Bosque

El entierro se había oficiado con todos los honores que el protocolo tiene reservado al fallecimiento en acto de servicio de un comisario de policía. Era una fría mañana del mes de enero. Tan fría, que la nevada caída en Madrid provocó un atasco, tal, que el propio difunto llegó tarde a su entierro.

Las circunstancias de la muerte no estaban del todo claras. El cuerpo del comisario apareció con dos disparos, ambos mortales. Uno en la cabeza, el otro le atravesó el corazón. Lo hallaron dos días antes en la carretera de Madrid a Valencia, junto al vertedero. La respuesta a por qué se encontraba en ese lugar, era un interrogante. Lo que sí apuntaba el primer informe policial era que se había citado con un confidente que le aseguraba poseer información relevante para un caso que llevaban meses investigando y que parecía haberse encasquillado.

La cita en cuestión estaba prevista en un lugar junto a la Plaza de España. Se desconoce lo que pudo suceder hasta que se encontró su cuerpo. Lo últimos datos apuntan a que la reunión se llevó a cabo. En palabras del confidente, arrestado desde entonces, se despidieron y le vio partir en su coche.

—Juro que no sé más.

Una hora después de lo previsto, el coche fúnebre con los restos del comisario Paco Cortizo, hacía su entrada en el cementerio. Allí le esperaban una nutrida representación del cuerpo de policía, a cuyo frente se encontraba el comisario principal, Néstor Villega.

Los últimos meses habían sido muy complicados en la comisaría que dirigía Antonio Rovira. Tras su reunión con Villega, después de haber desobedecido la orden de no continuar con la investigación del supuesto suicidio del hijo y del sobrino del Presidente del Tribunal Constitucional don Eladio Saiz de la Puebla, su puesto al frente de la comisaría había tocado a su fin. Como gesto de buena voluntad se le concedió un permiso de dos meses, al término del cual fue destinado a una comisaría ubicada en Huelva.

La noticia cayó como una bomba en su equipo. Cortizo se encargó de propagar una serie de rumores entre sus compañeros que ponían en entredicho la actuación de Rovira. No olvidó mencionar la participación de Mendía, Romero y Prados en el allanamiento, como así lo definió, del ático de Fermín Saiz de la Puebla.

Desde que el comisario regresó de su reunión, aquella mañana con Villega, hasta que recibió oficialmente la orden de tomarse dos meses para asuntos personales transcurrieron varios días, que fueron aprovechados por los tres implicados para

buscar cualquier prueba que justificara la decisión del entonces comisario de no obedecer unas órdenes que solo perseguían el interés personal de su jefe inmediato.

—Comisario, si lográramos identificar a los chicos que aparecen en esta foto, podríamos contar con el argumento que necesitamos para conseguir que algún superior nos permita investigar.

Rocío le mostraba la fotografía que había encontrado en el ático junto con una carta idéntica a una que ella había recibido.

Antonio Rovira les había reunido en su despacho para darles la noticia de su inminente marcha. A ojos de los tres parecía extrañamente relajado, como si el asunto no fuera con él. De habérselo preguntado, hubieran entendido el motivo principal de su aparente tranquilidad. A las personas como él pocas situaciones laborales les pueden llevar a un estado de nervios que no puedan manejar. Hubiera admitido que en determinados casos la falta de esperanza de una pronta resolución le afectaba, lo mismo le sucedía con aquellos casos que por unas u otras razones no se resuelven.

O no quieren que se resuelvan.

Como este último.

La tranquilidad con la que abandonó el despacho de Villega le sorprendió tanto al comisario principal como al propio Rovira. Solo hay una cosa que después de ser relevado de su puesto te permite experimentar la grata sensación de calma interior: Tener la conciencia tranquila.

Rovira la tenía muy, pero que muy tranquila.

—No dudo que esa identificación que sugiere, Prados, ayudaría a la investigación —señaló mirando la foto una vez más— apostar a que estos chicos que aparecen aquí —blandió en el aire la instantánea— son nuestros supuestos suicidados.

Rocío sonrió satisfecha.

—Entonces, continúo con mi trabajo —apuntó dirigiéndose a la puerta.

—No me ha entendido, subinspectora —el comisario encendió un Ducados antes de continuar—. Saben todos ustedes como están las cosas. Mi traslado es lógico y el castigo escaso. Lo cierto es que he desobedecido una orden directa y lo que es peor, les he implicado a ustedes.

—Pero comisario...

—Déjeme terminar —pidió con la palma extendida— lo que quiero decirles, es que guarden esa foto y cualquiera de las pruebas que tengan, y se olviden de todo. Cuando las circunstancias permitan retomar la investigación háganlo.

Rocío no quería darse por vencida.

—Me da rabia que se salgan con la suya, comisario. Nuestro trabajo es llegar hasta el final y...

—Estoy de acuerdo, Prados, pero para poder llegar hasta el final es necesario esperar al momento adecuado ¿me entiende?

La subinspectora frunció el ceño.

—¿Da su permiso? —intervino Romero desde su habitual posición con la espalda

apoyada en la pared, junto a la ventana.

Rovira asintió.

—Creo que lo que el comisario quiere decirnos es que en estos momentos nadie va a prestar atención a nuestra investigación —dijo mirando a su compañera—. Si hacemos público que tenemos en nuestro poder unas cartas y una foto nos pedirán que se las entreguemos y lo habremos perdido todo.

—¿Aunque demostraran que no fue un suicidio?

—Eso es. Sea lo que sea lo que quieren tapar, debe ser mucho más importante para los implicados o sus familiares que la posibilidad de que pudieran ser asesinados o que saltaran por algún motivo.

—La única opción que nos queda sería filtrarlo a la prensa —apuntó Mendía apagando el pitillo en el cenicero de cristal— pero si lo hacemos nos tendrían cogidos por los hue...

—Le entendemos, Mendía —cortó Rovira.

—Aunque no me veo como garganta profunda —concluyó sonriente.

Durante las siguientes semanas, las primeras con la ausencia de Rovira en su puesto, la dirección recayó sobre un veterano comisario que dividía su tiempo entre su puesto habitual y el nuevo destino. La falta de dirección en la propia comisaría hizo que algunas de las investigaciones se atascaran y que surgieran algunas discrepancias entre compañeros, que a punto estuvieron de llegar a las manos.

Cortizo estaba en su salsa. Feliz por el desarrollo de los acontecimientos y por su contacto directo con el comisario principal. Iban a nombrar a un sustituto de Rovira de los denominados de perfil bajo, al que el inspector iba a vigilar estrechamente desde su recién estrenado puesto de inspector jefe.

Su primera función; encargarse de los periódicos.

La prensa había aceptado como buena la última filtración de Cortizo, en la cual la policía se lamentaba por haber sido engañada en los casos de los diferentes suicidios que nada tenían que ver entre sí, afirmó. La aparición de las rosas se debía a una simple prueba realizada por la propia policía, alguien las había colocado intencionadamente.

—¿Prueba? —el periodista no pudo disimular su asombro—. ¿Qué tipo de prueba? ¿Qué querían probar? Tengo que decir algo a mis lectores yo no...

—No quieras saber más —aconsejó el inspector jefe Cortizo con la mano apoyada maternalmente sobre el hombro de su contacto—. Lo único que puedo decirte es que serás el primero en saber cualquier otro asunto importante que me caiga entre manos —tras pasar sus dedos por la entrepierna, en un rápido movimiento, dio por finalizada la reunión.

«A mí me va a venir este gilipollas con sus lectores».

No corrían buenos tiempos para Mendía, Prados y Romero en la comisaría. Como inspector jefe, Cortizo se encargó de separarles y de ordenar a Rocío labores administrativas.

—La gente estará más tranquila sin mujeres armadas por la calle —decía entre risas a aquellos que le reían las gracias.

Peores tiempos estaban por llegar.

El actual comisario duró en su puesto justo los meses que le quedaban para su jubilación. Como pago por los servicios prestados, el inspector jefe Paco Cortizo fue ascendido a comisario. La primera víctima fue Mendía, que pidió el traslado días antes de que se oficializara el nombramiento. Traslado que rubricó el comisario saliente.

—¿Dónde está Mendía? —preguntó irónicamente Cortizo durante el discurso de estreno de su nuevo puesto. Con su corbata más decente y camisa a estrenar, se encontraba sentado en una esquina de la mesa de María, con un pie apoyado en el suelo, miraba, con media sonrisa, a todos y cada uno de los allí presentes.

Nadie respondió.

—¿No ha llegado aún? Bien, bien.

—Pidió el traslado, comisario —apuntó la secretaria.

«Comisario... me gusta como suena».

—¿Cómo qué pidió el traslado? —se giró bruscamente en dirección a María—. ¡Yo no he firmado nada!

Como respuesta le entregó copia del traslado.

«¡Mierda!».

Cortizo dio media vuelta y se introdujo en su despacho.

Romero intentó seguir los pasos de su antiguo compañero, pero su petición fue denegada por el actual comisario. No pensaba quedarse de brazos cruzados y elevó su requerimiento al comisario principal, con idéntico resultado.

El antiguo compañero de Cortizo fue ascendido a inspector jefe, encargándose de la distribución de tareas y casos a investigar. Romero pasó los siguientes meses atendiendo llamadas de malos tratos y riñas. Rocío alternaba sus salidas con él y con trabajos administrativos. Ambos tenían pensado cambiar de aires en cuanto pudieran.

—¿Cómo va todo? —quiso saber Mendía.

Estaban sentados los tres en el mismo bar al que solían acudir a la salida del trabajo, si no era ya demasiado tarde.

—De mal en peor. Si ya de inspector era un tipo a esquivar, imagínatelo de comisario —Romero apuró un trago de su caña—. Me cuesta entender como los superiores no se dan cuenta de lo dañino que puede resultar para el cuerpo de policía.

—Quizá sí lo saben —Prados saboreaba su rioja. Con la vista fija en su color caoba, continuó—: De nuestra incursión en aquel ático se enteraron porque como tú dijiste —miró a Mendía— nos estaban esperando. Alguien había dado el chivatazo.

—Sí, nos esperaban. Sabemos que fue Cortizo, aunque no lo podamos demostrar.

—Creo que sí lo podemos demostrar. ¿Qué otro motivo puede haber para que le hayan ascendido a comisario si no es por el pago de servicios prestados? Estaban a punto de expulsarle ¿no?

Romero y Mendía miraban a Rocío. No les resultaba extraña la conclusión de su compañera. En otras ocasiones, como cuando fue ascendido a inspector jefe, también lo comentaron, pero al ser el más veterano podía ser argumento suficiente para que pusiera al día al nuevo comisario de los entresijos de la comisaría.

—He seguido investigando —soltó la subinspectora de repente, como haría una hija en un momento de confesión a su madre—. Tranquilos, lo he hecho en mi tiempo libre. No me preguntéis cómo pero he conseguido poner nombre a los rostros que aparecen en la fotografía que encontré ¿recordáis?

Rocío extrajo un sobre del bolsillo de su chaqueta. Lo abrió. En su interior había una hoja doblada en tres partes y otra con un dibujo que imitaba el contorno de los que aparecían en la foto.

Extendió ambos papeles sobre la mesa.

—Mirad. Este número uno de aquí, —señaló junto a la primera cabeza contorneada— corresponde a Fermín Saiz de la Puebla, el dos...

—¿Perdona? ¿Has dicho Saiz de la Puebla? —preguntó Mendía.

Rocío asintió.

—¿No me digas que el hijo del Presidente del Constitucional es uno de los que violaron a esa pobre chica? —preguntó a nadie en concreto—. ¿Quién decías que era el marcado con el dos?

—Sandro Cobriña —Rocío señaló con el índice el rostro al que se refería—. Este que está de perfil, el número tres, es Héctor Martello.

—¿No era ese el hijo del embajador italiano? —preguntó Romero vivamente interesado.

—Sí, ese es. De la chica no me han podido aclarar nada, sabemos que las notas hablan de Alma.

—Este caso puede llegar muy arriba y mientras cae salpicar de mierda a todos lo que estén cerca —dijo Mendía antes de terminar con su vaso de cerveza.

Romero dedicó una sonrisa a su compañero y tomó la palabra.

—Entonces la relación entre ellos está clara. Nos falta averiguar dónde coincidieron estos tres. Debe tratarse de un lugar en el que también estuvo el del Puente de Segovia.

—Andrés Rodrigo —apunto Rocío—. De todas maneras, debe haber alguna explicación para que la muerte de Martello fuese un accidente de moto y bastante antes que las otras tres.

De repente los ojos de la subinspectora se abrieron como platos.

—¡Claro! No pudieron haber adelantado su venganza, porque no sabían dónde se encontraban —antes de continuar Rocío miró a su alrededor por si había alguien del entorno de comisario Cortizo—. ¿Os acordáis que Fermín acababa de llegar de Estados Unidos? Héctor Martello sufrió el accidente cuando su padre fue nombrado por segunda vez embajador.

—Pero el primo de Fermín, Sandro, se encontraba en España —convino Mendía.

—Cierto. Es posible que piensan que era la única forma de hacerle regresar de América. Todo empieza a encajar. ¿No lo veis?

Los dos inspectores no se tenían por novatos precisamente. Habían resuelto casos que parecían, *a priori*, bastante más complicados que ese. Si les hubieran dejado investigar.

Ante el silencio de sus compañeros, Rocío continuó:

—A Fermín le envían a América. La madre de Andrés Rodrigo os dijo que echaron a su hijo de casa, aunque ella no sabe bien por qué, e ingresó en el ejército. Sabemos que estuvo en la cárcel. El embajador italiano renuncia a su cargo en esa época y se va a Argentina, para volver años después.

—¿Y?

—Pues que los que estén vengándose tuvieron que esperar el regreso de todos ellos porque no sabían cómo contactarles —concluyó Rocío con una sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro.

—Buen trabajo compañera —Romero vació de un trago su segunda caña—. Pero dime una cosa. ¿Por qué no han remitido directamente a la prensa las cartas que te enviaron y las fotos que tengan en su poder?

—He pensado en ello, no creas —la subinspectora se echó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja—. He llegado a una conclusión, que ojalá esté equivocada.

—Cuéntanos —le animó Mendía.

—Creo que no han terminado. Quizá les falte localizar a alguien y no quieren que se escape si sale la noticia en la prensa. De momento les vale con que sigamos trabajando.

Pagaron sus consumiciones y salieron a la calle.

—Si es así, saben que la investigación se terminó oficialmente. Podrían darnos los nombres de todos y, con las pruebas, detener a los culpables que falten —propuso Mendía mientras hacía no pocos esfuerzos por evitar el viento y conseguir encender su pitillo—. No me explico por qué no lo hacen.

—En sus cartas lo dicen bien claro, no quieren detenciones. Los quieren muertos.

El comisario Paco Cortizo había considerado seriamente sustituir en las tarjetas de visita y en la placa que descansaba sobre la mesa de su despacho el nombre por el que todo el mundo le conocía, por Francisco. Le sonaba más respetuoso, con más autoridad. Tras sopesarlo con algunos compañeros de póker, copas y locales de lucecitas, llegó a la conclusión de mantenerlo como estaba. Sin duda resultaría más cercano a sus subordinados y como le auguró un amigo, constructor de profesión y tocayo:

—Don Paco está muy bien, además ¿quién iba a entender que te cambies de nombre porque asciendas a comisario? Pensarían que te has venido arriba. Hazme caso, Cortizo, déjalo estar y líbranos de los indeseables.

Paco el constructor, se puso en pie.

—Disculpadme, el deber me llama —afirmó con una boba sonrisa garabateada en

su blando rostro. Agarrado de su chica habitual se perdió escaleras arriba.

La vida era maravillosa para Cortizo. A punto de jubilarse había conseguido poner un broche de oro a su turbulenta carrera. Sin duda se trataba de un broche merecido. No habían sido pocas las veces que se había jugado la vida por los casos y por sus compañeros.

«Comisario...».

Se lo repetía cada mañana frente al espejo, con su pequeño amigo observándole con la lengua fuera.

—¿Qué te parece, Capitán? Al fin un superhéroe, como tú. Hoy comerás un buen trozo de solomillo, invita el comisario.

La acidez no le había desaparecido, pero al menos no volvía solo a casa a sentarse frente al televisor con su DYC. Ahora sus amigos le requerían, casi cada tarde, para que les contara los pormenores de su nuevo puesto. No siempre se tenía entre los compañeros de fatigas a todo un comisario.

El orgullo de Cortizo le impedía negarse.

El orgullo y sentirse como una autoridad reconocida.

Respiró hondo, metió su oronda tripa todo lo que pudo para dentro y tiró de su cinturón hacia arriba. Con la uña, que no envidiaría el meñique de un guitarrista, rasgó lo que parecía una mancha seca en la corbata. Una vez aprobado el resultado final, tiró de las solapas de la chaqueta hacia abajo.

Sonrió.

Estaba preparado para su reunión de cada semana con el comisario principal en su despacho. Pura rutina, seguro. Puesta al día de los casos abiertos, saber cómo respiraba la comisaría y noticias, si las había, respecto a aquel puñetero caso de las putas rosas.

La reunión de hoy, de pura rutina, nada.

Comenzaba su particular cuenta atrás.

—Pase, comisario Cortizo. Don Néstor le está esperando.

Era evidente que esa mujer ya no le miraba igual que la primera vez que pisó ese despacho cuando era un simple inspector. Ahora veía cierto brillo en sus ojos. Quizá admiración, seguro.

«Si no fueras la secretaria de Villega, te iba a dar por...».

—Cada día estás más guapa —soltó mostrando su dientes quemados de nicotina y café.

La chica se limitó a esbozar una sonrisa profesional.

—Pase comisario —con la puerta de su despacho abierta y el brazo extendido, Villega le invitaba a entrar. Le gustaba dirigirse a él como comisario para que no olvidase quién lo había puesto ahí y quién lo mantenía en el puesto a pesar de los comentarios en contra que escuchaba casi a diario.

Cortizo le llegaba al comisario principal a la altura de la nariz. Eran dos figuras contrapuestas. Una se acercaba más a don Quijote y la otra era la viva imagen

achaparrada de Sancho Panza.

Había pasado más de un año desde que le diera el chivatazo de aquella visita al ático. Desde entonces, tenía controlado todo lo relativo al suicidio del hijo de Eladio Saiz de la Puebla. La prensa parecía haberse olvidado del asunto. Sin embargo, Néstor Villega no podía dejar de lado la foto arrugada que encontró esa noche. Él había obedecido las indicaciones, qué no órdenes, de no indagar en el caso.

La familia quería pasar página cuanto antes y olvidar ese desagradable asunto. Si la policía investigaba algo que sin duda resultaba ser un suicidio y la prensa lo hacía público, sería imposible que sus padres pudieran descansar en paz. Nada se iba a aportar a los hechos y al final se concluiría que se trataba de un suicidio.

—Lo entiende. ¿Verdad, Villega? —convino en aquella reunión Eladio Saiz de la Puebla.

—Sí, señor. Me ocuparé personalmente de que se dé carpetazo al asunto.

Días más tarde le confió la aparición de unas rosas blancas y negras en dos escenarios de presuntos suicidios, incluido el de su hijo.

—Seamos serios, Néstor, por favor. ¿Unas rosas? Las hay por todos los sitios. ¿Quién querría matar a mi hijo y a mi sobrino? No nos lo haga más duro de lo que ya es.

Como policía que era, Villega podía sentir el tufillo que desprende un argumento endeble, aunque este proceda del Presidente del Tribunal Constitucional.

«Si no quiere que se investigue lo ocurrido con su hijo, es asunto suyo —pensó al abandonar la reunión—. Coincido con Rovira en que es extraño que unas rosas blancas y negras aparezcan en diferentes escenarios de presuntos suicidios».

No le dio mayor importancia hasta aquella intervención en el ático para pillar infraganti a los hombres de Rovira. Cuando a la mañana siguiente llegó al despacho, guardó la foto que localizó en la chimenea en el cajón con llave bajo una serie de carpetas que contenían documentos confidenciales. No volvió a acordarse del asunto hasta que unas semanas atrás se encontró con el comisario en una reunión.

—No te lo tomes como algo personal, Antonio.

—No te preocupes. Sé que probablemente tienes las manos atadas, pero procura que el caso no te explote algún día —Rovira apagó su pitillo en un cenicero dorado de pie—. Nada es lo que parece.

Villega iba a replicar que no había ningún caso y que por lo tanto nada le podía explotar en las manos.

Pero no lo hizo.

A su mente llegó como una exhalación la imagen de esa foto con rostros de adolescentes, en la que unos sonreían y una cara reflejaba lo que parecía ser un grito de pánico. Cuando la tuvo por primera vez entre sus manos, no le otorgó la importancia que tras esa breve conversación con Rovira comenzó a otorgarle. Sin saber porqué se la guardó. Podían ser simplemente jóvenes jugando, incluso una orgía o cualquier otra cosa.

«Nada es lo que parece».

La despedida de Rovira se repetía como un disco rayado en su cabeza. Durante los siguientes días le dio vueltas y vueltas al asunto. No pensaba abrir un caso ya de por sí bien cerrado. Pero tampoco se le pasaba por la cabeza que le utilizaran como chivo expiatorio si en algún momento la prensa se enteraba de su actuación.

Tenía que cubrirse las espaldas.

Llamó a Cortizo.

Tras ofrecerle un café y dedicar unos minutos a temas banales, pero tan importantes para el comisario como el fútbol y el problema que supone que las mujeres pierdan el respeto a sus maridos accediendo al mercado laboral, Villega fue directamente al grano.

Abrió el cajón con llave parsimoniosamente y extrajo la fotografía a la que le había dedicado las veinticuatro horas de cada día de las últimas semanas.

—Dígame qué ve usted ahí. Tómese su tiempo —Néstor aprovechó para volcar unos hielos en dos vasos y regarlos con su mejor whisky.

Cortizo no movió un solo músculo de la cara mientras observaba la foto. Ni un gesto en los instantes iniciales. Después, una indefinible expresión se apoderó de su rostro. Un espectador hubiera podido identificarla como una mezcla de estupidez y sorpresa. Al comisario no le resultó complicado distinguir lo que a primera vista se veía.

Segundos después sentenció:

—Están follando.

Al comisario principal le pilló el comentario con los vasos en la mano, entre el mueble bar y la mesa. Se detuvo unos instantes y miró la despejada coronilla de Cortizo.

«¡Cuánta razón tienen los que me echan en cara su nombramiento!».

—Tómese su tiempo, comisario —insistió mientras le ofrecía el whisky.

Con el primer trago dejó el vaso por la mitad. Asombrado por el excelente sabor volvió a concentrarse en la instantánea. A parte de lo que ya había dicho no se le ocurría nada más, ningún motivo por el que le insistieran en que se tomara su tiempo. Se trataba de una foto en blanco y negro, antigua, en la que aparecían unos adolescentes.

De repente dejó el vaso sobre la mesa y prestó aún más atención a lo que tenía entre manos.

«¿Y si...?».

Su instinto retrocedió a toda velocidad a su época de estudiante. Con el ceño fruncido analizó cada rostro. Sintió como un sudor frío le recorría el cuerpo. Buscó entre sus recuerdos alguna imagen que se asemejara a lo que estaba viendo.

Apuró otro trago.

Néstor Villega no perdía detalle de los distintos gestos que se dibujaban en el rostro del hombre sentado frente a él.

Cortizo se encontraba lejos del despacho del comisario principal.

«¿Y sí?».

El ruido del oscuro licor al chocar contra los hielos le hizo despertar. Miró su vaso. Su jefe le estaba sirviendo otra copa.

—Bueno, dígame qué ve.

No sabía qué se esperaba que viera. Levantó la vista de la foto y miró a Villega. Su expresión relajada le invitó a tomarse las cosas con calma.

«¡Soy gilipollas! Casi la cago».

Por un momento llegó a pensar que esa instantánea tenía algo que ver con él. De su época de adolescente, y de otra no tan lejana, eran numerosos los días, sería más apropiado decir las noches, de las que no tenía recuerdo alguno. En algunas reuniones, cuando las lenguas de los presentes se iban soltando y aludían al nebuloso pasado, salían a relucir situaciones y supuestas experiencias de las que Cortizo no lograba acordarse.

Otro trago, este más parecido a un sorbo.

—Pues... veo unos jóvenes follando.

—Sí, eso ya me lo ha dicho. ¿Ve algo extraño? Se lo diré de otra forma *comisario*. ¿Ve algo que pueda ser constitutivo de delito?

Cortizo, más relajado al percatarse de que no era nada personal, volvió a sumergirse de nuevo en la instantánea.

A Villega se le estaba acabando la paciencia.

—¿Y bien?

—Las orgías no son delito, siempre y cuando sean consentidas, por supuesto —apuntó con voz entrecortada— yo...

—Vamos bien —cortó—. Ha dicho cuando sean consentidas. ¿Usted cree que esa chica está disfrutando?

Una boba expresión se dibujó en rostro.

Apenas unos instantes, los que tardó en comprender.

—¡La están violando! —exclamó satisfecho como si hubiera acertado una pregunta complicada en un concurso televisivo.

«Por fin...».

Cortizo permaneció con la vista fija en su jefe. Una vez respondida con éxito la cuestión planteada, faltaba saber que más quería de él. Sin duda esa foto era importante. Por más que se esforzaba no veía en qué más podría serle de utilidad. Los hechos parecían haberse desarrollado años atrás.

«A no ser que sea un montaje y hayan querido que parezca antigua».

Sonrió por la ocurrencia.

—¿Recuerda nuestra intervención en la vivienda de Fermín Saiz de la Puebla? —sin esperar respuesta, continuó—: la encontré allí.

La faceta de policía del comisario se puso a trabajar.

—¿Usted cree que alguno de estos es el tal Fermín?

Villega asintió.

—Se suicidaron dos. ¿El otro también podría ser uno de los que aparecen?

Villega volvió a asentir.

«Parece que se ha espabilado. Funciona mejor con un par de whiskys».

—Quiero que averigüe la identidad de todos ellos, dónde fue tomada la fotografía y qué vida llevan actualmente. Si es que sigue alguno vivo —Villega se puso en pie dando por finalizada la reunión.

Había algo que se le escapaba a Cortizo.

—¿Se abre el caso otra vez? Porque sí es así, puedo ordenar a los inspectores que lo llevaron que me entreguen todos los archivos...

—No, no se abre nada, *comisario*. Lo único que quiero es que me diga la identidad de esas personas. Punto.

—Entiendo, no es un caso oficial —puesto en pie se despedía con los labios en el grueso vaso de ese extraordinario whisky del que disfrutaba en algunas ocasiones con el comisario principal.

—Efectivamente, se trata de un favor personal, Cortizo.

Con la mano descansando sobre su hombro le acompañó hasta la puerta.

—Recuerde, no es oficial, por tanto, nadie, repito, nadie, debe sospechar que está interesado en esa foto. Por lo que más quiera, no la pierda.

Paco Cortizo abandonó la reunión con la sensación de que le habían echado a empujones. Pero por otro lado, la fotografía que llevaba a buen recaudo en el bolsillo interior de su americana, era una prueba fehaciente de la confianza que el comisario principal tenía depositada en él. Podía ser cualquier cosa, amargado, mal educado, sucio, arrogante, envidioso y muchos otros apelativos más, pero no era imbécil.

Al menos no lo suficiente.

Algún interés oculto había tras la identificación de los chicos que aparecían en esa maldita foto. Interés que Néstor Villega no había querido compartir con él. Esa desconfianza le había dejado un regusto amargo, acrecentado por la acidez que le generaba esos momentos de incertidumbre. Mezcla, que ni el suave sabor, que aún mantenía almacenado en su boca y en su memoria, de los whiskys que acababa de beber, podía mitigar.

Antonia Rovira era un buen tipo, a pesar de que le hubiera mantenido al margen de la investigación por la cual fue trasladado. Le consideraba un buen comisario. Iba de cara, generaba confianza y defendía a los suyos. Permaneció unos instantes dentro del coche, con la foto sobre el volante. En su mano izquierda humeaba un pitillo. En su mente, humeaba la petición del comisario principal.

«¿Por qué quiere investigar extraoficialmente un caso como este?».

«¿No trasladó a Rovira por desobedecer sus órdenes?».

Lanzó el cigarro por la ventanilla y se puso en marcha. Por primera vez en su vida no podía contar con nadie. Era comisario, lo que significaba que la única persona que podría dar la cara por él era Villega.

«¿Lo haría?».

Cortizo chasqueó la lengua.

«¿Qué pasaría si descubrieran que está investigando un caso cerrado por órdenes estrictas?».

La respuesta le llegó enseguida, justo después de bajarse del coche para increpar a un individuo que, a su juicio, había estado a punto de chocar con él. Le mostró la placa y comprobó orgulloso el efecto que ejercía su poder en un ciudadano cualquiera.

No, seguramente el comisario principal no daría la cara por él, a pesar de que su investigación no obedeciera a un impulso propio, como le pasó a Rovira, sino a un favor solicitado por la misma persona que no le respaldaría.

—Me dejará con el culo al aire, seguro... Capitán América, estamos solos —murmuró para sí.

Rocío Prados se despidió de sus compañeros. No quería perderse el baño de Patricia. Se trataba de uno de los pocos momentos del día en que su papel de mamá se apoderaba de ella. Le gustaba ejercer como tal, pero daba la razón en ese punto a Carlos y a su madre.

—No te he educado para que dediques el menor tiempo del día a tu hija —aseguró una tarde su madre—. Pero...

—Ni yo me he casado con una mujer que no sepa atender sus obligaciones como madre —intervino Carlos Sebastián que aparentemente se encontraba al otro lado de la puerta.

Las dos le miraron.

—Quiero decir —continuó la abuela Berta— que a pesar de eso, estoy muy orgullosa de ti. Los tiempos están cambiando aunque yo no los entienda. Creo que la mujer tiene su papel y...

—Mamá déjalo, ya lo hemos hablado muchas veces —Rocío hizo un leve gesto con la cabeza en dirección al lugar dónde se encontraba su marido.

—No lo entenderá, Berta. Su hija es testaruda, una mala madre y peor esposa.

Había captado la velada acusación que escondía el reproche de su marido. Hacía un tiempo que no compartían cama. No tenía sentido para ella hacer el amor con alguien cuando en esos momentos, su mente se acordaba de otra persona. Al principio no le dio importancia, luego le pareció hasta sucio, pero más tarde le animó a plantearse su vida de otra manera. Había aprendido que no era buena idea someterse y vivir la vida en base a como otros creen que debes vivirla. Ni aunque esas personas fueran tan importantes como una madre y un marido. Una madre que respetaba la vida de su hija y las decisiones que esta había tomado. Un marido que le preocupaba más lo convencional, lo que se esperaba de una esposa y madre de su hija, sin las expectativas que esa mujer pudiera tener de su marido y de su propia vida.

Era feliz como policía y quería ser feliz como madre. Por su cabeza pasaba separarse de Carlos, pero no quería dar ella el primer paso. Estaba dispuesta a esperar

y que él se llenara de razones para romper la unión que nunca debió producirse. Estaba convencida de que Patricia hubiera llegado a su vida aunque su marido hubiera sido otra persona.

A la mañana siguiente regresó a su trabajo. Había dejado a su hija en el colegio, como todos los días desde meses atrás. Disfrutaba viendo como se integraba con sus amigas y se perdía feliz en el interior del recinto escolar.

—El comisario te espera —le dijo María nada más verla.

Rocío levantó las cejas en señal de asombro.

—Sí, ha llegado el primero. Algo le debe preocupar.

Cortizo no había pasado una buena noche. La puñetera foto le quemaba entre las manos, tanto o más que el pecho por la maldita hernia de hiato. Por la tarde había recibido ya la primera llamada del comisario principal. No le había gustado su tono de decepción cuando le aseguró que aún no le había puesto nombre a las caras de la fotografía.

«¿Cómo coño quiere que averigüe algo si no puedo contar con nadie?».

«¡Qué se joda!».

Si Villega no era sincero con él, Cortizo no tenía por qué serlo. Qué cojones, era comisario y podía exigir fidelidad, silencio y todo lo que le viniera en gana a sus subordinados.

—Pase, subinspectora.

Había pensado en Prados como la persona que le iba a ayudar a salir de este embrollo. Si Rovira confió en ella como investigadora sus motivos tendría. Él no tenía tiempo ni ganas para cuestionar esa decisión. Muy a su pesar dejaría de lado cuestiones del pasado y aprovecharía al máximo lo que su puesto de comisario le ofrecía.

Lo primero era mostrarse amable.

No era tarea fácil.

Lo segundo, convincente.

Más complicado aún.

Tenía en su mente la imagen de Rovira. Bastaría con adoptar sus formas, aunque fuese por unos minutos. Necesitaba que la subinspectora investigara en silencio para él. Podía ordenárselo pero prefería que se viera involucrada por interés personal.

Rocío y María se miraron sorprendidas cuando oyeron a Cortizo referirse a ella por su cargo. No recordaban otra ocasión que los labios del comisario hubieran dejado salir la palabra subinspectora a no ser que fuera a modo de reproche.

—Buenos días, comisario.

—Siéntese, por favor. ¿Café? —preguntó señalando la bandeja, que minutos antes su secretaria había dejado sobre la mesa de reuniones.

La única explicación que Rocío veía para ese alarde de educación era una cámara oculta.

—Sí, gracias —no parecía buena idea rechazarlo, además necesitaba otro café—.

¿Usted?

Cuando Cortizo se levantó de su confortable sillón de comisario, la subinspectora creyó reconocer sobre la mesa algo sobre lo que ella había estado trabajando las últimas semanas. En ese momento hubiese jurado que se trataba de una foto igual o similar a la que ella guardaba.

«¡No es posible!».

Por su cabeza desfilaban los motivos de aquel repentino interés en su persona. Sin duda, había sido descubierta, aunque no se explicaba cómo había podido suceder. Lo siguiente sería confirmarle su expulsión del cuerpo o, con benevolencia, un traslado.

—Sentémonos en la mesa de reuniones.

De reojo vio como el comisario cogía la fotografía y se encaminaba hacia donde ella se encontraba. Tomó asiento a su lado.

«Está sonriendo...».

Su antiguo compañero no le mostraba una sonrisa cínica, ni de superioridad, ni siquiera de triunfo. Era una sonrisa que incluso parecía sincera.

Eso era lo más extraño.

Y lo más peligroso.

—Siéntese, por favor —Cortizo carraspeó antes de continuar— lo primero que quiero decirle es que cuento con usted.

Al comisario se le había pasado por la cabeza la peregrina idea de pedir disculpas por su comportamiento en el pasado como prueba de buena fe, pero eso hubiera sido demasiado.

«Síntoma de debilidad, sin duda».

Encendió un pitillo, se aflojó el nudo de la corbata y apuró el café de un solo trago. Rocío no perdía detalle de cada gesto.

—¿Qué ve aquí? —Cortizo optó por actuar igual que el comisario principal en el día de ayer.

Situó la fotografía entre ambos.

La subinspectora se mordía la lengua para no gritar. No era la misma foto que encontró ella, pero sí muy parecida. En esta se podía ver a todos los implicados, pero en distinta posición. Uno de ellos mostraba el perfil, seguramente fuese Martello. A los dos primos se les distinguía bien. En lugar de estar a los lados de la chica, Sandro Cobriña aparecía sobre ella, mirando de lado a la cámara, con los ojos abiertos al igual que la boca. Quizá burlándose de la expresión de horror de la niña. El que no había identificado, porque no salía en la que ella guardaba, debería ser Andrés Rodrigo.

De repente llevó su mano a la boca.

¡Su teoría podía ser cierta!

Si en esa foto estaban todos los que ella conocía, al menos de nombre. Otro más era el que tenía la cámara. ¡Faltaba uno!

—No sea tan impresionable, Prados. No es bueno para un policía —convino

Cortizo al observar como la subinspectora reprimía un grito.

«¿De dónde la habrá sacado?».

Podía sentir como sus rodillas comenzaban a temblar.

—Dígame qué es lo que ve —insistió.

Se tomó unos segundos antes de responder cogiendo la foto entre sus manos, quería grabar cada detalle en su cabeza.

—Juraría que se trata de una violación, comisario.

—¿No cree que sea una orgía o algo parecido?

Ella no había estado nunca en una orgía, pero imaginaba que los que asistieran no sufrirían como esa chica parecía hacerlo.

«Tengo que averiguar quién es esa pobre niña».

—Es solo una foto comisario. Si tuviéramos más con las que comparar los gestos quizá podría tratarse de lo que usted apunta... —guardó silencio unos instantes—... para mí está chica está siendo violada brutalmente.

El siguiente paso era conseguir la complicidad de la subinspectora.

—Verá, esa foto la encontré en el ático de Fermín Saiz de la Puebla. Imagino que recordará el lugar ¿verdad? —sin esperar respuesta continuó—. Creo que el comisario Rovira estaba en lo cierto con su teoría.

—¿Se abre el caso otra vez?

Cortizo aplastó su pitillo en el cenicero expulsando el humo a pocos centímetros de la cara de Rocío.

—No, sigue cerrado. Quiero que averigüe quiénes son los que aparecen en esa foto.

Cortizo sabía que necesitaba un golpe más.

—Es la única forma de que Rovira borre esa mancha de su expediente —apuntó mientras miraba de hito en hito a la subinspectora, que tenía la vista fija en la instantánea.

—Al comisario le trasladaron por este caso.

«Ya la tengo».

—Precisamente por ese motivo debemos mantenerlo en secreto. No quiero que nadie de la comisaría, ni amigos, ni familia, ¡nadie! sepa nada —por un momento pareció perder el control—. Disculpe —se apresuró a decir— es muy importante que lo mantengamos en silencio.

—Me pongo con ello, comisario.

«Buena chica».

Era público y notorio que para Paco Cortizo la mujer debería estar en su casa, trabajando, que nada pintaban fuera de ella. Sin embargo, no se le escapaban las dotes de buena investigadora de Prados, aunque le pesara.

De momento, había infringido la petición o mejor dicho, la orden del comisario principal respecto a que nadie supiera lo que traían entre manos.

«No tiene porqué enterarse».

Hubiese puesto la mano en el fuego por la discreción de la subinspectora.

Se hubiera quemado.

Lo primero que hizo Rocío, en cuanto Romero regresó de una de sus desmotivadoras salidas fue compartir con él la reunión que había mantenido con el nuevo comisario.

—Tenemos que hablar —le dijo lo más disimuladamente que pudo al oído en cuanto lo vio entrar en la sala— te invito a comer.

Decidieron cambiar su lugar habitual por otro menos concurrido unas calles más alejado de la comisaría. Encontraron una mesa vacía junto a la ventana. El local era de tamaño mediano, forrado en madera y con los manteles de las mesas de cuadros grises y blancos. Estaba tan limpio como siempre. La culpa era de Mariana, la oronda mujer que cocinaba y regentaba el negocio con mano firme y una enorme sonrisa en la boca.

—Mucho tiempo sin veros por aquí —señaló a modo de saludo sin reproche alguno—. Al fin conseguiréis que os eche de menos.

—¿Cómo estás?

—Yo muy bien, grandullón. ¿O es qué me ves mal? —apuntó sonriente girando sobre sí misma.

—¡Hola, Mariana! —Rocío se incorporó de la silla para estamparla un par de besos en sus mofletes—. ¿Cómo va todo por aquí?

—No me puedo quejar. La gente sigue viniendo a comer y puedo pagar a mis empleados y los impuestos —sonrió—. ¿Mendía?

—Ya sabes, desde que pidió el traslado nos cuesta más coincidir.

—El maldito Cortizo, con perdón. Menos mal que no se deja caer por aquí desde aquella discusión que tuvimos.

Mariana tomó nota de los platos del menú, cuando se alejó con la comanda, Rocío fue al grano.

—Mira lo que me ha dado Cortizo —sacó la foto del bolsillo de su chaqueta y la dejó sobre la mesa. Les costaba referirse al que fue su compañero como el comisario. Aún tenían a Rovira muy presente.

—¿Te la quitaron? —quiso saber.

—No, no. Es una foto distinta aunque es evidente que se trata del mismo hecho. La diferencia es que en esta sale uno de los chicos que no aparecía en la otra.

—¿Cómo ha llegado a sus manos?

Rocío le hizo un rápido resumen de la conversación que habían mantenido unas pocas horas antes y del susto que se llevó cuando vio la foto sobre la mesa del comisario. No olvidó referirse a la insistencia de Cortizo respecto a que no comentara con nadie el tema.

—No me trago que tenga el más mínimo interés en ayudar a Rovira —señaló Romero—. ¿Entonces, para qué abrir un caso que el comisario principal obligó a cerrar?

—Pienso como tú. No sé qué hacer. No creo que, como me dijo, la haya encontrado en el ático. ¿Qué puede pasar si le doy los nombres?

—Néstor Villega.

Rocío frunció el ceño.

—Quiero decir que él fue quien envió a sus hombres a esperarnos aquella noche. Alguno de ellos la encontraría, seguro.

—Aquí tenéis vuestros primeros.

A Mariana le gustaba servir personalmente la mesa de los agentes. En la sala se encargaba solo de tomar los pedidos, pero en casos especiales, como este, prefería atender ella.

—Patatas con carne para el grandullón y revuelto de ajetes para mi poli preferida. Cuando Mariana se alejó la subinspectora tomó la palabra.

—Entonces el comisario principal ha hecho con Cortizo lo mismo que este ha hecho conmigo.

—Sí, eso creo —señaló antes de introducir la primera cucharada en la boca—. ¡Cómo cocina esta mujer!

Rocío jugaba con el tenedor enrollando unos ajetes para soltarlos después. Algo se les estaba escapando y ese algo le producía un conocido cosquilleo en el estómago. Llevó el tenedor a la boca y repitió de nuevo la operación con los ajetes; enrolló y suelto.

—Cuéntame qué pasa por tu cabeza.

—Pues pasan muchas cosas y no pasa ninguna. Verás, me resulta extraño que si las cosas son como tú dices, el comisario principal encuentra esa foto y después del tiempo transcurrido decida averiguar de quién se trata.

—Llevas razón... es muy extraño —balbuceó con la boca llena.

—Sospecho que si la ha guardado durante más de un año será porque algo no le encaja de la negativa del Presidente del Constitucional a investigar el suicidio de su hijo —apuró un pequeño trago de agua y continuó—. En este punto estoy de acuerdo con él. Es muy extraño que un padre no quiera saber cómo murió su hijo. ¿No crees?

En vez de abrir la boca, en esta ocasión Romero asintió.

—Todo esto me lleva sospechar de todos de ellos. Es decir, si Villega no le ha enseñado la foto al Presidente del Tribunal será porque no se fía del todo. Es una prueba contra su hijo, al menos eso es lo que parece.

Romero dio un largo trago de agua. Un par de gotas del caldo de las patatas habían caído sobre la servilleta que llevaba bien sujeta en el cuello de la camisa.

—Querrá comprobar si tiene un as en la manga o por el contrario esa fotografía nada tiene que ver con el caso.

—Eso es. ¿Pero qué pasará cuando sepa que se trata de Fermín Saiz de la Puebla? —preguntó Rocío.

—¿Chantaje?

La pregunta de Romero flotó en el aire, quedó sin responder durante el resto de la

comida. Ninguno de los dos contaba con argumentos para dar una respuesta veraz.

No andaban muy desencaminados sobre los motivos que llevaban a unos y a otros a averiguar la identidad de los que aparecían en la imagen.

Sí, se trataba de un posible chantaje y de cubrirse las espaldas.

Sin embargo, no habían tenido en cuenta a todos los jugadores.

A partir de la mañana siguiente, cuando Cortizo llegaba a su despacho mandaba llamar a Rocío.

—¿Ha averiguado algo?

—En ello estoy, comisario. No es nada fácil trabajar sin que nadie de tus compañeros, ni del cuerpo pueda sospechar lo que estás haciendo.

—Lo sé, subinspectora. Pero también sé que no es la primera vez que lo hace. Le recuerdo que no debe hablar con nadie de este asunto, ni con Romero. ¿Entendido?

—No se me olvida.

Esa mañana se cumplía una semana desde que recibió el encargo. Según pasaban los días, Cortizo iba dejando evidentes muestras de su nerviosismo. Lo que Rocío desconocía era la presión que el comisario recibía de Néstor Villega. Presión que le generaba un considerable aumento de su maldita acidez, que unido a sus momentos nocturnos con DYC le dificultaban conciliar el sueño. Todo ese cóctel, bien mezclado, provocaba en él un estado de mal humor que pagaban todos sus subordinados.

Rocío acordó con Romero y Mendía que le darían los nombres que ellos habían averiguado. Se guardarían el de Andrés Rodrigo por propia seguridad. No dejaba de ser una sospecha más que una confirmación esa identidad, en la foto que recibió Rocío no aparecía. Al ver una nueva cara en la que le entregó Cortizo sospecharon que posiblemente se tratara de él. Otro motivo que invitaba a no compartir el dato se refería a una próxima visita que la subinspectora pensaba hacer con Romero, a la madre de Rodrigo. Confiaban en encontrar un momento en que el general no se hallara en casa. Solo querían hacerle una pregunta: ¿Dónde estuvo su hijo en torno al verano de 1970?

Antes de decidir qué hacer, se pusieron en contacto con Rovira. Como a ellos, le pareció muy extraño que Cortizo hubiera decidido, por su cuenta, realizar una visita al ático y que a consecuencia de ella se hiciera con una foto del caso.

—Hay algo más, Prados. No veo al comisario Paco Cortizo investigando por su cuenta un caso como este. Sean prudentes, obedezcan al comisario y permanezcan con los ojos bien abiertos.

Al colgar el teléfono tomaron la decisión por unanimidad.

—Como siempre, ha sido claro —señaló Romero—. Está de acuerdo con nosotros en que le entreguemos los nombres de los sospechosos.

—Parece que alguien de arriba ha abierto de nuevo el asunto.

—Pero sin abrirlo realmente —indicó Rocío.

A la mañana siguiente a la subinspectora no le dio tiempo ni de quitarse la

cazadora, en cuanto dejó el bolso y la carpeta que llevaba consigo, sobre la mesa, apareció Cortizo.

—A mi despacho.

Rocío y María intercambiaron sus miradas.

Al entrar vio que el comisario se parecía hoy, más que nunca, al que fue su compañero, el inspector Cortizo. La corbata con sus habituales manchas, la camisa arrugada con algún botón suelto y su habitual mal aliento a alcohol. Pero sobre esos síntomas, la subinspectora vio algo más. Algo nuevo desde que fue ascendido a comisario. En sus ojos vidriosos y en su rostro serio, creyó vislumbrar un atisbo de inseguridad, de miedo quizá.

—¿Tiene algo? —más que una pregunta, parecía una orden.

Sin responder directamente, Rocío extrajo de su bolsillo la foto que él le había entregado la pasada semana. Sobre ella, unida por un clip, había un papel de tamaño similar al de la instantánea.

—Aquí tiene lo que me pidió.

La larga ceniza que hacía equilibrios sobre la punta del Ducados que descansaba en la boca del comisario, cayó sobre la mesa en cuanto oyó las palabras mágicas. De su cara se borró de un plumazo su rostro serio, en su lugar unos ojos más abiertos, una fugaz sonrisa y relajación en su cuerpo.

Rocío no perdió detalle del cambio anímico de su actual jefe.

Aún de pie, tomó con cuidado entre sus manos la foto y el papel. Con su ojo derecho medio cerrado a causa del humo del pitillo que pugnaba por colarse en él, retiró el clip. Su mirada iba de una mano a otra. De la instantánea a los nombres.

—¿Está segura?

—Sí, comisario.

—Falta uno.

—Así es, pero entendí que corría mucha prisa y...

—Está bien así, subinspectora —Cortizo hizo algo que a Rocío le sorprendió, en su boca se trazó una abierta sonrisa que dejó al descubierto su desagradable dentadura.

«¡Ha sonreído!».

—Puede retirarse.

Paco Cortizo examinó la foto durante toda la mañana. Su cerebro iba elaborando un plan para sacar el máximo provecho de la información que disponía. Si Villega no había querido compartir con él lo que se traía entre manos, él no iba a ser el más tonto de la clase.

El comisario principal quería la identidad de los que aparecían en la foto para cubrirse las espaldas si algún día se torcían las cosas. La información proporciona un extraordinario poder. Cortizo quería obtener un rendimiento inmediato. Esa tarde le daría a Villega el nombre de uno de los implicados, días después otro nombre.

Solo tuvo tiempo de informar del primero.

Tres días más tarde encontrarían su cadáver.

A la mañana siguiente, Eladio Saiz de la Puebla recibió un sobre urgente y confidencial. Al abrirlo el mundo se le vino encima. Junto con una copia de una fotografía venían unas instrucciones. Esa misma tarde recibiría una llamada que le indicaría los pasos a seguir si quería evitar que el original llegara a la prensa.

«¿Por qué precisamente ahora?».

La vida le había enseñado una serie de experiencias que nunca se debían olvidar. Una de ellas era que si se aceptaba un chantaje, este nunca terminaría. Más tarde o más temprano regresaría a su vida en forma de más dinero o más de lo que fuese.

Cortizo conocía a muchos convictos que le debían favores. Había sabido granjearse el respeto de gente como él, que habían cruzado la línea y pagado por ello. Gracias a las gestiones del ahora comisario sus casos habían quedado en nada. El plan era entregar un sobre, hacer una llamada y coger el dinero.

Sencillo.

Algo salió mal.

Después de terminar su reunión con el confidente en un lugar cercano a la Plaza de España, Cortizo transitaba por las calles de Madrid, sonriente y con un abultado paquete en el interior de la americana, a celebrar su buena suerte. Lo primero que le pedía su cuerpo era disfrutar de una buena cena regada con el mejor de los vinos.

Cuando terminó, optó por dirigirse a su local preferido donde estaría su chica favorita. Esa noche la sacaría de allí y se le llevaría a casa. Encendió un pitillo, emitió un sonoro eructo y arrancó el coche. Esbozando una suave sonrisa de triunfo aceleró...

El golpe fue inesperado.

Inesperado y doloroso.

Se dio de bruces contra el volante, golpeándose en la nariz.

—¡Será gilipollas! —exclamó mirando por el retrovisor. El pequeño espejo le mostraba lo que parecía ser el morro de un todo terreno pegado a su coche y un fino hilo de sangre que resbalaba desde su nariz.

Cabreado, abrió la puerta.

No pudo hacer nada más.

Varios brazos lo sacaron en volandas y lo introdujeron en una furgoneta con tal violencia que se dio de bruces contra un pequeño extintor. De su ceja comenzó a manar sangre. Este era el menor de sus problemas. Tres hombres encapuchados le miraban fijamente. Otro, a rostro descubierto, daba la vuelta a un cuerpo que yacía con las manos atadas a la espalda con la misma cuerda que sujetaba sus tobillos.

Cortizo sintió un leve mareo con el impacto, pero el temor que le producía la situación le impedía desmayarse. Algo tenía que hacer y ese algo debería ser ya mismo. Seguramente esos desgraciados se habían equivocado de hombre.

—¡Imbéciles, no sabéis lo que estáis haciendo, soy policía! —gritó mientras buscaba su placa en el bolsillo interno de la chaqueta—. Soy el comisario Francisco

Cortizo y exijo que...

Uno de los encapuchados le golpeó con el cañón de la pistola en la sien, haciéndole una pequeña brecha. El golpe no fue contundente, nada más lejos de la intención de aquellos individuos que su víctima se desmayara en esos precisos instantes. Querían que viera algo para que se convenciera que no se habían equivocado y que sabían con quien estaban hablando.

—¿Le reconoce? —el hombre de rostro descubierto le señalaba el cuerpo al que acababa de darle la vuelta. Los ojos amoratados y un redondo y oscuro punto en la frente convencieron al comisario que fuesen quienes fuesen los que le habían secuestrado no se andaban con chiquitas.

Un persistente frío recorrió su cuerpo como un latigazo. Se había olvidado por completo de los dos golpes recibidos en la cabeza. A pesar de tener el rostro amoratado había reconocido el cadáver del hombre tumbado a un par de metros de distancia.

Era su confidente.

Su cómplice.

El hombre se acercó al comisario mirándole fijamente a los ojos mientras le dedicaba una sonrisa burlona. Con una mano le abrió la chaqueta y con la otra extrajo el abultado sobre.

Horas después el cuerpo del comisario Cortizo descansaba sin vida, con dos tiros, junto al vertedero.

A Néstor Villega le avisaron del fallecimiento desde el mismo lugar en que apareció el cuerpo. No se trataba de una noticia que le pillara de improviso. Si había algún policía que tuviera todos los números para ser víctima de un asalto, ese era Paco Cortizo. El cosquilleo que recorrió su cuerpo no se debía a la muerte del comisario sino a la coincidencia de esta con el encargo que le había exigido. Ya contaba con el nombre de uno de los protagonistas de la foto, Héctor Martello. El apellido le sonaba. No le llevó mucho tiempo averiguar que podía tratarse del hijo de un antiguo embajador italiano. Debería andarse con mucha cautela si al final se confirmaba. El siguiente nombre se lo iba a facilitar al día siguiente.

«¿Cómo habrá conseguido Cortizo la información?».

De repente sintió como un sudor frío.

«¡La foto!».

Lo primero que le pasó por la imaginación fue que podría llevarla encima. Como jefe de comisarios qué era se acercó al lugar de los hechos y tomó, durante unos minutos, el mando de las operaciones. En cuanto tuvo un momento a solas registró los bolsillos y el vehículo de Cortizo.

Nada.

Debería darse prisa y buscar en la comisaría y en su casa. Nadie sospecharía si asumía temporalmente el puesto del comisario asesinado. Serían un par de horas como mucho.

De camino al despacho de Cortizo en su cabeza se formaba la imagen de Eladio Saiz de la Puebla. No tenía un motivo concreto que le hiciera sospechar que pudiera estar detrás de todo esto. No sabía qué, pero algo le impedía descartarlo.

—Que no me molesten —ordenó a una estupefacta María.

Villega tomó asiento en la butaca del comisario y desde esa posición buscó en cada una de las carpetas. Abrió los cajones uno a uno sacando su contenido.

—¡Este hombre era un auténtico cerdo!

Restos de envoltorios de galletas, papeles, migas, tabaco, servilletas con irreconocibles manchas, incluso algún chicle pegado contra las paredes internas formaban parte del contenido de los dos primeros cajones que registró. Del archivo obtuvo un resultado similar. El mismo que al finalizar con la estantería y el mueble bajo la ventana.

No había nada.

Antes de marcharse reparó en la gabardina que colgaba en el perchero. Del bolsillo interno extrajo una hoja doblada. Parecía ser la mitad de un folio.

«¡Imbécil!».

«Nunca debí confiar en un tipo como este».

Entre sus manos, Néstor Villega, mantenía desdoblado el papel. Miraba fijamente una fotocopia de la foto que le había entregado al comisario la pasada semana. No le molestaba el hecho de que hubiera hecho algún duplicado, quizá podría tener una explicación, como sería guardar a buen recaudo el original. Lo que le molestaba sobremanera tenía que ver con la facilidad con que él mismo había encontrado esa copia. Furioso, hizo una bola con el papel y lo arrojó a la papelera. Cuando se disponía a salir del despacho volvió sobre sus pasos, recuperó la bola que acababa de tirar, la extendió sobre la mesa y rasgó lo que sobraba. El resto, la copia de la foto, la introdujo en el bolsillo interior de su americana.

«Por si no encuentro el original».

No lo iba a encontrar, ni en el posterior registro de la casa de Paco Cortizo.

«Se habrá llevado a la tumba el lugar donde lo haya escondido».

Al salir del apartamento del comisario no dejaba de dar vueltas a la copia que había encontrado horas antes en la comisaría. La calidad no era muy buena y sería complicado reconocer a los que salían en ella.

A no ser...

A Néstor Villega le hervía la sangre. De no haber estado muerto, hubiera estrangulado con sus propias manos al gilipollas del Cortizo.

«¡Me cago en él!».

Había una explicación para hacer esa copia. Solamente tendría sentido para las personas que conocieran a los que en ella aparecían.

—Chantajeaste al que no debías... —murmuró para sí mientras ponía el coche en marcha. Lo único que tenía claro es que algún familiar relacionado con algunos de los chicos de esa foto estaba detrás del asesinato de Cortizo.

«Sí. ¿Pero quién?».

Eladio Saiz de la Puebla no le confesó a Villega ni la llamada, ni la copia que un individuo le envió de una fotografía muy comprometedor para su familia y la de su hermana. Ni tampoco le habló de la reunión que mantuvo con el chantajista y menos aún de que había conseguido recuperar de Cortizo la foto original. La última vez que vio al comisario estaba vivo. Le vio alejarse en su coche acompañado de dos agentes.

No, no le habló de nada.

Las siguientes ocasiones en las que asuntos profesionales los juntaron en alguna comida o reunión, ninguno de los dos sacó el tema más que para mostrar su indignación por el asesinato de un representante de la ley.

Desde el momento que recibió la fatídica fotocopia, un ligero temblor le acompañaba casi cada día. Miraba con desconfianza a sus subordinados, a sus compañeros, a todo el que se acercaba a él. Sí, había recuperado el original, pero desconocía si había más copias o lo que era peor, si existían más similares.

«¿De dónde habrá salido?».

No tenía a quién preguntar. Los imbéciles de su hijo y sobrino se habían suicidado. No había manera de averiguar si conocían la existencia de las fotos, ni quién las hizo, ni nada por el estilo. El no conocer la cara, ni el nombre de su enemigo le generaba una tensión difícil de sobrellevar.

La única forma que se le ocurría era hablar con el resto de los implicados en la violación de aquella chica. Algo le decía que no era una buena idea. Todos se habían comprometido a no revolver el caso y a renunciar a investigar la identidad de los demás.

Solo el paso del tiempo le diría si todo había terminado.

O si todo continuaba...

—¿No te parece mucha coincidencia?

Rocío daba vueltas con la cuchara a su café con leche en vaso. Se encontraba con Romero en un bar a mitad de camino entre el cementerio y la comisaría.

Al inspector le había pillado la pregunta con la boca llena. Acababa de darle un buen mordisco a su bocadillo de jamón. Se limitó a levantar las cejas.

—Me resulta extraño que un par de días después de que le digamos a Cortizo la identidad de los sospechosos de la fotografía, aparezca muerto.

Romero dio un largo trago a su zumo.

—A mí lo que me preocupa es si alguien más sabe que nosotros conocemos los nombres de esos chicos.

—Conociéndole no creo que lo compartiera con nadie, la verdad. Me pregunto si ha sido capaz de chantajear al Presidente del Constitucional, porque si es así...

—Si es así, compañera, tendremos que andar con mucho cuidado.

—¿Crees que debemos abandonar?

Romero aprovechó otro bocado para tomarse unos segundos antes de contestar. Si Prados llevaba razón y la muerte de Cortizo se debía a un intento de chantaje, el caso

rebasaba el ámbito de lo policial, sin duda. Cuando las altas esferas están dispuestas a lo que sea para que determinada información no vea la luz, su poder como policías puede ser insignificante. Sin embargo, no iba con él abandonar una investigación así como así, menos aún cuando los poderosos pueden salirse con la suya. En algún lugar oyó eso de que la justicia es igual para todos.

Al menos debería serlo.

—No, pero sí que debemos proteger nuestros intereses.

Rocío le miró con cara de no entender nada. Seguía removiendo el café, parecía como si la leche se hubiera empeñado en no enfriarse, cada vez que acercaba los labios se abrasaba.

—Un poco de leche fría, por favor —pidió Romero a la camarera al ver que la subinspectora volvía a quemarse.

—Gracias, será la única manera de que me pueda tomar este café.

—Te decía que debemos andarnos con mucho cuidado. Vigilar todo lo que tengamos referente al caso y hacer duplicados. No quiero ponerme melodramático pero creo que deberíamos entregar uno de esos duplicados a alguien de confianza por si nos sucede algo.

Rocío se quedó como una estatua con el vaso de café a medio camino entre su boca y el pequeño plato que descansaba sobre la mesa.

«¿Por si nos sucede algo?».

Nunca antes se había planteado que su vida pudiera correr peligro como policía. Al menos si lo hubiera sospechado, nunca vio ese peligro dentro. Los malos estaban fuera, al otro lado de la línea...

No siempre.

«Patricia...».

—... no tiene porqué ocurrirnos nada, pero debemos tener en cuenta lo que ha sucedido hasta ahora... ¿Prados?

Romero puso su mano sobre el antebrazo de la subinspectora.

—¿Eh? Sí, perdona.

—No tiene que pasar nada, es únicamente como protección nuestra y de nuestras familias.

—Lo sé, pensaba en Pati.

—¿Se te ocurre alguien?

Rocío dio el trago que tenía pendiente y frunció el ceño.

—¿Alguien?

—Sí. Alguien de confianza para entregarle al menos una de las copias que hagamos.

—Déjame que piense... ¿Tiene que ser un compañero o vale alguien de fuera?

—Me vale con que sea de absoluta confianza.

Pasaron unos largos minutos sin que ninguno de los dos abriese la boca. Cualquiera que los estuviera observando pensaría que se trataba de una pareja que

habían discutido.

—María.

Esta vez fue Romero fue quien juntó las cejas.

—Sí, María. Creo que cumple con ese requisito y más. Sabe que Rovira fue trasladado por querer investigar un caso que apuntaba a altos cargos. Es fiel al comisario, aunque ya no esté aquí y además es de confianza.

—¿Cómo sabe tanto del caso?

—Como todos en la comisaría. Las noticias vuelan... —Rocío bajó la mirada—. Vale y porque es una buena amiga mía. Hablé con ella.

—De acuerdo, María.

Así lo hicieron, a la mañana siguiente tenían las fotocopias de las cartas recibidas y de la fotografía que encontró Rocío en el ático, a la que añadieron un duplicado que realizaron de la que Cortizo le entregó. Decidieron alquilar una caja de seguridad en un banco. María guardaría una de las llaves.

—Este jueves hay una reunión de generales de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado —murmuró María disimuladamente, mientras dejaba un papel con la información necesaria sobre la mesa de Rocío.

Era el momento que estaban esperando para concertar una entrevista con la madre de Andrés Rodrigo. Aprovecharían que su marido, el general, estaría ausente para que les respondiera a la pregunta que desde días atrás, Rocío deseaba hacerla.

—¿Nos podría decir dónde se encontraba su hijo en torno al verano de 1970?

La subinspectora planteó la cuestión mientras abría frente a la mujer una copia ampliada que había hecho de la fotografía en la que aparecía su primogénito. La idea era confirmar si la persona que no había podido identificar y que intuía se trataba del hijo de la afectada mujer que tenía frente a ella era uno de ellos.

La madre de Andrés Rodrigo lanzó un grito ahogado.

Era la confirmación que estaban esperando.

Su mirada iba de los ojos del inspector a los de Rocío rogando más información. Su rostro reflejaba el inmenso dolor que le producía las sospechas que le atormentaban desde entonces. Algo muy grave debía haber pasado aquel maldito verano en el internado. Algo que su marido no quiso compartir con ella.

—Nos la han enviado de forma anónima —mintió Prados— de los que ve usted aquí todos han fallecido. Creemos que falta el que hizo la foto. Necesitamos dar con él antes de que sea demasiado tarde.

—¿Creen que asesinaron a mi hijo? —preguntó con la voz entrecortada. Con un pañuelo en su mano derecha secaba las lágrimas que pugnaban por salir.

—No lo sabemos con exactitud pero sospechamos que Andrés no saltó premeditadamente. Algo o alguien le obligó a ello —Rocío llevaba la conversación con Romero en segundo plano. La mujer del general se relajaba cuando se dirigía a ella.

—El Bosque —soltó con la mirada perdida en un punto más allá de la alfombra

—. Campamento o internado El Bosque... —repitió con un hilo de voz.

Rocío y Romero se miraron. Con un leve movimiento de cabeza se felicitaron por la información recibida.

—Quería rogarle que no hable con nadie de este asunto —Rocío había tomado las manos de la mujer entre las suyas—. Le confieso que los familiares de esos chicos que aparecen junto a su hijo, harán todo lo posible para que el que falta no pague por lo que hizo.

La mujer asintió.

—¿Y... la chiquilla...? —posó sus asustados ojos sobre la cara de la subinspectora.

—Es lo que vamos a investigar. Prometo que le diré lo que averigüemos.

—Sé que no valdrá de nada pero ¿Querrán pedirle perdón de mi parte?

—De su parte.

La inspectora Rocío Prados detuvo el coche frente a la entrada de El Bosque. La verja estaba abierta. Sobre ambas columnas de piedra se podía leer, no sin esfuerzo, el nombre del internado en letras oxidadas formando una media circunferencia.

«Inspectora...».

Sonrió al recordar el sobre que le entregó María dos días antes. Lo encontró en la bandeja del correo de Cortizo, llevaba fecha de dos semanas atrás. Hasta el último momento de su agitada existencia no pudo admitir que una mujer, la primera en España, ascendiera al grado de inspectora.

Sus recuerdos no terminaban ahí.

—¿Inspectora? ¡La primera, además! ¡Qué orgullosa estoy de ti, hija! ¿Sabes qué? Mamá es una persona muy importante en la policía —dijo Berta, henchida de orgullo mirando a su nieta.

Carlos Sebastián esperó a que su suegra se marchara, para hablar.

—Ya tienes lo que querías. Imagino que a partir de hoy tus obligaciones en casa dejarán de serlo.

Pasó junto a ella muy enfadado. Si por él fuera hubiera mostrado su disgusto de otra manera, demostrándola quien mandaba en casa, pero el cargo de inspectora le imponía.

Rocío pidió dos días libres para hacer la visita al internado. Dejó a Patricia en casa de su madre para mayor tranquilidad de su marido y de ella misma.

—Así que es aquí... —murmuró mirando la entrada y el gran número de árboles que había tanto en el interior como rodeando la muralla... con razón se llama El Bosque.

Metió primera y entró despacio.

El día era soleado, con una brisa que resultaba agradable. No muchas horas antes debió llover con intensidad. El camino de entrada tenía las huellas de neumáticos grabadas en el barro seco, serpenteaba hasta llegar a una gran rotonda con unos rosales en el centro.

«¡Qué bonitos!».

A la derecha se había habilitado un aparcamiento para no más de treinta o cuarenta coches. El lugar no parecía ser un internado. Dos edificios, uno frente a otro. Entre ellos, junto a la muralla, sobresalía una iglesia. Rocío se dirigió al edificio más cercano. Un porche rodeaba la pared principal.

«Convención de paisajistas».

Rezaba un cartel situado junto a la recepción. Comenzaría en un par de días, el próximo viernes y duraría todo el fin de semana.

«Exposición Marina».

Al otro lado del mostrador de recepción otro cartel avisaba del inminente estreno de una muestra de pintura y fotografía cuyo nexo común era el mar.

—Buenos días —una chica de algo más de veinte años la recibió con una amable sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola —era complicado ganar a Rocío a la hora de mostrar la mejor de sus sonrisas—. Pensaba encontrar un internado en este lugar.

—Sí, este centro de exposiciones y convenciones se inauguró en el año ochenta y uno.

«¡Siete años, ya!».

Las esperanzas de dar con alguien de aquella época comenzaban a desmoronarse por completo. Durante el trayecto había albergado la feliz idea de encontrarse con el director o la directora o alguien que continuara trabajando en El Bosque.

—Me parece que la he decepcionado.

Rocío necesitaba tomar una decisión rápido, muy rápido. Podía presentarse como lo que era, inspectora de policía o bien jugarse todo a un órdago sin mirar su baza, y afirmar que ella había estudiado aquí en el verano del setenta y que había regresado dejándose llevar por la nostalgia.

—Estaba en Santander y he decidido acercarme —sin saber bien porqué se decantó por la segunda opción.

—Lo va a encontrar todo muy cambiado.

—Sí, lo está —acompañó su frase con una mirada en torno, como si tuviera dificultades para reconocer el lugar.

—Parece mentira que este fuera el pabellón de las chicas ¿verdad? Desde el incendio estuvo unos años abandonado. Después volvió a abrir sus puertas como internado hasta que unos inversores lo compraron para remodelarlo.

«¿Un incendio?».

—Las habitaciones las han cambiado. Son más grandes pero hay menos que en la época que estuvo usted aquí. ¡Todas tienen baño!

—¿Queda alguien de aquel verano?

La recepcionista dudó unos instantes antes de responder.

—¡Mire, ahí va! —señaló en dirección al exterior. Rodeó la recepción situándose junto a Rocío— ¡Félix!

La inspectora siguió con la mirada la indicación de la chica. Un señor de pelo cano enfundado en un mono acababa de pasar frente a la puerta.

—Es el jardinero. Seguro que estaba en aquella época, lleva aquí toda la vida — dijo vuelta hacia Rocío mientras salía al exterior.

Los vio hablar durante unos instantes. Le pareció que el hombre formulaba una pregunta a la recepcionista. La chica levantó los hombros y regresó junto a Rocío.

—Quiere saber si es usted Esther.

La inspectora negó lentamente con la cabeza mientras miraba al hombre mayor. Tras dar la gracias a la recepcionista salió al jardín. Le había resultado significativo que el jardinero se acordara de una chica de dieciocho años atrás.

Lo que Rocío no podía saber es que Esther había vuelto al internado de visita, diez años después del peor verano de su vida.

—¿Félix? —sintió como la cara del jardinero reflejaba la decepción que le producía no ser la persona que él esperaba.

—Me llamo Rocío. No sé si acordará de mí, pero estuve aquí aquel año. No he podido olvidar aquello... —decidió seguir con su órdago convencida de que si decía que era policía no conseguiría averiguar nada. No era un caso abierto, lo que significaba que las cosas se podían complicar si no andaba con cuidado.

Félix la observaba buscando entre sus recuerdos.

—Fue un mal año, sin duda el peor de todos —afirmó nerviosamente dando a entender que deseaba continuar con su trabajo.

—Está todo precioso, mucho más bonito de lo que recordaba.

El jardinero se limitó a asentir.

—¿Sabe? Nunca podré olvidar lo que hicieron Fermín, Sandro, Andrés... — guardó silencio unos instantes por si él seguía con los dos que faltaban, Héctor y el desconocido para ella. Pero no, Félix no abrió la boca. Sus ojos parecían mirarla con mayor interés. Se puso alerta.

—¿Quién es usted?

La chica que tenía frente a él le había dado unos nombres que nadie debería saber. La Guardia Civil cerró el caso por órdenes del ministro y nada se publicó en la prensa, excepto unas pocas semanas atrás en la que solo se referían a unos supuestos suicidios y no se había establecido una relación entre los fallecidos y menos aún de estos con El Bosque.

El órdago había sido visto.

Lo había perdido.

—Discúlpeme por comenzar así. ¿Podemos hablar en algún sitio?

Félix la observó unos instantes.

—¿A santo de qué le importa lo que sucedió?

Rocío barrió con la mirada la gran rotonda y el acceso al pabellón de convenciones.

Con un gesto, el jardinero le pidió que le acompañara. Anduvieron en silencio

hasta que alcanzaron el camino por el que la inspectora había llegado minutos antes.

—Lo que le dije del jardín, las flores, los árboles, es cierto, Félix. Hace un extraordinario trabajo.

—Gracias, pero dígame a qué ha venido —pidió con el rictus serio.

—Los chicos que intervinieron en la violación están todos muertos excepto uno —Rocío no apreció ningún cambio significativo en la expresión de Félix.

—¿Es policía?

Le mostró la placa.

—Soy la inspectora Prados, vengo de Madrid. Le confieso que mi visita a este lugar no es oficial.

Caminaban entre frondosos árboles que unían sus ramas en lo alto formando un profundo túnel que marcaba un camino imposible de abandonar. La mezcla de olores de las diferentes plantas animaba a inspirar hasta el máximo de los pulmones y recrearse en la relajante sensación de estar en plena naturaleza.

Para una persona de ciudad como Rocío, la experiencia le invitaba a relajarse y a disfrutar del paseo.

De su bolso extrajo una foto que tendió a Félix. En cuanto sus ojos se posaron sobre la imagen apretó los labios y su rostro pareció como tallado en piedra.

—Eso chicos eran unos hijos de puta... —exclamó escupiendo cada sílaba—. Me ha dicho que están muertos pero eso no les hace mejores personas. Alma no se merecía eso.

—¿Alma? —el jardinero le había confirmado el nombre de la chiquilla al que se referían las cartas.

—Sí, así se llamaba.

«Lo sé».

Le devolvió la foto con un gesto brusco. No deseaba seguir viéndola ni un segundo más.

—¿Sabe qué fue de ella?

El jardinero volvió sobre sus pasos.

—Sígame.

Rocío siguió al hombre entre senderos. Salieron al exterior por una puerta lateral abierta en la muralla. Le sorprendió su agilidad al sortear las piedras, las ramas y raíces de los árboles que se cruzaban en su camino y la velocidad con la que se desplazaba. La inspectora caminaba ensimismada en el paisaje. Desde el momento en que cruzó la puerta, la vista se le antojó como una postal. El verde intenso del prado, el mar de fondo, el olor a salitre.

—Aquí.

Rocío miró el punto indicado por Félix. Unas rocas en el suelo muy próximas al acantilado.

«Demasiado próximas», pensó.

—Cayó por aquí —Félix se encontraba casi al borde del precipicio señalando un

lugar bajo sus pies, donde rompían las olas.

La brisa se había convertido en un ligero viento que a Rocío, tan próxima al saliente, le parecía un tornado. Instintivamente dio un paso atrás.

—La encontraron al otro lado, en la playa.

—¿Qué sucedió? ¿Resbaló?

Félix se tomó su tiempo para responder.

—Después de que esos hijos de mala madre la violaran, la chica estuvo desaparecida unos días —dijo al fin—. Hasta que la descubrieron en la orilla. Tuvieron los santos cojones de jurar que la niña se les había insinuado. El peor de todos era el Indio, si es que entre esa gentuza puede haber alguno peor.

«¿El Indio?».

Los ojos afectados del jardinero impresionaron a la inspectora. Sin duda se trataba de un hecho que había permanecido grabado en su memoria y que dieciocho años después aún podía sentir el dolor que le causaba su recuerdo.

—¿La policía? —Rocío formuló la pregunta como pidiendo perdón. No se le escapaba que sus antiguos colegas no habían querido o no habían podido investigar.

—Se trataba de la Guardia Civil. El hijo de un buen amigo llevaba la investigación, pero cuando tres de ellos confesaron les impidieron seguir con su trabajo. Les dejaron en libertad a cambio de que sus padres les castigaran. ¿Se lo puede creer? ¡En libertad! ¡Como si no hubieran hecho nada esos hijos de...! —Félix se metió un pitillo en la boca, quizá para no terminar la frase. Dos caladas después continuó—: Si se pregunta por qué no investigaron, es muy sencillo, órdenes directas del ministro. Se conoce que los niños eran de buena familia.

Rocío se había retirado unos metros, junto al pequeño monolito.

—Y luego está lo de ese chico al que mataron o dejaron morir en el incendio, que para el caso da igual.

Ante la cara de sorpresa de la mujer siguió con su monólogo:

—Uno del grupo, que no participó en la violación los denunció. Se lo dijo a su hermana. Resulta que unas horas después se produce un incendio en el pabellón de los internos y cuando los bomberos consiguen apagarlo encuentran el cadáver del chico, de Fran. ¿No dicen que blanco y en botella? Pues eso... —Félix desvió la mirada de los ojos de la mujer, al horizonte, allí permaneció mientras dabas largas caladas a su pitillo, sujeto entre sus temblorosas y arrugadas manos.

La inspectora decidió dejarle hablar. Era la mejor forma de que soltara todo lo que almacenaba bien dentro y conseguir información. Seguramente llevaba mucho tiempo sin desahogarse. Necesitaba hacerlo.

—Créame que lo siento —no se le ocurría qué añadir para romper un silencio que comenzaba a resultarle incómodo—. Esas familias a las que usted aludía siguen teniendo mucho poder, me impiden investigar y me...

—¿Ahora para qué? —señaló aún con la vista en el horizonte.

—Nunca es tarde para que se conozcan los hechos. Para limpiar el nombre de

Alma. ¿Recuerda cómo se llamaba el chico que falta en la foto que le he mostrado?

Félix se volvió. La expresión de su rostro le indicaba a Rocío que parecía estar sopesando si colaborar o no.

—Ya sé que no se puede hacer justicia, es muy tarde para eso, pero quizá la familia de ese chico, de Fran, la de Alma, puedan descansar tranquilas.

—Antes me ha hablado de que casi todos han aparecido muertos ¿no? Pues ya se ha hecho justicia —apagó el pitillo y se puso en camino hacia el antiguo internado.

Rocío le siguió.

—¡Félix! Usted me ha dicho que no sabe si Fran murió porque le mataron o le dejaron morir, dígame ¿no le gustaría saber qué sucedió?!

El jardinero siguió andando como si no hubiera escuchado la pregunta. Con otro pitillo entre los labios y las manos metidas en los anchos bolsillo del mono, caminaba mirando al suelo, concentrado.

Al llegar a la puerta de la muralla, se volvió hacia la inspectora.

—¿Cómo va a averiguar eso?

—Deteniendo al que falta y llevándole a juicio.

El hombre entró en el jardín. Siguió andando como ausente. Al llegar a la altura del coche de la inspectora se volvió.

—Le llamaban Sebas el gordo. Sebastián García.

Félix se retiraba sin despedirse.

—Disculpe, una pregunta más. ¿Sabe dónde puedo encontrar al director del internado de aquel año?

—Sí, allí —señaló hacia la iglesia— está enterrado al otro lado, en el camposanto. Si se pregunta cómo murió, fue unos días después que la chiquilla y de la misma manera.

Rocío permaneció unos segundos mirando como se alejaba el jardinero.

Sacó su libreta.

«Alma y Sebastián García. Sebas el gordo».

«Fran, muerto en accidente o asesinado».

«Director fallecido en el acantilado, igual que Alma pero unos días más tarde».

En trazo grueso anotó:

«¿La muerte del director fue un accidente o está relacionada con el caso?».

Como policía, Rocío no creía en las coincidencias.

Internado El Bosque

Verano de 1980

Diez años después de aquel maldito verano

«El tiempo pasa y las heridas cicatrizan. Al menos eso es lo que espera la gente que te rodea. Pero la realidad puede ser bien diferente. No hay duda de que el paso de los días, de los meses y en mayor medida, de los años, contribuye a que se mitigue el dolor, pero hay momentos en los que la herida se abre con tal ímpetu que parece que todo ha sucedido ayer.

Hay heridas que nunca se cierran, no del todo. Permanecen como escondidas en lo más profundo de nuestra mente, de nuestro corazón. Hasta que un día cualquiera, sin motivo aparente, quizá un anuncio, un comentario de alguien cercano, una frase en una película, se valen para reavivar viejos recuerdos y la herida, de nuevo, comienza a supurar.

Ese mismo paso del tiempo nos otorga la experiencia necesaria para que el dolor sea menos intenso y la cicatrización más rápida, aunque no completa. Pero también puede suceder que exista un motivo directo que cause ese nuevo arañazo en la cicatriz. Arañazo que puede convertirse en la mayor de las heridas, hasta llegar a infectarse, si no se trata.

No voy a tratarla. Ya no.

Eso me ha sucedido hoy. El dolor me resulta insoportable...».

Esther cerró su diario y lanzó la revista contra la ventana. En el interior y apoyada por un completo reportaje fotográfico a todo color, se había encontrado con la noticia que le había transportado diez años atrás.

«... el embajador italiano don Marco Martello, regresa de nuevo a España al frente de la embajada italiana...» «... aquí le podemos ver con su hijo Héctor y su adorable esposa Antonella...».

«Héctor Martello...».

Nunca se había cansado de repetir a sus padres y a quién quisiera escucharla, que a su hermano le habían matado los mismos que violaron a Alma. Tras pasar por varias consultas de psicólogos en los últimos diez años, se volcó en rehacer su vida, encontrar una motivación para que todo lo que la rodeaba tuviera sentido.

Lo consiguió.

Su refugio fueron los estudios y convencerse de que algún día, de alguna manera, todos y cada uno de ellos pagarían por lo que hicieron. No podían continuar con sus

vidas, así, sin más, como si todo hubiera sido una pesadilla.

Echaba de menos a Fran.

¿Alma? Había aprendido a recordarla con una sonrisa. Sus vidas se cruzaron durante pocos meses, pero le dejó una huella tan profunda como si su amistad hubiese sido de décadas.

Cogió la revista y miró de nuevo la foto.

No, no siempre podía recordarla con una sonrisa. Cierto que esos momentos habían disminuido con el tiempo, pero cuando llegaban, la rabia y el dolor se le agarraban al pecho y su respiración se volvía agitada.

Como en este momento.

La mayoría de los psicólogos habían coincidido en que su reacción ante lo sucedido en el internado respondía fehacientemente a lo que la niña pensaba que había experimentado. Para ella, se trataba de algo real. En base a esa realidad pedía justicia. Si se continuaba leyendo el informe, al que tuvo acceso apenas un año antes aprovechando un viaje de sus padres, las conclusiones se iban mostrando ante el asombro de una alucinada Esther. Puesto que nada de lo que ella decía se pudo comprobar, el suicidio de su amiga Alma fue el detonante para dar una explicación que para ella fuera convincente y explicara por qué su amiga saltó por el acantilado.

Cuando terminó de leer los informes que correspondían a diferentes expertos en distintas etapas de su vida, sus lágrimas resbalaban, lenta pero copiosamente.

«Nadie me ha creído durante estos años».

«Nadie, ni mis padres».

Terminó sus estudios de secretariado internacional en una de las escuelas más prestigiosas de Madrid, con las mejores calificaciones posibles. Barajaba varias ofertas que había recibido para incorporarse al mercado laboral el próximo mes de septiembre. Tenía todo el verano por delante y tomó la decisión.

Volvería al Bosque.

Necesitaba encontrarse con gente afín a ella, gente con quien pudiera hablar sin tener que esforzarse por convencerles de lo que decía. Gente que hubiera vivido y sufrido en primera persona lo mismo que ella. El tío de Alma había intentado mantener el contacto, lo consiguió durante los primeros meses, pero tras el segundo informe psicológico sus padres le prohibieron que continuara escribiendo a su hija. Estaban dispuestos a denunciarle por acoso a una menor.

A Esther le costó asimilar que el tío Javier no respondiera a sus cartas. Hasta que un día le llamó por teléfono convencida de que le habría sucedido algo. Sentía como su corazón se aceleraba cuando giraba la rueda del teléfono.

—¿Sí? —una agradable voz de mujer la respondió.

—¿Hola... está... el tío Javier? Bueno, no es mi tío, yo soy...

—¿Esther? ¿Eres la amiga de Alma? —exclamó la mujer emocionada. Duli no tenía muchas dudas de quién podía encontrarse al otro lado del hilo telefónico. Apenas fueron seis los meses que compartió con Alma, suficientes para saber que no

le era fácil hacer amigas. Nadie se había interesado por ella, como esa chica del internado.

—Sí. Soy Esther... —respondió tímidamente.

—El tío Javier no está. Salió de viaje y volverá...

«Al menos no le ha pasado nada».

—... pasado mañana. Dime una cosa. ¿Sabes tus padres que has llamado?

«Claro que no, están fuera».

—No... —deseaba decir que por eso llamaba, quería preguntar por qué el tío Javier se había olvidado de ella, que ya no tenía a nadie con quien desahogarse, que le dolía todo, que...

—A Javier, y a mí también nos gustaba recibir tus cartas, pero ¿Has hablado con tus padres?

Esther guardó silencio unos instantes.

—¿Sobre Alma?

—Me refería a las cartas.

Más silencio.

Acababa de cumplir catorce años. Suficientes para que su joven cabeza fuera uniendo piezas. No solo le habían dicho que lo mejor era pasar página, que la vida continuaba. Que no era positivo para ella, ni para ellos mismos como padres, que se carteara con el tío de Alma. Esther había decidido hacer caso omiso de lo que interpretó como una sugerencia. Averiguar que habían mantenido una conversación similar con el tío Javier le hizo sentirse muy mal.

—Sí, hablé con ellos...

A Duli no se le escapaba el sufrimiento de esa chiquilla. Pero no podía hacer nada por ella.

—Eres menor de edad, Esther. Tus padres quieren lo mejor para ti y no creen que mantener correspondencia con Javier sea bueno. ¿Lo entiendes, verdad?

—No... —colgó antes de ponerse a llorar.

Siete años más tarde, con la mayoría de edad recién estrenada, se encontraba frente al teléfono, con el auricular en la mano. Se debatía entre llamar al tío de Alma o dejarlo estar. Había pasado mucho tiempo desde que recibiera una carta suya y seguramente se habría olvidado de ella.

Días después, con las primeras elecciones a la vista, la mayoría de edad se redujo a los dieciocho. A Esther le pareció que había perdido tres años de su vida en un instante.

Aquel día no llamó.

Ni ese año, ni el siguiente.

No había olvidado al tío Javier, ni a Duli, ni a Leonora, ni siquiera a Félix. Por eso había tomado la decisión de visitar el internado. Necesitaba volver a hablar con aquellos que sabían que no estaba loca, que todo lo que ella contaba había sucedido de verdad.

Con los veintitrés cumplidos dijo a sus padres que se marchaba a Comillas una semana, con una amiga, y se puso en camino. Antes de tomar el desvío al que, en un principio era su destino, continuó recto. Quizá regresara a Comillas en esas vacaciones pero antes quería, mejor dicho, necesitaba, volver al internado. Durante el trayecto, multitud de imágenes pugnaban por fijarse en su mente, se había hecho a sí misma la promesa de no dejarse llevar por la pena. No había olvidado, ni iba a proponérselo, pero quería averiguar si era capaz de enfrentarse a los fantasmas de su pasado.

Cuando tomó el desvío que conducía directamente al internado su corazón comenzó a desbocarse.

«Relájate...».

Avanzaba por el camino flanqueado por enormes árboles a cada lado. Al fondo los dos pabellones comenzaban a hacerse visibles entre las ramas. La iglesia quedaba medio escondida tras dos gruesos y centenarios troncos.

Aparcó en el jardín, junto a otros dos vehículos y la furgoneta que recordaba pertenecía a Félix.

«No será la suya después de tanto tiempo...».

Permaneció unos instantes mirando a su alrededor. El pabellón de los *mayores* había sufrido una remodelación exterior. La iglesia mantenía su aspecto neutral en relación a las demás edificaciones y a la gente que deambulaba a su lado. Parecía como si fuera la puerta de entrada a otro mundo, que nada tenía que ver con lo que le rodeaba. Su misión, velar por aquellos que descansaban en el cercano camposanto.

Como si los vivos no fueran con ella.

Entró en la recepción. A la derecha se abrió una puerta, por ella escaparon risas adolescentes que enmudecieron en cuanto la mujer que se aproximaba en su dirección la cerró.

Esther la miró unos instantes pero enseguida prestó atención a la chica que apareció frente a ella tras una estrecha cortina.

—Buenos días. ¿Viene a ver a algún alumno?

—No, la verdad es que yo estuve aquí hace muchos años y...

Algo le hizo girar el cuello hacia su derecha.

La mujer se había parado a unos pocos metros de distancia. Con las gafas en la mano limpiaba los cristales con un pequeño pañuelo. La cabeza hacia abajo, el pelo recogido en un moño alargado y alto...

No, no podía ser ella. No iba de negro y además esa mujer no parecía embutida en un corsé moral, de rictus serio. Su vestido no se ajustaba a su cuello, ni sus mangas terminaban en las muñecas, ni la falda caía hasta casi rozar el suelo. Vestía una camisa color hueso y un pantalón *beige*. Llevaba el pelo recogido en un moño, sí, pero con unos anchos y coloridos pasadores.

Esther juntó las cejas.

—¿Señorita Leo... nora...? —de su boca apenas partió un suave murmullo, quizá

por temor a equivocarse o a hacerse ilusiones.

La mujer levantó la cabeza y se ajustó las gafas. Sus ojos se abrieron todo lo que daban de sí y juntó las manos como dando gracias.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡¿No me digas qué eres... eres... la pequeña Esther Lasa?!

Las dos mujeres avanzaron hasta quedar una frente a la otra.

Leonora abrió los brazos en cruz, quería abarcarla del todo y rodearla con ellos. Se fundieron en un largo y sentido abrazo.

—Mi niña... —siseó a su oído—. No ha habido día que no me haya acordado de ti.

La recepcionista asistía estupefacta a la representación que frente a ella tenía lugar. La directora abrazada a una mujer, a una antigua alumna, y las dos llorando como magdalenas.

«¡Cuando lo cuente en el pueblo no me va a creer nadie!».

—Déjame verte —Leonora extendió los brazos mirándola de arriba abajo—. Estás hecha toda una mujer, ya no queda ni rastro de esa niña.

—Usted, usted, está... ¿distinta?

—De usted nada, para ti, Leonora. Espero que distinta signifique algo bueno —sonrió volviéndose hacia la recepcionista— dile a Marga que nos lleve una tónica y... ¿cómo era? —miró a Esther y pareció recordar—. Sí, un Coca-Colo.

—¿Coca-Colo? ¿No será Coca-Cola?

La amiga de Alma esbozó la mejor de sus sonrisas.

Leonora agarró del brazo a su visitante, juntas se encaminaron a su despacho.

—Tenía ganas de volver a pedirla como tú decías, pero yo no la bebo me sienta mejor el agua tónica.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Este es el último verano que permanecerá abierto El Bosque como internado. Unos inversores han comprado el terreno para adaptar los edificios y convertirlo en un hotel de convenciones y una exposición.

—Lo siento.

—No, por mí no lo sientas. Ya estoy cansada de tantos cursos. Pasa... —la directora abrió la puerta invitándola a entrar.

—¿No era este el despacho de don Cosme?

—Así es. Tienes buena memoria.

Tomaron asiento en un par de butacas. En medio, una mesa redonda de madera.

—¿Ya no está aquí?

Leonora, la miró. Un gesto de extrañeza se apoderó por un momento de su rostro. Su mente regresó a aquellos días...

—¿No te enteraste? —de repente vio la imagen de la niña abandonando el internado en el coche de sus padres—. Te vinieron a recoger después de que regresáramos del pueblo ¿te acuerdas?

—Sí, fuimos a ver a los chicos que... —no supo cómo definirlos y dejó la frase

en el aire.

—Sí, ese día. Don Cosme falleció poco después. Le encontramos en la playa, como a Alma.

—¿Cayó por el acantilado? —dijo cayó, porque no se le pasaba por la imaginación que se suicidara y menos aún que le hubiesen empujado.

—Eso creemos, hija.

Esther no se sorprendió al no sentir, aunque fuese, un mínimo de tristeza por la noticia. No había olvidado las angustiosas horas pasadas, primero con la desaparición de su amiga, y después, con la de Fran. No eran recuerdos agradables los que guardaba de la actitud del que fuera su director.

Lo había odiado durante muchos años.

El repiqueteo de unos nudillos en la puerta la devolvió a la realidad.

—La tónica y el Coca-Colo —dijo Marga sonriendo a las dos mujeres.

Las siguientes dos horas las pasaron hablando de temas triviales. De sus años en el colegio, de su graduación como secretaria internacional. De sus excelentes calificaciones.

—¿Cómo se llama él?

—¿Él? ¿Quién es él?

—¿Quién va a ser? Tu novio. No me creo que una mujer hecha y derecha, y tan guapa como tú, no tenga novio. Seguro que vas rompiendo corazones por ahí.

Esther negó lentamente con una vergonzosa sonrisa en su rostro.

—Pues será porque no quieres. Ya llegará.

Le hubiera gustado hacerle la misma pregunta a Leonora. Ese cambio se debía a alguien o a algo, seguro. Era una señora muy atractiva a pesar de contar con diez años más. Pero no se atrevió.

Unos instantes de silencio le sirvieron como excusa para levantarse, coger su bolso y sacar la revista con el reportaje que había provocado en ella la necesidad de realizar ese viaje.

—Mira esto, Leonora —dijo en un tono afectado, de rabia, que a la directora no le pasó inadvertido.

Abrió la revista y la dejó sobre la mesa. Utilizando como escudo el vaso lleno de Coca-Cola camino de su boca, observaba la reacción de su antigua directora a cada hoja que pasaba, en cada foto que su mirada se detenía. Pudo ver como su rostro se cubría con un velo de tristeza.

Esther no quería eso.

No era momento para la pena.

—Nadie les ha hecho pagar por lo que hicieron. ¿Ves? —indicó con el dedo señalando un punto concreto de la entrevista al embajador— ahí dice que se marcharon a Italia, luego a Argentina, y ahora vuelven. ¡¿Cómo es posible que le dejen entrar en nuestro país después de haber violado a Alma y asesinado a mi hermano?!

Tampoco quería gritar.

Respiró profundamente dos veces.

—Perdona. Me había prometido a mí misma no volver a ponerme así. Lo siento.

—Mi niña... —Leonora le pasó el dorso de la mano por el rostro—. Hicimos lo que pudimos. Soy yo la que siente no haber podido hacer más.

—¿Hicimos?

En ese momento la directora comprendió que no habían contado nada a *la niña*, como la llamaban. No habían caído en que dejó de serlo hace muchos años y merecía saber cómo estaban las cosas.

—Sí, el tío de Alma y Félix el jardinero. ¿Te acuerdas de él?

—¡Sí! Y con mucho cariño, además ¿sigue por aquí?

Leonora asintió.

—Luego le verás, estará con sus rosales —dio un sorbo a la tónica para aclararse la garganta—. Verás, tus padres...

—Os prohibieron hablar conmigo.

—Eso es. ¿Lo sabías?

—Me lo dijo Duli, cuando dejé de recibir cartas del tío Javier.

—Lo hicieron por tu bien, querían que dejaras de sufrir, que olvidaras.

—¿Olvidar? No, eso es imposible... ¿Por qué nadie lo entiende? —Esther quedó en silencio unos segundos mirando por la ventana el cielo azul— bueno, dime qué era eso que me ibas a contar —tomó la mano de Leonora entre las suyas y se dispuso a escuchar un relato sorprendente...

Daban gracias a Dios de que la distancia entre el internado y el cementerio de Santander no era excesiva. El lento recorrido tras el coche fúnebre se hacía eterno. Javier y Leonora recorrieron en silencio todo el trayecto hasta llegar al acceso al cementerio. Para ella se trataba de lo menos que podía hacer por Alma, ya que no había sabido cuidarla en vida, la acompañaría hasta el último momento. Para él no había perdón. Si existía algún culpable de todo lo sucedido era Javier Mateo. Todo hubiera sido diferente si su egoísmo no se hubiera impuesto al deber como progenitor que había asumido. Hubiese bastado con dejarla en Madrid, haberla enviado al pueblo con Duli unos días, o con él a Mallorca, o...

Cualquier cosa menos lo que hizo.

Lo curioso del asunto es que el hijo de su amigo, el que le recomendó el internado, no se enteró de nada. Lo único que pudo contarle es que había desaparecido una chica, pero que como no era la primera vez que sucedía, daban por hecho que la encontrarían escondida en algún sitio. La tarde anterior a que Alma apareciera en la orilla, su amigo fue a recoger a su hijo.

Por la cabeza de Javier pasaba la descabellada idea de obtener justicia. No sabía cuánta se podría conseguir, como si esta fuera al peso. Ni tampoco qué castigo deberían recibir para que él lo considerase justo. Vivía en un país civilizado y los violadores habían confesado.

«¡Y asesinos, tío Javier!».

No le costaba imaginarse lo que hubiera añadido Esther a su razonamiento.

Por su mente pasaba cualquier opción excepto la de que los chicos no fuesen condenados de alguna manera. Algún tipo de castigo debía caer sobre ellos.

—¡Javier! ¡Javier! —Duli agitó la mano en el aire al ver aproximarse el coche. Llevaba más de dos horas esperando en el cementerio. Los cálculos que habían hecho sobre lo que podrían tardar fueron demasiado optimistas. De todas formas ella se había adelantado incapaz de permanecer en el hotel más tiempo.

Miró de reajo al coche fúnebre mientras se abrazaba a Javier.

—Lo siento tanto... No quiero ni pensar como lo puedes estar pasando. A veces la vida nos pone unas pruebas que no hay quién entienda —murmuró con sus cansadas manos en la cara de él.

Era su ama de llaves pero para Javier era como su madre.

—No te atormentes. No tuviste la culpa. Fue la fatalidad —le dolía ver su cara de culpabilidad.

Mateo esperaba a que Alma descansara en paz en el panteón familiar para confesarle a la buena de Duli, que su querida Alma había sido violada. Le iba a causar un daño atroz, pero quería que comprendiera que si se sentía culpable era por motivos obvios. Motivos por los que no avisó a su novia de Palma para que le acompañase en el entierro.

Después de presentar a Leonora se encaminaron al interior del cementerio. Allí esperaban unos pocos familiares y amigos. No fue hasta la cena cuando Javier lo soltó. A Duli no se le había escapado que sucedía algo más que el fallecimiento de la pequeña Alma, por extremadamente duro que fuese. Algo incluso más doloroso.

—¡Dios mío! —el ama de llaves se levantó como hipnotizada de la mesa—. Perdonad.

Leonora la siguió segundos después. No sabía cómo poder consolar a alguien que conocía más y mejor a Alma. Ninguna palabra que pudiera servir para atenuar el inmenso dolor de esa bondadosa mujer. La buscó en el baño del restaurante sin éxito. Subió a su habitación y golpeó suavemente con los nudillos en la puerta. Tan suave, que tuvo que repetir la operación varias veces antes de que la puerta comenzara a abrirse lentamente.

Quizá no era necesario decir nada. Quizá bastaba con estar ahí ofreciendo su hombro para que ella supiera que compartía su dolor y sobre todo su horror.

Duli sintió que debía levantarse de la mesa porque al escuchar la confesión de Javier, algo en su interior comenzó a agitarse. Algo, que no iba a poder controlar. Ya lo estaban pasándolo mal los últimos días como para hacérselo pasar peor. Ese algo, ascendió como un torbellino hasta sus ojos. Escondió la cara entre las manos y se fue, incapaz de dominar sus emociones y menos aún el torrente de lágrimas que resbalaban por su rostro. No quería que Javier la viera así.

El sufrimiento por Alma le impedía respirar. Le dolía cada bocanada de aire. Y el

dolor por Javier era tan profundo que no recordaba haber sentido nunca lo que en estos momentos, tumbada sobre la cama, sentía. Su cuerpo se estremecía entre incontrolables convulsiones.

Unos suaves golpes la hicieron reaccionar.

Se levantó despacio, arrastrando los pies llegó hasta la puerta de la habitación.

Sí, a veces no es necesario decir nada porque nada puede haber que mitigue un dolor así. Basta con un hombro, con una sonrisa.

Con un largo abrazo.

Duli y Leonora, se abrazaron sin decirse nada.

No hacía falta.

Pasaron el día siguiente en Santander, recorrieron el Paseo Pereda y disfrutaron de un tiempo claro y despejado. Duli parecía la más afectada, antes de regresar al pueblo a dedicarle unos días más a su hermana, necesitaba recuperar mínimamente la compostura. A la mañana siguiente la llevaron a la estación de tren, en una semana volverían a verse en Madrid.

Javier y Leonora regresaron al internado pese a los intentos de ella para subirse a un autobús que le dejaba cerca del pueblo.

—No es necesario que de tanta vuelta, Javier.

—Es lo mínimo por haberme acompañado. No se hable más.

Decidieron parar a comer antes de llegar. Después de dejar a la directora, él viajaría hasta Madrid. La cabeza le daba muchas vueltas y necesitaba poner un poco de orden en sus ideas.

El corazón les golpeó con fuerza en cuanto tomaron el camino que llevaba directamente al internado. En el jardín, una ambulancia junto a un coche fúnebre y otro de la Guardia Civil, parecían estar esperándoles.

Leonora y Javier cruzaron unas rápidas miradas.

—No debería quedar ningún alumno en el centro —susurró la directora con la mano en la boca, mientras con la otra sujetaba el chal sobre los hombros.

El sargento Matamala charlaba con Félix junto a la puerta de entrada al pabellón principal, el femenino. Sin decir palabra bajaron del coche y fueron a su encuentro. Mientras recorrían los escasos metros que les separaban, ambos pudieron comprobar que el coche fúnebre no estaba vacío. Un féretro descansaba en la parte trasera.

Leonora aceleró el paso.

—¡Félix! —exclamó señalando el ataúd. No estaba preparada para más desgracias, otro alumno más no, por favor.

El jardinero y el sargento se miraron entre sí. El segundo asintió levemente con la cabeza.

—Don Cosme.

—¿Pero...? ¿Un infarto? —quiso saber. No podía ser otra cosa, cuando le dejó se encontraba en perfecto estado de salud, incluso «absurdamente contento», recordó.

Tras los saludos de rigor, Félix aclaró lo sucedido.

—¿Recuerda las veces que le avisamos que no se acercase tanto al borde del precipicio? Decía que solo era para respirar profundamente. ¿Se acuerda?

Se acordaba perfectamente de lo último, pero no de la advertencia a la que se refería el jardinero. Al menos, ella jamás le había llamado la atención al respecto y tampoco recordaba que él lo hubiera hecho. Seguramente no se encontraría ella presente.

A no ser que...

Decidió seguirle el juego.

—Sí, ¿y qué? ¡No me digas que don Cosme también se ha caído! —exclamó sorprendida. Miró al sargento por si confirmaba lo apuntado por Félix.

—Eso parece, señora. Lamento su pérdida.

Muy a su pesar, Leonora respiró aliviada. No era precisamente el director una persona a la que le hubiera cogido cariño con el paso de los años, y de haber sido así, los últimos días vividos con él hubieran borrado cualquier grato recuerdo.

Javier permanecía en un discreto segundo plano. Si le afectó la noticia de la muerte del director, lo disimuló perfectamente. No, ese hombre le había decepcionado como persona y como profesional. En esos momentos lo único que deseaba era salir de ese lugar. Necesitaba poner tierra de por medio, cuanto antes.

Al despedirse dejó una frase en el aire que no afectó a todos por igual. Para uno se trataba de una locura, un sin sentido, para los otros dos sería como luchar contra molinos de viento. Pero lucharían.

—Voy a denunciar a esos hijos de puta. No sé cómo, ni cuándo, pero esto no va a quedar así.

—¿Sabes, Leonora? Desde que mis padres me prohibieron escribir o llamar al tío Javier... ¿parece mentira que le siga llamando así, eh? —sonrió tímidamente—... desde ese instante pensé que todo el mundo había decidido olvidarlo todo. Dejarlo en el pasado. Creía que era la única que seguía sufriendo.

Esta vez fue Leonora la que tomó la mano de Esther entre las suyas.

—Nadie ha podido olvidar. El tío de Alma, Félix, tú y yo tenemos algo en común.

—¿Nuestros recuerdos?

—Eso también, pero me refiero a que todos tenemos un fuerte sentimiento de culpa por lo sucedido, aunque en el fondo sabemos que nada hubiéramos podido hacer con lo que sabíamos en aquellos momentos.

Permanecieron unos instantes en silencio. Esther asimilaba lo que acababa de oír. Seguramente fuese un poco egoísta pero le relajaba poder hablar con alguien que la entendía y que albergaba sentimientos parecidos a los suyos. La culpa les hacía más cercanos. Muchas noches había visualizado el momento en el que Alma se marchaba de la habitación rumbo a la fiesta. Imaginó diferentes versiones. En una la acompañaba, en otra la convencía para que se quedara. Incluso se veía con ella en alguna de las fiestas que se organizaron en su pabellón. De todas formas estaba de acuerdo con la directora; si todo volviera a suceder otra vez, y sin disponer de más

información de la que todos tenían entonces, hubieran actuado del mismo modo. Esa certeza ayudaba a suavizar, en parte, la dolorosa sensación de culpa.

—Cada vez me cae mejor el tío Javier —sonrió— sigue contándome, por favor.

Leonora dio un sorbo a su tónica, llevó la vista a la ventana y enfocó en un punto del pasado.

—Verás, Javier Mateo regresó a Madrid muy enfadado...

Durante el camino de vuelta, Javier pensó en lo que había dicho. Desconocía los motivos que le habían impulsado a expresarse en esos términos. No iba a negar que no pasara por su cabeza cerrar página sin más, pero de ahí a asegurar que iba a denunciarles había un largo trecho, aunque no por falta de ganas. Si se hubiese tratado de un accidente o incluso si Alma hubiera decidido poner fin a su vida, habría dedicado unos días a plantearse una posible denuncia al internado por negligencia o por lo que fuera.

No era el caso.

No podía mirar a otro lado. No con lo que sabía. Al principio, solo contaba con el testimonio de un chica histérica que repetía la confesión que su hermano le había hecho horas antes de morir. Pero después, en la visita que realizaron al cuartel de la Guardia Civil al día siguiente, Félix se lo confirmó. Su amistad con Matamala había servido para que compartiera con él los testimonios de los tres chavales que interrogaban.

Habían violado a Alma. Sin embargo, se encontraba en una situación en la que poco importaba lo que supiera, porque la información con la que contaba era extraoficial. En caso de denuncia, el sargento declarararía ante todas las biblias que fueran necesarias, que de su boca jamás partieron esas palabras.

Los primeros días tras su regreso a Madrid los dedicó a buscar un ángulo más alejado de los hechos que le consumían. Debería ser capaz de mirar desde fuera, sin implicaciones. Tenía mucho trabajo por delante.

Necesitaba los nombres y apellidos de todos los implicados.

Con el regreso de Duli su ánimo se vio fortalecido. Contaban ahora con una perspectiva menos emocional, aunque no por ello el dolor había disminuido. En caliente, las decisiones tomadas no suelen ser las que se adoptarían con el paso del tiempo, de unos pocos días o semanas. Juntos llegaron a conclusiones similares. Poco o nada iban a conseguir. No podían ir a la prensa con una historia que no eran capaces de sustentar con pruebas.

La acusación era grave.

Otro aspecto en el que coincidieron era que no podían dejar pasar los días como si Alma no hubiera llegado nunca a esa casa y que el tiempo borrara los meses que habían compartido los tres. Sabían que probablemente se encontraban ante una larga y dura lucha.

Las fuentes que les podían conseguir los nombres eran dos, una, Esther, la otra el propio internado con Leonora y Félix a la cabeza. Pocos días después de regresar

Duli del pueblo, mientras comentaba con Javier los pasos que debían seguir, recibieron una carta de Esther. En ella, con letra temblorosa, la amiga de Alma les contaba que nunca se perdonaría el no haber ido a la fiesta con ella. Decía que la habían enviado a una psicóloga para que le ayudara a superar la pérdida de su hermano.

«... ¿sabes, tío Javier? Creen que me he inventado lo de Alma, que soy una mentirosa y que lo digo porque no quiero creer que la muerte de Fran fue un accidente. Me da una rabia que no te puedes imaginar...».

—Pobre niña —señaló Duli—. No puedo ni soñar lo que puede estar pasando.

Javier y Duli respondieron a su correo animándola a continuar con su vida y ofreciéndole su apoyo. No olvidaron preguntarle por los nombres de los chicos que Fran acusó.

«... me los sé todos, jamás se me olvidarán. El Indio, Fermín, Héctor, Andrés y Sebas el gordo...».

Solo pudo añadir el apellido de los dos primos buscando en el libro que el colegio publicaba cada año con las fotos de alumnos, premios y entrega de diplomas.

«... el Indio es Sandro Cobriña. Fermín Saiz de la Puebla y él, son primos, iban al mismo cole que Fran. El peor es el Indio, se reía de todas las chicas...».

—Me entristecía mucho lo mal que lo estabas pasando. Pero no podíamos hacer nada, hija.

—Lo sé, de verdad. Alguna vez pude hablar con Duli, me ayudó mucho y me prometió que no le diría a él que había llamado. Sé que se enfadaría por desobedecer a mis padres.

Esther dio un largo trago a su Coca-Colo.

—Tú también nos ayudaste a nosotros mucho más de lo que imaginas. Nos diste mucha fuerza para continuar. Conociste a Alma durante unos meses, ni el paso del tiempo, ni la distancia te hizo olvidarla... —una suave sonrisa se dibujó en su cansado rostro.

—Alma era diferente a todas las amigas que había tenido antes. Era especial.

—Sigamos. Ya tenía dos apellidos, gracias a ti...

A Javier no le llevó mucho tiempo descubrir que se trataba de dos familias importantes, cuyos miembros formaban parte de la élite del mundo de los negocios y la política. Los apellidos restantes los obtuvo de Leonora que se convirtió en una eficaz ayudante.

El tiempo pasaba y la calma de Javier comenzó a desvanecerse. En sus dos recientes visitas al internado pudo constatar a través de Félix, que el sargento Matamala le había asegurado que todo seguía igual. Varios chicos habían abandonado el país, otro ingresado en el ejército, de otro más desconocía su paradero.

El tío de Alma decidió enfrentarse directamente a las familias. El plan, no dejaba de ser muy pretencioso llamarlo de ese modo, era presentarse en la vivienda de cada uno de ellos. El problema radicaba en averiguar la dirección. Comenzó por la primera

que logró conseguir y que además, eso creía él, le podía ayudar a matar dos pájaros de un tiro. Visitaría a la familia de uno de los primos.

La primera visita a Fermín.

A través de Esther consiguió la dirección de Eladio Saiz de la Puebla, joven abogado, que años después pasaría a la política, e hijo de un ilustre miembro del Movimiento. Una fría mañana del mes febrero, Javier aparcó a un par de manzanas de la vivienda con el objeto de realizar el resto del recorrido a pie. Se encontraba en una urbanización privada de chalets individuales, en Madrid, junto a la calle Arturo Soria. Al llegar a su objetivo vio dos coches negros a ambos lados de la puerta principal que vigilaban que nadie más aparcara en las inmediaciones.

—Buenos días —Javier se acercó a uno de los hombres que custodiaban la entrada. Antes de responderle tiró su pitillo al suelo.

—Buenos días, señor.

—Busco a los señores de Saiz de la Puebla.

Los dos guardaespaldas se miraron entre sí.

—¿Tiene usted cita?

«¿Cita?».

—Pues no, la verdad es que no. Solo quería hablar con ellos un momento y...

—No podrán recibirle. Solo atienden con cita.

—¿Cómo puedo conseguirla?

—No lo sé, señor. Mi trabajo es impedir que sean molestados.

Javier estaba comenzando a impacientarse. Del interior se oían voces ajetreadas de personas que debían estar en el jardín.

—¿Puede decirles que está aquí el padre de Alma Mateo? La chica que murió en el internado al que fue su hijo.

Otro intercambio de miradas y el hombre que hablaba con Javier dio media vuelta perdiéndose por una puerta lateral.

Los siguientes minutos se le hicieron largos.

Muy largos.

Javier caminaba por la acera arriba y abajo. Miró el reloj. Pasaba de media hora el tiempo que llevaba esperando al padre del violador de su hija.

«Ahora es tu hija». Las palabras Duli las había hecho como propias.

—Sigue reunido, lo siento.

—Dígale que soy el padre de la chica que violaron su hijo y cuatro hijos de puta más —escupió cada sílaba frente al imperturbable guardaespaldas.

Sintió una mano en su hombro.

—¡No me toque! —exclamó dando un manotazo en el aire— o me recibe o de aquí voy directamente a la prensa —dijo girándose de nuevo hacia el individuo que parecería ser su intermediario con el interior del chalet.

Javier era consciente de que la bravuconada era únicamente eso. Seguramente la familia de Fermín tenía sus contactos en la prensa o mejor dicho, conocía a quién

ejecutara las directrices de qué se publica y qué no.

Eladio Saiz de la Puebla estaba reunido con su padre. Habían enviado a Fermín a Estados Unidos con el propósito de que nunca más regresara, ese era el deseo del patriarca.

—Tú hijo no se va a cargar el buen nombre de esta familia, Eladio.

El padre de Fermín se asomó a la ventana.

—¿Quieres que le haga pasar y hable con él?

Sentado en una mudilla butaca, con las piernas cruzadas y degustando un Montecristo, miraba fijamente la ceniza que se iba formando en el puro. Levantó la vista y miró a su hijo.

—¿Qué le vas a decir? ¿Qué Fermín y Sandro son la vergüenza de la familia? No, si le atiendes será como admitir los hechos —llevó el Montecristo a sus labios, y tras una lenta calada, continuó—. La Guardia Civil dice que no hay pruebas ¿no es así?

No había más que añadir.

Eladio recorrió los cuatro metros que le separaban de la puerta. El pulido *parquet* crujía a cada paso, amortiguado en los primeros por la mullida alfombra bajo la mesa situada frente al sofá y las butacas que la rodeaban.

—Dígale que no tenemos nada que decir, si no se va inmediatamente avisaremos a la policía —señaló al individuo que esperaba al otro lado.

Javier se acercó a la puerta en cuanto vio que esta se abría y se cerraba al paso del guardaespaldas. Ese simple gesto le adelantó la noticia que iban a darle.

«¿No tienen nada que decir?».

—¡¿Viola a mi hija y no tiene nada que decir?! —gritó furioso señalando a una figura escondida tras una cortina en la primera planta.

Fue necesario insistir para que Javier abandonara la casa. Incluso se llevó un par de empujones que dieron con sus huesos en el suelo.

—No nos obligue a llamar a la policía, sería mucho peor para usted.

De nuevo en el coche, Mateo pugnaba por tranquilizarse. Se sentía humillado por aquellos que habían puesto fin a la vida de Alma, aquellos que la habían llevado a saltar por el precipicio. Ni en el peor de los escenarios posibles había imaginado que ni siquiera se dignaran a recibirle. Incluso hubiera admitido, como un argumento aceptable, que no estuvieran en casa.

Pero no, le habían echado.

Extrañamente, sintió como lo que acababa de vivir le daba más fuerzas.

Unos días después, a pesar de los ruegos de Duli, tomó un avión a La Coruña, desde allí haría el resto del viaje en un coche alquilado rumbo a la residencia de los Cobiña.

Estaban avisados.

El objetivo era el mismo que en el intento de visita anterior. Lo primero, mirar a los ojos de los padres de los chicos, quería ver su vergüenza, su arrepentimiento. Lo segundo, comprobar hasta dónde estaban dispuestos a llegar por encubrir lo sucedido.

Lo primero no pudo experimentarlo.

Lo segundo sí, en sus propias carnes.

Era noche cerrada cuando Javier abrió los ojos. Se encontraba en el suelo, entre matorrales, en un lugar desconocido. Olía a humedad, a frescor. Sentía la boca seca, con ese sabor metálico que caracteriza a la sangre. Trató de incorporarse, pero un intenso pinchazo junto a las costillas se lo impidió. Llevó su mano al costado, la camisa estaba pegada al cuerpo. Se miró la mano, una mancha oscura y viscosa entre sus dedos.

Decidió permanecer unos minutos más tumbado, quieto. Era la única forma en la que el dolor se hiciera soportable. Trató de recordar cómo había llegado hasta allí pero no fue capaz. Lentamente, incorporándose sobre el costado logró sentarse. Miró alrededor, un árbol detrás de él, a un escaso metro de distancia, le esperaba para servirle de respaldo. Se arrastró hasta sentir en la espalda la dura corteza que en esos momentos se le antojó un mullido sillón.

Con más detenimiento comenzó a palparse el cuerpo en busca de algún hueso roto o de algo que le doliera más de la cuenta. Excepto el costado, con un dolor punzante, el resto del cuerpo lo sentía entumecido, la cara le ardía. Le dolía la cabeza, junto a la sien. El ojo derecho lo debía tener hinchado porque su capacidad de visión era más reducida.

Trató de recordar.

Todo parecía formar parte de una maldita pesadilla.

Se veía en el suelo. Quizá había tropezado. No, alguien le había empujado. Cayó.

Pero...

Bajó la cabeza y observó su chaqueta. Estaba hecha jirones, como su camisa. No recordaba que después del empujón sucediera nada más, se había levantado por sus propios medios y regresó a su casa en coche.

«¿Entonces?».

Una nebulosa parecía haberse instalado en su memoria. Poco a poco, apoyándose en el árbol fue incorporándose, esquivando el mareo que aumentaba conforme se acercaba a su objetivo. Agarrado a una rama aguantó hasta que el estómago y su cabeza se tranquilizaron.

De repente un ruido lejano y un par de luces captaron su atención.

«¿Un coche?».

Dos focos se aproximaban por el frente, pero a mayor altura. Los siguió con la mirada hasta que se perdieron por su derecha. Después otros dos más y otros dos. Debía llegar a esa carretera, parar un coche y preguntar dónde se encontraba, quizás eso le ayudara a recordar.

Sin separar la mano izquierda de su costado derecho, comenzó a andar arrastrando los pies. Evitaba por encima de todo caerse. Si lo hacía, las posibilidades de levantarse en poco tiempo, se reducían considerablemente. Sentía las fuerzas justas y el dolor aumentando con cada paso.

Otro ruido de motor. Dos focos.

Aceleró su ritmo. Al hacerlo fue cuando se dio cuenta que arrastraba más que caminaba con su pierna izquierda. Las dos luces se acercaron hasta quedar como suspendidas encima de su cabeza. Segundos después otra luz más pequeña se colocó junto a ellas.

Javier se detuvo.

—¿Hay alguien ahí? ¿Oiga?

La luz pequeña apuntó en su dirección.

El tío de Alma agitó un brazo y gritó. Esa era su intención pero se quedó en el intento. Un profundo pinchazo le obligó a desistir en cuanto hinchó los pulmones.

—¡Aquí! —su voz apenas un susurro.

—¿Hay alguien?

Tomó aire.

—¡Sí! ¡Aquí! ¡Abajo! —exclamó cayendo de rodillas. Mil puñales se le clavaban en sus pulmones y costillas.

Con la cabeza entre el pecho escuchó un ruido sordo de pasos acelerados.

—¿Está usted bien? ¿Ha tenido un accidente?

«¿Un accidente?».

Javier colocó su mano frente a sus ojos, a modo de visera, para distinguir a su interlocutor.

—No lo sé... Me he despertado en este lugar —expuso con apenas un hilo de voz—. No recuerdo nada. Quizá sea solo un sueño —susurró para sí.

—No, no es sueño. Su coche está arriba y usted no tiene buen aspecto. Déjeme ayudarle.

Javier recordaría esos minutos, los que tardó en subir hasta la carretera, como los más largos de su vida. Cada respiración, cada paso que daba le obligaba a detenerse de nuevo para armarse de valor y avanzar otro paso más. Al llegar arriba vio un coche en el borde de la carretera, con la puerta abierta, y el costado abrazado a un árbol, sin la luna delantera. Multitud de puntitos brillantes entre la hierba, que reflejaban la luz de los focos del coche de su salvador, le mostraban los restos de lo que fue el cristal.

—Un momento, por favor —pidió con una mano en el capó y la otra sin separarla del costado. Observaba atónito el espectáculo que le ofrecían sus ojos.

—Debió salir despedido por la ventana y caer por el terraplén.

Javier le miró sin comprender. Su cabeza aún no era capaz de enviarle la más mínima información sobre el supuesto accidente.

Un ruido lejano le obligó a mirar hacia arriba.

—Es un avión.

—¿Dónde... estamos?

—Muy cerca del aeropuerto de Asturias.

—¿Asturias?

—Deje que le ayude. ¿Recuerda a dónde se dirigía? Esta carretera termina en los

pueblos de la zona. ¿Ve ahí esos focos? —señaló un punto por encima de sus cabezas — es la A-8 en el viaducto de Vegarrozadas.

No, no recordaba a dónde iba, ni de dónde venía, ni por qué había tomado esa carretera que no le llevaba a ningún sitio por él conocido. Cada vez que el hombre le aportaba un dato más su confusión aumentaba. Su mente se recreaba con una palabra en concreto que parecía tener sentido para ella, *aeropuerto*.

—Le llevaré al hospital. Ha tenido usted un golpe importante —indicó mientras cerraba la puerta del copiloto.

«¿Aeropuerto?».

Unas imágenes se abrían paso entre la nebulosa de sus recuerdos. Llevaba con una maleta, camino de...

—Mírese —el hombre bajó el espejo de cortesía—. Debemos darnos prisa para que le hagan pruebas.

Al verse reflejado en el espejo Javier echó, como por acto reflejo, su cabeza hacia atrás. Le costaba reconocerse, casi tanto como enfocar la vista. Su ojo derecho le recordaba a las típicas películas de boxeadores.

—He cogido su maleta y lo que he visto por encima. La documentación del coche...

—Es alquilado —soltó sin darle mayor importancia—. ¿Alquilado? —repitió para sí, sorprendido por su seguridad.

—Bueno, parece que va recordando algo. Eso siempre es bueno. Vamos a ir al hospital de Avilés, si puede aguantar un poquito más podíamos acercarnos a Gijón. ¿Cómo se encuentra?

El hombre puso el coche en marcha mientras esperaba respuesta. Volvió sobre sus pasos para tomar la A-8.

—¿Podrá aguantar media hora?

—Creo que sí. Gracias... —musitó.

—¡Ah! No tiene porqué darlas. Seguro que usted en mi lugar hubiera hecho lo mismo. Nos tenemos que ayudar unos a otros...

Javier no podía prestarle atención, le requería un esfuerzo mental excesivo. El dolor del cuerpo se hacía insoportable pero lo que más le preocupaba era su aparente amnesia. No saber qué había hecho con su vida en las últimas horas le horrorizaba.

Cerró los ojos.

En esas imágenes había reconocido el aeropuerto de Madrid. Sintió un ligero alivio al comenzar a recordar y más aún cuando se vio descendiendo del avión en el aeropuerto de La Coruña.

«Coche alquilado».

Aún le llevó unos minutos más visualizar el momento en que le entregaban el coche.

—¿Lo dejará de nuevo en el aeropuerto?

—En efecto, mañana o pasado.

La conversación se había reproducido claramente en su cabeza. El hombre que conducía a su lado le había asegurado que no se trataba de un sueño. Argumento que los miles de alfileres que se clavaban en su cuerpo se empeñaban en dar como válido.

Si no es un sueño...

«¿Qué hago en Asturias?».

—Ya hemos llegado. Aguarde un momento.

Javier abrió los ojos sobresaltado. Debió haberse quedado dormido durante buena parte del trayecto.

Le llevó unos segundos tomar consciencia de dónde se encontraba.

—Ha dormido casi todo el camino —dijo una voz a su izquierda—. Me he dado cuenta porque iba hablando solo.

El tío de Alma esbozó una sonrisa interna. Se había hecho el dormido para que dejara de hablar, pero al final se durmió de verdad.

Alguien abrió su puerta.

Varias manos le cogieron tumbándole en una camilla. Sentía como las lágrimas de dolor le resbalaban por la cara.

—¡Hombre herido en un accidente! —exclamó una voz de mujer.

—¡Necesitamos un quirófano! —apuntó otra.

Durante unos segundos se vio transportado entre voces, pasillos y luces. A ratos le parecía que flotaba y que esta vez sin duda se trataba de un sueño.

Un sueño largo y profundo.

—Tranquilo señor, ¿me puede decir cómo se llama?

—Ja... vier Ma... te... o.

Las voces se apagaron. Como las luces.

Después, solo oscuridad y silencio.

—A la mañana siguiente me llamó ese buen samaritano, Braulio se llamaba. Era de Gijón y una gran persona —Leonora miraba a Esther que se había emocionado.

—¿Pero está bien, verdad?

—¡Oh! Sí, sí. Eso sucedió hace muchos años. Quizá no debí contártelo para no impresionarte. Javier Mateo está muy bien —sonrió bajando la vista.

—Quiero que me cuentes todo. No sabes lo que significa para mí convencerme de que no estoy loca.

No se le había escapado esa media sonrisa de la directora, pero no supo cómo interpretarla si es que debía hacerlo.

—Imagino que te llevarías un buen susto...

—Me temía lo peor. Braulio me dijo que se lo había encontrado tirado en la cuneta y que había tenido un grave accidente. Le operaron durante cuatro horas. Dos costillas se le clavaron en el pulmón. Tenía huesos astillados. ¿Sabes qué era lo peor? —sin esperar respuesta continuó—. Que no sabía qué hacía allí, no recordaba nada.

—Pobre...

—Así que fui al hospital. Mejor dicho, fuimos Félix y yo en su furgoneta. No está

muy lejos de aquí.

Esther esbozó una suave sonrisa al tiempo que apretaba el antebrazo de Leonora.

—¿Recordó qué le había pasado?

—Sí, lo recordó todo. No había sido un accidente.

—¿No? —exclamó sorprendida—. ¿Entonces?

—Deja que te cuente. Verás...

—¡Félix! ¡Félix! ¿Dónde se habrá metido este buen hombre? —Leonora salió corriendo de su despacho—. ¿Ha visto a Félix?

—Hace unos minutos iba camino de la huerta —señaló la cocinera.

—No descansa ni un momento, el día menos pensado le va a dar algo —murmuró mientras se recogía el moño que con las prisas comenzaba a desmoronarse.

Unos minutos después lo vio azada en mano removiendo la tierra.

—¡Félix! —gritó agitando la mano— por fin le encuentro.

El jardinero giró la cabeza al oír su nombre, la directora avanzaba hacia él, corriendo. Algo serio debía pasar para que corriera de esa manera arriesgándose a pisar el largo vestido y caer de bruces.

Leonora le puso al día. Diez minutos después partían del internado rumbo al hospital de Gijón. Si todo iba bien, en menos de una hora estarían allí.

—He llamado a Duli, su ama de llaves. Por su reacción parece más una madre que la persona que cuida de la casa. Cogera el primer tren que salga a Gijón.

—Quizá no sea una madre si no...

—¿Pero qué insinúa? Ande quite, quite —Leonora le dio un suave golpe en el antebrazo sin poder evitar una sonrisa—. El señor Mateo no debe estar muy bien cuando no ha podido ponerse al teléfono —apuntó, desviando la conversación de unos derroteros que no le gustaban nada.

—Ya verá como todo queda en un susto.

El cielo cubierto amenazaba lluvia, pero no descargó hasta que llegaron al hospital. Por el camino la directora observaba el horizonte con el mar al fondo, cuando el camino se lo permitía. Llevaba muchos años viviendo en Asturias. Llegó con su madre para cuidar una enorme casa familiar de verano y no regresó a su querida Cuenca más que en visitas puntuales. Nunca antes nadie de su familia había visto el mar.

«Una vez que forma parte de tu día a día se hace muy difícil imaginar tu vida sin él».

Dejaron la furgoneta cerca de la entrada del hospital. Félix dedicó unos minutos para ponerle un seguro que enganchaba el volante con el pedal del freno.

—No se la van a robar —indicó mirando la destartada furgoneta llena de todo tipo de aperos de labranza, tierra, grandes bolsas de papel, plásticos y macetas.

—En sitios peores han robado coches.

Leonora esperó paciente a que el jardinero quedara satisfecho con su equipo de seguridad. Se acercaron al mostrador de recepción y preguntaron por la habitación de

Javier.

—¿Pero no le han dado ya el número?

—Sí, pero quiero preguntar de todas maneras —insistió Leonora.

A Félix le gustaba poco o nada salir del internado. A no ser que fuera para ir al pueblo a echar la partida. Se sentía como pez fuera del agua. Con su gorra de tela bien calada, aguardaba junto al ascensor.

Habían quedado con Braulio en la habitación. Tenía que marcharse a trabajar y aún así había accedido a pasar por el hospital, interesarse por Javier y contactar con la directora.

—¿Don Braulio? —Leonora vio junto a la entrada de la habitación a un hombre fornido, de anchas espaldas, prominente barriga, no más alto que ella y con cara regordeta, de buena gente.

—¿Doña Leonora? —respondió el hombre sonriente acercándose a la pareja con el brazo extendido.

—Le presento a nuestro jardinero, sin él el internado no sería lo mismo.

—No le haga caso, solo hago mi trabajo —cortó los elogios algo avergonzado.

Los siguientes minutos los pasaron en la sala de espera, que para su satisfacción se encontraba vacía. Braulio les narró una historia que les hizo temer lo peor. Desde que vio el coche accidentado en la cuneta, estrellado contra un árbol, hasta que llegaron al hospital y le ingresaron en un quirófano, pasando por los intensos dolores que padecía y su pérdida de memoria.

—Cuando ayer por la noche veníamos para aquí me pidió que si él no podía hacerlo, me pusiera en contacto con ustedes.

—¿Qué dice el doctor? —Leonora formuló la pregunta con la mano en la boca como si quisiera evitar pronunciarla, temiendo la respuesta.

—Están satisfechos con la operación, aunque se encontraron con muchas complicaciones, como una hemorragia interna que en un principio no detectaron. Debe guardar reposo unos cuantos días. Ahora está sedado.

—Gracias por todo.

—¿Querrán mantenerme informado de su evolución?

La directora cogió la tarjeta que Braulio le ofrecía. Tras despedirse, y dejar pasar unos minutos, se asomó a la habitación de Javier. Estaba entubado y diferentes cables partían de su cuerpo.

—¿Qué sucede? Ni que hubiera visto un fantasma —exclamó Félix al ver la cara de la mujer.

Las horas pasaban lentas.

La pareja deambulaba por el hospital esperando que dieran las cinco de la tarde, hora prevista para la visita del médico. Puesto que desde la sala de espera no se veía la puerta de la habitación de Javier, decidieron apostarse frente a ella una hora antes. No estaban dispuestos a que, por el motivo que fuera, el médico se les adelantara.

La enfermera de recepción de planta les confirmó que aún no había hecho su

ronda, que esperaran tranquilos. Ella les avisaría cuando llegara.

—No es desconfianza ¿sabe usted? —señaló Leonora— pero una se queda más tranquila esperando junto a la puerta.

Félix asintió.

En el hospital, el jardinero se volvió mucho más taciturno. No estar en un entorno conocido le llevaba a encerrarse en sí mismo. Durante los largos ratos de silencio en los que se refugiaba, pensaba en Javier Mateo. Se identificó con él desde el primer momento que le vio, le cayó bien. Si tuviera que echarle algo en cara, tendría que ver con la rapidez que había asumido lo sucedido a su sobrina. Cierto que cuando se metió en el coche para regresar a Madrid dijo que les iba a denunciar. Algo iba a hacer, pero pasaba el tiempo y, qué él supiera, nada había avanzado.

Qué él supiera.

—Doctor... —Leonora giró sobre sus pasos al observar como un hombre con bata blanca se acercaba a la puerta de Mateo.

—¿Son familia del paciente?

—Se puede decir que sí. Su hija murió unos pocos meses atrás y su ama de llaves viene de camino.

—¿Su hija? Lo lamento. Denme unos minutos que le reconozca.

El doctor entró cerrando la puerta tras él. Momento en el que Félix se inclinó sobre Leonora, cuchicheando en su oído.

—¿Por qué le has dicho que era su hija? ¿Esa chiquilla no era su sobrina?

—Sí, sí, pero pensé que diciéndoselo le daría más importancia y no nos haría más preguntas.

Un cuarto de hora después la puerta de la habitación volvió a abrirse. El corazón de Leonora se aceleró. La pareja se acercó al doctor. Sin decir nada se situaron junto a él. En sus miradas iba implícita la pregunta.

—Evoluciona dentro de lo esperado. Es lo que les puedo decir.

Eso y nada era lo mismo.

—¿Pero cómo está? ¿Es grave? —esta vez Félix se adelantó.

El doctor se quitó las gafas y frotó entre sus ojos. En sus manos llevaba una tablilla con diferentes apuntes.

—Se encuentra estable, dentro de la gravedad. Debemos ver como evoluciona la hemorragia interna y el pulmón. Tiene algunos huesos astillados, como el fémur de la pierna izquierda...

Leonora señaló su muslo a Félix.

—... el cúbito y radio del brazo derecho —agarró su antebrazo indicando el lugar — también presenta un fuerte impacto en la cabeza.

—Debió darse un buen golpe con el coche —señaló el jardinero.

—Hablaré con él cuando le bajemos la sedación pero puedo asegurarles que su estado no es debido a un accidente de coche.

Félix y Leonora se miraron entre sí.

—¿No? ¿Entonces...?

—El señor Mateo ha sido objeto de una brutal paliza.

Ninguno de los dos abrió la boca mientras mantenían sus miradas fijas en la bata que se alejaba pasillo arriba. La directora recorrió los pocos metros que les separaban de una hilera de sillas y tomó asiento.

—Dios mío... —murmuró sollozando con la cabeza entre sus manos.

—¿Una paliza? —exclamó Esther que no daba crédito al relato que partía de la boca de Leonora.

—Sí, y una buena paliza, además. El pobre estuvo varias semanas convaleciente y alguna más tardó en recuperar la memoria, aunque no por completo. Tiene lagunas cuando intenta acordarse de lo sucedido. Lo último que recuerda es un fuerte golpe en la cabeza, pero nada del accidente... —Leonora se había puesto en pie. Con la mirada perdida en algún lugar más allá de la muralla del internado recordaba los días pasados en el hospital—... lo siguiente que recuerda es cuando abre los ojos en el terraplén rodeado de arbustos.

—¿Por qué le pegaron? ¿Sabe quiénes fueron?

—No lo puede asegurar, porque iban encapuchados, pero está convencido de que fue un aviso para que abandonase su cruzada.

Esther frunció el ceño.

—¿Qué cruzada?

—En su visita a la casa de la familia de Fermín, le echaron a empujones, incluso le tiraron al suelo ¿te puedes creer? —Leonora se volvió hacia la chica, con los brazos cruzados y el gesto compungido—. Su segunda visita fue a la vivienda de los Cobriña, no lejos de La Coruña. ¿Recuerdas a Sandro, el Indio?

La chica asintió levemente.

«Cómo para olvidar a ese desgraciado...».

—Mira como ha terminado su cruzada. ¡Serán cobardes!

Esther sentía que algo se le escapaba. Terminó su Coca-Colo y se puso en pie, junto a la directora.

—¿Pero no le encontraron en Asturias?

—Sí.

—¿Cómo llegó hasta allí?

—El cómo llegó, forma parte de sus lagunas. Recuerda que un coche le abordó cuando llevaba una media hora al volante. Había decidido pasar la noche allí y se dirigía a algún hotel cercano al aeropuerto. Tuvo un pequeño accidente. Bajó para hacer los papeles y sin abrir la boca comenzaron a darle golpes, golpes y más golpes —Leonora giró la cabeza de nuevo hacia la ventana. No quería que Esther reparase en unas traicioneras lágrimas que amenazaban con resbalar por su rostro—. Mira, por ahí va Félix.

Esther miró a través del cristal. Con un azadón al hombro, el jardinero atravesaba el jardín rumbo a su almacén. Con nostalgia recordó su primera escapada con Alma

cuando vieron desde su habitación a los *mayores* que merodeaban por allí. Tenía muy buen recuerdo de Félix, se había sentido apoyada por él desde el primer momento. Nunca la había tratado como una niña mentirosa, desde el principio creyó su versión.

—Está tal y como le recuerdo. Algunas canas más debajo de la gorra, pero sigue tan ágil como siempre —sonrió vuelta hacia la directora.

—Lo pasó muy mal en el hospital, pero como es tan testarudo no quiso reconocerlo. Un día fue a hablar con el sargento Matamala para contarle lo que le habían hecho a Javier Mateo. Le dijo lo de siempre, que si tenía pruebas para acusar a unos o a otros. Le aconsejaba que sin evidencias claras, no denunciara.

—Me da una rabia. Hacen lo que les da la gana y nadie les pide cuentas.

Leonora no contestó, en lugar de hacerlo descolgó el teléfono.

—Por favor, Marga, cuando veas a Félix pasar por ahí dile que venga a mi despacho.

Esther observaba a la mujer como soltaba uno de los pasadores que sujetaba su melena y volvía a colocarlo en su sitio. Su postura, sentada de lado, inclinada hacia el teléfono con las piernas cruzadas, distaba mucho de aquella pose seria, con las rodillas juntas y la espalda incómodamente recta que solía adoptar cuando la conoció. Incluso su rostro era diferente. Llevaba los labios suavemente pintados y la expresión que transmitía era de felicidad.

—El tío Javier se ha recuperado... ¿bien? —preguntó sin dar tiempo a que Leonora dejase el auricular sobre el teléfono.

—Sí, sí, no te preocupes. Está fenomenal, Javier es un hombre fuerte.

«¿Javier?».

—Han pasado muchas cosas —apuntó ante la suave sonrisa de Esther.

—Vale. Dime una cosa. ¿En ningún momento ha vuelto a recordar nada?

Las dos mujeres habían tomado de nuevo asiento en el sofá del despacho.

—Según el médico, lo más probable es que no haya nada más que recordar. Del golpe en la cabeza y de la paliza debió perder el sentido durante horas. Durante ese tiempo le llevaron hasta el lugar dónde lo encontró Braulio.

—¿Pero el accidente?

Un suave golpeteo continuado captó la atención de las dos mujeres.

—Sí. ¡Adelante! —exclamó mirando a la puerta—. No hubo tal accidente, estrellaron el coche para obligarle a recordar algo que no sucedió.

—¿Señorita Leonora me mandó llamar? —quiso saber la voz que se asomaba tras la puerta.

—Pase, Félix. ¿Cuántas veces le tengo que decir que no me llame señorita? —puesta en pie reprendió amablemente al hombre de la gorra entre las manos.

Al oír el nombre, Esther sintió cómo se le aceleraba el corazón.

—Me dijo Marga que tiene visita y...

La directora puesta en pie tapaba la visión del jardinero. Quería ver su cara en cuanto supiera quién se encontraba con ella en el despacho.

—¿La reconoce?

Se echó a un lado. Con una enorme sonrisa señaló en dirección a la chica que se acababa de poner en pie y que no podía dejar de sonreír.

—Félix...

El jardinero se acercó para examinar con mayor detenimiento a la joven que le había llamado por su nombre. Su cabeza empezó a repasar los cientos de rostros que habían desfilado por aquel internado en los últimos años. En cuanto se situó a un metro de distancia mandó parar a sus recuerdos. No había duda de quién se trataba.

—¿Eres... la pequeña Esther?

—Sí.

—Bueno lo de pequeña deberíamos quitarlo ya. Estás hecha toda una mujer — Félix parecía fuera de lugar. No sabía si dejarse llevar por sus impulsos y estrechar a esa chica contra su cuerpo o mantener las distancias como siempre le habían enseñado que debía hacer.

No tuvo que decidirse.

—¿Puedo? —preguntó Esther, sonriente, con los brazos abiertos.

Félix miró disimuladamente a la directora por si apreciaba algún gesto que le indicara lo contrario a lo que deseaba en esos momentos.

Abrió sus brazos.

—Ven aquí...

Leonora les observó mientras se abrazaban. No fueron más que unos pocos segundos. La cara de la niña pegada al hombro del jardinero, sus ojos cerrados y las manos rodeándole atrayéndole hacia ella. Félix acariciaba la cabeza de Esther y miraba a algún lugar más allá del despacho. Una suave sonrisa se dibujaba en su rostro. Sabía que el tozudo del jardinero necesitaba ese abrazo inocente. Era muy querido entre el personal de El Bosque pero desde que pasó lo de Alma y el incendio, se fue volviendo más introvertido. Verle así llegó a emocionarla. Lo más exacto sería asegurar que la emoción fue compartida. Cuando se separaron, los ojos de Félix le delataron a pesar de sus esfuerzos por extraer una imaginaria pestaña que según él, se le había metido en un ojo.

De repente lo vio.

Ahí mismo, sobre la estantería.

—¿Qué te pasa? ¿Qué miras tan fijamente? —quiso saber Leonora. Giró la cabeza siguiendo su mirada.

Por la mente de Esther desfilaron un sin fin de imágenes de su verano en el internado. En todas ellas había un nexo de unión. Las primeras en el autobús cuando le pidió por favor a su hermano Fran que le dijera a su amigo que dejase de hacerles fotos a ella y Alma. Más tarde en el comedor, después en el jardín, sobre todo los domingos cuando disponían de unas horas libres. Incluso cuando las castigaron en la porqueriza, ahí estaba el gordo con su sonrisa bobalicona sacando fotos.

El asa de una cámara caía de la última balda de la estantería situada en una

esquina del despacho. No era un asa cualquiera. Sebas le había puesto una cadena cuando se rompió el asa original. En medio de la cadeneta una ancha tira de cuero llevaba grabado su nombre: Sebas. Alguien había añadido a bolígrafo el seudónimo por el que era conocido: el gordo. Si no se equivocaba, el asa que colgaba debería llevar impreso el nombre completo.

Leonora se acercó hacia el punto donde le indicaban los ojos de la chica, sin reparar en que ella la seguía.

—¿Qué mirabas? ¿Esto de aquí? —señaló un marco con una foto en la que aparecía la promoción del verano del setenta.

—No. Me había llamado la atención esa cadeneta. Estoy convencida que arriba al otro extremo hay una cámara de fotos.

Mientras Félix, subido a una pequeña escalera, se afanaba por alcanzar la cámara. Esther tomó entre sus manos el marco y pasó la yema del dedo por la cara de Alma y la de su hermano. Su mirada de ternura cambió a la de un odio profundo cuando descubrió los rostros del Indio, Fermín, Héctor...

El jardinero le ofreció la cámara.

—Espera que le quite el polvo —propuso Leonora haciéndose con ella—. Debe llevar ahí desde... —dejó la frase sin terminar mientras su cabeza buscaba el momento en que la debió subir a la estantería y sus manos un trapo en uno de las repisas del armario.

Esther no podía esperar. Cogió el asa y buscó el parche de cuero.

—Sebas el gordo —murmuró—. Siempre estaba haciendo fotos, era muy pesado.

—Ahora que recuerdo la encontré en el cuarto de las llaves. Abajo, junto a la cocina. ¿Se acuerda Félix cuando...?

No era necesario añadir detalles. Los dos recordaron que se trataba de uno de los días que buscaron a Alma. Cuando consideró que la cámara había quedado suficientemente limpia se la entregó a Esther.

La manipuló durante unos segundos.

—¡Tiene el carrete dentro! —exclamó emocionada—. ¿Se habrá velado? —pasó las pocas fotos que quedaban por tirar y lo enrolló.

—Lo más fácil será llevarlo a que lo revelen —apuntó la directora—. ¿Esperas ver fotos de Alma y Fran, verdad?

Esther asintió.

No tenía ninguna de su amiga y entre sus manos sujetaba un rollo que con un poco de suerte podía proporcionarle alguna. Al final tendría que agradecer al pesado del gordo que les hubiera hecho fotos. Necesita hacerse con ellas ya, no podía esperar ni un minuto más para ver de nuevo a Alma.

—Ojalá haya alguna de las dos juntas.

—Si quieres nos acercamos al pueblo. Mi prima Celes tiene una tienda de fotografía y seguro que nos las revelará lo más rápido que pueda. ¿Te parece?

Félix declinó la invitación. Mientras miraban la cámara había echado un vistazo a

la revista que había sobre la mesa y que hablaba de la llegada, otra vez, de Marco Martello como nuevo embajador de Italia. La foto de su hijo Héctor le revolvió el estómago de tal manera que optó por quedarse en el internado.

Minutos después partían en el coche de Esther. Se quedarían a comer en el pueblo mientras esperaban a que Celes terminara, si es que el carrete aún se podía revelar. Mientras conducía notaba un ansioso cosquilleo en el estómago. Después de diez años la imagen mental que guardaba de su amiga había comenzado a difuminarse. Una foto sería como volver a recargarla.

Después de dejar el rollo en la tienda de fotografía fueron a comer al restaurante preferido de la directora. Durante la comida hablaron como si se les fuera a terminar el tiempo. Muchas eran las preguntas que ambas tenían por hacer.

Cuando la camarera iba a tomar nota de los cafés, Esther vio a la prima de Leonora en la puerta del restaurante agitando los brazos.

—Creo que te llaman. Parece nerviosa —dijo señalando a Celes.

—Disculpa.

La fotógrafa estaba visiblemente alterada. Esther no las perdió de vista mientras apuraba el último pedazo de tarta de Santiago que quedaba en su plato. Cuando volvió a levantar la vista de su postre preferido, la directora se acercaba a la mesa y Celes abandonaba el restaurante.

—Tenemos que irnos.

—¿No vas a terminar el postre?

—Nos trae la cuenta, por favor —pidió a una camarera que pasaba junto a ellas— al salir te lo explico.

Desconocía de qué habían hablado, pero fuere lo que fuese a la directora le había impactado. Su rostro mostraba una pena profunda. Sus gestos se habían vuelto torpes. Guardar las gafas en su funda y después en el bolso, requirió de varios intentos.

Una vez en la calle Esther se agarró a su brazo.

—Dime qué sucede. ¿Es por el carrete de fotos?

Leonora asintió.

—¿Ha podido revelarlas? —sonrió—. ¿No me digas que son fotos guarras de esos cerdos? —quizá para ella no fuera motivo suficiente para que le afectara de esa forma pero desconocía la manera de pensar de la directora, aunque podía intuirlo.

Cruzaron la plaza, recorrieron una pequeña calle y doblaron a la derecha.

—Si no fuésemos familia, Celes hubiera ido directamente a la policía —soltó junto a la entrada de la tienda— pasa.

—Me asustas.

En cuanto pusieron sus pies dentro, la prima de Leonora salió de detrás del pequeño mostrador y echó el pestillo. Se la veía alterada y sobre todo nerviosa, muy nerviosa. Miraba a Esther con recelo.

La había reconocido en alguna de las fotografías.

Abrió un cajón y sacó un sobre que entregó a Leonora.

—Pasad dentro y sentaos.

La directora abrió el sobre y extrajo las fotos. Miró la primera y sonrió pasándosela a Esther. En ella aparecía con Alma.

—¡Qué bien, ya tengo foto! —exclamó también sonriente.

No hubo más sonrisas.

La siguiente mostraba una panorámica general del jardín del internado, al igual que la otra. A partir de ahí las caras de Leonora y de Esther parecían reflejar lo que estaba por llegar. La número cuatro mostraba a los amigos en el pasillo que daba al cuarto de estudios. De perfil se podía ver a Alma y al Indio que la rodeaba por los hombros.

De ahí en adelante y hasta completar las veintiuna fotos que pudieron revelarse, todas y cada una mostraban a Alma horrorizada, gritando, en las primeras, y extrañamente serena, con la mirada perdida, en la últimas. Lo que variaba era la posición de los amigos de Fran. Unos la sujetaban, otro se ponía sobre ella y así sucesivamente.

Cada fotografía que Esther iba recogiendo de manos de Leonora, era como un puñetazo en el estómago. Sentía como un sudor frío recorría su cuerpo, sus manos sudaban y el estómago se le estaba revolviendo. De su boca no partió una palabra, excepto cuando vio la primera imagen y la cara de su amiga con los ojos desencajados mirando a la cámara.

—¡Alma! ¡¡No!!

No habló más. Era incapaz, solo podía abandonarse a sus emociones y dejar caer las lágrimas que a borbotones se deslizaban por su cara. Con las manos temblorosas dejó la última foto sobre la mesa y aceptó el hombro que le ofrecía la directora.

Leonora miraba por encima de la cabeza de Esther a su prima. Con los labios le dio las gracias, en silencio. Sus ojos, enrojecidos, su rostro, entre una profunda tristeza e inmensa rabia, reflejaban lo que había supuesto para ellas la contemplación de esas imágenes.

Celes dejó pasar unos minutos y regresó con una botella de agua y un par de vasos que depositó sobre la mesa. Esther miraba fijamente en dirección a una pequeña nevera. Leonora había puesto su mano sobre la de ella.

—¿Iréis a la Guardia Civil, verdad?

Durante los siguientes minutos, la directora le explicó cuando fueron tomadas y lo que sucedió con los chicos implicados. No había pruebas y quedaron en libertad.

—Lo recuerdo. Me hablaste de esa chica hace muchos años —dijo señalando las fotos—. Pero ahora sí que se puede demostrar que todo era cierto.

—Lo sé. Antes también las había, tres de ellos confesaron ¿recuerdas? Y no sirvió de nada. No le voy a dar a nadie unas fotos que pueden hacer desaparecer. Son familias con mucho poder.

Minutos después abandonaron la tienda.

La mujer se negó a cobrar por un trabajo así. Prometió no hablar con nadie del

asunto. A ella también le había afectado, y mucho, la historia. No quería ni pensar cuando el tío de Alma viera las fotografías.

No iba a tardar mucho.

Se le esperaba al día siguiente.

—¿Mañana? ¿Y por qué no me has dicho nada?

Leonora y Esther habían regresado al Bosque. Sentadas en el despacho de la directora discutían sobre los pasos a seguir. No era tarea fácil. Apartar las fotos de sus cabezas resultaba imposible.

—Ignoraba si venías de visita rápida o... han pasado muchos años y no sabía cómo ibas a reaccionar, yo... —señaló con la voz entrecortada.

—¡Sois novios! —soltó sin rodeos. Sintió como la directora se ruborizaba.

—No diría tanto, pero no te voy a negar que vamos haciendo planes.

—Ya decía que te veía muy cambiada —sonrió levemente— hacéis muy buena pareja.

—Gracias, pero eso no importa ahora. No sé si llamarle para que sepa lo que se va a encontrar o dejarle que viaje tranquilo.

Optaron por la segunda opción. Esther declinó la invitación para dormir en una de las habitaciones libres y regresó al pueblo. Se alojó en el hotel donde habían comido. A Félix no le dijeron nada esa tarde. Decidieron que sería mejor esperar a la mañana siguiente cuando él y Javier estuvieran juntos.

Esa noche fue larga.

Eterna.

La imagen de su amiga se repetía una y otra vez, como si cada instantánea representara un fotograma de una cruel película sin fin. Varias fueron las veces que se despertó empapada en sudor, hasta que no pudo más y se dio una ducha. Tras desayunar un café y una tostada, salió a dar una vuelta por el pueblo. La mañana era fresca, más nubes que claros y silencio. Paseó hasta llegar a un parque donde permaneció un par de horas pensando en todo y en nada. De regreso al hotel, con la idea de llamar a Leonora, le pareció ver una rostro conocido enfunda en su tricornio. Se acercó disimuladamente.

—¡Mi subteniente! —exclamó una voz a su izquierda, dirigiéndose al individuo que observaba.

«¿Subteniente?».

Seguramente le había confundido. Esa figura, su porte y su forma de andar le habían recordado al sargento Matamala. Siguió observándole mientras el aludido volvía su cabeza en dirección al Guardia Civil que se le acercaba.

—Dígame, soldado.

«Es él».

No había ninguna duda.

Durante unos instantes dudó en abordarle. Quería ver su cara cuando supiera que poseía pruebas de la violación de Alma. ¡Sí, de los que confesaron y dejó escapar!

Permaneció con los ojos clavados en su perfil, tan fijamente, que captó la atención del soldado y los dos se giraron hacia ella.

—¿Sucede algo, señorita?

—¿Eh? No, no, disculpen.

Esther volvió sobre sus pasos y en lugar de encaminarse hacia el hotel decidió dar una vuelta a la manzana. Hubiese jurado que la expresión del ahora subteniente había mostrado cierta sorpresa cuando sus ojos se encontraron. Se alejó sin darse la vuelta, de haberlo hecho sus sospechas se hubieran confirmado. Los ojos de Matamala no la perdieron de vista hasta que dobló la esquina, convencido como estaba, de que conocía esa cara, se consideraba un buen fisonomista, lo que no dejaba de ser una virtud en su trabajo. Pero no logró ubicar a la joven que se alejaba en ningún hecho o circunstancia concreta donde pudieran haber coincidido en el pasado.

Esther llamó a Leonora. Se verían en el internado a media mañana. Javier llegaría para la hora de la comida. Había notado en su voz un hilo de angustia, como cuando no queda otra opción que dar una noticia a un ser querido, que sabemos, le va a romper el corazón.

Canceló la cuenta en el hotel y partió rumbo al internado. Sin saber porqué había decidido no regresar a ese lugar, tan céntrico y tan próximo a cruzarse con Matamala otra vez. Algo dentro de ella le aconsejaba que se instalara en otro hotel y si era en otro pueblo, mejor.

Faltaban pocas semanas para que finalizara el último campamento de verano en El Bosque. Los alumnos corrían por el jardín esperando la hora de entrar en el comedor. Aparcó junto a la recepción.

El fresco de la mañana había desaparecido, en su lugar, reinaba el calor sin llegar a ser sofocante pero lo suficiente para que le sobrase la fina chaqueta que se llevaba puesta.

—¡Vaya día guapo que se ha quedado hoy! —exclamó la recepcionista nada más verla entrar—. Si mañana aguanta pasaré el día en la playa ¿y usted? Aproveche que aquí no se sabe cuándo habrá otro día igual.

Esther agachó la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—La directora le está esperando —indicó sin esperar respuesta.

—Gracias.

Le hubiera gustado decirle que conocía el tiempo de Asturias y de Cantabria, dónde solía pasar parte de sus vacaciones y qué, a pesar de todo, hoy el día le había sorprendido. Nada hacía sospechar que fuese a levantar de esa manera, tan rápido, después del fresquito de la mañana, y no por la tarde, como solía ser habitual.

Pero no tenía ganas de hablar.

Sabía que no solo la mañana, sino el día entero iba ser muy duro en recuerdos y emociones. Se sentía triste y rabiosa. Durante el paseo a primera hora había tomado una decisión que esperaba poder compartir con ellos. Si no querían estaba dispuesta a llevar las fotos a todos los periódicos. No iba a permitir que ni Fermín, ni el Indio, ni

ninguno, continuaran con su vida como si no hubiera pasado nada.

—¿Y qué todo el mundo vea a Alma así? —apuntó Leonora en cuando le confesó sus planes.

Aguardó unos segundos antes de contestar.

—No, no me hace ninguna gracia que la vean desnuda y horrorizada. ¡Pero no podemos hacer como si no hubiera sucedido nada! —exclamó desencajada.

—Estoy de acuerdo, Esther, pero no debemos precipitarnos.

Pasaron la siguiente hora dando vueltas a la mejor manera de actuar. Félix compartía el punto de vista de la amiga de Alma. Era partidario de poner una denuncia múltiple por violación y asesinato, aunque reconocían todos que este último punto sería más complicado a no ser que uno de ellos confesara.

El pitido del intercomunicador interrumpió la conversación.

—Sí, Marga...

—El señor Mateo está aquí ¿le hago pasar?

—Si, por favor.

El nerviosismo y la tensión se apoderaron del despacho de la directora, nadie abrió la boca. Permanecieron con la vista fija en la puerta a la espera de que se abriera dando paso a Javier.

La espera no llegó al minuto.

A un interminable minuto.

El repiqueteo de unos nudillos en la puerta aceleró sus corazones. La directora se puso en pie, caminó un par de pasos lentamente, como si estuviese decidiendo cuales serían las mejores palabras para dar a su querido Javier la noticia.

Abrió.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó con una forzada sonrisa.

El hombre del mechón blanco había perdido su apodo. Las canas ganaban por mayoría en un pelo que se mantenía intacto.

—Bien, poco tráfico —sonrió.

Leonora se echó a un lado para que viera quién la acompañaba.

—¡Félix! ¿Cómo está? —avanzó sonriente con el brazo extendido.

Tras saludarle esperó a que le presentaran a esa atractiva jovencita de rostro tímido. Miraba a la directora esperando a que diera el paso.

—Tío Javier... —Esther le ofreció la mejor de las sonrisas de las que disponía en ese momento.

Mateo se giró en dirección a la chica. La voz era inconfundible.

—¿Esther?

Ella asintió.

El abrazo fue largo y sentido. Javier la abrazaba como si de Alma se tratase. Era el único vínculo que la unía con su sobrina a excepción del internado. Esther le estaba dando el abrazo por adelantado. Dándole fuerzas, que a ella no le sobraban, para lo que estaba por venir.

—El paso de los años te sienta muy bien —sonrió con los brazos extendidos sobre sus hombros—. Eres toda una mujer. ¡Ah!, y aún más guapa que cuando te conocí.

—Gracias... —su voz apenas un susurro.

Javier miró a todos los presentes con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? No veo la alegría que sé os da volver a encontraros con Esther. ¿Qué sucede?

—Sentémonos —pidió la directora señalando el sofá y la butaca—. Verás, ayer encontramos una cámara de fotos, ahí arriba —señaló la estantería.

—Si... —Mateo miraba a Leonora con algo más que educación. A Esther no se le escapó la ternura que había en sus ojos.

«Tenemos planes» recordó la sonrisa de la directora.

—Las revelamos... —abrió el bolso y sacó el sobre con la fotos—. Son muy duras, Javier, mucho —dijo llevándose las manos a la cara.

La advertencia de Leonora le obligó a ponerse en tensión. Habían retirado la foto de Alma y Esther. Al examinar las dos primeras, se relajó, eran las dos vistas generales de alumnos en el jardín, levantó la vista y lo que vio en las caras de los que le acompañaban en el despacho le aceleró el pulso. No tanto como se disparó su corazón con el paso sucesivo de todas y cada una de las restantes fotografías.

Cuando terminó de verlas, las dejó sobre la mesa. Escondió la cabeza entre sus manos y comenzó a llorar. Le dejaron que se relajara durante unos minutos. Leonora se sentó en el brazo de la butaca con la mano en el hombro de Javier. Cuando su respiración comenzó a estabilizarse se levantó camino de la ventana. Allí permaneció unos instantes.

—¿Quién más las ha visto?

—Mi prima Celes, la fotógrafa.

Esther se acercó a su lado.

—Tenemos que hacer algo. Esos desgraciados no pueden seguir viviendo como si no hubieran hecho nada. Tengo una amiga periodista y ella puede publicar...

Javier puso las manos en el rostro, una a cada lado, de la mejor amiga de su sobrina.

—No sé qué vamos a hacer, pero algo haremos, te lo prometo. Lo primero que me sale es ir a ver a cada uno de ellos y restregarles las fotos a sus familias. Pero Alma ha sufrido ya bastante como para que todo el mundo la vea así. No sé si podría soportar ver esas fotografías en los periódicos, en la televisión. ¿Tú?

Esther negó con la cabeza.

Félix se acercó a la pareja.

—La trajo Esther. Quizá nos dé una pista de cómo actuar —con el brazo extendido le ofreció la revista que había motivado el viaje de la chica.

Javier la tomó entre sus manos.

Leyó.

«... el embajador italiano don Marco Martello, regresa de nuevo a España al frente de la embajada italiana...» «... aquí le podemos ver con su hijo Héctor y su adorable esposa Antonella...».

Levantó la vista.

Asintió.

Efecto mariposa

La inspectora Prados llevaba una par de días en Madrid, desde su regreso de El Bosque. En su agenda, rodeado de un firme trazo, había remarcado los dos nombres que le faltaban para concluir el rompecabezas:

—Alma... Sebastián García, Sebas el gordo —murmuró mientras repasaba por enésima vez sus notas.

Era domingo por la tarde, se encontraba cómodamente sentada en su butaca preferida en el salón de su casa, enfrascada en el caso que con el paso del tiempo se estaba convirtiendo en algo personal. Su marido, Carlos, había pasado la mañana en alguno de sus concesionarios, después tenía su partida de cartas y no regresaría hasta tarde, además había fútbol lo que significaba que con un poco de suerte se retrasaría más de la cuenta. Pati jugaba en casa de una amiga.

Consultó el reloj de pared.

—En una hora tengo que ir a recogerla —recordó.

Al día siguiente de su regreso del internado se reunió con sus fieles compañeros, Romero y Mendía, al concluir su turno. Lo primero que hizo fue describirles al jardinero. Félix le había calado hondo.

Muy hondo.

Le resultaba sorprendente como dieciocho años después conservara tan viva la imagen de una niña a la que debió conocer durante tres meses escasos.

—Fueron dos y unos días —corrigió Félix a Rocío cuando le confesó su extrañeza—. No se trata de que fuera una chica especial, no, lo que más rabia me da es que varios niños de papá se salieran con la suya. Eso es muy difícil de digerir.

—No puedo estar más de acuerdo con ese hombre —apuntó Mendía con su inseparable pitillo entre los dedos—. ¿Por qué te extraña tanto?

—Si le hubieseis visto quizá opinarais como yo —Rocío dio un trago a su zumo—. No movió ni un músculo cuando le dije que habían fallecido casi todos los que intervinieron en la violación de la niña, de Alma. Me pareció que ya lo sabía que no era una información nueva para él.

—¿Tú le ves acosando a chicos de treinta años para que se suiciden? —intervino Romero.

—No, la verdad es que no. Pero si los tuviera delante apuntándoles con una pistola, no dudo que los mataría.

—Seguramente no fuera el único que actuara de ese modo.

Guardaron silencio unos instantes, quizá buscando alguna respuesta que poder

aportar a lo apuntado por Rocío. Su gesto de preocupación no había desaparecido de su rostro desde el momento en que regresó de Asturias.

—Es posible que solo sean imaginaciones mías. Bien, aparte de eso, no va a ser fácil averiguar el apellido de Alma, ni poner cara a Sebastián García, he podido comprobar que hay algunos cientos con ese nombre.

—Aquí tenéis vuestros platos —Mariana se echó a un lado para dejar paso a su camarero mientras tachaba algo en su bloc de notas.

—Gracias.

—Gracias a ti, *hombretón* —concluyó posando su mano sobre el hombro de Romero antes de retirarse.

—Aquí hay temita ¿eh? —apunto Mendía, sonriendo mientras unía los índices de sus manos.

—No digas tonterías. Ya sabes como es Mariana.

—Por eso lo digo, compañero, por eso lo digo —dijo dándole un suave golpe en la espalda.

Rocío no pudo evitar una sonrisa al ver la expresión de Romero, como avergonzado, y tampoco un extraño pinchazo en el pecho.

«¿Celos?».

«No, no tiene ningún sentido, soy una mujer casada y...».

—¡Eh!, compañera, ¡eh! —Mendía chascó los dedos frente a su cara—. ¿En qué piensas?

La inspectora pestañeó varias veces antes de responder. No se le pasaba por la cabeza compartir con ellos el motivo de su breve ausencia mental.

—Pensaba en cómo averiguar lo que os decía antes.

—¿Y preguntándole al jardinero el apellido de Alma?

—Lo hice, pero me respondió que saber el apellido no me iba a ayudar a descubrir el paradero de Sebas el gordo. Para todos era Alma, sin más.

Rocío tenía su propia opinión.

Sentada en la butaca del salón de su casa, repasaba los escasos folios que sus compañeros y ella habían reunido durante los últimos dos días. Escasos porque Alma no era un nombre muy habitual, lo que en principio podía facilitar la búsqueda. Había conseguido la información esa misma tarde y se disponía a estudiarla con tranquilidad con una humeante taza de café a su lado.

Comenzó a leer.

En mil novecientos sesenta hubo sesenta y siete bebés inscritos en el registro con ese nombre, diez años después el número ascendía a ciento setenta. Bastaría con centrarse en los archivos de decesos del verano de mil novecientos setenta. No habría muchas niñas que se llamaran así y hubiesen fallecido en Asturias.

Rocío no pudo evitar sentir la descarga de adrenalina que le avisaba de otro hilo del que tirar en la investigación secreta que llevaba a cabo. Este no era un hilo cualquiera, sino uno de los más importantes, el principal. Contar con el nombre y

apellidos de la víctima podría ser crucial.

«Aunque Félix no lo vea así».

Tras su feliz razonamiento recogió las piernas sobre la butaca y permaneció con el capuchón del Bic en la boca y la mirada perdida en uno de los cuadros del salón.

«Imagino que ya tengo el nombre y apellido y ¿ahora qué?».

Era indudable que los mismos datos tendrían las familias de los implicados y quién hubiera llevado la investigación en aquellos días. Remarcó la tarea para el día siguiente dónde decía buscar decesos en el verano de mil novecientos setenta y pasó al siguiente bloque de folios. Bien pensado, quizá no suponga un avance meteórico dar con el nombre de la víctima, pero al menos dejaría de ser mencionada así, como la víctima, o la chica del suicidio o la que violaron. Ahora sería Alma y su apellido.

«Entonces, no deja de ser un gran paso adelante». Sonrió.

La siguiente carpeta era más voluminosa pero no por ello contenía más información. El apellido García no facilitaba la localización de un individuo concreto. Félix no supo añadir ningún tipo de dato adicional, ni el segundo apellido, ni nada que pudiera simplificar su búsqueda. Tampoco contaban en el actual edificio de congresos y exposiciones con información relativa a los años en que funcionó como internado.

Echó un rápido vistazo a las hojas que tenía mecanografiadas con el nombre de Sebastián García más un posible segundo apellido y el desánimo comenzó a apoderarse de ella. Había que localizar a un hombre en torno a los treinta y cinco años, que si no había cambiado mucho sería más bien corpulento y aficionado a la fotografía.

«Como Carlos».

Su marido contaba con un pequeño laboratorio en casa. Una habitación que su destino original era el servicio doméstico, pero, que de momento, no les hacía falta. Ese era uno de los puntos, entre otros muchos, que servía como detonante de sus discusiones. Quería dedicar los fines de semana a revelar y si Rocío no se encargaba de la niña, no podía hacerlo.

La verdad no era exactamente así, pero se le podía acercar. Lo más justo sería decir que le gustaba hacer fotos por la tarde, cuando iba al fútbol o salía con los amigos y revelarlas por la mañana. Quería el fin de semana entero para él y ella no podía dárselo.

Ni estaba dispuesta a hacerlo.

María le había conseguido ese listado, que siendo extenso, al menos era más reducido que exponerse a las páginas amarillas. Había eliminado a los nacidos después de mil novecientos cincuenta y cinco. Según le había comentado el jardinero, la edad los chicos podía variar desde los trece hasta los diecisiete como máximo.

—Este grupito tenían todos dieciséis o diecisiete —aseguró a Rocío en un momento de su entrevista.

Aún así sumaban varios cientos.

La inspectora estiró las piernas sobre la mesa. Se recogió un rizo rebelde que le caía sobre la frente y...

El reloj de pared comenzó con sus campanadas.

Rocío desvió la vista y abrió los ojos todo lo que daban de sí.

—¡Patricia!

Se incorporó de un salto. Aún contaba con quince minutos para llegar a la hora convenida. Rápido, se cambió de ropa, unos vaqueros y una blusa serían suficientes. Mientras buscaba en el armario los pantalones, pensaba en qué le hacía diferente al tal Sebas el gordo para no haber corrido la misma suerte de sus amigos. Algo debía haber que le hubiese permitido seguir con vida.

«Si es que aún vivía».

No se había planteado la posibilidad de que hubiese fallecido, incluso de que su cuerpo hubiera aparecido algún día con sus respectivas rosas blanca y negra y que a nadie le hubiera sorprendido, lo cual resultaría lógico.

«¿Y si estoy buscando un fantasma?».

Después de dar su aprobación frente al espejo, salió de casa. Su cabeza continuaba a lo suyo, como ella solía decir.

—Me es imposible obligarla a parar, a que me deje dormir. Tendré que aprenderlo a hacer algún día, si no esta acabará conmigo —expuso señalándose la frente, un tarde de conversación con sus amigas.

Metió la llave en el contacto y de repente sintió como si se le iluminara el oscuro callejón dónde su fantasma podía estar escondido. Creía haber dado con el motivo que mantenía a Sebas con vida, siempre y cuando no hubiese fallecido. El motivo era sencillo, lo había tenido durante toda la tarde delante de sus narices.

—¡El informe! Eso es —exclamó sonriente, mientras recorría las pocas manzanas que la separaban de la casa de la amiga de Pati—. Si para mí es como buscar una aguja en un pajar, para ellos también lo habrá sido. Por eso no han ido a por él, porque no le han encontrado.

Pocas horas faltaban para ello.

Después de recoger a Patricia y disfrutar de sus juegos en el baño, llegó la hora de meterla en la cama. Gracias a Dios su amiguita era un culo inquieto como ella y había llegado a casa tan cansada, que después de la cena se quedó profundamente dormida.

Rocío decidió meterse pronto en la cama. La semana había sido larga y la que entraba no prometía ninguna calma. Anotó en su cuaderno lo que pensaba hacer a primera hora, si el trabajo diario no se lo impedía. Buscar el apellido de Alma y comprobar si el listado de *Sebastianes* García se podría reducir de alguna manera. Confiaba en poder dedicar unas horas a este caso, si al día siguiente continuaban sin comisario destinado oficialmente en su comisaría podría trabajar sin problemas.

Con la mente más relajada que noches atrás, aunque ansiosa por ponerle apellido a Alma, miró el reloj antes de apagar la luz. Las once y media y Carlos aún no había regresado del partido de fútbol. Ya no se sorprendía al pensar que no le importaba lo

que hiciera. Disfrutaba de sus momentos trabajando en casa y en compañía de Pati.

Cerró los ojos.

Así los mantuvo cuando oyó el familiar chasquido del pestillo de la puerta de la calle y más tarde el de la habitación. Algo le oyó decir pero se mantuvo impasible. Esperando advertir a su marido al sentarse en la cama se quedó dormida.

Carlos Sebastián había pasado la tarde del domingo tal y cómo deberían pasarse todas las tardes de todos los domingos. La partida de después de comer. Luego fútbol, bien en el campo o por la tele. Después de toda la semana de duro trabajo se merecía disfrutar con los amigos y tomarse unas copas. No hacía mal a nadie. ¿O sí? Hacía ya tiempo que los planes con su mujer se habían reducido hasta tal punto que le costaba recordar la última vez que habían salido juntos a cenar o a dónde fuese, sin contar compromisos familiares.

Esa tarde había cumplido con creces lo esperado de un día entre buenos colegas. Se habían apuntado a la segunda parte del partido que estaban viendo en casa de su amigo Joselu, unas amigas de Óscar, qué, como él decía, iba siendo hora de recuperar el tiempo perdido.

—Lo bueno de estar separado implica que cuentas con todo el tiempo para ti. Sin dar explicaciones a nadie. Puedes hacer lo que te venga en gana —sonreía agarrado de la mano de una de ellas, en la otra mantenía su cuarto *gin tonic* del partido.

—Las dos opciones tienen sus aspectos positivos, depende de qué momento estés experimentando en tu vida. Imagino que en tus buenos años de matrimonio no pensabas así —intervino Joselu, un individuo felizmente casado, que vivía y dejaba vivir a sus amigos.

—Claro que no, el amor me impedía ver más allá —exclamó Óscar entre risas con los brazos en cruz y gesto burlón.

Sebas no apartaba la mirada de una de las chicas. Le prestaba tanta atención que se le pasó por alto el gol de la victoria de su Madrid. Los gritos de sus amigos parecieron despertarle de un profundo y dulce sueño. A cada copa, mayor interés en la chica. No es que no fuera atractiva, que lo era, sino que su timidez y falta de seguridad con las mujeres parecía desaparecer con cada sorbo de whisky.

Muy a su pesar, las amigas se marcharon antes de lo previsto. No serían más de las nueve y media cuando los tres se quedaron solos. Después de dedicar la siguiente hora a bromear sobre las chicas, y los solteros versus los casados, decidieron dar por terminada la tarde del domingo. Al menos había conseguido el teléfono de Mamen y su palabra para verse el próximo jueves.

Embotado entre vapores de whisky y excitado por el placer del juego de la seducción llegó a su casa. Consultó el reloj. Aún faltaban veinte minutos para la media noche. No sin esfuerzo y tras varios intentos, consiguió introducir la llave en la cerradura y acceder al vestíbulo de su vivienda. Tiró la cazadora sobre una silla y se encaminó hacia la habitación. Un par de amagos de tropiezo más tarde alcanzó la puerta de su dormitorio.

—Si está despierta me la...

Abrió la puerta. La luz estaba apagada.

«Me cago en...».

Murmuró maldiciendo su puñetera suerte y planteándose para qué coño uno tiene una mujer si no está cuando el hombre la necesita como esposa.

«¡Mierda!».

Volvió sobre sus pasos y se dirigió al salón. Como venganza optó por ponerse un whisky y ver un poco la tele. Aún era pronto. Se acercó al mueble bar, cogió un vaso bajo, y, reviviendo su desgracia, fue a la cocina a por un poco de hielo.

«¡Qué se joda!».

Al pasar por el *hall* con el vaso repleto de cubitos, reparó en el bolso de Rocío. Estaba abierto sobre una de las sillas que custodiaban el aparador. Lo que parecía ser la esquina de una libreta asomaba por un extremo haciendo de tope a la cremallera.

«Menuda policía está hecha, como lo deje así en cualquier sitio...».

Sebas conocía el valor de esa libreta para su mujer. Solía llevarla siempre consigo, rara vez la dejaba en el bolso a la vista de quién pudiera pasar. Ni aunque se tratase de su marido, incluso en este supuesto lo hubiera escondido con mayor motivo.

«Veamos...».

Con la libreta entre sus manos se acomodó en el sofá como si llevara un preciado trofeo. No sabía qué buscaba, ni siquiera si había algo que buscar. Quizá alguna nota o comentario. Últimamente le había dado por sospechar que su mujer tenía algún amante o se veía con alguien. Al recordarlo se tomó el examen del contenido de la libreta con más interés. Tras un rápido vistazo, no tenía la cabeza para leer más de cuatro líneas seguidas, llegó a la conclusión de que se trataba de una especie de diario mezclado con notas e impresiones sobre los casos en los que trabajaba.

Levantó la vista y lo que vio en la tele atrajo más su atención que lo que estaba leyendo. Minutos más tarde bajó la vista de nuevo y avanzó hasta la última página de la libreta.

No podía ni imaginar lo que le aguardaba entre esos pocos renglones.

De la impresión se le calló el pitillo de la boca. Comenzó a sacudirse con tal ansia que dio con el codo en el vaso de whisky. Este se deslizó sobre la mesilla chocando contra el borde y volcando parte de su contenido sobre la alfombra.

«¡Joder!».

Sin separar la vista de la hoja terminó de sacudirse la ceniza. Su respiración comenzó a acelerarse, sus manos a sudar. El alcohol se evaporó de su organismo como por arte de magia.

Volvió a leer el renglón que Rocío había subrayado.

«... Alma. Sebas el gordo. Sebastián García. Buscar mañana el apellido de Alma y comprobar listado de Sebastianes García...».

—¿De dónde coño...? ¿Por qué...? —dejó las preguntas sin terminar.

El repentino miedo le heló la sangre.

Permaneció unos minutos con la boca a medio cerrar mirando la libreta de Rocío. La mente en blanco, incapaz de reaccionar, ni de pensar en nada y menos aún de articular palabra alguna. Hacía muchos años que nadie le llamaba así, tantos que había llegado a olvidarse del mote. Él era Carlos. Sebastián, y más aún Sebas, habían quedado enterrados para siempre, bajo infinitas capas de olvido, en el fondo de su memoria.

Hasta hoy.

Hasta este domingo por la noche.

Poco a poco fue retomando el aliento. Habían transcurrido dieciocho años ¿o alguno más? No lo recordaba con exactitud. Lo primero que pasó por su atemorizada cabeza era si había prescrito lo que hicieron. Tendría que informarse. Lo segundo fue el recuerdo de una noticia que leyó en el periódico unos años atrás:

«... esta mañana han aparecido los cuerpos sin vida de Fermín Saiz de la Puebla y de Sandro Cobriña a los pies del ático propiedad del primero, se desconoce hasta el momento...».

Los nombres le sonaban, sobre todo el de Fermín. Entre ellos se llamaban por su nombre de pila y casi siempre ignoraban los apellidos a no ser que se tratara de un buen amigo.

No era el caso.

Las pocas dudas que albergaba desaparecieron cuando su vista dio con las fotografías de los fallecidos.

—¡Coño! El Indio y su primo... —exclamó para sí.

Días después leyó el artículo que se refería a la muerte de otro individuo bajo el puente de Segovia. El periodista planteaba la posibilidad de que ambos casos estuvieran conectados por una rosas que aparecieron en ambos escenarios. Una blanca y una negra. La noticia no aportaba ninguna foto del fallecido y Sebas se olvidó del asunto.

Hasta esta tarde de domingo.

Ojeó de arriba abajo la libreta buscando algún apunte que le indicara si su mujer sospechaba de él. No había nada excepto lo anotado en la última hoja. Apuró de un trago el resto del whisky que no se había desparramado por la alfombra y con sigilo, temiendo más que nunca despertar a Rocío, se encaminó al mueble bar a por la última copa y de ahí, con la libreta en la otra mano, hacia el vestíbulo. La dejó sobre el aparador junto al vaso. Antes de guardarla en el bolso y dejarlo todo como estaba decidió husmear. No iba a ser fácil contar con una ocasión como la que en esos momentos se le presentaba.

Se trataba de un bolso de tamaño medio. Un separador central y cremalleras en las paredes laterales. Una agenda, pañuelos, su cartera. Algún lápiz de labios, un pequeño cepillo.

«¿Para qué coño llevará esto al trabajo?».

Abrió la primera cremallera de la derecha. Una lista de la compra y caramelos. Decepcionado por el escaso interés de lo que iba encontrando, tiró de la cremallera del otro bolsillo lateral, introdujo la mano.

Unas cuartillas dobladas.

Las extendió sobre el aparador y algo cayó al suelo. Desde su posición y con las pocas ganas que tenía de agacharse supuso que se trataba de un trozo de cartulina. Dio otro trago al whisky y lentamente fue doblando las rodillas. Al cogerlo le pareció un grueso papel, le dio la vuelta.

—¡Joder! ¡Mis fotos! ¿Pero cómo es posible? —lamentó haber hablado en voz alta. Aguardó unos instantes por si oía a su mujer.

Silencio.

Abrió los ojos con exageración, atemorizado observó detenidamente la fotografía. El Indio y Fermín aguantaban los brazos de la chica, no llamarla por su nombre hacía que todo resultara más impersonal, Andrés sobre ella. Se distinguía un brazo de Héctor. El corazón le latía como nunca antes lo había hecho, comenzó a sentir un suave pinchazo en el pecho. Le faltaba el aire.

Hubiese jurado que la cámara se quemó durante el incendio. El último recuerdo que tenía de ella la situaba en la habitación en aquella fiesta. Nunca más volvió a verla. Se había olvidado de las puñeteras fotos en cuanto abandonó el maldito internado. Cogió las cuartillas desdobladas y las leyó sin soltar la fotografía.

«Fotocopias».

«... dile a tu primo que dentro de tres días llegaran copias a la prensa y a vuestras familias. Tranquilos, no queremos que confeséis, ya no es necesario. Nos vale con que sufráis la misma vergüenza, la misma culpabilidad pero sobre todo queremos que experimentéis el mismo terror que sintió Alma aquella noche...».

Ahora sí que su corazón amenazaba con salirse del pecho. El regreso a casa después del fútbol había supuesto un mazazo tras otro. A cual más fuerte.

¡Ruido en su habitación! Su mujer había encendido la luz.

Dobló las hojas y metió la fotografía entre medias. Guardó todo junto en la cremallera mientras esperaba fuera de sí, a que su mujer apareciese por el pasillo a tomar su habitual vaso de leche en noches de insomnio.

«¡Mierda!».

Había visto que una de las cremalleras permanecía abierta. Estaba vacía.

«¡Soy tonto de cojones!».

El ruido del grifo le indicaba que Rocío estaba en el baño del dormitorio.

«¡Vamos, coño!».

Con las copias de las cartas y la foto en su lugar correspondiente, cerró la cremallera, guardó la libreta y dejó el bolso sobre la silla. Con el vaso en la mano y los hielos a punto de desaparecer, entró en la cocina para reponer los cubitos.

El clic del pestillo de su dormitorio le aceleró aún más el corazón, si es que eso era posible. Cerró la nevera, cruzó el *hall* en dos zancadas y se sirvió un chorro de

whisky. Adoptando la posición más natural que pudo esperó a que su mujer apareciera bajo el dintel de la puerta, rumbo a la cocina. Cerró los ojos, ladeó la cabeza en la dirección contraria a la entrada mientras se obligaba a ralentizar su respiración.

De repente cayó en algo que le ayudó a relajarse. En su cabeza guardaba una copia exacta de la foto que acaba de ver. Comenzó a respirar más pausadamente.

Sonrió.

«No salgo en la foto».

Otra conclusión le sirvió para reforzar aún más su necesidad de considerar que nada había contra él. ¿Cómo iba a ser de otra manera si él era el fotógrafo?

«A ver si va de una vez a por su puñetero vasito de leche».

Comenzaba a quedarse dormido cuando un nebuloso recuerdo le golpeó en la cabeza. Al llegar su turno con Alma, tuvo que desprenderse de la Kodak. La dejó sobre una mesa.

«¿O en el suelo?».

Daba igual, la cuestión era que instantes después se giró hacia su izquierda y vio un *flash*.

«¿Alguien sacó una foto o lo soñé?».

Segundos más tarde llegó a la conclusión de que sí fuera así, su mujer no la tendría en su poder. A pesar de que en aquella época le sobrarian treinta kilos, le podía haber reconocido. Si ella solo tiene la fotografía que guarda en el bolso...

«¿Quién tiene las demás y cómo coño han llegado a su poder?».

Carlos Sebastián se quedó profundamente dormido, hasta que las campanadas que indicaban las cuatro de la mañana se colaron en sus sueños y abrió los ojos. No le costó nada reconocer dónde se encontraba, pero enseguida un enorme puño se le agarró al estómago al recordar la libreta, la foto y las copias.

«Un puto sueño, seguro».

Se incorporó. Apagó la tele y la luz del salón. Una vez en el *hall* miró de reojo la silla junto al aparador.

Frunció el ceño.

Donde esperaba ver el bolso de Rocío no había nada.

Cuando la inspectora se levantó, aún faltaba una hora para que se despertase su marido. Carlos Sebastián no salía de casa hasta después de las nueve, excepto cuando tenía que llevar a Patricia al colegio.

—Buenos días, señorita —canturreó Rocío mientras subía la persiana.

—¿Cuánto falta para mi cumple, mamá? —Pati se frotaba los ojos recién levantada. Llevaba un rato dándole vueltas al asunto.

—Aún faltan unos pocos meses para tus cinco añazos. ¡Vamos, que hay que vestirse! ¿Por qué lo preguntas? —quiso saber al ver la cara de decepción de su hija.

—Hoy me apetecía cumplir años —soltó camino del armario con uno de los calcetines a punto de perderlo.

—¿Sí? Pues yo te regalo uno de los míos. Todos los que quieras.

—Vale. Entonces hoy me pido un batido de caramelo y...

—Para, para ¿pero si hoy no...?

Patricia estalló en unas ruidosas carcajadas por haber sido capaz de engañar a su madre.

—¡Ah! Pues me lo debes.

—No grites que vas a despertar a tu padre.

Sebas estaba ya despierto.

Mejor dicho, casi no había pegado ojo en toda la noche.

Oía las risas de su hija, pero su cabeza estaba lejos de esa casa. Su cabeza, con permiso de la resaca, daba vueltas a la noche de ayer. Creía recordar todo con claridad. Su nombre, rodeado de un trazo grueso, el de la chica, unas fotocopias, la fotografía y el puñetero bolso.

«¿Si no cómo coño me lo iba a inventar todo?».

Algo se le debía escapar porque el bolso ya no estaba en la silla. Se incorporó y saltó de la cama. Un intenso mareo se alojó en su cabeza sin previo aviso. Quería aprovechar que Rocío estaba ocupada vistiéndola a Patricia para ver si lo había guardado en la repisa del armario junto a otros bolsos. Encendió la luz del pequeño vestidor, abrió una de las puertas que correspondían a su mujer y barrió con la mirada las diferentes baldas.

«¡Aquí está!».

Nervioso lo tomó entre sus manos. Tiró de la cremallera central confiando en ver la libreta. No estaba. Corrió las dos situadas en las caras internas. En una de ellas debería encontrar las fotocopias y la carta. Sentía su corazón acelerado mientras esperaba que asomaran al paso de la cremallera.

Ni copias, ni fotografía.

«¡Mierda!».

Dejó el bolso como estaba y se metió en la cama de nuevo. Comenzaba a dudar de sí mismo, a sospechar que posiblemente todo había sido un puñetero sueño. Recordaba que al oír el pestillo del dormitorio regresó al salón dejando el bolso en la silla. Si Rocío fue a la cocina y se lo llevó, no tenía sentido que lo vaciara. Ella no podía saber que lo había registrado, no a simple vista.

¿O sí?

Rocío Prados llevó a su hija al cole. Disfrutaba las mañanas de cada día compartiendo con la pequeña las primeras horas. Sonreía al recordar cómo le había querido sacar la merienda de cumpleaños varios meses antes de que los cumpliera.

—Me lo tengo merecido por ofrecerle un año de los míos. No me queda otra que cumplir.

Paró a tomar un café.

Al levantarse había estado en un tris de despertar a Carlos para decirle o mejor aún, gritarle, cómo se había atrevido a registrar su bolso. El muy imbécil pensaba que

no se iba a dar cuenta.

Cuando abrió los ojos la primera vez por la noche, reparó en que Carlos aún no se había acostado. Al salir del baño decidió ir a por un vaso de leche templada. Con el pomo de la puerta en la mano cambió de idea. No le apetecía encontrarle en el salón. Había pasado al menos una hora desde que le oyó llegar.

Su mente tenía otros planes. No era fácil quitarse la idea del vaso de leche. Le sentaba muy bien de madrugada. Una hora y media después decidió hacer lo que no había hecho antes. Se levantó armada de valor por si a él le apetecía discutir y salió del dormitorio. A mitad de pasillo le sorprendieron unos ruidos.

—Está roncando —murmuró—. Mejor.

Asomada a la puerta del salón le vio sentado en la butaca con la cabeza inclinada hacia el otro lado y la televisión puesta. Mientras avanzaba por el pasillo le sorprendió ver su bolso sobre la silla junto al aparador.

—¡Qué cabeza la mía!

No le gustaba dejar el bolso con el que había vuelto del trabajo al alcance de nadie. Un brillo sobre la reluciente madera del mueble atrajo su atención. Se agachó hasta situar sus ojos a la altura del aparador y pasó un dedo por el brillo circular.

—¿Agua?

Al momento lo comprendió todo. Se trataba del típico cerco que deja un vaso con hielo. La explicación era muy simple. Sintió como se enfurecía. Desde donde se encontraba vio en la mesilla junto a la butaca de Carlos un vaso bajo que aún contenía whisky y algún pequeño resto de hielo. El único motivo por el que hubiera dejado el vaso sobre el aparador el tiempo suficiente para que formara ese cerco, resultaba evidente.

Cogió el bolso y lo abrió. Es casi imposible que una mujer no sepa si se lo han registrado. Las cosas suelen estar en un lugar determinado, sobre todo en ese tipo de bolsos medianos. Su libreta le llamó la atención. La abrió por la última página escrita y lo que creyó ver en ella la hizo enfurecer. Una mancha que aún no se había secado, como una salpicadura. La olió.

«¿Whisky?».

Registró las cremalleras, localizó la fotografía guardada de manera diferente a como ella lo había hecho. Estaba furiosa. Regresó al dormitorio y cambió el contenido del bolso a otro, lo guardó en un armario de la cocina. Mientras templaba la leche optó por no decirle nada. Le daba una enorme pereza cualquier tipo de discusión con su marido. Además estaba segura que no habría encontrado nada de interés para él. Lo sabía, pero la falta de respeto a su intimidad le sacaba de quicio.

Al llegar a la comisaría se encontró con la noticia, que no por esperada le hacía menos ilusión; el ascenso de Romero a inspector jefe y comisario en funciones mientras llegaba el nuevo. No tardaría mucho tiempo en conseguir el ascenso definitivo, para eso estaba estudiando el curso correspondiente.

—¡Felicidades! Me alegro mucho por ti —señaló puesta de puntillas para darle

dos besos.

—Gracias, inspectora —sonrió—. He pedido el regreso de Mendía. ¿Qué te parece como primera disposición?

—¡Genial!

—¡Han hallado dos cadáveres en un chalet de la Moraleja! —dijo una voz detrás ellos.

—¡Martín! —gritó Romero—. Ve con Prados.

—Dame un segundo, por favor.

Rocío se acercó a la mesa de María.

—Necesito que me busques una información. Si se enteran los superiores como Villega nos tendremos que cambiar de trabajo.

—Dispara.

—Mira. Se trata de averiguar el apellido de una chica llamada Alma, que falleció en el verano de mil novecientos setenta en un internado de Asturias, El Bosque se llama. Fui a investigar pero no guardan archivos de esa época... ¿María?

—Sí, sí, perdona. Disculpa no he dormido bien.

—Por si te ayuda en la investigación, antes de caer por el acantilado del instituto, fue violada por cinco jóvenes.

—¡Dios mío!

—Prados, nos esperan —Martín se había acercado a la inspectora.

—Mira en decesos, de... bueno ya sabes. Sí, vamos —guiñó un ojo a María antes de girarse.

«Algo le pasa a esta chica».

El caso de los asesinatos en la urbanización la Moraleja se fue complicando con el paso de las horas. Los cadáveres descritos por un vecino, se encontraban en el jardín del chalet. Uno, junto a la verja de entrada, correspondía al de un joven entorno a los veinticinco años vestido con el uniforme de Seur. El otro, junto a la puerta de acceso a la vivienda, fue identificado como el de la señora de la casa. Más tarde, en el interior, se hallaron tres cuerpos más sin vida. Dos de los hijos de la pareja, un chico de trece años y su hermana de ocho, tumbados en el cuarto de juegos, rodeados por una enorme mancha de sangre, junto al cuerpo de una amiga y vecina de la pequeña.

Todos los cuerpos recibieron multitud de cuchilladas y fueron rematados con un único tiro en la sien o en la nuca, según decidieron los asesinos. Él único que solo presentaba ese impacto de bala fue el repartidor de la empresa de mensajería.

En la parte trasera del chalet, entre la vivienda y la pequeña casa de invitados aparecieron los cuerpos de los dos perros que tenía la familia, ambos acribillados a balazos. El propietario de la vivienda era un antiguo miembro de un Cartel colombiano retirado una década atrás e instalado en Madrid como miembro del programa de protección de testigos.

—Este es un maldito caso, compañera —a Martín lo le gustaban nada los ajustes de cuentas entre bandas o miembros de esas bandas o lo que se le asemejara. Este

caso tenía toda la pinta de ser uno de esos.

—Si se confirman tus sospechas, es probable que lo lleven aquellos que conozcan los detalles.

Las sospechas de Martín se confirmaron, pero no ocurrió lo mismo con la predicción de Rocío. Fue un caso que les absorbió todo el tiempo, con el paso de las semanas se fueron uniendo otros.

Para desesperación de Rocío no le quedaba ni un minuto al día para seguir con la investigación del caso de las rosas. María había dado con el apellido de Alma; Mateo. Repitió varias veces mentalmente Alma Mateo, Alma Mateo, como una forma de grabarlo en su mente para no dejar que el tiempo la enterrase en el olvido. Del listado de *Sebastianes* no salió nada concreto. Si a García se le añadía un segundo apellido, el número de candidatos aumentaba exponencialmente.

La impotencia a la hora de buscar un hilo del que seguir tirando, le hacía sentirse incapaz de cumplir con su trabajo. Cierto que las demás investigaciones solían acabar con excelentes resultados y era premiada por ello, pero no le compensaba.

Su vida privada no iba mucho mejor. Cuando regresaba a casa Patricia ya dormía. La mayoría de las noches era Berta, su madre, la que se encargaba de darle la cena y acostarla, unas veces en su casa, otras en la de la abuela. Al menos, por las mañanas, disfrutaba de ella en el desayuno y llevándola al cole. Los días en que la pequeña dormía con Berta, Rocío la recogía a primera hora y la llevaba a clase.

Como era de esperar, la tensión en la pareja aumentó hasta un punto en que cada miembro hacía lo posible por evitar al otro. El regreso a casa por la noche implicaba exponerse a los habituales reproches de Carlos. Su enfado se incrementó cuando ella decidió no discutir nunca más. Le daba las buenas noches, entraba en la habitación a dar un beso a Pati y se metía en la cama.

Una noche Carlos le dijo que lo mejor sería separarse.

—Me parece una buena idea.

—¿No tienes más que decir? —esperaba algún comentario en contra.

—No, solo agradecerte que hayas dado el paso, creo que nuestro matrimonio fue un error desde el principio, Carlos.

—Si te hubieras quedado en Avón y no hubieses decidido ser policía. ¿Pero quién te crees que eres?

Rocío levantó la mano.

—No empecemos, por favor. No voy a volver a repetir una conversación que ya hemos tenido en multitud de ocasiones y...

—Y que tú no has querido solucionar...

—Carlos... firmaré esos papeles —cortó.

Rocío se fue a la cama imaginando lo que sería su vida a partir de ese momento. Seguro que mejor. Sonrió al recordar a Romero, ya de comisario, al finalizar la pequeña fiesta que le organizaron. Su mirada, sus manos en los hombros, antes de besarla con ternura, como nunca antes lo habían hecho.

—Perdona, yo...

—No hay nada que perdonar —Rocío le dedicó una enorme sonrisa— pero debes darme un poco de tiempo.

Le sorprendió gratamente la mirada y la suavidad de un tipo duro como él buscando las palabras que justificaran su actuación, como un niño inventa una excusa para su madre.

Se durmió.

Por primera vez en mucho tiempo no hubo vaso templado de leche a medianoche.

Los meses pasaron y Carlos Sebastián se fue de casa con los papeles de la separación firmados. Desde el primer día, la inspectora, para satisfacción de su madre, de la pequeña y de la propia Rocío, adelantó el regreso a casa sin proponérselo. No se había dado cuenta que durante los últimos meses se había conformado con disfrutar de las primeras horas de la mañana de su hija, permaneciendo la gran mayoría de los días en la comisaría más tiempo del necesario con cualquier papeleo.

Su marido iba a buscar a la pequeña un domingo cada dos semanas y parecía que ambos disfrutaban. La llevaba al cine, al zoo. Eso sí, la dejaba en casa antes del partido.

Algo es algo.

—Acuérdate de que mañana tengo la cena de María —Rocío y su madre se encontraban en la cocina.

—¿Ya sabes lo que os quiere decir?

—No, pero por lo que he podido escuchar es posible que nos comunique su marcha de la comisaría —señaló. Masticaba el último trozo de tortilla francesa que Berta había preparado, se puso en pie para recoger la mesa.

—¿No te da pena que se vaya? Han sido muchos años.

—Mucha, mamá, mucha. Pero tiene a derecho a prosperar si ha encontrado algo mejor.

Si por María fuese, no habría tomado la decisión de marcharse. Quizá no tan de improviso. Todo se reducía a una cuestión de principios. Unos pocos días atrás tuvo una propuesta, que se podría considerar un ascenso. Pocas personas se hubieran negado a trabajar para el comisario principal Néstor Villega. Recibió una llamada para convocarla al día siguiente en su despacho, al colgar el teléfono le temblaba todo el cuerpo. Por su posición sabía que ese hombre había sido el causante del cambio de destino de su jefe, Antonio Rovira y del absurdo ascenso de Cortizo.

Cuando regresó de la reunión su cara era un poema.

—¿Estás bien, María? No tienes buena cara.

—Sí, gracias Rocío —colgó el abrigo en el perchero, guardó el bolso en el armario y se dejó caer en su silla—. Tengo que tomar una decisión. Ahora no puedo contarte nada, hay oídos en todas partes.

—Cuando quieras, ya sabes.

María intentó sacar a relucir toda su capacidad de persuasión, que no era poca. Su fama como secretaria había alcanzado a las altas esferas y Villega no iba a dejar que otro se la llevara. Además era el comisario principal «¿Dónde iba a estar mejor?».

—¿Entonces qué me dice?

María bajó la mirada y buscó en su amplio repertorio una sonrisa que resultara lo más natural posible. No fue fácil, la presión comenzaba a resultar agobiante.

—Verá, señor, estoy contenta con mis funciones en la comisaría y muy agradecida al trato que he recibido todos estos años y...

—Venga, venga, piénseselo y deme una contestación en un par de días. Recuerde que no admito un no por respuesta —concluyó con una mueca que María no supo interpretar.

«¿Era en serio o trataba de ser gracioso?».

Una mezcla de las dos posibilidades sería la respuesta correcta. Néstor no estaba acostumbrado a que le negaran nada, pero en ocasiones, sobre todo en los pasos iniciales con los nuevos empleados, se esforzaba en parecer gracioso y el resultado de ese esfuerzo sembraba la duda en su auditorio.

Como en este caso.

«Dos días».

Ese era el resumen de la conversación que María llevaba grabado en su mente. Tenía tres opciones, dos de ellas pasaban por abandonar la comisaría. La tercera permanecer en ella habiendo rechazado la oferta del comisario principal. Sabía cómo se las gastaba Villega, su vida se podía convertir en un auténtico infierno. Si no se quedaba y tampoco aceptaba la propuesta, la única opción posible era aceptar la oferta que desde meses atrás guardaba en la mesilla de noche de su dormitorio y que a menudo leía sin llegar a decidirse.

Requerían sus servicios para llevar los asuntos del director de una multinacional del sector de la alimentación. Implicaba olvidarse de los últimos años y sobre todo de algo más, del caso por el que echaron a Rovira. Implicaba olvidarse de Alma Mateo.

Eso era lo que más le dolía.

—¡No falléis! ¿Eh? —María señaló sonriente con el dedo a Romero, Mendía y a Rocío que estaban reunidos en el despacho del primero.

—Con una condición.

La secretaria entró y cerró la puerta.

—A ver, qué te ocurre.

—Quiero que nos cuentes qué es lo que te sucede estos días —pidió Rocío con el semblante serio.

—De eso voy a hablaros.

—Bien, pues en ese caso cuenta conmigo.

—Hasta mañana entonces.

Cuando María abandonó el despacho, en el ambiente flotaba la pregunta que todos ellos se hacían. Todos no, Romero, como comisario, había escuchado chismes,

como él los llamaba.

Rocío y Mendía le miraron sin decir nada. Era una forma de respetar su nueva posición. Una cosa era la amistad que les unía y otra muy distinta olvidarse del cargo que ocupaba cada cual.

—Vale. Está bien. Solo es un chisme.

La inspectora sonrió. Sabía que algo iba a compartir con ellos.

—Veréis, se comenta que el comisario principal quiere llevársela a su despacho.

—No creo que acepte —intervino Mendía cruzando las piernas y mostrando la adquisición de su último modelo de Adidas.

—Tiene derecho a mejorar y a cobrar más. Entendería que quisiera ascender —a pesar de lo expuesto, ni la propia Rocío reconocía sus palabras.

«Ascender sí, pero ¿a qué precio?».

Rocío no esperó siquiera a que Mariana les tomara nota de la cena y abordó a María.

—Desembucha guapa, que me tienes en ascuas.

La secretaria les contó la reunión que habían mantenido con Villega el día anterior. Su propuesta y su actitud, dando por hecho que se incorporaría a su despacho en menos de una semana. El plazo para contestar vencía al día siguiente. Les confesó su temor a que su vida dejara de ser tan agradable como la que llevaba hasta ahora, si se negaba. Trabajar para Néstor Villega no era una opción. O se quedaba, exponiéndose a las seguras y continuas represalias de un herido comisario principal o se marchaba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Rocío con su mano sobre la de ella.

—Voy a aceptar una oferta que tengo desde hace tiempo en una multinacional —señaló con media sonrisa. La alegría y los ánimos de los presentes le hicieron sentirse mejor.

Había otro motivo mucho más importante.

Motivo que no podía compartir con ellos.

No en ese momento y posiblemente nunca. Quizá se trataba de una huida hacia delante.

«Hay cosas que es mejor no saber».

—A ver. ¿Qué pongo de beber a mis polis preferidos? —libreta en mano Mariana analizaba los rostros de todos ellos—. ¿De qué va la fiesta, si puede saberse? —miró a Romero—. ¿Hombretón?

A Rocío comenzaba a hacerle gracia la actitud de esa mujer. Si las cosas continuaban como iban, tendría que decirle que no estaba solo.

—María se nos va.

—¿Sí? Pues no te voy a engañar, no me gusta perder clientes, así que ya puedes seguir visitándome ¿de acuerdo? Espero que sea para mejor.

—Se hará rica —señaló Mendía.

—Bueno, bueno. ¿Qué os pongo? Empiezo por ti, María. ¿Tu Coca-Colo de

siempre?

Asintió.

—Y yo *un Fanta* —dijo Rocío. Era su típica respuesta a María.

La cena transcurrió entre bromas que no podían disipar la nube de tristeza que reinaba en el ambiente. A la inspectora le había afectado la noticia. Con el tiempo se habían hecho buenas amigas. En ocasiones quedaban a tomar algo al terminar su turno. Conocía a Pati desde el pasado fin de semana que la invitó a comer a su casa.

Ese día comenzó el efecto mariposa.

A partir de ese momento todo se precipitó.

En ocasiones la vida es como un mar en calma, rutinaria, hasta que sin motivo aparente confluyen una serie de circunstancias en el tiempo que te obligan a salir corriendo, a huir del tsunami que te persigue.

La abuela Berta se había apuntado a la comida, contenta de que María se llevara a Pati y a Rocío a dar una vuelta, y disfrutaran de la mañana soleada, con que Madrid había amanecido, paseando por el Retiro. Se ofreció, sin dar opción a réplica alguna, a hacer la comida para las cuatro. Le gustaba estar en casa de su hija con la pequeña. Ahora que su yerno se había ido, podía cocinar con calma sin sus constantes interrupciones con el único propósito de hacer una crítica a Rocío.

—Perdona que te diga esto, Carlos, pero estoy harta de tus quejas, todos los días es lo mismo —lo llevaba muy dentro y tenía que soltarlo. Evitó elevar la voz más de lo necesario—. Es mi hija y la quiero como a nada en el mundo. Y como madre estoy muy orgullosa, así que haz el favor de no volver a hablarme así de Rocío.

Fue la última conversación que mantuvo con él, si se podía llamar así.

Estaba limpiando unos calamares para hacerlos en su tinta con arroz blanco. Llevaba bastante trabajo y sabía que su hija, a pesar de que le encantaban, no encontraría el tiempo necesario para cocinarlos. La mañana pasó rápida para la abuela, concentrada como estaba con la comida, tanto, que no oyó la puerta de la calle abrirse.

—¡Abuelita ya estamos aquí! —como un torbellino, Pati entró corriendo a abrazarse al regazo de una emocionada Berta.

—¿Qué tal lo habéis pasado?

—¡He tocado un pavo real! Y hemos montado en unas barcas —expuso feliz.

—Déjame tu chaqueta, María.

Aunque el día era soleado, ambas llevaban sobre sus camisas unas chaquetillas de entretiempo. Las dos coincidieron con vaqueros.

—Nada de formalismos —rogó Rocío el día anterior.

Después de disfrutar de la fantástica mano que Berta tenía para la cocina. Llegó la hora de la siesta de Pati.

—Adiós, tía María.

«Tía María».

Le había gustado. No pudo evitar sonreír y darle dos besos.

—Es un encanto.

—¡Qué te voy a decir yo que soy su abuela!

Mientras Rocío acostaba a su hija y Berta se movía en la cocina, zona a la que le había prohibido el paso terminantemente, María optó por curiosear los ejemplares de la librería. Muchos libros de misterio, de criminología en inglés. Se acercó a un pequeño grupo de marcos con fotografías.

Tomó el primero en sus manos. Sonrió a Rocío y a Pati en bañador.

Tomó el segundo. En primer plano las caras de Rocío y de un hombre...

«¡Oh! Dios mío, no...».

Llevó su mano a la boca ahogando un grito.

—¡No es posible! ¡No puede ser! Por favor... no...

Le había reconocido, a pesar de los muchos kilos de diferencia que había entre la foto que tenía entre sus manos y su recuerdo del verano de mil novecientos setenta. Pero era él, no le cabía ninguna duda.

«Sebas... el gordo».

El marco resbaló entre sus dedos haciéndose añicos el cristal.

Le temblaban las manos. Miraba absorta la fotografía en el suelo cubierta de pequeños trozos de vidrio asomando por un extremo de la moldura.

—No te preocupes, no pasa nada, es solo un marco —el ruido había atraído a Berta que entró en el salón con una escoba y un pequeño recogedor.

—Lo siento, yo...

—No pongas esa cara mujer, no es para tanto. Además no creo que sea la foto que más le importe a mi hija. El que está con ella es Carlos, su exmarido.

—¿Carlos?

María pensó que con un poco de suerte se había equivocado.

—Sí, nació en Venezuela. Su nombre completo es Carlos Sebastián —apuntó mientras terminaba de recoger los pequeños cristales.

María permanecía absorta.

—Estás sudando. ¿Te encuentras bien? ¿No te habrá sentado mal la comida, verdad? —se interesó con gesto preocupado.

—No que va, Berta, solo estoy un poco mareada. Son los mejores calamares en su tinta que he tomado en mi vida.

—¡Tampoco hay que exagerar! —puesta en pie con los restos del marco en el recogedor, sacudió una mano en el aire como quitando importancia a las palabras de María. Le encantaba que disfrutaran de su cocina.

—Es cierto, de verdad —la secretaria hacia esfuerzos por no salir corriendo de la casa. Frotaba sus manos, nerviosa.

—Siéntate un poco, que voy a traerte una infusión —remedio habitual de Berta para dolencias extrañas.

Los siguientes minutos permaneció sentada, con la mirada perdida.

Rocío regresó al salón con una bandeja, manzanilla y un par de tazas.

—Me ha dicho mi madre que no te encontrabas bien. No te dejará irte sin que te tomes una infusión, así que si no quieres tener problemas con la abuela, ya sabes —aconsejó sonriente—. ¡Ah!, y no te preocupes por la foto. Ya tengo la excusa perfecta para quitarla de ahí. Las dejo por la niña.

«¡Qué no me preocupe!».

Una hora más tarde María abandonaba la casa con la promesa de cuidarse y llamarlas si empeoraba. Berta había llegado a la conclusión de que seguramente sería alguna alergia o que estaba incubando algún resfriado.

—Con eso mejor no jugar —concluyó.

—Se te va a echar mucho de menos, María. No sé si podré perdonarte que me dejes solo ante el peligro —Romero apuraba un chupito de licor de manzanas verdes.

—Os prometo que me hubiera gustado quedarme.

—¿A quién le doy la cuenta? —Mariana llevaba un pequeño plato en la mano, dispuesto a dejarlo frente al hombretón pero María se le adelantó.

—He organizado yo esta reunión y os invito por mi despedida —dicho lo cual le arrebató el plato a Mariana.

—No puedo permitir...

—Sí que puedes. No te queda otra —dejó la tarjeta de crédito y miró a Romero—. No os iba a dejar pagar a ninguno y no me obliguéis a ponerme testaruda.

María pinchó el último trozo de su inseparable tarta de Santiago, que lo había reservado para después de último sorbo de café y lo llevó a la boca. Era consciente de que se terminaba la cena y con ella el tiempo que disponía para tomar una decisión. Lo que menos le importaba en esos momentos era su vida profesional.

Minutos después apareció la camarera con el recibo extraído de la bacaladera y lo situó frente a ella.

—Para la futura rica, guardaré la copia como oro en paño —advirtió sonriente.

María cogió el bolígrafo y firmó bajo la atenta mirada de Mariana.

—Siempre me he preguntado qué significaba la E de tu firma —la inspectora miraba con especial cariño a su amiga. Si optaba por aceptar la oferta de esa multinacional se había terminado el verla cada día, muy a su pesar.

—¿No será por María Eugenia, María Emilia o María Laura, verdad? —intervino sonriente Mendía.

Ambas miraron el recibo firmado.

«*María E. Lasa*».

—¿Las tres mellizas de Julio Iglesias? —todos rieron la ocurrencia—. No, no, es parte de mi nombre. De pequeña me llamaban María Esther, y en el colegio Esther, por abreviar. Ya de mayor me quedé con María, mis padres fueron abandonando el segundo nombre y mantuve la E, al firmar, como recuerdo.

Mintió.

Lo hizo por Alma.

No se presentó al puesto vacante de secretaria del comisario Antonio Rovira por

casualidad. Mientras trabajaba como ayudante de dirección en una empresa de moda, recibió una llamada que resultó ser un intenso foco al final del oscuro túnel. La directora donde realizó el curso internacional de secretariado se puso en contacto con ella para comunicarle que buscaban una secretaria para el comisario Rovira. Si le interesaba el puesto contarían con ella.

Lo aceptó. Lo hizo por Alma.

Por Alma y por Fran.

Héctor ya había pagado.

Casi habían perdido la esperanza de localizar a Andrés Rodrigo, a Fermín Saiz de la Puebla, a Sandro Cobriña. No tenían intención de asesinarles. No eran asesinos. Pero no estaban dispuestos a dejar que la violación de Alma y el asesinato de su hermano prescribieran. Lo de Héctor no salió bien, no como lo habían planeado.

Desde su puesto en comisaría había localizado a Rodrigo en la cárcel y a Fermín en los Estados Unidos. Restaba idear un plan para que no salieran impunes. Lo de sus familias vendría después. Todo había salido a pedir de boca excepto localizar a Sebas el gordo. Durante años estuvo pendiente de cada noticia, de cada listado y con mayor énfasis desde que la inspectora Prados, confió en ella y le entregó un listado de Sebastianes. Fue la abuela Berta la que le aportó la clave de su fracaso.

«Es venezolano, se llama Carlos Sebastián».

No se le había pasado por la cabeza que Sebas fuera su segundo nombre de pila. En su caso, María suele ir acompañado de otro nombre, a nadie le sorprende. Seguramente Carlos García no hubiera resultado más fácil de localizar, pero al menos se hubiera encontrado en alguno de los listados con ese nombre y apellido.

A la mañana siguiente de la cena, se presentó en comisaría para comunicar la decisión de marcharse a sus compañeros, pero sobre todo al comisario principal. Desconocía los motivos por los que había ordenado a Antonio Rovira que no investigase un caso que podía ser un asesinato. María sabía lo que había sucedido, pero le sorprendió, a ella y al pequeño grupo que trabajaban en equipo, que trasladaran a Rovira por ese asunto. Hasta que un día Rocío le confesó que la orden venía de arriba, de Eladio Saiz de la Puebla.

El padre de Fermín.

Todo encajaba.

Tan claro, que sabían que no actuaba así por defender la reputación de su hijo, y de su sobrino, aunque fuese indefendible, sino por él mismo, por salvar su propia imagen, su carrera.

Esto no iba a quedar así.

Todos pagarían a su debido tiempo.

La conversación con Néstor Villega no fue plácida. Cuando llamó por teléfono su secretaria le dijo que de parte del comisario principal se acercara a la oficina para firmar el contrato.

—Dígale de mi parte que no iré y...

—¿Cómo qué no vendrá? El señor Villega no aceptará que...

—Me voy de la comisaría.

—Le repito que la espera aquí esta tarde a las...

Colgó.

Minutos después llamó el comisario principal en persona confiando en su capacidad de persuasión. La insistente negativa de María le llevó a levantar el tono de voz, hasta un punto que ella decidió no aguantar ni un segundo más a quien servía de modo rastrero al Presidente del Constitucional.

—... haga el favor de presentarse aquí a las...

—Buenos días, señor Villega.

—¿Le has colgado? —quiso saber Rocío, que esperaba a que terminase la conversación para hablar con ella acerca de la cena de ayer.

—No me ha dejado otra.

El comisario Romero recibió la llamada de Villega un minuto después. No fue fácil convencerle de que María había aceptado una oferta laboral y que nada podía hacer para evitarlo.

Ese fin de semana Esther lo pasó apática. Declinó una invitación de Rocío para pasar el día con ella y Patricia. Ahora que sabía que el marido de la inspectora era el hombre al que llevaban buscando desde hacía años, su rabia había dejado paso a una sensación de culpabilidad absurda. Si se hacía pública la implicación de Carlos en lo acontecido en El Bosque, la vida de la pequeña Pati y la de su buena amiga Rocío quedarían marcadas para siempre.

Bastaría con que hiciera una llamada para que todo se pusiera en marcha.

Pensó en Alma, y en quien hizo las fotos.

Pensó en Fran, y en quienes le dejaron morir.

Descolgó el teléfono.

—He localizado a Sebas el gordo —indicó con voz apagada— es el exmarido de la inspectora Rocío Prados.

Al calor de la chimenea

La abuela Berta era la madre más orgullosa del mundo. Su hija acababa de ser investida como la primera mujer comisario en España. No podía negar que le sorprendió sobremanera la carrera de Rocío. Pensaba que la había educado conforme a los tiempos que corrían. Ser una buena madre y una buena esposa era una digna aspiración de una mujer que se preciara de serlo. Sin duda era buena en todo eso, sin embargo, había desarrollado una vena que desconocía de quién la podía haber heredado. Nadie en su familia, ni en la de su marido, que en paz descansa, había tenido ninguna relación con la policía, el ejército o alguna ocupación similar.

Para celebrarlo habían dado una pequeña fiesta en casa para la familia y los amigos más cercanos.

—¡Mi madre es comisario de policía! ¡Guau! —la pequeña Patricia había cumplido los quince años y era tan alta como Rocío. Se había agarrado a su cuello y no paraba de darle besos.

—Para, para, que van a venir los invitados. Más que darme besos lo que siempre te ha gustado es llenarme de babas, so cochina.

Entre la multitud de regalos que recibió hubo uno que le aceleró el corazón. Era el más pequeño, el más fino.

Un pequeño sobre.

Un par de frases.

«... Felicidades, comisario Prados. Es el día esperado para relatarle lo sucedido con aquellos que violaron Alma y asesinaron a Fran. Si desea averiguarlo llámenos, no nos queda mucho tiempo...».

Era un caso cerrado, mejor dicho, no era ni un caso. Jamás se había considerado como tal a pesar de la cantidad de horas que le dedicó. Nunca hubo caso de la rosa blanca y la rosa negra.

Durante unos años la noticia ocupó la portada de los periódicos de tirada nacional. No se hablaba de los suicidios sino de la actitud de la Guardia Civil y de las familias de los implicados, primero, y de la del que fuera Presidente del Constitucional, y su acólito el comisario principal Néstor Villega, después. Las dieciocho fotografías de la violación de Alma junto con una detallada exposición de los hechos, llegaron a manos del juez como denuncia anónima. En ella se hablaba del por entonces sargento Matamala y el interrogatorio que llevó a cabo el día posterior al incendio en el pabellón masculino del internado El Bosque. En dicho informe se reflejaban las declaraciones de Andrés Rodrigo, Sebastián García y Héctor Martello,

en las que confesaban su participación en la violación de la niña Alma Mateo, cuyo cuerpo fue encontrado sin vida, al pie del acantilado que bordea los jardines del internado. Admitieron su culpabilidad por imprudencia al originar el incendio que acabó con la vida de Francisco Lasa.

Fueron llamados a declarar dos testigos: Félix, el jardinero y la señorita Leonora como directora del internado. Ambos relataron la confesión de los implicados en el interrogatorio llevado a cabo por Matamala y cómo este les aseguró que todo se saldaría con un castigo ejemplar por parte de sus padres. Había órdenes estrictas del ministro de que el caso no llegara más allá. Félix habló de los intentos por parte del director de impedir que el asunto se conociera y afectase al buen nombre de El Bosque.

La prensa se cebó con la negativa del Eladio Saiz de la Puebla a que se investigara el suicidio de su hijo y su sobrino para que no se airease lo sucedido años atrás. El juicio se convirtió en una denuncia de la sociedad contra el abuso de poder y el trato de favor que las familias influyentes contaban a la hora de esconder sus delitos. La violación no había prescrito, ni el asesinato por imprudencia de Fran, pero los culpables habían fallecido. Nadie se preocupó de buscar similitudes entre sus muertes, cundió el argumento de que tarde o temprano sus conciencias se removieron lo suficiente como para acabar con sus vidas.

Mentira.

Rocío Prados sabía que era mentira.

No contaba con las pruebas necesarias para haber iniciado una investigación de los hechos. Las trabas desde su propia organización hubieran sido constantes, pero no la hubieran frenado. Solo disponía de material para implicar a los ya fallecidos, no contaba con nada más. ¿De qué valdría exponer a esa pobre chica al morbo de la sociedad?

Con el pequeño sobre en la mano, recordaba los acontecimientos vividos unos pocos años atrás...

—La comisaría no es lo mismo sin María, ¿verdad? —confesó Rocío a su compañero Mendía al regreso del escenario de un robo a pocas manzanas de distancia.

—Ni la comisaría, ni los cafés —apuntó sonriente.

—Desinteresadillo que eres.

La inspectora Prados la echaba de menos. Desde su marcha unos meses atrás, apenas había podido quedar con ella. Si no la conociera bien hubiera sospechado que la evitaba. No tenía sentido, pero su relación se había enfriado bastante y deseaba saber los motivos.

Esa noche iba a averiguarlo.

El trabajo le devoraba casi toda la energía con la que contaba para el día a día. Dejaba un poco para el regreso a casa. Después del baño y de la cena de Patricia se había acostumbrado a sentarse en el sofá a ver un rato de televisión, mirar el correo y

leer un libro. Sobre la mesa tenía Diez Negritos y Cumbres Borrascosas.

Esa noche lo del libro iba a esperar.

Sentada en su sofá favorito con las noticias en la televisión, abrió el correo que tenía pendiente. Tres facturas, una carta de su amiga Nuria, compañera de promoción y otra...

... otra sin remite.

Fue la primera que abrió.

La que le quitó las ganas de continuar leyendo su libro.

Rasgó el extremo del pequeño sobre y extrajo lo que parecían ser unos cartones. Al darles la vuelta comprobó que dos de ellos le resultaban familiares. Se trataba de las dos fotos que tenían en su poder de la violación de Alma. El tercero parecía la misma imagen, pero el ángulo era diferente. En lugar de estar situado el objetivo frente a la chica, justo detrás del chico que se encontraba sobre ella en esos momentos, estaba tomada de lado. En un primer vistazo creyó ver fantasmas. Situó la fotografía bajo el cono de luz de la lámpara y su corazón comenzó a latir a un ritmo difícil de aguantar. Encendió otra luz y volvió a analizar la foto.

Miró el dorso. Escrito a mano rezaba:

Sebas el gordo. Carlos Sebastián García.

El mundo pareció detenerse. De sus ojos comenzaron a resbalar las primeras lágrimas de la noche. Se acercó hasta la estantería, abrió un armario y extrajo un viejo álbum de fotos.

Con la instantánea que acababa de recibir pasó las primeras hojas con mano temblorosa. Era un álbum que habían hecho de novios con fotos de los dos, desde recién nacidos hasta el nacimiento de Patricia.

Situó la fotografía junto a una de Carlos con dieciséis años.

Metió la cabeza entre sus manos y comenzó a llorar.

De su marido hubiera esperado cualquier cosa, el típico hombre de educación machista, que daba poco valor a las reivindicaciones feministas. Pero por otro lado era una persona trabajadora. Ciertamente el falso orgullo y el pretender ser admirado por su entorno, si era envidiado, mejor, porque esto significaba que poseía mucho más que ellos, eran rasgos que a Rocío le disgustaban y que habían tenido su importancia en el fin de su matrimonio.

Pero de ahí a violar y en grupo a una niña...

Había estado compartiendo su vida con un ser despreciable. Debió haberlo intuido cuando una noche le confesó que había adoptado el nombre de su padre, por despecho. No había tenido la oportunidad de conocer en profundidad a su madre y a su hermana, apenas coincidieron en un par de ocasiones, pero ambas le parecieron amables y cercanas. Solo la presencia de Carlos o de Sebastián o como quiera que se llame, las ponía nerviosas.

Cosas de familia, pensó en su día.

«¿Sabrían lo que había hecho?».

Dejó la foto sobre la mesa, y tomó asiento. De su cuerpo se había apoderado una inmensa rabia. Su vena profesional la empujaba a ir en busca de Carlos y meterlo entre rejas. Aún no había prescrito el delito, aunque faltaba menos de un año para que cumpliera el plazo. Pensándolo bien dependería del abogado y del fiscal, en función del tipo de cargos presentados.

Su lado maternal le aconsejaba que cubriera con una venda el pasado para que Patricia no viera lo que su padre fue capaz de hacer en su adolescencia. No solo eso, si no que tuvo la pachorra de ir haciendo fotografías una a una, sin importarles los gestos de horror, ni los gritos de dolor de la pequeña Alma.

«¡Desgraciado!».

Debía tomar una decisión cuanto antes. Los que le habían enviado las fotos, sin duda serían los mismos que escribieron las cartas a los primos y a Andrés Rodrigo.

Irían a por Carlos, seguro.

«Es el que les faltaba».

Se fue a la cama y apagó la luz sabiendo que no iba a dormir mucho, pero al menos, tumbada, su cuerpo descansaría. Su cabeza se había empeñado en buscar una respuesta que le justificara por qué había sido ella la receptora de esas fotos.

«¿Se las enviaron también a las familias de los demás implicados? ¿Una copia a los hijos y otra a los padres?».

Algo le decía que no. Por lo menos la mujer del general de la Guardia Civil, Rodrigo no había recibido ninguna. En la entrevista que mantuvieron le hubiese resultado imposible disimularlo.

«¿Entonces?».

Rocío se preguntaba si los padres de los chicos se habían planteado lo mismo que ella en esos momentos. Si habían actuado así por salvaguardar a sus familias o si bien solo pretendían poner a buen recaudo sus propios intereses y sus carreras. ¿Eladio Saiz de la Puebla pretendía evitar un sufrimiento mayor a su familia?

Imaginar esta cuestión le convenció de que ella no podía comportarse igual. No tenía justificación posible tapar unos hechos tan graves como estos. Se sorprendió al comprender que, minutos antes, ella se había planteado algo similar por evitar que Pati sufriera.

Alma no se merecía esto.

Ni Alma, ni nadie.

A la mañana siguiente se reunió con Mendía y Romero. En cuanto les convocó sintió como una inexplicable vergüenza se apoderaba de ella. Se sentía humillada. Era su marido, daba igual que ahora fuera exmarido, se trataba del padre de su hija, nunca sería su expadre el que aparecía sobre esa chica, violándola, mirando a la cámara.

—Nada tiene que ver contigo. No eres tú la que sale en esa foto —observó Mendía—. Creo que puedo entender cómo te sientes. Debe ser algo similar a lo que sentiría si se tratara de mi hermano o de mi padre. ¿Tú que me dirías?

Rocío asintió.

Le diría exactamente lo mismo. Llevaba razón, pero esa certeza no le hacía sentirse mejor. Definitivamente no era lo mismo dar un consejo que recibirlo.

—Me pregunto cuánto tiempo tenemos —la inspectora saboreaba su tercera taza de café de la mañana.

—Coincido contigo en que han variado su estrategia. No creo que a las familias de los demás les hayan enviado ninguna foto —Romero como comisario en funciones, se obligaba a estar sentado en su sillón correspondiente, en lugar de situarse con la espalda pegada a la pared, junto a la ventana, tal y como hacía en tiempos de Rovira. Pero en esta reunión se encontraba entre amigos.

—Es posible que estemos en lo cierto y, quizá me equivoque, pero tengo la sensación de que me están dando tiempo para que actuemos. Si no hacemos nada, si obramos como Villega o Saiz de la Puebla, tomarán cartas en el asunto.

—Si quieres voy con Martín a detenerle y... —se ofreció Mendía.

—Te lo agradezco, pero la fotografía me la han enviado a mí. Es más, se trata del padre de mi hija... ¡Me cago en él! —exclamó furiosa.

Sus compañeros dejaron que se desahogara durante unos minutos. Rocío era incapaz de dejar de llorar. Había escondido la cara entre las manos. Lloraba en silencio.

Instantes después levantó la cabeza.

—Perdonad —dijo secándose las lágrimas— prometo no hacer más numeritos como este, al menos no por este caso —les dedicó una media sonrisa.

—Nada hay nada que perdonar, compañera.

—Entonces vamos a por él —propuso puesta en pie, ya recuperada.

Carlos Sebastián aparentemente era un tipo feliz. Su actual vida de soltero le resultaba fascinante. En su apartamento organizaba las reuniones de los domingos para ver el fútbol con sus amigos, algunas partidas y de vez en cuando se hacía acompañar de una amiga. Nada como que al terminar, la mujer se vistiera en silencio y se fuera a su casa. Ese cigarrillo a solas, tumbado en la cama, totalmente relajado, no tenía precio.

Se habían separado en el momento oportuno. Pensaba que de esta manera ponía tierra de por medio con la investigación que estuviera llevando a cabo Rocío, o quién fuera de su comisaría. Nadie le iba a relacionar con El Bosque. De haberlo hecho lo más seguro es que hubiesen ido ya a por él.

Estaba tranquilo.

Todo había pasado ya.

Hasta que el exceso de alcohol, en cualquiera de sus noches de juerga, le empujaba a visualizar una y otra vez el bolso de Rocío, su libreta, las cartas y las putas fotos. En esos momentos la congoja se apoderaba de él. Tumbado en la cama de lado, con las rodillas recogidas, lloraba por su mala suerte, para terminar recordando que él no salía en la fotografía.

«¿Ese *flash*?».

Este proceso se repetía a menudo. Tanto, que cuando iba a buscar a Patricia evitaba mirar a su mujer a los ojos, porque sabía que son un reflejo de sus pensamientos. Vería su inseguridad, su miedo.

Su culpabilidad.

Salir con su hija le sentaba bien. El papel de padre separado, cuidando de su pequeña, le hacía sentirse responsable. Hacía más planes con ella ahora, que cuando estaba casado. Lo veía en sus amigos para cuyas mujeres se fue convirtiendo en el modelo a seguir. A partir de ahí no le fue difícil ir convenciendo a unos y a otros de ser una víctima de una mujer que solo miraba por su trabajo y que se desentendía de su marido y su hija.

—Has hecho bien, Carlos —convino la mujer de unos de sus compañeros de partida—. Patricia recordará toda su vida tu atención. No como este, que es incapaz de sacarme un día. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos a cenar o al cine, eh? —preguntó la mujer a su marido, situado a su derecha.

Bastante tiempo debió haber pasado por la cara de culpable que puso sin poder dar siquiera una fecha aproximada.

—Quitando las Navidades, va para tres años —se respondió a sí misma.

—¡No seas exagerada!

Sebas era un empresario próspero. Su capacidad comercial no pasó desapercibida para la multinacional en la que trabajaba. Le ofrecieron asumir la dirección comercial en España y Portugal. Era un reto que le llenaba de orgullo. Continuaría con sus dos concesionarios mientras se codeaba con la élite del mundo automovilístico.

Estaba en la cima.

No por mucho tiempo.

En ocasiones parece que la vida se toma su tiempo para devolver lo que se le ha ido entregando con el paso de los años. Con Carlos Sebastián García no pudo ser más oportuna. No se habían cumplido ni un par de meses disfrutando de su nueva posición, cuando llegó a su casa acompañado de una amiga que se había convertido en más habitual de lo que él deseaba. El detalle de dejar el cepillo de dientes en el cubilete del baño y de apropiarse de un cajón del dormitorio, no le hizo ninguna gracia. Tendría que ajustarla las tuercas o se instalaría en su casa en el momento menos pensado.

«¡Mujeres!».

Era sábado por la noche. Tomaron unas copas, destrozaron la cama, como solía ser habitual con su amiga Amparo y al terminar encendió un pitillo.

—Nunca había estado con una tía como tú, tan... tan...

—¿Tan...? ¿Sexy?

—No, no, me refiero a una tía con tantas ganas de sexo, tan guarra como tú. Me encanta.

La chica sonrió complacida ante el extraño piropo.

—Pues mira, si es un cumplido me alegro.

A la mañana siguiente, después de desayunar, la mandó a su casa. Como buen domingo tenía el día completito. El mejor día de la semana, sin duda.

—¿No puedo acompañarte? —preguntó mientras metía la mano por el pantalón de Sebas.

—No se admiten mujeres, ya lo sabes. Venga, que tengo que irme. No seas pesada.

—Venga déjame, uno rapidito, que sé que te gustan.

—Mira que eres viciosa —concluyó sonriente bajándose los pantalones y dando la vuelta a Amparo.

—¡Dame fuerte! ¿Eh?

Cuando por fin se encontró a solas y tras darse una buena ducha, reparó en las cartas que ayer noche recogió del buzón. Varias facturas, publicidad y un pequeño sobre.

Sin remitente.

Antes de salir en dirección a la oficina de Sebas, Rocío quiso hablar con Rovira, para ello solicitó permiso a Romero. Se encontraban los tres en su despacho, conectaron el manos libres y pidieron a su secretaria que les pasara con Antonio Rovira.

—¡Inspectora Prados! —escucharon al otro lado del hilo telefónico la voz animada del que fuera su comisario.

—Señor, me alegra oírle. Estoy con el comisario en funciones Romero y el inspector Mendía. Deseaba comentarle algo referente al caso de las rosas. ¿Lo recuerda?

—Perfectamente, Prados. ¿Se ha abierto por fin?

Romero tomó la palabra.

—Verá, comisario, nos disponíamos a detener al último de los implicados que sigue con vida. Como ya le comentamos, disponemos de algunas fotografías y de cartas que recibieron cada uno de ellos el día de su fallecimiento.

—Sí, sí, estoy al corriente.

—La inspectora ha realizado un excelente trabajo. Localizó el internado dónde tuvieron lugar los hechos. Tenemos el nombre y apellido de la chica...

—Disculpe, comisario —con un gesto, Rocío, pidió perdón a Romero— la pregunta es si usted cree que se va a proceder contra el sospechoso o van a ponernos trabas como al principio.

—Cuenten conmigo para lo que necesiten. Creo que ya es hora de que nos hagamos fuertes contra este tipo de abusos de poder. ¿No les parece? Por cierto ¿están seguros de la identidad del sospechoso?

—Sí, comisario. No hay lugar a la duda —intervino Romero.

—Es... es mi exmarido... —la voz de Rocío sonó como un lamento, como si pidiera perdón.

Durante unos instantes se hizo el silencio. Ni un sonido al otro lado del manos libres. Se miraron entre sí. Asintiendo, Romero les aseguró que la línea no se había cortado.

—Prados, lamento oír eso —dijo al fin— me alegro haber escuchado que ese hombre es ya su ex. Conociéndola, debo pedirle que se haga un favor a usted y a su familia.

—Dígame.

—No se culpe.

Tras despedirse, se pusieron en pie. Mendía apagó el pitillo y cogió la chaqueta.

—¿Sabes dónde podemos encontrarle?

—Sí, me envió por medio de mi hija una revista de Ford en la que hablaban de su nombramiento, para que viera lo bien que le iba.

—Aún estás a tiempo de quedarte, ya oíste al comisario no tienes por qué intervenir en el arresto.

—Lo sé. Vamos.

Había pensado en ello. Si se casó con ese hombre fue porque algo bueno habría visto en él. La insistencia de Berta tuvo su importancia para que tomara la decisión. No quería ni pensar cómo se quedaría cuando supiera lo que había hecho su yerno. Podía haber seguido los consejos de sus compañeros, investigar otro caso de los que tenían pendientes y dejar que ellos le arrestaran.

No. Quería ver su cara.

Se sentía engañada. Sucia.

Sí, sucia por haber compartido su lecho con un individuo como él. Se prometió a sí misma que lo primero que iba a hacer esa tarde sería tirar su cama a la basura y comprar otra.

Tres coches de policía con sus respectivas sirenas serpenteaban por las calles de Madrid. Rocío y Mendía les seguían con la intermitente luz azul en el salpicadero. Unos diez minutos después entraban en las oficinas donde Carlos Sebastián iba a ser detenido por su mujer.

—¿En qué planta trabaja Sebastián...?

—Carlos —cortó Rocío—. Carlos García, lleva unos meses en la empresa como director comercial de España y Portugal.

—Sí, señora —apuntó la recepcionista inquieta—, en la planta doce.

—Vamos ¿nerviosa?

—La verdad es que sí. Nunca pensé que pudiera llegar a vivir un momento como este.

Los doce pisos se le hicieron eternos. Le dio tiempo a plantearse qué es lo que hubiese sucedido con su marido, si su madre no la hubiera enseñado aquel periódico en el que se anunciaba la primera promoción de mujeres policía.

«¿Se habría salido con la suya?».

Sebas había alegado ante sus amigos una fuerte resaca por la noche pasada con

Amparo para no asistir a la partida, ni posteriormente al partido de fútbol, tenían entradas para el Madrid, cuerpo para fiestas era lo que le faltaba.

Por fin había salido de dudas con el puto *flash*. La imagen que se repetía en su cabeza se asemejaba mucho con la de la fotografía que había recibido. En ella aparecían Héctor y Fermín aguantando a la chica. Medio cuerpo de alguien que no distinguía.

—¡El hijoputa del Indio sería el que me hizo la maldita foto! ¡Bien muerto estás, cabrón! —encendió un Winston y no dejó de dar vueltas por la casa en toda la mañana. La tarde la pasó tumbado bebiendo whisky y algún que otro *gin tonic*.

Lo peor de todo era no saber qué hacer. ¿Quién y para qué coño le había enviado esa foto? ¿Quería dinero? ¿Qué esperaba que hiciera? Deseaba que le hubieran dado instrucciones, aunque fuese un chantaje, una amenaza. Algo para poder pensar en cómo actuar.

Nada. Nada más que la maldita fotografía.

A la mañana siguiente se fue a trabajar sin haber avanzado en los pasos que debía seguir. Decidió dejar las cosas como estaban. Aunque durante el segundo café, en su despacho, se fue formando una idea en su cabeza.

«¿Si me marchó al extranjero una temporada?».

Asentía satisfecho con la ocurrencia, cuando sonó el intercomunicador.

—Dígame, Mercedes —apuró una larga y tranquila calada de su pitillo.

—Don Carlos, me dicen en recepción que la policía está subiendo en el ascensor. Van a su despacho.

El cigarro se la cayó de las manos, comenzó a toser.

—¿Don Carlos? ¿Se encuentra bien?

«¡¿La policía?!».

—Sí, todo bien —dijo entre tos y tos. Colgó.

«¡Joder!».

Se puso en pie y comenzó a andar por la amplia habitación. En los últimos meses había vuelto a coger más peso. Las manos le sudaban, su corazón latía a ritmo acelerado, aumentando con el paso de los segundos.

—No, no, a la cárcel no voy a ir —decía para sí recorriendo la distancia que le separaba de la terraza y volviendo a su mesa. Encendió otro cigarro y volvió a levantarse— seguro que no tienen nada contra mí. Seguro...

—Don Carlos, los inspectores Mendía y Prados van a su despacho —la voz de su secretaria sonó a través del intercomunicador como una explosión en la cabeza de Sebas.

«¿La inspectora Prados?».

—¡Me cago en su...!

Su boca dibujó una mueca que pretendía ser una sonrisa estúpida. Acababa de recordar las bromas de sus amigos cuando su mujer se hizo policía.

—Ya puedes andarte con cuidado, que algún día te arrestará —una frase que se

convirtió en habitual, seguida de las risas de sus compañeros de partida.

«No se atreverá».

La puerta del despacho se abrió.

—Don Carlos, los inspectores Mendía y...

—Si, sí, Mercedes, que pasen —Sebas intentó adoptar la mejor de sus poses de comercial encantador para ese momento tan complicado, pero no encontró ninguna convincente.

—Señor García, queda... —se adelantó Mendía a su compañera para evitarle más disgustos, pero ella, una vez llegado hasta allí no estaba dispuesta a mantenerse en un segundo plano.

—Carlos, sabes a lo que venimos ¿verdad? —los ojos de Rocío eran como fríos puñales.

«La muy puta lo sabe todo».

—Buenos días, Rocío. Nunca se case con una mujer policía inspector —propuso vuelto hacia Mendía con un atisbo de sonrisa dibujada en su rostro.

La inspectora metió la mano en su bolso y sacó una copia de la fotografía que dejó lentamente sobre la mesa frente a los ojos de su exmarido. Carlos la tomó entre sus manos con gesto cansado y sonriendo a Mendía. Era la confirmación de que la puñetera de su exmujer estaba al tanto de todo.

«No ha tenido huevos para venir sola, si no...».

Dedicó unos eternos segundos a contemplar la copia.

—¿Y bien?

—¡¿Cómo qué y bien?! —la inspectora se estaba enfadando. Con un gesto le dijo a su compañero que todo estaba controlado.

Intentó lo primero que le vino a la cabeza. Negar la mayor.

—Sí. ¿Qué pasa con este papel? Es una fotocopia de una foto borrosa —se puso en pie sin abandonar su sonrisa torcida.

—Te refrescaré la memoria —sin moverse de su sitio, en pie frente a Carlos y mirándole fijamente a los ojos, continuó:— este que está sobre la chica, violándola eres *tú*. Se llamaba Alma Mateo, tenía trece años, su cadáver apareció en la playa, a los pies del acantilado del internado El Bosque, en Asturias, donde *tú* pasaste el verano de mil novecientos setenta. Estos dos cobardes que la están agarrando son Fermín Saiz de la Puebla y Héctor Martello. El que hace la foto es Sandro Cobriña, y el que falta, que solo le ves medio cuerpo es Andrés Rodrigo —Rocío habló lentamente sin dejar de mirarle a los ojos, viendo en ellos el miedo y la culpa que esperaba ver.

Explotó.

—¡Han pasado casi veinte años, joder! ¿A quién coño le importa ya? Fue una travesura de adolescentes, una maldita borrachera. No sabía lo que hacía. ¡Tienes que creerme!

La inspectora clavó los puños en la mesa y se inclinó hacia él.

—¿Una maldita borrachera?! ¡¿Tú sacaste veinte fotos, perfectamente encuadradas sin saber lo que hacías?! —Rocío se giró—. Agentes, deténganle.

De repente dio la impresión de que todos los presentes se movían a cámara lenta. Aunque todo sucedió, rápido, muy rápido.

Carlos Sebastián empujó a Rocío y salió corriendo. Su gesto pilló a sus compañeros por sorpresa. La inspectora cayó sobre Mendía, haciéndole perder el equilibrio. Mientras dos agentes rodeaban a los inspectores, Sebas corrió hacia su izquierda. Con gesto horrorizado volvió su cabeza en dirección a Rocío.

Como una despedida.

Abrió la puerta de cristal que daba a la terraza y corrió por ella sin mirar atrás. Rocío fue tras él, y aunque era más rápida, la sorpresa inicial le impidió reaccionar con la velocidad necesaria para darle alcance. Le faltaron un par de pasos. Al llegar al final de la terraza Sebas el gordo se lanzó sobre la barandilla precipitándose al vacío.

—¡No!

El impacto del cuerpo contra el asfalto, seco, sordo, se grabó en la mente de la inspectora. Había visto saltar al padre de su hija, no al violador de Alma, y no había podido evitarlo.

—Rocío... —eran pocas las veces que Mendía la llamaba por su nombre. Con las manos en los hombros de la inspectora la atrajo hacia sí—. Vamos dentro.

—No pensé que fuese capaz de hacerlo, yo...

—Sé que no es fácil, pero no te lo tomes como algo personal. Piensa que ha sido su decisión. Ha preferido quitarse la vida antes que ir a la cárcel. Ya sabes como tratan ahí a los violadores y más aún si son de niñas.

—Lo sé. Debo quedarme con la idea de que no hemos venido a detener a Carlos García, sino a Sebas el gordo.

—Eso es, compañera —convino Mendía sonriente.

—¿Qué le digo a Patricia?

—Eso sí que no me preocupa, sé que darás con las palabras adecuadas aunque en estos momentos no lo creas.

La comisario Prados volvió a releer la pequeña carta:

«... *Es el día esperado para relatarle lo sucedido con aquellos que violaron Alma y asesinaron a Fran...*».

—¿No estás nerviosa, mamá? —Patricia agarró a su madre por la cintura mientras le daba un beso en la mejilla—. La abuela no para de hablar a los invitados de ti, qué si mi hija esto, qué si lo otro. ¿Qué lees?

—Nada, cosas de trabajo —se había prometido no volver a hablar con su familia del caso.

«Alma y Fran».

Recordó el día en que sin quererlo se puso sobre la pista de Fran. Cuando María se marchó, unos días más tarde la nueva secretaria del comisario se encontraba ordenando informes. Al pasar a su lado, Rocío vio una gruesa carpeta titulada El

Bosque.

—Deja que te ayude.

Cogió la carpeta y la hojeó. Le llamó la atención una fotocopia en la que se podía leer el nombre y la edad de los fallecidos en Asturias en aquel verano.

—Alma Mateo. Quince de septiembre... —murmuró.

Siguiente renglón.

De repente un apellido golpeó con fuerza en su cabeza.

—Lasa...

Dos días después de la defunción de la niña, venía recogido el fallecimiento de Francisco Lasa.

—Alma y Fran... —siseó para sí.

Habían dedicado todo su esfuerzo a investigar la violación de Alma. Nada hicieron para esclarecer los motivos por los que abandonaron a Fran a su suerte en aquella habitación.

De repente, varias piezas que revoloteaban en su cabeza comenzaron a encajar. La aparente facilidad con que María encontró los nombres de los chicos que aparecían en las fotos...

—El de Andrés Rodrigo lo saqué de la documentación de su ingreso en prisión —aseguró María— los otros, de fichas policiales y no preguntes más, que si no descubro a mis contactos.

En la cena de despedida...

«¿Qué significa la E?».

—María Esther Lasa...

«¡Dios mío!».

—¿Se encuentra bien, inspectora? —quiso saber la nueva secretaria.

—Sí, sí, disculpa. Me llevo esta carpeta y la devuelvo enseguida.

Ese día, Rocío lo dedicó a ajustar, sin fisuras, las piezas que componían el rompecabezas de El Bosque. María era la hermana de Fran, y amiga de Alma. Solo le faltaba por saber si ella había estado en aquel verano en el internado.

«¿Eres Esther?».

La pregunta que le hizo la recepcionista en su visita al internado, después de hablar con el jardinero, cobraba sentido.

—¡María los conocía a todos!

Un marco caído en su casa, con su foto y la de Carlos...

—¡Le había reconocido!

Poco a poco fue comprendiendo la actitud de María, para Rocío será María siempre. No debió ser nada fácil para ella averiguar que el chico que faltaba por localizar era el marido de una de sus mejores amigas, el padre de la niña que la llamaba tía María. Ahora le resultaba sencillo entender que hubiera puesto tierra de por medio, pero...

—¿Has matado a todos los demás? —se preguntó en voz alta—. No me digas que

sí, no podría resistir tener que arrestarte.

Por una vez en su vida se alegró de no poseer pruebas concluyentes contra un posible sospechoso. No quería tener que ponerse en el lugar de alguien aunque fuese su amiga, para intentar comprender y justificar una actitud contra la que, por su formación, debía luchar.

—¡Hija, que los invitados preguntan por ti! ¿Pero qué haces ahí como un pasmarote? —Berta la cogió de la mano y la llevó al salón.

No dejaba de ser un acontecimiento contar entre tus familiares y amigos con la primera mujer comisario de España. La esperaban todo tipo de eventos sociales con los que se tendría que ir acostumbrando, a pesar de que no se sentía relajada siendo el centro de atención.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Qué sucede? —susurró al oído Romero mientras la daba un beso en la mejilla.

—Luego te cuento.

Rocío y Jesús Romero habían oficializado su relación unos años atrás. Pero no habían dado el paso que les llevase al altar. La comisario Prados esperaba a que Patricia aceptara a otro hombre con su madre. No fueron fáciles los primeros años, sin embargo, parecía que poco a poco iban formando una familia. La hija de Romero había terminado la carrera de derecho y buscaba, como su padre, fecha de boda.

La fiesta en honor de Rocío fue tocando a su fin. Los invitados iban abandonando la casa conforme se acercaban las doce de la noche. Sentados en el salón, hablaban de lo que había dado de sí la multitudinaria cena.

—Ha estado muy bien, hija —Berta seguía hinchada como un pavo—. ¿Verdad que sí, Jesús? —sin aguardar respuesta continuó:— Has hecho bien en contar con la familia de Carlos. Menos mal que en su funeral todo salió a pedir de boca.

—Mamá... —Rocío señaló en dirección a la puerta del salón. Patricia entraba con el rostro afectado. Tomó asiento hecha un ovillo en el sofá junto a su madre.

—¿Por qué no ha venido la tía María?

Los tres mayores cruzaron miradas. Jesús Romero asintió.

María enviaba cada año el regalo de cumpleaños de Patricia entregado en mano, lo mismo que en Navidad. Desde que se marchó de la comisaría se habían visto en contadas ocasiones, siempre acompañadas de la abuela Berta o de Pati. Rocío nunca aprovechó los momentos que se quedaban a solas para interrogarla sobre el caso. Bastantes muestras de confianza le daba con sus visitas, como para hacérselo más complicado.

No la invitó a la fiesta porque ambas sabían que no era buena idea. A Patricia no le había contado la verdad sobre la muerte de su padre. Para ella había perdido el equilibrio en la terraza de las oficinas donde trabajaba. Incluso durante la época en que el caso estuvo en los medios, Sebastián García sonaba a un nombre tan común que la prensa prefirió centrarse en aquellos que le daban más juego. Como los apellidos de Saiz de la Puebla, Cobriña, Martello y el del general Rodrigo.

La única mención al suicidio de Sebas vino a través de un avezado periodista que descubrió que Rocío Prados y Carlos García habían sido marido y mujer. El caso no dio para mucho más, dejando en el aire como causa del fallecimiento, la fatalidad, o un supuesto suicidio por motivos económicos, ya que García no estaba cumpliendo con sus obligaciones como padre.

—¿Le ha ocurrido algo a la tía?

—No, que va. He recibido esta carta —se la dejó a su hija que la leyó como si no entendiera nada.

—¿Quiénes son Alma y Fran?

Rocío cogió la carta de manos de Patricia y se la entregó a Romero.

«... *Es el día esperado para relatarle lo sucedido con aquellos que violaron Alma y asesinaron a Fran. Si desea averiguarlo llámenos, no nos queda mucho tiempo...*».

—¿Qué vas a hacer?

—Me da miedo saber más. No quiero que María se vea envuelta en todo esto. Ya ha sufrido bastante y están todos muertos.

—¿Quiénes están muertos, mamá?

Berta se llevó las manos a la cara. Conocía la historia pero eso no le hacía sencillo volver a escucharla.

—Verás, hija, la tía María estuvo en un internado cuando tenía trece años y...

—Más pequeña que yo.

—Sí —sonrió tristemente— más pequeña que tú. Aquel verano unos chicos abusaron de una niña. La chica se suicidó. Unos días después hubo un incendio y un chico murió —Rocío tomó aire, miró a Romero y a Berta antes de continuar—. Años después todos los que abusaron de la chica se suicidaron.

«¿He decirle que su padre fue uno de ellos?».

Esa era una decisión que solo le correspondía a ella. Cuando lo hablaba con Jesús y con su madre, llegaban a la misma conclusión. Más tarde o más temprano tendría que decírselo.

—¿Qué tiene que ver la tía con esto?

—Esa niña era su mejor amiga. Se llamaba Alma y el chico era su hermano Fran.

—¡Pobre! —Patricia aún esperaba más. Continuaba sin entender que tenía que ver la tía con todo aquello y qué relación había con su ausencia en la cena de hoy.

—Los chicos oficialmente se suicidaron, pero no está claro que realmente sucediera así. Es un caso con muchas lagunas, hija, tu madre es policía y mi querida María es alguien muy cercana a lo que ocurrió. ¿Me entiendes?

Patricia la miró fijamente unos instantes. Luego abrió los ojos todo lo que daban de sí incorporándose en el sofá.

—¡No me puedo creer que pienses que la tía María ha ido matando a esos chicos! —exclamó puesta en pie.

Con el rostro triste, Rocío la vio abandonar el salón.

—¿Cómo voy a decirle que su padre era uno de ellos?

En los siguientes minutos un profundo silencio se instaló en el salón. Nadie contaba con una respuesta que resultara mínimamente convincente. Lo único cierto era que en algún momento Patricia debería saberlo y que, posiblemente, a partir de ese instante su vida cambiaría de forma radical.

—¿Cómo convencerla qué lo que hizo su padre no le hace a ella peor persona? ¿Que será algo con lo que las dos deberemos vivir el resto de nuestros días? —con las palmas pegadas y sus manos entre las piernas, Rocío lanzaba sus preguntas al aire.

—Estoy convencido que lo acabará aceptando, es una chica fuerte como tú — señaló Romero.

—¿Y cuándo le confiese que no perdió el equilibrio, que saltó por la terraza cuando su madre iba a detener a su padre? ¿Me lo perdonará algún día?

—Seguro que sí, hija. Patricia es una chica muy inteligente.

De nuevo silencio y...

Sollozos.

Sollozos cada vez más intensos.

Berta y Rocío se pusieron en pie. Procedían del pasillo.

—Mi pequeña Pati. ¿Desde cuándo llevas ahí? —la abuela miraba a su nieta que estaba sentada con la espalda apoyada en la pared, la frente sobre sus rodillas y agarrada a sus piernas. Berta se acercó. Patricia se abrazó a ella.

Rocío estaba de pie, detrás de su madre sin saber qué decir. Romero permanecía en el salón junto a la puerta. La niña levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la de su madre. A Rocío se le partió el corazón, era una mirada de angustia, de miedo, de ayuda.

De respuestas.

Abuela y nieta se pusieron en pie. Tras unos segundos de indecisión madre e hija se abrazaron ante una emocionada Berta que hacía visibles esfuerzos por contener unas lágrimas.

Patricia sorbía la nariz mirando a su madre.

—¿Y la tía María sabía lo de papá?

Rocío asintió.

—Si dices que se suicidaron todos ¿por qué crees que ella pudo matarles?

La comisario llevó a su hija de nuevo al sofá.

—Junto a cada cuerpo aparecieron una rosa blanca y una rosa negra. ¿Te acuerdas del día del entierro de papá?

Patricia se acordaba perfectamente. Una pareja de ancianos le habían entregado una caja con la tapa de plástico para que se la hiciera llegar a su madre.

—¿A mi madre?

—Sí, ella sabrá qué hacer.

Patricia fue esquivando gente hasta que dio con ella, estaba recibiendo el pésame de unas personas que no había visto en su vida.

—Mamá... —con su pequeño puño tiraba suavemente de la falda de su madre—

Mamá...

—Sí, dime cariño ¿qué pasa?

Patricia no tuvo que responder. Rocío estaba viendo la caja transparente que sostenía entre sus manos.

—¿Quién te ha dado eso?! —preguntó con preocupación.

—Unos señores mayores, que están ahí —Rocío siguió la dirección que se señalaba Pati con su brazo estirado.

La inspectora barrió con la mirada todo el terreno que su vista podía alcanzar. No estaban. Se puso de rodillas frente a ella con sus manos sobre los hombros.

—¿Te han dicho algo?

—Que te las diera, que tú sabrías que hacer.

Durante el entierro dudó unos instantes. Si las dejaba sobre el féretro significaría que daba por buena la venganza que había acabado con esos chicos. Por otro lado era una forma de pedir perdón a Alma.

La lectura de la tarjeta la convenció.

*«... una rosa blanca por su memoria, una rosa negra en su funeral...
Alma».*

Arrojó las rosas sobre la tumba de Sebas el gordo.

—Las rosas nos dicen que las muertes no fueron simples suicidios. Algo se planeó antes. ¿Lo entiendes?

Patricia bajó su cara.

—¿Crees qué la tía les mató?

—No hija, no lo creo. Pero ella sabía lo que estaba sucediendo.

—¿La tía piensa que la vas a detener?

—No lo sé. Apenas hablamos.

—María es una mujer que ha sufrido mucho de pequeña, y que a su manera ha buscado justicia cuando la ley no se la ha dado. No ha querido que la muerte de su amiga y de su hermano quedara en el olvido —intervino Romero.

—¿Y la policía no le hizo caso?

Fue una pregunta sin maldad, lanzada al aire. En el salón había dos comisarios que defendían la ley. Patricia sabía que ellos cogían a los malos y los metían en la cárcel.

«¿Entonces?».

—Cuando sucedió todo —Rocío decidió que era asunto suyo, como madre, y tomó la palabra— no había democracia y eso a veces impide que la justicia pueda hacer su trabajo, sobre todo cuando afecta a personas o familias próximas a los que gobiernan.

Permaneció unos instante observando a su hija, sus expresiones, para averiguar si la respuesta se había acercado a lo que ella esperaba.

—¿Por qué no hablas con ella y le preguntas lo de las rosas?

Los dos comisarios intercambiaron miradas. La pregunta de Patricia respondía a una lógica aplastante. No lo había hecho por que no deseaba enfrentarse a una situación que la obligara a tener que tomar parte como policía.

Recordó la carta que había recibido.

—¿Sabes? Llevas toda la razón. Aquí está la respuesta a todas nuestras preguntas —señaló blandiendo el pequeño sobre en el aire.

—¿Sí? ¿Qué es?

—Una invitación para aclarar de una vez por todas este asunto.

—¿Y luego podré volver a ver a la tía?

A la mañana siguiente Rocío llamó al número de móvil indicado en la nota. No pudo evitar sentirse un poco nerviosa. Sabía que no se encontraba en peligro, menos aún después de tantos años y con los familiares directos de los implicados en evidencia. No se les pudo juzgar porque los hechos ocurrieron en tiempos de la dictadura. Matamala obedecía órdenes y el ministro que realizaba sus funciones en aquel momento había fallecido.

El nerviosismo era debido a que tenía la posibilidad de encontrarse con aquellos que le podían aclarar todas las preguntas que faltaban por responder.

—Soy la inspectora Rocío Prados y...

—Comisario Prados —corrigió una amable voz de mujer mayor.

—Sí, sí, disculpe, parece que aún no me he acostumbrado —se sorprendió avergonzada, haciendo su típico gesto de pasar un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Gracias por llamar.

—¿Por qué ahora? Saben que los delitos no han prescrito y puedo verme en la obligación de detenerles.

—El único delito, comisario, es haberles dejado libres. No se preocupe por la detención, a mi pobre marido no le queda mucho y yo ya soy muy mayor.

Rocío guardó silencio unos instantes.

—¿María está con ustedes? —preguntó sin lograr disimular cierta ansiedad.

—¿María? —la línea quedó muda unos segundos—. ¡Ah! Sí —a Rocío le pareció que sonreía— se refiere usted a Esther. No, no vive con nosotros.

Acordaron un punto de encuentro. Un coche pasaría a recogerla.

A la hora convenida un BMW de gama media le esperaba frente a la puerta del teatro Maravillas. Un hombre en torno a los cuarenta y cinco años se apeó al verla llegar. Rodeó el coche y abrió la puerta invitándola a pasar.

—Comisario, por favor —saludó con educación.

Rocío Prados miró en torno antes de entrar. Quizá buscando algún argumento para volverse atrás y poner tierra de por medio, pero no encontró ninguno.

—Buenos días —dijo.

Durante el trayecto el hombre no abrió la boca. Si por ella fuera hubiese comenzado un interrogatorio de tercer grado allí mismo. Se dio cuenta de su

nerviosismo cuando fue consciente de que estaba frotando la palma de su mano con el dedo gordo.

«Relájate, no pasa nada».

La mañana era muy fría, el pronóstico del tiempo anunciaba nieve en Madrid. Se había abrigado con el chaquetón que su madre le regaló en las pasadas Navidades. Le pareció excesivo que fuese tan forrado, sin embargo, ahora lo agradecía. No era una mujer friolera, pero los cero grados del exterior no animaban a despojarse de nada.

El conductor pareció leerle el pensamiento.

—Perdone. ¿Tiene frío? ¿Quiere que suba la calefacción?

—No, no, está bien así, gracias.

El coche avanzó por los bulevares, continuó por Alberto Aguilera. Al llegar a la calle Princesa, giró a la derecha para incorporarse, minutos después, a la carretera de la Coruña.

—Disculpe. ¿A dónde vamos?

—A Pozuelo de Alarcón.

La sinceridad del hombre y las nulas precauciones que habían tomado para que ella no pudiera repetir el viaje por su cuenta, si se torcían las cosas, generó una agradable tranquilidad en Rocío. Segundos después su dedo gordo estaba relajado sobre la palma de la mano.

Salieron de la autopista y la cruzaron por debajo. A su derecha desfilaban urbanizaciones de pisos y chalets adosados con grandes extensiones de jardines frente a ellas. A su izquierda un parque. Tomó nota mental de la zona para hacer una visita con tranquilidad acompañada de Patricia...

... y de Jesús Romero.

«Y mamá». Berta no iba a perderselo, de eso estaba segura.

Se obligó a dejar de soñar. Cierto que el conductor parecía educado y la señora del teléfono muy agradable, pero no debía olvidar que quizá se encontrase ante un grupo de asesinos en serie, por muy bondadosos que parecieran.

«No, María no es una asesina».

—Ya hemos llegado.

El BMW se había detenido ante una ancha puerta metálica de color verde, situada en el centro de una pared de piedra. Con el mando a distancia el conductor la abrió. Una entrada de grava. Una pequeña rotonda central cubierta de floridas hortensias. El coche la rodeó, parando frente a la puerta del chalet.

Rocío admiraba la vivienda de una sola planta, con tejado de pizarra negra a dos aguas. Las paredes de piedra y ladrillo. Cada ventana contaba con sus correspondientes flores, en macetas alargadas, de diversos colores. Todavía no había bajado del coche cuando le sorprendió a ambos lados de la entrada, sendos rosales de rosas blancas, custodiadas en sus extremos por otros más pequeños, de rosas negras.

No sabía sin sonreír o ponerse alerta. Sin duda se encontraba en el lugar adecuado para cerrar con carácter definitivo el eterno caso de las rosas. Dos perros de pelaje

blanco y negro, largo y fino, se acercaron curiosos a husmear al nuevo visitante.

Rocío les dedicó unas caricias.

«Muy fieros no parecen».

—Pase, comisario —el conductor le señalaba la puerta que en ese instante abría una mujer de ojos rasgados—. La están esperando.

El suelo de madera crujía con las pisadas de los recién llegados.

—Por ahí.

El hombre le indicó un pasillo alfombrado.

—La primera puerta a la derecha. Con su permiso —el conductor se adelantó. Abrió la doble puerta corredera.

Un sofá le daba la espalda. Frente a él el agradable sonido del chisporrotear de unos troncos en la chimenea. No menos agradable que la temperatura que reinaba en la habitación.

—¿Me permite?

Rocío le entregó su chaquetón a la mujer de ojos rasgados.

Una señora mayor, que debió ser bastante alta, se incorporó de la butaca. A paso lento se acercó a su visitante con una enorme sonrisa tallada en su rostro. Junto a la chimenea, a la izquierda, un señor más cerca de cumplir los noventa que los ochenta, se encontraba sentado en una silla de ruedas. De su nariz partía un fino cable que terminaba en una botella de oxígeno. A la derecha, un enorme Mastín descansaba en una alfombrilla. Al ver a Rocío levantó una oreja para acto seguido volver a su postura inicial con la barbilla apoyada sobre las patas delanteras.

—No se preocupe, Rosa es mayor que nosotros pero muy cotilla. Siéntese. ¿Ha venido bien?

Rocío asintió sin dejar de pensar en el nombre de la perra.

«¿Rosa?».

—Este hombre tozudo que ve aquí sentado, es mi marido. Debería estar en la cama, descansando, pero ha insistido en que tenía que levantarse. No solo eso —la anciana abrió los ojos incrédula— ha habido que vestirle porque no podía recibir a todo un comisario en bata y pijama. Menos si se trataba de una mujer.

El hombre negó lentamente.

A la comisario se le salía la sonrisa de la cara muy a su pesar. No sabía qué decir.

—No era necesario. No debió molestarse tanto.

Con un gesto, como si espantara una molesta mosca, el hombre restó importancia a su cabezonería.

—Sentémonos frente a la chimenea. ¡Hace un frío! ¿Le apetece un café con unas pastitas?

—Me sentará bien, gracias.

La mujer hizo sonar una campanilla. Cuando pidió el café a la chica de ojos rasgados, se volvió hacia Rocío.

—Creo que lo más adecuado es presentarnos. Nosotros sabemos quién es usted y

usted no sabe quiénes somos ¿verdad?

Rocío movió la cabeza.

—El señor testarudo es Javier. Javier Mateo.

La comisario Prados no pudo evitar un gesto de infinita sorpresa, dando un pequeño respingo.

—Yo soy Leonora.

—¿Son los padres de Alma?!

—No exactamente. Él sí, yo no. Bueno eso tampoco es correcto —se apresuró a decir.

La anciana esperó a que la sirvienta dejara sobre la mesa las tazas, la cafetera y el plato con pastas y continuó:

—Alma era sobrina de Javier, que al morir sus padres la Navidad anterior a aquel maldito verano, la acogió en su casa.

—Yo era la directora de El Bosque desde que falleció don Cosme, el director. Antes era la responsable de las chicas... —su voz adquirió un tono de culpa que no pasó desapercibido para Rocío.

—Sigue culpándose. Ya me dirá usted quién es más cabezota —intervino Javier hablando muy lentamente.

—Seguro que usted quiere saber por qué nos hemos atrevido a enviarle ese sobre. La culpa es de mi marido, él...

—Me queda muy poco tiempo, comisario —cortó Javier— creo que por todo lo que ha trabajado debe saber lo que sucedió, si es que realmente lo desea —terminó la frase en medio de una tos descontrolada.

Rocío les observaba, su cabeza estaba trabajando a un ritmo frenético buscando datos. La pareja de ancianos le resultaba familiar. Se preguntaba si los había visto antes.

—... puede preguntarnos lo que desee —Leonora había terminado su introducción.

Los ojos de Rocío iban de ella a su marido con mirada ausente.

—¿Qué está pensando?

—Sí, disculpe, verá... ¿Es la primera vez que nos vemos? Seguramente esté equivocada pero juraría que hemos coincidido en otra ocasión.

Los dos ancianos se miraron como dos niños que guardan un secreto y que había llegado el momento de confesar.

—Hace años ya de eso ¿diez, doce? —preguntó la mujer mirando a su marido.

«¿Diez, doce años?».

La cabeza de Rocío retrocedió una década atrás, cuando tuvo las primeras noticias sobre los suicidios de Fermín y Sandro y su conexión con un cuerpo aparecido bajo el Puente de Segovia. Los habían encontrado con un rosa blanca y otra negra sobre su regazo. Recordaba la reunión con Rovira, Mendía y Romero. Por más intentos que hacía no lograba ubicar a la pareja que estaba frente a ella.

Se sentía como un libro abierto para la mujer.

—¿No? —preguntó sonriente—. Le daré una pista. ¿Recuerda su visita a la vivienda de Fermín Saiz de la Puebla?

—Sí, perfectamente —guardó silencio unos instantes—. ¡La pareja que nos invitó a su casa! Pero...

—Confío que sabrá disculparnos, no fuimos muy sinceros ni nos presentamos como debíamos. Decidimos dar otros nombres. ¡Menos mal que no nos pidió el DNI!

Los dos ancianos parecían felices con sus recuerdos. Leonora tomó entre las suyas la mano de su marido.

—Usted fue el que se encargó de devolver el coche a mi compañero.

Javier asintió.

—Díganme una cosa. ¿Por qué nos dejaron entrar en su vivienda? Recuerdo que había policías subiendo por las escaleras y el ascensor cuando usted abrió la puerta.

—Sabíamos que iban a venir y si les descubrían se meterían en problemas. Como así fue. Lamentamos mucho no haber podido ayudarles. ¿Otra pastita? Son receta de mi abuela.

Rocío aceptó. No dejaba de sorprenderla la tranquilidad de la pareja. Se les veía a gusto, como si hubiesen deseado durante mucho tiempo que llegara este momento.

—Deliciosas, mi madre también hace pastas —tocaba retomar la conversación, de nuevo—. ¿Cómo sabían que íbamos a ir a ese ático y que...? —no le hizo falta terminar de formular la pregunta, la respuesta brillaba en su cabeza— ¡María!

De nuevo los dos abuelos se miraron y asintieron sonrientes.

—Esther para nosotros. Les conocíamos a todos ustedes. Ella hablaba maravillas de los tres. Solo teníamos que ofrecerles una salida. Cuando oímos las sirenas de la policía entendimos que algo había salido mal. ¿Alguien se chivó de su visita, verdad?

—Sí, así fue —Cortizo le vino a la cabeza. Rocío recordaba una pareja mayor, sí, más joven que Leonora y Javier pero lo suficientemente mayores como para no andar por ahí asustando a jóvenes.

—Le pido disculpas de nuevo, comisario. Imagino que se está preguntando como esos ancianos que vio entonces, pueden estar aquí ahora —al ver que Rocío esperaba que continuase hablando, siguió—: A mí me valió una peluca, por entonces aún me teñía el pelo de mi color natural, el negro. Y a él le costó un poco más.

—Me obligó a andar encorvado durante varios días para acostumbrarme en caso de que fuera necesario aparentar otra edad —dijo señalando a su mujer.

—A pesar de todo, les doy las gracias. Hicieron muy bien su papel. Pero ¿Por qué...?

—Descubrimos que ese chico, Fermín, se había ido a los Estados Unidos al poco de suceder todo. Allí se había casado y su mujer le denunció por malos tratos. No fue fácil conseguir la información...

—Ni barata, pero mereció la pena —intervino Javier.

—Nos enteramos que ese ático era suyo, y que antes de marcharse organizaba

fiestas con el Indio, sí, su primo Sandro ¿no sabía que le llamaban así? Era el peor de todos. En el internado todo el mundo...

—Ve al grano, Leo, o aburrirás a nuestro comisario.

—Sí, perdóneme, a veces me voy por las ramas y empiezo a hablar de cosas que no tienen nada que ver con lo que quería decir y...

—Leo...

—¿Ve? Me ha sucedido otra vez. ¿Más café?

—Sí, gracias —Rocío disfrutaba del calor de la chimenea y de la compañía de los dos ancianos. Estaba haciendo algo que cualquier instructor le diría a un aspirante a policía en su primer minuto de curso; no intimar con los posibles sospechosos.

«Después de tantos años, ya es tarde para eso».

—Y decidieron vivir justo al lado de Fermín.

—Algo así. Antes de localizarle en Estados Unidos y sin que la ley nos apoyara, no encontramos otra forma de vigilar sus movimientos por si aparecía por ese piso.

—¿Qué pasó?

—Si le parece empezamos por el principio. Por Héctor Martello.

Durante los siguientes minutos la pareja de ancianos la pusieron al día sobre los pormenores que les llevaron a tomar parte activa en la búsqueda de los implicados en la violación de Alma y el asesinato de Fran. Comenzaron por la visita de Esther al Bosque con la revista donde se recogía el regreso a España del embajador italiano Marco Martello, con su mujer e hijo. Sus primeras reuniones y cómo se pusieron en marcha.

—Todo salió mal —convino Javier, más amigo de las frases cortas que su querida Leonora.

Rocío escuchaba atenta todo lo que le decían. Le hubiera gustado tomar notas de lo que oía, pero no estaba en visita oficial, y si lo estaba, prefería pensar que no. ¿No se había cerrado el caso?

—No fue difícil averiguar su interés por la noche madrileña. Los lugares que solía frecuentar. Casi todas sus salidas obedecían a una misma ruta.

—¿También le enviaron una carta?

—Enviársela no, se la dejamos sobre su flamante moto. Queríamos ver su reacción. Nos bastaba con asustarle, que sintiera pánico por su pasado. No podíamos permitir que ninguno de ellos lo olvidara. ¿Me entiende? —Leonora se había emocionado. Durante unos instantes escondió su cabeza entre sus arrugadas manos.

—Murió en un accidente de moto ¿fue eso, un accidente, verdad? —preguntó con un atisbo de miedo por la posible respuesta.

La mujer levantó la cabeza.

—Sí. Esther estaba en la discoteca esa noche, Cerebro creo se llamaba. Cuando Héctor se despedía de sus amigos, salió antes que él. Dejó la carta sobre la moto y vino al coche.

La mujer de ojos rasgados entró en salón a recoger las tazas de café.

—¿Quiere usted un Coca-Colo, agua fría, un zumo?

Rocío no pudo evitar sonreír al oírlo.

—Ya sabemos que usted prefiere *un* Fanta, sabiendo que venía también tenemos —apuntó divertida.

—Pues *un* Fanta entonces.

Cuando se quedaron solos de nuevo, Leonora continuó:

—Vimos como abría el sobre. Al ver la carta y las fotos comenzó a mirar a todos los lados. Nos acercamos lentamente con el coche, queríamos que nos viera. Aunque había pasado tiempo, mi color de pelo era el mismo, y me vestí como entonces. ¡Cómo una Rotenmeyer! ¿Te acuerdas, Javier?

—¡Cómo para olvidarte!

—¡No seas grosero! —le dio una suave palmada en la mano.

La comisario Prados asistía a los constantes cambios de humor de Leonora. Podía ir de un tema a otro, emocionarse y al segundo siguiente sonreír con algún recuerdo o una ocurrencia. Pero a diferencia de su marido, Rocío pensaba que no se perdía con los cambios de tema. Si le dabas tiempo, sabía volver y enlazar como si no hubiera hecho un paréntesis.

—Esther se puso una peluca pelirroja, con trenzas. Iguales a las que llevaba Alma.

—No te olvides de las gafas —apuntó su marido.

—No, no me olvido. Como dice mi querido gruñón, se puso unas gafas iguales a las de ella. De noche y así vestida, eran como dos gotas de agua.

—Héctor les vio acercarse y les reconoció —Rocío se sirvió la Fanta que la mujer de ojos rasgados, Erlinda, había dejado sobre la mesa.

—Al principio se nos quedó mirando. La niña bajó la ventanilla y sacó la cabeza. Él pareció recordar.

—Arrancó la moto y salió pitando —Javier apuraba un batido de proteínas. Llevaba días que no le apetecía comer.

—Fuimos detrás de él. Tampoco queríamos llamar la atención ¿sabe? —Leonora volvió a tomar la mano de su marido—. Pensamos que iba a parar en el semáforo antes de llegar a la Castellana, pero se lo saltó.

—Acabó bajo las ruedas de un camión de la basura.

—Así es. Ya nos dijo María que es usted una mujer muy lista —sonrió.

—En las pocas fotos que recogen el atropello, aparecen en algunas de ellas unas manchas sobre el cuerpo, para mí son flores. ¿Dejaron una rosa blanca y...?

—... y una rosa negra —apuntó Javier.

—Pensamos dejárselas en la moto pero seguramente no hubieran sabido qué significaban. No fue fácil acercarnos y depositarlas sobre cuerpo. Vimos que un policía las arrojó sobre el asfalto, así que decidimos enviar al día siguiente otro par de rosas a la embajada italiana —Leonora permaneció unos instantes en silencio mirando a su visitante con una melancólica sonrisa instalada en su rostro.

Rocíoapuró otro trago. Sospechaba que las confesiones aún no habían terminado. Comenzaron por el primero de la lista, que como señaló Javier Mateo, no salió como habían planeado.

«¿Los demás sí salieron como planearon?».

Uno, sí. Don Cosme.

Rocío decidió dar un paso al frente. Acababa de recordar su visita al internado y su paseo con el jardinero cuando le dijo que el director había fallecido de la misma forma que Alma.

—Héctor Martello no fue el primero.

Leonora frunció el ceño sin dejar de mirarla.

—El director. Félix me dijo que también cayó por el acantilado.

La pareja se miró entre sí. Javier asintió.

—Sí, es verdad. Don Cosme se puso de parte de la Guardia Civil y del ministro, para que todo se olvidara. Siempre nos repetía lo mismo. ¿Qué iba a ser de nosotros si cerraban el internado? Decía que Alma se había suicidado y punto, que nadie más tenía la culpa.

—¿Desconocía lo que la habían hecho?

—Estaba informado de todo. Félix le dijo que los chicos habían confesado. Pero él insistía en que se trataba de una fiesta de adolescentes que se les había escapado de las manos por el alcohol. ¿Tiene frío? ¿Quiere una mantita?

No conseguía acostumbrarse a su forma de saltar de un tema a otro. No podía negar que resultaba enternecedora su manera de preocuparse por ella.

—No, gracias, estoy muy bien con la chimenea. Me decía que Félix y el director...

—Sí, bueno. A don Cosme le gustaba disfrutar de las maravillosas vistas desde el pequeño monolito, junto al precipicio. ¿Las vio usted? —preguntó con profundo interés.

—Sí, preciosas.

—Félix nos contó que habían discutido. El director se asomó al borde, como solía hacer y se resbaló pero logró agarrarse a una rama vieja.

—¿El jardinero lo vio?

—Sí, estaba con él.

—No le ayudó a subir.

—No... y le voy a decir algo a favor de Félix, y que Dios me perdone, no le culpo.

El lado de policía de Prados no podía permitir acciones así, sin embargo, no se sentía afectada por el relato. Pero no debía pasar por alto que se trataba de una acusación. Decidió tomar nota mental de ella para proceder llegado el momento.

—Si se está preguntado dónde está Félix, le diré que está enterrado en el camposanto junto al internado que, como sabe, hoy es un palacio de exposiciones y congresos. Nos lo confesó pocos meses antes de morir.

Rocío apartó la vista hacia unos marcos situados en un aparador. Leonora siguió la dirección de su mirada. Pesadamente la anciana se incorporó, a paso lento se acercó al mueble y tomó entre sus manos dos de los portafotos. Sin hacer ningún comentario se los entregó a Rocío.

—¡Es María!

En una de ellas no estaba sola, se la veía con su habitual sonrisa, acompañada de un hombre atractivo y un niño entre la pareja.

—Su marido y su hijo, Fran.

—¿Se casó? —un velo de tristeza cubrió su rostro. Le hubiera gustado haber compartido ese momento con ella. Por otro lado se alegraba de su felicidad. Se la merecía—. Bonito nombre para el pequeño.

Javier y Leonora dejaron que Rocío disfrutara de las fotos. Se habían dado cuenta de la emoción de la comisario. No ignoraban que hacía mucho tiempo que no se veían para hablar como buenas amigas. Ambas eran conscientes de que antes debían dejar atrás el caso de las rosas. María había comenzado una nueva vida, pero Rocío Prados seguía siendo policía. Si pensaba que debía detener a su amiga, por mucho que le doliera, lo haría.

No iban a arriesgarse.

—Preciosas fotos —se moría por preguntarles dónde podía encontrar a María. Necesitaba verla, abrazarla. Su desarrollado instinto le decía que no era buena idea. Ellos, María incluida sin duda, ya habrían decidido si debían compartir con ella esa información.

O no.

Leonora volvió a dejar los marcos en su lugar.

Los siguientes minutos hablaron sobre Fran. Durante el tiempo que el caso estuvo presente en los medios no se recogió la muerte del hermano de Esther, con detalle. Rocío quería saber por qué aseguraban que le habían matado.

—Fran le confesó a su hermana que él lo había visto todo. ¿Sabía que formaba parte de ese grupo de chicos y que estaba enamorado de Alma? ¿Entiende ahora, comisario, el dolor de Esther y de todos nosotros?

«Perfectamente».

—La niña le vio partir corriendo después de ver el cuerpo de Alma en la orilla y de escuchar su confesión —intervino Javier, lentamente continuó—: Fue a por sus amigos, hubo una pelea. Perdió el sentido y comenzó el incendio.

—Salieron corriendo y le dejaron a su suerte —soltó Rocío como si pensara en voz alta.

La pareja permaneció en silencio dejando que asimilara la situación. Lo que les faltaba por compartir seguramente no le iba gustar nada.

—¿Se queda a comer, verdad?

Más que una pregunta, era una invitación sin posibilidad de ser rechazada. Llamó a la abuela Berta para que se encargase de Patricia y avisara a Romero de su retraso.

—¿Todo bien, hija?

—Sí, mamá, todo bien. No te preocupes.

Al oír la palabra comer, Rosa levantó una oreja y poco a poco fue desperezándose. Puesta en pie, pasó junto a Rocío, la olió curiosa. Cuando quedó satisfecha abandonó el salón a paso cansino.

—Se llevará una sorpresa cuando se dé cuenta que aún falta un poco para su hora de comida —Leonora la seguía con la mirada mientras el enorme mastín se alejaba—. Hemos tenido que reducirle alguna ración porque la pobre no puede ni con su cuerpo. Está muy mayor para tanto esfuerzo.

Esther María Lasa, caminaba por el Paseo Pereda, en Santander, junto al Real Club Marítimo. El día era fresco, pero el cielo despejado le había animado a salir de casa para dar un paseo. Su marido y Fran, su hijo, se reunirían con ella en su bar de tapas preferido. Habían salido a pescar con unos amigos. Después de que los tres intentos anteriores de acompañarles acabaran de la misma manera, sacando la cabeza por la borda para expulsar todo lo que hubiera en su revuelto estómago, por poco que fuera, decidió no tentar más a la suerte.

Las dos primeras ocasiones fue con David, su marido, al que le gusta llamarle Presunto. De novios, como buen abogado, insistía en que solo era un presunto enamorado hasta que no se demostrara lo contrario. Para eso tenían que suceder cosas, qué era innegable que sucedieron.

El tercer intento fue debido a la insistencia de David y el pequeño Fran.

—¡Tienes que venir con nosotros, mamá!

—¿No le has dicho lo mal que lo pasé? —Esther se había vuelto hacia su marido pidiendo ayuda.

—¡Pero eso fue hace mucho tiempo, mamá!

Accedió.

Con el mismo resultado.

Por lo menos le había servido para que no volvieran a insistir. Si había algo peor que la sensación de mareo incontrolable era el estar rodeada de gente que te de decían haz esto o lo otro, en lugar de estar disfrutando de la pesca. No era nada agradable aguar la travesía a los amigos. De todas formas no le costaba reconocer que un paseo en yate, con el viento rompiéndote en la cara, era maravilloso. El problema se presentaba cuando la embarcación aminoraba la marcha hasta detenerse. Era el momento en que su estómago y su cabeza tomaban el mando.

Contaba con una hora para disfrutar del paseo. No fue solo el cielo despejado lo que le animó a salir, sino sus nervios, su inquietud y algo más, llevaba una fenomenal noticia para sus chicos.

Leonora le había dicho que iban a poner fin a todo para que, de una vez por todas, se dedicara a su marido y a su hijo y que Rocío Prados pudiera cerrar el caso para siempre. Era la única forma de recuperar su amistad.

—¿Qué vais a contarle?

—No te preocupes por eso, pequeña —aún la llamaba así a pesar de que estaba a punto de cumplir los cuarenta—. Este es mi último invierno con Javier, el médico, como sabes, no cree que llegue al verano. Y yo... bueno, mi sitio está con él. Pero no nos pongamos tristes. Te llamaré cuando se vaya.

—De acuerdo. Nos vemos pronto. Os quiero.

—Nosotros a ti también, pequeña.

La voz extremadamente cansada le sonó como a despedida. Desde que inició su relación con el padre de Alma, su vida había cambiado en todos los aspectos. Dejó salir una belleza que nunca antes le había visto, ni esa sonrisa y menos aún esa alegría por la vida.

El siguiente fin de semana bajaría a Madrid con Presunto y Fran. Deseaba verles. Pero antes pasaría por el cementerio a llevar, como cada mes, unas rosas a la tumba de Alma. Desde que se trasladó a Santander no había dejado pasar un solo mes sin visitar a su amiga. Había vivido unos años convulsos, llenos de recuerdos con el caso en los periódicos. Pero gracias a Dios, el juez lo había llevado de la forma más alejada posible de los focos. Leonora y Javier habían conseguido, con su envío anónimo, que la investigación se centrara en el abuso de poder y no en los que intervinieron. Para Esther, nunca se haría justicia con Alma, ni con el fallecimiento de sus violadores. Había que luchar para que una situación así no volviera a producirse.

Durante estos años no había dejado de acordarse de Rocío, ni de Patricia. Le dolía haber desaparecido de sus vidas de esa manera tan precipitada, pero no había encontrado otra forma de hacerlo.

No la había.

Sabía que Rocío descubriría que Fran era su hermano, y a partir de ahí relacionaría una serie de sucesos que la hubieran llevado hasta ella en busca de una información que no pensaba darle.

Hasta hoy.

Leonora y Javier estaban haciendo su trabajo.

Ella... ella estaba especialmente feliz...

A veces las situaciones se concentran todas en un mismo momento de la vida de alguien, sin que entre ellas parezca existir un nexo de unión. Llevaban varios años intentando traer al mundo un hermano para Fran que iba a cumplir los seis. El tema del embarazo, con el paso del tiempo, fue pasando a segundo plano. Como si no hablar de ello, no desesperarse, facilitara que se cumpliera su deseo más profundo. No le había dicho nada a David de sus náuseas ni de su malestar, ni siquiera de sus retrasos. Antes debía asegurarse.

Hoy estaba segura.

No había duda, estaba embarazada.

—Andrés Rodrigo estaba siempre encarcelado. Tanto en el ejército como cuando salió de él —apuntó Javier, que parecía que el batido de proteínas le había suministrado la energía suficiente para desear continuar con la velada en el salón, en

lugar de retirarse a descansar.

Leonora estaba sirviendo café para todos sin olvidarse de las pastitas de su abuela. Durante la comida había llevado hábilmente la conversación por otros derroteros. No quería desaprovechar ni su marido tampoco, la oportunidad de hablar con la primera mujer comisario de España. La bombardearon a preguntas sobre el papel de la mujer en la sociedad y su salto al mercado laboral.

—Yo he estado trabajando toda mi vida, hasta que me encontré con Javier —apuntó Leonora puesta en pie de regreso al sofá frente a la chimenea.

Rocío les había dado tiempo para hacer más llevadero lo que ella pensaba se correspondía con el final de la confesión. No había ninguna duda de que se trataba de eso, de confesar la implicación de todos ellos en las muertes de los chicos.

«¿O no?».

—Volvamos al grano, comisario —Javier le hizo señas a Leo para que no se andase por las ramas—. Si no, se nos hará de noche.

—Usted va a comprender mejor que nadie lo que sucedió.

Rocío puso cara de no entender a dónde quería ir a parar.

Leonora continuó:

—Verá, cuando falleció su exmarido nosotros nos dimos cuenta que usted habría pasado por una situación similar a la nuestra. La diferencia podría estar en el aspecto emocional. Usted estuvo enamorada de Sebas y nosotros les odiábamos a todos.

—No entiendo lo que quiere decir —respondió algo molesta.

—Su marido decidió saltar por la terraza ¿verdad?

Rocío asintió.

—Usted le habría dado otra opción ¿no? Entregarse, por ejemplo —sin esperar respuesta, continuó—: ¿Un poco más de leche? A veces me quemo los labios con el café y tengo que echar un poco más de leche fría...

—Leo, cariño...

—¿Eh? Sí, sí, no me he despistado —aseguró vuelta hacia Javier—. Lo que quiero decirle es que el miedo o las consecuencias de nuestros actos pueden ser lo suficientemente aterradores como para decidir no enfrentarse a ellos y saltar.

Rocío estaba de acuerdo. Carlos había decidido no afrontar el arresto y optó por suicidarse. En el fondo de su corazón se lo agradecía. No hubiera sido fácil, ni para él ni para ella, y menos aún para Patricia asistir a un juicio como el que les esperaba.

—¿Qué pasó con Rodrigo?

—Cuando dimos con él...

—¿María les puso sobre la pista? Desde su posición tenía acceso a bases de datos que...

—... pagamos su fianza y le entregamos un dinero —Leonora cortó el razonamiento de la comisario como si no le la hubiese escuchado— sabíamos que lo malgastaría como así hizo. Usted ya sabe lo de la carta en El Camaleón Rojo. ¡No vea la cara que pusieron cuando entramos ahí! —recordó sonriente.

Rocío esperaba con paciencia a que le contaran los detalles. Era posible que lo de Héctor fuese un accidente, pero dudaba de que los otros tres hubieran reaccionado como Carlos, decidiendo saltar.

No iba muy desencaminada.

—Le seguimos desde que salió. No paraba de llover y a punto estuvimos de perderlo.

—Acuérdate de que le perdimos —señaló Javier.

—¿Sí? ¿Por eso fuimos a esperarle al Camaleón ese?

Su marido asintió.

—Íbamos los tres en el coche. Esther detrás. Estuvimos esperando un buen rato a que saliera, cuando por fin lo hizo. La lluvia nos impedía ver con claridad a través de los cristales del coche. Estuvo un rato parado y luego comenzó a andar en dirección al Puente de Segovia. Parecía que había bebido mucho.

—No sabíamos qué iba a pasar... —intervino Javier, sus palabras lentas, salían con esfuerzo de su boca—... le seguimos con las luces apagadas.

—Cuando llegamos a su altura se volvió. ¡Nos asustamos! Estaba parado junto a la barandilla del puente. Se nos quedó mirando. ¿Y si viene y empieza a pegarnos? —Leonora miraba, como ausente, la taza de café. Sus recuerdos reproducían con detalle lo vivido aquella noche—. Pensamos que me había reconocido, pero no, no era a nosotros. ¡Miraba a Esther! Esa chica es muy lista. ¿Sabe?

—Se había puesto, otra vez, la peluca pelirroja y las gafas, vestida como Alma.

—Se parecían mucho ¿verdad, cariño? —Leonora volvió a tomar la mano de su marido entre las suyas—. Bajamos y fuimos hacia él. Creo que en ese momento me reconoció. Nos estábamos empapando. La tormenta era impresionante con rayos y truenos.

Rocío esperaba impaciente el desenlace.

—¡Soy el padre de la chica que violaste!, chillé enfurecido.

—No te conviene excitarte, cariño, déjame contarle a mí. Rodrigo gritó diciendo que no pensaba volver a la cárcel y de repente puso los ojos en blanco. Esther había bajado del coche y corría hacia nosotros.

—Saltó. El resto ya lo sabe. Lo metimos en un contenedor para que no lo descubrieran pronto —concluyó Javier.

—Dejamos las dos rosas, como en todos.

—¿No le empujaron? —quiso saber la comisario. En su voz se podía apreciar un rasgo de incredulidad.

—No. A este no.

Al bar de tapas se apuntaron las dos parejas que acompañaron a David y a Fran a la pesca de lubinas. Cuando Esther entró en el local, torció el gesto. Esperaba encontrar a su marido y a su hijo tomando un blanco y un Coca-Colo. Los amigos habían declinado la invitación que ayer por la tarde les hicieron, al verles ahí parecía que se lo habían pensado mejor. Las risas se habían adueñado de la mesa que

ocupaban. No le gustó sentirse mal por su presencia, no era nada contra ellos, pero debería retrasar la noticia de su embarazo hasta que se quedaran a solas los tres. Imaginaba el escándalo por los gritos de felicidad y enhorabuenas de todos ellos. Lo que menos le apetecía era ser el centro de las miradas.

El bar la recibió con olor a rabas, a gambas a la plancha, a bocartes, a navajas. Las mesas de piedra, las sillas de forja, azulejos en el suelo y paredes formando diferentes motivos marineros daban un ambiente acogedor al local. La sobremesa se alargó más de lo esperado, lo suficiente para que Esther pusiera de relieve toda su capacidad de mirar la hora con el mayor de los disimulos posibles. El reloj en su muñeca, el de pared sobre la barra. El que llevaba su hijo, el de David. Ardía en deseos de llamar a Leonora y al tío Javier para que le contasen como había ido la reunión con Rocío.

—¿Te sucede algo, cariño? —susurró al oído su marido pasando a su lado.

—La verdad es que sí —se incorporó veloz, le cogió de la mano y haciendo una seña a su hijo, los arrastró hasta el exterior del local, una amplia terraza que daba al mar.

—Me preocupas qué...

—¡Estoy embarazada! —exclamó besándole en la boca—. ¿Te lo puedes creer? —la sonrisa apenas le cabía en la cara.

Poco tardaron los amigos en acompañarles. Al menos en la calle sus felicitaciones pasaron más desapercibidas. Con la excusa de una íntima celebración se despidieron.

—Tengo que hablar con Leonora —dijo nada más entrar en la casa. El mensaje implícito requería quedarse con Fran hasta que ella hubiera terminado.

Los cinco tonos que esperó se le antojaron eternos.

Tras los saludos iniciales, dejando para el final su particular noticia, fueron directamente al grano.

—¿Qué ha dicho?

—Ha preguntado por ti. Se ha alegrado de tu boda, pero no la hemos dicho donde encontrarte.

Esther sabría cómo encontrarla.

—Cuéntame.

—Verás, quería saber cómo fallecieron todos. Con Héctor no hubo problema. Ni con Rodrigo, aunque se quedó un poco sorprendida cuando le dije que saltó en el momento en que saliste del coche y corrías hacia nosotros.

—Pero yo me quedé en el coche, lo único que hice fue mirarle.

—¿Si? Estaba convencida que se asustó contigo.

Ella sabía que Rodrigo saltó, no solo porque no quisiera regresar a la cárcel, sino porque vio la pistola que Javier empuñaba. Nada le dijeron sobre ella. Todos guardaron silencio. Fue Esther la que insistió en bajar del puente a la calle y retirar el cuerpo, quería comprobar por sí misma si había algún impacto de bala o solo fue un trueno.

No vio nada.

En la investigación posterior nadie habló de que en la autopsia hubieran encontrado alguna bala en el cuerpo.

—¿Y del Indio?

—Se lo hemos contado todo, pequeña. Javier ha relatado lo que recordaba.

—¿Todo?

Leonora reprodujo la conversación...

—Sabíamos que estaban dentro. Teníamos copia de sus llaves. A veces es muy útil contar con una buena relación con el conserje. El de ese portal era una mujer muy interesada por todo lo que la rodeaba —sonrió maliciosamente.

—Déjame seguir a mí, Leo.

Su mujer frunció el ceño, sorprendida. Ni el gesto, ni la mirada entre ambos pasaron desapercibidos al instinto de policía de Rocío.

—Les habíamos dado tiempo para que bebieran y hablaran de las fotos y la carta. Bloqueamos la puerta por fuera por si se les ocurría salir —Javier se detuvo unos instantes para tomar aire.

—Nos faltaba un golpe de efecto —intervino Leonora impaciente— las sirenas de la policía.

Esta vez fue la comisario la que juntó las cejas.

—Hicimos un par de llamadas para que vinieran coches de policía a una dirección cercana —Javier esbozó una media sonrisa de disculpa— y Esther se encargó de movilizar alguna patrulla más. En cuanto las oímos, metí la llave y abrimos la puerta. Los dos primos no nos vieron entrar, estaban en la terraza y discutían acaloradamente. Sobre la mesa quedaban los restos de una botella de whisky y muchas colillas. Fuimos a su encuentro.

—Delante iba la niña, con su peluca y sus trenzas.

—Cuando Fermín nos vio se puso lívido. Soy el padre de Alma, les dije. Las sirenas seguían sonando. De repente Esther dio unos pasos hacia ellos llamándoles asesinos y Fermín asustado corrió hacia tras, saltando por la barandilla.

—Por un momento nos quedamos quietos. He de reconocer que no sentía ninguna pena por ellos —apuntó Leonora.

—¿Usted es el padre de la putita esa? ¡¿Y ahora vienen a jodernos la vida?! ¡Fue esa zorra la que se ofreció! ¡¿Qué culpa tengo yo de que luego se suicidara?! ¡¿Eh?! Veo que no tuvo bastante con la paliza que le dieron los hombres de mi padre. ¿Quiere más, eh, viejo? —Javier reproducía las palabras que tenía grabadas a fuego en su cabeza.

Durante unos instantes se hizo el silencio en el salón. Solo el chisporrotear de los pequeños troncos se atrevía a romper la calma. Rocío miraba a uno y a otro. Las nudosas y arrugadas manos de la pareja estaban entrelazadas.

—Lo que dijo ese chico nos hizo mucho daño —las palabras de Leonora no ocultaban la enorme emoción que sentía— y entonces...

—Me acerqué a él y le di un puñetazo con toda la rabia que llevaba dentro. Se echó hacia atrás perdiendo el equilibrio cayendo al vacío —intervino Javier Mateo.

De nuevo silencio y cruce de miradas entre los ancianos.

—¿Las rosas?

—Las dejamos sobre los cuerpos la niña y yo —aseguró Leonora.

La línea de teléfono permaneció muda unos instantes. Esther sollozaba. Por fin todo había terminado. Pero no como ella lo había imaginado.

—Pero el tío Javier...

—Ha confesado y está feliz por haberlo hecho, pequeña.

—Pero...

—Déjalo así. ¿Lo harás por nosotros?

—¿Y Rocío?

—Esa mujer es muy inteligente, mucho. Sabrá cómo actuar.

Rocío abandonó la casa de la pareja sin una sensación definida. Le habían contado una historia que le sirviera para cerrar el caso. Para que de una vez pudiese olvidarse de él y corriera un tupido velo sobre el pasado.

—Ese par de viejecitos encantadores me han mentido —murmuró para sí mientras entraba en el taxi que le habían pedido minutos antes.

Sabía que la versión que acababa de oír sería la que repetirían si les llevaba ante el juez. Se trataba de una versión creíble y más aún viniendo de dos personas como Leonora y Javier Mateo.

Pero ella era policía.

Esa noche y el día siguiente lo pasó distraída. Había compartido todo lo hablado en la comida con Jesús Romero.

—Quizá te hayan mentido en algo. ¿Pero qué importancia tiene ahora? Los sospechosos están muertos y sus padres han sufrido sus actos. Cierto que no cómo deberían pero a veces el rechazo social es más duro que una sentencia judicial.

—Lo sé, pero no dejo de darle vueltas a su versión. Lo único que se me ocurre es que Javier haya querido cargar con las culpas.

—¿Crees que Leonora fue la que le empujó?

Rocío negó lentamente con la cabeza.

—No lo sé, Jesús. ¿Recuerdas cuando fuimos al ático y la pareja nos dejó escondernos en su casa?

—Sí, claro. ¿Qué sucede?

—Juraría que el señor no llevaba la mano vendada, ni tiritas, ni nada parecido. Un hombre de más de setenta años, propinando un puñetazo así, a un chico de poco más de treinta años... —Rocío guardó silencio unos segundos—. No te digo que se rompiera algún nudillo, pero debería tener alguna herida. ¿No te parece?

—Hace tiempo que entendí que no tengo tu memoria. No recuerdo las manos de ese hombre, pero coincido contigo, alguna señal debería tener en sus nudillos.

Esa noche Rocío partió hacia Santander en avión.

—¿Estás segura?

—No, pero debo arriesgarme. Allí está enterrada Alma. En una de las fotos que me enseñó Leonora se veía el casino de Santander y el hijo de María llevaba la típica mochila de colegio y en otras estaban en bañador en la Playa del Sardinero.

—¿Tú crees que iba a trasladarse hasta allí por algo que sucedió cuando eran niñas?

—Cuando el dolor y la culpa se apoderan de ti durante años somos capaces de hacer cualquier cosa. Nadie mejor que Javier y Leonora para saber lo que sufrió María durante tanto tiempo. Me han llegado a emocionar con el relato de los días que vivió desde que vio marchar a Alma a la fiesta, hasta que los bomberos sacaron el cuerpo carbonizado de su hermano del pabellón de los chicos.

—Seguro que tienes algún argumento más —señaló Jesús con sus manos sobre los hombros de su futura mujer.

La comisario sonrió.

—Es posible que haya interpretado mal las fotografías, pero si estoy en lo cierto una persona no decide instalarse en una nueva ciudad para poder realizar solo una visita anual al cementerio de su ser querido. Quiero comprobar que en la tumba de Alma hay una rosa blanca y una negra, frescas.

—¿No creerás que va todo los días?

—Seguramente no, pero es probable que visite el cementerio los aniversarios de cada mes. Mañana es quince.

A primera hora se encontraba desayunando en un hotel de Santander. Había solicitado en recepción que buscaran el teléfono de María Lasa en las páginas amarillas y que probasen también Esther como nombre de pila.

Nada.

No le extrañó en absoluto que no apareciera sino quería ser localizada.

Tomó un taxi.

Santander amaneció con el cielo cubierto, las nubes amenazaban lluvia, pero en opinión del hombre que la recibió en el cementerio solo se trataba de eso, de una amenaza.

—Verá como por la tarde levanta el día.

Rocío no lo tenía tan claro.

Se había vestido como indicaba el invierno, cubierta con una gabardina oscura sobre el chaquetón de su madre. Llevaba botas y pantalones negros. Desde que salió de Madrid, un cosquilleo constante y generalizado se apoderó de su cuerpo. Deseaba encontrarse con su amiga, pero también visitar la tumba de Alma Mateo. Para ella formaba parte de su vida, era una forma, seguramente absurda, sí, de pedirle perdón por haberla abandonado a su suerte. A ella y a Fran Lasa.

Como policía, Rocío Prados no podía justificar el comportamiento de sus colegas y menos aún el de los superiores que deberían dar ejemplo. Eran tiempos de dictadura cuando sucedieron los hechos, sin embargo, reinaba la democracia cuando Mendía,

Romero y ella, a instancias del entonces comisario Rovira trataron de investigar los diferentes suicidios de las rosas. Investigación que hubiera sacado a la luz actitudes como las del comisario principal Néstor Villega, cesado de sus funciones, primero, y expulsado del cuerpo, después, en cuanto el asunto salió a los medios, y de Eladio Saiz de la Puebla relevado de su actividad como Presidente del Tribunal Constitucional y apartado de la carrera judicial.

Sin olvidar el borrón en la aparente carrera inmaculada del entonces General de la Guardia Civil Venancio Rodrigo. El que menos impacto sufrió a nivel político fue el embajador italiano Marco Martello, aunque tiene prohibida la entrada en España. La familia de Sandro Cobriña negó la paliza dada a Javier Mateo, pero sus negocios se resintieron. Meses después, varios miembros fueron encarcelados por tráfico de obras de arte y extorsión. El estar en el foco de la noticia les hizo más vulnerables.

—¡Buenos días! ¿Me podría indicar dónde está enterrada Alma Mateo? — despidió al taxi. No sabía cuánto tiempo iba a tener que esperar, a pesar de que su intuición le decía que sería una espera breve.

No se equivocaba.

—Por supuesto, señora. Vaya día nublado que ha amanecido ¿verdad? Descuide que no descargará —afirmó el hombre mientras ojeaba un grueso volumen— por la tarde levantará el día. Se lo digo yo —insistió.

Rocío observaba al hombre mientras repasaba con su dedo el listado. Se le veía feliz con su trabajo, resolviendo las dudas de aquellos que seguramente se acercaban a él viviendo momentos difíciles.

—Sígame. No tiene pérdida —con un gesto le indicó la puerta—. Ahí. Al final del camino, sube usted unos metros y verá a la derecha un bonito panteón. En la parte de arriba pone Familia Mateo —el hombre dibujó con las dos manos un rectángulo en el aire.

—Gracias, muy amable.

El corazón de Rocío comenzó a latir con fuerza sin previo aviso. En breves instantes se encontraría lo más cerca que nunca antes había estado de Alma.

«Ojalá esté María».

No sabía qué iba a decirle. ¿Debía plantearle sus dudas respecto a cómo cayó el Indio por la terraza del ático? ¿O debía dar por buena la versión de Leonora y Javier Mateo y cerrar el capítulo para siempre? ¿Podría vivir con las dudas?

Tomó el camino hasta el final. Torció a la derecha. Lentamente recorrió los últimos metros con la cabeza girada en dirección al lugar donde en breves instantes debería aparecer a la vista su objetivo, tras la vegetación.

Poco a poco se fue haciendo visible el panteón.

«Familia Mateo» leyó en la parte superior.

De repente dio un paso atrás escondiéndose tras un arbusto. Había alguien mirando a través de la portilla de barrotes de hierro.

«¿María?».

Le costaba reconocerla a esa distancia. Llevaba el pelo más corto, pero ¿Quién iba a ser si no? Notaba que la ansiedad se iba apoderando de ella, aún no había solucionado las dudas que se había planteado para el momento en que la viera. Siguiendo a su instinto, una vez más, sacó el móvil del bolso y pulsó una tecla.

Tres eternos tonos.

—¡Comisario Prados! Un placer oírle de nuevo —la voz del comisario principal Antonio Rovira llegó como un bálsamo a sus oídos.

—El placer es mío, señor. Necesito su ayuda.

—Dígame —el tono era de preocupación—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy frente a la tumba de Alma Mateo. María está depositando unas rosas en el panteón, y no sé qué hacer.

En los siguientes dos minutos le hizo un resumen de la comida que había compartido con Javier y Leonora. Rovira estaba al tanto de todo hasta esa reunión. Le confesó sus dudas sobre la persona que había empujado a Sandro Cobriña.

—En primer lugar, amiga mía, mi más sincera enhorabuena por la resolución de un caso que nunca fue abierto. No soy quién para hablar por usted pero, sí que puedo plantearle unas preguntas, cuyas respuestas quizá le ayuden a tomar una decisión.

—Dígame... no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiene pruebas que apunten a María? Usted sospecha de ella no de Leonora ¿verdad?

—Así es. No, no tengo ninguna prueba.

—¿Puede conseguirlas?

—No, solo tengo una confesión que apunta a otro sospechoso —sintió cierta incomodidad al referirse en esos términos a Javier Mateo.

—¿Le afecta lo sucedido, Prados? Quiero decir ¿cree que un caso cerrado como este, merece una investigación para que se resuelva una posible injusticia?

Rocío guardó silencio unos instantes con la mirada fija en María. No había duda, era ella. Había recogido unas flores marchitas que guardó en una bolsa. Inmóvil, con la cabeza agachada parecía estar rezando.

Rocío recordó las palabras de Sandro, el Indio, el peor de todos como coincidían los que le conocieron, cuando Javier le dijo en la terraza del ático que era el padre de Alma:

«¿Usted es el padre de la putita esa? ¡¿Y ahora vienen a jodernos la vida?! ¡Fue esa zorra la que se ofreció! ¡¿Qué culpa tengo yo de *que luego se suicidara*?! ¡¿Eh?! Veo que no tuvo bastante con la paliza que le dieron los hombres de mi padre. ¿Quiere más, eh, *viejo*?».

—Yo hubiera hecho lo mismo, señor... —siseó al teléfono.

Como María.

Como Esther.

Al oír las fuertes palabras del Indio sobre su amiga Alma, Esther se abalanzó sobre él, gritando furiosa. Con sus brazos estirados y con toda la fuerza que le daba la

rabia acumulada durante años, impactó con sus manos en el pecho de un crecido Sandro Cobriña. Sorprendido por la reacción, perdió el equilibrio tropezando con unas macetas, ayudado por el incesante empuje de Esther fue dando torpes zancadas hacia atrás hasta chocar contra la barandilla, cayendo al vacío.

Cuando Rocío colgó el teléfono, unas rebeldes lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Sacó un pañuelo del bolso y avanzó un par de pasos. El crujir de una rama seca bajo sus pies y el suave sonido de la gravilla, hicieron volverse a María.

Las dos amigas se miraron en silencio durante unos instantes. La enorme sonrisa de Rocío le aseguraba que sus ojos no se estaban equivocando y, algo más, que no venía a detenerla.

Ambas se acercaron para fundirse en un largo abrazo.

—Lo siento... —murmuró en su oído— no pude aguantar más, yo...

—Chist... lo sé, lo sé. Yo hubiera hecho lo mismo...

Cuando se separaron, María Esther se agachó junto a un estrecho y alargado florero colocado frente a la verja del panteón. Con sumo cuidado, como si temiera romperlas, introdujo dos rosas.

Una rosa blanca por su memoria.

Una rosa negra por su funeral.